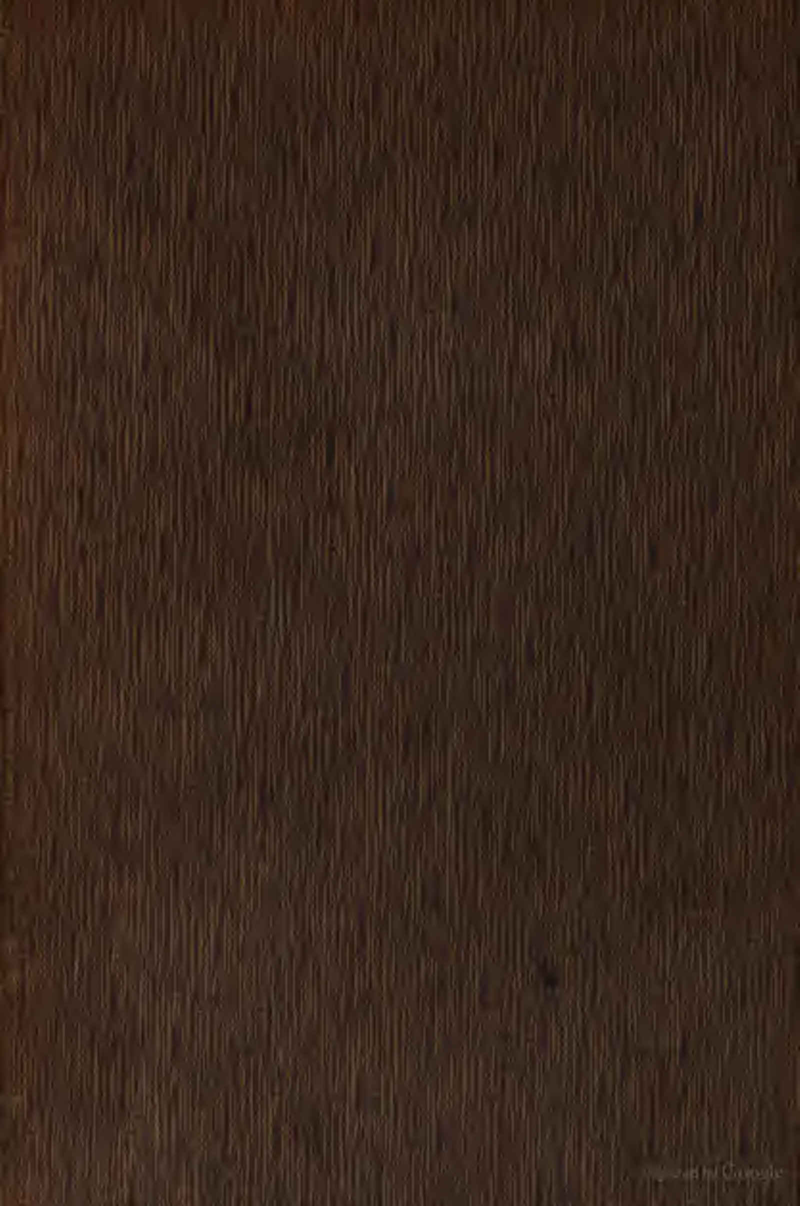
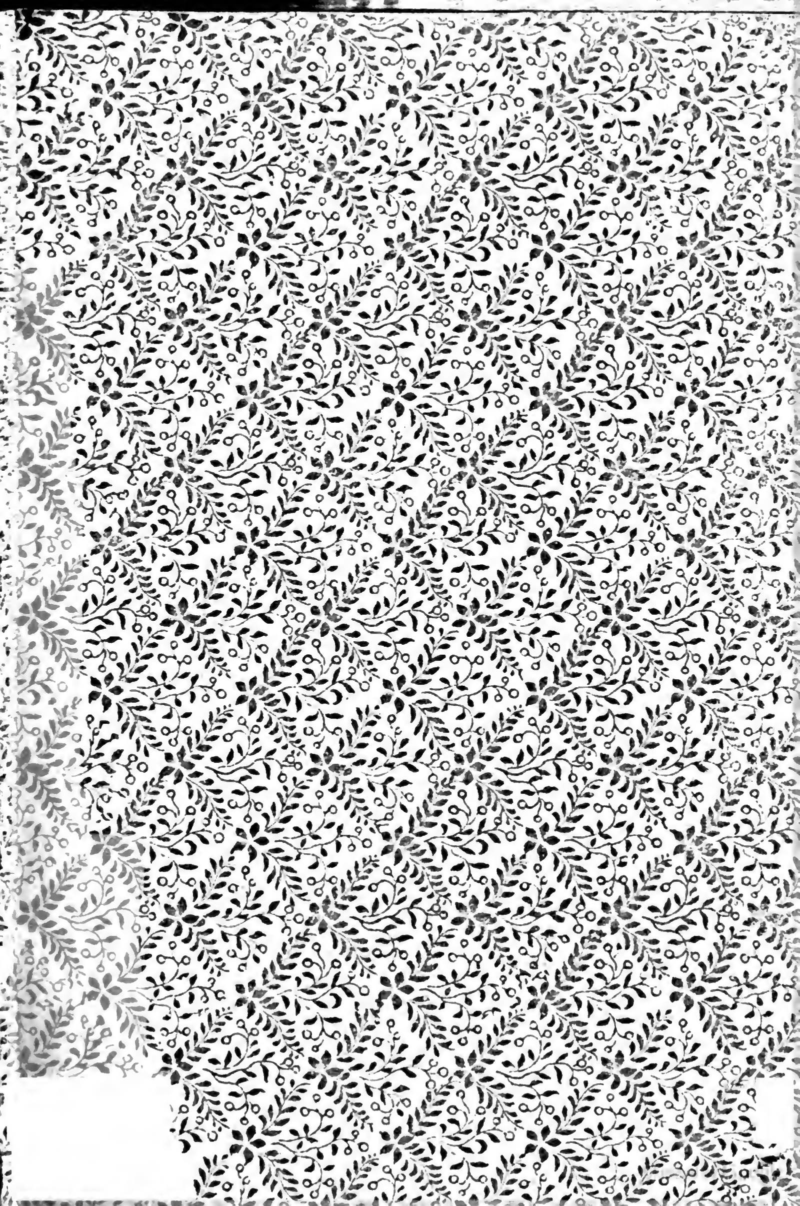



Ex-
Libris
Biblioteca
Central
de la
Diputación
Provincial
de
Barcelona





HISTORIA

DE LA

LITERATURA GRIEGA,

ESCRITA POR EL

Dr. D. JACINTO DIAZ, Pbro.

Catedrático de Literatura clásica en la Universidad de Sevilla.

TOMO I.

BARCELONA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,

CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1865.

HISTORIA

DE LA

LITERATURA GRIEGA,

ESCRITA POR EL

Dr. D. JACINTO DIAZ, Pbro.

Catedrático de Literatura clásica en la Universidad
de Sevilla



TOMO SEGUNDO.

BARCELONA.
IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,
CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1865.

SECCION TERCERA.

ORADORES.

ÉPOCA ATENIENSE.

De 600 á 336 ant. de J. C.

ORÍGEN DE LA ELOCUENCIA.

1. Los que dicen que la elocuencia nació en Atenas, parece que no dan una idea exacta de ella, porque si se toma esta palabra por arte de hablar, ó coleccion de reglas para componer un discurso tal, que produzca el efecto que el autor se propone; este arte le vemos empezado en Sicilia, en lo que convienen todos. Si se entiende por elocuencia aquella fuerza que por medio de la palabra arrebata el asentimiento, enternece, enfurece, exalta y mueve á todas partes el corazon, y que asimila los ánimos y las voluntades; creemos que su orígen es mucho mas antiguo, pues debemos buscarle en el mismo don de la palabra concedido al hombre por el Criador, y en las facultades del alma. En la Sagrada Escritura se encuentran rasgos y trozos de elocuencia que son mucho mas antiguos que los de Atenas. Si tomamos la elocuencia por una aplicacion esmerada nacida del deseo de inclinar el ánimo de la muchedumbre por medio de un discurso formal, que luego con la observancia de las reglas pasó á ser una composicion literaria; debemos convenir con Ciceron, cuando dice ***de Cl. or.* 13**, que los principios de la elocuencia se hallan no en toda la Grecia ó en sus repúblicas principales, sino en Atenas,

donde, como añade[1] un crítico moderno, las benignas musas esparcieron con larga y liberal mano todas las gracias del decir.

2. La causa de esto estriba en la constitucion de Solon, el cual estableció que cuando se presentase algun asunto nuevo á la asamblea popular, un pregonero [1] en voz alta debia invitar á los hombres de 50 años arriba, á que si tenian algo que decir lo espusiesen, y entonces se abria, como diríamos ahora, la discusion, y terminada se votaba por el pueblo en uno ú otro sentido. En defecto de los ancianos, ó despues de haber hablado ellos [2], cualquier ciudadano que no estuviese entredicho por la ley podia hablar; así vemos que Demóstenes á los 32 pronunció su primera filípica, en la que pide no obstante la indulgencia del auditorio por levantarse á hablar, y por ser el primero, en vista de que no lo hacian los que acostumbraban aconsejar al pueblo, y de que no le habian aconsejado antes lo mejor.

3. La elocuencia que usaron los primeros oradores era hija de la esperiencia, del sentimiento, de la conviccion y del patriotismo. Herodoto y Tucídides hacen hablar á sus personajes, pero ¿cuán diferente es su elocuencia? la del primero es toda natural; la del segundo huele á los bancos de la escuela de Antifon. Sin duda poseia **SOLON** el don de persuadir, pues de otro modo no hubiera podido inducir á los atenienses á adoptar reformas tan radicales en su gobierno; le poseia **PISISTRATO**, que mas por astucia que á la fuerza se apoderó del mando supremo, y le retuvo por espacio de 30 años con varías alternativas hasta su muerte, traspasándole á sus hijos; le poseyeron **MILCÍADES** y **TEMÍSTOCLES**, que al talento de la palabra, tanto como á su pericia militar, debieron el que se les confiase la direccion de las operaciones, por las que se

[1] En el discurso de Alcidamas contra los que escriben sus oraciones, se lee, que seria ridículo que un ciudadano fuese á poner por escrito la que debiese echar delante del pueblo, clamando el pregonero τοῦ κήρυκος παρακαλοῦντος, τίς ἀγορεύειν βούλεται τῶν πολιτῶν;

[2] Esquin. *cont. Timarco*.

ganaron las célebres batallas de Maraton y Salamina: en fin le poseyó en grado superior PERICLES, de quien se decia que la persuasion estaba sentada en sus labios, y que semejante á Júpiter tronaba cuando hablaba.

4. Aunque no se conserva ningun escrito de este orador famoso, político eminente é integérrimo patricio, Tucídides en su historia pone en boca suya algunos discursos que podrian muy bien ser textuales, porque los dos fueron contemporáneos; porque Pericles se sabe que se preparaba antes de hablar á los atenienses, como lo prueba esta reflexion que se hacia á sí mismo al subir á la tribuna, «acuérdate que vas á hablar á hombres libres, á atenienses;» y porque los que se hallan en dicha historia fueron pronunciados en ocasiones muy solemnes. De todos modos ellos revelan el carácter de una elocuencia insinuante y vigorosa propia de dicho orador. En el segundo año de la guerra del Peloponeso, los atenienses, á mas de los males que acompañan siempre á una guerra entre dos estados vecinos, se vieron afligidos por una cruel pestilencia, que iba asolando su ciudad, único refugio de los campesinos que huian de los enemigos. Como Pericles habia aconsejado aquella guerra, y habia dispuesto que se aglomerasen en la capital hombres, ganados, muebles, aperos de labranza, resultando de ahí el cebarse lastimosamente en ella el contagio, empezaron á quejarse de él, atribuyéndole todas estas calamidades. Habiéndolos pues convocado, procuró calmarlos y justificarse con una hermosa y enérgica arenga, cuyo bosquejo es el siguiente.

5. «Los motivos que os determinaron á emprender la guerra, y que á su tiempo aprobasteis todos, son siempre los mismos, y no han cambiado con el cambio de circunstancias, que no era dado á vosotros ni á mí prever. Si hubieseis podido escoger entre la paz y la guerra, la primera hubiera sido ciertamente preferible; pero no pudiendo conservar vuestra libertad sino por medio de las armas, ¿habia que deliberar? Si nos preciamos de ser verdaderos ciudadanos, ¿deben nuestras desgracias particulares hacernos abandonar el interés comun del estado? Cada uno siente su mal porque es presente, y nadie siente el bien que resultará de él, porque está to-

davía léjos. ¿Habeis olvidado cuál es la fuerza y la magnitud de vuestro imperio? De las dos partes del mundo, la tierra y el mar, poseeis este absolutamente: ningun rey ni otra potencia puede resistir á vuestras flotas. Se trata ahora de conservar esta gloria y este imperio, ó renunciar para siempre á estas ventajas. No os dé pena pues el estar privados de disfrutar de algunos jardines y otros lugares de recreo, que no deben apreciarse sino como el marco del cuadro, aunque vosotros quereis hacer de estas cosas lo principal. Reflexionad que, conservando la libertad, las recobrareis fácilmente, y perdiéndola, lo perdeis todo con ella. No os mostreis menos generosos que vuestros padres, los cuales por conservarla abandonaron aun su ciudad, y no habiendo recibido de sus antepasados esta grandeza, lo sufrieron y emprendieron todo por adquirirla para vosotros. Confieso que los males que os han sobrevenido son estremados, y yo los siento y deploro como debo. Pero ¿es justo enojaros contra vuestro jefe por una desgracia que sobrepuja toda prudencia humana, y hacerle responsable de un suceso en que no tiene ninguna parte? Es necesario sufrir con resignacion los males que el cielo nos envia, y resistir con fortaleza á los que nos hacen los hombres. En cuanto al odio y envidia que causa vuestra fortuna, sabed que es la suerte que corresponde á los que se juzgan dignos de estar al frente de los demás. Pero el odio y la envidia no durarán siempre, mientras que la gloria que sigue á las grandes acciones es inmortal. Figuraos pues continuamente cuán vergonzoso es ceder á los enemigos y cuán honroso vencerlos, y animados con esta doble idea corred á los peligros con alegría y ánimo, sin ir tras los lacedemonios cobarde é inútilmente como haceis; y pensad que los que muestran mas valor y decision en los peligros adquieren mas aprecio y alabanza.»

6. El móvil principal de la elocuencia de Pericles era presentar á los ojos de los atenienses el poder de su república, la belleza de su ciudad, y la equidad de sus leyes, y de este modo halagándolos por la parte mas sensible en un buen ciudadano conseguia de ellos todo lo que queria. No obstante esta vez no pudo desarmarlos del todo, pues á mas de quitarle la direccion de los negocios le impusieron una multa: tanta era

la acerbidad del mal que los oprimia, que no les dejaba atender al peso de las razones y bondad de intencion de aquel jefe ilustre; pero pronto se arrepintieron de su ingratitud y le devolvieron el poder.

7. Despues de la muerte de Pericles (428 antes de J. C.), el que brilla mas en las asambleas atenienses por el talento de la palabra es **CLEON**, el cual no obstante debia los triunfos que alcanzaba sobre el pueblo mas á su osadía, descoco, y aire fanfarron, que á la verdadera oratoria. Así ni él, ni **CLEOFON**, de quien habla Esquines en su discurso *de la Embajada*, pueden contarse entre los oradores, sino entre los demagogos. **ALCIBÍADES** y **TERAMENES**, son tambien tenidos por elocuentes.

CORAX.

A. 470 antes de J. C.—284 de R.

8. Hemos dicho que la teoría de la elocuencia, ó sea el arte de hablar, que se llamó despues retórica, se enseñó primeramente en Sicilia. En Siracusa corte de Hieron encontramos á **CORAX** amigo y confidente de este príncipe, el cual debió al talento de la palabra sus favores, y despues de su muerte el continuar ejerciendo mucha influencia en los negocios públicos. Corax escribió un arte de retórica que es el primero de que se tiene noticia, en que sujetaba á reglas el plan de un discurso, y toda manifestacion del pensamiento por medio de la palabra. No se sabe si se ha conservado, pues en una carta dice Aristóteles á Alejandro su discípulo, que le remite tres retóricas, la de Corax, y dos compuestas por él mismo. Como de las tres se han salvado dos, y la una presenta ciertos caracteres que no son del Estagirita, de ahí nace la presuncion de que podria ser la de Corax; aunque en este caso debemos decir que ha sufrido algunas alteraciones ó adiciones, porque alguno de los ejemplos se refiere á hechos posteriores de 100 años á Hieron, ó lo que es lo mismo á Corax. Es muy probable la opinion de Espengelio que la atribuye no á Corax, ni á Aristóteles, sino á Anaximenes de Lamsaco que fué tambien maestro de Alejandro á quien acompañó en su espedicion á Persia.

GORGIAS LEONTINO.

A. 430 antes de J. C.—324 de R.

9. GORGIAS de Leoncio en Sicilia fué discípulo de Empédocles de Tarento que lo habia sido de Corax. Salió tan aventajado, que al volver á su patria fué luego admitido al manejo de los negocios, sobre todo por su facilidad y novedad en el decir. Esta misma cualidad decidió á sus conciudadanos á mandarle á Atenas á solicitar el ausilio de aquella república contra Siracusa, que despues de haberse librado de sus tiranos queria tiranizar á las demás ciudades de Sicilia, ó hacerles sentir demasiado su preponderancia. Como quiera que sea, Gorgias espuso los deseos de su gobierno en la tribuna destinada á los oradores que arengaban al pueblo, en un discurso tan florido y tan pomposo, que pareció á los atenienses una manera de hablar enteramente nueva y sumamente grata al oido. Quedaron tan prendados de aquel órden en las partes, de aquella correspondencia de miembros, empleo de figuras, palabras escogidas, finales de cláusulas, y manera de decir cadenciosa, que no solo le otorgaron lo que pedia, sino que le instaron á que permaneciese en Atenas para enseñar un arte tan encantador. Parece que consistia él en arreglar simétricamente los miembros de un periodo de modo que saliese casi igual número de sílabas en todos [1], en procurar un cierto sonsonete, colocando cerca unas de otras en la misma cláusula palabras consonantes ó asonantes, en usar muchas hipérboles, tropos, y una diccion casi poética, y en pronunciar de una manera musical y acompasada, levantando y bajando la voz en ocasiones dadas, y todo esto acompañado del gesto correspondiente. Los atenienses pues que gustaban tanto de las representaciones teatrales, creyeron ver reproducido en la tribuna un arte que hacia sus delicias en las tablas. Así no podia menos Gorgias de tener muchos secuaces.

10. Para que se forme concepto de lo que se acaba de decir, hé aquí el principio de su elogio de Helena que se pone

[1] Maximus Planudes *ad Hermogenis librum II* περὶ ἰδεῶν.

original, á fin de que se vean palpablemente los defectos que se han indicado, algunos de los cuales desaparecerian en una traduccion. Empieza así:

11. Κόσμος πόλει μὲν εὐανδρία, σώματι δὲ κάλλος, ψυχῇ δὲ σοφία, πράγματι δὲ ἀρετὴ, λόγῳ δὲ ἀλήθεια. τὰ δ' ἐναντία τούτων, ἀκοσμία. ἄνδρα δὲ καὶ γυναῖκα καὶ λόγον, καὶ ἔργον, καὶ πόλιν, καὶ πρᾶγμα χρὴ, τὸ μὲν ἄξιον ἐπαίνων τιμᾷν, τῷ δὲ ἀναξίῳ μῶμον ἐπιτιθέναι. ἴση γὰρ ἁμαρτία καὶ ἀμαθία, μέμφεσθαί τε τὰ ἐπαινετὰ, καὶ ἐπαινεῖν τὰ μωμητά. τοῦ δ' αὐτοῦ ἀνδρὸς λέξαι τε τὸ δέον ὀρθῶς, καὶ ἐλέγξαι τοὺς μεμφομένους Ἑλένην, γυναῖκα, περὶ ἧς ὁμόψηφος καὶ ὁμόφωνος, ἥ τε τῶν ποιητῶν ἁπάντων πίστις, ἥ τε τοῦ ὀνόματος φήμη, τῶν συμφορῶν μνήμη γέγονεν. ἐγὼ δὲ βούλομαι λογισμόν τινα τῷ λόγῳ δοὺς, τὴν μὲν κακῶς ἀκούσασαν, παῦσαι τῆς αἰτίας, τοὺς δὲ μεμφομένους, ψευδομένους ἐπιδεῖξαι, καὶ δεῖξαί τ' ἀληθὲς, καὶ παῦσαι τῆς ἀμαθίας. ὅτι μὲν οὖν φύσει καὶ γένει τὰ πρῶτα τῶν πρώτων ἀνδρῶν καὶ γυναικῶν ἡ γυνὴ, περὶ ἧς ὁ λόγος, οὐκ ἄδηλον οὐδ' ὀλίγοις· δῆλον γὰρ, ὡς μητρὸς μὲν, Λήδας, πατρὸς δὲ, τοῦ μὲν γενομένου, θεοῦ, τοῦ δὲ, λεγομένου θνητοῦ, Τυνδάρεω, καὶ Διός, ὧν ὁ μὲν διὰ τὸ εἶναι[1] ἔδοξεν, ὁ δὲ, διὰ τὸ φῦναι ἠλέγχθη. καὶ ἦν ὁ μὲν ἀνδρῶν κράτιστος, ὁ δὲ, πάντων τύραννος. ἐκ τοιούτων δὲ γενομένη, ἔσχε τὸ ἰσόθεον κάλλος. ὃ λαβοῦσα καὶ οὐ λαθοῦσα ἔσχε. πλείστας δὲ πλείστοις ἐπιθυμίας ἔρωτος ἐνειργάσατο. ἑνὶ δὲ σώματι πολλὰ σώματα συνήγαγεν ἀνδρῶν, ἐπὶ μεγάλοις μεγάλα φρονούντων. ὧν οἱ μὲν πλούτου μεγέθη, οἱ δὲ εὐγενείας παλαιᾶς εὐδοξίαν, οἱ δὲ, ἀλκῆς οἰκείας εὐεξίαν, οἱ δὲ, σοφίας ἐπικτήτου δύναμιν

[1] El comentador latino pone á estas palabras el siguiente comentario: «Si qua his inest sana sententia nugis, hæc est: εἶναι h. l. opponitur τῷ φῦναι. Est ergo illud quidem esse per se vi substantiæ suæ, sine ortu, et sine causa extrinsecus adventitia: hoc autem cœpisse esse, prognatum a causa extranea. Sed est merum ludibrium verborum.»

ἔσχον. καὶ ἧκον ἅπαντες ὑπ' ἔρωτος φιλονείκου, φιλοτιμίας τε ἀνικήτου. ὅστις μὲν οὖν καὶ διότι, καὶ ὅπως ἀπέπλησε τὸν ἔρωτα ὁ τὴν Ἑλένην λαβὼν οὐ λέξω. τὸ γὰρ τοῖς εἰδόσιν ἃ ἴσασι λέγειν, πίστιν μὲν ἔχει, τέρψιν δὲ οὐ φέρει. τὸν χρόνον δὲ τῷ λόγῳ τὸν τότε νῦν ὑπερβὰς, ἐπὶ τὴν ἀρχήν τοῦ μέλλοντος λόγου προβήσομαι, καὶ προθήσομαι τὰς αἰτίας, δι' ἅς εἰκὸς ἦν γενέσθαι τὸν τῆς Ἑλένης εἰς Τροίαν στόλον. ἢ γὰρ τύχης βουλήματι, καὶ θεῶν κελεύσματι, καὶ ἀνάγκης ψηφίσματι, ἔπραξεν ἃ ἔπραξεν, ἢ βίᾳ ἁρπασθεῖσα, ἢ λόγοις πεισθεῖσα, ἢ ἔρωτι ἁλοῦσα. εἰ μὲν οὖν διὰ τὸ πρῶτον, ἄξιος αἰτιᾶσθαι ὁ αἰτιώμενος. θεοῦ γὰρ προθυμίαν, ἀνθρωπίνῃ προμηθείᾳ ἀδύνατον κωλύειν. πέφυκε γὰρ οὐ τὸ κρεῖσσον ὑπὸ τοῦ ἥσσονος κωλύεσθαι, ἀλλὰ τὸ ἧσσον ὑπὸ τοῦ κρύττονος ἄρχεσθαί τε καὶ ἄγεσθαι. τὸ μὲν γὰρ κρεῖσσον, ἡγεῖσθαι, τὸ δὲ ἧττον, ἕπεσθαι.

12. «Los hombres fuertes son la gloria de una ciudad, la hermosura lo es del cuerpo, la sabiduría del alma, la virtud de una accion, la verdad de la palabra; y lo contrario á esto deshonor. Mas conviene celebrar lo que hay digno de elogio en un hombre, en una mujer, en un razonamiento, en una obra, en una ciudad, y en un negocio, y si no lo merecen reprenderlo; porque es igual falta é ignorancia vituperar las cosas laudables, y alabar las vituperables. Y es propio del mismo hombre decir lo que es justo, y refutar á los que vituperan á Helena, mujer, sobre la cual están conformes y unánimes la autoridad de todos los poetas, la fama del nombre y la memoria de las desgracias. Mas yo quiero con buenas razones, que daré en este discurso, librar de la culpa á la que ha sido infamada, y convencer á los acusadores de mentirosos, mostrar la verdad, y hacer cesar la ignominia. Primeramente pues, no hay ninguno que ignore, que la mujer, de que hablamos, ya por la naturaleza, ya por el linaje ocupa el primer lugar entre los principales hombres y mujeres. Porque es evidente, que su madre fué Leda, y el padre que la engendró un dios, el que se dice serlo un mortal, Tíndaro y Júpiter, de los cua-

les el uno por serlo lo pareció, el otro por haberla engendrado fué convencido de tal; y aquel era el mejor de los hombres, este señor de todos. De tales nacida recibió una belleza divina, la cual no ocultaba tener; y se hizo muchisimos enamorados, y juntó en un cuerpo muchos cuerpos de hombres de grandes y elevados sentimientos, de los cuales unos poseian inmensas riquezas, otros lustre de nobleza antigua, otros buen continente y fuerzas propias, otros un fondo de prudencia adquirida; y llegaron todos impulsados por un amor lleno de celos, y por una rivalidad invencible. No diré pues quién, ni porqué, y cómo satisfizo sus deseos tomando á Helena, porque el decir á los que saben lo que saben, merece crédito, pero no da gusto. Dejando ahora aquel tiempo, pasaré al principio del discurso que voy á formar, y propondré las causas, por las cuales pueda parecer regular, que Helena navegase hácia Troya. Porque ó por capricho de la fortuna, y mandamiento de los dioses y decreto de la necesidad hizo lo que hizo, ó arrebatada por fuerza, ó persuadida con palabras, ó presa del amor: si admitimos lo primero no merece ser acusada, pues no es posible á la prevision humana impedir la voluntad decidida de un dios, siendo natural no que lo superior sea impedido por lo inferior, sino que lo inferior sea mandado y llevado por lo superior, y que lo superior guie, y lo inferior siga.»

13. Se ve en este trozo mucho ripio, y poca sustancia, que era lo propio de los sofistas, de los cuales Gorgias Leontino parece haber sido el jefe, pensamientos triviales, razones frívolas, muchas antítesis, y palabras rimadas, que son las que están subrayadas. Hay no obstante propiedad y pureza de lenguaje. Se ha puesto por ser del mas antiguo escritor retórico que se conozca. Si por él debemos juzgarle, no puede serle muy favorable el juicio sobre los demás discursos, que probablemente serian en gran número, pero que no se han conservado. Anda tambien en su nombre la *Apología de Palamedes* ó defensa contra la acusacion de Ulises. Parece un estilo diferente, la argumentacion muy incisiva y sútil, y nada de períodos retumbantes. No obstante el arte que enseñó Gorgias

trajo grandes bienes á la oratoria, pues el abuso que se hizo no debe entrar en cuenta.

DE LOS SOFISTAS.

14. En el diálogo que Platon tituló *Gorgias*, y en el que al parecer se propuso poner en ridículo la jactancia de los sofistas, dió á este el papel de principal interlocutor ó protagonista, haciendo que hostigado por Sócrates declarase lo que entendia por retórica; y como despues de muchas salvas y rodeos dijese que era un arte que hacia tener colgado de los labios del que le posee á todo un pueblo, que en los tribunales arranca al acusado de manos del verdugo, y hace triunfar la inocencia, y que sobre cualquier asunto y ciencia enseña el modo de cautivar la atencion, hablando sobre ella con mas agrado que el mismo que la profesa; Sócrates le negó rotundamente que hubiese tal arte, que á lo mas podia llamarse ejercicio, práctica, y esto para los ignorantes, porque nadie puede hablar de lo que no sabe con agrado del auditorio; pues el retórico ó ha aprendido antes aquello de que habla, ó lo ha aprendido de la misma retórica. En el primer caso no lo debe á la retórica; en el segundo la retórica no es lo que se dice, sino otra ciencia, política, moral, jurisprudencia, etc. Y como preguntado despues sobre su profesion, dijese que era la de retórico, capaz de improvisar sobre cualquiera cuestion que se le propusiese, y de enseñar á quien quisiese á hacer lo mismo; se infiere de esto que el retórico ó sofista no era otra cosa que un sabio presumido, gran decidor, hombre de poco seso y de mucha arrogancia. Pitágoras, como se dijo núm. 15 *Fil.*, se llamaba por modestia filósofo, esto es, amante de la sabiduría: estos se llamaron á sí mismos no *sofos* ó sabios, sino sofistas, esto es, sabios por escelencia, en el mismo sentido en que Herodoto llamó sofistas á los siete sabios de Grecia, y Esquines á Sócrates.

15. Para comprender mejor lo que eran veamos las definiciones ó descripciones que hacen de ellos los antiguos. El mismo Sócrates en Jenofonte *Memorab.* cap. 6, habiéndole echado

en cara Antifon sofista el que dando gratuitamente sus lecciones menospreciaba la ciencia, ya que no la estimaba en ningun precio, le contesta del modo siguiente. «Yo creo que puede uno usar honestamente ó torpemente de la ciencia lo mismo que de la hermosura; pues al que por dinero prostituye á cualquiera su hermosura, le llamamos impúdico. Así tambien á los que prostituyen por dinero á cualquiera la sabiduría los llaman *sofistas* como impúdicos.» Ciceron *in Lucul.* viene á decir lo mismo: *Sic enim appellantur* (sophistæ) *hi qui, ostentationis aut quæstus causa, philosophantur.* Peor es lo que dice Plutarco en su obrita de la *Malignidad de Herodoto* §. 5, á saber: «á los sofistas les es permitido por dinero ó por vanagloria encargarse de una mala causa, sabiendo que no han de convencer á nadie, ya que ellos mismos no disimulan que les basta hacer probable lo absurdo é increible.» Alcidamas de Elea, discípulo de Gorgias en Atenas, compuso un discurso que tituló, *De los que escriben las oraciones, ó de los sofistas.* Empieza de este modo: «Como algunos de los llamados sofistas no cuidan de estudiar ni instruirse, y como si fuesen idiotas no tienen práctica en el decir, pero dedicándose á escribir discursos, y por medio de libros mostrando su sabiduría se concilian el respeto, y cobran mucha presuncion, y poseyendo una pequeña parte de la oratoria, disputan sobre el arte entero; por este motivo voy á criticar las oraciones escritas... y á probar que los que se dedican á esto están muy distantes de ser oradores y filósofos, y que mas bien pueden llamarse poetas que sofistas.» Se ve pues que habia dos clases de sofistas, unos que segun Gorgias estaban en disposicion de aturrullar con su parla improvisada; otros que no se atrevian á producirse en público, y que sin haber adquirido los necesarios conocimientos componian en su gabinete, aprovechándose de los trabajos ajenos, discursos para quien se los pagase.

16. Los primeros eran unos parlanchines, una especie de cómicos callejeros, oradores de pro y contra, y que traian engañada á la juventud. Poseian algunas reglas de dialéctica para abusar de ella, algunos conocimientos filosóficos, y la parte material de la retórica, sobre todo la de los tópicos. No tenian principios fijos, lo que les hacia dar en grandes

desbarros aun en las materias mas importantes. En las de religion no eran escrupulosos ni en la teoria ni en la práctica, porque la conducta de la mayor parte era muy relajada, y no mostraban mucha aficion á las creencias comunmente admitidas; por lo que fueron tenidos por ateos, y de ahí les vino el total descrédito. Asi como los antiguos sabios Pítaco, Bias, Tales no llevaban otra mira que el saber; los pretendidos sabios ó sofistas hacian del saber un arte lucrativo, segun se ha visto, de modo que por este solo respecto los caracteriza Sócrates.

17. A algunos les dió mucha boga en el principio el que salidos de las escuelas de los filósofos, dejando las formas áridas de estos, difundian los conocimientos de una manera espléndida y elegante, revistiendo la sequedad científica con los adornos oratorios. No podia menos de gustar esto, sobre todo á los atenienses que eran mas aficionados á la forma que al fondo; y fué en términos que descuidando luego la parte esencial ó científica, dieron la preferencia á la retórica, asi como los filósofos por el contrario se desentendieron absolutamente de ella, como Crisipo, que segun Dionisio de Halicarnaso era profundo pensador, y mal hablista y escritor. Tambien sucedió la depravacion por otro concepto, á saber, porque asi como los primeros sofistas entretenian á un auditorio sobre cuestiones generales, por ejemplo, de la mejor forma de gobierno, de la virtud, de la filosofía, etc., ó particulares, como el elogio de Helena, de Palamedes, etc., los que les sucedieron se perdian en sutilezas, en argumentos capciosos, y en cuestiones enteramente inútiles, semejantes á la mayor parte de los escolásticos de los siglos medios. Filostrato que escribió las vidas de los sofistas, dice que estos son filósofos, pero que hay diferencia entre ellos. Los sofistas afirman resueltamente sus proposiciones, y dan por supuesta una cosa que debiera probarse. Los filósofos son mas contenidos, y por medio de preguntas, formas dubitativas y pequeñas cuestiones manifiestan el estado inseguro de su espíritu, y procuran llegar á la verdad.

18. De gran número de sofistas ni siquiera los nombres se han conservado. Los mas notables de que hablan los antiguos

son, á mas de Gorgias Leontino, y sus discípulos Licimno y Polo, los siguientes.

19. **PROTÁGORAS DE ABDERA**, que se cuenta tambien entre los filósofos de la escuela eleática. (Vide Fil. 25.) Fué el que inventó los tópicos, ó sea recursos de que se valen los retóricos para amplificar la materia, y tratarla con cierto órden; por ejemplo, en un panegírico se puede alabar al personaje que es objeto de él por la patria, por el linaje, por la profesion, por las costumbres. De la materia de que se trata se da la definicion, y si admite partes, la division. Si se quiere hacer probable un suceso, se indican las causas, los antecedentes, y así por este estilo el orador que supiese manejar bien los tópicos podia fácilmente improvisar un discurso.

ALCIDAMAS DE ELEA.

440 ant. de J. C. — 344 de R.

20. Se propuso, segun dicen, aventajar á su maestro Gorgias en lo perteneciente á atavíos oratorios, y todo lo demás que distinguia á los sofistas. Se le atribuyen dos discursos. El primero es una acusacion de Ulises contra Palamedes, como reo de traicion por haberse recogido en el campamento griego una flecha dirigida á él por un enemigo, en que venia escrita una carta de Alejandro hijo de Priamo, anunciándole que este convenia en darle por esposa á su hija Casandra, si ejecutaba lo que estaba convenido. Contiene este discurso noticias curiosas sobre el rapto de Helena, y sobre varias artes de que se creia á Palamedes inventor. De las letras se dice que lo fué Orfeo que las recibiera de las musas; de la música Lino hijo de Caliope; de los números ó aritmética Museo ateniense hijo de Eumolpo; de la moneda los Fenicios. A Palamedes deja el orador la invencion de pesos y medidas, del juego de damas, de dados, de las hogueras para señales en los ejércitos. El segundo titulado περὶ τῶν τοὺς γράπτους λόγους γραφόντων ἢ περὶ σοφιστῶν, tiene por objeto mostrar las ventajas de los discursos improvisados respecto de los escritos, entendiendo por

improvisados no los que se echan de repente sin ninguna preparacion, sino aquellos en que ha precedido la meditacion de las ideas, dejando solo para la improvisacion las palabras. Reconoce sin embargo que hay algunas veces necesidad de que se escriban los discursos, mayormente si se quiere dejar alguna memoria de sí. Está muy razonado este discurso, de modo que no parece pudiese añadirse mas á lo espuesto, si se tratase ahora un asunto semejante. Se hizo mencion de **ALCIDAMAS** en el capítulo de los sofistas y en el de Pericles.

21. Citan además Aristóteles, y otros, las siguientes composiciones del mismo, á saber, *Oracion Meseniaca; Panegírico de Nais meretriz; Museo; Elogio de la muerte*, citado tambien por Ciceron *Tusc.* 1, 48, que da á su autor afluencia oratoria, pero no razonamiento tan abundante como entre los filósofos; *Un arte de retórica.* El mismo Aristóteles en la suya empleando un juego de palabras dice, que Alcidamas usa del epíteto no como de manjar agradable, sino como de plato repetido á saciedad: οὐ γὰρ ἡδύσμασι χρῆται, ἀλλ' ὡς ἐδέσμασι.

POLICRATES ATENIENSE.

400 ant. de J. C. — 354 de R.

22. Se dedicó á la enseñanza de retórica al mismo tiempo que Gorgias: pasó despues á la isla de Chipre para ocuparse en lo mismo. Consideraba la retórica como un arte inventado para cambiar la naturaleza de las cosas, esto es, los hombres malos hacerlos parecer buenos, lo grande pequeño, y al contrario. Puso en práctica esta teoría, escribiendo el panegírico de Busiris, monstruo de crueldad en Egipto, el de Helena que abandonó á su marido para ir con su amante, el de este mismo, el de Clitemnestra (Quintil. II, 17), el de los ratones, el de las ollas y las chinas, una invectiva contra los lacedemonios, y la acusacion de Sócrates. Se habia creido que Policrates habia suministrado esta última á los acusadores para que se sirviesen de ella en juicio. Pero nota muy bien Diógenes Laercio II, 39, que Favorino en el libro 1.° de *Los Comen-*

tarios observó que la oracion escrita por Policrates no pudo ser la que dijeron Melito y Anito, porque en ella se hace mencion de las murallas restauradas por Conon, lo que tuvo lugar seis años despues de la muerte de Sócrates. Los escritos de este sofista aun los burlescos debian de tener algun mérito, pues que se hallan citados para sacar ejemplos por Aristóteles, el cual no cita á otros semejantes que se ocuparon tambien de bagatelas. Isócrates para vengarse de Policrates porque habia escrito contra Sócrates compuso una oracion sobre Busiris, en que hace ver los despropósitos en que incurrió aquel.

ANTÍSTENES.

400 ant. de J. C.—354 de R.

23. Fué el jefe de la secta cínica, el cual despues de haberse dedicado al estudio de humanidades en la escuela de Gorgias Leontino, habiendo oido á Sócrates, se le aficionó tanto, que despidió á los discípulos que ya iba formando en la retórica, diciéndoles, que buscasen otro maestro, y que él habia encontrado uno para sí. Empezó por desprenderse de todo lo que tenia, no reservándose mas que una capa vieja, por cuyas roturas veia Socrates su vanidad. Se le hace autor de dos pequeños discursos sobre el juicio de las armas de Aquiles. En el primero habla Ayax, el cual siente que los jueces no hayan sido testigos de sus proezas, y que hayan de juzgar sobre un asunto que no conocen. Se supone él muy superior á Ulises por haberse apoderado del cadáver de Aquiles, y por combatir á los enemigos frente á frente, no á traicion como Ulises. Contesta este, y alega sus méritos. El primer discurso es propio de un militar; el segundo de un político y hombre instruido. El lenguaje es castizo, y puro ático. Feller opina que deben atribuirse á otro Antístenes diferente del cínico, pero no dice claramente á cuál. Quizás será aquel de quien dice Diogenes Laercio VI, 15, que sus obras formaban diez tomos; y que habia escrito sobre Lisias é Isócrates entre otras cosas; lo que prueba que era posterior á estos.

TRASÍMACO.

400 ant. de J C.—354 de R.

24. Era natural de Calcedonia en Bitinia. Suidas le hace discípulo de Platon y de Isócrates; pero el mismo Platon en su *Fedro* desmiente esta opinion, pues dice: « Me parece que la elocuencia del orador de Calcedonia sobresalió en escitar la compasion hácia la vejez y la pobreza: además era poderoso para mover la ira en la multitud, y luego para ablandarla como por encanto, y finalmente enérgico en acusar, y hábil en desembarazarse de la acusacion. » Estas palabras se refieren á un hombre que no existia ya, y que habia hecho su papel de orador famoso; y así no es probable que fuese discípulo de Platon, quien le hace tambien figurar en el *Timeo.* Lo fué mas bien de Gorgias. En tiempo de Ciceron se conservaban todas sus obras, que dice este eran muchas, y que llevó mas allá que Gorgias el defecto de procurar la numerosidad de las cláusulas por medio de los *similiter cadens* y de los contrarios; *Orator.* Suidas le cree inventor de los períodos y de los miembros, y dice que escribió suasorias, una retórica, proemios, y sobre los lugares comunes de la retórica. Se cita una oracion suya en favor de los de Larisa, y Dionisio de Halicarnaso ha conservado un trozo de otra incierta que cita por ejemplo de estilo templado, que era el dominante en este orador. Quintiliano le atribuye el pié de verso llamado peon: querrá decir tal vez el uso con cierto artificio de este pié que tiene una sílaba larga y tres breves para mayor soltura y suavidad de la cláusula, ó sea el de palabras esdrújulas. *Inst. or.* IX. 4.

CÉFALO.

400 ant. de J. C.—354 de R.

25. Solo se hace mencion de este orador, porque se le ha creido inventor de los exordios y epílogos por lo que dice Suidas; pero debe entenderse, no que inventase aquellas par-

tes del discurso, pues que vienen de la misma naturaleza, sino que puso especial cuidado en ellas. No se ha conservado nada de sus escritos. Ateneo dice que compuso un elogio de Lagis, querida de Lisias, pero como hubo varios de este nombre, no se sigue que fuese el orador. Esquines en su oracion *contra Ctesifon*, le llama antiguo: dice que era muy popular, y que se gloriaba de que habiendo propuesto mas decretos á la aprobacion del pueblo que cualquier otro, nunca habia sido acusado de haber propuesto alguno contra la ley. Le citan además Andócides *de Myst.*, Demóstenes *de Cor.*, Dinarco *adv. Demost.*

26. De **PRÓDICO DE CEA** dicen que no se desdeñaron de oirle Sócrates, Eurípides, Isócrates y Jenofonte, y que escribió sobre palabras sinónimas. Jenofonte en sus *Memorias de Sócrates* nos ha conservado aquella famosa parábola ó alegoría de Pródico, en que representa á Hércules deliberando sobre el camino que debia seguir en su vida, si el de la virtud, ó el del vicio: mientras vacilaba sobre la eleccion, llegan á su presencia dos matronas de talla mayor que las de la especie humana, que eran la virtud y el vicio, y cada una procura atraerle á sí con buenas y elegantes razones. Véase Cic. lib. 1, *de Of.* S. Basil. *Discurso sobre la utilidad de la lectura de los escritores antiguos.*

27. **CRITIAS** aunque amigo y discípulo de Sócrates, fué tambien sofista: á su casa acudian todos los de Atenas; pero se comprende bien que habiendo sido uno de los treinta tiranos, las reuniones no tenian solo por objeto sofistiquear.

TEODORO DE BIZANCIO á quien Platon llamaba λογοδαίδαλος, artífice de palabras, escribió una oracion contra Trasíbulo, otra contra Andócides, etc.

LOS DIEZ ORADORES ATENIENSES.

28. Escribe el abate Andrés en su obra *Origen y progresos de la literatura*, que no parece sino que el suelo de Ática produjo tantos oradores como soldados armados habia producido el de Tebas segun fingian los poetas. Demóstenes en su discurso *de la Corona* dice que hubo mil oradores antes que él; y aun-

que no deba tomarse á la letra este número, es una prueba de que le habian precedido muchisimos. Ciceron en su diálogo *de Clar. orat.* cita pocos, pero son los mas notables. Los gramáticos de Alejandría comprendieron en su cánon á diez oradores atenienses, á saber, **ANTIFON RAMNUSIO, ANDÓCIDES, LISIAS, ISÓCRATES, ISEO, ESQUINES, LICURGO, HIPÉRIDES, DEMÓSTENES**, y **DINARCO**, de los cuales vamos á hablar separadamente.

ANTIFON.

N. en 480 ant. de J. C. M. en 410. — 344 de R.

29. Habiendo habido varios Antifones, se le añade á este *Ramnusio*, esto es, natural de Ramno, pueblo marítimo del Ática. Su padre Sófilo, sofista segun Plutarco, le instruyó en su arte, lo que no deja de ofrecer dificultad, á lo menos en cuanto al nombre de sofista; pues que generalmente se admite entre los críticos que tal título no se usó sino despues de Gorgias, que se considera como el primero que hizo profesion de lo que significa tal palabra. Gorgias fué á Atenas y empezó á enseñar su arte en la segunda mitad del siglo 5.° antes de J. C. No es probable que viviese ya el padre de Antifon. Así debe decirse que Plutarco le aplicó aquel título en el sentido de retórico, bajo el cual se usaba muchas veces en su tiempo.

30. Antes de decidirse enteramente por la elocuencia, probó ANTIFON la carrera de poeta: escribió algunas tragedias, de las cuales no sacando todas las ventajas que esperaba, intentó un género nuevo de medicina, que consistia en curar las dolencias morales. Tomó con este objeto en Corinto una casa, cerca de la plaza, en cuyo frontis puso un cartelon, en que en grandes caracteres se leia:

Δύναται τοὺς λυπουμένους διὰ λόγων θεραπεύειν.

Se puede por medio de palabras curar á los afligidos.

Oia á los pacientes, se informaba de las causas de sus pesares, y los consolaba. Haciendo al principio muchos la prueba,

y viendo la ineficacia del remedio, fué disminuyendo la clientela, hasta que el médico sin enfermos tuvo que apelar á otro recurso [1]. Otros dicen que abandonó esta ocupacion porque le pareció poco digna. Entonces se entregó enteramente á la enseñanza de la oratoria, abriendo una escuela en Atenas, á la que se cree que concurrió Tucídides. Habló tambien en las asambleas del pueblo, pero habiéndose hecho temible por su elocuencia, dejó de arengar en público, y se limitó á escribir discursos para otros, particularmente en el género judicial, con lo que y con la escuela se hizo rico. Estos discursos y los que anteriormente habia pronunciado le dieron la reputacion de grande orador. Parece que fué el primero que aplicó los preceptos del arte á la elocuencia forense y popular, y en este sentido debe entenderse lo que dice Hermógenes, á saber, que Antifon inventó la retórica, pues todos convienen en decir que Gorgias fué el primero que enseñó á los atenienses las reglas de la retórica ó elocuencia artificial. En cuanto á haberla él aprendido de Gorgias, ó lo que es lo mismo, en cuanto á haber sido su discípulo, es de todo punto inverosímil, á no ser que se diga que, como Sócrates, asistió algunas veces á su escuela para enterarse de un arte de que Gorgias blasonaba tanto; porque parece cierto que Gorgias fué enviado á Atenas en el año 430 poco mas ó menos, y que Antifon fué muerto en 409 ó 410. Habiendo nacido en 480, aunque diga Plutarco que era mas jóven que Gorgias, no es regular que á los 50 y tantos años se hiciese escolar de un siciliano.

31. Debia ser de ánimo inquieto, pues á mas de lo que se ha dicho, que con su elocuencia se hizo temible al pueblo de Atenas, se atribuye á él y á Pisandro la revolucion que tuvo lugar en dicha ciudad durante la guerra del Peloponeso

[1] El *Telégrafo*, periódico de Barcelona, en el número correspondiente al 14 de noviembre de 1861 dice lo siguiente: «Un periódico portugués publica un documento muy curioso: es una real cédula concediendo 40,000 reis anuales al soldado Antonio Rodriguez, por las *curas que por medio de palabras* habia verificado en algunos oficiales y soldados del ejército de Alentejo, y para que continuase en su benéfico ejercicio de *curar por medio de palabras*. Esta real cédula está dada en Lisboa el 13 de octubre de 1654.»

(a. 410); pues mientras las tropas estaban reunidas en Samos [1], se alzó un partido que derribó el gobierno popular, y estableció la oligarquía representada en un consejo supremo de 400 ciudadanos, los cuales usaron tiránicamente del poder. Antifon parece que fué el alma de ese complot. Poco tardó el pueblo en sacudir el yugo de aquellos opresores, y restablecer la forma antigua. No fué necesario que el ejército mandado entonces por Alcibiades fuese á Atenas para derrocar aquella situacion, como pedia á grandes gritos, pues ella misma cayó de su peso, empujada no obstante por el pueblo. Se desprende de lo que dicen de nuestro Antifon los autores, que durante el gobierno de los 400 fué enviado de embajador á Esparta para negociar la paz, cualesquiera que fuesen las condiciones, con tal de ser reconocido y apoyado. Derribado aquel gobierno se le hizo un crímen de esto, pues la sentencia fulminada contra él, y de que nos ha conservado copia Plutarco, ó el autor de las *Vidas de los diez oradores*, se funda en la embajada que desempeñó en perjuicio de la república, y en haber pasado por Decelia al ir á Esparta, y hecho una travesía sobre un buque enemigo. Por lo que fué condenado á la pena capital por crímen de traicion, á ser arrojado su cadáver fuera del territorio de la república, á ser demolida su casa, á la confiscacion de sus bienes, y á la infamia de toda la familia.

32. Otros cuentan de otro modo la muerte de Antifon. Lisias, segun Plutarco en la obra citada, y Teopompo afirman, que fué muerto por los treinta tiranos, pero debia ser diferente de nuestro orador, porque hubo varios, como se ha indicado. Sócrates en el diálogo *Gorgias* de Platon cita á Antifon Cefisiense. Hubo uno de este nombre hermano de dicho Platon. Jenofonte en el cap. 6 *Memorab.* menciona á Antifon sofista, que no es tampoco el nuestro. Otros confundiéndole con Antifon poeta trágico, le hacen víctima de la crueldad de Dionisio el tirano, ó por haber hablado mal de sus tragedias, ó porque habiéndole preguntado éste cuál era el mejor metal que se conocia, contestó: «aquel en que fueron fundidas las estatuas de Harmodio y Aristogiton,» que eran reputados los li-

[1] Tucid. lib. 8.

libertadores de Atenas de la tiranía de los hijos de Pisistrato. Otros atribuyen á otro Antifon estas palabras.

33. De las 60 oraciones que segun los antiguos habia escrito, no quedan mas que 15, de las cuales las mejores son la *Acusacion de envenenamiento contra una madrastra: Sobre el asesinato de Herodes: Sobre el Corista*[1]: esta última no está entera. Las otras 12 están divididas en tres tetralogías, porque los cuatro discursos versan sobre un mismo asunto, ó tienen relacion con él. Parecen ejercicios de escuela mas bien que arengas para pronunciarse. Antifon es fecundo en recursos oratorios, claro en la esposicion, bastante feliz en la mocion de afectos[2]; le falta no obstante mucho para la perfeccion que alcanzaron los oradores siguientes: parece que se hace vulgar deteniéndose en dar la razon de ciertas verdades triviales, sobre todo hablando á los jueces en una causa capital como son las tres que se han citado.

34. La primera la trata de una manera muy sencilla, seguramente porque era tal la evidencia del delito, que no necesitaba el orador insistir mucho para determinar á los jueces á condenar á la acusada. No se ven grandes movimientos oratorios. La segunda es mas trabajada: es la defensa de uno acusado de homicidio contra el cual habia algunos indicios. El exordio de las dos esta sacado de la persona del que habla: sigue otra parte del discurso en que se procura poner en mal aspecto al adversario, luego la esposicion del hecho, á la cual acompaña en la segunda la deposicion de testigos que confirman lo que se va esponiendo: despues se reflexiona sobre lo espuesto y la probabilidad ó improbabilidad que resulta de la misma esposicion y de la declaracion de los testigos minis-

[1] Muchacho que aprendia á cantar y bailar en casa de un Corego, y que habiendo tomado una bebida para lograr buena voz, murió, y el padre acusó al Corego de asesinato.

[2] Por ejemplo, en la causa de envenenamiento, un hijo quiere vengar la muerte de su padre por encargo suyo contra la madrastra: los hijos de segundo matrimonio hermanos del acusador la defienden; dirigiéndose pues á los jueces, les dice: «mis hermanos, mis parientes mas próximos están contra mí; vosotros habeis de ser mis parientes; ¿á quién iria yo á buscar proteccion y justicia?»

trados por una y otra parte; por fin se hace presente á los jueces su deber de fallar segun la ley y la religion, inculcándoseles mucho en la segunda la grave responsabilidad que pesa sobre ellos, si condenan á un inocente á una pena irreparable. Se pueden sacar de la misma escelentes ideas para un caso análogo.

35. No parece exacto el juicio que forma de este orador Alejo Pierron, pues no se encuentran en las dos mejores oraciones, que son las citadas, las antitesis, las desinencias simétricas, y demás defectos de la escuela de Gorgias y en general de los sofistas. Se hallan en la coleccion de los diez oradores atenienses: léanse, y júzguese. Longino y otros autores citan una retórica de Antifon, pero como ha habido varios de este nombre, segun se ha dicho al principio, es posible que fuese de alguno de estos, como tambien otros tratados que se atribuyen al nuestro. Platon en su diálogo *Menexeno*, ed. Didot, no juzga de él muy favorablemente, como se desprende de estas palabras: «Cualquiera que hubiese sido enseñado peor que yo en retórica, como el que lo hubiese sido por Antifon Ramnusio, etc.»

ANDÓCIDES.

Nac. en 468. ant. de J. C. — 286 de R.

36. Los escritores, cuyas obras principales se han conservado, ofrecen gran ventaja á los que han de ordenar su biografía, ó juzgarlos en un libro de literatura, mayormente si son muy antiguos; pues casi no hay otro medio de hablar de ellos con acierto. La misma diversidad de juicios ó de relatos que se observa tal vez en los que se han ocupado de los mismos, obliga al que se propone hacer una crítica concienzuda de ellos á tomarlos y oir de su boca lo que dicen: no contentándose con referencias, los examina y entresaca lo que pueda convenirle para fundar sus asertos. El que ha de ocuparnos ahora ha dado lugar á estas reflexiones por hallarse algunas cosas en sus obras de diferente manera de lo que lo dicen los críticos.

37. ANDÓCIDES hijo de Leógoras era noble de nacimiento,

y natural de Atenas ó de un pueblo cercano. Hácia el año 440 mandaba juntamente con Glaucon las veinte naves con que Atenas determinó socorrer á Corcira contra Corinto [1]. Despues continuó sirviendo á su patria ya con las armas, ya con varias embajadas que enumera en su oracion contra Alcibíades en el último aparte, á saber, á Tesalia, á Macedonia, á los Molosos, á los Thesprotos, á Italia y á Sicilia. Pasó una vida muy agitada y turbulenta. Disgustado de los negocios públicos siguió por algun tiempo la carrera del comercio. Contrajo de este modo muchas relaciones en paises estranjeros: se hizo muy amigo de Evágoras rey de Chipre, á quien dió por dinero una jóven prima suya, hija de Arístides; pero avergonzado tal vez de una accion tan fea, ó temiendo la severidad de las leyes de su patria, trató de sonsacársela y llevarla otra vez á Atenas. Evágoras habiéndole sorprendido, le puso en la cárcel de la cual se escapó. El mismo dice en la citada oracion que fué perseguido cuatro veces delante de los tribunales.

38. En 415 cuando la flota ateniense estaba aparejada para zarpar hácia las costas de Sicilia en ausilio de Egesta, contra Selinonte apoyada por Siracusa, segun refiere él mismo en su oracion *sobre los Misterios*, se levantó un ciudadano en la junta del pueblo, y dijo que mientras este se disponia á despedir una escuadra tan numerosa, tan bien equipada y pertrechada con tantas espensas para ir á correr los mayores peligros, él iba á denunciar un delito el mas escandaloso y sacrílego, la profanacion de los misterios de Eleusis ejecutada por Alcibíades, á quien acababan de nombrar general en jefe de aquella espedicion. Negó Alcibíades el hecho, y pidió que se procediese á la averiguacion antes de hacerse á la vela; pero la insistencia del pueblo y de la tropa en que saliese cuanto

[1] Tucid. 1. Plut. x. *Orat. vitæ.* No obstante Lisias en la oracion contra Andócides dice, que no sirvió en el ejército fuera de la ciudad ni en caballería, ni en infantería, ni en la armada como comandante de buque, ni como simple soldado de marina. Podria ser pues que el Andócides comandante de las veinte naves fuese el abuelo de este, el mismo de quien dice Plutarco que ajustó con los lacedemonios la tregua de 30 años.

antes la flota, hizo que se prescindiese de él: se instruyó no obstante un largo proceso del cual resultaron muchos complicados y muchos castigados. Uno de los testigos se ofreció á denunciar además, quiénes habian sido los que poco tiempo antes habian mutilado en una noche todas las estatuas de Mercurio que habia en las calles y plazas de Atenas. Nombró á 18: practicándose nuevas diligencias, un tal Dioclides dijo que eran unos 300 los cómplices, entre los cuales nuestro orador, su padre y varios parientes. Todos los que pudieron ser habidos fueron luego encarcelados, y hubieran sufrido quizás la pena capital, si Andócides, movido por las súplicas de un primo suyo tambien preso y demás compañeros de infortunio, no se hubiese decidido para salvarse á sí y á ellos á denunciar á los verdaderos culpables de aquel atentado. Quedó probada la denuncia de Andócides y la calumnia de Dioclides, por lo que este fué condenado á muerte, y los presos soltados. Se ve por lo dicho y por muchas otras pruebas que alega en la citada oracion y en la *De su vuelta*, que es falso lo que le imputaban de haber delatado á su padre tanto en esta causa, como en la de los misterios de Eleusis, en que un esclavo le comprendió entre los profanadores. Asi se engañó Focio, y se han engañado los que tomándolo de este escritor lo han afirmado. Es digna de leerse dicha oracion en que se defiende de todos los cargos que le imputaban, como pieza oratoria y jurídica. El plan de ella parece el mas natural.

39. Pesaba sobre él una sentencia que le prohibia entrar en los templos y en el foro. Durante el gobierno de los 400, mientras la flota ateniense se hallaba en la isla de Samos para vigilar las costas del Asia menor, Andócides ocupado en sus especulaciones comerciales le llevó víveres y armas de que tenia mucha necesidad, como lo refiere en la oracion *Sobre su vuelta*, y creyendo que esto le seria contado como un gran servicio fué á Atenas, en donde asi que se supo su llegada al Piréo, se dió orden para prenderle, y conducido al senado, Pisandro que era el que tenia entonces mas autoridad le acusó de haber proporcionado bastimentos á los enemigos. Tuvo Andócides que acogerse al altar de Vesta, pues de otro modo iban los senadores á condenarle. Pudo escaparse tambien de la

cárcel; caido aquel gobierno volvió á Atenas de donde tuvo que huir otra vez en tiempo de los 30 tiranos, hasta que juntándose con Trasíbulo y otros desterrados los echaron abajo. Logrado esto y con tales merecimientos creyó que podria de allí en adelante vivir tranquilo, y que nadie se acordaria de lo practicado contra él por dos gobiernos intrusos; pero sus enemigos le persiguieron en justicia, y renovaron todos los antiguos cargos que pesaban contra él mismo. Dice pues en el exordio que es tanta la confianza que tiene en la justicia de su causa y en la rectitud de los jueces, que no ha temido entregar su persona á su disposicion, á pesar de lo que iban diciendo sus enemigos. Le asalta luego la duda sobre á cuál de los cargos contestará primero, y se decide por hacer antes la narracion detallada de todos los hechos en que se funda la acusacion. Ministra los testigos correspondientes, y sobre su deposicion va razonando de una manera que parece no queda lugar á dudar de su inocencia. El epílogo está lleno de afectos. «Acordaos, jueces, dice, de los servicios prestados á la patria por mis mayores. Los lacedemonios por consideracion á la ciudad de Atenas, que habia proporcionado la libertad á toda la Grecia con sus victorias contra los persas, no quisieron destruirla, como pedian los demás aliados terminada la guerra del Peloponeso: mis mayores trabajaron tambien en aquella grande obra: imitad pues á los lacedemonios, y salvadme á mí su descendiente por consideracion á ellos. Mi casa que habia sido el asilo de cuantos necesitados acudiesen á ella, y que contaba con tantos buenos servidores del estado cuantos fueron sus individuos, ha quedado arruinada por los desastres públicos. Yo he tenido que procurarme lo necesario con mi trabajo honradamente: ¿qué habeis de hacer de mí? Las vicisitudes por que he pasado me han obligado á ver muchos paises, y conocer muchas personas, cuyas relaciones pueden ser importantes á la república. Si me condenais, todo esto será perdido para vosotros. Que yo continue la serie de mis progenitores, que han sido útiles á mi patria. Ellos desde su tumba os están contemplando para ver si haceis caso de sus méritos. Yo he quedado solo. ¿A quién acudiré? ¿á mi padre? No existe. ¿A mis hermanos? No tengo ninguno. ¿A

los hijos? No los he procreado. Vosotros sereis en lugar de todos estos, y ya que admitís en el número de nuestros ciudadanos á estranjeros como á los de Tesalia y Andria, espero y os suplico, que conservareis al que lo es por ley, por nacimiento, y por voluntad:» Esta oracion fué pronunciada sin duda algunos años despues de la pérdida del combate naval de Egos-potamos, en que quedó arruinado el poder de Atenas y terminada la guerra del Peloponeso, por lo que dice que hicieron los lacedemonios; y como aquello tuvo lugar en 404, parece que á lo menos habrian pasado unos seis años. Tambien de lo que dice en su oracion contra Alcibíades, núm. 8, que salió absuelto en cuatro causas, se infiere el resultado de la presente. En esta suposicion se esplica bien el objeto de otra oracion titulada, *Sobre su vuelta*, dirigida al pueblo, á saber, granjearse su voluntad, y borrar todas las prevenciones que habia contra él, anunciando que habia comunicado al senado un secreto de mucha importancia para lograr la seguridad de su persona.

40. La tercera oracion se dirige á aconsejar al pueblo que haga la paz con los lacedemonios, como estos mismos pedian por medio de embajadores mandados á Atenas. Las primeras condiciones impuestas por Lisandro fueron durisimas, y solo aceptadas por necesidad: repuesta ya un poco la república de Atenas, y habiéndose separado algunos aliados de Lacedemonia, porque empezaron á temerla demasiado, quiso esta última atraérsela proponiéndole condiciones mas aceptables para una paz duradera. Habia mucha oposicion en Atenas, porque no podian olvidar la afrenta de una derrota completa. Andócides les aconseja que tomen este partido como el mas ventajoso. Se muestra en esta oracion tan hábil político como buen orador. Tal vez Pierron fué inducido en error por esta oracion, cuando dice en su *Historia de la Literatura griega*, que Andócides fué quien negoció con los lacedemonios la paz ó tregua de 30 años, pues esto se verificó en 446, cuando nuestro orador no tenia mas que 22, y no es probable que á esta edad se le confiase un encargo de tamaña importancia [1].

[1] V. Plut. *Vitæ* x *Orat.* Andócides.

41. La cuarta oracion contra Alcibíades es notable por las muchas noticias que contiene sobre este personaje. Parece que Alcibíades y Nicias habian pedido contra Andócides un destierro de diez años: en su oracion pues ataca al primero para obligarle á defenderse ó purgarse de lo que le objeta antes que se atienda á su instancia. Este orador tiene mucho talento y despejo: presenta los pensamientos con mucha claridad: está muy instruido en la historia de su país y en las intrigas de gobierno. Se hallan en él algunas ideas comunes con Antifon, que pueden tomarse por fórmulas legales ó muy usadas en los discursos de esta especie, por ejemplo, la ventaja que tienen los acusadores sobre los acusados por haberse tomado todo el tiempo que han querido en preparar el ataque, la obligacion que contraen los jueces por el juramento, el ningun inconveniente que resulta por lo comun de absolver á un reo, y la gran trascendencia en condenar á un inocente, etc. Sin ser sublime parece que puede contarse entre los buenos oradores atenienses.

LISIAS.

N. en 458. M. en 378 antes de J. C.—376 de R.

42. La ciudad de Síbaris en Italia, célebre en la historia por la opulencia, molicie y corrupcion de sus habitantes, quedó reducida á un desierto, despues que los Crotoniatas en número de cien mil derrotaron á los Sibaritas que eran trescientos mil hácia el año 520 antes de J. C. Algunos griegos salidos de Tesalia [1] fueron á poblar de nuevo 60 años despues aquella desgraciada ciudad; pero viéndose continuamente molestados por los de Crotona, pidieron ausilio á las repúblicas de Esparta y Atenas. Se echó en su consecuencia un bando en el territorio de las mismas permitiendo á los que quisiesen, ir á establecerse en ella, ó en otra que se construyese bajo la proteccion de dichos gobiernos. Se juntaron muchos griegos, y fundaron con los habitantes de la antigua Síbaris, que quedó del todo

[1] Diod. 12. *Biblioth.*

abandonada, otra ciudad que llamaron Turio hácia el año 444. Formaban parte de esta colonia Herodoto, del cual se habla en la Seccion de Historiadores, y Lisias de quien vamos á ocuparnos como uno de los diez oradores atenienses. Algunos añaden otros dos hombres célebres, Tucídides y Empédocles.

43. **LISIAS** nació en Atenas de Céfalo, rico siracusano, que habia trasladado su domicilio á aquella ciudad: á los 15 años perdió á su padre, y con su hermano mayor Polemarco quiso ser uno de los primeros moradores de Turio. No se sabe que allí se distinguiese como orador, solo sí que se formó para la elocuencia en las escuelas de Tisias y Nisias siracusanos; se conjetura no obstante que dotado como estaba de talento, seria uno de los que tomarian mas parte en los negocios públicos en una poblacion que no dejaria de ofrecer muchas ocasiones, por componerse de hombres de diferentes países y costumbres, y en que pronto se despertó una fuerte rivalidad entre los antiguos moradores de Síbaris y los recien venidos de Grecia. Habia ya ella tomado mucho incremento, cuando los atenienses resolvieron mandar una flota respetable en ausilio de Egesta, como se ha dicho en el núm. 38. Se dividieron los ánimos en Italia. Turio que estaba á la orilla del mar en el golfo de Tarento seria aliada ó partidaria de Siracusa. Despues de la derrota que sufrieron en Sicilia los atenienses, se enconaron mas y mas los partidos en Turio, y prevaleció por supuesto el de los que habian triunfado en las aguas de Siracusa. Fueron echados todos los atenienses, y entre ellos tambien nuestro orador, que despues de una ausencia de 33 años volvió á su país natal, pero sin recobrar los derechos de ciudadano, que habia perdido al inscribirse en otra ciudad. Era precisamente cuando Atenas estaba bajo el régimen de los 400 en 410. Siete años despues, ó sea en tiempo de los 30 tiranos, Lisias y su hermano fueron perseguidos; sus bienes confiscados; pero aquel pudo escaparse, no así su hermano Polemarco que tuvo que beber la cicuta. Fué despues uno de los que acompañaron á Trasibulo, y de los que le ofrecieron toda clase de medios en dinero, en hombres y pertrechos de guerra; por lo cual, recobrada ya la libertad, y funcionando el gobierno regular, el pueblo á propuesta de Trasíbulo le dió el derecho

de ciudadano, cuya concesion fué impugnada por Arquino y considerada ilegal por no haber intervenido el senado [1]. Siguió no obstante en Atenas hasta su muerte como estranjero ἰσοτελής, ó contribuyente á la par de los demás ciudadanos, con los mismos derechos escepto la magistratura.

44. La ocupacion de Lisias fué desde entonces escribir oraciones por la mayor parte forenses, pues en Atenas debian los mismos interesados presentarse en juicio ya fuesen actores, ya reos, ó sea, demandantes ó demandados. Y como no todos tenian suficiente habilidad para hablar en público, mayormente de materias legales, encargaban á uno que tuviese fama de orador el componer el discurso, que recitaban en el tribunal, ó en donde fuese necesario. No es estraño pues que se hayan atribuido á Lisias mas de 400 oraciones, bien que otros las reducen á 233. De estas la mayor parte pertenecian al género forense: se han conservado 31; una fúnebre y el exordio de dos políticas. Muchas están truncadas. Pasa por la principal la oracion fúnebre por los atenienses que murieron ausiliando á Corinto contra Lacedemonia. En ella hace mérito de todos los grandes hechos de los atenienses, y si algo debiese reprenderse, seria el remontarse á tiempos demasiado antiguos, y á hechos casi fabulosos. Si la gloria de los que sucumbieron en aquella espedicion hubiese redundado en favor de toda la Grecia, por disputarse en ella su libertad ó esclavitud contra un ejército estranjero, sentaba muy bien el evocar recuerdos ilustres consagrados por las leyendas populares; pero siendo la guerra entre dos estados de la misma, á uno de los cuales ausilió la república de Atenas, no pasaba esto de un hecho comun, en el que pudieron los combatientes desplegar mas ó menos valor, pero no en términos que mereciese ser transmitido á las edades futuras en una magnífica oracion con semejantes citas. El pasaje de ella que se admira mas es la descripcion que hace el autor en el núm. 43 (Ed. Didot) del acto de embarcarse los habitantes de Atenas al aproximarse Jer-

[1] Trasíbulo fué condenado á una multa, y al intimarle la sentencia dijo: «Como, por Júpiter! antes debia serlo á la muerte; pues ¿por qué he salvado á semejantes hombres?» Planudes *ad Hermogen.*

jes, siguiendo el consejo de Temístocles, y el oráculo de Delfos, que habia dicho que los atenienses no tenian otro medio de salvarse que las murallas de madera. Todos los que se encontraron aptos para las armas se dirigieron con la flota á Salamina: las mujeres y niños por la mayor parte fueron enviados á Trezena en la Argólida del Peloponeso: los viejos, enfermos, y algunos fanáticos, que creian que los muros de madera eran la ciudadela, no salieron de Atenas. Los que quedaban en tierra lloraban, y suplicaban á los dioses por los que arriesgaban sus vidas en frágiles leños, é iban al encuentro de una flota enemiga mucho mas numerosa: los que se embarcaban tendian sus manos, y no sabian desprenderse de los que quedaban en una ciudad, que dentro de poco seria tomada é incendiada por los bárbaros; las mujeres separadas de sus maridos iban á un país estraño, donde comerian el pan debido á la liberalidad ajena. Todo este cuadro está pintado con colores tan vivos, que al parecer no podia delinearse mejor.

45. Las cualidades que resaltan mas en Lisias, unas se refieren al lenguaje, otras á la invencion, otras á la composicion ó construccion. Todos saben que la pureza y propiedad se exigen en todo escrito, de modo que no debiera hacerse un mérito particular de ellas en el escritor mayormente griego, que no estudiaba otra lengua que la propia, y que estaba justamente envanecido con ella. Decir pues que un orador ateniense conocia bien su lengua, y la escribia con pureza, seria casi una vulgaridad: sin embargo como Lisias pasó 33 años en Turio en donde probablemente no se hablaba solo el dialecto ático por ser aquella poblacion un agregado de diferentes pueblos, redunda en grande elogio suyo el haberle usado tan bien, que sus oraciones eran consideradas como clásicas y modelo de lenguaje. La propiedad en Lisias consiste en aplicar cada palabra al objeto ó idea á que la consagró el uso, á no valerse de circunloquios, ni de voces trasladadas, cuando no lo exige la necesidad; pues las metáforas y demás tropos prueban muchas veces pobreza de lenguaje, ó deseos en el escritor de elevarse sobre el comun y hacerse menos inteligible, lo que sucede aun á los buenos, como Tucídides. El que conoce perfectamente la lengua en que escribe encuentra las palabras á

mano, no tiene necesidad de ir á caza de ellas, como si quisiesen huir, segun la bella espresion de Quintiliano: esto es lo que da principalmente facilidad, por la cual algunos críticos decian de Lisias, que decia lo que le venia á la boca. Y podia ser verdad, porque se habia acostumbrado tanto á escribir y á usar bien las palabras, que no se le presentaban sino las buenas y oportunas. De ahí resulta en gran parte la claridad tan alabada en este orador, y en la que ninguno le ha aventajado, quedando muchos inferiores á él. El mismo Demóstenes con toda su elegancia y mérito oratorio tiene pasajes bastante oscuros. La claridad depende tambien en gran parte de la buena colocacion de las palabras, ó construccion de las cláusulas, y del buen órden en presentar los pensamientos. En ambas cosas es escelente Lisias: las palabras están tan bien colocadas que quitando una de su lugar resultaria defectuosa la cláusula, y al recitarse producen una cierta armonía que prueba la relacion y ajuste que hay de unas con otras. En cuanto al órden en los pensamientos casi podríamos llamarle el mérito principal de este orador, lo que quiso indicar Quintiliano (lib. 10, capítulo 1. *Inst.*) diciendo, ***Lysias subtilis atque elegans, et quo nihil, si oratori satis sit docere, quæras perfectius.*** Así brilla él en la esposicion ó narracion, parte tan esencial en un discurso forense. Parece que el lector está presenciando la escena; la misma série de sucesos le va interesando en favor del que habla, y esto mismo debia suceder á los jueces. Hé aquí una muestra.

46. Lisias acusa á Eratóstenes como principal autor de la muerte de su hermano Polemarco. Empieza su discurso diciendo: «Me es mas fácil hallar el principio que el fin de esta acusacion, pues son tantos y tan grandes los crímenes cometidos por los 30 tiranos, que al que quisiese contar solo los principales antes le faltaria el dia que acabar de enumerarlos. En los juicios comunes preguntan los jueces á los demandantes, si tienen alguna enemistad con el demandado: en este, invertido el órden, debiera preguntarse al demandado ¿que tan grande injuria has recibido de la república, que hayas tomado de ella una venganza tan atroz? No digo esto porque me falten motivos particulares de resentimiento contra Eratóste-

nes, sino para hacer ver que estos hombres nos han dado á todos sobrada ocasion de enojarnos por cosas propias y por las de la república. Como no acostumbrado á presentarme en ningun tribunal ni por intereses mios ni por los ajenos, siento verme forzado á venir aquí como acusador, y temo que mi poca habilidad y esperiencia en el hablar perjudiquen á lo que debo á mi hermano. Empezaré por instruiros de lo ocurrido.»

47. «Céfalo mi padre trasladó sus bienes y familia al país de Ática á instancias de Pericles. En los 30 años que vivió despues de su traslacion, ni él ni nosotros habíamos citado á ningun ciudadano delante de ningun juez, ni ninguno lo habia hecho con nosotros; porque como μέτοικοι [1], ó estranjeros, habiamos respetado á los demás, y los demás nos respetaron á nosotros. Pero desde que se apoderaron de la república los treinta malvados, bajo pretesto de corregir abusos y limpiar la ciudad de malhechores, todo cambió, y no se respetó ya ningun derecho. Hallábanse reunidos los treinta, cuando Teognis y Pison dijeron que los estranjeros avecindados estaban mal avenidos con aquella forma de gobierno, y que era preciso castigarlos, con lo que se juntaria una buena suma de dinero. Aquellos foragidos se habian propuesto nada menos que reducir á los habitantes á tales apuros, que la ciudad se hiciese inhabitable. Para los que estaban acostumbrados á asesinatos, era cosa liviana oir hablar de rapiñas. Decretaron pues prender á diez avecindados de los mas ricos y dos menos pudientes, para dar á entender que no se hacia esto por robar el dinero, sino por interés de la patria. Designadas las casas, echaron suertes sobre quién se encargaria de la comision. Los designados por la suerte fueron cada uno con sus esbirros á una de las casas proscritas. Me hallaba yo introduciendo y hospedando á unos forasteros, cuando llegó Pison uno de los comisarios á mi casa. Echados los forasteros, quedo preso y en poder de Pison, mientras sus ministros entrando en el taller se apoderan de los esclavos, y los apuntan en el

[1] Llamábase μέτοικος el estranjero que habia ido á establecerse en Atenas ó su territorio, el cual debia pagar todos los años un tributo de 12 dracmas.

registro como bienes confiscados. Entretanto ofrezco á Pison dinero por la vida, lo que acepta, con tal que sea una cantidad correspondiente. Ofrezco un talento, y conviene Pison. Ya sabia yo que este hombre pisoteaba todo derecho divino y humano; no obstante me ocurrió en aquel lance obligarle con la santidad del juramento. Juró, echándose todas las imprecaciones ordinarias para si y familia, si despues de recibido el dinero convenido no me ponia en lugar seguro. Despues de esto me dirijo al arca, y empiezo á abrirla, lo que oyendo Pison, cátale ahí; y asi que vió todo el dinero de mi casa allí reunido y las principales joyas, da órden á dos criados que levanten aquella arca, y la saquen fuera con todo su contenido. De este modo robó él, oh jueces, no un talento de plata que habia pactado, sino tres, cuatrocientas chicicenas de oro, cien daricas, y cuatro copas de plata. Yo le supliqué que me dejase tomar algo á lo menos para mi viaje; á lo que me contestaba que haria mejor en irme con el bolsillo limpio sin pensar mas que en salvarme, porque habíamos alcanzado unos tiempos en que debiese alegrarme de haber sacado salva la vida perdido todo lo demás, y que debia agradecérselo á él. Salidos á la calle, Pison me entregó á Melobio y Mnesitheo, no sin decirme antes al oido que callase y tuviese ánimo, y que pronto me veria. Él fué á casa de mi hermano, y mis guardas me llevaron á la de Damnipo, en donde estaba Teognis á quien me entregaron. Damnipo era mi conocido: le supliqué que me favoreciese, ya que toda la causa de mi desgracia era mi riqueza. Dijo que lo trataria con Teognis, y mientras estaban tratando de esto en una pieza separada, yo que conocia bien aquella casa, me escapé por la puerta trasera, pues tuve la fortuna de que estuviesen abiertas las tres que debia atravesar. Me fuí al Pireo en casa de un piloto, al cual pedí que inmediatamente fuese á la ciudad á informarse de mi hermano. Volvió diciendo que le habian preso en la calle, y que estaba en la cárcel. Yo me embarqué de noche para Megara, en donde supe despues que mi hermano habia sido condenado á beber la cicuta sin sustanciacion de causa, ni ninguna formalidad legal. Su cadáver no fué llevado á ninguna de las tres casas que poseíamos, sino colocado en una ca-

ja comun alquilada, y espuesto así al público. Los vestidos de que estaban llenas nuestras alacenas no pudieron servir para cubrirle: un amigo dió su capa, otro una almohada, otro otra cosa para hacer el entierro con alguna decencia. Mirad, jueces, hasta donde llegó la codicia de aquellos infames. Despues de haber sacado de nuestro taller 700 escudos (la fabricacion de ellos era la ocupacion de esta familia), tanta cantidad de oro y plata labrada, cobre, muebles y ropa cuanta jamás hubieran creido, á mas de 120 esclavos que se repartieron, dejando los mas malos para el fisco, llegaron hasta la impudencia de arrancar de las orejas de mi cuñada unos zarcillos, que eran los mismos que llevaba el dia de la boda. Nosotros no merecimos ciertamente un atropellamiento semejante, pues habiamos cumplido con todos los deberes de un forastero avecindado, habiamos contribuido muchas veces espontáneamente con nuestro dinero para las necesidades públicas; nos habíamos portado mejor que muchos ciudadanos. Y con todo esto me obligan ahora á parecer en vuestra presencia para sostener una acusacion de crímen capital, etc.» Se han omitido algunos pormenores, que hacen mas gráfica la narracion.

48. La invencion es otra de las prendas de Lisias. Sabe sacar argumentos de donde nadie los sacaria, y emplearlos con la mayor oportunidad, observando lo que se llama decoro, como se ve principalmente en las causas en que no se ministran testigos. Eratóstenes, uno de los treinta tiranos, era el principal culpable de la muerte de Polemarco. Se defendia diciendo que habia tenido que obedecer á la órden de los magistrados por temor de la pena. «¡Cómo! le replica Lisias, ¿quién, ó qué te obligaba á obedecer? ¿el juramento? no parece que los tiranos te hubiesen constreñido á tí ni á nadie con este vínculo respecto á los forasteros. Y aun dado caso que fuese así, ¿debian darte á tí, que, segun dices, te habias opuesto á la injusticia que se proponia contra nosotros, el encargo de llevarla á cabo? ¿Es posible que no sospechasen los demás que le desempeñarias con poco celo? Alegas el mandato del magistrado. ¿Qué magistrado superior á los treinta habia entonces en Atenas? Donosa manera de escusarse cada uno de ellos con la autoridad de los demás colegas. Alegas tambien

que no sacaste á Polemarco de su casa, sino que encontrándole en la calle le prendiste para entregarle á los undecimviros. Esto te hace menos escusable, pues un simple ministro de justicia incurre en grave responsabilidad, cuando mandado por el juez no va á la casa que se le designa á prender á alguno, ó yendo, dice que no le ha encontrado, estando en casa; pero á tí, uno de los treinta, revestido de autoridad soberana, ¿quién te obligaba á detener á mi hermano en la calle? Si no querias perderle, ¿no podias disimular que le hubieses encontrado? O no pudiendo disimularlo, ¿no podias decir que no le tenias bien conocido, y que así pudo pasarte desapercibido? Y aun no pudiendo decir esto, ¿quién te obligaba á entregarle á los once ministros ó ejecutores de sentencias capitales?» Así va Lisias discurriendo y estrechando á su acusado en términos que no le deja lugar á ninguna réplica.

49. Dicha oracion es una de las mejores. Ella y las demás que están enteras presentan un conjunto admirable como de una obra perfectamente acabada; pero tal vez no reunen todas las cualidades de un discurso oratorio, porque un tal discurso, mayormente en el género forense, no solo debe ilustrar el entendimiento, sino tambien mover el corazon. Es verdad que en Atenas no se permitian aquellas manifestaciones esteriores que se usaban en Roma para mover la compasion de los jueces en favor del acusado ó del acusador. Pero no podia impedirse que el que hablaba en un tribunal en causa propia se dejase llevar de los sentimientos naturales al hombre, y procurase escitarlos en los que debian fallar por él. Si Lisias hubiese introducido á Polemarco hablando y suplicando á sus verdugos, si hubiese representado el llanto de los hijos, y la desesperacion de la mujer al saber la prision de su marido y su condenacion, hubiera hecho una cosa muy conforme á la naturaleza. Nada de esto hay; por lo que sin duda le niegan la mocion de grandes afectos, aun aquellos críticos que mas le admiran; y Ciceron se contenta con atribuirle la sutileza, que quiere decir, finura, delicadeza, pureza de estilo. Tambien significa, gracilidad, delgadez, y hablando de estilo, tenuidad ó estilo tenue: sin embargo dice que es un escritor elegante, que ya casi puede llamarse orador perfecto. *De cl.*

orat. Cuenta Plutarco en el tratado περὶ Ἀδολεσχίας que en latin es *De garrulitate*, y en castellano, *De la charlataneria*, que un cliente de Lisias fué á pedirle la oracion que le habia encargado, y que al dia siguiente volvió diciéndole, que ella le habia parecido muy buena la primera vez que la leyó, pero que en la segunda y tercera la habia encontrado fria y lánguida. A lo que sonriéndose contestó el orador: «¿No la has de recitar por ventura solo una vez delante de los jueces?»

50. Lisias se empleó en componer discursos para otros despues de la desgracia de su familia y pérdida de los capitales, á la edad por consiguiente de 60 años: á esto tal vez debe atribuirse el que no tengan aquella viveza ó energía propia de la edad juvenil. En cambio muestra gran conocimiento de la historia; tiene principios fijos en política y moral; sabe retratar perfectamente á los hombres; es hábil en encontrarles las costumbres correspondientes, y cuando no las dan de sí, las supone con mucha probabilidad. Fué muy feliz en todas las causas que se le confiaron, pues, segun Focio, solo perdió dos, habiéndosele confiado tantas, segun el número de discursos que se le atribuian. Tambien dicen otros autores que tuvo escuela de retórica, y que escribió un arte de ella. Ciertas cartas amatorias que llevaban el nombre de Lisias pertenecen á otro.

ISÓCRATES.

N. en 436. M. en 338 ant. de J. C.—416 de R.

51. Dos mil doscientos años hace que se veia en un terreno de Ática llamado *Cynosarges* un grupo de sepulcros pertenecientes á una misma familia, sobre uno de los cuales se levantaba majestuosa una columna de 30 codos coronada por una sirena de siete. Era el de ISÓCRATES el orador, cuya elocuencia habia querido manifestar su hijo adoptivo Afareo con aquel símbolo; pues asi como fingen los poetas que es tal el halago causado por la dulzura de la voz de aquel monstruo marino, que es necesario taparse los oidos aun los hombres mas valerosos por no ser víctimas de su encanto; asi pareció tal

la suavidad de la elocuencia de Isócrates, que creyeron que no podia compararse con otra cosa mejor que con la voz de la sirena. Alcanzó los mejores tiempos de la Grecia, los tiempos de Pericles, de Tucídides, Jenofonte, Critias, Teramenes, Sócrates, Lisias, Platon y otros filósofos, grandes oradores y poetas, como Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Se habia formado en las escuelas de Gorgias, Prodico y Tisias siracusano. Pertenecia pues á la escuela de los sofistas, pero él fué sofista de buen género, que abandonó las sutilezas de Gorgias y las cavilosidades de Protágoras. El mismo dice en el principio de su *Panathenaico*, que desde los primeros años de su juventud se propuso escribir discursos no sobre asuntos imaginarios llenos de estravagancias y mentiras, de que gusta el comun de los hombres; ni sobre las guerras y hazañas de los griegos, aunque veia que estos tenian mucha aceptacion; ni sobre cosas triviales y de una manera desaliñada propia de escritorcillos; sino sobre materias que pudiesen interesar á reyes, á la república de Atenas, y á toda la Grecia, llenando la composicion de muchos entimemas, no pocas antítesis, cláusulas pareadas, y otras formas que enseña la retórica, y que arrancan aplausos de los oyentes.

52. «No ignoro, dice en el mismo discurso despues de la proposicion, de cuanta dificultad es la empresa que he tomado á la edad de 94 años; pues aunque como he dicho muchas veces, y repito ahora, las cosas pequeñas fácilmente pueden agrandarse por medio del lenguaje, es muy difícil hallar palabras correspondientes al mérito de las verdaderamente superiores por su grandeza ó hermosura.» En la oracion *contra los Sofistas* esplica tambien cuáles son sus principios sobre retórica. «Las reglas generales, dice, para componer y pronunciar un discurso, bajo un maestro instruido en su arte, no son muy difíciles de aprender. En cuanto á la invencion, eleccion, combinacion y disposicion de los pensamientos, en cuanto al cuidado de no separarse del asunto, de darle cierta novedad, presentando las pruebas bajo diferentes aspectos, guardar el decoro, ordenar las palabras de modo que resulte un ritmo y armonía musical; todo esto pide mucha diligencia y un talento privilegiado.... No creo que haya ningun arte capaz de en-

señar la templanza ó la justicia á espíritus rebeldes y poco dispuestos á la virtud; pero sí juzgo la elocuencia á propósito para predisponer y escitar á ella.» En el *Panathenaico* conviene en que las galas que empleaba en su juventud desdicen de su edad nonagenaria. Habla en el mismo de los sofistas, que eran su pesadilla (y estos son los de mal género): dice que habiéndose reunido tres ó cuatro de aquellos que prometen saberlo todo, y se hallan en todas partes, sentados en el Liceo empezaron á hablar de varios poetas, y entre otros, de Homero y Hesiodo, no poniendo nada suyo, sino recitando á manera de rapsodas los versos, y repitiendo lo mejor y mas elegante que se habia escrito sobre ellos; y que despues de los aplausos de los circunstantes, uno de los sofistas empezó á chismotear sobre él mismo, diciendo que despreciaba todo lo de los sofistas, que habia declarado guerra al modo de pensar y enseñar de los demás, y que trataba de dementes á cuantos no hubiesen aprendido en su escuela. Realmente en dicha oracion *contra los Sofistas* trata Isócrates á unos de embaucadores, pues que prometen lo que no pueden prometer, esto es, enseñar á los jóvenes cómo han de obrar, para que obrando como ellos enseñan, consigan la felicidad; felicidad, dice, que venden por cuatro ó cinco minas [1]. Ataca en seguida á otros que prometen hacer oradores á todos los que sigan sus preceptos y solo con estos, sin necesidad de atender á la naturaleza de los negocios, ni á la particular disposicion ó talento de cada uno. Estos falsos maestros de filosofía y de elocuencia, añade, retraen á muchos de dedicarse al estudio, viendo la futilidad de la enseñanza, las contradicciones en que caen, y la estravagancia de su conducta.

53. Presupuesto el estudio y conocimiento del asunto sobre que ha de hablarse, y el talento suficiente, la retórica enseña, dice Isócrates en el exordio de su *Panegyrico*, cómo se pueden presentar de diferente manera los pensamientos, cómo rebajar las cosas grandes, y engrandecer las pequeñas, dar novedad á las antiguas, y á las modernas un cierto sabor de antigüedad, y cómo ha de portarse el escritor en las ma-

[1] Moneda griega de 100 dracmas.

terias tratadas por otros, las cuales no por esto ha de esquivar, sino procurar aventajarlos con la escelencia de su trabajo. Aconseja á los jóvenes en el *Panathenaico*, que no se den enteramente al estudio de los poetas ó á la poesía, porque si bien en aquella edad no podria encontrarse un ejercicio mas útil y mas á propósito para ocuparlos y distraerlos de cosas peores, cuando hombres no sacarán de él ninguna ventaja. Así se ven, dice, algunos muy buenos versificadores, que saben de memoria los mejores poetas, y que podrian enseñar muy bien las reglas de la poesía, y sin embargo para los negocios de importancia son menos aptos que sus mismos discípulos y criados. Entre estos cuenta tambien á los oradores de bufete, que escriben muy elegantes discursos, que conocen solo la teoría de los negocios, pero no sirven para la práctica, lo que repite en la oracion titulada *Archidamo*. Señala cuáles son en su concepto los que poseen una sólida instruccion, á saber, los que saben conducirse bien en los asuntos que ocurren todos los dias, aprovechar las ocasiones, y á cada cosa darle su valor, escogiendo entre varias la mas ventajosa; los que tienen las consideraciones debidas á las personas, con quienes tratan; los que pueden sufrir sus estravagancias, su aspereza de genio; los que se muestran afables con todos; que son de humor igual; que saben dominar sus pasiones; que no se abaten en las desgracias, acordándose de la condicion humana, y procurando hacerse superiores á ellas; los que en la prosperidad no se pervierten, cosa muy difícil, ni se olvidan de sí mismos, ni se engrien, sino que guardan la moderacion propia de los hombres prudentes, ni tanto se alegran de los bienes debidos á la fortuna, como de los que han recibido de la naturaleza, el talento y la prudencia. Los que poseen todas estas prendas, no una que otra, son, segun Isócrates, hombres prudentes, perfectos y adornados de todas las virtudes.

54. Lo dicho basta para conocer que Isócrates tomó algo de los sofistas, pues no todo lo de los sofistas era malo; y lo malo supo presentarlo bajo apariencias de bueno, en términos que todos los que han escrito de retórica despues de él lo han adoptado, como la doctrina de los adornos, y la de dar ó quitar la importancia á las cosas, aunque sea con alguna exage-

racion, pero todo esto dirigido por la prudencia y el buen gusto. Él mismo reconoce, como se ha visto, que unas cosas se permiten al orador cuando jóven, que le sentarian muy mal cuando anciano; lo que prueba que no las consideraba esenciales á la elocuencia.

53. Era Isócrates un gran preceptista, un gran filósofo, un gran político, y un escelente orador. Tuvo correspondencia y amistad con los reyes de Esparta, de Macedonia y Chipre, y con los personajes mas importantes de Grecia. Su escuela se vió favorecida de los jóvenes mas ilustres por su familia y por su mérito. De ella segun la espresion de Ciceron (*De orat.* 2), salieron muchos aventajados en la elocuencia, como en otro tiempo salieron del caballo troyano los príncipes del ejército griego. Pueden citarse los nombres de Timoteo hijo de Conon, Asclepiades poeta trágico, Teopompo de Chio, y de Eforo; de los dos últimos dice Quintiliano que estaban dotados de diferentes disposiciones, que conocia Isócrates, pues que para el uno empleaba espuelas, para el otro el freno. Hipérides, Iseo y Licurgo oradores, salieron tambien de su escuela. De Demóstenes se cuenta, que pretendió entrar en ella, y como no podia pagar la crecida retribucion que exigia el maestro, le ofreció la quinta parte, contentándose con que le enseñase la quinta parte de su retórica. A lo que contestó Isócrates que esta enseñanza se vendia entera como los buenos pescados, no á tajadas. Parece que esto no pasará de cuento, 1.° porque segun refieren muchos de sus biógrafos, no recibia estipendio alguno de los naturales de Atenas: 2.° porque critica mucho á los sofistas por vender por cuatro ó cinco minas todo su saber, ó mejor dicho, su jactancia; y 3.° porque en la vida de Iseo atribuida á Plutarco se lee que enseñó á Demóstenes por diez mil dracmas, cantidad diez veces mayor que la que pedia Isócrates. Llegó á reunir hasta cien alumnos, que iban de todos los puntos de la Grecia. A todos exigia igual paga por todo el tiempo que permaneciesen en la escuela, y que no les limitaba. Se dedicaba además á escribir oraciones para los que se las pedian, ó políticas ó judiciales. Nicocles rey de Salamina en Chipre le encargó una en que recomendase los deberes de los súbditos para con su príncipe: la escribió, y reci-

bió por ella veinte mil duros. Poco antes habia escrito otra probablemente sin escitacion del mismo, en que le enseñaba la conducta que debia tener un buen príncipe para hacerse amar y obedecer.

56. Hallábase sentado en la mesa de otro rey de una parte de la isla de Chipre, llamado Nicocreon, en compañía de los mas altos dignatarios, ministros, generales, y jóvenes de las mas ilustres familias. Reinaba la alegría, franqueza y familiaridad: cada uno procuraba divertir á los demás con sus chistes ó conversacion amena. Se invitó tambien á Isócrates á que contribuyera con su saber y elocuencia á amenizar aquella fiesta y entretener la reunion. Pero se escusó diciendo, «lo que yo sé no es de este lugar, y lo que es de este lugar yo no lo sé.»

57. Con los regalos que recibió de los reyes, con los honorarios de sus clientes, y sobre todo con lo que le pagaban sus discípulos reunió una fortuna muy considerable, de la que no formaba parte probablemente lo que tuvo en herencia de su padre Teodoro que era un instrumentista, y vivia de su trabajo. Los trescientos ciudadanos mas ricos de Atenas debian equipar á sus costas un buque de guerra en caso de necesidad: los que estaban puestos en lista tenian derecho de citar á juicio á otro no contenido en ella, y que en su concepto fuese mas rico para obligarle ó á armar un buque, ó á hacer permuta de bienes con el actor, lo que se llamaba ἀντίδοσις. Tres veces se intentó esta accion contra Isócrates, y en las dos venció [1]; pero en la tercera tuvo que cargar con dicha obligacion del buque, lo que prueba que era de los trescientos mas pudientes de dicha ciudad. En los últimos años de su vida, cuando escribió el *Panathenaico*, reconoce que habia sido favorecido con muchos bienes de alma y cuerpo en tanta abundancia, que no tuvo que envidiar á nadie de los que se creian mas favorecidos; que la fortuna no le escaseó sus dones de modo que se viese privado de lo que una persona regular y decente necesita; finalmente que mereció todas las

[1] En una de ellas hallándose enfermo le defendió su hijo adoptivo Afareo contra la pretension de permuta de un tal Megaclides.

consideraciones de sus conciudadanos y estranjeros que no le reputaban un hombre vulgar. Dos cosas le faltaron para su completa felicidad, á saber, el órgano de la voz para hablar en público delante de una asamblea numerosa, y el valor ú osadía. Por esto suponen que decia: «yo pido mil dracmas á los que desean aprender la retórica: yo daria diez mil al que me proporcionase esa osadía, y voz robusta.» Su inclinacion le llevaba á los negocios públicos, y á lucir sus conocimientos, pero vió luego su impotencia. Así él mismo confiesa en el citado discurso, que ni tenia bastante energía para los negocios, ni todas las cualidades requeridas para la oratoria, y luego nombra las dos indicadas, las cuales dice que le faltaban de tal modo, que no habia nadie que no le aventajase en ellas, y que los que están privados de las mismas son mas despreciados que los que por deber al fisco pierden el lugar que les corresponde en su tribu, pues estos pagando recobran su puesto, mientras que no hay medio para vencer la naturaleza.

58. Por cuya razon no pudiendo hablar en la tribuna popular, escribió, como se ha dicho, discursos que pudiesen interesar generalmente, y granjearle fama como se la granjearon. Con esto se puede entender fácilmente cuál era el género de elocuencia de nuestro orador. Era elocuencia de estudio, de aparato, de bufete: era elocuencia artística, que aunque no artificial, no era del todo natural. No habló mas que una vez en público por el asunto del armamento del buque. No sintió los embates de las oleadas populares; no tuvo que combatir con un adversario diestro, elocuente y vivo; no se vió precisado á las réplicas que enaltecen tanto á un orador, si se hacen bien, porque son improvisadas. Los grandes intereses del estado no agitaron su alma: todo su entusiasmo se evaporaba dentro de las paredes de su aula: los alumnos eran sus oyentes inofensivos. Así no podia desplegarse su elocuencia; la de sus discursos era calculada, y tan calculada que uno de ellos, el *Panegyrico*, le costó diez ó quince años de trabajo en formar el plan, en buscar las pruebas, en ordenarlas, en hallar las espresiones convenientes, en colocarlas armónicamente, en dislocarlas para volverlas el dia siguiente ó el año siguiente al mismo

lugar. No hay que advertir que su lenguaje es puro, su espresion clara, su estilo grave y majestuoso; pero alguna vez afectado, porque se afana por las palabras, evita la concurrencia de vocales, usa de tropos y figuras hinchadas; solo por redondear un período emplea palabras ó frases no necesarias; es demasiado florido, y de ahí resulta una belleza postiza. Sus discursos son mejores para la lectura que para ser pronunciados en público, sobre todo en el foro. Pero el conjunto de la composicion es magnífico; pocos oradores le aventajan en grandilocuencia; él fué el primero en usarla, de modo que Dionisio de Halicarnaso compara la de Isócrates á las estatuas de Policleto y Fidias; y la de Lisias, que no obstante le aventaja en algunas cosas, á las de Calamidas y Calimaco. Para muchos eso seria hablar en griego como aquel crítico, porque no han visto ni leido nada de dichos estatuarios; quiere decir pues, que los dos primeros eran sublimes para los objetos grandes, como para representar á los dioses; los otros eran escelentes para objetos menos importantes, como un atleta, un púgil, etc., y así los primeros se distinguian por la gravedad y amplitud de las formas, los segundos por la lindeza y elegancia. Isócrates trata asuntos grandes grandiosamente; otros oradores se ocupan de asuntos judiciales y comunes, y los desempeñan bien. La diferencia entre ellos es la que hay entre un niño y un hombre, como nota Platon para otra cosa.

59. Se ha visto á Isócrates orador; los que quieran verle político, pueden leer sus oraciones, ***Archidamo, por la paz, Areopagítica, Panegyrico, Panathenaico, á Nicocles, á Filipo;*** pues es imposible comprender en un breve tratado todo lo que pudiera decirse de este escelente escritor. Como preceptista no hay que añadir nada á los elogios que le tributan los antiguos; se han puesto al principio algunas muestras de su doctrina tocante á retórica. Como filósofo aventaja quizá á todos los oradores: recórranse sus oraciones, y se verán todas ellas nutridas de filosofía. No pueden escribirse otras mas filosóficas, ó mas conformes á filosofía, dice el que ha hecho la mejor crítica de Isócrates. ¡Qué delicadeza de pensamientos sugerida por el buen uso de la dialéctica! Por ejemplo, en el ***Panegyrico*** des-

pues de haber dicho que va á aconsejar la guerra á los bárbaros, y la paz entre los griegos, añade: «Sé que muchos oradores han escogido con preferencia este asunto para sus discursos, pero yo no he de detenerme por esto, en la confianza en que estoy de que he de eclipsarlos de tal modo, que parezca que no han dicho nada: por otra parte el asunto de si es importante, digno del talento de un buen orador, y utilísimo á los oyentes. No ha pasado pues la ocasion de hablar nuevamente de él, lo cual tendria lugar, ó habiéndose ejecutado lo que se recomienda en tales discursos, ó habiéndole desempeñado un orador tan bien que fuese imposible á otro emprenderlo de nuevo. Y como ninguna de las dos cosas se ha verificado, ¿por qué no he de aventurarme yo tambien, y discurrir lo mejor que sepa para lograr persuadir lo que he propuesto?» La delicadeza y fuerza de este pensamiento no llega á la de Demóstenes en su Filípica primera donde dice: «Muchos de los que suelen aconsejaros han hablado ya, y si os hubiesen aconsejado lo mejor, no habria que deliberar sobre esto. No hay que desmayar, atenienses, por el estado presente de las cosas: el tiempo pasado es una garantía para lo porvenir, ya que el haber dejado de obrar con energía es causa de la postracion actual; pues si hubieseis hecho cuanto estaba de vuestra parte, y las cosas no obstante se hallasen en mal estado, no quedaria ninguna esperanza de remedio.» Aqui se ven la elocuencia vigorosa de Demóstenes, y las formas periódicas, y el raciocinio filosófico de Isócrates.

60. Cuando se ha dicho que los grandes intereses del estado no agitaron su alma, se ha querido decir en la tribuna, pues cabalmente de ellos se ocupa en sus mejores discursos, que no escribió para pronunciarse desde allí. Por lo demás estaba animado de sentimientos patrióticos, de lo que dió una prueba esclarecida en tres ocasiones: 1.ª cuando se levantó, siendo muy jóven, para defender á Teramenes, uno de los treinta tiranos condenado por sus colegas en la época del mayor terror: 2.ª cuando salió de luto por las calles de Atenas despues de la injusta sentencia de Sócrates; y 3.ª cuando perdida la batalla de Queronea, no quiso sobrevivir al desastre de su patria no sabiendo el uso que haria Filipo de su vic-

toria: habiéndose abstenido de todo alimento, á los cuatro dias murió á la edad de 98 años, despues de haber repetido muchas veces, segun Plutarco, tres versos de Eurípides, en que recuerda á Argos, el Peloponeso y Tebas, sujetados respectivamente por Danao, por Pelops y por Cadmo.

61. Se le atribuian 60 oraciones: parece que las auténticas no pasaban de 25 ó 28. Las que quedan son las siguientes:

Tres del género *parenético* ó moral: 1.ª *la dirigida á Demónico*, que mas parece una carta en que da varios consejos muy saludables á la juventud: 2.ª *la dirigida á Nicocles* sobre el arte de reinar: 3.ª la titulada *Nicocles* de los deberes de los súbditos para con su príncipe, que se supone pronunciada por aquel rey de Chipre delante de los suyos.

Cinco del género *simbuléutico* ó deliberativo. 1.ª *Panegyrico*, su obra maestra, cuyo objeto principal es ponderar el mérito de Atenas en competencia con Esparta, y procurar la union de todos los griegos contra los persas. 2.ª *A Filipo* rey de Macedonia para exhortarle á ser el mediador ó pacificador de los griegos, y á emplear mas bien sus armas contra los persas. La escribió poco tiempo antes de morir, despues de la embajada de Demóstenes y Esquines á Macedonia. 3.ª *Archidamo*, en que este príncipe hijo de Agesilao rey de Esparta exhorta á sus conciudadanos á no entregar á los beocios el país de Mesenia. 4.ª *Areopagítica* en que aconseja á los atenienses á restablecer la democracia cual la puso Solon con las modificaciones de Clistenes. 5.ª *De la paz*, la aconseja á los mismos con motivo de la guerra social, y que renuncien á la supremacía que pretendian con respecto á sus aliados.

Cinco del género demostrativo. 1.ª *Elogio de Evágoras*, rey de Salamina en Chipre, ó su oracion fúnebre. 2.ª *Elogio de Helena*. 3.ª *Elogio de Busirides*, ó mas bien una leccion que da á Policrates sobre el modo de escribir un elogio. 4.ª *Panathenaico*, ó elogio de los atenienses. 5.ª *Contra los sofistas*.

Ocho del género forense, entre las cuales hay la que pronunció sobre *el cambio de bienes*, que se ha indicado antes.

Sigue á las oraciones una coleccion de nueve cartas, de las cuales cuatro dirigidas á Filipo de Macedonia: una á su hijo Alejandro: una á los hijos de Jason: una á Timoteo: una á los

magistrados de Mitilene: una á Dionisio de Siracusa, probablemente el menor. Escribió tambien una retórica que no existe.

ISEO.

380 ant. de J. C. — 374 de R.

62. No se sabe de este orador ni el año de su nacimiento ni el de su muerte. De sus oraciones se desprende que vivió desde fines del siglo 5.° á mediados del 4.° antes de la era vulgar, esto es, despues de la guerra del Peloponeso hasta el reinado de Filipo de Macedonia. No se sabe tampoco que ejerciese algun cargo público. Los antiguos solamente dicen que fué discípulo de Isócrates, y maestro de Demóstenes; y unos le hacen natural de Atenas, otros de Calcis ó Negroponto capital de la Eubea. Es contado entre los diez oradores atenienses: esto y el haber quedado 10 de sus oraciones enteras, una que parece faltarle poco, y el epílogo de otra, nos obliga á hablar de él, como tambien el haber contribuido á formar al príncipe de los oradores griegos, lo que redunda en gran gloria suya. Pues no fué maestro como quiera, que se limitase á enseñarle los preceptos del arte, que es lo que entendemos nosotros por esta profesion, sino que á mas de imbuirle su teoría, le dió ejemplos vivos en sus propios discursos, y le comunicó, digámoslo así, su propio carácter. Lo que sucedió con este maestro y discípulo parece que fué lo siguiente.

63. Los maestros de aquel tiempo eran lo que debian ser, esto es, capaces de poner por obra lo mismo que enseñaban, como sucede generalmente en las demás profesiones. El maestro pintor sabe pintar, el músico tocar el instrumento que enseña, el matemático calcular, el médico curar, el legista defender un pleito, etc. Los maestros pues de oratoria eran oradores. No obstante se cuenta de Isócrates, que preguntándole alguno de sus amigos, por qué formando tan buenos oradores, él nunca hablaba en público, ni queria ser tenido por tal, contestó, que se consideraba como la piedra de amolar, la cual no corta, pero aguza el hierro para cortar. No dejaba ciertamente de ser Isócrates grande orador; el no ha-

blar en público procedia del defecto de voz, como se ha visto en su lugar. Asi no destruye él la regla general. Cómo la misma naturaleza nos inclina á la imitacion, y tomamos por modelo al que creemos mejor, mas á nuestro alcance, y mas acomodado á nuestro natural, teniendo generalmente el discípulo buen concepto del maestro, á él quiere conformarse primeramente. Eran Isócrates é Iseo contemporáneos: los dos tenian escuela: la del primero era mas concurrida: no obstante prefirió Demóstenes la de Iseo, no, como han dicho algunos, porque tuviese que pagar menor retribucion, sino porque habiendo menos discípulos creyó que el maestro se ocuparia mas de él: su cálculo salió tan acertado, que segun dicen, Iseo despidió á los demás, y se fué á vivir á la casa misma de Demóstenes [1]. Esto se llama conocer y apreciar un maestro á un discípulo, y saber un discípulo discernir entre los maestros. Habia cierta simpatía entre los dos. Isócrates era frio para Demóstenes: el calor y la viveza de Iseo era lo que él necesitaba: el carácter enérgico del maestro correspondia al natural impresionable y ardiente del discípulo. Empezó llamándole la atencion sobre sus intereses, que habian sido mal administrados por sus tutores, y le empeñó á entablar demanda contra ellos, aunque no fuese mas que para darle materia en que ejercitarse, é introducirle en el foro. Podemos suponer que toda la direccion de este negocio, el plan y arreglo de los discursos corrió á cargo de Iseo, pues Demóstenes solo tenia 17 años, y que su triunfo se debió á aquel y á la justicia de la causa.

64. Es muy difícil teniendo que hablar de varios oradores señalar las cualidades que los distinguen unos de otros, y las que les son comunes. En la pureza de diccion todos son iguales, aunque cada uno tenga sus maneras; en observar las reglas principales de la retórica tambien; pero unos son mas adornados, y ponen en esto mucho empeño: otros tienen un talento especial para hallar las pruebas, y hacerlas valer. Iseo se compara con Lisias; y se encuentran los dos tan parecidos que hay dificultad en distinguirlos. No obstante dice Dionisio

[1] Plut. *Vit.* x *Orat.*

de Halicarnaso, que los que no perciben la diferencia no se acreditan de buenos críticos. Echad la vista, añade, sobre los cuadros antiguos, y vereis que son notables por la exactitud del diseño y por el primor de las formas, pero no por el colorido, ni por la composicion, ni por la buena distribucion de sombras que forman aquel claro oscuro tan admirable en los modernos. Tal es la diferencia que hay entre Lisias é Iseo. Aquel es la sencillez misma, pero elegante, no rastrera; este es mas trabajado: en aquel domina la naturaleza; en este el arte: aquel hace una bella narracion sin saberlo; este estudia por hacerla: á aquel se le cree solo por su palabra; de este se desconfia aun diciendo la verdad: la bondad y la justicia se muestran por sí mismas, y se hacen apreciar en Lisias, mientras que se ven como empujadas por Iseo, y no se las admite sino con cierta prevencion y exámen. Por esto Piteas en su acusacion contra Demóstenes, en que le echa en cara todos sus defectos, atribuye su malignidad oratoria á su maestro Iseo [1].

65. Para comprobar lo que se acaba de decir seria preciso sacar trozos del uno y del otro, y ponerlos en paralelo, lo que á mas de ser largo, no seria lo mas conveniente para los lectores, los cuales no tanto desean saber en qué se diferencia Iseo de Lisias, como lo que fué el mismo Iseo, pues en toda comparacion deben tenerse muy bien conocidos los estremos para ver los puntos de contacto y las diferencias. Por esto se ha creido mejor presentar el resúmen de una de sus oraciones, en la que se ve un raciocinio vigoroso, y bastante fuerza oratoria. Todas ellas son judiciales y relativas á sucesiones. Segun la costumbre de Atenas Iseo las escribió para sus clientes, debiendo ellos mismos recitarlas en el tribunal. Sin embargo alguna vez habló él, como hacen nuestros abogados en

[1] Decia tambien que sus oraciones olian á aceite. Plutarco cuenta que en Arcadia se insultaron los dos en la junta popular. Piteas dijo que asi como es señal de enfermedad el ir una burra á una casa para la leche, así es señal de estar malo un país al que llega una embajada ateniense. A lo que replicó Demóstenes: asi como la leche de burra se ministra para recobrar la salud, asi tambien van los atenienses para mejorar la condicion de los pueblos. Era Piteas mucho mas jóven que Demóstenes.

los informes, porque la edad no permitia hacerlo á los clientes. Estando familiarizados con la idea de que un verdadero orador es el que habla delante de una multitud regularmente para asuntos políticos, es bueno advertir, que á Iseo le consideramos como un escelente abogado, digno de ser imitado por los nuestros. El asunto de la oracion es el siguiente.

66. Pirro no teniendo hijos legítimos adoptó y nombró heredero á Endio sobrino suyo hijo de una hermana, el cual despues de la muerte del tio poseyó como tal sus bienes por espacio de mas de 20 años. Habiendo tambien él muerto sin hijos, su madre y un hermano como mas próximos parientes trataron de tomar posesion de la herencia, pero se les opuso Jenocles en nombre y representacion de su mujer Fila que decia ser hija legítima de Pirro. Los jueces no atendieron á esta instancia, á pesar de estar apoyada por Nicodemo, que se decia hermano de la madre de Fila, y que alegaba haber entregado á su hermana en matrimonio á Pirro recibiéndola este como esposa legítima, y en su consecuencia declararon heredera á la madre de Endio. Pero hubo nueva instancia en la que se presentan los mismos tios de Pirro que dicen haber sido llamados por él á los desposorios, y que diez dias despues de haberle nacido una hija fueron convidados á un banquete para celebrar este nacimiento, y verificar la imposicion del nombre de la recien-nacida. Al contestar á esta instancia, dice el cliente de Iseo:

« Conviene saber ante todas cosas, qué dote señaló Nicodemo á su hermana casándola con Pirro que tenia un caudal de tres talentos, (ó tres mil duros); si esta pretendida mujer abandonó ya en vida á su marido, ó si dejó su casa despues de su muerte; y en este caso quién le devolvió la dote, y si no pudo recobrarla, qué accion intentó, y contra quién, ó por la misma dote, ó en su lugar por los alimentos, en los 20 años en que disfrutó Endio de los bienes de Pirro; delante de qué testigo ú hombre bueno reclamó Nicodemo del mismo la dote de su hermana. Tambien quiero saber, si esta estuvo casada antes de conocerla mi tio con alguno de sus muchos amigos, ó en el mismo tiempo en que él la trataba, ó despues de su muerte. Pues si lo fué seria con las mismas condiciones con

que se supone haberlo sido con mi tio. Ninguno de estos estremos se ha probado, ni puede probarse por la parte adversa. Yo pudiera muy bien contaros, ó jueces, muchas historietas de los amantes de esa mujer, y no tendria poco trabajo en contarlo todo; pero me avergüenzo por mí y por vosotros, y me contentaré con haceros leer las deposiciones de los testigos en el primer juicio, con las que se probó ser ella una mujer pública, no habiendo sido impugnada entonces esta prueba. Os presentaré otros que atestigüen las riñas que vieron, las palabrotas que oyeron, la batahola que reinaba en casa de mi tio, cuando se hallaba esta mujer con otros convidados en los banquetes que aquel daba. ¿Van los forasteros á casa de una madre de familias honrada, ó acompaña esta á su marido en las comilonas y bebidas entre desconocidos? Los mismos testigos os dirán además, qué casta de gente, y cuánto número frecuentaba su casa para inferir lo que podia ser, y que siendo lo que era no podia haberse unido con ningun hombre como esposa legítima.»

67. «Pero supongamos por un instante que mi tio arrastrado por la pasion, y en mengua de su honor y de sus intereses hubiese consentido en tomarla; ¿dónde están las pruebas? En el primer juicio se presentó no un testigo, sino el dicho de un testigo llamado Piretides, puesto por escrito por los mismos contrarios, sobre haber oido que la tal mujer iba á casarse con un hombre de un capital de tres mil duros. ¿Así se ejecuta un negocio de tanta importancia, para el cual suelen llamarse los mas próximos parientes y mas intimos amigos? Y cuando ha de probarse en juicio, no diré un matrimonio, sino un negocio cualquiera, ¿no deben presentarse los mismos testigos, y en caso de no poder ó por falta de salud ó por otro impedimento, no se recibe su declaracion delante de otros que hagan la misma fuerza que harian aquellos presentándose en el tribunal? Piretides ni se hallaba enfermo, ni impedido de ir al mismo, viviendo en la ciudad, y lo que es mas, niega haber oido tal noticia, y haber autorizado á nadie para servirse de su nombre. Sin embargo Jenocles presenta dos testigos delante de los cuales dice haberle sacado aquella declaracion, y puéstola por escrito. Pero qué testigos! de quie-

nes nadie fiaria en cosas de la menor importancia. ¿Debia Jenocles contentarse con la deposicion de hombres tan desacreditados? ¿Podemos suponerle tan torpe, que tratase como una cosa frívola la legitimidad de un matrimonio? ¿Le importaba tan poco saber si su mujer era hija legítima ó bastarda? ¿No debia valerse para esto de los hombres mas autorizados, de amigos, ó parientes que gozasen de buena reputacion, y no de unos cualesquiera? Conste pues que tanto Nicodemo como Jenocles han querido hacer de un matrimonio un negocio clandestino, ya que aquel dice que no llamó mas que á un testigo para su celebracion, y el otro tomó dos que se le ofrecieron casualmente para recibir la declaracion de aquel.»

68. «Pero hé aquí que aparecen los mismos tios del titulado marido, que dicen haber sido llamados por este para la celebracion del contrato. ¡O cosa portentosa, é increible, jueces! llamar mi tio para un acto que le cubria de infamia á personas tan allegadas, cuando lo natural era ocultarlo á ellas, y quedarse solo con su vergüenza. ¿Y qué dicen esos de la dote? ni una palabra; prueba clara de que no se dió, pues debia entregarse en su presencia, y así que no hubo tal matrimonio. Supongamos otra vez, que mi tio arrebatado por la pasion hubiese tomado á la mujer sin dote. ¿No estaba en los intereses de ella y de Nicodemo el hacer constar esto mismo por medio de buenos testigos para en caso de separacion poder reclamar ó los alimentos ó la dote constituida por su propio marido? pues se ve por esperiencia cuán efímeros son esos amores. Añaden los tios, que habiendo sido invitados, asistieron al acto de imponer nombre á los diez dias de haber nacido al sobrino Pirro una hija. ¡O desvergüenza é infamia sin ejemplo! ¿Quien podrá contener la indignacion al ver, ó jueces, que Jenocles el marido de esa supuesta hija de Pirro, reclamando en su nombre la herencia del padre, en el pedimento haya llamado á su mujer Fila, y así lo haya hecho constar en los registros públicos; y los tios del mismo Pirro que se hallaron presentes, segun dicen, á la ceremonia de la imposicion del nombre, declaren haberse impuesto á la niña el de su abuela Cletareta? ¿Es posible que en ocho años que lleva de matrimonio haya ignorado el verdadero nombre de su

esposa, no habiéndole oido ni de su suegra, ni de Nicodemo hermano de esta, y que en el acto de pedir para ella la herencia del supuesto padre se haya servido de uno diferente del suyo? Cómo! el marido quitar á su mujer el nombre de su abuela, que podia serle un título de derecho? ¿No prueba esto, ó jueces, que todo es una patraña urdida entre los adversarios despues de empezado el litigio?»

69. «Para convenceros de la falsedad de lo dicho por Nicodemo basta reflexionar, que lo que se da por causa de matrimonio, si no se pacta que sea á título de dote, se pierde segun la ley, si la mujer abandona al marido, ó este la repudia, ó muere sin hijos. ¿Debia Nicodemo dejar al arbitrio de Pirro repudiar á su mujer, no habiendo constituido la obligacion de la dote? ¿Es tan necio Nicodemo que quisiese correr esta contingencia? Un hombre que por pequeñas cantidades está molestando continuamente los tribunales ¿hubiera dejado de tomar las precauciones debidas con mi tio? Pero díme, Nicodemo, habiéndole tú dado á tu hermana en matrimonio, del cual nació una hija, ¿cómo has consentido que nuestro hermano Endio haya pedido y obtenido la herencia en perjuicio de la hija? ¿No sabias que por este solo hecho ella se declaraba espuria? Y no solo con este hecho de nuestro hermano, sino ya anteriormente con la adopcion de él mismo declaraba Pirro á aquella ilegitima. Pues quien tiene una hija legitima no adopta á otro á no ser con la condicion de casarse con ella. ¿Cómo no hiciste ninguna reclamacion en favor de tu sobrina? Tal vez dirás que no tuviste noticia de esto. Pero cuando Endio entregó á Jenocles á la que llamais hija de Pirro para casarse con ella, ¿hubieras tú consentido que se le diese como hija de una ramera, habiendo nacido de legítimo matrimonio? ¿No te hubieras quejado con el Arconte, de que un hijo adoptivo insultara á una hija natural y legítima del mismo que le habia dado sus bienes, casándola como bastarda, pues que en lugar de cederle los bienes que la correspondian, le señalaba la miserable dote de mil dracmas ó una 6.ª parte de un talento, consistiendo la herencia en 3 talentos, como se ha dicho? ¿Dirás que Endio hizo esto ocultamente? Debiendo pues tú saberlo, ¿cómo consentiste en que la hija de tu hermana fuese tratada

como nacida de una prostituta? ¿cómo no reclamaste contra Endio? Lo hubieras hecho, por todos los dioses del Olimpo, si lo que dices ahora fuese cierto.»

70. «Por otra parte ¿cómo Endio no se quedó con su hermana hija de su padre adoptivo en lugar de entregarla á un estraño? pues en caso de ser legítima, sabia muy bien, que todos los bienes debian ir á parar á sus hijos. ¿Hay alguno tan reñido con sus intereses, que á sabiendas quiera traspasarlos á desconocidos, pudiendo conservarlos tomando por mujer á la misma que da á un estraño? ¿Hubiera pasado por esto Nicodemo el propio tio? Léanse las leyes que sirven para el caso presente, párese el agua, y vengan los testigos, que declaren: 1.° que Endio tomó posesion de los bienes de Pirro, despues de habérsele adjudicado por los magistrados correspondientes, sin reclamacion de nadie: 2.° que el mismo Endio colocó en matrimonio á Fila bastarda, tambien sin reclamacion. Teneis por consiguiente probado, ó jueces, por la misma série de hechos y por la disposicion de las leyes la falsedad de la deposicion de Nicodemo.»

71. «Viniendo ahora á Jenocles, si hubiese creido que su mujer era legítima, y no espuria, hubiera intentado accion contra Endio viviendo aun, en reclamacion de los bienes para ella, así como impugnó en vano la veracidad de los testigos que asistieron á la confeccion del testamento de Pirro, estando dispuesto tambien á atacar su adopcion. Sin embargo prescribiendo la ley que dentro de 5 años se haga la reclamacion, dejó pasar 20 sin hacerla: solo á los tres dias de la muerte de Endio se presentó como llamado á la herencia en cualidad de marido de la hija única de Pirro, de quien procedian los bienes que aquel dejó. Bajo otro título podia tambien reclamarlos, á saber, como marido de la única hermana adoptiva del difunto. Bien que el primer título es mas privilegiado; pues no admite concurrencia con nadie: probada la filiacion queda probado el derecho, sin necesidad de pedir de ningun juez autorizacion para la toma de posesion de los bienes paternos, como deben hacerlo los hijos adoptivos, y como lo ejecutó Endio. Por lo mismo el litigio presente es una prueba de que el mismo Jenocles reconoce la improcedencia de su demanda,

pues hubiera podido entrarse en los bienes sin mas requisito que manifestar ser su mujer hija única del que habia sido dueño de ellos; ya que se considera en nuestra ciudad como un atentado el oponerse á un hijo respecto á la adicion de la herencia de su padre, penado con la pérdida de todos los bienes y de la vida, como de lesa majestad y turbacion del órden público.»

72. «Además ¿cómo hubieran consentido los parientes de Pirro que se entregase Fila á un estraño, pudiendo alguno de ellos tomarla por mujer, y con ella entrar en el goce de los bienes, usando del derecho que les dan las leyes, si la hubiesen creido hija legítima? Pues nadie prefiere á un desconocido en asunto de intereses. ¿Por qué no casó Endio con ella? Las leyes son terminantes. El que muere sin hijos varones puede dejar sus bienes á quien quisiere: si le quedan hembras, puede hacerlo tambien, pero con la condicion de que el heredero case con una de las hijas. Así lo que hizo Pirro adoptando y heredando á Endio fué ilegal, si tenia á esa hija que se supone. ¿Y por qué consentisteis vosotros, testigos en este juicio, y tios de Pirro, que Endio se apoderase de los bienes sin tomar por mujer á Fila, mayormente diciendo tambien vosotros haber recibido de su padre al morir el encargo de cuidar de aquella niña? ¡O escelente cuidado por cierto! ¿Lo olvidasteis quizás? ¿os pasó desapercibido? Pero cuando Endio la casó con Jenocles dotándola mezquinamente y como bastarda, ¿por qué no reclamasteis vosotros tios del padre, especialmente encargados de ella, mayormente llevando el nombre de su abuela, hermana vuestra como decís? Pero cese todo ulterior argumento. Vosotros mismos sabeis cuál es la ley de la hermandad (φρατρία) de mi tio Pirro, á saber, que debe dársele conocimiento de todos los nacidos, para que se tengan por legítimos. Este conocimiento no se dió respecto de Fila, como voy á probarlo por testigos. Además no se ofreció la victima nupcial (llamando al convite de boda á las matronas próximas parientas).»

73. «Por lo tanto, ¿dareis, ó jueces, mas crédito al testimonio de Nicodemo, que á la voluntad de mi tio manifestada evidentemente por los hechos posteriores á su muerte, con-

secuencia de lo verificado por él en vida? ¿A una mujer pública la considerareis como madre de familia? No lo hareis, si no se os prueba antes, como exigia al principio de este discurso, bajo qué pactos dotales dió Nicodemo á su hermana en matrimonio; á qué autoridad acudió ella al separarse de su marido, declarando que renunciaba á todos sus derechos de esposa; despues de la muerte de Pirro, de quien consiguió Nicodemo la devolucion de la dote; ó habiéndola pedido y no obtenido, qué accion intentó dentro de los 20 años contra el poseedor de los bienes de su cuñado por razon de la misma, ó de los alimentos para la madre y la hija; como tambien si estuvo casada con otro, y si ha tenido otros hijos. No olvideis tampoco, jueces, la ceremonia de la boda, pues si hubiese habido verdadero matrimonio no hubiera dejado de celebrarse segun costumbre, como tampoco hubiera dejado de presentarse á la *fratria* la hija habida de él para hacer constar su legitimidad. Finalmente si la madre hubiese sido legítima esposa, el marido hubiera convidado al banquete que tiene lugar en las fiestas Tesmoforias á las matronas de la misma tribu. Nada de esto tuvo lugar, como van á atestiguarlo los *demotas* de Pirro, (esto es, los de la misma tribu ó pueblo).»

74. Se ha puesto este discurso, aunque muy descarnado, por haberle reducido á pocas páginas, 1.° para que se vea el nervio de la elocuencia de Iseo; 2.° para dar una idea de la civilizacion de Atenas, pues que nada prueba tan bien la de un pueblo, como la administracion de justicia por medio de los tribunales y la sabia disposicion de las leyes que protegen los derechos de todos; y 3.° para ofrecer otra muestra de la riqueza de la literatura griega, ya que se está generalmente en la persuasion de que los latinos aventajaron á los griegos en la ciencia del derecho: realmente queda de aquellos un monumento gigantesco en el Digesto, obra inmensa compuesta solo de retazos de innumerables escritos de sus jurisconsultos. Sin embargo la literatura griega está mas socorrida en el género forense, porque se ha conservado mayor número de discursos que en la latina.

LICURGO.

N. en 408. M. en 325 ant. de J. C. — 429 de R.

75. Dionisio de Halicarnaso que escribió una muy docta crítica de algunos oradores atenienses, despues de la de Iseo se escusa de no haber hecho la de los demás, famosos tambien, ya por no estender inmensamente los límites de su escrito, sin utilidad de los lectores, ya porque segun el plan que se habia propuesto no debian entrar sino los que consideraba como prototipos en algun género. Formó de ellos dos grupos, de los cuales el primero comprende á ***Lisias, Isócrates*** é ***Iseo,*** á quienes caracteriza de mas antiguos; al segundo pertenecen ***Esquines, Hipérides*** y ***Demóstenes*** mas modernos. Lisias, segun él, es un perfecto orador forense; Isócrates es muy florido, pomposo y casi poético sin rival; Iseo vigoroso, y despertador del fuego de Demóstenes. De este y los otros dos del mismo grupo se contenta con decir que hablará de ellos porque la elocuencia parece haber tocado por su medio el apogeo de la perfeccion, y hallarse en sus discursos forenses todo el vigor necesario. Con cuya distincion tal vez quiere dar á entender la elocuencia popular y la forense. Por lo demás advierte que no es por escusar trabajo omitir á los otros, ni por ignorar que han existido. Hé aquí las calificaciones de muchos: ***Gorgias Leontino,*** mediano y siempre pueril: ***Alcidamas*** su discípulo, hinchado, tosco y trivial: ***Teodoro Bizantino***, amigo del arcaismo, y enemigo del arte: ***Anaximenes de Lamsaco,*** débil y sin fuerza persuasiva. ***Teodecto, Teopompo, Naucrates, Eforo, Filisto, Cefisiodoro*** y otros muchos, están muy distantes de Isócrates. De Lisias lo están ***Antifon Ramnusio,*** austero y antiguo; ***Trasimaco de Calcedonia,*** puro, elegante y lleno, pero insustancial por los asuntos en que se ocupó; ***Policrates*** ateniense vacío en los verdaderos, frio y necio en los de aparato, y desaliñado; ***Critias*** uno de los 30 tiranos y ***Zoilo*** por defectos semejantes.

76. En tiempo de Dionisio de Halicarnaso (20 ant. de J. C.) existirian muchos escritos de los oradores mencionados; así

podia ser mas interesante y mas agradable su crítica para los lectores que podian verificarla en el original. Para nosotros cesa este interés, y por lo mismo basta nombrar aquellos cuyas obras se han perdido, ó detenerse poco, solo para que se vea el estado de la literatura griega en las respectivas épocas. Por la misma razon, pues, de haberse conservado bastantes discursos de los llamados oradores atenienses, nos detenemos particularmente en ellos, y porque tienen mucha importancia para la historia literaria y política de aquel país. El citado crítico dividió en dos grupos aquellos de que se ocupó. Nosotros podemos hacer lo mismo, colocando en el primero á los cinco de que hemos hablado hasta ahora, y en el segundo á los cinco que faltan. Los primeros tienen mucho mérito como oradores forenses, y algunos como políticos; pero no se hicieron notables como oradores populares. Los cinco últimos deben principalmente su nombradía á la elocuencia de que hicieron un uso tan brillante en la plaza de Atenas. ¿Fuéronles tal vez las circunstancias mas favorables, ó les llevaba su inclinacion á la tribuna popular? Algo hubo de ambas cosas.

77. Agitáronse en la mitad del siglo 4.° antes de J. C. los mas grandes intereses de la Grecia, siendo el centro de la accion comun Atenas. Parece que no podia sobrevenir á aquel país nada mas importante, ni mas glorioso, ni que debiese fijar mas su atencion, que las invasiones de los persas y sus derrotas, y la guerra del Peloponeso, que tuvo dividida y ocupada la Grecia por espacio de 27 años. Sin embargo lo que ocurrió en la época en que nos hallamos era mas vital para ella, y mas capaz de encender el entusiasmo patriótico, y avivar el genio oratorio: pues en las guerras de los persas se trataba solo de repeler la fuerza bruta, y de hacer triunfar la civilizacion, á cuya obra acudian presurosos todos los griegos sin necesidad de persuadirles con fogosos discursos á que se armasen contra el enemigo comun. En la del Peloponeso disputaban la supremacía dos estados: era una rivalidad mal entendida entre dos miembros de una misma familia, que no debia llevarse hasta el punto de destruirse el uno al otro. Así se necesitaban mas manos que cabezas, mas soldados que oradores, porque tanto los lacedemonios como los atenienses

estaban fuertemente animados los unos contra los otros, sin que necesitasen de nuevos aguijones. Pero la política de Macedonia, que es la que creó las circunstancias indicadas, era demasiado fina y astuta, para que no se pusiese á prueba el mejor talento y el mas acendrado patriotismo. Si Filipo hubiese dicho desde un principio á los estados de la Grecia: «quiero ser el mediador de vuestras contiendas; quiero ser el regulador de la marcha de los negocios de todo el país; en una palabra, quiero ponerme al frente de vosotros como jefe supremo,» no hubieran tenido mucho que hacer ni Filipo, ni la Grecia, porque toda ella se hubiera armado contra él, y le hubiera sin duda puesto á la razon. No estaban muy distantes los tiempos en que Ificrates general ateniense, teniendo de la mano á Perdicas, y sobre la rodilla al mismo Filipo, hijos de Amintas II y de Eurídice, daba al primero el trono de Macedonia que le disputaba Pausanias [1]; y en que Pelopidas general tebano se lo aseguraba contra Tolomeo su hermano bastardo, y se llevaba á Tebas como en rehenes del convenio á Filipo, que se educó al lado de Epaminondas.

78. Filipo pues subiendo al trono conoció que no le seria tan fácil domeñar á la fuerza á los griegos, sobre todo á los atenienses, como le fué vencer á los ilirios, tracios y otros pueblos que continuamente molestaban el reino de Macedonia. Estaba dotado de un talento particular para conocer los medios mas oportunos para llevar á cabo sus empresas. Para las unas empleaba el hierro, para las otras el oro, y para las terceras la doblez, ó todo junto. La dominacion de la Grecia era su sueño dorado: su amor propio estaba resentido de que los macedonios hubiesen sido tratados como bárbaros durante muchos siglos, y escluidos de aquellas reuniones y solemnidades en que solo se admitian, por decirlo así, griegos de pura raza. Tal vez estendia sus miras hasta mas allá de los confines de la Grecia: veia en lontananza la ruina del imperio persa, cuya mala administracion y desmesurado engrandecimiento debian dar necesariamente aquel resultado. Pero para esto debia contar con el concurso de toda la Grecia, no seño-

[1] Esquin. or. *de la Embajada.*

ra, que pudiese tergiversar sus propósitos, sino esclava que le prestase su brazo sin quejarse. Tuvo necesidad de muchas evoluciones para engañar á los atenienses que siempre formaron en primera línea, y que eran los mas celosos de su independencia. Ya les daba esplicaciones y seguridades de que sus operaciones no tenian que ver con ellos; ya favorecia sus miras cuando conocia que no podian perjudicarle en lo venidero; ya concertaba alianzas con los enemigos de aquella república; ya con ella misma para tenerla como adormecida y tranquila; ya retiraba sus tropas cuando veia que las de Atenas se preparaban á frustrarle sus intentos; ya corrompia por medio de dinero á los hombres de mas influencia ú oradores para que sirviesen mejor á sus intereses, ó á lo menos no le hiciesen la oposicion; ya en la guerra sagrada se mantenia neutral, hasta que Tebas una de las partes beligerantes imploraba su ausilio, y le daba ocasion para hincar el pié en la Grecia; ya lograba hacerse admitir en el consejo de los Anfictiones; ya por fin, quitándose la máscara, en la batalla de Queronea [1] abatia los brios de Tebas y de Atenas, y lograba la preponderancia que habia de abrir á su hijo Alejandro el camino para destruir todas las autonomías de la Grecia.

79. En Atenas los ánimos se hallaban divididos, como sucede en toda guerra civil, pues aquella mas se parecia á una civil que á una estranjera. Hombres de la mejor reputacion por su saber y por su amor á la patria no sabian ver en Filipo á un enemigo, antes bien le consideraban como un afortunado guerrero, que habia de vengar á la Grecia de los insultos de los bárbaros, y librarla para siempre de su temor. En este sentido escribió Isócrates aquella famosa oracion dirigida á aquel príncipe, en que le exhorta á pacificarla, y emplear sus armas contra los persas. Otros faltando á su deber favorecian sus intereses despues de haber sido ganados con dádivas. De los diez embajadores atenienses que fueron á Macedonia para firmar con Filipo los artículos de paz ya convenidos, hubo sospecha de haberse dejado corromper todos á escepcion de Demóstenes. Este en la Filípica 1.ª dice, que no

[1] 338 ant. de J. C.

faltarán á informarle de lo que se trataba contra él en Atenas mayor número de espías de lo que seria menester para la seguridad y honor de la república. Los esfuerzos que hace el mismo en la Olintíaca 2.ª se estrellan contra la oposicion de Démades vendido á Macedonia. Otras veces le salen al encuentro Éubulo y Esquines, partidarios tambien de la política de aquel reino. Focion no siempre entra en sus miras, pero bate al macedon en todos los hechos de armas. Otros por el contrario prefieren la amistad de Persia á la de Filipo, porque ven en aquella menos peligro fiados en la esperiencia y en la honradez del gobierno del gran rey. De este número parece que era Demóstenes, si hemos de conjeturarlo por su oracion de *classibus*, en que procura disuadir á los atenienses el declararle la guerra, como pedian gran número de ciudadanos. Él, Hipérides y otros se asegura que recibieron dinero de Persia. En tales coyunturas pues se elevó la elocuencia política á la mayor altura, porque ella como chispa oculta en el pedernal ó en el fósforo, necesita de choque ó percusion: aplicad la chispa á materias inflamables, se levanta un incendio que será mayor, cuanto sea mayor la cantidad de ellas, y den mas pábulo á las llamas.

80. LICURGO, que encabeza este artículo, reunia todas las cualidades que hacen á un buen orador popular; á saber, autoridad, bondad, aplicacion á los negocios, amor á la justicia, inteligencia, energía y patriotismo. Dábanle autoridad su nacimiento y sus costumbres. Su familia era una de las mas distinguidas de Atenas, de aquellas pocas que tenian vinculado un sacerdocio, que parece era de Minerva Poliada ó protectora de la ciudad. El nombre de la familia era Butades ó Eteobutades. Su padre Licofron fué una de las víctimas de los 30 tiranos. Discípulo de Platon y de Isócrates, mostraba en su esterior la gravedad filosófica, y el poco aprecio de las galas y regalo del cuerpo, pues que vestia del mismo modo en invierno que en verano, y encargado de las obras públicas no dejaba ni por el calor ni por el frio de atender á ellas, vigilando á los empresarios y trabajadores, y mostrando una paciencia, cual si fuese uno de la ínfima plebe. Sus costumbres fueron irreprensibles, y á pesar de la libertad ó licencia que

reinaba entre los griegos, no se le ha criticado en este punto. Era tanta su honradez, que muchos le confiaron sus caudales, creyéndolos mas seguros que en sus propias casas, ó en las arcas públicas, de modo que llegó á tener la respetable suma para aquellos tiempos de **250**, ó segun otros de **650** talentos. Tuvo tambien la administracion del tesoro público por espacio de doce años, siendo así que solo se daba por un cuadrienio. Aumentó notablemente las rentas públicas. Promovió varias obras de utilidad general; terminó algunas ya empezadas, como el teatro de Baco, el arsenal, el estadio Panathenaico, el Gimnasio, el Liceo. Encargado de la administracion militar, procuró la fabricacion de toda especie de armas, dejando bien provista la ciudadela de Atenas de armas arrojadizas, y el Pireo de buques pertrechados. No se contentó con dar repetidas veces las cuentas de su administracion, sino que las fijaba en un lugar público para que todos pudiesen enterarse; y pocos dias antes de morir se hizo llevar al palacio del senado y á un templo, para que los que quisiesen, pudiesen dirigirle cargos; y ni antes se encontró nunca qué observar en sus cuentas, ni en aquel acto solemne se presentó mas que uno llamado Menesechmo su enemigo personal, que le dirigió algunos, pero que fueron desvanecidos al instante.

81. Su amor á la justicia rayaba en rigidez. Sus mismos paisanos le aplicaban lo de las leyes draconianas, de las cuales se decia que parecian escritas en sangre mas bien que en tinta, y le comparaban con el legislador de Esparta de su mismo nombre, tambien muy rígido en sus leyes. Por esta razon se cree que se le llamó Ibis, animal fabuloso de Egipto que destruia todos los reptiles. Así nuestro Licurgo perseguia á los criminales, de modo que mientras tuvo á su cargo el ramo de policía, ni en Atenas ni en toda el Ática podia parar ningun malhechor. Quedó él como dechado de jueces severos: los romanos para calificar á los tales, ó los llamaban Licurgos ó Casios. Ciceron da á entender lo mismo en su carta 13 á Ático lib. 1, con estas palabras: ***Nosmetipsi, qui Lycurgei à principio fuissemus, quotidie demitigamur.*** Demóstenes en una oracion que no existe, dice, que su adversario

para probar su honradez va á citar el testimonio de Licurgo; sobre lo cual, dirigiéndose á los jueces, les dice: «Yo no haré otra cosa que preguntar delante de vosotros á Licurgo, si quiere parecerse en sus costumbres y acciones al que invoca su autoridad; y si lo niega, teneis probada la verdad y la justicia de la causa que defiendo,» dando á entender, que si respondia afirmativamente seria una prueba inequívoca de lo contrario. En Atenas gozaba de tal concepto, que bastaba que él prohijase una opinion ó una causa para tenerla por justa. Este celo por la justicia casi le llevaba al estremo de hacerse pesado é importuno á los tribunales, pues acudió muchas veces á ellos para acusar. Plutarco cita á varios acusados por este orador designándolos con sus nombres: muchos otros, dice, lo fueron tambien, y todos salieron condenados. Por esto Ciceron le compara á Bruto, que siendo de una familia muy distinguida y apreciada en Roma, habia tomado como por oficio el acusar. *Brut.* ó *de cl. or.* §. 34, ed. Oliv. No obstante el mismo amor á la justicia le hizo defender con buen éxito á algunos falsamente acusados.

82. Nosotros no podemos juzgar de su inteligencia sino por lo que dicen de él los antiguos, y por la única oracion que ha quedado del mismo. Si se hubiesen conservado todas, nos hubieran suministrado muchisimas mas pruebas de las dotes que le adornaban. Baste decir, que aunque no tuviese mas que la práctica de los negocios, debia ser el hombre mas versado y mas inteligente, pues que pasó toda su vida dedicado á ellos. Empleaba el dia en darles curso, y la noche en meditar; por cuya razon en lugar de blanda cama se echaba sobre una piel velluda, para que la misma incomodidad le obligase á la vigilia, y así tuviese tiempo para pensar. Lo mismo que Pericles, no se presentaba jamás á hablar en público sin haber antes estudiado bien el asunto sobre que habia de hablar. No sucedia con él lo que con la mayor parte de los oradores, de los cuales dice él mismo en su oracion contra Leocrates lo siguiente: «subiendo á la tribuna hacen la cosa mas absurda y estravagante que pueda pensarse, porque en lugar de ocuparse del negocio que les ha traido allí, se van por las ramas, proponen ó discuten otros, y cuando su inventiva no les su-

giere qué proponer, dirigen cargos y denuestos contra los demás. Ambas cosas, añade, son muy fáciles, esto es, abrir un parecer sobre una cosa de que nadie se ocupa, y dirigir cargos que no han de ser contestados.» Propone el ejemplo del Areopago, que no permite á los oradores divagar, debiendo ceñirse al asunto. En todo esto da Licurgo una muestra de inteligencia. La dió tambien en varios decretos que hizo adoptar al pueblo; entre otros, el relativo á los tres grandes trágicos, citado en la Seccion de Poetas, núm. 221.

83. No solo fué bueno, justo é inteligente, sino tambien enérgico y lleno de patriotismo. No cejaba en ninguno de los negocios que tenia á su cargo hasta haberle dado cima; y si se trataba de algun desafuero notable cometido por algun ciudadano, le perseguia en justicia hasta hacerle condenar. No se dejaba intimidar por la griteria del pueblo reunido. A pesar de la gran popularidad de que gozaba, sucedióle una vez que al empezar á hablarle se alborotó y no le dejaba continuar; y él sin perder la serenidad, dijo en voz de trueno: «*¡Oh látigo corcireo, cuántos talentos vales!*» con cuyas palabras quiso dar á entender, ó que el pueblo no puede ser gobernado sino con el látigo, nombrando el de Corcira porque eran los mejores; ó que para tenerle sujeto es menester alguna grande calamidad, como fué la guerra del Peloponeso empezada con la de Corcira. Se alabó tambien mucho en Licurgo como acto enérgico el siguiente. Enseñaba en la Academia de Atenas Jenócrates, célebre filósofo, pobre como todos [1], el cual no pudiendo pagar el miserable tributo de 12 dracmas que debia como forastero, era llevado por el cobrador de impuestos á la cárcel; encontrándole nuestro orador en tal situacion, lo primero que hizo fué romper el baston que llevaba sobre la cabeza del asentista, y lo segundo llevarle á la cárcel, y soltar al filósofo. Este, original tambien como todos, á lo menos los de aquellos tiempos, no se detuvo en dar las gracias á su libertador: á los pocos dias encontró

[1] Era pobre por su honradez, pues Filipo y Alejandro le ofrecieron varias veces grandes cantidades para atraerle á su partido, y él las rehusó.

por la calle á los hijos del mismo, los cuales tal vez le reconvinieron por su falta con su padre; y él les dijo: «ya yo cumplí inmediatamente; pues aquel hecho le acarreó los aplausos y aprobacion de muchos, que se hicieron lenguas para darle gracias y ensalzarle.» Lo que hizo Licurgo en este caso mas bien puede calificarse de abuso de autoridad ó de popularidad que de otra cosa; pues no habia para que maltratar al empleado ó asentista que cumplia con su deber; sino que si queria librar al filósofo, no tenia mas que pagar por él. Esto se parece un poco á lo de D. Quijote cuando queria librar á unos malhechores llevados presos por la justicia.

84. Su patriotismo se manifestó muy alto en las cuestiones políticas que entonces traian preocupados á los griegos. En todas estuvo siempre al lado de Demóstenes, al cual se unió tambien en la comision ó embajada enviada por Atenas para asegurarse de las intenciones de los aliados, cuando Filipo por segunda vez amenazaba á aquella república. Seguros los dos de la alianza de Tebas hablaron con calor al pueblo sobre la necesidad de romper lanzas ya con Filipo, porque toda contemporizacion ulterior seria inútil, y traeria mas daño que provecho. Se alistó el ejército, se nombraron tres generales ineptos Chares, Estratocles y Lisicles, en lugar de Focion, que fué rechazado por el partido contrario á él, y que era el único que podia ponerse frente á frente de Filipo. Se perdió la batalla de Queronea, y con ella las esperanzas de toda la Grecia, pero no se perdió el patriotismo de Licurgo. Bien convencido de que la derrota se debió mas á la ineptitud de los jefes, que á la cobardía de las tropas, ó superioridad del ejército de Filipo, así que Lisicles volvió con los restos del que mandaba á Atenas, Licurgo no pudiendo contener su despecho patriótico citó ante el pueblo á aquel general, y con su acostumbrada vehemencia y confianza en su popularidad le acusó de crímen capital por haber faltado á su deber como jefe militar. Solamente nos ha conservado Diodoro de Sicilia estas pocas cláusulas de la oracion que pronunció con este motivo, advirtiendo que por ellas puede formarse una idea de la dignidad y acritud de su elocuencia. «Tú mandabas en aquella accion, ó Lisicles, y despues de haber perecido mil ciu-

dadanos, y caido prisioneros dos mil, despues de haberse levantado un trofeo en mengua de nuestra ciudad, y en señal de esclavitud de toda la Grecia, habiendo sucedido todo esto siendo tú general, no como quiera, sino general en jefe, ¿tienes valor para vivir, y mirar la luz del sol, y presentarte en esta plaza, habiendo tú venido á ser un monumento de oprobio y de infamia para la patria?»

85. Al recibirse en Atenas la noticia de aquella derrota dice Licurgo en la oracion de que vamos á ocuparnos, que á propuesta de Hipérides se dieron dos decretos. El primero mandaba, que mujeres y niños abandonasen la campiña, y entrasen en la ciudad; y que los jefes militares destinasen para la defensa de la misma á los atenienses y demás habitantes en el modo que les pareciere conveniente. El segundo, que el consejo de los 500 se trasladase al Pireo para atender á su defensa, estando dispuesto á hacer cuanto estimase útil el pueblo. Habia en Atenas un tal Leocrates, que aterrorizado por aquella calamidad, sin pensar en otra cosa que en salvarse desbalijó su casa, empaquetó lo mejor, y ocultamente se embarcó para Rodas, en donde sembró el espanto, diciendo que Atenas estaba ya en poder de los macedonios, y causó muchos perjuicios al comercio. Por lo que averiguada la verdad tuvo que abandonar aquella isla, y fué á establecerse en Megara, en cuyos dos puntos permaneció ocho años, despues de los cuales creyendo que nadie se acordaria de él volvió á Atenas. Pero encontró á nuestro Licurgo, el cual á pesar del tiempo transcurrido desde aquella batalla, y á pesar de los 70 años de edad, tenia muy presente aquella defeccion de Leocrates, y como si hirviese en sus venas el ardor juvenil le emplazó inmediatamente, y pronunció un discurso de acusacion, que no dudan algunos críticos en colocar al lado de los mejores de Demóstenes. Tratándose de un crímen que el orador califica de alta traicion, el tribunal fué ó el senado, ú otro de los varios que habia en Atenas, pero compuesto de un gran número de jueces, pues el orador se dirige á los atenienses, y habla del Areopago como de distinto tribunal. Tal vez fué el mismo pueblo, pues mencionando los abusos que cometen los oradores, añade: «vosotros les habeis autorizado para ello;

vosotros teneis la culpa:» esto parece que no puede entenderse mas que de la asamblea popular.

86. Empieza el discurso con una deprecacion á Minerva y á los demás dioses protectores de la república de Atenas, para que hagan que aparezca él acusador justo, y sean inexorables los que han de juzgar á Leocrates, si realmente fué traidor á las leyes y á la patria; al contrario que le salven, si no hubo nada de esto. Se queja de la mala posicion del acusador, que al paso que presta un servicio al público, persiguiendo á un criminal, muchas veces tiene que hacerlo á su cuenta y riesgo, sin sacar otra recompensa sino la animadversion pública, ó á la menos la indiferencia. Sin embargo «en tres cosas, dice, está basada la seguridad y buen órden de un estado, en las leyes que regulan nuestras acciones, en los tribunales que las hacen observar, y en los que denuncian á los transgresores. Las leyes y los tribunales serian inútiles, si no hubiera quien descubriese á estos, y los entregase á quien corresponde. Yo viendo, ó atenienses, que Leocrates huyó del peligro que hubiera corrido en defensa de la patria, que abandonó á sus conciudadanos, que hizo traicion á todo vuestro poder, que incurrió en todas las penas contenidas en vuestras leyes, vengo á acusarle no por odio contra él, ni por espíritu de rencilla, sino porque juzgo cosa indigna, que pueda tomar parte en nuestras deliberaciones y en nuestros sacrificios un hombre, que se ha hecho el baldon de la patria y de todos vosotros.» Hace ver la importancia de la causa, pues que no se trata de un delito comun, sino de uno que ha de servir de ejemplo á la posteridad, y en que está interesada toda la república. Por lo que, ni pena hay que buscar en las leyes, pues los que las formaron no pudieron concebir, que llegase el caso de que un ciudadano fuese tan vil, que en vísperas de ser atacada la ciudad por los enemigos, la abandonase, y con ella los templos de los dioses, y los sepulcros de sus mayores. Así exhorta á los atenienses, á que no solo sean jueces, sino legisladores, y que señalen tal pena, que llene de espanto á los venideros, y escite á los jóvenes al cumplimiento de su deber. El orador promete no distraerlos en cosas impertinentes, á fin de que pongan toda su atencion á lo que va á decirles, y den

un justo fallo, como no puede menos de suceder, estando interesado el honor de todos, mancillado con la conducta cobarde de Leocrates, el cual contando mil embustes á los rodios, que por su profesion comercial recorren todos los mares, en cuanto estuvo de su parte hizo decaer á los atenienses de la buena opinion de que gozaban en todo el mundo por sus heróicas virtudes pasadas. Despues del exordio sigue la narracion de las disposiciones que se tomaron en Atenas despues de la batalla de Queronea, que son las que se han esplicado antes, y de lo que hizo Leocrates, á saber, que sin ninguna consideracion á ellas, arreglado su equipaje, se trasladó al anochecer con sus criados y su amiga á un bote, que los condujo á un buque, que estaba esperándolos atracado á la playa y pronto á partir. «Salió por un postigo, dice, sin dar una mirada de compasion al puerto de la ciudad, sin avergonzarse de abandonar las murallas de la patria, que por su parte dejaba sin defensa, sin esperimentar ningun terror al pasar delante del alcázar y templo de Júpiter Salvador y de Minerva Salvadora, cuya proteccion va á invocar por momentos.» Haciéndole tremendos cargos por haber emigrado de una ciudad que lleva el nombre de la misma diosa, y por haber llevado trigo á Leucada y á Corinto contra la prohibicion de las leyes atenienses, prosigue diciendo: «A un hombre, pues, que en tiempo de guerra os ha sido traidor, que contra vuestras leyes ha vendido el trigo en otra parte que en Atenas, que ha hollado la religion, la patria, las leyes; teniéndole en vuestro poder ¿no le condenareis á muerte? ¿no dareis un ejemplo á los demás? Seriais los mas cobardes de los hombres, y los mas indiferentes para los mayores delitos.»

87. Antes de la acusacion delante del pueblo quiso Licurgo practicar la prueba del tormento en los esclavos de Leocrates; pero este no lo consintió, de lo que saca el orador, que él mismo se reconoce reo, pues que se priva del testimonio de aquellas personas que mas hubieran podido ampararle.

Discurre despues sobre el decreto mandando, que los senadores se armasen para la defensa del Pireo, esto es, unos hombres que por su posicion y por su edad estaban exentos del servicio militar, para hacer ver el gran peligro y terror que

habia en la ciudad. «¿Qué hombre, dice, aunque fuese estranjero no se hubiera compadecido de ella? ¿Quién hubiera tenido valor para estarse mano sobre mano al ver que toda la esperanza de salvacion se cifraba en los hombres de 50 años arriba? ¿al ver en las puertas mujeres libres temblando y consternadas, preguntando unas si vivian sus maridos, otras sus padres, otras sus hermanos, contra el decoro de su sexo y costumbre de la ciudad, y hombres avanzados en años é inútiles para la guerra andar de una parte á otra puesto sobre su vestido comun el uniforme militar? ¿Quién podia contener las lágrimas en medio de todo esto al ver que eran tales los apuros, que el pueblo se vió obligado á declarar libres á los esclavos, atenienses á los estranjeros, y de buena nota á los infamados? que los que antes peleaban por la salud de toda la Grecia, ahora estuvieran inciertos de la propia? los que mandaban antes en dilatados países ó con las armas ó con la influencia, ahora se veian precisados á mendigar el socorro de pequeños estados? Por lo tanto, ó atenienses, ¿qué juez amante de la ciudad y de la religion podrá absolver, ó qué orador defender á uno que ha faltado en tales circunstancias no armándose para su defensa, sino abandonándola y huyendo á país estranjero?» Sigue un magnífico trozo que puede servir de modelo de oracion fúnebre, en que describe la gloria de los que mueren por la patria, para inferir de aquí la ignominia de los que la abandonan en el peligro, y el castigo á que se hacen acreedores. Hace ver la imposibilidad en que se hallan los jueces de absolver á Leocrates, si quieren ser justos y consiguientes, ya que un tal Autolico (que era areopagita y fué acusado por el mismo Licurgo), fué condenado primero por el senado, despues por el pueblo, solo por haber puesto en salvo en aquellas circunstancias á su mujer é hijos, quedándose él en la ciudad.

88. Acredita Licurgo mucho talento y dotes oratorias al rebatir lás razones en que se apoyaba, ó podia apoyarse Leocrates, á saber, que se fué no por hacer traicion á la patria, sino para dedicarse al comercio; que no tenia él empleo particular ni en la marina, ni en el ejército; que la salvacion de Atenas no dependia de un ciudadano mas ó menos; que en la in-

vasion de Jerges casi todos la abandonaron. Cita la fórmula del juramento que prestaban todos los atenienses al entrar en la adolescencia [1] de pelear por la patria, de obedecer á las leyes y magistrados, etc., y reflexiona sobre cada uno de los puntos que abraza, haciendo ver que á todos ha faltado Leocrates, y que no puede subsistir un estado democrático sin la santidad del juramento. Cita tambien el que prestaron los héroes de Platea, el ejemplo de Codro rey de Atenas que se sacrificó por salvar esta ciudad de sus enemigos segun el oráculo de Delfos, y el de Erechteo, otro rey que obedeciendo al mismo oráculo, sacrificó á su hija por la misma razon. De muy distinta manera obró Leocrates, y no obstante dice, que si se creyera culpable no se hubiera presentado á sus mismos jueces, como si los dioses, replica el orador, no cegasen á los malvados que quieren perder, al paso que su benéfica providencia alcanza á los que se han hecho acreedores por alguna buena accion. Para demostrar cuáles eran los sentimientos de los antiguos en favor de la patria inserta los versos de Eurípides que contienen las palabras que este poeta pone en boca de Praxitea esposa de Erechteo y madre de la que iba á ser inmolada para la salud de Atenas, y otros de Homero muy propios para escitar el entusiasmo guerrero y el patriotismo; por cuya razon mandaron los antiguos atenienses que en las fiestas Panatheneas solo se recitasen versos de este poeta. Tambien inserta una elegía de Tirteo que aunque ateniense mandó los ejércitos de Lacedemonia contra Mesenia, consiguiendo con el ardor patriótico que supo inspirarles con sus versos una completa victoria. (P. 84.) Propone los castigos ejemplares impuestos en varios tiempos á los traidores, y la severidad de algunas leyes contra los mismos. El padre de Leocrates, si volviera á la vida seria un juez inexorable contra su hijo, porque alejándose de la ciudad en aquel gran peligro, espuso á ser presa de los enemigos su estatua de bronce que se hallaba en el templo de Júpiter Salvador.

89. Se admira el orador de que haya quien quiera encargarse de la defensa de un tal criminal: si es por amistad, da á entender

[1] A los 18 años en que se llamaban ἔφηβοι.

el que lo hace, que participa de sus mismos sentimientos, y se declara cómplice del mismo delito, como tambien el que lo hace por interés. Este tal debiera entender, dice, que no debe usarse de la elocuencia contra el estado, sino emplearla en favor de él y de las leyes. Otros prevaliéndose de sus méritos hácia la república juzgan que debe permitírseles sustraer del rigor de ellas á un acusado; como si no fuera el mejor servicio que puede prestársele dejar que tome venganza de un traidor. Quisiera Licurgo que los hijos y mujeres de los que han de juzgar á Leocrates se hallasen presentes en el juicio, para que viéndolos, se acordasen de la ninguna compasion que le merecieron al abandonarlos, y así le impusiesen la pena mas severa posible.

90. «Seria ciertamente indigno y duro, dice, que un desertor debiese conservar los mismos derechos y prerogativas como el que se mantuvo en el puesto de honor; que el que huyó del peligro, pudiese hombrear con el que se opuso con las armas al enemigo; que fuese participante de los sacrificios, de la plaza pública, de las leyes, en defensa de cuyas cosas perecieron mil ciudadanos en Queronea. Ved los sepulcros que contienen sus huesos, leed las inscripciones, y sabed que ese traidor ha pasado delante de ellos sin derramar una lágrima. Y ahora será bastante descarado para suplicaros en nombre de las leyes. ¿Qué leyes? preguntadle. Aquellas, que abandonó huyendo. (El griego dice, aquellas que habiendo abandonado se iba.) Os pedirá que le permitais vivir dentro de los muros de la patria. ¿Cuáles? aquellos que él solo no contribuyó con los demás á defender. Invocará á los dioses que le libren de estos peligros. ¿A cuáles? ¿no será por ventura á aquellos cuyos templos, simulacros, bosques sagrados entregó al enemigo? Y rogará y suplicará que usen misericordia con él: ¿á quienes? ¿no será á aquellos, con quienes no tuvo valor de cooperar para la comun salvacion? Que vaya á suplicar á los rodios, pues que juzgó hallar seguridad mas bien entre ellos que en su patria. Pero ¿qué clase de hombres se ha de mover con razon á compasion de él? ¿los de mayor edad? á quienes en cuanto estuvo de su parte no permitió acabar su triste vejez y ser enterrados en el suelo patrio libre.

¿Serán los jóvenes? ¿Quién recordando los de la misma edad, que perecieron en Queronea oponiéndose á los enemigos, salvará la vida á uno que entregó sus sepulcros, sin que con el mismo fallo tache de mentecatos á los que murieron por la libertad, y declare hombre prudente al que abandonó á la patria? Dareis pues al que quiera facultad de obrar mal de palabra y de hecho contra el estado y contra vosotros.»

91. Pide que se lea un decreto tocante á religion, y concluye: «Yo pues os denuncio á vosotros que teneis soberano poder en esta causa, á Leocrates que ha quebrantado todo esto: en nombre vuestro, y en el de los dioses castigadle. Mientras no se han juzgado los delitos quedan en los que los han cometido; cuando se ha tomado conocimiento de ellos, son responsables los que no los castigan debidamente. Aunque vosotros dareis vuestro voto ocultamente, no se ocultará por cierto á los dioses. Pero no puedo menos de pensar que todos dareis una sentencia conforme, en vista de los grandes y enormes delitos, de que os he convencido ser reo Leocrates, á saber, de traicion, porque abandonando la ciudad, la puso por su parte en manos del enemigo; de disolucion del estado, porque no peleó por su independencia; de irreligion, porque no impidió que se derribasen los templos y se destruyesen los bosques sagrados; de mal corazon hácia sus mayores, porque empañó sus sepulcros, y los privó de las ceremonias legales; de desercion de las filas y cobardía en la milicia, porque no puso su persona á disposicion de los generales. ¿Quién le absolverá de estos crímenes, cometidos de intento? ¿quién habrá tan insensato, que por salvarle á él confie su salvacion á los desertores de la patria? y por compasion á él merezca que no se la tengan en su muerte los enemigos, y por favorecer á un traidor se esponga á la venganza divina? Yo pues para amparar la patria, la religion y las leyes he intentado esta acusacion con miras rectas y santas, sin meterme en los demás actos de la vida del acusado, y sin calumniarle en nada: á vosotros os toca ahora pensar, que el que con su voto libre de la muerte á Leocrates, condena á su patria á la muerte y esclavitud; que esas dos urnas están ahí, la una para condenar la traicion, la otra para salvar al traidor, y que

vuestros votos al caer en ellas llevan ó la ruina, ó la seguridad y felicidad del estado. Si absolveis á Leocrates, sancionais la traicion y la impiedad; si le condenais, vuestra sentencia será un estimulo para defender y conservar la patria, los tributos y la felicidad. Teniendo pues en cuenta, ó atenienses, que os suplican el país y los árboles, que os ruegan los puertos, los astilleros y murallas de la ciudad, que piden en fin vuestro ausilio los templos y cosas sagradas, imponed un castigo ejemplar á Leocrates, teniendo presente lo dicho en la acusacion, y que no deben ejercer mas poder en vosotros la compasion y las lágrimas, que la conservacion de las leyes y del estādo.»

92. Esquines en su discurso contra Ctesifon dice el resultado de este juicio: aunque no nombra á Leocrates, le indica suficientemente: hubo empate; con un voto mas en contra debia morir.

Se ha dado un bosquejo del único discurso que queda de Licurgo, porque parece escelente y digno de ser imitado. Hay mucha dignidad en este orador, mucho celo por la patria, mucho conocimiento de su historia, mucho órden y claridad. Las pruebas son fuertes y capaces de hacer impresion en la multitud. Nuestras costumbres no permitirian citar en una causa capital dos pasajes tan largos de dos poetas, cuales son el de Eurípides, y el de Tirteo, para probar el amor que tenian los antiguos á la patria, el cual les hacia sofocar cualquier otro amor por legítimo que fuese; mayormente atendiendo á que las palabras que Eurípides atribuye á Praxitea son mas bien del poeta que de aquella reina. Parece que los versos si son en gran número deben distraer á los jueces de la causa que les ocupa, halagados por su belleza y armonía. Puede disculparse á Licurgo, porque hablaba á un pueblo culto, y que estaba entusiasmado por Eurípides. Se conservaron por algunos siglos quince oraciones de este orador. Podemos suponer que no escribió ni la centésima parte de las que pronunció. Alejandro Magno despues de la ruina de Tebas exigió á los atenienses que se le entregasen, pero ellos no quisieron.

HIPÉRIDES.

M. en 322 ant. de J. C.—432 de R.

93. Hace pocos años que no se conocia á este orador mas que por las numerosas citas y elogios de los antiguos, pues no se habia conservado, ó no habia podido hallarse una sola de sus muchas oraciones. Algunos se habian alucinado ó concebido ciertas esperanzas por unas palabras de Taylor en el prefacio á las de Demóstenes, relativas á un códice que se decia contener entre otras obras las de Hipérides. Tambien se habia supuesto que se conservaban en la magnífica biblioteca incendiada por los turcos, que Matías Corvino, rey de Hungría, tenia en Buda, cuyos restos fueron trasladados á la de Viena. Ningun autor de los siglos 14 ó 15 habla de tales oraciones como existentes en dicho tiempo. Angelo Mai, bibliotecario del Vaticano, y despues cardenal, insertó en el *Giornale Arcadico*, correspondiente al mes de setiembre de 1820, pág. 339, algunas palabras que le parecieron de Hipérides, y que se hallan en un códice palimsesto de Arístides, que se guarda en la Biblioteca Vaticana. En 1847 un inglés llamado Harris, viajando en Oriente, compró á un árabe unos papeles encontrados cerca de Tebas que contenian en un estado muy deplorable parte de la oracion que Hipérides pronunció contra Demóstenes, acusándole de haber recibido dinero de Harpalo macedonio, y otra de la que dijo en favor de Licofron. José Ardenio tambien inglés viajando por los mismos paises adquirió en 1852 lo restante del referido manuscrito, encontrado segun le dijeron dos árabes á quienes le compró, en un sepulcro situado junto á Tebas. Este fué un precioso hallazgo, pues que á mas del final de la oracion en favor de Licofron contiene una que dicen entera, pero á la que parece faltan á lo menos algunas cláusulas en el exordio, por la manera inusitada con que empieza, tal como se halla en la coleccion de Didot vol. II. *Orat. At.* edic. 1858, de la que se ha sacado la copia adjunta á este artículo. Aunque no aparece en ella el nombre de su autor, se deduce por las citas y algunos pasajes de gramáticos

y otros escritores antiguos, que no puede ser otro que Hipérides.

94. En dicha edicion se notan los títulos de 65 oraciones de este orador: solo de tres ó cuatro se duda que sean suyas; en cambio se citan pasajes de autores antiguos que se refieren á él, pero sin indicar la oracion, de lo que se saca que escribió otras cuyos títulos no constan. El autor de las vidas de los diez oradores atenienses dice que se le atribuian 77, que las auténticas son 52, y que por ellas le tenian algunos por el primer orador griego. Se le coloca despues de Demóstenes y Esquines. No se le adjudica este rango, ni los que le daban el primero lo hacian por el gran númeró de sus oraciones, sino por el mérito de ellas. No pudiendo nosotros juzgarle mas que por la que se ha conservado, y por algunos fragmentos de otras, no podemos aventurarnos á un juicio propio, y así debemos contentarnos con hacer coro con los demás críticos. Sin embargo puede añadirse que hay mucha lucidez en la oracion en favor de Euxenipo que es la traida de Egipto y publicada por Ardenio, mucha práctica forense, y desenfado oratorio. Pero no debe considerarse como obra maestra, pues que no fué la principal que se pronunció en la causa: es de aquellas que hacen un papel secundario, y que nosotros llamaríamos réplicas ó contestaciones á nuevos cargos. Hé aquí el asunto.

95. Filipo rey de Macedonia queriendo granjearse el afecto de los atenienses, ó mas bien queriendo engañarlos, les adjudicó la ciudad de Oropo con su territorio, sobre la cual habia habido muchas contiendas con los tebanos. En su consecuencia el pueblo dispuso, que las cinco partes en que se dividia dicho territorio se entregasen por suertes á las diez tribus de Atenas, una á cada dos tribus. Habiéndose verificado esto, á pesar de la reserva de una de las cinco partes, hecha por los medidores, como consagrada á Anfiarao semidios, se puso despues en cuestion, si debia desposeerse á las dos tribus, á quienes habia tocado en suerte aquel terreno para restituirle á la religion. Para salir de esta duda ordenó el pueblo que Euxenipo, ciudadano de gran reputacion por su honradez y piedad, en compañía de otros dos fuese á pasar una

noche en el templo de Anfiarao, situado allí mismo, para ver si en sueños se le avisaba algo sobre esto. Volvió Euxenipo diciendo, que realmente se le habia hecho entender en un sueño, que el terreno estaba consagrado á la religion. En vista de tal declaracion subió á la tribuna Polieucto, hombre muy versado en los negocios, para aconsejar al pueblo, que mandase hacer la restitucion indicada; que las dos tribus devolviesen los precios en que hubiesen vendido los terrenos; y que las demás indemnizasen á las dos desposeidas de todos los daños y perjuicios. Habló en contra de esta proposicion otro orador, que tal vez era Hipérides, y logró no solo que el pueblo no la tomase en consideracion, sino que impusiese á Polieucto una multa de 25 dracmas. Él ofendido no tanto por esta insignificante cantidad, como por no haberle dado oidos el pueblo, intentó una acusacion formal contra Euxenipo tratándole de impostor, y pidiendo contra él pena capital, que su cadáver fuese echado fuera del territorio de Ática, y que no se permitiese á nadie defenderle en juicio. Se contestó á los puntos capitales no se sabe por qué orador; pero como en el capítulo de cargos habia otros secundarios, que no hubieran dejado de predisponer á los jueces contra el acusado, cuya principal defensa estaba en su reputacion, como por ejemplo, el ser partidario de Macedonia, el haberse enriquecido con medios á lo menos dudosos; se encargó Hipérides de desvanecerlos, lo que ejecuta en la citada oracion. En ella se nota el elogio que hace de Licurgo, pues dice que no cede á ningun orador de Atenas en elocuencia, y que goza en los tribunales de gran concepto por su moderacion y rectitud. Tambien se nota, que asi como los oradores anteriores escribian sus discursos para que los mismos interesados los leyesen ó recitasen en nombre propio delante de los jueces, en esta oracion se dice, que entre las muchas cosas excelentes de la república de Atenas, no hay otra mejor ni mas conforme al estado democrático, que la facultad que tiene cada ciudadano de defender á otro, poco práctico en el uso de la palabra y en los trámites legales, que se vea acusado ú obligado á defender sus intereses, y de ilustrar á los jueces sobre el asunto, en cuyo caso se hallaba Euxenipo, ya por otra parte avanzado en edad. Por esto conclu-

ye el orador con estas palabras, que parecen formularias: «Yo pues, ó Euxenipo, te he ayudado en cuanto he podido: falta ahora que, obtenida la vénia de los jueces, invites á tus amigos y á tus hijos á subir á la tribuna.»

96. En términos parecidos pone fin á su defensa Licofron, con la diferencia de que habla él mismo. Habia sido acusado por Licurgo orador, de haber tenido palabras poco convenientes con una mujer de alguna suposicion, recien desposada, en la misma ceremonia de la boda, de las que argüia el adulterio y otros crímenes, por los que concluia que debia esterminarse como una peste de la ciudad. La oracion de Licurgo no se ha conservado; este relato se saca de los restos de la defensa del acusado, encontrados por Ardenio, cuyo final es el siguiente: «Ya habeis oido, jueces, casi todo lo que yo tenia que decir por mí. Pero porque mi acusador, hombre ejercitado en el decir, y acostumbrado á los debates judiciales, se ha asociado otros para perderme á mí, que soy vuestro ciudadano, os pido y suplico, que me permitais tambien llamar en causa de tanta importancia á alguno que hable por mí, y que oigais con benevolencia, si alguno de mis parientes ó amigos puede ayudarme, siendo yo vuestro ciudadano, pero estraño al uso del foro, en una causa en que se trata no solo de la vida (esto seria lo menos para hombres de sano juicio), sino de ser arrojado del pais, y ni siquiera ser enterrado en la patria. Por lo que si dais el permiso, jueces, llamo á álguien que pueda venir en mi ayuda. Sube por favor, ó Teófilo, y dí lo que tengas que decir: lo manda el tribunal.» La oracion fué escrita por Hipérides, como lo atestiguan varios autores que la citan. El resultado no debió ser favorable á Licofron, porque se sabe que Licurgo no perdió ninguna causa.

97. Hablando de este se dijo (80), que poco antes de morir quiso que le llevasen á un templo y al senado, para que pudiese cada uno hacerle los cargos que creyese convenientes sobre su administracion de las cosas públicas, y que solo uno llamado Menesechmo le dirigió algunos que fueron contestados satisfactoriamente en el acto. Menesechmo habia sido acusado de impiedad por Licurgo; así no es estraño que fuese su enemigo. Muerto este asestó los tiros contra sus hijos, á cuya

defensa salió Hipérides con un discurso, del cual solo se han conservado estas palabras: «Los que pasen delante del sepulcro de Licurgo, preguntarán, ¿quién yace ahí? y se les contestará: un hombre que vivió conforme á la razon; encargado del tesoro público halló recursos, construyó el teatro, el odeon, arsenales, buques y puertos: á este nuestra ciudad ha infamado, y ha puesto en cadenas á sus hijos.» Demóstenes se hallaba entonces ausente de Atenas, sujeto á una sentencia que le condenaba á destierro por haberle creido los jueces culpable de corrupcion en el asunto de Harpalo. Desde Egina á donde se habia refugiado, evadiéndose de la cárcel, habiendo sabido la ingratitud de los atenienses para con los hijos de su constante amigo Licurgo, les escribió una carta en que hacia ver la mala correspondencia que tenian con un hombre que habia empleado toda su vida en bien de la patria; que era una injusticia perseguir en los hijos los supuestos delitos del padre, y olvidar tan pronto los beneficios que realmente habia hecho; y que para dar una prueba de que respetaban la memoria de los ciudadanos beneméritos, y de que querian gobernar con cordura, debian librar de todo temor y peligro á los hijos de Licurgo. Fué adoptado este consejo, y á propuesta de Estratocles se dió un decreto muy honorífico para él, pues se le concedió una estatua de bronce en la plaza pública, y que el primogénito de sus descendientes fuese mantenido á espensas del erario en el Pritaneo. Sin duda contribuyó á esta reparacion la elocuencia de Hipérides.

98. Entre sus oraciones habia una en defensa de Frine, célebre dama cortesana, á la cual no era indiferente, segun dice Ateneo confesarlo él mismo en ella, sabiéndose por otra parte que era muy aficionado á las mujeres, particularmente á aquellas que gozaban por su hermosura y maneras libres de mayor celebridad, como á mas de Frine, una tal Mirrina. Habia sido aquella acusada por Eutias [1], desdeñado por su avaricia ó por otros amores, de impiedad, á saber de que ejercia

[1] Ateneo XIII cita la oracion de Aristogiton contra Frine: la escribiria para Eutias. Tambien cita la de este: ó seria la misma ó los dos acusaron á Frine. Otros la atribuyen á Anaximenes.

su libertinaje en el Liceo, que admitia un dios comun, y que llevaba en su compañía á una turba de hombres y mujeres. Ateneo dice tambien, que Hipérides tomó con calor su defensa, y que á pesar de sus esfuerzos Frine iba á ser condenada, cuando le ocurrió tomarla por la mano, llevarla al medio de la sala del tribunal, y allí rotos los corchetes y el vestido descubrir su pecho, para que movidos á compasion los jueces á vista de tanta belleza le salvasen la vida, como así lo hicieron, respetando en ella á una sacerdotisa y ministra de Vénus. Pero este acto de clemencia motivó un decreto, por el cual se mandó: **1.°** que ningun orador defendiendo á un acusado procurase escitar la compasion de los jueces: **2.°** que el mismo reo, hombre ó mujer, no se hallase presente en el acto de dictar la sentencia. Ciceron, Quintiliano y otros preceptistas citan este hecho de Hipérides como ejemplo de un ardid oratorio.

99. Hemos contado á este orador entre los cinco mas notables por su elocuencia popular. Para que se comprenda el sentido en que tomamos esta palabra, téngase presente, que los preceptistas distinguen la oratoria en sagrada, forense, parlamentaria, popular, académica y militar. Esta division procede de la diferencia de asuntos de que se ocupa el orador, de las personas á quienes se dirige, y del lugar en que habla. La popular y la militar son las mas antiguas. La primera se distingue de la parlamentaria en dos cosas accidentales, pues en lo sustancial convienen, esto es, en tratar asuntos de interés general de un país delante de una multitud. Las diferencias accidentales consisten, en que el orador popular habla á un pueblo soberano, reunido en una plaza ú otro lugar capaz de contenerle; y el parlamentario habla á un cierto número de ciudadanos, que representan al mismo pueblo de quien han recibido la delegacion, ó que han sido nombrados por la Corona, segun las formas de gobierno y leyes electivas, en un local contenido entre las paredes de un edificio, que de ahí se llama parlamento. Los preceptistas señalan las reglas que convienen á cada una de estas especies de oratoria: baste indicar que la parlamentaria debe ser culta, formal, y algo amanerada, como que se dirige á personas que se suponen

ilustradas ó por su posicion social, ó por su carrera literaria: la popular debe ser viva, rápida y contundente, porque se dirige á las masas. La oratoria verdaderamente popular ó demagógica no pide discursos largos, meditados y escritos segun las reglas: consiste mas bién en arranques, en exabruptos, en palabras de brocha gorda, y en símbolos que hagan efecto en la muchedumbre, y sobre todo estriba en la popularidad del que habla [1]. No parece que puedan tomarse en este sentido los discursos de los oradores de que nos ocupamos; pues ellos están compuestos segun todas las reglas, fueron muy meditados y puestos por escrito, y sin embargo el auditorio era el pueblo ateniense en algunos de ellos, y los asuntos son políticos ó de alta oratoria forense; pero aquel pueblo era muy ilustrado, inteligente, práctico en los negocios, y tal que puede compararse con muchas de las asambleas modernas, compuestas, como se dice, de capacidades. Solo en este sentido, de los diez oradores atenienses deben contarse con preferencia entre los populares, Licurgo, Hipérides, Esquines, Demóstenes y Dinarco, porque se ocuparon mucho de asuntos políticos, y fueron oidos con especial agrado por el pueblo de Atenas.

100. En cuanto á Hipérides lo sabemos por los autores que hablan de él, y lo inferimos por la multitud de sus discursos dirigidos al pueblo, ó á los tribunales populares, y por los asuntos tratados en ellos, de los cuales se van á indicar algunos. *Contra Autocles*, general enviado en auxilio de los Tracios, acusado de traicion. *Contra Aristogiton* que habia acusado al mismo Hipérides de haber faltado á las leyes, haciendo declarar despues de la batalla de Queronea libres á los esclavos, ciudadanos á los inquilinos ó forasteros, y disponiendo que las familias compuestas de mujeres y niños se trasladasen al Pireo. Se defendió nuestro orador, y salió absuelto; y en prueba de la popularidad de que gozaba, obsérvese la gracia y

[1] Así en tiempo de nuestras discordias civiles un demagogo subiendo á un tablado de una plaza de Barcelona con yesca, pedernal y eslabon empezó una arenga de esta manera: «Hé aquí el medio de que se valian nuestros padres para sacar lumbre, sin esas invenciones modernas que á todos nos han de perder.» Bravos estrepitosos siguieron á este principio.

agudeza con que responde á los cargos formulados por Aristogiton [1], segun Rutilio, que cita las palabras de Hipérides como ejemplo de *paromologia ó concesion*. «¿Porqué me molestas tantas veces haciéndome estas preguntas? ¿Propusiste, que se diese libertad á los esclavos? lo propuse, para que los libres no fuesen esclavos. ¿Propusiste, que volviesen los desterrados? lo propuse, para que ninguno debiese sufrir esta pena. ¿No hacias pues caso de las leyes que prohibian esto? no podia obrar de otra manera, porque las armas de los macedonios puestas delante de ellas me impidieron verlas.» Con una respuesta de este tenor cerró tambien los labios á unos embajadores enviados á Atenas por Antipatro, gobernador general de Macedonia: introducidos en el senado ponderaban tanto el mérito y bondad de aquel príncipe, que no pudiendo contenerse Hipérides dijo: «no hay para que molestaros mas en esos elogios; estamos persuadidos de la bondad de ese hombre, pero nosotros no necesitamos de un amo por bueno que sea.»

101. *Contra Filocrates Haynusio* vendido á los macedonios.

Contra Aristofon por haber propuesto al pueblo un parecer contrario á las leyes, y por haber abusado de su autoridad como jefe militar en la isla de Cea.

Contra Démades por haber propuesto que se nombrase *proxeno*, ó encargado de hospedar á los embajadores ó personajes de cuenta, á Euticrates, de cuya oracion son notables las palabras siguientes. Finge Hipérides que hace él tambien la misma propuesta, y recapitulando lo que ha dicho en toda la oracion, concluye así: «Lo que os ha dicho Démades no espresa los verdaderos motivos por los cuales se ha de conferir este honor á Euticrates; mas yo, si ha de ser vuestro proxeno, espreso sus méritos en un proyecto de decreto, que formulo de esta manera: «Es voluntad del pueblo que sea Euticrates proxeno, porque habla y obra conforme á los deseos de Filipo; por-

[1] Aristogiton ateniense hijo de Lisímaco, y de madre libertina, fué un orador muy descarado, y por esto se le llamaba perro. Segun Suidas fué muerto por los mismos atenienses. Escribió muchas oraciones: acusó á hombres muy respetables, como Timoteo, Licurgo. Hipérides.

que siendo comandante de caballería le entregó la de los Olintios; porque de resultas de esto fué causa del descalabro de los calcidenses; porque tomada Olinto fué el justipreciador de los prisioneros; porque despues del desastre de Queronea, ni cuidó de sepultar los muertos, ni de rescatar á los prisioneros » Podemos figurarnos qué efecto produciria en el pueblo la enumeracion de tales méritos.

102. *Contra Demóstenes.* Aunque habian sido siempre amigos y estado conformes en política, tuvieron alguna disension, la que conocida por el pueblo, hizo que se designase á Hipérides para entablar contra aquel la acusacion de corrupcion en el asunto de Harpalo. Parece que el uno se recelaba del otro, pues se cuenta que habiendo ido Demóstenes á visitar á Hipérides enfermo, le encontró con un escrito en la mano, en que estaban apuntados todos los cargos que podian dirigirse contra él, y manifestándole su sorpresa, le dijo Hipérides: «nada hay que temer siendo amigos; dejando de serlo, este manuscrito me será á mí una salvaguardia para que no puedas dañarme.» La comun desgracia les hizo olvidar todo disgusto anterior, pues proscritos por Antipatro, y habiéndose encontrado en Egina donde se habian refugiado, se protestaron nuevamente su amistad y olvido de lo pasado. Los restos encontrados hace pocos años, como se ha dicho al principio, pertenecen á esta oracion. Uno de ellos traducido al latin dice asi: «¿Non te pudet tam provectæ ætatis nunc ab adolescentibus de corruptione postulari? Quamquam oportet a vobis potius erudiri oratores juniores, nunc autem e contrario juniores eos qui ultra sexaginta annos exegerunt ad sanam mentem revocant. Jure igitur, judices, Demostheni irascamini, qui quum et famam satis magnam amplasque divitias per vos habeat, nunc in senectutis limine.»

Sobre la alianza con Alejandro.

Deliaca. Los habitantes de Delos pretendian la administracion del templo de Apolo, en cuya posesion estaban los atenienses. Cuando Filipo fué admitido entre los Anfictiones, creyendo que podrian obtenerla de aquel Consejo á quien correspondia esta declaracion, tal vez instigados por el mismo Filipo hicieron que se ventilase el asunto. El pueblo de Ate-

nas, pues, nombró á Esquines para que fuese á defender sus derechos: pero el Areopago encargado especialmente de procurar todo lo relativo á esta causa, no aprobó el nombramiento, y dió la comision á Hipérides, el cual pronunció la oracion indicada.

103. *Oracion fúnebre* por los atenienses que murieron en el año **323** ant. de J. C. en la guerra llamada Lamiaca, en que la Grecia confederada peleó contra Antipatro. Estobeo ha conservado pocas cláusulas que espresan los motivos de consuelo que tienen los sobrevivientes por la pérdida de las personas queridas, y entre otros merece notarse el siguiente: «Si el morir no es otra cosa que dejar de existir, han quedado libres de enfermedades, dolores y otros males á que está sujeta la naturaleza humana; mas si en la otra vida se siente algo, y la divinidad cuida de nosotros, como creemos, no es posible que aquellos que han prestado su brazo y dado su vida por conservar el culto de los dioses, no merezcan de ellos una particular atencion.»

De los generales. Alejandro pedia que le fuesen entregados: Hipérides aconsejó á los atenienses que no lo hiciesen, y no fueron entregados.

De las triremes. El mismo príncipe pidió todas las naves á los atenienses, y estos aconsejados por Hipérides no las entregaron.

Longino en su tratado *De lo sublime*, dice que Hipérides es elegante, festivo, y á propósito para escitar la conmiseracion; que para ser un orador perfecto no le falta mas que la sublimidad; que hace muy buen uso de la fábula, la que sabe contar de una manera graciosa, y que aventaja en este concepto á Demóstenes; pero será porque él no usó este medio. Se le notan algunas espresiones poco áticas, pues se tomaba bastante libertad en componer palabras, ó emplearlas en otro sentido que el comunmente usado. Solo por esta razon se le atribuye algun discurso, que otros críticos atribuian á Demóstenes. Dicen que peroraba al pueblo sin estender la mano, tal vez para imitar la modestia de los antiguos [1].

[1] Esquines en la *or. contra Timarco*, dice que una estatua de So-

104. Despues de la victoria de Cranon (322 ant. de J. C.) Antipatro se adelantaba hácia Atenas lleno de coraje por la humillacion sufrida en Lamia, en donde habia tenido que entregarse á discrecion de los griegos mandados por Leostenes. El pueblo ateniense, ligero como siempre, para desagraviar al vencedor condenó á muerte á los oradores y otros personajes políticos importantes que habian aconsejado la guerra. Tuvieron ellos buen cuidado de escaparse. Entretanto se mandó una embajada á Antipatro que se hallaba en Tebas, compuesta entre otros de Focion y de Jenocrates filósofo, encargado de llevar la palabra, pues se creyó que aquel respetaria su virtud [1]. Pero apenas empezó á hablar, le impuso silencio, y no quiso entenderse mas que con Focion. Una de las condiciones del tratado de paz fué que le entregasen á Demóstenes y á Hipérides, los cuales habian huido de Atenas, como se ha dicho. Envió Antipatro satélites para prenderlos y llevárselos. Hipérides huyó tambien de Egina, y fué á refugiarse al templo de Neptuno de Hermiona; pero Arquias de Turio, antes cómico, y despues al servicio de Antipatro, le sacó de allí, y fué á entregarle á Corinto donde aquel se hallaba. Dicen que aplicado al tormento, se arrancó con los dientes la lengua por no revelar nada de lo que se queria de él: otros dicen que le fué arrancada por órden de Antipatro, y que despues de muerto sus restos fueron trasladados á Atenas, y sepultados en el sepulcro de su familia junto á la puerta Hippada. Habia sido discípulo de Sócrates y de Platon.

lon que estaba en la plaza de Salamina, representaba á aquel legislador arengando al pueblo con la mano oculta en el vestido.

[1] En prueba de la virtud y continencia de este filósofo, se cuenta que Lais, otros dicen Frine, famosa dama de su tiempo, se jactaba con sus amigos de que con su pico y halagos triunfaria de él; y haciendo ellos una apuesta que no, aquella mujer disoluta un dia al anochecer entró precipitadamente en la pobre y pequeña morada del filósofo, pretestando temores que le impedian, decia, pasar la noche en su casa, y pidiéndole en su consecuencia albergue. Él de buena fe y llevado de su bondad la admitió. Al dia siguiente preguntándole los amigos cómo le habia ido, dijo Lais, ὡς οὐκ ἀπ' ἀνδρός, ἀλλ' ἀπ' ἀνδριάντος ἀνασταίη.

ΥΠΕΡ ΕΥΞΕΝΙΠΠΟΥ ΕΙΣΑΓΓΕΛΙΑΣ ΑΠΟΛΟΓΙΑ ΠΡΟΣ ΠΟΛΥΕΥΚΤΟΝ.

Ἀλλ᾽ ἔγωγε, ὦ ἄνδρες δικασταί, ὅπερ καὶ πρὸς τοὺς παρακαθημένους ἀρτίως ἔλεγον, θαυμάζω εἰ μὴ προσίστανται ἤδη ὑμῖν αἱ τοιαῦται εἰσαγγελίαι· τὸ μὲν γὰρ πρότερον εἰσηγγέλλοντο παρ᾽ ὑμῖν Τιμόμαχος καὶ Λεωσθένης καὶ Καλλίστρατος καὶ Φίλων ὁ ἐξ Ἀναίων καὶ Θεότιμος ὁ Σηστὸν ἀπολέσας καὶ ἕτεροι τοιοῦτοι· καὶ οἱ μὲν αὐτῶν ναῦς αἰτίαν ἔχοντες προδοῦναι, οἱ δὲ πόλεις Ἀθηναίων, ὁ δὲ ῥήτωρ ὢν λέγειν μὴ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ· καὶ οὔτε τούτων πέντε ὄντων οὐδ᾽ εἷς ὑπέμεινε τὸν ἀγῶνα, ἀλλ᾽ αὐτοὶ ᾤχοντο φεύγοντες ἐκ τῆς πόλεως, οὔτ᾽ ἄλλοι πολλοὶ τῶν εἰσαγγελλομένων, ἀλλ᾽ ἦν σπάνιον ἰδεῖν ἀπ᾽ εἰσαγγελίας τινὰ κρινόμενον ὑπακούσαντα εἰς τὸ δικαστήριον· οὕτως ὑπὲρ μεγάλων ἀδικημάτων καὶ περιφανῶν αἱ εἰσαγγελίαι τότε ἦσαν· νυνὶ δὲ τὸ γινόμενον ἐν τῇ πόλει πάνυ καταγέλαστόν ἐστιν. Διογνίδης μὲν καὶ Ἀντίδωρος ὁ μέτοικος εἰσαγγέλλονται ὡς πλέονος μισθοῦντες τὰς αὐλητρίδας ἢ ὁ νόμος κελεύει, Ἀγασικλῆς δ᾽ ὁ ἐκ Πειραιέως ὅτι εἰς Ἁλιμουσίους ἐνεγράφη. Εὐξένιππος δ᾽ ὑπὲρ τῶν ἐνυπνίων ὧν φησιν ἑωρακέναι· ὧν οὐδεμία δήπου τῶν αἰτιῶν τούτων οὐδὲν κοινωνεῖ τῷ εἰσαγγελτικῷ νόμῳ.

Καίτοι, ὦ ἄνδρες δικασταί, ἐπὶ τῶν δημοσίων ἀγώνων οὐ χρὴ τοὺς δικαστὰς πρότερον τὰ καθ᾽ ἕκαστα τῆς κατηγορίας ὑπομένειν ἀκούειν, πρὶν αὐτὸ τὸ κεφάλαιον τοῦ ἀγῶνος καὶ τὴν ἀντιγραφὴν ἐξετάσωσιν εἰ ἐστὶν ἐκ τῶν νόμων ἢ μή· οὐ μὰ Δία, οὐχ ὥσπερ ἐν τῇ κατηγορίᾳ Πολύευκτος ἔλεγεν, οὐ φάσκων δεῖν τοὺς ἀπολογουμένους ἰσχυρίζεσθαι τῷ εἰσαγγελτικῷ νόμῳ, ὃς κελεύει κατὰ τῶν ῥητόρων αὐτῶν τὰς εἰσαγγελίας εἶναι περὶ τοῦ λέγειν μὴ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ, οὐ κατὰ πάντων Ἀθηναίων. Ἐγὼ δὲ οὔτε πρότερον οὐδενὸς ἂν μνησθείην ἢ τούτου οὔτε πλείους οἶμαι δεῖν λόγους ποιεῖσθαι περὶ ἄλλου τινὸς ἢ ὅπως ἐν δημοκρατίᾳ κύριοι οἱ νόμοι ἔσονται καὶ αἱ εἰσαγγελίαι καὶ αἱ ἄλλαι κρίσεις κατὰ τοὺς νόμους εἰσίασιν εἰς τὸ δικαστήριον· διὰ τοῦτο γὰρ ὑμεῖς ὑπὲρ ἁπάντων τῶν ἀδικημάτων, ὅσα ἐστὶν ἐν τῇ πόλει, νόμους ἔθεσθε χωρὶς περὶ ἑκάστου αὐτῶν. Ἀσεβεῖ τις περὶ τὰ ἱερά· γραφαὶ ἀσεβείας εἰσὶ πρὸς τὸν βασιλέα. Φαῦλός ἐστι πρὸς τοὺς ἑαυτοῦ γονεῖς· ὁ ἄρχων ἐπὶ τούτου κάθηται. Παράνομά τις ἐν τῇ πόλει γράφει· θεσμοθετῶν

συνέδριόν ἐστι. Ἀπαγωγῆς ἄξια ποιεῖ· ἀρχὴ τῶν ἕνδεκα καθέστηκε. Τὸν αὐτὸν δὲ τρόπον καὶ ἐπὶ τῶν ἄλλων ἀδικημάτων ἁπάντων καὶ νόμους καὶ ἀρχὰς καὶ δικαστήρια τὰ προσήκοντα ἑκάστοις αὐτῶν ἀπέδοτε. Ὑπὲρ τίνων οὖν οἴεσθε δεῖν τὰς εἰσαγγελίας γίγνεσθαι; Τοῦτ' ἤδη καθ' ἕκαστον ἐν τῷ νόμῳ ἐγράψατε, ἵνα μὴ ἀγνοῇ μηδείς· «ἐάν τις, φησί, τὸν δῆμον τὸν Ἀθηναίων καταλύῃ·» εἰκότως, ὦ ἄνδρες δικασταί· ἡ γὰρ τοιαύτη αἰτία οὐ παραδέχεται σκῆψιν οὐδεμίαν οὐδενὸς οὐδ' ὑπωμοσίαν, ἀλλὰ τὴν ταχίστην αὐτὴν δεῖ εἶναι ἐν τῷ δικαστηρίῳ· «ἢ συνίῃ ποι ἐπὶ καταλύσει τοῦ δήμου ἢ ἑταιρικὸν συναγάγῃ ἢ ἐάν τις πόλιν τινὰ προδῷ ἢ ναῦς ἢ πεζὴν ἢ ναυτικὴν στρατιάν, ἢ ῥήτωρ ὢν μὴ λέγῃ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ τῷ Ἀθηναίων χρήματα λαμβάνων.» Τὰ μὲν ἄνω τοῦ νόμου κατὰ πάντων τῶν πολιτῶν γράψαντες· ἐκ πάντων γὰρ καὶ τ' ἀδικήματα ταῦτα γένοιτ' ἄν· τὸ δὲ τελευταῖον τοῦ νόμου κατ' αὐτῶν τῶν ῥητόρων, παρ' οἷς ἐστιν καὶ τὸ γράφειν τὰ ψηφίσματα· ἐμαίνεσθε γὰρ ἂν εἰ ἄλλον τινὰ τρόπον τὸν νόμον τοῦτον ἔθεσθε ἢ οὕτως, εἰ τὰς μὲν τιμὰς καὶ τὰς ὠφελίας ἐκ τοῦ λέγειν οἱ ῥήτορες καρποῦνται, τοὺς δὲ κινδύνους ὑπὲρ αὐτῶν τοῖς ἰδιώταις ἀνεθήκατε. Ἀλλ' ὅμως Πολύευκτος οὕτως ἐστὶν ἀνδρεῖος ὥστε εἰσαγγελίαν διώκων οὐκ ἔφη δεῖν τοὺς φεύγοντας τῷ εἰσαγγελτικῷ νόμῳ χρῆσθαι· καὶ οἱ μὲν ἄλλοι πάντες κατήγοροι, ὅταν οἴωνται δεῖν ἐν τῷ προτέρῳ λόγῳ ὑφελεῖν τῶν φευγόντων τὰς ἀπολογίας, τοῦτο παρακελεύονται τοῖς δικασταῖς μὴ ἐθέλειν ἀκούειν τῶν ἀπολογουμένων, ἐάν τινες ἔξω τοῦ νόμου λέγωσιν, ἀλλ' ἀπαντᾶν πρὸς τὰ λεγόμενα καὶ κελεύειν τὸν νόμον ἀναγινώσκειν· σὺ δὲ τοὐναντίον τὴν εἰς τοὺς νόμους καταφυγὴν ἐκ τῆς ἀπολογίας οἴει δεῖν ἀφελέσθαι Εὐξενίππου.

Καὶ πρὸς τούτοις οὐδὲ βοηθεῖν οὐδένα φῂς δεῖν αὐτῷ οὐδὲ συναγορεύειν, ἀλλὰ παρακελεύῃ τοῖς δικασταῖς μὴ θέλειν ἀκούειν τῶν ἀναβαινόντων. Καί τοι τί τούτου ἐν τῇ πόλει βέλτιον ἢ δημοτικώτερόν ἐστι, πολλῶν καὶ ἄλλων καλῶν ὄντων, ἢ ὁπόταν τις ἰδιώτης εἰς ἀγῶνα καὶ κίνδυνον καταστὰς μὴ δύνηται ὑπὲρ ἑαυτοῦ ἀπολογεῖσθαι, τούτῳ τὸν βουλόμενον τῶν πολιτῶν ἐξεῖναι ἀναβάντα βοηθῆσαι καὶ τοὺς δικαστὰς ὑπὲρ τοῦ πράγματος τὰ δίκαια διδάξαι; Ἀλλὰ μὰ Δία αὐτὸς τοιούτῳ πράγματι οὐ κέχρησαι, ἀλλ' ὅτ' ἔφευγες τὸν ἀγῶνα ὑπ' Ἀλεξάνδρου τοῦ ἐξ Οἴου δέκα μὲν συνηγόρους ἐκ τῆς Αἰγηίδος φυλῆς ᾐτήσω, ὧν καὶ ἐγὼ εἷς ἦν αἱρεθεὶς ὑπὸ σοῦ, ἐκ δὲ τῶν ἄλλων Ἀθηναίων ἐκάλεις ἐπὶ τὸ δικαστήριον τοὺς βοηθήσοντάς σοι. Καὶ τὰ μὲν ἄλλα τί δεῖ λέγειν; αὐτῷ δὲ τούτῳ τῷ ἀγῶνι πῶς κέχρησαι; οὐ κατηγόρησας ὁπόσα ἐβούλου; οὐ Λυκοῦργον ἐκάλεις συγκατηγορήσοντα, οὔτε τῷ λέγειν οὐ-

δενὸς τῶν ἐν τῇ πόλει καταδεέστερον ὄντα, παρὰ τούτοις τε μέτριον καὶ ἐπεικῆ δοκοῦντα εἶναι; Εἶτά σοι μὲν ἔξεστι καὶ φεύγοντι τοὺς βοηθήσοντας καλεῖν καὶ διώκοντι τοὺς συγκατηγόρους ἀναβιβάσασθαι, ὃς οὐ μόνον ὑπὲρ σεαυτοῦ δύνασαι εἰπεῖν, ἀλλὰ καὶ ὅλῃ τῇ πόλει πράγματα παρέχειν ἱκανὸς εἶ· Εὐξενίππῳ δ' ὅτι ἰδιώτης ἐστὶ καὶ πρεσβύτερος οὐδὲ τοὺς οἰκείους ἔξεσται βοηθεῖν· εἰ δὲ μή, διαβληθήσονται ὑπὸ σοῦ· νὴ Δία, τὰ γὰρ πεπραγμένα αὐτῷ δεινά ἐστι καὶ ἄξια θανάτου, ὡς σὺ λέγεις ἐν τῇ κατηγορίᾳ.

Σκέψασθε δή, ὦ ἄνδρες δικασταί, καθ' ἓν ἕκαστον αὐτῶν ἐξετάζοντες. Ὁ δῆμος προσέταξεν Εὐξενίππῳ τρίτῳ αὐτῷ ἐγκατακλιθῆναι εἰς τὸ ἱερόν, οὗτος δὲ καμηθεὶς ἐνύπνιόν φησιν ἰδεῖν, ὃ τῷ δήμῳ ἀπαγγεῖλαι. Τοῦτ' εἰ μὲν ὑπελάμβανες ἀληθῆ εἶναι, καὶ ὃ εἶδεν ἐν τῷ ὕπνῳ τοῦτ' αὐτὸν ἀπαγγεῖλαι πρὸς τὸν δῆμον, τί καὶ ἀδικεῖ ἃ ὁ θεὸς αὐτῷ προσέταττε ταῦτ' ἐξαγγείλας πρὸς Ἀθηναίους; Εἰ δέ, ὥσπερ νυνὶ λέγεις, ἡγοῦ αὐτὸν καταψεύσασθαι τοῦ θεοῦ καὶ χαριζόμενόν τισι μὴτ' ἀληθῆ ἀπηγγελκέναι τῷ δήμῳ, οὐ ψήφισμα ἐχρῆν σε πρὸς τὸ ἐνύπνιον γράφειν, ἀλλ' ὅπερ ὁ πρότερος ἐμοῦ λέγων εἶπεν, εἰς Δελφοὺς πέμψαντα πυθέσθαι παρὰ τοῦ θεοῦ τὴν ἀλήθειαν· σὺ δὲ τοῦτο μὲν οὐκ ἐποίησας, ψήφισμα δὲ αὐτοτελὲς ἔγραψας κατὰ δυοῖν φυλαῖν οὐ μόνον ἀδικώτατον, ἀλλὰ καὶ ἐναντίον αὐτὸ ἑαυτῷ· δι' ὅπερ ἥλως παρανόμων, οὐ δι' Εὐξένιππον.

Ἐξετάσωμεν δὲ περὶ αὐτοῦ τουτονὶ τὸν τρόπον. Αἱ φυλαὶ σύνδυο γενόμεναι τὰ ὄρη τὰ ἐν Ὠρωπῷ διείλοντο, τοῦ δήμου αὐταῖς δόντος. Τοῦτο τὸ ὄρος ἔλαχεν Ἀκαμαντὶς καὶ Ἱπποθοωντίς. Ταύτας τὰς φυλὰς ἔγραψας ἀποδοῦναι τὸ ὄρος τῷ Ἀμφιαράῳ καὶ τὴν τιμὴν ὧν ἀπέδοντο, ὡς πρότερον τοὺς ὁριστὰς τοὺς πεντήκοντα ἐξελόντας αὐτὸ τῷ θεῷ καὶ ἀφορίσαντας, καὶ οὐ προσηκόντως τὰς δύο φυλὰς ἐχούσας τὸ ὄρος. Μικρὸν δὲ διαλιπὼν ἐν ταὐτῷ ψηφίσματι γράφεις τὰς ὀκτὼ φυλὰς πορίσαι ταῖν δυοῖν φυλαῖν τὰ διάφορα καὶ ἀποδοῦναι, ὅπως ἂν μὴ ἐλαττῶνται. Καίτοι εἰ μὲν ἴδιον ὂν τῶν φυλῶν ἀφῃροῦ τὸ ὄρος, πῶς οὐκ ὀργῆς ἄξιος; εἰ δὲ μὴ προσηκόντως εἶχον αὐτό, ἀλλὰ τοῦ θεοῦ ὄν, διὰ τί τὰς ἄλλας φυλὰς ἔγραφες αὐταῖς προσαποδιδόναι ἀργύριον; Ἀγαπητὸν γὰρ ἦν αὐταῖς εἰ τὰ τοῦ θεοῦ ἀποδώσουσιν καὶ μὴ προσαποτίσουσιν ἀργύριον.

Ταῦτ' ἐν τῷ δικαστηρίῳ ἐξεταζόμενα οὐκ ὀρθῶς ἐδόκει γεγράφθαι, ἀλλὰ κατεψηφίσαντό σου οἱ δικασταί. Εἶτ' εἰ μὲν ἀπέφυγες τὴν γραφήν, οὐκ ἂν κατεψεύσατο οὗτος τοῦ θεοῦ, ἐπειδὴ δὲ συνέβη σοι ἁλῶναι, Εὐξένιππον δεῖ ἀπολωλέναι· καί σοι μὲν τῷ τοιοῦτο ψήφισμα γράψαντι

πέντε καὶ εἴκοσι δραχμῶν ἐτιμήθη, τὸν δὲ κατακλιθέντα εἰς τὸ ἱερὸν τοῦ δήμου κελεύσαντος μηδ' ἐν τῇ Ἀττικῇ δεῖ ταφῆναι· δεινὰ γὰρ ἐποίησεν περὶ τὴν φιάλην ἐάσας Ὀλυμπιάδα ἀναθεῖναι εἰς τὸ ἄγαλμα τῆς Ὑγιείας· τοῦτο γὰρ ὑπολαμβάνεις ἐφόδιον ἑαυτῷ εἰς τὸν ἀγῶνα τὸ ἐκείνης ὄνομα παραφέρων καὶ κολακείαν ψευδῆ κατηγορῶν Εὐξενίππου μίσος καὶ ὀργὴν αὐτῷ συλλέξειν παρὰ τῶν δικαστῶν. Δεῖ δέ, ὦ βέλτιστε, μὴ ἐπὶ τῷ Ὀλυμπιάδος ὀνόματι καὶ τῷ Ἀλεξάνδρου τῶν πολιτῶν τινα ζητεῖν κακόν τι ἐργάσασθαι, ἀλλ' ὅταν ἐκεῖνοι πρὸς τὸν δῆμον τὸν Ἀθηναίων ἐπιστέλλωσι μὴ τὰ δίκαια μηδὲ τὰ προσήκοντα, τότε ἀναστάντα ὑπὲρ τῆς πόλεως ἀντιλέγειν καὶ πρὸς τοὺς ἥκοντας παρ' αὐτῶν δικαιολογεῖσθαι καὶ εἰς τὸ κοινὸν τῶν Ἑλλήνων συνέδριον πορεύεσθαι βοηθήσοντα τῇ πατρίδι. Σὺ δ' ἐκεῖ μὲν οὐδεπώποτε ἀνέστης οὐδὲ λόγον περὶ αὐτῶν ἐποιήσω, ἐνθάδε δὲ μισεῖς Ὀλυμπιάδα ἐπὶ τῷ ἀπολέσαι Εὐξένιππον, καὶ φῂς κόλακα αὐτὸν εἶναι ἐκείνης καὶ Μακεδόνων· ὃν ἐὰν δείξῃς ἀφιγμένον πώποτε εἰς Μακεδονίαν ἢ ἐκείνων τινὰ ὑποδεξάμενον εἰς τὴν αὐτοῦ οἰκίαν ἢ χρώμενον τῶν ἐκεῖθέν τινι ἢ ἐντυγχάνοντα ἢ λόγους καὶ οὐστινασοῦν ἢ ἐπ' ἐργαστηρίου ἢ ἐν τῇ ἀγορᾷ ἢ ἄλλοθί που περὶ τούτων τῶν πραγμάτων εἰρηκότα καὶ μὴ κοσμίως καὶ μετρίως τὰ αὑτοῦ πράττοντα ὥσπερεί τις καὶ ἄλλος τῶν πολιτῶν, χρησάσθωσαν αὐτῷ οἱ δικασταὶ ὅτι βούλονται. Εἰ γὰρ ταῦτα ἦν ἀληθῆ ἃ κατηγορεῖς, οὐκ ἂν σὺ μόνος ᾔδεις, ἀλλὰ καὶ οἱ ἄλλοι πάντες οἱ ἐν τῇ πόλει, ὥσπερ καὶ περὶ τῶν ἄλλων, ὅσοι τι ὑπὲρ ἐκείνων ἢ λέγουσιν ἢ πράττουσιν, οὐ μόνον αὐτοί, ἀλλὰ καὶ οἱ ἄλλοι Ἀθηναῖοι ἴσασι καὶ τὰ παιδία τὰ ἐκ τῶν διδασκαλείων καὶ τῶν ῥητόρων τοὺς παρ' ἐκείνων μισθαρνοῦντας καὶ τῶν ἄλλων τοὺς ξενίζοντας τοὺς ἐκεῖθεν ἥκοντας καὶ ὑποδεχομένους καὶ εἰς τὰς ὁδοὺς ὑπαντῶντας ὅταν προΐωσι· καὶ οὐδαμοῦ ὄψει οὐδὲ παρ' ἑνὶ τούτων Εὐξένιππον καταριθμούμενον. Σὺ δ' ἐκείνων μὲν οὐδένα κρίνεις οὐδ' εἰς ἀγῶνα καθίστης οὓς πάντες ἴσασι ταῦτα πράττοντας, κατ' Εὐξενίππου δὲ κολακείαν κατηγορεῖς, οὗ ὁ βίος τὴν αἰτίαν οὐ παραδέχεται. Καίτοι, εἰ νοῦν εἶχες, περί γε τῆς φιάλης τῆς ἀνατεθείσης οὔτ' ἂν Εὐξένιππον ᾐτιῶ οὔτ' ἂν ἄλλον λόγον οὐδένα ἐνταῦθα ἐποιήσω· οὐ γὰρ ἁρμόττει. Διὰ τί; καί μου τὸν λόγον, ὦ ἄνδρες δικασταί, ἀκούσατε ὃν μέλλω λέγειν.

Ὑμῖν Ὀλυμπιὰς ἐγκλήματα πεποίηται περὶ τὰ ἐν Δωδώνῃ οὐ δίκαια, ὡς ἐγὼ δὶς ἤδη ἐν τῷ δήμῳ ἐναντίον ὑμῶν καὶ τῶν ἄλλων Ἀθηναίων πρὸς τοὺς ἥκοντας παρ' αὐτῆς ἐξήλεγξα οὐ προσήκοντα αὐτὴν ἐγκλήματα τῇ πόλει ἐγκαλοῦσαν· ὑμῖν γὰρ ὁ Ζεὺς ὁ Δωδωναῖος προσέταξεν ἐν τῇ μαντείᾳ τὸ ἄγαλμα τῆς Διώνης ἐπικοσμῆσαι· καὶ ὑμεῖς

πρόσωπόν τε κομισάμενοι ὡς οἷόν τε κάλλιστον καὶ τἄλλα πάντα τὰ ἀκόλουθα, καὶ κόσμον πολὺν καὶ πολυτελῆ τῇ θεῷ παρασκευάσαντες καὶ θεωρίαν καὶ θυσίαν πολλῶν χρημάτων ἀποστείλαντες ἐπεκοσμήσατε τὸ ἕδος τῆς Διώνης ἀξίως καὶ ὑμῶν αὐτῶν καὶ τῆς θεοῦ. Ὑπὲρ τούτων ὑμῖν τὰ ἐγκλήματα ἦλθε παρ' Ὀλυμπιάδος ἐν ταῖς ἐπιστολαῖς, ὡς ἡ χώρα εἴη (ἡ Μολοσσία) αὐτῆς, ἐν ᾗ τὸ ἱερόν ἐστιν· οὔκουν προσήκειν ὑμᾶς τῶν ἐκεῖ οὐδὲ ἓν κινεῖν. Ἐὰν μὲν τοίνυν τὰ περὶ τὴν φιάλην γεγονότα ἐν ἀδικήματι ψηφίσησθε εἶναι, τρόπον τινὰ καὶ ἡμῶν αὐτῶν καταγινώσκομεν ὡς τὰ ἐκεῖ οὐκ ὀρθῶς ἐπράξαμεν· ἐὰν δ' ἐπὶ τοῦ γεγενημένου ἐῶμεν, τὰς τραγῳδίας αὐτῆς καὶ τὰς κατηγορίας ἀφῃρηκότες ἐσόμεθα. Οὐ γὰρ δήπου Ὀλυμπιάδι μὲν τὰ Ἀθήνησιν ἱερὰ ἐπικοσμεῖν ἔξεστιν, ἡμῖν δὲ τὰ ἐν Δωδώνῃ οὐκ ἔξεσται, καὶ ταῦτα τοῦ θεοῦ προστάξαντος.

Ἀλλ' οὐκ ἔστιν, ὦ Πολύευκτε, ὡς ἐμοὶ δοκεῖ, ὅθεν κατηγορίαν οὐκ ἂν ποιήσαιο. Καίτοι σε ἐχρῆν, ἐπείπερ προῄρησαι πολιτεύεσθαι, καὶ νὴ Δία καὶ δύνασαι, μὴ τοὺς ἰδιώτας κρίνειν μηδ' εἰς τούτους νεανιεύεσθαι, ἀλλὰ τῶν ῥητόρων ἐάν τις ἀδικῇ, τοῦτον κρίνειν, στρατηγὸς ἐάν τις μὴ τὰ δίκαια πράττῃ, τοῦτον εἰσαγγέλλειν· παρὰ γὰρ τούτοις ἐστὶ καὶ τὸ δύνασθαι βλάπτειν τὴν πόλιν, ὅσοι ἂν αὐτῶν προαιρῶνται, οὐ παρ' Εὐξενίππῳ οὐδὲ τῶν δικαστῶν τούτων οὐδενί. Καὶ οὐ σὲ μὲν οὕτως οἴομαι δεῖν πράττειν, αὐτὸς δὲ ἄλλον τινὰ τρόπον τῇ πολιτείᾳ κέχρημαι, ἀλλ' οὐδ' αὐτὸς ἰδιώτην οὐδένα πώποτε ἐν τῷ βίῳ ἔκρινα, ἤδη δέ τισι καθόσον ἐδυνάμην ἐβοήθησα. Τίνας οὖν κέκρικα καὶ εἰς ἀγῶνα καθέστακα; Ἀριστοφῶντα τὸν Ἀζηνιέα, ὃς ἰσχυρότατος ἐν τῇ πολιτείᾳ γεγένηται· καὶ οὗτος ἐν τούτῳ τῷ δικαστηρίῳ παρὰ δύο ψήφους ἀπέφυγε· Διοπείθη τὸν Σφήττιον, ὃς δεινότατος δοκεῖ εἶναι τῶν ἐν τῇ πόλει· Φιλοκράτη τὸν Ἁγνούσιον, ὃς θρασύτατα καὶ ἀσελγέστατα τῇ πολιτείᾳ κέχρηται· τοῦτο εἰσαγγείλας ἐγὼ ὑπὲρ ὧν Φιλίππῳ ὑπηρέτηκε κατὰ τῆς πόλεως εἷλον ἐν τῷ δικαστηρίῳ καὶ τὴν εἰσαγγελίαν ἔγραψα δικαίαν καὶ ὥσπερ ὁ νόμος κελεύει, « ῥήτορα ὄντα λέγειν μὴ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ τῷ Ἀθηναίων, χρήματα λαμβάνοντα καὶ δωρεὰς παρὰ τῶν τἀναντία πραττόντων τῷ δήμῳ· » καὶ οὐδ' οὕτως ἀπέχρησέ μοι τὴν εἰσαγγελίαν δοῦναι, ἀλλ' ὑποκάτω παρέγραψα· « τάδ' εἶπεν οὐ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ χρήματα λαβών. » Εἶτα τὸ ψήφισμα αὐτοῦ ὑπέγραψα· καὶ πάλιν· « τάδε εἶπεν οὐ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ χρήματα λαβών· » καὶ τὸ ψήφισμα παρέγραφον· καὶ ἔστι μοι πεντάκις ἢ ἑξάκις τοῦτο γεγραμμένον. Δίκαιον γὰρ ᾤμην δεῖν τὸν ἀγῶνα καὶ τὴν κρίσιν ποιῆσαι· σὺ δ' ἃ μὲν εἰπεῖν Εὐξένιππον φῂς οὐ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ οὐκ εἶχες γράψαι

εἰς τὴν εἰσαγγελίαν, ἰδιώτην δ' ὄντα κρίνεις ἐν τῇ τοῦ ῥήτορος τάξει· μικρὰ δὲ περὶ τῆς ἀντιγραφῆς εἰπὼν ἑτέρας αἰτίας καὶ διαβολὰς ἥκεις φέρων κατ' αὐτοῦ, λέγων ὡς Φιλοκλεῖ τὴν θυγατέρα ἐδίδου καὶ Δημοτίωνος δίαιταν ἔλαβεν καὶ ἄλλας τοιαύτας κατηγορίας, ἵν' ἐὰν μὲν ἀφέμενοι τῆς εἰσαγγελίας περὶ τῶν ἔξω τοῦ πράγματος κατηγορηθέντων ἀπολογῶνται, ἀπαντῶσιν αὐτοῖς οἱ δικασταί, « τί ταῦθ' ἡμῖν λέγετε; » ἐὰν δὲ μηδένα λόγον περὶ αὐτῶν ποιῶνται, ὁ ἀγὼν αὐτοῖς χείρων γίνηται· τῶν γὰρ κατηγορηθέντων τὸ μὴ λαβὸν ἀπολογίαν ὑπὸ τῇ ὀργῇ τῶν δικαστῶν καταλείπεται· καὶ τὸ πάντων δεινότατον τῶν ἐν τῷ λόγῳ λεγομένων ὑπὸ σοῦ, ὃ σὺ ᾤου λανθάνειν ὧν ἕνεκα λέγεις, οὐ λανθάνων ὁπότε παραφθέγγοιο ἐν τῷ λόγῳ πολλάκις, ὡς πλούσιός ἐστιν Εὐξένιππος· καὶ πάλιν διαλιπών, ὡς οὐκ ἐκ δικαίου πολλὴν οὐσίαν συνείλεκται· ἃ εἰς μὲν τὸν ἀγῶνα τοῦτον οὐδὲν δήπου ἐστὶν εἴτε πολλὰ οὗτος κέκτηται εἴτε ὀλίγα, τοῦ δὲ λέγοντος· κακοήθεια καὶ ὑπόληψις εἰς τοὺς δικαςὰς οὐ δικαία, ὡς ἄλλοθί που οὗτοι τὴν γνώμην ἂν σχοίησαν ἢ ἐπ' αὐτοῦ τοῦ πράγματος, καὶ πότερον ἀδικεῖ ὑμᾶς ὁ κρινόμενος ἢ οὔ. Κακῶς ἐμοὶ δοκεῖς εἰδέναι, ὦ Πολύευκτε καὶ σὺ καὶ οἱ τ'αυτὰ γινώσκοντες πάντες, ὅτι οὐδεμία πόλις ἐστὶν οὐδαμοῦ ἐν τῇ οἰκουμένῃ οὔτε μόναρχος οὔτ' ἔθνος μεγαλοψυχότερον τοῦ δήμου τοῦ Ἀθηναίων, τοὺς δὲ συκοφαντουμένους τῶν πολιτῶν ὑπό τινων ἢ καθ' ἕνα ἢ ἀθρόους οὐ προίεται, ἀλλὰ βοηθεῖ. Καὶ πρῶτον μὲν Τίσιδος τοῦ Ἀγρυλῆθεν ἀπογράψαντος τὴν Εὐθυκράτους οὐσίαν ὡς δημοσίαν οὖσαν, ἣ πλεόνων ἢ ἑξήκοντα ταλάντων ἦν, καὶ μετ' ἐκείνην πάλιν ὑπισχνουμένου τὴν Φιλίππου καὶ Ναυσικλέους ἀπογράψειν καὶ λέγοντος, ὡς ἐξ ἀναπογράφων μετάλλων πεπλουτήκασι, τοσοῦτον οὗτοι ἀπέλιπον προσέσθαι τινὰ τοιοῦτον λόγον ἢ τῶν ἀλλοτρίων ἐπιθυμεῖν, ὥστε τὸν ἐγχειρήσαντα συκοφαντεῖν αὐτοὺς εὐθὺς ἠτίμωσαν, τὸ πέμπτον μέρος τῶν ψήφων οὐ μεταδόντες· τοῦτο δ', εἰ βούλει, τὸ πρῴην ὑπὸ τῶν δικαστῶν πραχθὲν τοῦ ἐξελθόντος μηνὸς πῶς οὐ μεγάλου ἐπαίνου ἄξιόν ἐστι; φήναντος γὰρ Λυσάνδρου τὸ Ἐπικράτους μέταλλον τοῦ Παλληνέως ἐντὸς τῶν μέτρων τετμημένον; ὃ ἠργάζετο μὲν ἤδη τρία ἔτη, μετεῖχον δ' αὐτοῦ οἱ πλουσιώτατοι σχεδόν τι τῶν ἐν τῇ πόλει, ὁ δὲ Λύσανδρος ὑπισχνεῖτο τριακόσια τάλαντα εἰσπράξειν τῇ πόλει· τοσαῦτα γὰρ εἰληφέναι αὐτοὺς ἐκ τοῦ μετάλλου· ἀλλ' ὅμως οἱ δικασταὶ οὐ πρὸς τὰς τοῦ κατηγόρου ὑποσχέσεις ἀποβλέποντες, ἀλλὰ πρὸς τὸ δίκαιον ἔγνωσαν ἴδιον εἶναι τὸ μέταλλον, καὶ τῇ αὐτῇ ψήφῳ τάς τε οὐσίας αὐτῶν ἐν ἀσφαλείᾳ κατέστησαν καὶ τὴν ὑπόλοιπον ἐργασίαν τοῦ μετάλλου ἐβεβαίωσαν. Τοιγαροῦν, αἱ καινοτομίαι αἱ πρότερον ἐκλελειμμέναι διὰ τὸν φόβον νῦν ἐνερ-

γοι καὶ τῆς πόλεως αἱ πρόσοδοι αἱ ἐκεῖθεν πάλιν αὔξονται, ἃς ἐλυμήναντό τινες τῶν ῥητόρων ἐξαπατήσαντες τὸν δῆμον καὶ δασμολογήσαντες τοὺς ἐκτημένους· ἔστι γὰρ, ὦ ἄνδρες δικασταί, οὐχ οὗτος ἄριστος πολίτης, ὅστις μικρὰ δοὺς πλείω βλάπτει τὰ κοινά, οὐδ' ὅστις εἰς τὸ παραχρῆμα ἐξ ἀδίκου πορίσας κατέλυσε τῆς πόλεως τὴν ἐκ δικαίου πρόσοδον, ἀλλ' ὅτῳ μέλει καὶ τῶν εἰς τὸν ἔπειτα χρόνον ὠφελίμων τῇ πόλει καὶ τῆς ὁμονοίας τῶν πολιτῶν καὶ τῆς δόξης τῆς ὑμετέρας· ὧν ἔνιοι οὐ φροντίζουσιν, ἀλλὰ τῶν ἐργαζομένων ἀφαιρούμενοι πόρους φασὶ τούτους πορίζειν, ἀπορίαν ἐν τῇ πόλει παρασκευάζοντες· ὅταν γὰρ ᾖ φοβερὸν τὸ κτᾶσθαι καὶ φείδεσθαι, τίς βουλήσεται κινδυνεύειν;

Τούτους μὲν οὖν ἴσως οὐ ῥᾴδιόν ἐστι κωλῦσαι ταῦτα πράττειν, ὑμεῖς δὲ, ὦ ἄνδρες δικασταί, ὥσπερ καὶ ἄλλους πολλοὺς σεσώκατε τῶν πολιτῶν ἀδίκως εἰς ἀγῶνας καταστάντας, οὕτω καὶ Εὐξενίππῳ βοηθήσατε, καὶ μὴ περιίδητε αὐτὸν ἐπὶ πράγματι οὐδενὸς ἀξίῳ καὶ εἰσαγγελίᾳ τοιαύτῃ, ἣ οὐ μόνον οὐκ ἔνοχός ἐστιν, ἀλλὰ καὶ αὐτὴ παρὰ τοὺς νόμους ἐστὶν εἰσηγγελμένη καὶ πρὸς τούτοις ὑπ' αὐτοῦ τοῦ κατηγόρου τρόπον τινὰ ἀπολελυμένη· εἰσήγγελκε γὰρ αὐτὸν Πολύευκτος λέγειν μὴ τὰ ἄριστα τῷ δήμῳ τῷ Ἀθηναίων χρήματα λαμβάνοντα καὶ δωρεὰς παρὰ τῶν τἀναντία πραττόντων τῷ δήμῳ τῶν Ἀθηναίων· εἰ μὲν οὖν ἔξωθεν τῆς πόλεως τινὰς ᾐτιᾶτο εἶναι, παρ' ὧν τὰ δῶρα εἰληφότα Εὐξένιππον συναγωνίζεσθαι αὐτοῖς, ἦν ἂν αὐτῷ εἰπεῖν, ὅτι ἐπειδὴ ἐκείνους οὐκ ἔστι τιμωρήσασθαι, δεῖ τοὺς ἐνθάδε αὐτοῖς ὑπηρετοῦντας δίκην δοῦναι· νῦν δὲ Ἀθηναίους φησὶν εἶναι, παρ' ὧν τὰς δωρεὰς εἰληφέναι αὐτόν. Εἶτα σὺ ἔχων ἐν τῇ πόλει τοὺς ὑπεναντία πράττοντας τῷ δήμῳ οὐ τιμωρῇ, ἀλλ' Εὐξενίππῳ πράγματα παρέχεις;

Βραχὺ δ' ἔτι εἰπὼν περὶ τῆς ψήφου ἧς ὑμεῖς μέλλετε φέρειν καταβήσομαι· ὅταν γὰρ μέλλητε, ὦ ἄνδρες δικασταί, διαψηφίζεσθαι, κελεύετε ὑμῖν τὸν γραμματέα ὑπαναγνῶναι τήν τε εἰσαγγελίαν καὶ τὸν νόμον τὸν εἰσαγγελτικὸν καὶ τὸν ὅρκον τὸν ἠλιαστικόν· καὶ τοὺς μὲν λόγους ἁπάντων ἡμῶν ἀφέλετε, ἐκ δὲ τῆς εἰσαγγελίας καὶ τῶν νόμων σκεψάμενοι ὅ τι ἂν ὑμῖν δοκῇ δίκαιον καὶ εὔορκον εἶναι, τοῦτο ψηφίσασθε. Ἐγὼ μὲν οὖν σοι, Εὐξένιππε, βεβοήθηκα ὅσα εἶχον· λοιπὸν δ' ἐστὶ δεῖσθαι τῶν δικαστῶν καὶ τοὺς φίλους παρακαλεῖν καὶ τὰ παιδία ἀναβιβάζεσθαι.

ΥΠΕΡ ΕΥΞΕΝΙΠΠΟΥ ΕΙΣΑΓΓΕΛΙΑΣ ΑΠΟΛΟΓΙΑ ΠΡΟΣ ΠΟΛΥΕΥΚΤΟΝ.

ESQUINES. [1]

N. en 389. M. en 314 antes de J. C.—440 de R.

105. ESQUINES es un ejemplo de que el talento y una idea bastan para hacer un orador. Los que le suponen discípulo de Platon, de Isócrates ó de Alcidamas, se engañan, segun Apolonio antiguo biógrafo. El autor de las Vidas de los diez oradores atenienses, dice tambien que muchos opinaban como Apolonio. Las ocupaciones en que se ejercitó en sus primeros años, segun refieren todos los que hablan de Esquines, hacen muy probable esta opinion. Su padre Atromito tenia una escuela de primera educacion; su madre Glaucotea era timbalera en las funciones de Baco, segun Demóstenes, que la ha desacreditado mucho, suponiéndola además malas costumbres en su juventud. Ayudó en sus primeros años á su padre en el trabajo de la escuela: al mismo tiempo la agilidad, robustez y bella disposicion de sus miembros le hicieron aplicar á los ejercicios gimnásticos, que debian proporcionarle alguna ganancia. Su voz clara y sonora debió llamar la atencion de alguna compañía de teatro, pues se sabe que se empleó algun tiempo representando los terceros papeles de las tragedias; sobre lo cual se cuenta que representando á Enomao en el acto de perseguir á Pélope, se cayó en las tablas muy feamente, y por esto Demóstenes para mortificarle le llamaba *Enomao*, asi como Esquines le llamaba á él *bátalo* ó afeminado. Pasó despues á ser escribiente de Aristofon y de Éubulo [2], dos personajes importantes en la república de Atenas. Así empezó á entrar en conocimiento de los negocios públicos, de las leyes, prácticas forenses y de la tribuna. Desde entonces tomó aficion á la vida pública, y siendo inteligente, despejado, y buen hablista, pronto se hizo un lugar distinguido entre los oradores. Dice en su oracion *de la Embajada*, que su familia tenia derecho á los mismos altares que la de los Eteo-

[1] Hubo otro Esquines llamado el *Socrático*, ó discípulo de Sócrates, contra el cual escribió una oracion Lisias.

[2] Fué un grande orador; pero no queda nada de sus discursos.

butadas, á la que vimos que pertenecia Licurgo; pero que había venido á menos á causa de las guerras; que su padre fué de los que trabajaron mucho para el restablecimiento del gobierno popular despues de la caida de los 30 tiranos; que su hermano mayor sirvió en el ejército; que el menor desempeñó una embajada á Persia á satisfaccion de la república; que administró sus rentas con entereza; que él mismo sirvió como los demás ciudadanos en las filas mientras fué necesario, y que por su bravura obtuvo una corona. El citado Apolonio dice que fué muerto por Antipatro; los demás refieren que murió en Samos á donde se habia retirado despues de la isla de Rodas. Otro biógrafo tambien antiguo, con respecto á esta última ciudad dice, que al llegar á ella fué invitado á que abriese una escuela de retórica, y que él se negó, diciendo que no la sabia, ó que no la habia aprendido. Otros le aconsejaron que trabajase de abogado, lo que tampoco quiso, alegando que habiendo sido derrotado en una causa en su patria, por cuyo motivo se habia visto obligado á abandonarla, probablemente le iria aun peor en tierra estraña. Lo primero está en oposicion con lo que dice Plutarco ó el autor de las diez Vidas, á saber, que abrió escuela de retórica en Rodas, y que fué muy floreciente por muchos años aun despues de su muerte, añadiendo Valerio Máximo[1], que empezó su primera leccion leyendo su discurso contra Ctesifon, el que fué muy aplaudido, y que el dia siguiente leyó el de Demóstenes, que lo fué aun mas, diciendo á su auditorio: «¿qué hubierais hecho si le hubieseis oido á él mismo[2]?»

106. Esquines es el segundo orador despues de Demóstenes: esto solo prueba su talento, mayormente si no tuvo necesidad como este de seguir un curso regular de estudios bajo la direccion de un maestro, ni de sujetarse á tanto encierro, privaciones y trabajo como el mismo. Pero ¿cuál es la idea que le hizo orador, pues que el talento solo no basta? Esquines fué del número de aquellos que previeron que la repúbli-

[1] Lib. 8, cap. 10.
[2] Quid si ipsam audissetis bestiam, sua verba resonantem? Hieron. *ad Paulinum*.

ca de Atenas, y en general todos los estados de Grecia debian sufrir una modificacion, y que creyeron que entonces se presentaba una coyuntura para esto. Los griegos como niños traviesos que no pueden estar jamás tranquilos, libres del temor de los persas se entregaron á rencillas de familia, digámoslo así, que degeneraban en odios, en asesinatos, incendios y en guerras. Poco despues de la del Peloponeso empezó la de Tebas contra Esparta, en la que se vieron comprometidos los principales estados: sofocada esta mas bien que terminada con la muerte de Pelópidas y Epaminondas, surgió la de los aliados contra Atenas, y la de los focenses, llamada la guerra sagrada, que trajo tambien divididos por diez años á los griegos: hubo al mismo tiempo lo de Olintia, Aufípolis, y otras colonias que ó por querer continuar bajo la dependencia de la madre patria se indisponian con otros estados, ó por querer emanciparse se atraian el odio y las armas de aquella. Todo esto prueba que no habia un espíritu nacional bien entendido, que consiste en unirse para la defensa comun contra un enemigo estraño, respetarse los estados entre sí sin querer dominar los unos á los otros, y sobreponerse á los celos, rencores y otras malas pasiones para sofocar desde luego cualquiera desavenencia que se presente sin apelar á las armas. La falta de estas disposiciones y buena armonia parece que hacia necesaria la intervencion de un regulador, que con su autoridad ó fuerza acallase todas esas disensiones, y que superior á todo espíritu de localidad dirigiese las acciones y aspiraciones de todos al bien general.

107. Si descendemos ahora á cada uno de los estados particulares, ¿cuántas cosas encontraremos, que prueban su decadencia moral, y la necesidad de un cambio en la forma de gobierno? Limitándonos á la república de Atenas que es la mas conocida, y que por otra parte por su importancia debia influir en las demás tanto en su estabilidad como en su caida, ¿qué escándalos, qué arbitrariedades, qué especie de gobierno despótico no vemos en ella? El pueblo soberano hecho el juguete de los oradores hoy corona á un ciudadano, y mañana le condena al ostracismo: nombra á un general ó dos como Chares é Ificles, y porque son desgraciados en una batalla les

impone pena capital: Focion el mas probo de los ciudadanos y el mas valiente de los generales, porque no aprueba una guerra que ha de traer fatales resultados á la república, es menospreciado, y pocos años despues muerto. ¿Qué diremos de Sócrates y del orador Calistrato, tan aplaudido, que tantos servicios prestó al estado, y que encendió en Demóstenes niño el deseo de la elocuencia, los cuales fueron tambien muertos por autoridad pública? El mismo pueblo tan fácil en castigar las faltas verdaderas ó supuestas de los demás era haragan, indolente, orgulloso, suspicaz, poco previsor, pues mientras faltaban medios para el equipo y manutencion de las tropas, no queria privarse de los tres óbolos por su presencia en las juntas, ni de sus diversiones teatrales que se hacian tambien á costa del público. No hay mas que leer las oraciones de Demóstenes tan aficionado á ese mismo pueblo para comprender todos sus vicios. Pero serian estos mucho mas tolerables en la plebe, si no viésemos que los cimientos de la sociedad estaban carcomidos en los mismos que principalmente debian sostenerla, y que se jactaban de dirigirla. ¿Quién no se admira de ver la conducta que observaban los oradores y hombres políticos entre sí? Dejando aparte á los mas antiguos, estos mismos diez oradores que vivieron todos á un tiempo, y que son los mejores ¿no emplearon su elocuencia los unos contra los otros en acusaciones formales en que pedian nada menos que la pena capital? Lisias acusa á Andócides; este á Alcibíades; Licurgo y Demóstenes á Aristogiton; este á Hipérides; Demóstenes á Esquines; este, Dinarco é Hipérides á Demóstenes; Hagnónides á Teofrasto y á Focion: Hipérides, Licurgo y Polieucto á Démades. ¿Cómo puede subsistir una república cuando los que han de aconsejarla y dirigirla se ven espuestos á acusaciones tan sangrientas? cuando los unos lanzan contra los otros mil vituperios, que debian desprestigiar al hombre de mas alta reputacion? cuándo Focion trata á los oradores de ladrones del tesoro público?

108. Mientras sucedia todo esto en Atenas, crecia en el norte de Grecia un pueblo vigoroso á la sombra de una monarquía ya bastante antigua, cuyo cetro empuñaba entonces un príncipe astuto, valiente y aguerrido. Muchos habian fijado

ya los ojos en él. Isócrates parece hablar en nombre de ellos en aquel célebre discurso que escribió para Filipo despues de firmada la paz con Atenas, diciéndole en sustancia, que procure reconciliar entre sí á todos los pueblos de Grecia; que abatidas como están las dos repúblicas de Esparta y Atenas, y cansadas de tantas guerras, es la ocasion mas favorable para hacerlo; que si logra esto, adquirirá un nombre el mas ilustre de cuantos hayan existido, y el aprecio de todos los griegos; que no da crédito á los rumores respecto á planes ambiciosos que se le suponen; que gloriándose de ser descendiente de Hércules libertador de la Grecia, no debia abrigar intenciones siniestras; que estos mismos rumores debian decidirle á obrar de una manera franca y leal, dejando á cada estado sus leyes y su libertad, y captándose la benevolencia y confianza de todos por su imparcialidad y desinterés; que este será para él un título mas glorioso que el de vencedor y conquistador; y en fin, que si sus inclinaciones guerreras le llevan á buscar enemigos que vencer y paises que conquistar ahí tiene el inmenso reino de Persia, para cuya conquista parece que los mismos dioses le llaman. Esto se escribia en 347 antes de J. C. en cuyo año se ratificó la paz, por medio de una embajada de que formaba parte Esquines. Lo que dice Isócrates persona tan autorizada en Atenas no es una opinion particular, sino que representa la de muchos, y tal vez los mas previsores, entre los cuales puede contarse á nuestro orador, quien viéndose atacado por esto mismo, tuvo necesidad de defenderse, y de escribir los tres discursos de que vamos á dar cuenta, y que le han hecho colocar en el número de los mas grandes oradores de la antigüedad. Uno de ellos sin embargo es mas bien en represalias que en su defensa, como se verá.

109. Hacia ya bastante tiempo, que sin declaracion formal de guerra, Filipo se portaba de una manera hostil con los atenienses, quitándoles algunas plazas, ó favoreciendo á sus enemigos, y obligándolos á tener en pié una fuerza respetable de mar y tierra, que no dejaba de incomodarle bastante. Creyendo que los engañaria mejor haciéndoles entender, que deseaba vivir en paz con ellos, iba propalando esta noticia; y aun cuidó de que alguno se la diese bastante esplícitamente.

Con tales indicaciones y deseando tambien Atenas salir de un estado de zozobra que ya duraba demasiado, primeramente por medio de cómicos, que por su profesion tienen facultad de ir á todas partes, y despues por una comision semi-oficial, se aseguró de que realmente Filipo se hallaba en buenas disposiciones. Entonces resolvió enviar una embajada formal compuesta de diez individuos de los mas notables por su edad, talento y esperiencia en los negocios, entre los cuales habia Esquines y Demóstenes. Llegados á la corte de Macedonia hablaron por turno, empezando los de mas edad: siendo Demóstenes el mas jóven fué el último, y á pesar de que habia prometido decir maravillas y dejar con la boca abierta á cuantos le oyesen, estando el mismo Filipo y sus cortesanos en grande espectacion, se cortó, y aunque le animaba el rey, no pudo continuar el discurso empezado. Quien llevó la mejor parte fué Esquines, pues dijo todo lo que debia segun las instrucciones que habia recibido, y logró poner en buen estado el negocio. Hecha la relacion al pueblo segun costumbre, todos aplaudieron lo dicho por Esquines, y hasta el mismo Demóstenes propuso que se convidase á los embajadores á una cena pública, que era el honor que solia concederse á los que hubiesen desempeñado bien su comision.

110. Se determinó en seguida enviar segunda embajada para ratificar por medio del juramento lo convenido; de ella formaban tambien parte Demóstenes y Esquines. Parece que esta vez no anduvieron los embajadores bastante listos, ó que Filipo los entretuvo haciéndoles esperar su vuelta de la espedicion de Tracia en que estaba empeñado: lo cierto es que pasaron tres meses sin poder verle, en cuyo tiempo adelantaba sus operaciones militares, como si continuase ó debiese continuar la guerra con los atenienses. Puso en fin su firma, y prestó el juramento acostumbrado. Los embajadores tenian órden de hacer estensivos los artículos de paz á todos los aliados de Atenas, quienes se habian comprometido tambien por su parte: no obstante esto un príncipe de Tracia aliado fué desposeido de su trono, y los focenses se vieron envueltos y derrotados por las armas de Filipo, contra lo que habia asegurado Esquines haberle dicho este de palabra. La atrocidad de este

hecho quiso Demóstenes hacerla recaer contra Esquines, como que con sus palabras hubiese querido adormecer la actividad de los atenienses, privándoles de socorrer á los focenses oportunamente. A cuyo fin uniéndose con Timarco presentó un pedimento para que se le señalase dia para acusar formalmente á Esquines como sospechoso de corrupcion en el asunto de la embajada de Macedonia. Esquines por su parte creyendo que le seria mas fácil vencer ó no sucumbir, si lograba deshacerse de uno de estos dos enemigos, emplazó á Timarco, que era personaje de cuenta en la república, que hablaba muchas veces en las asambleas, y habia logrado que el pueblo cediendo á sus razones y autoridad aprobase muchisimos decretos. Llegado el dia de tribunal le acusó de delitos tan feos contra la honestidad, que á pesar de que no eran los griegos muy escrupulosos en esto, pareció la conducta de Timarco infame é indigna de un consejero de la república, y debió ser tal la evidencia con que el orador probó los hechos, que quedó despues el nombre de Timarco como antonomástico de un impúdico desenfrenado. Probó además que habia derrochado su patrimonio en comilonas, borracheras y otros escesos, y que estos delitos estaban penados por las leyes de Atenas con la privacion del derecho de hablar en las asambleas y de desempeñar cargos públicos.

111. Empieza diciendo, que él hasta ahora no ha molestado á nadie citándole á un tribunal, pero que en el caso presente cree prestar un servicio al estado, á las leyes, á los jueces y á sí mismo acusando á Timarco, el cual debe imputar á sí, no á las leyes, ni al acusador, verse en tal afrenta y peligro. Repite lo que han dicho otros sobre las tres formas de gobierno, cada una de las cuales tiene su manera de ser y de conservarse, á saber, la monarquía y oligarquía con la desconfianza y las armas, y la democracia con la observancia de las leyes; por lo que debe procurar que sean muy justas y bien observadas. Así lo entendieron los primeros legisladores de Atenas, los cuales hicieron prescripciones muy saludables respecto al decoro que deben guardar los ciudadanos de una república bien ordenada, empezando ya desde la niñez. Cita las que condenaban el delito de que acusaba á Timarco. Compara luego

las costumbres de este con lo que exigen las leyes de un hombre público y de un orador, y hace ver que son diametralmente opuestas. Podia él ser malo para sí y sus intereses, pero tal vez desempeñar con exactitud y entereza los cargos que se le hubiesen confiado. Nada de esto, probándolo por los que ha tenido. «Veo, dice, á una multitud de jóvenes y viejos presentes en este tribunal, de los cuales algunos han venido de otras ciudades: todos han acudido no por oirme á mí, sino para observaros á vosotros, y ver, si no solo sabeis establecer buenas leyes, sino tambien juzgar lo que es decente é indecente, amparar á los hombres de bien, y castigar á aquellos que causan afrenta á la república por su conducta.» Debia defender Demóstenes á Timarco, y valerse del argumento de que no hay cosa mas veleidosa é incierta que la fama. «Precisamente, dice Esquines, ella es la prueba mas convincente para ciertos delitos que se cometen siempre sin testigos, como el de deshonestidad. Nombra alguno á Timarco; ¿qué Timarco? responde otro, ¿el impúdico? de modo que son testigos de su desenfreno no dos ó tres individuos, sino todo un pueblo. Asi mismo el llamar *bátalo* á Demóstenes no es cosa de la nodriza, como él pretende, sino de la fama, originada de la molicie que presenta el porte de su persona, y lo afeminado del traje. Quitadle ese sobretodo elegante y fina camisilla con que se presenta á perorar por sus amigos, que los jueces examinen esas prendas, y digan sino son mas propias de mujer que de hombre. Oigo que se presentará otro defensor de Timarco, un militar remilgado y apuesto, que se está siempre mirando, acostumbrado á las reuniones mas elegantes, que os hablará de Armodio y Aristogiton, etc., que os citará versos de Homero, y os ponderará la amistad de Aquiles y Patroclo, etc.» Esto se llama hacer en pocas palabras el retrato de una persona.

112. Volviendo á Demóstenes, dice que en la defensa usará de sus escapatorias y cavilaciones acostumbradas; que no dejará de mentar muchas veces á Filipo y Alejandro, las cuentas de la embajada, los elogios que tributa el mismo Esquines á los dos, y añade: «en cuanto á Filipo, ya que se ofrece la ocasion, no puedo menos de alabarle; y si ejecuta de buena

fe lo que ahora promete, no dudo que todos sin dificultad ni peligro le alabarán.» Previene á los jueces sobre las bravatas que echa Demóstenes, de que hará parecer al acusado sin motivo de temer, y al contrario al acusador con deseos de darse por bien librado, si puede escapar con una multa sin sufrir la pena de muerte, porque gritará tanto por lo de la paz propuesta por Filocrates y apoyada por el mismo, que espera poder trastornar las cabezas de los jueces, y hacer desistir de la defensa al acusado, que es ahora acusador.

113. El epílogo es magnífico. «¿Qué direis á vuestros hijos, al preguntaros el resultado del juicio? Si absolveis á Timarco, ¿no habeis de confesar, que rompeis el lazo de la disciplina pública? ¿Qué necesidad hay de pagar ayos y maestros en los gimnasios, si ven que aquellos á quienes se ha confiado la guarda de las leyes están en connivencia con los infractores? ¿Qué estrañeza que todo salga pésimamente, cuando los que proponen los decretos, los que mandamos de embajadores, y á quienes confiamos los negocios mas importantes, llevan en particular una vida tan depravada? Tales hombres son los que han traido calamidades sin cuento y la ruina á muchos estados. No creais, atenienses, que sean los dioses los que sugieren esos crímenes; no son las furias que fingen los poetas que precipitan á los impíos á cometerlos: son las malas pasiones no refrenadas, el deseo de complacer al cuerpo, el furor de los deleites; esto es lo que hace las cuadrillas de ladrones, lo que arma á los piratas, lo que atormenta á cada uno, lo que incita al asesinato, al servilismo y á la opresion de los demás. Pues ni les contiene la infamia ni el rigor de la pena, sino que alentados con la esperanza del éxito se arrojan á la maldad. Quitad pues, quitad, ó atenienses, á los hombres de tal índole, y escitad en los pechos jóvenes amor á la virtud. Si dejais libre á Timarco, mejor era no haberle intentado esta acusacion, pues la ley estaba en toda su fuerza, y causaba temor á algunos, pero desde que la vieren quebrantada en el jefe de la inmoralidad, muchos irán por el mal camino, y el tiempo dirá que no son mis palabras sino los hechos los que escitarán vuestro enojo.»

114. Dicen que Timarco no esperó el fallo del tribunal, sino

que se ahorcó antes: otros suponen que siéndole contrario, perdió no la vida sino la fama. De todos modos quedó fuera de combate, y Esquines no tuvo que habérselas sino contra Demóstenes, el cual presentó una larguísima acusacion que gastó once *anforas* de agua [1], y que abraza los puntos que se han indicado antes. De la dirigida contra Timarco se saca aproximadamente el año del nacimiento de Esquines, pues dice que tenia entonces 45; y como la embajada que dió lugar á todo esto se verificó en el 347 antes de la era vulgar, y 3 años despues se entabló la acusacion, resulta que Esquines nació en el 389, y murió en 314, puesto que le dan 75 años de vida; y así que es falso que fuese condenado por Antipatro cuando lo fueron otros oradores atenienses en 322.

115. Los antiguos llamaban las tres Gracias á los tres discursos de Esquines: no se sabe si entre aquellas señoras habia alguna que aventajase á las otras por su belleza: en cuanto á los discursos parece observarse una belleza gradual y ascendente siguiendo el mismo órden con que están colocados en las ediciones, y con que los escribió. En la imposibilidad de trasladarlos enteros en una obra cuyos límites y objeto no lo permiten, escogeremos del segundo lo mas conducente para hacer ver cuáles eran las opiniones de nuestro orador en la cuestion que se ventilaba entonces sobre Filipo, y pondremos el tercero titulado *contra Ctesifon* ó *de la Corona* en paralelo con el de Demóstenes, aunque bastante cercenado.

116. Este acusó á Esquines de haber desempeñado mal la embajada de que se ha hablado antes. Esquines contesta en el segundo discurso que por esto se titula *De la embajada mal desempeñada*, poniendo la cuestion en el verdadero terreno. Hace la historia de todo lo que precedió á la primera, de lo que sucedió en la misma y á la vuelta, de lo que dijo á Filipo segun las instrucciones recibidas, y de la relacion hecha al pueblo, que repite en compendio delante de los jueces. Hace ver y prueba por testigos y documentos públicos la verdad de todo lo que va refiriendo. Pinta el mal estado en que se hallaban

[1] Es la clepsydra ó reloj de agua, que media el tiempo que se concedia al orador para hablar.

las cosas de los atenienses al hacerse las primeras indicaciones de paz. Entretanto «estos oradores facciosos, dice, (indicando sin duda á Demóstenes), no os proponian cosa alguna conducente á la salvacion de la patria; os hacian mirar á la ciudadela, os hablaban de la batalla de Salamina, os recordaban los sepulcros de nuestros mayores y sus triunfos. Yo decia que bueno era todo esto, pero que debiais imitar tambien la prudencia de nuestros antepasados, y evitar sus faltas y rivalidades imprudentes; que estaba bien lo de Platea, Maraton, Artemisio y el valor de Tolmidas que con mil hombres escogidos atravesó todo el Peloponeso, que estaba en guerra con nosotros, pero que no debíamos repetir otra espedicion de Sicilia, ni imitar la temeridad de nuestros mayores, los cuales, ofreciéndonos la paz los lacedemonios, cuando nosotros habíamos sido derrotados, pudiendo conservar á mas del Ática á Lemnos, Imbro y Sciros, y sobre todo nuestra independencia, la rechazaron, y prefirieron continuar la guerra, en términos que Cleofon fabricante de liras amenazaba cortar el pescuezo al que hablase de paz. Lo que sucedió despues todos lo saben... Es cierto que yo escité á los árcades y demás griegos contra Filipo; pero viendo que nadie se presentaba para socorrer á nuestra república, sino que unos estaban esperando el resultado, otros se nos oponian, y nuestros oradores de la capital hacian una granjería de la guerra; confieso que aconsejé y persuadí al pueblo que se reconciliase con Filipo, y que ajustase la paz que tú llamas indecorosa, no habiendo nunca empuñado las armas, pero que yo afirmo ser mas honrosa que la guerra.» Esplica detalladamente lo relativo á la segunda embajada, y llegando á unas palabras que habia proferido Demóstenes en la acusacion, á saber, que Filipo pasó las Termópilas á instigacion de Esquines, no puede menos este de indignarse, y de rechazar la calumnia diciendo: «juro por los dioses, que al parecer no lleva este otra idea, al soltar sus arengas, que la de adquirir fama de elocuente, no importándole nada que despues sea tenido por el mas malo de los griegos.»

Le acusaba tambien Demóstenes de haber recibido dinero de Filipo: como no dió ninguna prueba, Esquines no pudo re-

batirla: sin embargo bastaba solo la sospecha para hacer impresion en los jueces que estaban prevenidos en general contra cualquiera á quien se imputase esto; pues ya no era oculto que muchos le habian recibido. Y como es un principio de derecho que no pueden probarse las negaciones, y no bastaba contestar con un nó á la afirmacion del acusador, se vale diestramente de un argumento sacado de las costumbres del mismo y de su familia para inferir, que un ciudadano educado segun las buenas máximas de la república, que no ha oido nada en casa que no fuese conforme á los principios del honor, no puede haberse degradado hasta el punto de vender los intereses de su patria. Enumera los miembros de su familia y los parientes de parte de la mujer, todos personas muy conocidas y estimadas en Atenas, y ruega á los jueces que digan si les parece que á mas de la patria, los amigos, los templos y sepulcros familiares hubiera tenido valor para entregar á Filipo esos objetos los mas cáros, y preferir su amistad á la vida de los mismos, y esto por qué? por un puñado de oro? «No es la Macedonia, dice, la que hace á los hombres buenos ó malos, sino el natural de cada uno, y yo nunca he manchado mi reputacion por dinero.» En esta parte es en donde se encuentra mas débil á Esquines.

117. En lo que dice mas abajo tiene razon, esto es, que por culpa de los oradores habian sobrevenido todos los males á Atenas, porque un estado republicano se conserva con las buenas costumbres, y ellos se sirven siempre de la adulacion, y léjos de recomendar la paz con que se desarrolla su riqueza y poder, se ponen de parte de los que desean disturbios, porque como habia dicho antes, la paz no mantiene á los holgazanes. Se queja de que todos ellos conspiren contra él, suponiéndole cómplice con Filipo del tratado de paz y de la falta de cumplimiento de sus artículos, como si hubiese salido fiador de Filipo, no habiendo tenido á su disposicion mas que las palabras y sus buenos oficios. Suplica finalmente primero á los dioses, y despues á los jueces, que le salven la vida, recordándoles lo que dijo en interés de la moralidad en la oracion contra Timarco, la mansedumbre que ha usado con todos, pues nadie por su causa sufre castigo alguno, ni está desterrado,

los consejos que ha dado al pueblo, los cargos que ha desempeñado, y sobre todo la embajada por la cual se ve ahora en tanto peligro, añadiendo que no tanto teme la muerte como la infamia que sigue á ella; y que ha estado en su mano el no cometer ningun crímen, pero no el verse espuesto á la malicia de un calumniador, de un bárbaro, que sin respeto á la religion, á las libaciones y mesa comun, solo por infundir terror á los que con el tiempo pudiesen oponérsele, ha fraguado esta acusacion.

118. Se nota en Esquines suma facilidad y abundancia, que no abruma al lector, ni desvia al orador. Cualquiera de sus oraciones es una obra acabada, en la que se distinguen perfectamente todas las partes, y en que la narracion, no seguida, sino interrumpida con las pruebas testificales, forma la principal. Un orador mediano hubiera contado las embajadas, tomándolas desde el principio al fin, como quien escribe una relacion histórica; pero Esquines prepara la narracion: cuando la hace se detiene, llama la atencion de los jueces; cita á los testigos para cada hecho importante; siembra reflexiones las mas oportunas; saca consecuencias de los principios admitidos; pone en evidencia los sucesos; describe en pocas palabras el carácter de una persona. Es sencillo cuando lo requiere el asunto, magnífico y hasta sublime segun la importancia del mismo: no desdeña el sarcasmo, si el arma de la sátira puede servirle mas que el peso de la razon: solo le emplea contra Demóstenes, pues generalmente es serio y vehemente. Se descubre sin embargo bastante artificio y alguna vez astucia; amontona tantas pruebas, y muestra tanta lenidad, que parece como si desconfiase de su causa, y comunica esta desconfianza á los lectores. Por esto tal vez será verdad lo que dicen algunos, á saber, que la oracion contra Timarco fué escrita despues de la acusacion, y que la de la embajada no llegó á pronunciarse. No tenia necesidad Esquines de escribir sus discursos. En los tres que han quedado vemos que muchas veces habló al pueblo, improvisando sin duda, como sucede en todas las asambleas deliberantes; é inferimos que tenia facilidad de hablar, talento, circunspeccion y esperiencia Demóstenes escribia si habia lugar, lo que habia de decir, y por esto

tal vez Esquines le llama logógrafo, esto es, escritor de discursos. Este orador es eminente sobre todo en los exordios y en la peroracion, que son las partes que aseguran mas el concepto del que habla, y el éxito de la causa supuestas las pruebas. El pueblo estaba tan contento de Esquines, que le designó para defender una ante el Consejo de los Anfictiones, como se ha dicho en el núm. 102 *Deliaca*.

DISCURSO DE ESQUINES CONTRA CTESIFON.

119. De los tres de este orador uno dijimos que era en represalias, y es el que acaba de citarse. Esquines no podia perdonar á Demóstenes el que habiendo sido compañeros de embajada, habiendo participado de los mismos honores, mesa, techo y ceremonias religiosas, le hubiese presentado en el solemne tribunal de Atenas como traidor á su patria, y como funcionario venal. Vimos como empezó á desquitarse atacando á Timarco, que debia ser otro de sus acusadores juntamente con Demóstenes. No pudo sin embargo evitar la acusacion de este: hizo una defensa brillante como acabamos de ver; en ella no escasea los denuestos á su adversario. Este no quedó del todo mal, pues se sabe que Esquines se salvó solo por 30 votos; y por lo mismo aquel obtuvo mas de la quinta parte para no incurrir en la multa impuesta á los acusadores que no llegasen á tenerla. Esperaba sin duda ocasion oportuna para vengarse, pero en el terreno legal. No tardó en presentarse, y la dió una pequeña corona de un tejido entremezclado de hilos de oro, ó cubierta de pocos listones de este metal muy delgados. ¿Quién creyera que un objeto tan tenue, de tan poco valor intrínseco, y tal vez ninguno artístico, hubiese inspirado las dos piezas oratorias mas elocuentes y mas perfectas que hay en la literatura antigua? como si sus autores hubiesen querido parodiar el nunca bastante ponderado poema la Iliada, cuyo argumento está tomado de una esclava. Pero no quitemos la gloria á Homero, ó no se la disminuyamos, suponiendo que otros tambien por una bagatela han hecho obras grandes: la imaginacion de los oradores no es fácil que

se inflame tan poderosamente como la de los poetas por un quítame de ahí esas pajas.

120. Hagamos primero constar que la oracion de Esquines y la defensa de Demóstenes han sido consideradas en todos tiempos como dos obras maestras tales, que es muy difícil y casi imposible al talento humano escribir otras mas acabadas en su género. Podrian amontonarse un sinnúmero de textos de autores en confirmacion de esto; pero no hay necesidad de escribir una larga disertacion, ni lo consienten los límites de esta obra. Bastará pues citar las palabras del juez mas competente que se conoce, que es Ciceron, el cual compara en el proemio de la traduccion que hizo de las dos oraciones, á Demóstenes y Esquines con dos gladiadores los mas famosos, dando á entender que asi como no podia darse en el uno mayor destreza, mayor brio y soltura en el ataque, ni mayor agilidad, mayor viveza y energía en parar los golpes en el otro, así no podia hacerse mejor una acusacion y una defensa. De la comparacion de Ciceron infieren los modernos, que en punto á oratoria antigua no pueden presentarse otros dechados mas perfectos, ya se atienda á la eleccion de las palabras, ya á la fuerza de los argumentos, ya al arte con que están colocados y contestados, ya á la elegancia, ya á la facundia y á cuantas dotes pida el gusto mas delicado y exigente. Sin embargo la de Demóstenes se lleva la palma, de modo que puede decirse que del mejor orador de la antigüedad ella es la mejor: ella ha realizado la imágen del orador perfecto que Ciceron tenia en su mente, á pesar de que en alguna parte dice que no se atreve á asegurar, si ha existido antes de él, ó si existirá con el tiempo. Tal parece el sentido de sus palabras en el *Orator* § 38, á saber: *«Si exempla sequimur, á Demosthene sumamus, et quidem perpetuæ dictionis, ex eo loco, unde in Ctesiphontis iudicio de suis factis, consiliis, meritis in rempublicam aggressus est dicere.* Ea profecto oratio in eam formam, quæ est insita in mentibus nostris, includi sic potest, ut maior eloquentia non requiratur. Si queremos ejemplos de prosa seguida, podemos tomarlos de aquel trozo de la oracion de Demóstenes sobre Ctesifon, en donde habla de sus hechos, consejos y méritos hácia la república. *Por cierto tal oracion no puede ser mas elo-*

cuente, segun la idea que me he formado en mi mente de la elocuencia.» El soberano esfuerzo que hizo Demóstenes para defenderse prueba la valentía del ataque, porque nadie quiere esgrimir sus mejores armas, ni poner en juego todos sus medios contra un enemigo comun y despreciable. Prueba tambien la importancia de la causa: era ella mas bien de partidos que de personas.

121. La derrota de Queronea, que se ha mencionado varias veces, puso en evidencia la superioridad de Filipo, y que ya en adelante no seria posible á la Grecia resistirle. No puede ponderarse lo que habia trabajado Demóstenes para suscitarle enemigos, y para buscar amigos que quisiesen defender la independencia nacional. Tebas poco antes le habia llamado en su ausilio contra los focenses, y se lo habia prestado en demasía: en la paz que se ajustó con los atenienses y Filipo se exigia de este que se declarase contra Tebas, y la arruinase. Filipo, aunque lo prometió de palabra, pero no en el convenio que firmó; antes bien mandó embajadores para exhortar á los tebanos á que continuasen viviendo en paz con él, lo que habiendo sabido Demóstenes, no paró hasta hacerse nombrar embajador para contrarestar á los enviados de Filipo; y habló ante el senado tebano con tanta fuerza y elocuencia, que logró atraerlos al partido de Atenas y hacerlos entrar en la liga contra aquel rey. Se unieron los ejércitos, se perdió la batalla, y todo despues fué un cargo contra Demóstenes. Los partidarios de Macedonia se envalentonaron en Atenas: por de pronto se contuvieron, porque el inmenso desastre no dejaba pensar sino en la salvacion comun: pasado el primer estupor, y viendo la moderacion con que Filipo á ruego de Démades usaba de la victoria, empezaron á levantar la cabeza, y á hablar contra el que habia sido el principal móvil de la desgracia. Convenia pues deslindar la cuestion, y hacer una manifestacion solemne del espíritu dominante y nacional.

122. Así las cosas, un tal Ctesifon senador propuso al senado un decreto para que el pueblo diese á Demóstenes por sus grandes servicios hechos al estado, y especialmente por el mérito contraido últimamente con la reparacion de las murallas de Atenas que se le habia confiado, y en cuyas obras ha-

bia invertido sumas considerables de su bolsillo particular, una corona de oro, haciéndose la lectura del decreto, en la suposicion de ser aprobado por el pueblo, en las inmediatas fiestas Dionisiacas ó de Baco, en el teatro, con ocasion de la representacion de las tragedias nuevas, que eran muy concurridas. Esta proposicion se hizo en el mismo año 338 antes de J. C. que fué el de dicha batalla. Esquines presentó luego al magistrado correspondiente un pedimento emplazando á Ctesifon como infractor de las leyes para en su dia hacer contra él la acusacion conforme á derecho. Por razon de las circunstancias no se creyó conveniente ocuparse desde luego de este negocio, que hubiera sin duda sobreescitado las pasiones políticas, y renovado el duelo de muchas familias por la reciente pérdida de Queronea. Pasaron 8 años, y en el 330 cuando Alejandro habia salido ya para la Persia, y creian los atenienses hallarse con alguna mayor libertad y tranquilidad, se reunió el tribunal para oir á Esquines y á su acusado, ó por mejor decir á Demóstenes, ya que él era el blanco de la acusacion. Esta causa habia escitado estraordinariamente la curiosidad pública, ya por lo que ella significaba, ya por la gran nombradía de los dos campeones; y así acudió una multitud de toda la Grecia, cual no se habia visto nunca. Todos los aficionados á la literatura griega desde los tiempos de Alejandro hasta nuestros dias han leido con sumo interés y placer las oraciones tituladas *de la Corona*. Por lo que se ha creido conveniente dar aquí un resúmen de ellas, insertando enteros solo algunos de los principales pasajes, y advirtiendo antes que la acusacion de Esquines comprendia tres cargos: 1.° Ctesifon ha faltado á la ley que prohibe coronar á un funcionario público antes que haya dado cuenta de su cargo, proponiendo que se corone á Demóstenes que no la ha dado: 2.° el mismo ha propuesto que se corone en el teatro prohibiéndolo la ley: 3.° esta tambien prohibe alegar cosas falsas en un decreto, y Ctesifon ha alegado que Demóstenes es un ciudadano benemérito, siendo malo.

DISCURSO DE ESQUINES.

123. «Veis, ó atenienses, cuanto aparato y cuantos manejos se ponen en juego para impedir lo que es regular y justo; pero confio en los dioses y en vosotros, que prevalecerá la
1. ley. Quisiera que se observasen con respecto á las asambleas populares y el senado las que con mucha sabiduría estableció Solon sobre el órden que deben guardar los oradores en el uso de la palabra; pero desde que unos pocos parece que se han coligado para apoderarse de la direccion de la república, ya es inútil aquel anuncio del pregonero: *¿Quién de 50 años arriba quiere hablar, y despues por turno los demás atenienses?* pues sin respeto á él ni á los presidentes habla primero el mas atrevido, y os propone cosas contrarias á la ley. Es verdad que queda el correctivo de los tribunales; por cuya razon es de la mayor importancia que os mostreis severos contra las infracciones de la misma, porque el dia en que fuereis remisos en esta parte, aquel dia ha concluido el gobierno popular, ya que la existencia de este estriba en el respeto á la ley. Así pues, acordándoos del juramento que prestais de fallar conforme á ella, no podeis menos de perseguir y castigar al que os proponga alguna cosa contraria; pues obrando de otra manera abandonariais cobardemente el puesto que la república os ha confiado de custodios y vigilantes de las leyes. Atended que vosotros representais á un gran pueblo, del cual una parte está aquí, otra atiende á sus negocios en la confianza de que vosotros cumplireis vuestro deber. Si pues yo os traigo á Ctesifon como culpable de infraccion de ley, no podreis menos de castigarle, si llego á convenceros de su delito, contribuyendo así á afianzar el régimen popular.»

124. «Hubo en otros tiempos en nuestra república hombres,
II que despues de haber ejercido cargos de la mayor importancia, antes de rendir cuentas se procuraban elogios y demostraciones públicas, para que despues al darlas aunque mal, no fuesen reprendidos ó castigados por respeto á aquella especie de aprobacion anticipada. Así se mandó que ninguno

fuese coronado antes de rendir dichas cuentas. Algunos afectando respeto á la ley se han contentado con proponer el premio para despues de las cuentas. Ctesifon sin embargo no ha creido necesario poner esta salvedad, sino que con toda premeditacion ha propuesto que fuese coronado Demóstenes estando aun desempeñando la comision ó empleo por el que de- III
be coronarse. Sé que se me dirá, que él no ha ejercido ninguna magistratura ó cargo sujeto á cuentas. A lo que opondré la ley que dice: «que los magistrados nombrados por el pueblo, los encargados de obras públicas, y cualesquiera otros que manejen negocios públicos para mas de 30 dias, deben primero sujetarse á una aprobacion previa, y despues rendir cuentas.»

«Tambien se me dirá que Demóstenes ha gastado su dinero IV
en la reparacion de los muros, y que nadie debe dar cuentas de su liberalidad. Pero todos saben que en nuestra república ninguno hay exento, ni los sacerdotes de ambos sexos, ni los trierarcas, que gastan de lo suyo, ni los mas altos Consejos, como el del Areopago y el del Senado, respecto á cuyos miembros es notable lo que prescribe la ley, á saber: *el magistrado que no haya dado cuentas, no se ausente.* ¡Santos dioses! dirá alguno, porque he pertenecido al consejo de los 500 no he de poder emprender un viaje! No, para que no te vayas con el dinero ó con la responsabilidad de algun negocio mal despachado. Ni en tal estado es permitido hacer ofrendas, ni consagrar los bienes á la religion, ni hacer testamento, ni otras muchas cosas. Esta obligacion tal vez se referirá solo á los que han administrado y gastado rentas públicas, pero no á los que lo han puesto todo de su dinero. Tambien en este caso es preciso hacer constar en los registros, que el que tal ha hecho no ha gastado nada del comun. Demóstenes irá muy ufano con este argumento, pero contestadle: *¿No debias, Demóstenes, permitir que el pregonero de los examinadores de cuentas publicase aquel pregon tan patriótico y legal:* Quién quiere acusar? *Deja que cualquier ciudadano examine contigo, si nada has dado, sino que de lo mucho que has recibido para reparacion de los muros has gastado poco, habiendo recibido del estado diez talentos; no usurpes el mérito de la liberalidad, ni arrebates de*

manos de los jueces sus votos, ni quieras anteponerte á las leyes, sino seguirlas en la administracion de la república. Pues esto mantiene en pié el gobierno popular.»

125. «Todo lo que digo se funda en el hecho de haber Demóstenes ejercido cargo sujeto á rendicion de cuentas, con-
V tra lo cual no dejará de emplear toda especie de subterfugios. Voy pues á citaros la junta popular, bajo que arconte, el mes y el dia en que fué nombrado administrador de los fondos del teatro, advirtiéndoos que este funcionario reasume todas las demás magistraturas; y ¿á un tal empleado ha querido coronar Ctesifon antes de dar cuentas? Además, á propuesta del mismo Demóstenes hecha al pueblo, para que las tribus nombrasen cada una á un encargado de la reparacion de los muros, la tribu Pandionis le nombró á él, recibiendo del erario poco menos de diez talentos, cuyo encargo, empleo ó ministerio le obliga á dar cuentas. Ahora bien, la ley prohibe que se corone á un empleado antes de darlas: vosotros estais obligados por juramento á fallar segun las leyes; el autor del decreto ha propuesto que fuese coronado uno que está tenido á dar cuentas, sin añadir, *despues que las hubiere dado*: yo pruebo el crimen de la proposicion de un decreto contrario á las leyes con el testimonio de las mismas, de los decretos, y de la parte adversa. ¿Cómo puede probarse con mas evidencia que uno ha propuesto cosas contrarias á las leyes?»

126. «Paso al segundo cargo. Ctesifon quiere que la ceremonia de la coronacion se verifique en el teatro contra lo que
VI dispone terminantemente la ley: segun ella el que recibe este honor del pueblo, le recibe en el Pnyce, ó lugar de las asambleas; el que le recibe del senado es proclamado en el mismo local del senado, y fuera de estos dos lugares no hay coronacion. Pero me corrijo, y prevengo al mismo tiempo la objecion que harán los contrarios, los cuales viendo que obran claramente contra la ley, pondrán en tortura su ingenio para dar un colorido á esa contravencion. Citarán cierta ley llamada Dionisíaca, y otra enteramente opuesta á la que os he alegado, por la que se permite la coronacion en el teatro. Pero debeis recordar, atenienses, que nuestra legislacion no sufre leyes contrarias entre sí acerca del mismo objeto; pues los

thesmotetas tienen á su cargo el revisarlas todos los años, y ponerlas en armonía con el beneplácito del pueblo, cuando es necesario. La ley pues que os citarán, y con que tratarán de sorprenderos, se refiere á los que obtienen este honor de otra ciudad como Chio, Rodas, la cual para mostrar su agradecimiento á algun ciudadano nuestro por algun beneficio que la haya prestado, ó por lisonjear su amor propio, pide al pueblo ateniense permiso para otorgarle una corona. En este caso, si el pueblo lo consiente, se hace la coronacion en el teatro; fuera de este caso, nunca. Y en prueba de la diferencia que hay de la corona recibida de una ciudad estraña á la que se recibe de la nuestra, se manda que aquella se consagre inmediatamente á Minerva, mientras que la nuestra la puede retener el agraciado y pasarla á sus descendientes. Asi que cuando os venga con esa ley, que se os acuerde de decirle: *Sí, en efecto, si recibes la corona de otra ciudad; pero si del pueblo ateniense, tienes el lugar señalado en donde deba verificarse la ceremonia. Te está prohibido ser proclamado fuera de la asamblea*: *porque aquellas palabras*, en otra parte nunca, *por mas que hables un dia entero para esplicar lo que significan, no llegarás ciertamente á demostrar que has propuesto un decreto conforme á las leyes.*«

127. «Falta la tercera parte de la acusacion, en la que voy á poner todo mi empeño: versa sobre el motivo de conceder tal distincion á Demóstenes, que segun tú propones, no es otro, VII
que el premiar su virtud y valor, y el decir y hacer siempre lo mas útil á la república. Si yo pruebo que es todo lo contrario, y que Demóstenes ni ha empezado, ni continuado en decir y en hacer conforme á los intereses de la misma, precisamente ha de sucumbir Ctesifon, porque prohibe la ley que se aleguen datos falsos al proponer un decreto. No os hablaré de los actos de su vida privada que le han obligado mas de una vez á ver los tribunales, pues temo que me diriais que por tan sabidos es inútil recordarlos. Tomaré acta solo de su vida pública, y para proceder con mas órden, la dividiré en cuatro épocas: 1.ª, guerra con Filipo por causa de Anfípolis: 2.ª, paz y alianza hasta nuevo rompimiento: 3.ª, guerra terminada con la derrota de Queronea: 4.ª, la presente, siguien-

do al mismo Demóstenes, que, segun oigo, despues de hecha esta division ha de preguntarme, en cuál de dichas épocas dejó él de cumplir con el estado; que si yo no quiero contestarle, sino que lleno de miedo y cubierto el rostro voy á esconderme, ha de venir, y cogerme por el brazo, y quitarme el embozo, y traerme á la tribuna para que le dé satisfaccion. Mas yo sin esperar á que haga uso de su fuerza, vengo aquí para seguir el mismo camino trazado por él, confiando demostrar, que tan propicios como os han sido los dioses para el acrecentamiento de la república, tan funesto os ha sido ese hombre, á quien atribuyo todas las calamidades que han caido sobre ella en estos últimos tiempos. Pero como esto dicho así en cerro semejaria á una cuenta muy atrasada, cuyo resúmen os pareciese poco favorable, pero que examinada detenidamente resultase exacta, iré demostrándoos por partes la verdad de lo que os he dicho.»

128. «1.ª época. Filócrates y Demóstenes quisieron terminar
VIII la guerra de Anfípolis, proponiendo aquel y logrando que el pueblo aprobase, que Filipo pudiese mandar plenipotenciarios para ajustar la paz. Apenas votado esto, Filócrates fué acusado por Licino por haber hecho votar una cosa segun él contraria á la ley. Demóstenes salió á su defensa, y fué absuelto de la demanda. Luego con sus intrigas logró entrar en el senado para apoyar en todo á Filócrates, el cual propuso que se nombrasen diez embajadores que fuesen á notificar á Filipo el decreto anterior. Así se hizo, y llegaron los plenipotenciarios en ocasion en que Atenas habia despachado emisarios ó embajadores á todos los estados de Grecia para armarse contra Filipo, de modo que mientras afuera no se pensaba mas que en guerra, ese Demóstenes tan enemigo de Filipo unido con Filócrates no pensaba mas que en ajustar la paz, y esto atropellándolo todo; pues á pesar de que lo natural era que se aguardase la vuelta de dichos emisarios ó embajadores para obrar de acuerdo con los demás griegos, y especialmente la llegada de todos los aliados de Atenas que debian entrar en los artículos de paz, Demóstenes hizo juntar el pueblo en dia festivo contra la costumbre; se convino en tratar de ella; y al dia siguiente juntándose otra vez el pueblo, fué

el único que ocupó la tribuna, y no solo quiso que se celebrase la paz, sino que se formase alianza con Filipo, pues que no sabia comprender una cosa sin la otra. Llega el caso de ratificarlo los aliados: lo ratificaron los diputados que se hallaban presentes en Atenas, pero como Cersobleptes no tenia ningun apoderado, no pudo firmar el convenio, y perdió sus estados de Tracia, todo por la precipitacion con que quiso Demóstenes que se procediese. No paran ahí las atenciones IX
y casi coquetería con Filipo, pues á sus embajadores les dió el lugar mas distinguido en el senado, les puso estrado, los acompañó á todas partes, y á su vuelta les proporcionó caballerías, y él mismo fué acompañándolos hasta Tebas. De todo lo que he dicho hasta aquí doy por garantes las actas públicas, feliz institucion, que en su letra muerta conserva vivos los hechos de los que un tiempo fueron malos, y ahora quieren aparecer virtuosos. Ese hombre tan rastrero para Filipo, asi que supo su muerte, que él dijo habérsele comunicado en sueños, se presentó en público con una corona y un ropaje blanco, ofreció un sacrificio, cuando hacia solo siete dias que habia muerto su hija única, aquella que por la primera vez le habia llamado con el dulce nombre de padre, y á quien no habia aun hecho las honras. Un hombre que se porta tan mal con sus hijos no puede ser un buen ciudadano, ni un buen gerente de los negocios del estado.»

129. «2.ª época. Hasta ahora hemos visto á Demóstenes muy obsequioso para con Filipo: desde que llamado por los tebanos, este rey invadió la Fócida y terminó la guerra sagrada, X
empezó aquel á hacerse eco de la gritería popular; y como se atribuia aquella invasion á la paz en que tanta parte tuvo Demóstenes, creyó que el mejor medio para captarse el aura popular era desacreditar á los que con él habian desempeñado la embajada. Filócrates acusado por él mismo fué desterrado: los demás nos vemos maltratados y calumniados. Él se declaró jefe de los enemigos de Filipo: proponia este mandar embajadores para entenderse con los atenienses, decia que eran espías; dejaba de mandarlos, decia que era por menosprecio de Atenas; señalaba una ciudad neutral para celebrar las conferencias, se valia de un juego de palabras, y no se hacia na-

XI da. Sin embargo se gloría de haber cercado el territorio de Ática con muros de bronce y de diamante, como él los llama, con haber procurado la alianza ofensiva y defensiva de Eubea y Tebas. Os hablaré de la primera. Despues de los grandes beneficios á que es deudora la Eubea á nuestra república, ya por haber arrojado nuestros ejércitos á los tebanos de aquel pais, ya por haber socorrido á Plutarco de Eritrea, no habeis recibido mas que pruebas de ingratitud. Callias á quien Demóstenes llama nuestro ciudadano, siendo uno de los mas influyentes de Calcis, nos fué traidor en el tiempo mismo en que nuestras tropas ausiliaban á la Eubea. Fué entonces á ampararse de Filipo, pero su natural turbulento le hizo luego malquisto en aquella corte. Se echó en brazos de los tebanos, y por la misma causa tuvo que salirse de su territorio. En este apuro manda acá unos diputados con dinero para Demóstenes y sus camaradas á fin de que le procuren olvido de lo pasado y una alianza. Consiguió mas de lo que queria, pues se dispensó á los Eubeos de concurrir á nuestras asambleas, cuando se deliberase sobre esto; se les perdonaron ciertas deudas, y por dar un colorido menos repugnante, se dijo que Eubea socorreria á Atenas si se veia atacada. Entonces tuvo lugar aquella especie de farsa indigna de nuestras asambleas, cuando el mismo Callias con un discurso arreglado por Demóstenes, os dijo que tenia inteligencias con todos los pueblos de Grecia, que todos contribuirian gustosos á la guerra contra Filipo, que sabia ciertas cosas que no convenia revelar, pero de que estaba ya enterado Demóstenes, á quien suplicaba que subiese á la tribuna para confirmar lo mismo que él habia dicho. Entonces con un aplomo inconcebible os habló de tantos millares de hombres, de tantas naves con que acudirian los pueblos del Peloponeso, de Acarnania, de que se os daba el mando en jefe de todas las fuerzas, etc. etc. Porque es menester convenir, que no hay otro como Demóstenes para mentir con mas descaro é imperturbabilidad; pues los otros se enredan en alguna cosa por donde son cogidos; pero este os cita el dia, el mes, el año, las personas, los lugares; hace mil imprecaciones contra sí mismo en caso de mentir; asegura lo que nunca ha de suceder; personas que no ha vis-

to nunca dice conocerlas. Despues de haber hablado á su sabor en la junta, entregó al secretario un proyecto de decreto mas largo que la Iliada, en que con palabras huecas como él, se prometian cosas que no se cumplieron, y ejércitos que nunca se juntaron. Pero todo esto le valió tres talentos, uno de Calcis, otro de Eretria y otro de Oreo; y como este pueblo le rogase que les hiciese gracia del dinero, y que en su lugar le pondrian una estatua en la plaza, dijo, que no se contentaba con un poco de bronce, que sabria el medio de hacerse pagar; y entonces le dieron en garantía las rentas públicas, y entre tanto le pagaban una dracma por mina cada mes Todo esto consta en un acuerdo del pueblo que se os va á leer. Este es el hombre probo y benemérito que se deja corromper por dinero, y lo saca de unos infelices, y que debe ser coronado como tal segun el decreto de Ctesifon.»

130. «3.ª época. Esta es la mas borrascosa, y la que ha consumado por culpa de Demóstenes la ruina de Atenas y de to- XII
da la Grecia, primeramente por el hecho sacrílego relativo al templo de Delfos, y despues por la fatal alianza con Tebas, de que voy á hablar por órden. Hay un terreno llamado Cirreo junto al templo de Apolo en Delfos, consagrado á aquel dios desde los tiempos de Solon con las mas terribles imprecaciones contra los que osaren hacerle de dominio particular. No obstante los Locrios anfisenses que distan de él unos cuarenta estadios empezaron á cultivarle, apoderándose del mismo, y portándose como dueños. Por no ser molestados en esta injusta y sacrílega posesion hacian escurrir algunas monedas en manos de algunos miembros del Consejo de los Anfictiones al que pertenecia el asunto, en cuyo número debemos colocar á nuestro buen Demóstenes, quien siendo enviado por la república en cualidad de pylagora á dicho Consejo se contentó con mil dracmas al contado, y 20 minas sucesivamente todos los años solo con que no hablase del campo Cirreo. Pero observad como la Providencia castigó la impiedad de los anfisenses. Habiéndome tocado á mí al cabo de algun tiempo el ir en compañía de otros dos tambien como pylagora á dicho Consejo, y habiéndose puesto malos mis compañeros, tuve yo solo que representar á nuestra república. Y como se me hubiese dicho

que los anfisenses, vendidos entonces enteramente á los tebanos no muy amigos nuestros, iban á proponer al Consejo un decreto por el que se nos condenaba á la multa de 50 talentos por haber colgado en un templo aun no consagrado unos escudos de oro; hallándose ya reunido, habia yo empezado un discurso sobre esto, cuando fuí interrumpido bruscamente por un anfisense descarado, y á lo que me pareció, ignorante, diciendo que no debian tolerar los demás griegos en aquel Consejo la presencia de los atenienses, como sacrílegos por haber ausiliado á los focenses. Entonces sentí la mas fuerte conmocion de ira que jamás hubiese esperimentado; y variando enteramente mi discurso, y dirigiéndome á los Anfictiones les dije: *desde el sitio que ocupais podeis ver ese campo que está consagrado á la religion, y del que se han apoderado sacrílegamente los anfisenses:* les repetí las palabras mismas en que están concebidas la consagracion y las imprecaciones. Fué tal la sensacion que causó mi arenga, que inmediatamente se echó un bando en Delfos mandando, que al dia siguiente al amanecer todos los hombres de 16 años arriba se encontrasen reunidos en tal lugar con azadones y hoces para ir á destruir los trabajos ejecutados en aquel terreno por los anfisenses; pero hé aquí que estos teniendo noticia de lo que ocurria nos acometieron armados, y tuvimos que confiar nuestra salvacion á la ligereza de los piés. En vista de lo cual se citó para una junta estraordinaria en las Termópilas. Yo dí cuenta de todo al pueblo: tanto este como el senado estaban animados de los mejores sentimientos, y no hubieran dejado de enviar sus diputados. Mas atended al ardid de Demóstenes, el cual se esforzó en defender á los anfisenses; pero hostilizado con la evidencia de mis razones tuvo que callarse: va al momento al palacio del senado, sorprende allí la buena fe de uno de los escribientes; le dicta un auto como si hubiese sido acordado por el senado; vuelve á la junta popular, cuando empezaba á separarse, y de la cual habia ya yo salido; lee aquel escrito, que decia acuerdo del senado, á los que estaban aun presentes, y le hace aprobar. Por este decreto se prohibia que los diputados atenienses fuesen al Consejo de los Anfictiones fuera de los tiempos señalados, que era lo mismo que prohibir que fuésemos á la junta convocada

estraordinariamente de que se ha hablado antes. Se celebró ella con asistencia de todos los que tenian derecho, á escepcion de una ciudad, que no quiero nombrar. Se decretó una espedicion armada contra los anfisenses: se les puso á la razon, y se les obligó á ciertas cosas que no cumplieron: por lo que se convino en otra espedicion [1].»

131. «Entre tanto ciertas señales de lo alto nos advertian que nos precaviésemos. Nunca he visto yo á nuestra ciudad mas XIII
decididamente protegida por los dioses, ni mas miserablemente llevada á su perdicion por los oradores. Demóstenes se opuso á que se consultase á Apolo, diciendo que la Pitia se habia vuelto partidaria de Filipo. Decia tambien que sus tropas no habian penetrado en nuestro territorio, porque no le habian sido favorables las señales de las víctimas. ¿Qué castigo mereces, ó azote de la Grecia? Filipo vencedor no penetró en un país vencido por respeto á la religion; y tú sin las ceremonias acostumbradas enviaste á nuestros soldados sin saber lo que habia de suceder: ¿debes ser coronado por las desgracias de la ciudad, ó mas bien ser esterminado? ¿Qué motivos tenias

[1] Obsérvese la habilidad del orador: disimula aquí que la segunda espedicion se encargase á Filipo, nombrándole general de ella con plenos poderes de hacer lo que bien le pareciese. Filipo aceptó con gusto el encargo; hizo marchar el ejército hácia la Fócida, pero en lugar de atacar á los anfisenses tomó posicion en Elatea, ciudad de las mas importantes de esta provincia, con lo que amenazaba al mismo tiempo á Tebas y al Ática, siendo esto la causa principal de la alarma de las dos repúblicas, y de haber consentido en hacer alianza contra dicho rey. El orador no dice otra cosa mas sino que los dioses habian confiado á los atenienses la direccion y mando de la guerra en defensa de la religion, ultrajada por los anfisenses, ya que de ellos habia partido la iniciativa ó la acusacion; pero que la avaricia de Demóstenes lo habia impedido, pues que no acudiendo ningun diputado al Consejo de los Anfictiones no era regular que tomasen ninguna parte en los hechos posteriores. Resultado de esto: los Anfictiones encargaron este asunto á Filipo, el cual no se hizo de rogar, pues le proporcionó una ocasion propicia para llevar adelante el plan ya de mucho tiempo concebido de poner en estado de no poder dañarle á las dos repúblicas indicadas: ellas se coligan: se pierde la batalla de Queronea, y Filipo consigue su objeto, teniendo la culpa de todo esto Demóstenes, aun considerándolo solo bajo este punto de vista.

para esperar un buen éxito? cuando todo lo que está sucediendo en nuestro tiempo burla todos los cálculos humanos.»

132. «El rey de Persia que taladró el monte Atos, y echó un
XIV puente sobre el Helesponto, que se llamaba el rey de todos los mortales desde oriente á poniente, ¿no está reducido ya á combatir solo por salvar la vida, tan léjos de querer dominar sobre los demás? Y le tienen en jaque los que fueron honrados con el mando en jefe de los ejércitos contra la Persia, y los que libertaron el templo de Delfos. Y Tebas, sí, Tebas, ciudad vecina, en un dia desapareció de la faz de la Grecia, y con razon, porque se dejó llevar de miras mezquinas, y no atendió al bien general, por cuyo motivo fué enloquecida por algun dios. Y los desgraciados lacedemonios, que afectaban la supremacía de la Grecia, mandan embajadores á Alejandro para que les dicte las condiciones de sumision que tenga á bien. Y nuestra ciudad, comun refugio de los griegos, á la que llegaban embajadas de todos los estados de Grecia en demanda de ausilio, ya no quiere competir por la supremacía, sino salvar su propio territorio. Todos estos males nos han sobrevenido desde que Demóstenes se metió en los negocios públicos, verificándose lo que dice Hesiodo, á saber, que muchas veces el crímen de un solo hombre arrastra la ruina de una nacion, de sus flotas, de sus fortalezas y sus ejércitos.»

133. «Ni Frinondas, ni Euribato, ni otro hombre insigne
XV por sus maldades, ni hechicero, ni prestidigitador ha habido semejante á este nuestro, el cual, ¡ó tierra, ó dioses inmortales, ó genios, y hombres cualesquiera que deseais oir la verdad! se atreve, mirándoos á la cara, se atreve á asegurar, que los tebanos hicieron alianza con vosotros no por razon de las circunstancias, ó del temor, ó por consideracion á vosotros, sino por sus discursos. Otros ciudadanos esclarecidos habian ido en diferentes tiempos á Tebas, y nunca habian podido recabar de esta ciudad un tratado de alianza. Lo que hubo á mi modo de ver, fué, que viendo los tebanos las operaciones de Filipo, y sobre todo la ocupacion de Elatea, mandaron á vosotros para tantear vuestras intenciones, y vosotros por respuesta les mandasteis infantería y caballería, antes que Demóstenes hubiese hablado una palabra de alianza. Despues

el mismo cometió tres faltas á cual mas graves contra vosotros: 1.ª dándoos á entender que la alianza se habia convenido no por efecto de las circunstancias apremiantes, sino de sus idas y venidas, y que siendo necesaria para la una y la otra república no habia que reparar en las condiciones; que nosotros pagaríamos las dos terceras partes de los gastos de guerra estando menos espuestos; que el mando de la flota correria de cuenta de las dos, y en cuanto al ejército de tierra le mandarian los generales de Tebas. Digo esto no para haceros un cargo á vosotros: todos lo saben, todos lo reprueban, y vosotros os estais tranquilos, ni os enojais contra Demóstenes: tan acostumbrados estais á oir sus fechorías. No es así como debeis portaros, sino que debeis castigarle, si quereis que el gobierno del estado marche prósperamente. 2.ª falta peor que la XVI
primera. Trasladó la autoridad del senado y vuestro poder á la fortaleza de Cadmo en Tebas: se hizo un déspota aquí; se glorió de ir de embajador á donde quisiese, aunque vosotros no le mandaseis; amenazó con llevarlos al tribunal á los militares que le hacian alguna oposicion; retuvo para sí el sueldo de los soldados que faltaban en las compañías; cedió por dinero diez mil estranjeros que formaban nuestro ejército esterior, de modo que puso á nuestra ciudad en el mayor peligro, pudiendo entonces Filipo, si hubiese querido, atacarnos separadamente, y destruir todas nuestras fuerzas. Y sin embargo Demóstenes, autor de tantos males, no se contenta con evitar el castigo, sino que pretende una corona de oro, y no le basta recibirla en presencia de vosotros solos, sino que la quiere á la faz de toda la Grecia.»

134. «3.ª falta mas grave que las dos. Filipo conociendo á los griegos, no despreciándolos, y no queriendo aventurar en un XVII
dia las fatigas de tantos años, deseaba la paz, é iba á enviar sus embajadores. Los jefes tebanos por su parte temian la guerra y sus consecuencias, sin necesidad de que un orador, soldado bisoño y desertor de las filas, se lo advirtiese. Sospechando pues Demóstenes que iban á entenderse con Filipo, y que á él no le harian participante de la munificencia régia, sin que nadie en Atenas hablase en favor ni en contra de la paz, empezó á jurar por Minerva, que al que propusiese hacer-

la con Filipo le arrastraria por los cabellos á la cárcel, imitando á Cleofon que en la guerra del Peloponeso con semejantes violencias perdió á nuestra república. Los jefes tebanos no se dieron por entendidos, antes bien despidieron á nuestros soldados, manifestando con esto que se inclinaban á la paz. Entonces Demóstenes fuera de sí trató en nuestra tribuna de traidores á los tebanos; propuso que se les enviase una embajada para pedir paso para nuestras tropas, que irian solas á guerrear con Filipo. Ellos pundonorosos no queriendo parecer tales á los ojos de los griegos, se decidieron por la guerra, y ordenaron en consecuencia sus escuadrones.»

XVIII 135. «Es justo dirigir [1] ahora un recuerdo á aquellos valientes, en honor de los cuales, á pesar de haber sido enviados por este á la muerte sin haber consultado antes las víctimas, pronunció la oracion fúnebre sobre su tumba, él, que habia huido del campo de batalla. ¡O hombre el mas inútil para las cosas grandes y sérias, y el mas descocado en la palabra! ¿Porfiarás todavía, mirando á la cara de estos, en decir que debes ser coronado á causa de las desgracias de la república? ¿Y lo sufrireis vosotros, y que vuestra memoria perezca con
XIX la de los difuntos? Atended un poco, atenienses, y trasladaos desde este tribunal al teatro, representaos al pregonero que sale, y que pregona el decreto del pueblo, y considerad si los parientes de los muertos derramarán mas lágrimas por la tragedia que se representará y por las catástrofes de los héroes, que por la injusticia y locura de la ciudad. ¿Qué griego de sentimientos generosos no ha de recordar con dolor aquellos tiempos, en que nuestras costumbres eran me-

[1] Muchos son los pasajes elocuentes de este discurso; pero el silencio con que el orador pasa por alto aquí la batalla y derrota de Queronea, trasladándose de repente á los que sucumbieron, parece mucho mas elocuente que todas las palabras. ¿Para qué recordar una calamidad pública? ¡Que contraste tan magnífico con la conducta de Demóstenes! Este queria una funcion ruidosa para recibir la corona por lo mismo que habia llenado de luto á la ciudad. Esquines llegando en su discurso al tiempo de referirlo, pasa de largo sin siquiera mentarlo. ¡Cuánto hubiera podido esplayar aquí su elocuencia! pero no, no quiso abrir de nuevo las llagas de los que sufrian por aquel motivo, como reprende en Demóstenes.

jores, y los gobernantes tambien mejores, y en que en la representacion de las tragedias nuevas salia el pregonero á las tablas llevando de la mano á unos jóvenes armados de todas armas, y publicando este pregon tan adecuado para la recomendacion de la virtud: *A estos jóvenes, cuyos padres murieron con valor en el campo de batalla, la república ha mantenido hasta la pubertad, y ahora cubiertos de todas armas deseándoles toda suerte de prosperidades los envia á sus casas para que atiendan á sus cosas, y los llama á este lugar distinguido del teatro?* Esto es lo que decia el pregonero; mas ahora, ¿qué dirá al presentar al que ha sido causa de tal orfandad? Aunque el decreto no lo esprese, nunca podrá ocultarse la fealdad de la cosa, pareciendo que el pregonero va publicando todo lo contrario del decreto, á saber: *que el pueblo de Atenas concede una corona á este hombre, si es hombre, en cuanto á virtud el mas infame, y en cuanto á valor el mas cobarde y que abandonó el puesto en las filas.* No levanteis, os suplico, ó atenienses, por Júpiter y demás dioses inmortales, vosotros mismos un trofeo en la orquestra de Baco! no vayais á presentar como un loco al pueblo de Atenas á los ojos de todos los griegos! ¡á estos pobres tebanos no les renoveis la memoria de sus desgracias inmensas é irremediables, ya que por culpa de este han tenido que refugiarse acá habiendo perdido los templos, los sepul-
cros, los hijos! Pero puesto que no os hallasteis presentes á XX
tanta desgracia, representaos una ciudad tomada por asalto, las murallas derribadas, las casas incendiadas, mujeres casadas juntamente con sus hijos reducidas á esclavitud, ancianos y ancianas renunciando tarde á la libertad, llorando, suplicando á vosotros, maldiciendo no á los que tomaron venganza, sino á los que fueron causa de su desventura, conjurándoos que de ningun modo coroneis al azote de la Grecia, sino que os precaucioneis de él como de un genio maligno que lleva en pos la desgracia, pues á ningun particular ni ciudad ha ido bien siguiendo el consejo de Demóstenes. Si al barquero de Salamina que sufre algun percance en el trayecto, le prohibís que ejerza mas su oficio, ¿cuánto menos debeis permitir á este que tome otra vez el timon del estado?»

136. «Pero ya hemos llegado á la cuarta época ó al estado de XXI

cosas presente. Despues que escapó de Queronea le visteis pusilánime, medio muerto, que os pedia que le nombraseis mantenedor de la paz; pero no le hicisteis caso, sino que nombrasteis á Nausicles. Muerto Filipo, ensalzando hasta las nubes á su asesino Pausanias, ofreció un sacrificio, en el que hizo que el senado tuviese la bajeza de tomar parte. Andaba diciendo que su sucesor Alejandro era un muñeco, que no sacaria el pié de Macedonia. Vosotros asi que visteis sus reales puestos delante de Tebas os apresurasteis á mandar una embajada de la cual formaba parte Demóstenes; pero él la abandonó á la mitad del camino, no teniendo valor para presentarse delante de aquel *Margites* como llamaba á Alejandro. Tres ocasiones dejó de aprovechar, en que hubiera podido servir útilmente á la patria: 1.ª cuando Alejandro, aun no bien afianzado en su trono, pensó en pasar al Asia: estando enteras las fuerzas de Persia, una alianza con aquel rey hubiera comprometido aquella espedicion. 2.ª Empeñado ya en ella, y casi encerrado en Cilicia, falto de todo, y espuesto á ser pisoteado por la caballería persa, como este andaba diciendo, una demostracion de Atenas le hubiera sido de un grande embarazo. 3.ª Finalmente cuando varios pueblos de Grecia sacudian el yugo de Macedonia, Alejandro se hallaba en las regiones mas apartadas del mundo, y Antipatro se veia apurado para reunir tropas; ¿qué hizo, qué dijo Demóstenes en favor de la independencia de Grecia? que suba á esta tribuna y que esplique cuanto tenga que decir. Sin embargo no dejaba de jactarse de que la conjuracion de Lacedemonia y defeccion de otros pueblos eran obra suya. ¿Tú escitar á la rebelion, no diré á una ciudad, ni á una aldea, pero ni á una casa, si has de correr algun peligro? Si te dan dinero, allí estarás: si sale bien, será por casualidad, y te atribuirás la gloria; si mal, te escaparás, y pedirás premios y coronas.»

XXII 137. «Se dirá: enhorabuena; pero es un hombre afecto al estado popular. Voy á proponeros las cualidades que debe tener un verdadero demócrata, bajo la inteligencia de que las opuestas corresponden á los que desean la oligarquía. Primeramente, debe ser de padres libres, para sujetarse á las leyes, que son la base del gobierno popular. En segundo lugar, debe haber

heredado algun hecho glorioso en favor del pueblo de alguno de sus ascendientes, ó á lo menos que ninguno de ellos haya delinquido y sido castigado, por cuyo motivo desee vengarse. En tercer lugar, debe ser arreglado en su conducta y manejo de sus bienes. En cuarto lugar, debe pensar bien y espresarse bien, aunque lo primero es preferible. En quinto lugar, ha de mostrar valor en los peligros. En cuanto á lo 1.° Demóstenes desciende por parte de madre de un escita: en cuanto á lo 2.° su abuelo materno entregó á los enemigos un pueblo del Ponto que estaba bajo nuestra dependencia, por lo que fué condenado á pena capital, de la que se libró con la fuga. Por lo que toca á lo 3.° no habiendo sabido conservar la herencia de su padre, se dió á escribir discursos, pero como los escribia para ambos litigantes, perdió el crédito; entró en los negocios del estado, ganó dinero, y no siéndole suficiente, se procuró clientelas en altas regiones, y ahora ostenta todo ese lujo debido á la munificencia régia. Sobre lo 4.° no puede negarse que es elocuente, pero su conducta es depravada. En cuanto al valor no hay para que detenerme: él mismo confiesa faltarle, de modo que debieran aplicársele las leyes de Solon, que mandan castigar al que rehusa la milicia, al que abandona el puesto, y al que es naturalmente cobarde; y sin embargo tú propones que sea coronado el que ni siquiera parte en los sacrificios debiera tener segun dichas leyes, y que lo sea en el templo de Baco que él abandonó al enemigo con su fuga.»

138. «Y ya que de corona hablamos, voy á deciros, atenien- XXIII
ses, que pródigos como sois de premios, no se tendrán ellos en aprecio, si no poneis coto á esa demasía, y los hombres verdaderamente beneméritos perderán toda esperanza. ¿Son nuestros tiempos mejores que los pasados? ¿Abundan mas los hombres de mérito? Se me dirá que nó. ¿Eran mas escasas antes las recompensas? Se dirá que sí, porque entonces se tenia en aprecio la virtud; ahora ha pasado la moda; y vosotros concedeis las coronas no por ella, sino por la costumbre. Decidme, ¿cuál os parece mas digno, Temístocles, que ganó la victoria en Salamina, ó Demóstenes que abandonó las filas? Milciades que venció en Maraton, ó este? en fin los que condujeron el pueblo á Atenas desde Fila, donde se habia refugiado,

y Arístides honrado con el nombre de justo, del todo opuesto al que este merece? aunque, ó dioses, para qué mezclar el nombre de esa fiera con el de tales hombres? Que manifieste Demóstenes qué premio se les dió; si fueron coronados. ¿Fué por ventura ingrato el pueblo? de ningun modo: antes bien él mostró un ánimo elevado, y ellos creyeron mejor confiar sus grandes acciones á la memoria de la posteridad, que á la tablilla de un decreto. Los que derrotaron á los medos junto al rio Strymon consiguieron que se les colocasen tres Hermas ó estatuas en el pórtico de Mercurio sin los nombres de los generales. Fijad los ojos en el cuadro que representa la batalla de Maraton: si alguno pregunta ¿quién es el que está enfrente de las tropas exhortándolas al combate? todos dirán que es Milciades, y sin embargo su nombre no está escrito; porque á pesar de haberlo él pedido, el pueblo creyó que bastaba pintarle en aquella actitud. ¿Qué premio se concedió á los que echaron abajo á los 30 tiranos? mil dracmas para sacrificios y ofrendas en los templos, correspondiendo menos de 10 á cada uno despues de una minuciosa indagatoria del senado sobre el número de los que se vieron sitiados y atacados en Fila, y una corona de olivo, que era entonces tenida en mas, que ahora la de oro.»

XXIV 139. «Dirá Demóstenes que no pretende entrar en comparaciones, y que le basta haber merecido la corona por haber aventajado á los de su tiempo. Cabalmente esto es lo que se niega, lo que hace injusto el premio, y el decreto de Ctesifon contrario á las leyes. Sin embargo los héroes de Fila merecieron una inscripcion honorífica por haber librado á la ciudad de los 30 tiranos que conculcaban estas mismas leyes. Y de ahí vino, segun relacion de mi padre, que al principio de recobrada la libertad eran muy severos los tribunales contra los acusados de haber propuesto al pueblo algun decreto contrario á la ley. Bastaba esto para condenarle, como sucedió con Trasíbulo que fué uno de los principales héroes de la libertad en aquella época. Ahora las cosas han cambiado. Los acusados procuran distraer á los jueces con cosas estrañas al asunto: estos se olvidan; no tienen aquel celo que tenian antes. Media algun general ú otro de los que son mantenidos en el Pritaneo,

y se absuelve al acusado. No obstante este es uno de los casos mas sencillos que puedan presentarse en un tribunal. Asi como los albañiles y carpinteros para saber si una línea es recta le aplican la regla, así cuando se trata de un proyecto de ley que se dice contrario á otra, no hay mas que alegarla y comparar el proyecto con ella. Si Ctesifon ha propuesto una cosa conforme á la ley, no hay para que hable él, ni llame en su ausilio á Demóstenes, sino presentar por una parte su decreto, y por otra la ley. Así cuando empiece á recitaros el exordio que traerá compuesto, decidle que haga lo que acabo de decir. Si pide llamar á Demóstenes para que le defienda, y vosotros consentís, tened entendido, que con la palabra, *llama*, le llamais contra vosotros mismos, contra las leyes, y contra la libertad. Pero si os gusta oirle, prescribidle el órden que ha XXV
de guardar en la defensa, que ha de ser el mismo que he tenido en mi discurso de acusacion, á saber, primeramente, sobre la ley que obliga á dar las cuentas antes de recibir algun premio; despues, sobre la que fija el lugar en que ha de verificarse la ceremonia de la entrega del premio; y últimamente, sobre la indignidad del propuesto para él. Si os pide Demóstenes variar este órden, diciendo que al fin probará no haber aqui nada contra la ley, no se lo consintais: es una de sus astucias: os aturrullaria con su locuacidad, y no vendria á parar nunca á la cuestion legal. Mirad que este prestidigitador, y huron de bolsillos, y verdugo de la república, tan pronto llora como rie, y jura y perjura.»

140. «Ahora vais á oir que los enemigos del gobierno repu- XXVI
blicano se han convertido en acusadores, y que los demócratas se ven obligados á sentarse en el banco de los reos. Contestadle: *si los de Fila hubiesen sido como tú, Demóstenes, nunca se hubiera restablecido el gobierno popular. Entonces se echó todo en olvido, y tú cada dia con tus discursos, en lugar de atender al bien de la república, abres de nuevo las llagas.* Cuando acudirá á las lágrimas, y esforzando la voz os dirá: *¿A dónde iré, atenienses? ¿me echais de la república? no tengo á dónde ir.* Contes- XXVII
tadle: *Y el pueblo ateniense ¿á dónde irá, Demóstenes? ¿qué aliados, qué dinero le has proporcionado, estando tú encargado del gobierno? Con respecto á ti sabe con qué cuentas para escaparte, esto*

es, con el dinero de Persia y con tus manejos administrativos. ¿De qué sirven lágrimas en el caso presente? ¿Se trata por ventura de tu vida, de tu reputacion, ó de tu hacienda? nada de esto, sino de una corona de oro, y de hacerse la preconizacion en el teatro contra la ley. Si el pueblo en un momento de frenesi lo consintiere, el mismo Demóstenes debia subir á la tribuna, y decir: *Acepto la corona, atenienses, pero no puedo aprobar que se me dé en esta ocasion, pues cuando el pueblo se ha quitado el pelo por el luto de los quebrantos de la república, no es decente que yo ponga una corona en la cabeza por esto mismo.* Así hablaria un hombre de bien. No temais que Demóstenes, sugeto magnánimo y distinguido por sus acciones de guerra, si se ve frustrado del premio de su valor, vaya á su casa, y se quite la vida; pues en tanto se burla de su adhesion hácia vosotros, que diez mil veces se ha dado porrazos á esta su cabeza execrable y sujeta á cuentas, que este pretende coronar, y ha salido siempre con ganancia, promoviendo acusaciones por heridas hechas de intento, y por los sendos puñetazos que le diera Midias, cuyas señales deben aun estar en su cuerpo: porque el hombre no tanto posee cabeza, (capital, ó suma, juego de palabra) como renta.»

XXVIII 141. «Entre tanto Ctesifon anda diciendo que no teme por sí mismo, porque pasará por hombre de pocas letras, pero sí por Demóstenes, á quien condenan sus riquezas adquiridas á costa de la república. Demóstenes por el contrario está muy tranquilo, y solo le da cuidado la perversidad y alcahuetería de Ctesifon. En cuanto á mí sé que este forjador de palabras y embustes no cesará de acriminar mis pocos ó muchos servicios prestados al estado, mis discursos, hasta mi silencio y mi abstencion de las cosas públicas, esta mi acusacion que dirá hecha en gracia de Alejandro con quien tiene jurada eterna enemistad, el no haberle compelido á juicio por cada una de sus obras, sino haberlas tomado ahora en globo, y haber dejado pasar tanto tiempo sin molestarle. Que sepa pues, que no me arrepiento de mi conducta ni privada ni pública; que no me retracto de lo que os haya dicho en mis discursos, y de lo que haya dejado de deciros; pues á haber pronunciado los que este ha pronunciado, preferiria dejar de existir. He

callado por temperamento; pues no me gusta hablar solo por lujo de hablar, sino cuando lo exige la necesidad. Tú callas cuando te pagan por callar, y hablas cuando te pagan por hablar. Esta demanda contra Ctesifon no la intenté por complacer á Alejandro, que, como sabes, todavía no reinaba, ni tú habias tenido aquel famoso sueño y coloquio con Minerva y Juno. De que no me ocupe tanto como otros de los negocios y de llevar acusaciones á los tribunales, la razon es la forma de nuestro gobierno, que permite hacerlo al que quiera y cuando quiera, á diferencia del oligárquico que lo permite solo á los que están en el poder. En lo que dices no haberte redargüido por cada cosa en particular, sin duda quieres abusar de la poca memoria de los oyentes, ó te haces ilusion á tí mismo. Acuérdate que te convencí de sacrilegio en el asunto de los anfisenses, de codicia infame en el de Eubea, y de estafa en el de las triremes y trierarcas. Pero has sabido rodearte de tales precauciones para no sufrir las condenas judiciales, que antes deben temer por sí mismos los acusadores, que tú delincuente. Dígalo Anaxino Orita, á quien hiciste asesinar jurídicamente, cuando iba yo á traerle por testigo en una causa criminal que iba á intentarte; y como delante del pueblo reunido en junta te hubiese yo hecho cargo de este asesinato siendo Anaxino tu huésped, dijiste con escándalo y murmullos de toda la asamblea, que habias preferido la sal de la república á la mesa de la hospitalidad. Que lo digan las cartas fingidas, y los presos y atormentados como presuntos reos de connivencia conmigo, de quien afirmabas que pensaba en alterar el órden y mudar la forma del gobierno. Tam- XXIX
bien sé que me preguntarás en tono de triunfo, ¿qué médico soy yo, que receto al enfermo cuando ha muerto? Mejor será que te preguntes á tí mismo, ¿cómo has engañado al pueblo? ¿por qué por miras interesadas has desperdiciado las ocasiones en que podias salvarle? ¿por qué con tus calumnias y amenazas apartaste á los que con sana intencion podian y querian aconsejarle lo mejor? Si no te llevé á los tribunales entónces, fué porque la salvacion de la república no permitia pensar ni hacer otra cosa; y aun ahora me hubiera estado quieto, si te hubieses contentado con no ser castigado, y no pretendieses

ser premiado, poniendo en ridículo á nuestra república á los ojos de toda la Grecia.»

XXX 142. «Dirigiéndome á vosotros, atenienses, os diré francamente, que me causará mucha admiracion si condenais mi proceder. ¿Será porque es legal la propuesta de Ctesifon? Nada mas contrario á las leyes. ¿O porque no merece castigo el que la ha hecho? Entonces son inútiles las que tratan de la conducta de los ciudadanos. Recordad con dolor aquellos tiempos en que el teatro estaba lleno de coronas para el pueblo de Atenas, enviadas por los pueblos amigos; pero desde la administracion de Demóstenes ha cesado esto, y solo él ha de ser coronado. Si algun poeta imaginase hacer coronar en una representacion á Tersites, personaje ridículo de Homero, seria recibido con silbos; ¿y no veis que vais á ser silbados por todos los griegos coronando á este? Vuestros antepasados atribuian siempre al pueblo todo lo grande y esclarecido, y dejaban para los oradores lo vil y despreciable. Ctesifon lo hace al contrario; para Demóstenes deja la gloria, y para vosotros los infortunios. Recordad los tiempos infelices que precedieron á la tiranía de los 30, y en que el pueblo estaba entregado á los oradores, que le adulaban y le perdian. ¿No os servirá este ejemplo para contener con mano fuerte á los que manejan vuestros negocios? ¿No los echareis de vosotros cuando han llegado á ese punto de insolencia? ¿No sabeis que lo primero que se hace para destruir el gobierno popular es falsear la autoridad de los tribunales?»

XXXI 143. «Pero entremos en cuentas con Ctesifon en vuestra presencia sobre los motivos que ha tenido para proponer el decreto consabido. Si dices, que por la reparacion de los muros, encuentro á Demóstenes mas digno de castigo que de premio, porque él nos ha puesto en esta necesidad; y los premios se dan por méritos positivos y reales. Si, como alegas en la segunda parte del decreto, porque es hombre de bien, que siempre dice y hace lo mejor para la república, ni tú mismo sabrias esplicarnos lo que pretendes decir. Paso por alto lo de los anfisenses y Eubea: [la alianza con Tebas, que tanto cacareas, solo sirve para demostrar que has pisoteado la dignidad del pueblo para ensalzar á Demóstenes, pues disimulas el

tiempo en que se hizo, y que fué por consideracion á aquel. Ved como entiende él decir y obrar siempre en interés del pueblo. El rey de Persia poco antes de pasar Alejandro al Asia envió una carta insolente, diciéndonos, *que no nos daria ya dinero, aunque se lo pidiésemos.* Apenas se vió con la guerra encima, mandó sin que nadie se lo hubiese pedido, 300 talentos, que Domóstenes hizo bien en no reservar para sí, sino que os los entregó. Sin embargo á pesar de la falta de dinero que habia en Tebas, por cuyo motivo no pudo negociarse la entrega de la fortaleza ocupada por soldados estranjeros que solo pedian 5 talentos, ni utilizarse los servicios de los árcades que por 9 se ofrecian á entrar en campaña con nosotros, desaparecieron 70 talentos. Pero tú, Deméstenes, estás rico, y tienes con que satisfacer á tus caprichos; el oro de Persia está en tus arcas, los peligros en vosotros »

144. «No obstante Ctesifon tendrá la desfachatez de llamarle XXXII
en su ayuda, para que nos venga acá á hastiar con el elogio de sus acciones, que cuando fuesen meritorias debia callar la boca, porque parecen mal los elogios propios; mucho más siendo el baldon de la república, ¿quién podrá sufrirlo? Asi que, Ctesifon, si eres cuerdo, defiéndete solo; no alegues tu poca habilidad en el hablar, pues cuando fuiste de embajador á Cleopatra hija de Filipo para consolarla en nombre de la república por la muerte de su marido, no diste esta escusa. Por otra parte haces agravio á tu mismo protegido, pues supones que tiene necesidad de enterar á los que han de concederle la corona sobre sus méritos, como si los ignorasen. Pregunta á los jueces si tienen noticia de Cabrias, de Ificrates, de Timoteo, y el motivo porque les levantaron estatuas. Al instante te dirán que al primero por la batalla de Naxos, al segundo por haber destruido una division de lacedemonios, al tercero por haber libertado á Corcira. Que pregunte álguien ¿por qué méritos premiareis á Demóstenes? No podreis menos de decir, porque es venal, porque es cobarde, y porque abandonó las filas.»

145. «Honrando á este ¿no os cubris vosotros de ignominia? XXXIII
Los mismos que están bajo tierra por su culpa os están diciendo á voz en grito, que no hagais tal, porque, si destruís una piedra, un madero, un hierro y cualquiera cosa inanimada,

que haya causado la muerte á alguno; si al suicida le cortais la mano con que cometió el crímen, y la enterrais separada del cuerpo; á este que fué el autor de la última espedicion, que envió á los soldados á la muerte insidiosamente ¿le otorgareis una corona? Considerad además, que estos espectáculos sirven de estímulo á la virtud: si dais un premio, debido al valor, al patriotismo ú otra virtud, á un hombre inmoral, ¿qué ha de hacer el jóven que lo vea sino imitarle en su conducta? Al contrario, si castigais á un malvado como Ctesifon, y acostumbrado á alcahueterías, los demás toman ejemplo. Haced cuenta pues que debeis responder de vuestro fallo, no solo á los que se hallaren presentes, sino tambien á los ausentes, y que el juicio que se formará del agraciado se formará de la república.»

XXXIV 146. «¿Qué medio hay para librarse de tal ponzoña de vanidosos, que teniendo siempre en boca los bellos nombres de libertad y filantropía, llevan una vida enteramente opuesta á lo que ellos significan? Se presenta alguno solicitando premios y distinciones: examinad sus actos, y si no corresponden á lo que exigen ellas, despedidle. Así conservareis el imperio popular, que se os desliza de las manos. ¡Cómo! ¿no es una indignidad lo que está pasando con menosprecio del pueblo y del senado, que simples particulares reciban cartas y embajadas de príncipes de Asia y Europa? ¿y que se lean estas cartas públicamente, haciendo creer á la sencilla plebe que en los tales está la salvacion de la patria, y que por esto deben ser premiados, cuando nuestras leyes les imponen pena capital? El pueblo, como viejo decrépito y delirante, ya no sabe, ni puede retener el poder, y por esto le confia á otros; ó su poder es solo de nombre, y tanto cuanto parece bien á estos dejarle, como desperdicios de una mesa. No hace mucho tiempo que el Areopago condenó á muerte como traidor á un particular solo por haber intentado irse á Samos, y otro se salvó solo por un voto por haberse ido á Rodas en una ocasion muy crítica. Y á este orador, causa de tantos males, que desertó del ejército y huyó de la ciudad, y que desea ser coronado á voz de pregon, ¿no le arrojareis como un azote de la Grecia? ¿ó no le cogereis y no tomareis venganza de él, como

de un pirata, que con sus arengas como con un navío ha infestado los mares de la república? Tened presente el tiempo en que vais á fallar; que está muy próxima la reunion de los griegos para los juegos píticos; y que vais á comprometeros favoreciendo á este hombre, que es mirado como turbador de la paz: si no le dais oidos, dejareis en buen lugar á nuestra república.»

147. «Reflexionad que no se trata ahora del honor de otra, XXXV
sino de la nuestra; decidíos pues á no conceder premios sino á los dignos. ¿Qué hombres pensais van á salir en su defensa? ¿acaso los que pasaron su juventud con él ocupados en la caza, y otros ejercicios propios para conservar la salud del cuerpo? no, porque él no se ocupó en otra cosa, ni ha hecho otros estudios, que ver como puede apoderarse de los bienes de los ricos. Al hablaros de Bizancio arrancada de las manos de Filipo con su embajada, y de la defeccion de la Acarnania, y de los tebanos doblegados con su poderosa elocuencia, sabed que os insulta, porque se imagina que vosotros creeis que teneis en él á la misma diosa de la persuasion, y no á un sicofanta ó calumniador. Finalmente cuando en el epílogo de su discurso llamará en su ausilio á los que se han dejado cohechar con él, imaginaos que veis en esta misma tribuna desde la cual os dirijo la palabra, como puestos en fila para contrarestar la perversidad de estos, á los hombres mas beneméritos de la república: á un Solon, que la dotó de las mejores leyes, que afianzó con ellas el estado popular, hombre sabio y legislador eminente, que os ruega con modestia, segun su costumbre, que no tengais en mas las palabras de Demóstenes que los juramentos y las leyes; á Arístides, que fijó los tributos de los griegos, cuyas hijas despues de muerto se encargó el pueblo de colocar en matrimonio, que se queja amargamente del insulto que se hace á la justicia, y que os pregunta si no os avergonzais acaso de que, habiendo vuestros padres por poco condenado á muerte, y habiendo por público pregon echado de la ciudad en donde vivia, y de todo el territorio sujeto á Atenas, á Artmio Zelita, porque habia traido á Grecia el oro de los medos, siendo así que estaba unido con el pueblo ateniense con los vínculos de la hospitalidad, vosotros

regaleis una corona de oro á Demóstenes, que no ha traido á Grecia el oro de los medos, sino que se ha dejado cohechar con él, y le guarda en su casa. ¿No pensais que Temístocles, y los que murieron en Maraton y en Platea, en fin las mismas tumbas de nuestros antepasados han de dar plañideros gemidos, si el que confiesa que ha conspirado con los bárbaros contra los griegos es premiado con una corona?»

XXXVI 148. «Yo pues, ó tierra, sol, virtud, inteligencia, ciencia, con que distinguimos lo bueno de lo malo, he acudido con mis fuerzas, y he hablado. Si he desempeñado bien mi acusacion, y conforme á la gravedad del delito, he dicho como he querido; si mal, como he podido. Mas vosotros, ya por lo que se ha dicho, ya por lo que se ha omitido, pronunciad una sentencia justa y útil á la república.»

DISCURSO DE DEMÓSTENES. [1]

149. «Primeramente ruego, atenienses, á todos los dioses y diosas, que os inspiren hácia mí en esta causa la misma benevolencia, que he tenido siempre hácia vosotros y hácia toda la república, y que no haciendo caso de mi adversario me de-
XXV jeis en libertad de defenderme, siguiendo el órden que tenga por conveniente, conforme estais tenidos por las leyes. Mayormente que no es la misma mi posicion que la de mi adversario: él arriesga solo un poco de reputacion sucumbiendo en su demanda; yo perder vuestra benevolencia, que para mí es lo mas terrible, y además... pero no quiero anticipar nada funesto en el principio de mi discurso. Él siendo acusador ha hablado mal de mí, cosa que naturalmente gusta mas que oir elogios; así me ha dejado solo la parte odiosa, pues para defenderme tendré que hablar muchas veces de mí mismo, pero procuraré hacerlo con toda la circunspeccion posible. Comprendeis bien, atenienses, que aunque suena el nombre de Ctesifon en la acusacion de Esquines, el punto de mira soy yo,

[1] Los números romanos corresponden á los del de Esquines.

y así me defenderé confiando en vuestra imparcialidad, y en que cumplireis con vuestro deber. Si Esquines se hubiese limitado al punto jurídico de la acusacion, sin entrar en el terreno de mi vida privada y pública, yo empezaria mi discurso por la parte legal del decreto de Ctesifon; pero puesto que me ha calumniado en muchas cosas, es preciso desvanecer antes la mala impresion que puede haber hecho en vuestro ánimo.
Si en mi vida privada fuese yo lo que supone mi acusador, os XXII
suplicaria que os levantaseis, y me condenaseis al instante. Pero vosotros me conoceis, siempre he vivido entre vosotros. Si soy algo mas que él, si mi familia no tiene que ocultar la cara, si puede ponerse al lado de las mas honradas de mi clase, como sabeis, os pido que no deis crédito á sus palabras en cuanto ha dicho. Tienes sobrado mal corazon, pero poco talento, Esquines, si has creido que, dejando yo á un lado mis actos públicos, me ensañaria desde luego contra tí por tus embustes y denuestos. Dejándolo para su tiempo, examinaré antes mi conducta pública, porque si fuesen ciertos los delitos que me imputas bajo este concepto, no habria penas bastantes
en nuestro código para castigarme. ¿Cómo habia yo de impe- XXIX
dir, atenienses, como este dice, á nadie el hablar en las asambleas y aconsejaros lo mejor? Si tan evidentes eran mis infracciones de ley, ¿por qué no me citaba á vuestro tribunal? Ha podido acusar á Ctesifon, y ¿no ha podido acusarme á mí? Esta es una especie de comedia, en la que yo soy el pié de banco: él me odia, y no contento con dañarme, quiere arrastrar á otro en mi ruina. Seria bueno, atenienses, ventilar la cuestion entre los dos; ¿para qué perjudicar á un tercero?»

150. «Esta táctica de mi adversario debe poneros alerta con VIII
tra su mala fe. Entro ya en materia, y empiezo por la paz y embajada que arregló él con Filocrates, y que me ha atribuido falsamente á mí; pero antes juzgo conveniente dar una mirada retrospectiva á aquellos tiempos. Empeñada la guerra focense, vosotros os declarasteis con razon contra los tebanos, aunque estos peleaban por una causa justa, porque despues de la batalla de Leuctra no habian sabido usar con moderacion de la victoria, y habia quedado en todo el Peloponeso y paises vecinos un estado de agitacion y desórden inesplicable. Filipo

por medio de sus emisarios pagados encendia mas y mas la discordia, y era evidente que los tebanos entonces temibles, ahora desgraciados vendrian á entenderse con vosotros. Dicho príncipe para evitarlo nos prometió á nosotros la paz, y á aquellos socorrerles. Al ver que ningun griego nos ausiliaba ni con hombres ni con dinero, oisteis con gusto aquella proposicion. No se hizo pues por mi causa aquella paz, como este dice falsamente: los resultados si han sido desastrosos, impútense á él y á sus compañeros que se dejaron corromper. El primero que habló de paz fué Aristodemo el cómico; el que presentó una proposicion formal fué Filocrates tu camarada, Esquines, no mio, aunque revientes mintiendo: los que la apoyaron fueron Éubulo y Cefisifon, no yo. Siendo esto así, tiene el descaro de decir, que siendo yo el autor de la paz, impedí que se hiciese de acuerdo con todos los griegos. Y tú, ¡oh! con qué nombre debe llamársete! estando presente y viéndolo, ¿por qué te callaste, y no denunciaste al pueblo un hecho tan criminal? Pero no dijiste una palabra entonces, y es porque no hay nada de verdad en esto, ni en lo de las embajadas que dijiste enviadas para escitar á los griegos á la guerra con Filipo. Ciertamente que hubierais obrado peor que Euribato, promoviendo fuera la guerra, y tratando dentro de paz.»

151. «Acordada esta, observad la conducta de unos y otros, y conocereis quienes eran los partidarios de Filipo, y quienes los de la república. Yo siendo senador propuse un decreto para que saliesen cuanto antes embajadores, y fuesen á los lugares en donde se encontrase aquel para hacerle ratificar el tratado. Conocia yo la importancia de la presteza, porque vosotros desde que entrasteis en negociaciones, suspendisteis toda operacion de guerra; pero Filipo en tanto que no estaba obligado por juramento continuaba en sus espediciones y ocupacion de territorios amigos de la república, de modo que cuando llegó á firmar, se habia hecho con toda la Tracia, con un gran cau-
IX dal de dinero, y muchos millares de soldados. Entre tanto qué habia de hacer yo? impedir que los plenipotenciarios de Filipo, que habian venido *ad hoc*, no hablasen con vosotros? que no se presentasen en el teatro, cosa que podian hacer con dos óbolos? ¿Debia yo pararme en esas pequeñeces en bien de la

república y entregarla toda entera á Filipo, como estos? De ningun modo. Léase el decreto. Veis que dice, que nombrados los embajadores salgan sin demora hasta encontrar á Filipo allí donde estuviere. Y estos se detuvieron tres meses en Macedonia, habiendo podido llegar á donde estaba á lo mas en 15 dias, y de este modo estando nosotros no hubiera él pasado adelante, ó no hubiéramos aceptado su ratificacion, y así no hubiera tenido ambas cosas, la paz, y los lugares que ambicionaba.»

152. «Esta es la causa porque estoy siempre en guerra con estos que se portaron tan mal entonces. Pero oid otra cosa peor. Filipo consiguió tambien de ellos que nos detuviésemos en Macedonia, mientras estaba preparando su espedicion contra los focenses, á fin de que nosotros no os diésemos la noticia, y vosotros mandaseis tropas y buques, y le cerraseis el paso de las Termópilas, y solo supieseis su intento cuando le hubiese franqueado. Además trató con este á solas lo que debia deciros, á saber, *que no os alborotarais, porque Filipo estuviese mas acá de dicho paso, que si estabais quietos recabariais de él lo que quisieseis, y que dentro de dos ó tres dias le veriais amigo de aquellos contra quienes habia venido como enemigo, y enemigo de aquellos para quienes habia venido como amigo, y que las alianzas se interpretan no por lo que suenan las palabras, sino por las ventajas, y que era ventajoso á Filipo, á los focenses y á vosotros todos librarse del temor y molestia de los tebanos.* Estas últimas palabras pronunciaba Esquines con énfasis en la asamblea en aquellos momentos, y las oian con gusto todos los enemigos de Tebas. ¿Qué sucedió? la ruina de los focenses, el vernos obligados á reunir en la ciudad á los campesinos, y quedar malquistos con los tebanos y con los de Tesalia, por habernos estado mano sobre mano fiados en las palabras de este pagado por Filipo. Léase el decreto que se espidió en aquellos apuros, y la carta de Filipo en que nos amenazaba con romper la paz, haciéndonos responsables á nosotros si dábamos ausilio á los focenses, que no estaban comprendidos en el tratado; que era lo mismo que decirles á los tebanos y á los de Tesalia, que habia acometido aquella empresa á pesar nuestro. De este modo fué como le permitieron

sin ninguna desconfianza apoderarse de todo, y como se hallan ahora en tan grande miseria por culpa de este fiador de Filipo, que ahora llora tan amargamente las desgracias de Tebas. Vosotros estabais sobre aviso, y desconfiabais de lo que se estaba haciendo. Los abominables tésalos y los estúpidos tebanos le llamaban amigo, bienhechor, libertador. Los demás griegos no deseaban sino la paz. Él atacaba á los ilirios y á los tribalos, aumentaba su ejército, se hacia amigos en las ciudades, como á este, y preparaba sordamente la guerra contra toda la Grecia. Yo os lo anunciaba, lo repetia en todas partes á donde iba; pero los unos por incuria, y estos eran los mas; los otros, á saber, los principales y autoridades estaban corrompidos con las dádivas de Filipo, creyendo asegurado su porvenir; pero se engañaron, porque fueron despues menospreciados por el mismo á quien se habian vendido, como sucede con todos los traidores, á quienes se paga no por su provecho, sino por el del que da el dinero. Aunque no necesito de palabras para persuadiros que Esquines estaba á sueldo de Filipo y ahora de Alejandro, habiéndome él reconvenido porque le llamaba huésped de este último, debo decir que no soy tan necio que confunda una cosa con otra. Te dije pagado por Filipo y ahora por Alejandro, como te lo dicen todos. Si no lo crees, pregúntaselo. Pero no, yo mismo voy á hacer la pregunta. ¿Creeis, atenienses, que Esquines esté á sueldo de Alejandro, ó que sea su huésped? Oyes lo que dicen.»

153. «Vengo á la misma acusacion para refutarla siguiendo el mismo órden que ha observado Esquines al formularla en el pedimento. Dice que Ctesifon obra contra las leyes, alegando méritos mios falsos, proponiendo que se me corone antes de dar cuentas, y que se verifique la preconizacion en el teatro durante las fiestas Dionisíacas. Necesito para esto esplicar mi conducta política, pues mis méritos dependen de ella, y si son tales, cuales espero manifestaros, Ctesifon no se ha estralimitado proponiendo el premio que ha propuesto, pues lo de las cuentas y el lugar queda á mi cargo desvanecerlo. Que yo he dicho, y obrado, y tengo intencion de decir y obrar conforme crea mas conveniente á los intereses de la república, que es lo que alega Ctesifon, doy por garantes mis

actos de los cuales voy á daros cuenta. No hablaré de los VII
tiempos anteriores á mi entrada en la vida pública, pues no XXXI
me corresponden. Os diré primeramente, que ha sido una gran felicidad para Filipo el encontrar la Grecia tan dividida entre sí, y tan llena de hombres venales, de quienes se ha servido, engañando á unos, regalando á otros, y corrompiendo á todos. En tal estado, é ignorando los demás griegos las intenciones de Filipo, ¿qué debia hacer nuestra república, ó qué debia hacer yo que la dirigia, pues quiero toda la responsabilidad? ¿Debia por ventura colocarse tras los tésalos y dólopes, y renegando de su dignidad y de la gloria de sus antepasados, ayudarle á avasallar á la Grecia? ó ya que no hiciese esto, previendo mucho tiempo antes lo que habia de suceder, ¿dejarle y contemporizar con él? Yo pregunto al severo censor de mis actos, ¿de qué parte debia colocarse la república? de aquellos que cooperaron con Filipo á las desgracias de la Grecia como los de Tesalia, ó de los que estuvieron neutrales por conveniencia propia, como los árcades, mesenios y argivos? Si Filipo hubiera respetado á todos estos, dejándoles su independencia y sus leyes, y maltratando solo á los que le hubiesen resistido, habria alguna razon para condenar nuestra conducta; pero si ha sucedido al revés, si nosotros hemos sido los mejor librados, ¿no es evidente que vosotros siguiendo mis consejos habeis obrado mejor que los demás?»

154. «Díme, Esquines, ¿qué debia hacer nuestra república al ver que Filipo aspiraba á tiranizar á toda la Grecia? ¿Qué debia aconsejar yo en Atenas, que habia siempre combatido por el honor, por la gloria y por la supremacía, que habia gastado mas dinero y empleado mas hombres que los demás griegos por sus estados respectivos, al ver que Filipo por este imperio ó primacía sacrificaba un ojo, la clavícula, una mano, un pié, y cualquiera otra parte del cuerpo, con tal que con la restante pudiese llegar á dominar y vivir con gloria? No era decente que un hombre educado en Pela pueblo entónces pequeño y oscuro, llevase sus aspiraciones hasta querer mandar á toda la Grecia, y que Atenas llena de monumentos y de escritos que atestiguan el valor de nuestros pa-

dres le entregase cobarde la libertad de la misma Grecia. Vosotros comprendisteis desde luego vuestro deber, y obrasteis en consecuencia proponiéndoos yo lo que creia mejor. Que hablen Anfípolis, Pidna, Potidea y Haloneso; pues en los pueblos que tú has mentado, y que has dicho que yo citaria, ni sé siquiera si ha sucedido lo que dices. En todo caso no tuve parte ninguna en las resoluciones que se tomaron, sino Éubulo, Aristofon y Diopites, no yo, ó charlatan, que dices lo que se te viene á la boca.»

155. «El que os arrebataba la Eubea, y la fortificaba para echarse sobre el Ática, el que ocupaba Megara, Oreo, Portmo, y nombraba gobernadores de estos puntos, el que sujetaba el Helesponto, atacaba Bizancio y otros territorios griegos, ¿debia tenerse por infractor de los tratados, sí ó no? ¿Debia haber algun griego que le hiciese resistencia, sí ó no? Pues si existiendo los atenienses, debia dejársele hacer, y la Grecia debia venir á parar en una provincia de los Mysos, inútil fué el trabajo que me tomé en arengaros, inútil lo que vosotros hicisteis. Si alguno debia salir á la defensa de la libertad de la Grecia, debia ser el pueblo de Atenas: él salió, aconsejado por mi, pues siempre me opuse á tal usurpacion, y dije que no debia abandonarse á Filipo lo que pretendia. El primer acto dirigido inmediatamente contra nosotros fué la presa por su almirante de unas naves cargadas de trigo que hacian rumbo hácia el Helesponto; lo que motivó un decreto nombrando embajadores que fuesen á reclamarlas. Léase el decreto, y dime, Esquines, si fuí yo como supones la causa de la guerra, ó si fué Filipo. Léase tambien la carta de este, contestando á la reclamacion de las naves. Acusa en ella á algunos que buscaban pretestos para romper la paz: no nombra á nadie. No se queja de mi ni de mis actos, é hizo bien, porque le hubieran recordado sus injusticias, y mi constante aplicacion á atajarlas. Yo fui autor de las embajadas al Peloponeso, cuando él queria asomar la cabeza por allá, y á la Eubea, de las espediciones á Oreo y á Eretria, cuando puso gobernadores en estas ciudades. Yo envié las flotas para salvar el Quersoneso, Bizancio y demás aliados. Por cuyo motivo os han colmado aquellos pueblos de pruebas de gratitud, decretándoos coro-

nas, acciones de gracias y otras demostraciones. Aquellos gobernadores mandaron á vosotros sus diputados, que vivieron en tu casa, Esquines, y que os propusieron ciertas cosas, á las que no tuvisteis á bien condescender. Ellos pudieron informarte del dinero que les costó su nombramiento intruso, y el que gastó Filipo para que se os ocultase todo á vosotros. Nada consiguieron, ó hombre maldiciente, que dices que por dinero callo, y por dinero grito. Tú gritas siempre, y gri- XXVIII
tarás si hoy no sales condenado á destierro. Por estos mis servicios fuí coronado por segunda vez á propuesta de Aristónico que usó en el decreto de las mismas palabras que Ctesifon; y sin embargo Esquines que se hallaba presente nada tuvo que oponer entonces. Léase el decreto, y dígase si por haberse ejecutado, si por haber sido yo coronado en el teatro sufrió la república algun sarcasmo de nadie. Prueba esto que hasta aquella ocasion habia yo en concepto vuestro aconsejado lo mas conveniente para ella.»

156. «Arrojado Filipo de la Eubea por mis disposiciones, aunque revienten algunos de estos, y por vuestras armas, adoptó otro medio para dañaros, que fué el apoderarse del monopolio de granos. Yendo pues á Tracia, rogó primero á los bizantinos, que os declarasen la guerra, y como no quisiesen, porque no se habian aliado con él con esta condicion, puso sitio á la ciudad. No preguntaré, qué debiamos hacer? porque es obvio; sino quién ayudó á los bizantinos? quién conservó el Helesponto? Vosotros, atenienses. Quién dirigia los consejos de la república? yo, que me habia consagrado enteramente á ella. Vosotros sabeis las ventajas que reportamos de aquella espedicion, pues á mas del crédito que nos granjeó, logramos tener los artículos de primera necesidad mas abundantes y baratos que ahora con la paz que nos procuran estos bonachones. Léanse los decretos muy honoríficos para el pueblo de Atenas, que con dicho motivo votaron Bizancio y los pueblos del Quersoneso. Nuestra república dió un testimonio de su bondad y de la maldad de Filipo; pues este atacaba á una ciudad aliada suya, y nosotros teniendo muchos motivos de queja la socorrimos. Ella os decretó una corona; y si alguno desea saber, qué orador os proporcionó este honor, le diré

que soy yo, y que he sido el primero; mientras todos saben que vosotros habeis coronado á tantos.»

XI 157. «No fué aquella la vez primera en que vosotros os mostrasteis generosos con los que os habian ofendido. Y ya que este ha sacado á plaza lo de Eubea y de la misma Bizancio, exagerando mucho y mintiendo, os diré, que podemos estar satisfechos de haber obrado lo mas conveniente, cualesquiera que fuesen los agravios que hubiésemos recibido de dichos países. Tambien los habia recibido nuestra república de Tebas y de Corinto, y sin embargo cuando los lacedemonios estaban apoderados del imperio del mar y tierra, y la tenian estrechada por todas partes, envió su contingente á Haliarto y á la misma Corinto. Nuestros mayores obraron así, Esquines, no porque tuviesen nada que agradecer, sino llevados de su magnanimidad y deseo de socorrer á los necesitados aunque fuese con peligro propio. Pues sabian que el fin de todos los hombres es la muerte aunque se encierren en un pequeño recinto; pero á los varones esforzados no les arredra este temor; acometen cosas grandes, y dejan á la Providencia el resultado, que, cualquiera que sea, soportan con valor. Al contrario nuestros padres acudieron en ausilio de Lacedemonia, cuando Tebas se cebaba en su destruccion, porque sabeis retener la cólera y prescindir de la venganza, cuando se trata de defender á un oprimido, y conservar su existencia y libertad. Lo mismo hicisteis con la Eubea, cuando se vió acometida por los tebanos, y contentos con haberla librado de sus invasores, dejasteis las cosas en el mismo estado que antes, sin pretender nada para vosotros. Podria citar otros mil casos, en que habeis empleado vuestras armas en defensa de la libertad é independencia de otras ciudades griegas. Al ver yo esto, ¿qué debia aconsejar á nuestra república cuando ella misma era la que estaba en peligro? ¿Debia criticar á los que querian defenderse, y buscar pretestos para abandonarlo todo? ¿Hubierais podido vosotros consentirlo, aunque estos os lo aconsejaban? Debo hablar de una medida muy importante que os aconsejé en aquellas circunstancias, y que trajo grandes ventajas. Antes el servicio y equipo de la marina era por razon de cabezas, y no de riqueza, de lo que resultaban poco gravados los

ricos, mucho los pobres, y que faltábamos siempre á las ocasiones, porque las flotas no estaban nunca en disposicion de salir á la mar. Léanse los decretos aprobados por el pueblo sobre el particular. Grande fué el odio que me atraje de parte de los ricos y de los mismos jefes de la armada, que llegaron á ofrecerme muchisimo dinero, para que no presentase la ley. Se me suscitó un pleito ó acusacion, en que mi adversario tuvo que pagar 500 dracmas por no haber reunido la quinta parte de votos en su favor. Asi como en los negocios de la ciudad arrostré la ira de los ricos en favor de la multitud, así en los de la Grecia entera preferí su bien, á la liberalidad y honor de ser huésped de Filipo.»

158. «Creo haber dicho lo bastante para probar mis buenos II
servicios en favor del estado. Paso á la cuestion de cuentas, y del lugar de la coronacion. Estoy tan léjos de querer sustraerme á la rendicion de cuentas, que estoy pronto á darlas de todos mis actos públicos, pero de mis liberalidades (¿oyes, Es- IV
quines?) ni yo, ni nadie aunque sea arconte debe darlas. Muéstrame la ley, y me callaré, pues lo que has dicho, no creo que vosotros lo hayais comprendido: yo juro por los dioses que no he entendido una palabra. ¿Qué ley habrá tan injusta que sujete á exámen de cuentas al que ha tenido la generosidad de gastar su dinero en favor del público? Ctesifon propuso el premio, y el senado lo aprobó, no por la parte sujeta á cuentas, sino por lo que yo puse de lo mio tanto en los gastos del teatro, como en la reparacion de muros. Así tenemos varios ejemplos de personajes coronados por sus liberalidades en favor de la república. Citaré los nombres de Nausicles, de Diotimo, de Charidemo y de Neoptolemo, y los respectivos decretos por los que alcanzaron premios iguales al que propone Ctesifon. Seria una cosa muy triste, que el que desempeñase algun cargo, por esto mismo se viese privado de ejercer su liberalidad, y que la república no pudiese agradecérselo. Léanse los decretos. Todos estos tuvieron que rendir cuentas por el cargo que desempeñaron, no por lo que dieron de lo suyo: por esto último recibieron la corona, no por lo primero: pues la misma razon me alcanza á mi. Yo dí cuentas del manejo de caudales públicos; y ¿por qué cuando las vieron

los examinadores, no me acusaste, hallándote presente? de mi dinero no las doy. Y para que veais que el mismo acusador comprueba que se me da la corona por aquello que no me obliga á cuentas, léase el decreto entero del senado, en que se espresa concedérseme aquel premio por haber perdonado al pueblo tres talentos mios gastados en las murallas, y por haber regalado cien minas á los espectadores del teatro para sacrificios. Mi dádiva no la ataca; lo que ataca es el premio: el recibir lo tiene por muy legal, pero el agradecer está sujeto á censura; con lo que demuestra en lo que respeta del decreto, que es un calumniador en lo que reprende.»

VI 159. «En cuanto al lugar puedo citaros cien mil ejemplos de coronaciones hechas en el teatro: yo mismo he sido coronado allí varias veces. ¿Eres tan necio, Esquines, que no entiendas que para el agraciado lo mismo tiene un lugar que otro, y que se designa el teatro en gracia de los mismos que dan el premio, para que cuanto mayor sea la multitud que lo ve, tanto mayor sea el estímulo á la virtud? Léase la misma ley. ¿Oyes, Esquines, que [1] si el pueblo ó el senado lo decretaren, se puede hacer la coronacion en el teatro? ¿Qué vienes pues con calumnias, miserable? ¿Para qué inventar fábulas? ¿Por qué no te curas de ese delirio? No deben citarse truncadas las
XXII leyes á estos que deben fallar segun las leyes. No viene á cuento lo que dices de un hombre popular, como si se tratase de una estatua, que tú mandases labrar, y no saliese segun tu capricho, ó como si los hombres políticos no debiesen conocerse por sus actos mas bien que por la esplicacion que se haga de ellos. Mucho menos lo que dices de tu familia y la mia.»

160. «Sobre lo cual, atenienses, tengo que manifestaros mi modo de ver. Siempre he creido que una cosa es insultar, otra acusar: la acusacion es sobre agravios, penados por las leyes: el insulto es una palabra que dice un enemigo á otro

[1] La ley citada por Demóstenes tal como se halla en las ediciones, está truncada; y tal como parece debiera suplirse, no dice lo que pretende dicho orador, sino mas bien lo que dice Esquines, esto es, que los estranjeros con permiso del pueblo puedan ser pregonados en el teatro. V. ed. de Didot.

por odio que le tiene. Los tribunales se han establecido no para que los hombres vengan á insultarse entre sí, sino para reclamar el castigo ó la indemnizacion por alguna injusticia. Esquines parece que se ha propuesto mas bien insultarme que acusarme: por lo que me veré obligado á devolverle la pareja. Pero antes quiero preguntarle: ¿de quién te dirán enemigo, de mí, ó de la república? Mio sin duda. Pues ¿por qué no me acusabas cada vez que yo he faltado, y no ahora que tengo tantas declaraciones de mi inocencia, y de haber prestado algun servicio grande ó pequeño á la república? Sospecho que esto es lo que te da en rostro, no mi persona. Aunque soy enemigo de chismes, es tanto lo que este me ha maltratado, que ni Eaco, ni Radamanto, ni Minos si me hubiesen acusado, habrian dicho lo que solo podia decir un aprendiz de abogado, un charlatan, un infeliz amanuense. Solo un hom- XXXVI
bre de teatro podia esclamar, *ó tierra, y sol, y virtud, inteligencia* y *ciencia* con que se distingue lo bueno de lo malo. ¿Qué tienes que ver con la virtud, ó muladar de vicios? ¿Qué se te alcanza de tal discernimiento y ciencia? si la tuvieses, te hubieras ruborizado de soltar tales espresiones, pues los que están dotados de una cultura regular sufren mucho por oir tales cosas de los que carecen de ella.»

161. «Si no temiese manchar mi lengua con la relacion de tus ruindades, las esplicaria todas, y añadiria que tu padre fué esclavo de grillete en casa de Elpidas maestro de escuela, y que tu madre antes de casarse se dedicó á cosas no muy honestas. Pero dejemos esto; tú en poco tiempo te has hecho ateniense, y orador; y habiéndote estos sacado de la esclavitud y de la mendicidad, eres tan malo que léjos de agradecérselo les haces la oposicion porque recibes salario para esto. No entraré en sus intenciones en cuanto haya dicho en sus discursos politicos, pero sí recordaré lo que ha hecho claramente en favor de los enemigos del estado. ¿Quién de vosotros ignora que Antifon se habia comprometido con Filipo á incendiar vuestros arsenales? yo sabiendo que estaba oculto en el Pireo, le arranqué de allí, y le presenté á la asamblea popular; pero este gritó tanto, y afeó de tal manera el haber allanado la casa de un particular sin autoridad pública, que el pueblo mandó soltarle.

Pero el Areopago habiendo mandado inquirir sobre él, y ha-
biéndole hallado culpable, os le entregó y vosotros le conde-
nasteis á muerte. Llevado el pueblo de la misma ignorancia
nombró á Esquines para que defendiese su derecho sobre el
templo de Delos ante el Consejo de los Anfictiones; y el Areo-
pago nombró en su lugar á Hipérides, porque no le mereció
su confianza. Vengan los testigos. Así demostró aquel cuerpo
que le tenia por traidor y mal intencionado hácia vosotros.
Cuando Filipo mandó acá á Pyton Bizantino con otros diputa-
dos de sus aliados para hacer cargos á nuestra república, yo
rebatí con tanta fuerza sus razones, que sus mismos compa-
ñeros se pusieron de mi parte; pero Esquines le apoyaba, y
alegaba cosas falsas en perjuicio de la república. Posterior-
mente fué encontrado conferenciando á solas en casa de Tra-
son con Anaxino espía de Filipo. Vengan los testigos. Muchas
otras hazañas de esta naturaleza pudiera citaros, pero ni vos-
otros os fijais en ellas, ni os encolerizais, dejando á cada
orador que hable contra el que mira por vuestros intereses,
y complaciéndoos en oir injurias y denuestos mas bien que
atajar esta licencia.»

162. «Puede perdonársele tal vez el defender á Filipo con-
tra la patria antes de estar claramente en guerra con él, aun-
que era fatal, ó tierra, ó dioses, cómo no? Pero despues de
empezada, ¿qué proyecto presentó Esquines en bien de la re-
pública ni pequeño, ni grande, él que echa á borbotones los
versos yámbicos? Una de dos, ó no le ocurrió ninguno mejor
que los mios, ó no le propuso por favorecer á los enemigos.
¿No tenia tal vez libertad de hablar? Antes, cuando se ofrecia
dañar á la república no habia otro mas hablador que él. Sin
XII embargo ella lo toleraba, porque sabia ocultarse. En el asunto
de los anfisenses, en que ha ocupado gran parte de su dis-
curso, parece que ha querido echar el resto para desfigurar
la verdad. En favor de ella necesito invocar á todos los dioses
y diosas, y suplicarles que, si no intento alterarla en nada en
lo que voy á decir, me concedan toda prosperidad; al con-
trario, si por odio á este quiero atribuirle el crímen que oi-
reis, caigan sobre mi todas las desgracias, pues es tanta su
atrocidad, que si yo no lo afirmase con todas esas impreca-

ciones, temo que vosotros no le creeriais capaz de cometerle. Digo pues que asi como él trajo la ruina de los focenses con sus mentidas promesas y seguridades, así ha sido el autor de la guerra anfisense, por la cual fué nombrado Filipo general en jefe de ella, y ocupó Elatea, y siguió en una palabra la ruina de la Grecia. Yo decia ya entonces: «Introduces en el Ática, Esquines, la guerra Anfictiónica;» pero vosotros engañados por sus partidarios no parasteis atencion á mis palabras. Ahora pues voy á referiros la historia exacta de lo que pasó.

163. «Filipo no veia el fin de la guerra que tenia con vosotros si no lograba interesar en ella á los tésalos y tebanos; pues aunque salia casi siempre con ventaja de las acciones de guerra, nuestro poder marítimo y la piratería le incomodaban mucho, de modo que ni podia esportar nada de su reino, ni importar lo necesario. Obstruyéndole el paso dichos pueblos, no podia pensar en venir al Ática. Si les hubiese dicho: «declaraos contra Atenas,» no lo habrian hecho solo por su interés; así buscó medio para comprometerlos por una causa de interés comun. ¿Cuál fué esta causa? la de los Anfictiones con motivo de los anfisenses. Si él hubiese encargado el negocio á alguno de los miembros del Consejo adictos á su persona, luego se hubiera sospechado; pero si podia ganar á algun ateniense, era asunto concluido. Se manejó de modo que salió nombrado Esquines para representar á la república en dicho Consejo. Llegado allá, dejando á un lado todos los negocios que se le habian confiado, empezó á hablar del campo Cirreo, y de los anfisenses, y de las imprecaciones, y de la consagracion, con tanta vehemencia y estrépito, que aquellos hombres no acostumbrados á las astucias oratorias se dejaron sorprender, y llenos de entusiasmo religioso, intentaron echar á la fuerza á los anfisenses del terreno en cuestion. Ellos se defendieron, é hiriendo á algunos de los Anfictiones los obligaron á volverse mas que de prisa. Se les declaró la guerra, pero por la dificultad de reunir los contingentes de cada pueblo, é imposibilidad de obligarlos á la fuerza, se pensó en confiarlo á Filipo, y como él ya habia dirigido todas sus baterías para que la cosa tuviese este desenlace, así se acordó. Hé aquí á Filipo en campaña, y franqueados los pasos que antes

XII le impedian penetrar hasta el Ática. Dirige su ejército á la Fócida, y dejando tranquilos á los anfisenses, ocupa Elatea, toma posicion allí, y amenaza al mismo tiempo á Tebas y al Ática. Los tebanos conocieron entonces el peligro, y entraron en nuestras miras, asi como antes nos eran contrarios. Se debió sin duda á la especial proteccion de alguna divinidad el no verse invadida entonces el Ática, pero si algo debe atribuirse á lo humano, yo soy el que lo impedí. Léanse los decretos de los Anfictiones y cartas de Filipo. Por los primeros se condena el hecho de los anfisenses, y se suplica á Filipo que se encargue de castigarlos. En las segundas manda él á los del Peloponeso que acudan con sus tropas á la Fócida con dicho objeto. Se guarda muy bien de manifestar cuáles son sus proyectos que encubre con el motivo de religion. ¿Quién llevó las cosas á tal estado? No diré que fuese solo este, pues habia en cada ciudad muchos malvados; pero me atrevo á asegurar que él fué el primer móvil, y estraño como vosotros no le hundisteis desde luego, lo que solo puede atribuirse á que se os ofuscaba la verdad. Viéndoos pues yo casi indiferentes, y que muchos en lugar de llamaros la atencion sobre los hechos de Filipo, trataban de azuzaros contra los tebanos, y comprendiendo la grande utilidad de la union de las dos repúblicas, me esforcé en procurarla, arrostrando las iras de este y compañeros, y siguiendo antes la política de Aristofon y Éubulo que siempre habian opinado por dicha union: digo estos, porque tú, ó zorra, mientras vivieron, los seguiste; muertos, los afrentas. Léanse los dos decretos de nuestro pueblo, por los que se mandaron embajadores á Filipo para pedirle esplicaciones por su proximidad á las fronteras de Ática, y treguas en caso de querer romper los tratados; y dos cartas del mismo, la primera otorgando lo que pedia la república, aunque dice que no tenia motivos para alarmarse, y él sí para estar quejoso de ella: la segunda al pueblo de Tebas, felicitándole por no haber querido dar oidos á las proposiciones de Atenas, prefiriendo continuar en paz con él. Con tales seguridades se echa de improviso sobre Elatea antes que los tebanos y nosotros tuviésemos tiempo de tomar ningun acuerdo. Vosotros recordais la alarma que produjo tal noticia.»

164. «Al difundirse por la ciudad, los que estaban ya cenando echaron de sus tiendas á los que las tenian en la plaza, y quemaron sus cubiertas de tejidos de mimbres; se buscaba al pregonero, y todo era alboroto y gritos. Muy temprano al dia siguiente se reunia el senado, el pueblo se dirigia á la junta: asi que los pritanes á la cabeza del senado llegaron á la asamblea popular, el pregonero invitó á los concurrentes á subir á la tribuna. Allí estaban los jefes militares, allí estaban los oradores, y nadie acudia al llamamiento de la patria, pues que cuando el pregonero hace aquella invitacion, la hace en nombre de la patria. Si hubiesen tenido que levantarse los que deseaban salvarla, todos vosotros y demás atenienses se hubieran levantado: se hubieran levantado los 300 ricos, y hubieran ofrecido sus servicios y su dinero, como se vió despues. Pero entonces no bastaba el patriotismo ni la riqueza: era necesario uno que hubiese seguido paso á paso todos los actos de Filipo, y los hubiese comprendido para poder aconsejaros lo mas conveniente. Yo fui el que me presenté en aquellos momentos de turbacion y de peligro; yo fuí el único de todos los oradores y hombres de estado que os hablé sustancialmente en estos términos: «Se engañan los que temen que los tebanos sean partidarios de Filipo; pues á ser así, no estaria él en Elatea sino en nuestros confines. El motivo de detenerse allí es por sondear á los tebanos: entre ellos los hay amigos y enemigos suyos; para unos y otros ha asentado allí sus reales, á saber, para animar á los primeros, y para obligar á los segundos á que por temor hagan lo que no quieren. Si en algo os hán faltado los tebanos, olvidádlo, y no sospecheis de ellos en el estado presente, porque de otro modo hariais que todos se ladeasen por Filipo, y juntos atacasen el Ática. Creo pues que para conjurar el peligro debemos primeramente desechar dicho temor, y despues temer por los tebanos como mas cercanos al peligro, y para esto apostar infanteria y caballería en Eleusis para reanimar á los que hay en Tebas de nuestro partido, y hacer ver á los opresores de la libertad que hay quien empuña las armas para defenderla. A mas de esto nómbrense diez embajadores que vayan á Tebas, entendiéndose antes con los jefes militares para escoger

el tiempo oportuno de la salida. Llegados allá no hagan ninguna reclamacion, sino ofrezcan solo el ausilio de la república; si le aceptan, esta obrará conforme á su honor; si no, les dejará toda la responsabilidad de lo que les sobrevenga.» Es-
XVII to fué lo que dije mas estensamente, y todos lo aprobaron: lo dije, escribí el decreto, fui de la embajada, persuadí á los tebanos, lo llevé hasta el cabo, y me engolfé en los mayores peligros por vosotros. Ahora bien, ¿qué nombre nos corresponde á los dos, Esquines, por lo de aquel dia? ¿Seré yo el afeminado ó Bátalo como me llamas por escarnio, y tú Cresfonte ó Creon ú otro de los personajes vulgares de las tragedias, ó aquel Enomao que representaste tan mal en el Colyto? Enhorabuena, pero yo Bátalo Peaniense fuí mas útil á la república que tú Enomao Cotocide; pues hice todo lo que debe un buen ciudadano. Léase el decreto [1] que está conforme con lo espuesto, y que fué aprobado. Este decreto conjuró el peligro que amenazaba á la república, y que se desvaneció como una nube. Entonces era ocasion de hablar y proponer si algo mejor se discurria. Hay esta diferencia entre el que aconseja de buena fe, y el calumniador: aquel saca la cara, y antes de poderse saber el resultado que ha de tener lo que aconseja, espone su parecer lo mejor que sabe, atendidas todas las circunstancias: el otro espera el resultado, y si es adverso, entonces se desgañita contra el que ha aconsejado, habiéndose antes mantenido mudo. Aun ahora reto á cualquiera que diga, si algo podia haberse hecho mejor, y que vea lo que yo no ví, en cuyo caso me confesaré culpable. Pero si esto no es posible, ¿qué debia hacer el consejero de la república? ¿No debia escoger entre todos los medios que se ofrecian el que juzgase mejor? Esto hice, Esquines, despues de oir al pregonero que decia: *¿quién quiere hablar?* no *¿quién quiere acriminar lo pasado?* ni *¿quién quiere responder de lo porvenir?* Ya que no hablaste entonces, dí, ¿qué partido debíamos tomar?»

[1] Parece él poco diplomático, como se dice ahora, porque no estando en guerra con Filipo, ni habiendo él ocupado ningun pueblo sujeto á Atenas, podian sí tomarse precauciones, pero no ser tan esplícito al tomarlas.

165. «En las asambleas no suele hablarse de lo pasado, sino de lo presente y de lo que ha de venir. Los males de que nos ocupamos entonces, unos pesaban ya sobre nuestras cabezas, otros nos amenazaban de cerca. No hay que echarme en cara la derrota que sufrimos, pues el éxito de las empresas está en manos de la Providencia. Tú mira si se dejó algo por hacer que entrase en los cálculos humanos, y entonces critica y acusa. Como si debiese hacerse cargo á un capitan de buque, porque una furiosa tempestad le ha echado á pique, cuando por su parte no habia descuidado ninguno de los aparejos necesarios. A mas de que él no dirigió el timon, sino el piloto, como yo tampoco estuve al frente de las tropas. Sin la alianza tebana, dime por vida tuya, ¿qué hubiera sido de nosotros? ¿Si en vez de amigos los hubiésemos tenido enemigos? ¿Si el combate se hubiese dado en nuestro territorio? Pues la distancia de tres dias de camino nos permitió respirar y tomar algunas precauciones. De otro modo..... se resiste mi lengua á espresar lo que hubiera sido de nosotros. Me detengo tanto en esto, jueces, por vosotros y por la multitud que nos rodea. Pues en cuanto á este indigno, pocas palabras bastan para confundirle. Si tú sabias, Esquines, lo que iba á suceder, ¿por qué no lo decias? Si no lo sabias, ¿por qué acusas á otros por su ignorancia, pudiendo hacérsete á tí el mismo cargo? Tu política es la de un enemigo de la república. ¿Trátase de tomar alguna resolucion que pueda convenirla? Esquines no despliega los labios. ¿Ha tenido ella mal resultado? Ahí está Esquines, como las quebraduras del cuerpo humano ú otras partes enfermas que se resienten cuando sobreviene otra enfermedad.»

166. «Aun supuesto que todos hubiesen previsto de antemano que era una temeridad resistir, y que tú, Esquines, hubieses enronquecido gritando que nos perdíamos, no debíamos obrar de otra manera conforme á las tradiciones gloriosas de nuestros mayores. Ahora por fin no puede culpársenos por descuido, y lo sucedido es obra de la Providencia; pero si á pié juntillas nos hubiésemos entregado á Filipo sin oponerle ninguna resistencia, ¿quién no te hubiera escupido á la cara? á tí digo, no á la república ni á mi. ¿Qué rubor nos hubiera

causado el ver que otros quizás hubieran tomado las armas para defender nuestra libertad, cuando nuestra república siempre las tomó para asegurar la de los demás? ¿Cuántos disgustos podíamos ahorrarnos cediendo á las proposiciones al parecer favorables á nosotros, hechas por los mismos tebanos, ó los lacedemonios, ó los persas, pero impuestas á la fuerza? Pero como siempre se consideró poco conforme á nuestras costumbres patrias y á nuestro honor el aceptar condiciones humillantes, fueron rechazadas. Y de ahí vienen los elogios que tributais á los que obraron de este modo, como Temístocles que prefirió abandonar la ciudad, y trasladar sus habitantes á frágiles leños, y los que apedrearon á Circilo y á su mujer porque aconsejaba ceder á los persas. Aquellos hombres sabian que nacemos para la patria, y que no siendo ella libre, debe preferirse la muerte.»

167. «Si yo me empeñase en probar que traté entonces de escitar vuestro entusiasmo, para que hicieseis cosas dignas de vuestros antepasados, nadie podria criticarme. Pero digo y declaro, que vosotros estabais ya animados de estos sentimientos, y yo no hice mas que secundarlos. Acusándome pues este como autor de todos los males, no solo pretende arrebatarme este honor, sino tambien á vosotros los elogios de la posteridad. Pues si yo sucumbo en esta causa, parecerá que vosotros obrasteis con poco seso, y que la desgracia ha acontecido por vuestro yerro, no por disposicion de la Providencia. Pero no es posible, no es posible, atenienses, que os equivocaseis, habiendo tomado la defensa de la libertad y del bien general, lo juro por nuestros antepasados que pelearon en Maraton en favor de los demás; por los que formaron en las filas en Platea; por los que combatieron en Salamina, en Artemisio, y por los que están sepultados en panteones públicos, que murieron con valor, aunque no siempre con felicidad. Y tú, maldito escribiente, para quitarme el premio contabas hazañas antiguas, y pregunto, ¿qué tienen que ver con la presente causa? Al aconsejar á la república, ó cómico de terceros papeles, en asunto tan importante, ¿debia proponerle cosas indignas de ella? En asuntos de interés particular os gobernais por leyes particulares; pero cuando tomais la vara y la contra-

seña (symbolo) para deliberar sobre cuestiones de alto interés social, parece que tomais tambien la magnanimidad de la república y los grandes ejemplos de nuestros mayores.»

168. «El haberlos mentado me ha hecho desviar de lo que estaba esplicando. Vuelvo á ello. Asi que llegamos á Tebas encontramos á los embajadores de Filipo y de sus aliados, y á nuestros partidarios aterrados, y á los suyos animosos. Léanse las cartas [1] que enviamos acá, en que os dábamos cuenta de que aquellos hablaron los primeros delante del pueblo reunido, y ponderaron los agravios que este habia recibido de nosotros, y al contrario lo mucho que le habia favorecido Filipo; que si no querian unirse á él para hacernos la guerra, diesen paso á sus tropas para hacerla solo; y que si se aliaban con nosotros, la Beocia seria el teatro de ella, y la que sufriria todas sus consecuencias. Yo refuté todas las razones de aquellos enviados, y creo que conseguí el mayor triunfo que jamás hubiese conseguido. Los tebanos llamaron á vuestras tropas, á las que dieron una prueba de la confianza que tenian en ellas admitiéndolas en sus propias casas, y uniéndose con las mismas para combatir al enemigo comun, con lo que declararon que la justicia estaba de nuestra parte. Cuando el pueblo ateniense ofreció sacrificios para dar gracias á los dioses por la felicidad con que se habia llevado á cabo la alianza, ¿te hallaste presente, Esquines, y tomaste parte en el comun regocijo? Si dices que sí, ¿por qué ahora repruebas lo que entonces aprobaste? si dices que te estuviste oculto en tu casa, ¿qué castigo no mereces por no haber querido participar de las públicas demostraciones? Filipo al saberlo se puso furioso, como lo prueban las cartas que escribió á los del Peloponeso, y á vosotros.»

169. «Muchos oradores habeis tenido, atenienses, escelentes, como Calistrato, Aristofon, Céfalo, Trasíbulo y otros mil: ninguno de ellos se entregó en cuerpo y alma á la república. Quien proponia un proyecto, no se encargaba de una embajada: el embajador no era el que la habia propuesto, por-

[1] Hasta aquí se encuentran los documentos enteros; en adelante no se hace mas que citarlos, lo que perjudica algo á la claridad.

que se reservaban siempre un medio de escusarse, si algo acontecia. Dirá alguno: ¿te crees tú de tantas fuerzas y atrevimiento, que solo quieras cargar con todo? No digo esto, sino que comprendi que era tan grande el peligro, que era necesaria una persona decidida, que no mirase por su seguridad propia, sino que se consagrase enteramente al bien de la patria. Yo propuse lo que en conciencia creí mejor, y desempeñé las comisiones que me confiasteis con entereza y lealtad. Filipo lo conoció, y dió á entender en sus escritos, que toda su ira iba dirigida contra mí. Por esto vosotros me coronasteis á propuesta de Demomeles. Diondas se opuso, pero no llevó la quinta parte de votos. El decreto estaba concebido en los mismos términos, que el anterior de Aristónico, y el actual de Ctesifon, y sin embargo Esquines no le atacó, pudiendo hacerlo con mas probabilidad de éxito, porque ahora tiene contra él la autoridad de cosa juzgada, como si se hubiese propuesto dar un espectáculo de un certámen entre oradores, en que vosotros debieseis juzgar de los respectivos discursos, y no de los intereses públicos.»

170. «Os pide que os despojeis de toda prevencion en mi favor, y que deis crédito á sus razones, como á una cuenta despues de haberse examinado. Lo mismo que dice prueba que teneis formada opinion de mí, opinion fundada no en números, sino en hechos, que es la manera de juzgar á los hombres. Hélos aqui. Mi política hizo que los tebanos no se uniesen con Filipo, é invadiesen juntos nuestro territorio, que se alejase la guerra á 700 estadios de distancia, que la Eubea no nos molestase con sus piraterías, que Bizancio unida con nosotros impidiese á Filipo de ocupar el Helesponto, y que fuésemos tratados por él con bastante consideracion. Cuando se hace una acusacion séria, y no se trata de calumniar, no se buscan pelillos, como si yo me serví de tal ó cual palabra, si hice tal ó cual gesto, si estendí la mano de esta ó aquella manera. Mejor era detenerse en consideraciones sobre los recursos de la república y sus fuerzas cuando entré en la administracion para hacerme cargos si por mi culpa se habian disminuido. Lo que pues él no hizo, yo haré.»

171. «Atenas no podia casi contar con las islas: las princi-

pales estaban por Filipo. Las rentas públicas eran 45 talentos, XXVII
que estaban ya cobrados: milicia estranjera de armas pesadas ninguna, caballería solo la ciudadana; los vecinos poco seguros. ¿Cuál era el estado de nuestro enemigo? Era el jefe supremo y único de sus tropas, lo que es una gran ventaja para la guerra. Ellas estaban aguerridas: abundaba en dinero: no tenia que dar cuenta á nadie de sus operaciones, no debia prepararlas, y anunciarlas con proyectos para discutirse en una asamblea, no estaba espuesto á acusaciones de infracciones de ley, ni á la malicia de los calumniadores; en una palabra, era soberano, general en jefe, y señor de todo. ¿Qué poder tenia yo, que era su contrario? ninguno. Pues la facultad de emitir mi voto en la asamblea la tenian tambien los pensiona-
dos de Filipo. Y sin embargo os procuré aliados á los de Eu- XXVIII
bea, á los Aqueos, los Corintios, los Tebanos, los Megarenses, los de Leucada y los Corcirenses, de los cuales conseguí 15 mil soldados estranjeros, y 2 mil de á caballo á mas de nuestras fuerzas, y junté todo lo que pude de contribuciones. No debíamos andar con dichos pueblos en dimes y diretes, ni en tanto mas cuanto, porque si se hubiesen unido á Filipo, entonces hubierais dicho que los habíamos abandonado, y que por esto el Helesponto estaba en su poder, que se habia apoderado del transporte de cereales, que los tebanos nos amenazaban con la guerra, que no podia navegarse por la piratería de los Eubeos, y otras cosas semejantes. Es triste, atenienses, tener que habérselas con un calumniador, que siempre está acechando y buscando que reprénder, como esta zorra que nunca ha hecho cosa buena, mono de teatro, Enomao gro-
sero, y orador de mal quilate. Ahora nos viene con cuentos XXIX
pasados, como el médico, que cuando llevan al difunto á enterrar, dice: si hubieseis hecho esto y lo otro, no hubiera muerto. Aturdido! ¿ahora lo dices?»

172. «La desgracia, de que andas tan ufano, y que mas bien debieras lamentar, no estuvo en mi mano evitarla. En todas las conferencias que tuve con los enviados de Filipo salí airoso, lo demás lo hicieron sus armas. ¿Podia yo oponerme solo con mis palabras á sus ejércitos? Lo que incumbe á un orador, prever los sucesos, anunciarlos, quejarse de la lentitud,

instruir á sus conciudadanos, procurar la buena armonía entre ellos, quitar las disputas, y corregir los demás defectos que hay en un estado libre, yo lo desempeñé, y no falté á mi deber. ¿Cómo logró Filipo lo que conquistó? con sus soldados y con sus dádivas. En los ejércitos no mandaba yo, y así no tuve que ver. A las dádivas resistí, y quedé superior á Filipo.
XXI Despues de la derrota, asediados como estabais de peligros y llenos de temor, era fácil que os airaseis contra mí: sin embargo sucedió todo lo contrario. Yo fuí el encargado de proveer á las fortificaciones, á los cuerpos de guardia, á los alimentos. Mis enemigos refunfuñaron, y me atacaron por todos lados, por los consejos dados al pueblo, por mis comisiones, por las cuentas. Entonces tuve que defenderme de Sosicles, de Filocrates, de Diondas y de Melanto; y vosotros me apoyasteis, y me sacasteis siempre á salvo. Prefiero, dice este, á Céfalo, que nunca se vió acusado. Glorioso es ciertamente para él, pero no lo es menos el ser muchas veces acusado y nunca condenado.»

173. «Lo que añade de la fortuna no es de cabeza sana. ¿Quién puede prometérsela siempre favorable? Sin embargo en medio de vuestras desgracias hallo, que vosotros habeis sacado mejor partido, que aquellos que se creian felices, con tal que os viesen humillados. Por lo que toca á la fortuna particular, compara la tuya con la mia, Esquines, y verás cuanto me ha favorecido mas á mí. (Esplica lo que fué desde niño, y lo que ha sido despues, hace que se lean los cargos que ha desempeñado, y cuenta tambien todo lo peor de Esquines y de su familia.) Pero dejando esto, particular á nosotros, dime, Esquines, si sabes algun griego ó bárbaro, ó algun pueblo, que no haya sufrido nada de Filipo, ó de Alejandro; y como no podrás citar ninguno, dime tambien si te parece que esta general calamidad debe atribuirse á una causa superior y no á mí, y si es justo que yo solo sea el responsable, cuando todos estabais presentes en los acuerdos que se tomaban, y no os oponiais. En el curso regular de las cosas, el que delinque con conocimiento, es castigado; el que contra su voluntad, no: el que con la mejor intencion acomete una empresa en provecho de los demás, no descuida nada, y se de-

dica enteramente á ella, y no obtiene el resultado que esperaba, ¿es justo que se le moleste con críticas y con dicterios?»

174. «Esquines os advierte que no os dejeis seducir por mis palabras, como si él hubiese sido siempre sincero con XXV vosotros en sus discursos, y como si no estuvieseis enterados de quien es él. El efecto de la elocuencia depende siempre de la aceptacion que merece el orador á sus oyentes, mas bien que de su habilidad. Cualquiera que sea la mia, declaro, que la he empleado siempre en interés de la república, no por odio á los particulares; pues creo que las cuestiones que puede haber entre estos han de ventilarse en vuestro tribunal, no para que vosotros sancioneis la cólera de que está poseido el orador, sino para que administreis justicia. La cólera y la vehemencia están bien cuando se han de defender los intereses de la patria contra sus enemigos. Pero venir á un juicio solemne por una corona, es prueba de ánimo rencoroso, envidioso, vil, bajo y mezquino. De modo que creo que no has tenido otra intencion sino hacer alarde de tu elocuencia y de tus pulmones. Un hombre público, y sobre todo un orador, estudia lo que quiere el pueblo, y lo que le conviene: en persuadirle, ó disuadirle emplea su elocuencia. Antes de la batalla tú jurabas por todos los dioses, que no tenias ninguna relacion con Filipo: despues no te cansabas de repetir que eras su huésped y amigo, mudando el nombre de mercenario ó pensionado. El hijo de Glaucotea timbalera amigo, huésped ó familiar de Filipo? El pueblo no se engaña en sus juicios: conocia bien la línea que nos separaba á tí y á mí. Por esto cuan- XVIII do se trató de nombrar un panegirista de las virtudes de los valientes que perecieron en Queronea no pensó en tí, ni en Démades, ni en Egemon, ni en otro de los vuestros, aunque ambicionaseis mucho este honor, é hicieseis todo lo posible para desacreditarme. Porque no quiso valerse de uno que hubiese dado muestras de hacer causa comun con los enemigos. Los mismos parientes me dispensaron tambien el honor de creerme si no el mas cercano en sangre, á lo menos en afecto, y el mas penetrado de dolor. Se vió bien qué ciudadano era Esquines, cuando al referir las desgracias de la patria, lo

hizo sin derramar una lágrima, y con la misma entonacion de
voz, que si hubiese contado una cosa indiferente.

175. «¿Y este tal se atreve á mentir y calumniarme, supo-
VIII niéndome afecto á Filipo? ¡Ó tierra, ó dioses! ¿qué no es
IX capaz de decir? Por Hércules y por todos los dioses, que yo
voy á nombrar á todos aquellos que como este, en sus res-
pectivos paises han favorecido la causa de aquel, y los han
esclavizado. (Siguen los nombres.) Estos son los traidores, los
que han vendido la libertad á Filipo primeramente, despues
á Alejandro, y que por satisfacer á sus liviandades han des-
truido la cosa en que cifraban su honor y regla de conducta
todos los griegos. En este tráfico infame no tuvimos parte ni
la república ni yo. Se me brindó con muchos ofrecimientos y
promesas, y no me dejé seducir. Y tú preguntas, ¿por qué ha
XI de dárseme la corona? No tengo en cuenta para ella la repa-
racion de los muros y abertura de zanjas: la verdadera forti-
ficacion y las verdaderas murallas las levanté proporcionán-
doos la amistad de los pueblos. Si hubiese habido un ciuda-
dano decidido, como yo lo he sido entre vosotros, en cada
ciudad de Grecia, ó á lo menos en Tesalia y en Arcadia, nin-
gun griego de la parte de acá de las Termópilas, ni de la
parte de allá, se veria privado de su libertad, y todos vivirian
seguros y tranquilos en su patria. Léanse los ausiliares que
procuré á la república. Hé aquí los méritos que puede alegar
un buen ciudadano, que está siempre atento á sus necesida-
des, y que no espia la ocasion de poder servir á los enemigos,
y zaherir á los que trabajan y esponen francamente su opi-
nion en las asambleas presentando proyectos útiles, y que no
XXVIII está ocioso como Esquines, que parece no sale de su retiro
sino cuando os ve á vosotros cansados de un orador que os
está siempre hablando en interés vuestro, ó cuando sucede
algun caso adverso, para echar la culpa al que ha andado en
ello. Entonces saca su repuesto de frases, entonces emplea
aquella su voz clara y sonora para hablaros de cosas imperti-
nentes. Cuando nos afanábamos por buscar aliados, dinero,
provisiones, cuando habia que contrarestar los proyectos de
nuestros enemigos, entonces podias, Esquines, mostrar tu
patriotismo, y aplicar tu hombro en ausilio de la república.

¿A qué alianza has cooperado tú? ¿qué embajada ó qué comision la ha traido algun provecho y honor? En los asuntos confiados á tí, ó nuestros, ó de los griegos, ó de los estranjeros, ¿qué arreglo útil has hecho? ¿Qué armas? ¿qué buques? ¿qué arsenales? ¿qué reparacion de murallas? ¿qué caballeria? ¿qué utilidad ha sacado de tí la república? ¿En qué has contribuido en bien general ó particular? En nada. Pero, ó caro, dirás, tenia buena voluntad. ¿En dónde? ¿cuándo? ó desalmado, mientras todos dieron algo para las necesidades urgentes de la ciudad, y Aristónico estaba encargado de recogerlo, no te presentaste á ofrecer tambien por tu parte. Es que habrias disgustado á aquellos á cuyo servicio están subordinados todos sus actos. ¿En qué muestras tu valentia y esplendidez? en dañar al pueblo. Entonces tu voz es clarisima, tu memoria felicisima, eres un cómico escelente, y el trágico Teocrines. »

176. «Has citado á los grandes hombres, y has hecho bien; XXIII
pero no es justo, atenienses, entrar en comparaciones con ellos. ¿Quién ignora que los que viven están sujetos á envi- XXIV
dias y críticas, y que hasta los enemigos respetan á los muertos? Yo vivo y estoy entre vosotros, comparadme con los vivientes, con Esquines y cualquier otro: no rehuyo la comparacion. Los que nos precedieron prestaron inmensos servicios á la patria, ¿quién lo duda? pero qué te parece, Esquines, ¿debe ella ser ingrata con aquellos que actualmente la sirven con esmero, ó bien apreciar y honrar sus méritos conforme sean? Digo mas, si se examinan mis actos, se encontrará que yo he procurado imitar el celo de aquellos grandes hombres: al contrario si se observan los tuyos, se verá que has imitado á aquellos de su tiempo que los censuraban, porque nunca han faltado de estos, y que han citado como tú á los mas antiguos por envidia de los contemporáneos. ¿No soy semejante á ellos? ¿Y tú, Esquines? ¿y tu hermano? ¿y cualquier otro de nuestro tiempo? no hay ciertamente ninguno. No porque Filamon fuese inferior á Glauco y otros antiguos atletas salió sin corona de los juegos olimpicos, sino que la recibió porque venció á sus competidores. Mientras yo discurria y proponia medios para salvar á la patria, tú y los de tu bando

os estabais silenciosos. Cuando aconteció lo que ojalá no hubiese acontecido, héos ahí en el puesto, y en soberbios caballos ostentar vuestra grandeza, y yo desvalido, lo confieso, pero mas amigo del pueblo. Dos cualidades debe tener un buen ciudadano, decision y valor para defender la independencia y dignidad de la patria, y buena voluntad en todas las ocasiones y actos. Esta está en el carácter, lo demás depende de otros. Que á mí no me ha faltado jamás, os lo pruebo, citándoos cuando fuí reclamado para ser entregado, cuando me obligaron á comparecer en el tribunal de los Anfictiones, cuando me amenazaron, cuando desencadenaron como fieras á estos infames contra mí. Desde un principio me propuse seguir los mas sanos principios en política, conservar y aumentar el honor, la gloria y el poder de la patria. No voy dando vueltas por la plaza alegre y triunfante, tomando la mano á estos y á aquellos, y comunicándoles noticias favorables de otros, que comunicarán á su vez; ni oigo con terror y la cabeza baja las de nuestra república como estos impíos, que alaban los sucesos prósperos que van unidos con las desgracias de los griegos, y dicen que se ha de procurar que duren siempre.»

«Que no les deis oidos, ó dioses todos, antes bien inspiradles mejores sentimientos; y si son incorregibles, perezcan por tierra y por mar ellos solos, y á los demás dadnos seguridad y un pronto término á los temores que nos sobresaltan.»

---

177. El resultado del juicio fué, que no habiendo Esquines tenido en su favor la quinta parte de votos, y no pudiendo ó no queriendo pagar la multa impuesta en este caso, salió de Atenas, y fué á la isla de Rodas, y despues á Samos, en donde murió, como se ha dicho al principio de este artículo.

178. Al poner los dos discursos de Esquines y de Demóstenes, si no enteros, suficientemente estensos para poder formar juicio, no se ha querido ofrecerlos como al tribunal del público, para que este decida sobre la justicia ó injusticia del fallo de los jueces, ó lo que es lo mismo sobre si era ó no fun-

dada la acusacion del primero contra el segundo, sino sobre si es ó no fundado el concepto que han merecido en todos tiempos como producciones literarias. En nuestra humilde opinion Esquines tuvo la ventaja de escoger el terreno en que habia de combatir, el órden del combate, y las armas. El terreno fué la politica; el órden, el que siguió en su discurso; y las armas los actos de la vida privada y pública de Demóstenes. Tuvo además el tiempo que necesitó para preparar todo esto; pues ya se ha dicho, que desde la presentacion del pedimento para que se señalase dia para la celebracion del juicio hasta que se verificó, transcurrieron ocho años; y no es regular que en este intervalo anduviese publicando lo que habia de decir para que su adversario disfrutase de la misma ventaja. Tal vez á esta circunstancia se debe el que parezca el discurso trabajado con mucho esmero y artificio, de modo que quizá no se equivoca Demóstenes cuando dice, que parece haber tenido Esquines intencion de celebrar una especie de certámen literario, en que los jueces y el público juzgasen sobre el mérito de los dos oradores, mas bien que de hacer una acusacion solo á impulsos del interés de la patria. Como pieza oratoria tal vez gustará mas á algunos el de Esquines que el de Demóstenes. Será un desatino si se quiere, pero en materia de gustos no hay que disputar. Admira en primer lugar el órden con que todo está dispuesto, y que es el mas natural. Despues de un exordio muy oportuno enuncia el objeto del discurso, y como tres eran las infracciones de ley que segun Esquines habia cometido Ctesifon, las sigue una por una.

179. Algunos opinan que se detuvo poco en lo de las cuentas y del lugar de la coronacion, y que siendo esta la cuestion propiamente legal, era preciso dejarla bien resuelta de modo que no tuviese réplica; pues en cuanto al mérito del que debia ser coronado dependia del juicio particular de cada uno y del modo de ver las cosas. Sin embargo parece que en la parte legal es mas feliz Esquines que Demóstenes, pues no admitiéndose leyes contradictorias en el mismo asunto, como dice el primero que no podian admitirse en Atenas, se pregunta: ¿puede ó no ser coronado alguno antes de rendir cuentas, ha-

biendo gastado dinero del público, prescindiéndose de si el que le ha gastado ha empleado tambien y dado del suyo? Si se dice que no, segun lo prueba con la ley Esquines, Ctesifon pedia una cosa ilegal, si al hacer su propuesta realmente Demóstenes que habia manejado dineros públicos, no habia dado ninguna cuenta; pues que la diese despues no quita la ilegalidad primera. Y debe presumirse que no la habia dado, pues que Esquines no hubiera sido tan malicioso y tan necio, que le hubiese hecho un cargo por una falta que no existia con gran descrédito suyo. En cuanto al lugar, la ley citada por Esquines es terminante, y aunque diga Demóstenes haber sido él coronado en el teatro otras veces, no prueba sino que se infringió la ley ya antes, ó que fué coronado á peticion de los de su tribu, ó de otra ciudad, en cuyo caso con permiso del pueblo podia hacerse la coronacion en el teatro. Fortificado por tanto Esquines con las leyes empieza su ataque con ellas, y deja para la tercera parte el estenderse mucho sobre la dignidad ó indignidad de Demóstenes. Aquí tuvo que valerse de todos sus recursos, porque era muy dificil quitar á los atenienses la buena opinion que tenian de su acusado. Por esto, á mas de las razones al parecer bastante plausibles para negarle el premio, traza aquellos brillantes cuadros capaces de hacer impresion en sus oyentes dotados de una imaginacion muy viva; como aquel de las vicisitudes humanas; cuando los traslada desde el tribunal al teatro para oir lo que decia en otro tiempo el pregonero público sobre los huérfanos mantenidos á espensas del estado hasta la edad de pubertad por haber muerto sus padres peleando por la patria, y lo que dirá pregonando á Demóstenes coronado por el pueblo habiendo él sido la causa de aquella orfandad, y habiendo desertado de las filas en que aquellos murieron. Cuando presenta aquel magnífico contraste entre la magnanimidad por una parte de los hombres que defendieron la libertad é independencia durante las guerras médicas, y el egoismo de los de su tiempo, y por otra la parsimonia con que se concedian los premios entonces, y la profusion con que se concedieron despues. Finalmente cuando en el epílogo hace comparecer como espectadores del juicio á Solon, Temístocles, Arístides, y todos los que mere-

cieron públicos mausoleos, quejándose de la concesion de un premio que antes solo se daba á la virtud, y patriotismo, y que en aquel acto se daba á uno que habia conspirado con los bárbaros contra los griegos.

180. No puede disimularse que se ve en Esquines demasiada animosidad, que busca faltas donde tal vez no existian. No parecen bien aquellas personalidades que se observan con frecuencia en los discursos de los antiguos, y que ha desterrado la civilizacion cristiana. Es muy cierto lo que dice Demóstenes, á saber, que una cosa es una acusacion, otra un insulto; y que los tribunales no deben ser un palenque en que acusador y acusado ó actor y reo se digan á porfía denuestos. No obstante Demóstenes no se quedó corto, y no se abstuvo de lo mismo que reprende. Tampoco debe aprobarse aquella exageracion que usa Esquines cuando dice, que Demóstenes se ha herido diez mil veces de intento para poder armar pleitos á otros y sacar dinero, y mucho menos aquel juego de palabras cuando emplea una griega que significa ***cabeza*** y ***suma*** ó ***capital*** para espresar esto último, debiendo segun el contexto usarla en el primer sentido.

181. En cuanto á Demóstenes, se nota que distribuyó las pruebas como un buen general distribuye sus tropas para el combate, esto es, las mas fuertes en los estremos, y las mas débiles en el centro. Para él las cuentas y el lugar de la coronacion eran una cuestion de tramitacion, que por si era poco importante, y que no tenia que ver con el fondo. Ya se ha dicho en el principio que la causa que se ventilaba era mas que una causa personal, era eminentemente política. Asi como en los gobiernos representativos se ofrecen ciertas cuestiones que se llaman de gabinete, porque de su resolucion depende la continuacion ó caida del ministerio; asi tambien con motivo de la corona que proponia Ctesifon deber concederse á Demóstenes, se queria hacer un llamamiento al pueblo de Atenas, para saber sus disposiciones respecto al espíritu nacional y patriótico, que tanto le habia enaltecido siempre. Por la historia de aquellos tiempos, y por lo que se desprende de los discursos de los dos oradores de que nos ocupamos, se ve, que el uno era el jefe de los que defendian una política contempo-

rizadora, y el otro de los que estaban por la resistencia y el *statu quo*. Demóstenes era el jefe de esta última política, pues á pesar de lo que dice Esquines, que él fué quien junto con Filocrates procuró la paz con Filipo despues de lo de Anfípolis, que estuvo muy galante con los enviados de aquel rey, y que en su misma corte y en su presencia dijo cosas que no hubiera dicho su mayor adulador; la verdad es, que fué despues su mas obstinado enemigo, y que á dañarle dirigió todos los actos de su vida. Esto estaba en la conciencia de todos, y el mismo Filipo, Alejandro y Antipatro declararon varias veces, que su mayor enemigo, y el que con mas talento y perseverancia procuraba frustrar sus planes era Demóstenes.

182. Si se pregunta, ¿obraba cuerdamente este orador, abrazando con tanta decision la causa del pueblo de Atenas, y oponiendo una resistencia tan tenaz á los que favorecian á un estranjero que pretendia la supremacía de la Grecia? Diremos que no solo obraba cuerdamente sino justamente, porque es deber de un ciudadano defender á todo trance las instituciones de su pais, mayormente cuando él mismo se las ha impuesto, y están canonizadas ya por el tiempo, y conservar las tradiciones legítimas que transmiten ó esplican la manera de ser del mismo. Pues bien, si esas tradiciones eran, que la república de Atenas en todos los peligros de la Grecia habia figurado en primera linea, y habia empleado siempre sus fuerzas en defender las libertades comunes, y si por no decaer de esta preeminencia habia sostenido una guerra de 27 años con Esparta; un orador que no consultase mas que el respeto á esas tradiciones debia aconsejar á los atenienses que resistiesen todo lo posible á las pretensiones de un príncipe que se consideraba estranjero, y que aspiraba á señorear á toda la Grecia.

183. Si Demóstenes creia realmente que la resistencia era inútil, porque varios de los estados griegos se habian declarado por Filipo, y no podia contarse mucho con los demás, entonces no hubiera obrado cuerdamente aconsejándola; pero él no estuvo nunca en esta persuasion, y solo se quejaba de la apatía de sus compatriotas, y de la felonía de los partidarios de Filipo. Aun así, hizo todo lo que la prudencia humana

aconsejaba, y si no tuvo buen resultado su diligencia, atribúyase, como él lo atribuye á una causa superior, que burla todos los cálculos de los hombres. Envia Filipo tropas á la Eubea; allí están luego las de Atenas: quiere forzar el paso de las Termópilas; los atenienses se lo impiden: hace una espedicion á Bizancio para apoderarse de esta ciudad y de todo el Quersoneso; Focion general ateniense le echa de allí. Solo cuando los tebanos le abrieron, digámoslo asi, la puerta, llamándole para concluir la guerra focense, fué cuando los atenienses no pudieron ya resistirle con ventaja. Obsérvese aquí el gran talento y habilidad de Demóstenes.

184. Los tebanos eran los que habian colocado á Filipo á las puertas del Ática en odio á los atenienses; pues bien, los mismos tebanos serán los que persuadidos por él le opondrán una fuerte barrera, para romper la cual tendrá Filipo que emplear todas sus fuerzas con gran peligro de perder en una jornada el fruto de tantas victorias, astucias y dinero. El pueblo pues que sabia todo esto, ¿cómo podia dejar de idolatrar á Demóstenes? los jueces que le representaban ¿cómo no participarian de la misma afeccion? los numerosos oyentes que habian acudido de todas partes ¿cómo no demostrarian sus simpatías por un orador tan popular? Una prueba de esto: cuando decia Demóstenes á Esquines, que preguntase á los jueces si le creian huésped ó pensionado de Filipo, se corrigió de este modo: ***pero no, yo mismo voy á hacer la pregunta: ¿creeis que Esquines sea pensionado de Filipo?*** las palabras que siguen demuestran que con gestos ó con palabras contestaron afirmativamente.

185. Tenia pues á su favor al tribunal, al auditorio y á la multitud que no se hallaba presente. Por lo que su discurso fué como un continuado triunfo, porque la mayor parte de él se ocupa en referir lo que habia hecho en favor de la república. Se aplica mas á esto y á hacer sospechoso á Esquines que á refutar sus argumentos ó cargos. Por esto parece que algunos de ellos quedan en pié, como el de los anfisenses, el de Callias ó de la Eubea, el de Anaxino de Oreo, de quien solo dice incidentalmente que era espía de Filipo, y algunos otros de menos importancia. Ataca él á su vez á su contrario, y lo

hace con golpes tan repetidos y recios, que no le deja lugar de respirar, como por ejemplo cuando dice: «Asi que se supo en Atenas la toma de Elatea por Filipo se juntó como maquinalmente el pueblo, y entonces el pregonero invitó en nombre de la república á los que quisiesen hablar: allí estaban los oradores, allí estaban los otros funcionarios, y nadie acudió al llamamiento de la patria que en este sentido debe tomarse la voz del pregonero: yo solo subí á la tribuna, y dije lo que creí conveniente: ¿porqué no te presentaste tú? ¿porqué no contestaste á mis proyectos? ¿porqué repruebas lo que entonces aprobaste?» En otra parte le estrecha de este modo: «¿qué armas? ¿qué buques? ¿qué dinero? ¿qué alianzas? ¿qué arsenales has procurado tú á la república?» Diciendo á los jueces que si desaprobaban la propuesta de Ctesifon, seria como desaprobar la conducta del pueblo de Atenas, que habia sancionado todos sus proyectos, y declarar que se habia equivocado, parece que bastaba que se hubiese afirmado mas en ellos para deducir que no se habia equivocado el pueblo. Pero no le bastó esto, sino que lo juró por los que murieron en Maraton, en Salamina, Artemisio y todos los grandes héroes atenienses; lo que prueba la profunda conviccion en que estaba de que habia obrado conforme á lo que exigian las circunstancias, y á lo que puede sugerir el mayor talento ocupado esclusivamente en un asunto. Por esto añade en otro lugar, que innumerables fueron los oradores en Atenas, que de ellos el que aconsejaba una cosa, no la ejecutaba por no cargar con toda la responsabilidad; pero que él habia propuesto la embajada, habia redactado el decreto, la habia desempeñado, habia logrado lo que se queria con ella, y habia puesto en ejecucion el convenio. Es tambien notable en el exordio, cuando hace ver la diferencia que habia entre el acusador y él; «pues el acusador, dice, arriesga solo quedar desairado, no aprobándosele la acusacion; yo perder vuestra benevolencia, y... pero no quiero anunciar desde el principio ningun augurio funesto.»

186. Para gustar de la oracion de Demóstenes es menester primeramente conocer muy bien la lengua griega, y despues la historia de aquellos tiempos. Aun así debe leerse dos ó tres

veces, porque es tanta la precision de la frase, y tan vigorosa la argumentacion, que se necesita estar muy atento para comprender bien la primera vez lo que se lee. Esta atencion continuada y la estension del discurso hacen fatigosa la lectura: tambien contribuye á esto la repeticion de algunos pensamientos, como ***tú te estabas callado: yo hice esto, ¿qué debia hacer?*** La marcha parece que procede lentamente: no conoce el lector cuando va á acabar sino cuando llega á la corta deprecacion con que termina. En una palabra el arte no se ve tan manifiesto como en Esquines, pero en esto está tal vez su mayor mérito. Dice muy bien Zosimo Ascalonita que la magnificencia de la composicion de Demóstenes no permite ser comprendida por los jóvenes ó principiantes, que sin duda en su tiempo conocerian suficientemente el griego: nosotros debemos considerarnos como aquellos principiantes sin tener la ventaja que poseian en cuanto á la lengua; y así tal vez sea un atrevimiento cuanto hayamos dicho sobre el citado orador, del cual es ya tiempo que demos algunas noticias biográficas y de sus demás escritos.

DEMÓSTENES.

N. en 385. M. en 322 antes de J. C. — 432 de R.

187. Se cuentan cosas estraordinarias de este orador, tambien estraordinario, que creemos no hay necesidad de suponer inventadas por la imaginacion de los griegos. Su padre que llevaba el mismo nombre, era fabricante de espadas en Atenas: pertenecia á la tribu Pandionis, y al *demo* ó pueblo Peanio. Su madre Cleóbula era hija de Gylon que desempeñando cierto cargo en el Ponto por la república dió lugar á que se sospechase de su fidelidad, y formándosele causa evitó con la fuga la pena capital que se le impuso. Esquines lo refiere en este sentido: otros lo atribuyen á la suspicacia que era innata á los atenienses, que les hacia por frívolos pretestos atacar la conducta de los mas intachables. Como quiera que sea volvió al mismo país del Ponto en donde casó con una rica mujer procedente de Escitia, de la cual hubo dos hijas.

Y como deseaba conservar á lo menos para ellas su patria, las envió ocultamente á Atenas, en donde luego se colocaron. Una de ellas fué la madre de nuestro orador, el cual quedó huérfano de padre á los siete años, y tuvo que dar en manos de tres tutores, que aunque parientes ó amigos de su padre administraron muy mal la herencia paterna, y cuidaron muy poco de su educacion é instruccion, en términos que le escaseaban el salario de los maestros. Creen algunos que lo hacian para que se criase idiota, y al llegar á mayor edad no les exigiese cuentas. Pero se equivocaron, porque la naturaleza le habia dotado de todas las cualidades que se necesitan para un hombre de letras, á saber, gran capacidad, mucha memoria, y lo principal, estraordinario amor al saber y una aplicacion infatigable. Antes bien lo mal que se portaron los tutores con él le hizo conocer la necesidad que tenia de estudiar para ponerse en estado de reconvenirles á su tiempo. El haber oido en el foro á Calistrato famoso orador, y el haber sido testigo de los grandes aplausos que obtuvo, le encendió en deseos de ser tambien orador. Para lo cual hubiera querido aprender la retórica en la escuela de Isócrates, que era el maestro mas famoso de aquellos tiempos; pero no pudo, tal vez por culpa de los tutores. La aprendió de Iseo con ventaja suya, porque el género templado y casi amanerado de Isócrates no era el que le convenia, como hemos dicho en los números 55 y 63.

188. Llegado á la edad de 17 años acusó á sus tutores en unos discursos, que se conservan, y que prueban la semejanza de su estilo al de Iseo, de modo que algunos creyeron que habian sido escritos por este [1]. Fué bastante generoso con ellos, pues pudiendo exigirles 30 talentos, por el capital que habia dejado su padre y por los réditos, se contentó con 14. Entre tanto continuaba sus estudios, y como dirigia sus miras á la política fijó su atencion en las obras de Platon y de Tucídides, sobre todo en los discursos de este. Dicen que copió ocho ó diez veces su historia, y que llegó á saberla tan bien de memoria, que habiéndose quemado la biblioteca de

[1] Liban. *epist. ad Montium. proc.*

Atenas, pudo repararse esta pérdida poniendo por escrito lo que sabia; pero es mas probable que se reparase ella, caso de haberse verificado, con una de las ocho ó diez copias que habia sacado, ó con otro de los varios ejemplares que sin duda existirian. Empezó tal vez alguno á decir, que si se perdian los escritos de Tucídides, podria Demóstenes suplirlos con su memoria, para que otro añadiese, que efectivamente, habiéndose quemado en el incendio de la biblioteca de Atenas, se habia acudido á este medio para obtener otro ejemplar.

Cuentan tambien que para estar menos distraido mandó construir en su casa un aposento subterráneo, y que allí estudiaba y componia sus discursos á la luz de una lámpara, y que por esto se decia que sabian á aceite. Añaden que apretándole en cierta ocasion el trabajo ó la pasion al estudio se cortó el pelo solo de una mitad de la cabeza, para que la vergüenza de presentarse en público de este modo le obligase á estar encerrado, y que dormia en una mala cama para madrugar mucho.

189. Cuando se halló en disposicion de ser útil á los demás, y con el fin de ganar dinero, empezó á componer discursos judiciales para los que tuviesen necesidad de acudir á un tribunal. Parece que en cierto pleito tuvo la poca delicadeza de trabajar para los dos litigantes, lo que habiéndose sabido le llenó de confusion, y le decidió á dejar por entonces aquella ocupacion. Se entregó á la enseñanza, y pronto vió su clase concurrida por un gran número de alumnos. Uno de estos llamado Aristarco, hijo de Mosco, fué causa de que se tuviesen sospechas contra él de dos delitos á cual mas feos: es posible que fuese inocente, pero esto le disgustó tambien de la enseñanza, y la abandonó para entregarse á la política. Contribuyó tal vez á esta determinacion el haber tomado por mujer á la viuda del general Cabrias, uno de los mas distinguidos de su época. Era cuando Filipo rey de Macedonia, vencidos los enemigos que siempre lo habian sido de aquel reino, trataba de estender sus fronteras por la parte de la Grecia propiamente dicha; y cuando todos los griegos inclusos los atenienses miraban con indiferencia sus conquistas, adormecidos con

el arrullo de los oradores que no dejaban de repetirles sus victorias antiguas, y de asegurarles contra toda tentativa de parte de aquel rey. Demóstenes que vió la parte flaca de los atenienses, y que descubrió un grande horizonte, donde podria desplegar todas las velas de la elocuencia, tomó para si el despertarlos de aquel letargo, y hacer una cruda guerra á aquel, cuyos planes y ambicion comprendió desde luego. No podia dar un paso sin que Demóstenes le saliese al encuentro, ni formar plan alguno de campaña que no fuese desconcertado ó á lo menos embarazado por su prevision. Así es que tenia que valerse siempre de la astucia, de la mentira y del dinero para poder adelantar algo. Los atenienses seguian á ciegas los consejos de este orador, los cuales retardaron por algunos años la entera sujecion de la Grecia; y si no hubiese sido por los grandes triunfos de Alejandro, ante el cual, segun espresion de la Sagrada Escritura, enmudeció la tierra, y si en vez de triunfos hubiese tenido derrotas, la Grecia no hubiera caido bajo el yugo de Macedonia; y en este caso quedaba completamente justificada, si hubiese necesidad de esto, la conducta de Demóstenes al aconsejar la resistencia. Pero las intenciones nunca se juzgan por el éxito de los sucesos, sino por el fin que se lleva al formarlas y ponerlas en ejecucion.

190. Murió Filipo en 336, y le sucedió su hijo Alejandro, el cual continuó su misma política aun con mas fortuna, porque en poco tiempo consiguió lo que aquel no habia podido en muchos años. Por fin ya casi todos los estados se le habian sometido, ó habian firmado tratados de paz y alianza. Atenas habia hecho uno que luego se rompió: no obstante en paz y en guerra siempre habia tratado con Filipo de potencia á potencia. Pero cuando Alejandro sembró de espanto á toda la Grecia con la ruina de Tebas, Atenas hizo espontáneamente un acto de sumision que no habia hecho jamás ante ningun enemigo por poderoso que fuese desde el principio de su existencia. Le envió una embajada implorando clemencia, y como aquel príncipe exigiese que entre otros le fuese entregado Demóstenes, se le mandó segunda diputacion que le habló en estos términos: «Señor, no solo las personas sino la ciu-

dad están en vuestro poder, si quereis; pero obrad de una manera digna de Vos.» Alejandro sonriéndose dió á entender que se inclinaba al perdon. Desde entonces ni la república pudo tomar medidas contra Alejandro, ni Demóstenes aconsejarlas. Mientras se hallaba aquel en su espedicion de la India, varios de los gobernadores, que habia puesto en las provincias conquistadas, creyendo que ya no volveria, hicieron estorsiones terribles á los pueblos que se les habian confiado, y se levantaron con el dinero y se fueron á otra parte. Uno de estos llamado Harpalo, que habia quedado de gobernador en Babilonia, sacó de aquella rica provincia cinco mil talentos, y se fué á Atenas, creyendo que le recibirian allí y que estaria seguro. Procuró sobornar á los mas influyentes. Ofreció tambien dinero á Focion; pero este amenazó con hacer tomar á la república medidas severas contra él. Mientras se hacia el registro y se tomaba nota de su equipaje, Demóstenes, que se hallaba presente, vió una gran copa de oro, que decia Harpalo haber pertenecido al rey de Persia; y como mostrase cierta complacencia en mirarla y tuviese curiosidad de saber su peso, y Harpalo conociese que no le disgustaria llegar á ser dueño de ella, por la noche se la mandó con veinte talentos además ó sea veinte mil duros. La vista de esta alhaja y dinero debió causarle tal irritacion de nervios, que al dia siguiente fué á la junta del pueblo cubierto el cuello de vendas, y calada la cabeza en un abrigo de lana, y como se le instase á que subiera á la tribuna, se escusó diciendo que estaba ronco y que no podia hablar. Cabalmente debia la junta ocuparse de Harpalo. Por esto dijo Démades con mucha gracia, que la ronquera de Demóstenes era efecto no del aire sino del dinero, porque ya se habia sabido lo de la copa. Creyendo que el hecho no podria probarse, pidió él mismo que se hiciese una averiguacion jurídica de que quedó encargado el Areopago. Despues de seis meses presentó este su informe, del cual resultaban indicios graves contra Demóstenes. Fué acusado públicamente por varios oradores, y condenado á 50 talentos, y como no pudiese ó no quisiese pagarlos, se sujetó á la cárcel, de donde se escapó á Egina.

191. Habiendo sabido la muerte de Alejandro se dió prisa

en recorrer la Grecia para armarla, y determinarla á arrojar á los macedonios. Atenas le levantó el destierro, y le mandó un buque por cuenta del estado para llevarle desde Egina. Fué muy glorioso para él el dia de la entrada en el Pireo en medio de la muchedumbre que aplaudia por la vuelta del que consideraba como el único sosten de la república. Empleó toda su energía para hacer un levantamiento general que consiguió en parte: aconsejó que se atacase la guarnicion que los macedonios tenian en Tebas; pero la batalla de Cranon derrocó todos sus proyectos y esperanzas. Véase lo demás en el artículo de Hipérides. Solo añadiremos que cuando Arquias satélite de Antipatro fué para sacarle del templo de Neptuno de la isla Calauria, donde se habia refugiado, probó de persuadirle que saliese voluntariamente, y que no se le haria ningun daño: Demóstenes le contestó, que nunca le habia gustado su modo de representar el papel de Creon, y que sin embargo le representase ahora de nuevo [1]. A fin de que no se cometiese ninguna violencia por la cual el templo quedase profanado, dijo que iba á salir, pero tragó al mismo tiempo una dósis de veneno muy activo que llevaba consigo, y antes de pasar el umbral de la puerta cayó exánime. Los atenienses le erigieron una estatua, al pié de la cual habia un dístico que decia: «Si Demóstenes hubiese podido disponer de fuerzas iguales á su buen deseo, jamás Marte Macedon hubiera mandado á los griegos.»

192. Aunque la naturaleza le habia favorecido con muchas cualidades, como se ha dicho, le negó algunas que son absolutamente indispensables para un orador popular; pues tenia una voz débil, la respiracion corta; era balbuciente, y no podia pronunciar la r; al hablar en público, cierto movimiento de las espaldas hacia que se le cayese el manto. Todos estos defectos corrigió con su aplicacion y perseverancia. Iba á la orilla del mar, y allí peroraba cuando las olas estaban mas encrespadas y bulliciosas, esforzando todo lo posible la voz, con lo que se acostumbró tambien á la gritería de la multitud. Subia de prisa una cuesta recitando algun

[1] Plut. *Vit. Demosth.*

trozo, y así parece que se le dilataron los pulmones. Repetia muchas veces un verso de Homero en que hay muchas rr, y se ponia unas chinitas en la boca, y logró pronunciar esta letra. El feo movimiento de las espaldas le corrigió colgando una espada ó asador en el techo de su casa con la punta abajo, y colocándose él de modo que la punta le diese sobre la espalda, para que á cualquier movimiento irregular que hiciese quedase herido mientras se ejercitaba en perorar delante de un grande espejo. Bastó este temor para obligarle á estar sin menearse. Se dedicó estraordinariamente al gesto, que aprendió de un escelente cómico llamado Andrónico, pues le consideraba muy necesario para un orador popular. Por esto dicen, que preguntado cual era la cualidad mas indispensable á un orador, dijo, la declamacion, en el sentido en que se toma hoy dia esta palabra; y preguntado hasta tres veces, respondió lo mismo.

193. Era muy querido del pueblo, no solo porque se desvelaba continuamente por él, y le secundaba en sus buenos deseos, sino tambien porque era muy desinteresado, á pesar de lo que dice Esquines. Fué trierarca tres veces, es decir, equipó en tres distintas ocasiones de su cuenta tres buques para el servicio del estado; fué coreógrafo ó encargado de los gastos de una representacion teatral. Suplió de su dinero lo que faltaba para la reparacion de las murallas de Atenas; dió diez mil dracmas para sacrificios; dotó doncellas pobres, y las colocó en matrimonio; pagó el rescate de algunos prisioneros. Por todos estos méritos recibió plácemes públicos y coronas. Pero era muy vanidoso, bien que este defecto puede perdonarse á un gentil [1].

194. Como orador nadie le ha disputado el primer lugar entre los griegos, á quienes dejó muy atrás. Dionisio de Hali-

[1] Dice el P. M. Marquez en su *Espiritual Jerusalen* lo siguiente: «Demóstenes era tan vano, que si pasando por la calle, una moza de cántaro hacia del ojo á su compañera, dando á entender que aquel era el grande orador de Grecia, dejaba su camino él, y las iba siguiendo con el oido de un palmo por entender lo que hablaban.»

carnaso escribió un tratadito en que se propone demostrar el admirable talento oratorio de Demóstenes; y como en cosas de elocuencia no hay reglas absolutas, sino que todo depende del gusto y modo de ver de cada uno, mayormente cuando no se oye al mismo orador, sino que se le juzga en sus obras, creyó que lo mejor era ponerle en parangon con aquellos que tenian la reputacion de ser los mejores escritores y oradores de Grecia, como Tucídides, Lisias, Isócrates y mayormente Platon, llamado el divino no tanto por su ciencia filosófica, como por su espresion. Cita algunos trozos de estos, y los compara con otros de Demóstenes, en que se espresan poco mas ó menos los mismos pensamientos, y hace ver la ventaja que les lleva en todos conceptos. Él manejó con lo misma superioridad las tres especies de estilo que distinguian los antiguos, el tenue, el medio ó templado, y el grave, vehemente ó sublime. Lisias usó comunmente el templado; Platon le cultivó con esmero, y Demóstenes le llevó á la perfeccion. Porque Tucídides empleó un lenguaje levantado del comun, y oratorio, le estudió de un modo particular, sin que pueda decirse por esto que se ciñese á su manera, pues no tomó por modelo de estilo á ningun escritor, sino que se le formó propio y tan propio que no puede confundirse con el de ningun otro. Habiendo sido contemporáneo de la mayor parte de los mejores oradores, y de Jenofonte y Platon, aprovechó de todos, sin copiar de ninguno.

195. Recorriendo las cuatro partes en que dividian los antiguos la retórica, se ve que en todas sobresalió Demóstenes. ¿Quién no admira su portentosa fecundidad en las Filípicas? Cuando parece que están agotados todos los recursos, él encuentra alguno nuevo que proponer; cuando los ánimos están enteramente desmayados, él sabe darles nuevo vigor; cuando las armas de Filipo han invadido casi toda la Grecia, él halla medios para atajarle, y hace esperar contra toda esperanza. ¿Qué diremos de la segunda parte, esto es de la disposicion, la cual nunca es casual en Demóstenes, aunque á veces lo parece? Ponia mucho cuidado en sus discursos, estudiaba bien el asunto, tenia una imaginacion pronta, y cuando creia haber hallado materiales suficientes, los disponia del modo

que pudiesen hacer mejor efecto, sin que se descubra el arte ni por asomo, en lo que consiste lo sumo de la perfeccion. Esto que ofrece mucha dificultad á algunos, se le habia hecho como natural, lo mismo que á un buen general, que de una ojeada conoce la posicion del terreno, y las ventajas que puede sacar de él para la colocacion de sus tropas en la hora del combate. De aquí aquellos efectos tan sorprendentes que causaba su elocuencia en el auditorio. De aqui el mérito de todas sus oraciones. Preguntado Ciceron cuál era la mejor, dijo: la mas larga. Plut. *in Cic.* Para dar una idea de su fuerza oratoria baste decir, que Filipo las comparaba á un ejército aguerrido formado en batalla, mientras que comparaba las de Isócrates á los ejercicios de los atletas que solo se destinaban al placer. El mismo solia decir, que si hubiese oido á Demóstenes, se hubiera convencido de la necesidad de hacerse á sí mismo la guerra. Los atenienses de flojos se volvian animosos, de indiferentes decididos, de tristes alegres, de dudosos determinados: con la misma facilidad los hacia pasar del amor al odio, al despecho, á la ira, á la venganza, en una palabra los dominaba á su antojo [1]. En cierta ocasion los vió muy distraidos, y que no querian escucharle, y habiéndoles suplicado que atendiesen por breves instantes, pues era muy poco lo que queria decirles, todos callaron, y asi que los vió atentos, les contó esta fábula: «Un jóven alquiló un asno para ir desde esta ciudad á Megara; y como el dueño hiciese el mismo camino, al pararse en la hora mas calurosa para tomar algun alimento y descanso, los dos querian aprovecharse de la sombra del asno para librarse de los rayos del sol, diciendo el dueño que habia alquilado la bestia y no su sombra, y que por consiguiente podia aprovecharse de ella, y empujaba al jóven: este decia que habia tomado la bestia y todo lo que le pertenecia, y así echaba al otro de la sombra.» Dicho esto se bajaba de la tribuna, mientras el pueblo gritaba que acabase el cuento. Entonces Demóstenes volviéndose di-

[1] El P. M. Marquez dice en la obra citada: «No me negareis, dice Ciceron, que era Demóstenes orador insigne; pero estaba enseñado á persuadir á otros, y nunca se habia persuadido á sí.»

jo: ¿con que os ocupais gustosos de la sombra de un asno, y no quereis atender á cosas tan sérias y de tanta trascendencia, como son las que nos traen desasosegados? Con cuya reprimenda pudo decir cuanto tenia pensado [1].

196. Ciceron en sus tratados retóricos recomienda de mil maneras el estudio de la filosofía, como fuente de invencion: pero esta sola no basta al orador. En su concepto la elocucion es la que le distingue de otro escritor ó hablista, y así le da la principal importancia, supuestos los conocimientos debidos. Demóstenes creyó lo mismo; y por esto estudió tanto su lengua, manejando y copiando los mejores escritores, y procurando hablarla con propiedad, pureza y elegancia. Los demás no se habian fijado tanto, á escepcion de Isócrates, en que la cláusula saliese numerosa. Él lo consiguió en tal grado, que ya las palabras se ordenaban por sí mismas sin ningun esfuerzo de una manera la mas agradable. No se ve en él ninguna afectacion, como se ve en Isócrates, que evitaba la concurrencia de vocales, sino mucha naturalidad, agrado y belleza. Sirva de muestra esta cláusula.

197. Ἔστι τοίνυν οὗτος (Αἰσχίνης) ὁ πρῶτος Ἀθηναίων αἰσθόμενος Φίλιππον, ὡς τότε δημηγορῶν ἔφη, ἐπιβουλεύοντα τοῖς Ἕλλησι καὶ διαφθείροντά τινας τῶν ἐν Ἀρκαδίᾳ προεστηκότων, καὶ ἔχων Ἰσχανδρον τὸν Νεοπτολέμου δευτεραγωνιστὴν προσιὼν μὲν τῇ βουλῇ, προσιὼν δὲ τῷ δήμῳ περὶ τούτων, καὶ πείσας ὑμᾶς πανταχοῖ πρέσβεις πέμψαι τοὺς συνάξοντας δεῦρο τοὺς βουλευσομένους περὶ τοῦ πρὸς Φίλιππον πολέμου, καὶ ἀπαγγέλλων μετὰ ταῦθ' ἥκων ἐξ Ἀρκαδίας τοὺς καλοὺς ἐκείνους καὶ μακροὺς λόγους, οὓς ἐν τοῖς μυρίοις ἐν Μεγάλῃ πόλει πρὸς Ἱερώνυμον, τὸν ὑπὲρ Φιλίππου λέγοντα, ὑπὲρ ὑμῶν ἔφη δεδημηγορηκέναι, καὶ διεξιὼν ἡλίκα τὴν Ἑλλάδα πᾶσαν, οὐχὶ τὰς ἰδίας ἀδικοῦσι μόνον πατρίδας οἱ δωροδοκοῦντες καὶ χρήματα λαμβάνοντες παρὰ Φιλίππου. (Δημοσθ. ἐκ τοῦ περὶ τῆς παραπρεσβείας.) «Este es

[1] Démades en una ocasion semejante contó al pueblo la siguiente fábula: «Ceres, una anguila y una golondrina viajaban juntas: habiendo llegado á la orilla de un rio, la anguila se metió en el agua, y atravesó nadando: la golondrina pasó volando.» Aquí paró. El pueblo preguntó: ¿y Ceres? «Ceres quedó allí enojada de que vosotros desatendiendo los negocios públicos gusteis de oir fábulas.»

aquel, que el primero de los atenienses se apercibió de que Filipo, como decia entonces delante del pueblo, armaba asechanzas á los griegos, y sobornaba á algunos de los prefectos de Arcadia, y que con Isjandro hijo de Neoptolemo actor segundo se presentó al senado y despues al pueblo para hablar de estas cosas, y que os persuadió que enviaseis á todas partes embajadores para reunir aquí diputados con el fin de deliberar sobre la guerra contra Filipo, y que os contaba á su vuelta de Arcadia aquellos famosos y largos discursos, que decia haber echado en favor vuestro delante de millares de personas en Megalópolis contra Jeronimo que peroraba en favor de Filipo, y que os demostraba cuanto perjudican no tanto á su respectiva patria, como á toda la Grecia, los que reciben de Filipo dádivas y dinero.»

198. En cuanto á la pronunciacion ó declamacion ya se ha dicho el gran caso que hacia de ella: parece que era en proporcion de lo que le habia costado adquirirla; pues se cuenta que las dos primeras veces que se presentó á hablar delante del pueblo, no gustó á causa de los defectos que se han indicado, y en especial por su mal gesto. Volvia apesadumbrado á su casa, y con la resolucion de no seguir la carrera de orador, cuando encontrándose con un cómico amigo suyo, le espuso su disgusto; el cómico le dijo que recitase algunos versos; Demóstenes al instante recitó unos de Eurípides. Entonces aquel los recitó tambien, pero con tal gracia y animacion que no le parecieron á este los mismos. Le ofreció pues, y pagó diez mil dracmas para que le enseñase un arte tan precioso, que da vida á la palabra de sí muerta. Era tal la viveza de su declamacion, que Esquines su enemigo, no pudo menos de reconocerle especialmente este mérito, cuando dió aquella contestacion á los aplausos de los rodios despues de haberles leido su discurso *de la Corona*, como se ha dicho en su lugar.

199. Los demás escritos de este orador son los siguientes:

1. *Olintiaca* 1.ª, en que aconseja socorrer á los olintios contra Filipo, emplear el dinero del teatro para los gastos de la guerra, y tomar las armas los mismos ciudadanos, en lugar de enviar tropas mercenarias.

2. *Olintiaca* 2.ª, en que anima al pueblo que estaba vacilando, y retardando el socorro decretado á los olintios, haciendo ver la debilidad de los macedonios.

3. *Olintiaca* 3.ª. Aconseja á los atenienses que no se entreguen á una confianza escesiva por algunas ventajas obtenidas por las tropas enviadas en ausilio de los olintios, y que piensen mas en la conservacion de los aliados, que en vengarse de Filipo. Repite lo del dinero del teatro y de la milicia ciudadana.

4. *Filípica* 1.ª. Descorazonados los atenienses por algunos reveses sufridos en la guerra contra Filipo, los anima, atribuyéndolo á mala direccion en los negocios y á la indolencia de que estaban apoderados, y proponiéndoles un nuevo plan de campaña.

5. *De la paz.* Aconseja á los mismos que en obsequio de la paz, no pongan obstáculo en reconocer á Filipo como individuo del Consejo de los Anfictiones, habiéndole reconocido y admitido los demás estados. Creen algunos que no llegó á pronunciarse este discurso.

6. *Filípica* 2.ª. Les aconseja que se recelen de Filipo, y que no cuenten mucho con la paz ajustada con él. Se encarga de dar la contestacion debida á los embajadores enviados por el mismo en queja de ciertos chismes de los atenienses contra su política é intenciones.

7. *Sobre Haloneso, hoy Dromo, isla.* Habia pertenecido á los atenienses: ocupada por piratas, Filipo los echó; y reclamando aquellos la isla, les dijo que se la entregaria, no que se la devolveria. Sobre lo cual aconsejó Demóstenes que la admitiesen como devuelta, no como dada. Libanio cree que este discurso es de Hegesipo, sin negar por esto que Demóstenes hubiese hablado al pueblo en aquel sentido.

8. *Sobre el Quersoneso.* Defensa de Diopites general ateniense, acusado de haber invadido injustamente un territorio de Filipo, y acusacion de este.

9. *Filípica* 3.ª. Como Filipo guardaba solo en apariencia la paz, y no dejaba de causar muchos daños á los atenienses, les aconseja que se decidan á la guerra y á las represalias de estas injusticias.

10. *Filípica 4.ª*. Prosigue el mismo asunto: recomienda la union entre los ricos y los pobres, y la alianza con el rey de Persia.

11. *Sobre una carta de Filipo.* Hacia este varios cargos á los atenienses, y les declaraba la guerra. Los anima el orador, haciéndoles ver que pueden vencer fácilmente á los macedonios.

12. *Sobre el arreglo de la república.* Propone que se distribuyan los ciudadanos en ciertas clases, que se dediquen á la milicia, y que procuren recobrar la dignidad antigua, mostrándoles cuanto han degenerado de sus mayores.

13. *De las clases.* Se entiende de ciudadanos, pues con motivo de un rumor de que el rey de Persia preparaba una espedicion contra los griegos, el pueblo queria inmediatamente declararle la guerra, pero Demóstenes le contiene, y le aconseja que se hagan los preparativos, acudiendo cada uno á los gastos, segun la distribucion que él propone.

14. *En favor de los rodios.* Habian perdido estos su libertad, y acudido á los atenienses para que les ayudasen á recobrarla. Demóstenes aconseja que así se haga á pesar de haberse separado antes los rodios de la alianza de Atenas, sosteniendo contra ella una guerra llamada social.

15. *En favor de Megalópolis.* Aconseja que se impida á los lacedemonios destruir esta ciudad y acrecentar su poder.

16. *Del tratado de paz con Alejandro.* Acusa á este de haber faltado á los tratados, entre otras cosas por haber restituido Mesena á los hijos de Filiada tirano. Creen algunos que esta oracion es la de Hipérides, que lleva el título: *De la alianza con Alejandro.*

17. *Contra Leptines*, sobre concesion de privilegios.

18. *Contra Midias*, sobre un bofeton que dió á Demóstenes en el teatro.

19. *Contra Androcion*, sobre una proposicion contraria á la ley.

20. *Contra Aristócrates*, sobre un privilegio que queria este fuese concedido á Caridemo Orita.

21. *Contra Timócrates*, por un proyecto de ley.

22, 23. *Contra Aristogiton*, dos discursos.

24, 25, 26. Tres *contra Afobo*, uno de sus tutores.

27, 28. Dos *contra Onetor* por intereses particulares. **29.** *Contra Zenotemide.* **30.** *Contra Apaturio.* **31.** *Contra Formion.* **32.** *Contra Lacrito.* **33.** *En favor de Formion.* **34.** *Contra Panteneto.* **35.** *Contra Nausimaco y Jenopites.* **36, 37.** *Contra Beoto* dos. **38.** *Contra Espudias.* **39.** *Contra Fenipo.* **40.** *Contra Macartato.* **41.** *Contra Leocares.* **42, 43.** *Contra Esteban* dos. **44.** *Contra Evergo y Mnesibulo.* **45.** *Contra Olimpiodoro.* **46.** *Contra Timoteo.* **47.** *Contra Policles.* **48.** *De la corona trierárquica.* **49.** *Contra Calipo.* **50.** *Contra Nicostrato.* **51.** *Contra Conon.* **52.** *Contra Calicles.* **53.** *Contra Dionisodoro.* **54.** *Contra Eubulides.* **55.** *Contra Teocrines.* **56.** *Contra Neera.* **57.** *Oracion fúnebre* por los muertos en Queronea. **58.** *Oracion amatoria*, ó elogio de la belleza de Epicrates.

200. Por este órden están colocados los discursos en la edicion de Didot, aunque no están numerados todos: el *de la Corona* ocupa el núm. **18**, y el *de la Embajada mal desempeñada* el **19**. Se encuentra tambien entre ellos la carta que dirigió Filipo á los atenienses haciéndoles varios cargos, y que dió lugar al discurso de Demóstenes núm. **11**. Los de los números **56, 57** y **58**, no son suyos en opinion de muchos críticos. Los demás pueden clasificarse de esta manera. Los **16** primeros pertenecen al género deliberativo, esto es, á la elocuencia política. Del **1** al **11** inclusive hay los relativos á Filipo. Los judiciales se dividen en dos clases; unos versan sobre negocios públicos, de los cuales tres son personales al orador, como el *de la Corona*, *de la Embajada mal desempeñada*, núm. **18** *contra Midias*. Otros son contra los autores de ciertos proyectos de ley, números **17, 19, 20, 21**. Otros, acusaciones por crímenes contra el estado, números **22, 23, 55**. Otros, apelaciones al pueblo, números **54, 56**. Los de interés privado corresponden á los números desde el **24** al **53** inclusive. Los de los números **57** y **58** pertenecen al género demostrativo.

Siguen á estos discursos **56** exordios cortos que Demóstenes habia escrito y probablemente adaptado á discursos populares solo meditados é improvisados, y por consiguiente no escritos, y seis cartas de las cuales cinco dirigidas al pueblo de Atenas durante su destierro.

DINARCO.

N. en 361. M. en 285 ant. de J. C. — 469 de R.

201. Para fijar aproximadamente el año del nacimiento de este orador es menester recordar algunos hechos de la historia griega. Despues de la muerte de Alejandro, sus generales se repartieron el inmenso botin que habia amontonado, y como bienes decaidos de su antiguo dueño y mostrencos, cada uno procuró allegar cuanto pedia su codicia; y de aqui las guerras entre sus sucesores. Durante algunos años hubo una especie de regencia y tutela del hermano é hijo de aquel conquistador, que desempeñaron sucesivamente los principales generales Perdicas, Antipatro y Polyspercon. La Grecia se vió envuelta en aquel torbellino de pretensiones y de guerras, pues habia desaparecido toda sombra de nacionalidad. Los que gobernaron la Macedonia la incluyeron en el número de sus provincias. En cuanto á Atenas esperimentó varias alternativas: sin ser temida, era respetada, acariciada y codiciada por los que se disputaban el reino de Macedonia. Antipatro puso guarnicion en Muniquia, uno de sus puertos. A su muerte su hijo Casandro mandó un nuevo comandante, y ensanchó un poco los derechos de los ciudadanos, que habian sido casi anulados por su padre. Dió el gobierno de la ciudad á Demetrio Falereo, que la dirigió mas bien que la gobernó por espacio de diez años, al cabo de los cuales Demetrio llamado *Poliorcetes*, hijo de Antigono, otro de los generales, que perdió la vida en la batalla de Ipso, se apoderó de Atenas echando la guarnicion de Casandro, y restableciendo el gobierno republicano. Sucedia esto en el año 307 ant. de J. C.

202. Los partidarios de Casandro y de la oligarquia fueron perseguidos [1]. Entre ellos habia DINARCO, el cual se retiró á

[1] *Demócares* hijo de una hermana de Demóstenes, orador distinguido, era el que capitaneaba la faccion popular. Un tal Sófocles propuso en aquellas circunstancias un decreto para que fuesen espulsados de Atenas todos los filósofos: el pueblo le aprobó, y en su consecuencia tuvo que salir Teofrasto contra quien se dirigia prin-

Calcis, pudiendo despues de 15 años volver á dicha ciudad. En una de sus oraciones contra Proxeno que no se conserva, decia que era viejo á su vuelta, γέρων, lo que supone una edad poco mas ó menos de 70 años. Habiéndose verificado su vuelta en 291, añadiendo á esta suma 70, resultará 361, que es el año probable de su nacimiento. Sobre el de su muerte hay la misma incertidumbre. En cuanto á su patria, unos le hacen natural de Corinto, otros de Atenas; pero todos convienen en que pasó la mayor parte de su vida en esta última ciudad, en donde se hizo un nombre ilustre como orador, granjeándole esto bastantes riquezas. Suponen algunos que estas mas bien que su oposicion á la democracia fueron la causa de su espatriacion. Las mismas acibararon los últimos años de su vida, pues habiendo por su edad perdido casi enteramente la vista, á su vuelta de Calcis se fió de un amigo que creia fiel, llamado Proxeno, y le entregó todo su caudal. Este ó por incuria ó por malicia le dejó desaparecer, y de aqui se originó un pleito ó causa criminal que sostuvo Dinarco contra él, siendo la primera vez que al fin de su vida se presentó en un tribunal por intereses propios.

203. Los antiguos le atribuian mayor número de discursos que á los demás oradores, pero muchos de ellos se le atribuian falsamente. Dionisio de Halicarnaso hizo una clasificacion y separacion de los legítimos y de los apócrifos, cual se ha empleado en la edicion de Didot, con espresion de los que á mas de la autoridad de Dionisio tienen la de otros escrito-

cipalmente el autor del decreto. Pero apenas transcurrido un año, Filon discípulo de Aristóteles citó á juicio á Sófocles como transgresor de las leyes. El tribunal condenó á este á una multa, y revocó el decreto contra los filósofos con intervencion del pueblo. Demócares defendió á Sófocles, y en la defensa dijo, que los filósofos favorecian la oligarquía y tiranía; que habia visto cartas de Aristóteles contra la ciudad de Atenas; que este habia vendido á su propia patria Estagira á los macedonios; que habia denunciado á los mas ricos de Olinto; y que así como de la yerba agedrea no podia hacerse una lanza, así de Sócrates no podia formarse un buen soldado. Habló Demócares muchisimas veces en la tribuna popular; pero no se ha conservado nada de sus discursos. Ciceron le cuenta entre los que empezaron á viciar la elocuencia.

res. Los discursos políticos legítimos, segun el citado autor, eran 27, de los cuales solo se conservan tres, á saber: *contra Demóstenes, contra Aristogiton* y *contra Filocles.* Los tres versan sobre el mismo asunto, ó sea, sobre el dinero de Harpalo. Los apócrifos eran 18. Los legítimos sobre negocios civiles eran 30; los apócrifos 9. El citado crítico no encuentra en Dinarco un carácter propio, como se ve en Lisias, en Hipérides, y sobre todo en Demóstenes. Le era difícil despues de tan escelentes oradores que habian llevado la elocuencia al mayor grado de perfeccion, añadir nada nuevo. Como en su tiempo se conservaban todos ó la mayor parte, pudo compararlos con los de los mas célebres oradores, á quienes al parecer habia tomado por modelos, como los espresados Lisias, Hipérides y Demóstenes. La semejanza debia ser bastante grande para que creyese el mismo crítico deber notar aquello que podemos llamar propiisimo de cada uno de ellos, y que los distingue por consiguiente de cualquier otro, y señalar ciertas reglas ó hacer algunas indicaciones para no confundir los de nuestro orador con los de aquellos. A pesar de esto, aun ahora se está en duda sobre si el discurso contra Teocrines que se halla entre los de Demóstenes es mas bien de Dinarco, lo que prueba la mucha semejanza que hay entre los dos.

204. Realmente en el que pronunció acusando á este mismo parece que quiso competir con él en elocuencia. Por ejemplo, despues de haber dicho que el mismo Demóstenes, contra quien habia sospechas de haberse dejado corromper por Harpalo, propuso un decreto que fué aprobado por la asamblea popular, á saber, que el Consejo del Areopago hiciese una averiguacion sobre los que hubiesen aceptado dinero de aquel estranjero, y que hecha, el Consejo declaró que habia indicios vehementes de que habia aceptado veinte talentos, añade: «¿Será que el Consejo ha querido perderle? pues llega su descaro á decir esto. ¿Con una mentira, segun parece, ha querido perder á tí y á Démades, contra los cuales ni es seguro decir la verdad? ¿A vosotros que le encargasteis antes el informarse de muchos negocios públicos, y que alabasteis y aprobasteis su proceder? ¿El Consejo habrá hecho una falsa dela-

cion contra unos, á quienes la ciudad entera no puede obligar á obrar como deben? ¡Ó Júpiter! ¿por qué pues, ó Demóstenes, en la asamblea no rehuias la pena capital, si el Consejo te hallase culpable? ¿Por qué tú apoyado en los indicios de aquel has quitado la vida á muchos? ¿Qué hará ahora el pueblo? ¿á quiénes se dirigirá para la averiguacion de las cosas oscuras, y para hallar la verdad en los delitos mas graves? Tú que te jactas de ser afecto al pueblo, destruyes un Consejo que hasta ahora ha merecido su entera confianza, pues que le ha confiado la vida de los ciudadanos, muchas veces le ha hecho custodio de la república y de la libertad, un Consejo que muchas veces ha defendido tu persona espuesta, como dices, á las asechanzas de tus enemigos, para que ahora le maltrates con tus denuestos, que finalmente guarda las estipulaciones (διαθήκας, testamentos) secretas, en que estriba la salvacion del estado.» Se han ocupado algunos críticos del sentido que pueda darse á esta palabra griega que significa *testamento, pacto, alianza*. Reiske editor y anotador de los oradores áticos, confiesa francamente que no la comprende. Aventura sustituirla por otra que no da un sentido mas claro, antes bien hace decir una necedad al orador. Se ha creido que asi como los libros sibilinos eran considerados como la salvaguardia del imperio romano, y por esto eran guardados con tanto esmero, así el Areopago, cuerpo el mas antiguo y mas respetable de Atenas despues de la asamblea popular, seria el depositario de algun secreto, como del lugar en donde estaban los restos de Teseo, de que dependia segun Sófocles la conservacion de aquella ciudad, ó de alguna revelacion muy importante, hecha por Edipo poco antes de morir á Teseo en la entrevista que tuvo con él en Colona [1].

205. Se nota que á pesar de ser acusados Demóstenes, Aristogiton y Filocles del mismo delito, esto es, de haber recibido dinero de Harpalo, para que no se opusiesen á que pudiera permanecer en Atenas, disfrutando de su rapiña y sin ser entregado á Alejandro, sabe Dinarco variar bastante el asunto,

[1] Coray, *Melanges de littérature* par Chardon de la Rochette. Schoell. *Hist. de la lit. gr.* l. 3, c. 19.

aduciendo pruebas acomodadas á cada uno de los acusados. Sin embargo algunos pensamientos están repetidos, como el de Timoteo hijo de Conon castigado por haber aceptado dinero de algunas ciudades contra las disposiciones terminantes de la ley de Atenas, y aquello de, *vosotros sois ahora los jueces de..... pero el público será despues el que os juzgará á vosotros.* En la oracion contra Demóstenes hay mucho mayor vigor y valentía que en las otras dos, como que la mayor importancia del acusado y su estremada habilidad en el decir exigiesen toda la energía del orador. Y esto que no fué él el primero en acusar, pues en el exordio dice que Estratocles [1] habia ya hablado estensamente, y se habia hecho cargo de muchos delitos de su acusado, pidiendo por lo mismo indulgencia al tribunal si se ve precisado á algunas repeticiones. Lo que hace que se eche menos la parte histórica ó narrativa, tan esencial en una causa forense, la que creyó poder ó deber omitir por dos razones: 1.ª porque el primer orador ya la habia empleado tal vez: 2.ª porque tratándose de un hecho tan notorio en cuanto al fondo, es decir, la entrega de dinero hecha por Harpalo á varios ciudadanos influyentes de Atenas, aunque oscuro ó no del todo claro en cuanto á los individuos y á la cantidad, no era necesario instruir á los jueces sobre lo que ya sabian. Así tomadas las tres oraciones aisladamente, nos parecerian á nosotros defectuosas, porque ellas solas no aclaran el hecho criminal que se sujeta al fallo de los jueces. Finalmente se nota que el número de los que debian juzgar á Demóstenes era de 1500 [2]. En la misma oracion se anticipa á contestar á lo que dirá su adversario, á saber, que él fué tambien acusado por el mismo motivo, diciendo que si por la malicia de Timocles se quiso mancillar su reputacion, delante de 2500 ciudadanos probó que Pistias habia sido el instrumento de aquel, y le convenció de traidor ó reo contra el estado. Esto probablemente se pasaria en la asamblea popular, ó aquel número tan creci-

[1] Le cita Focio *Bibliot.* y otros que presentan como modelos de figuras cláusulas de este orador.

[2] Din. *contra Dem.* in epil. Seria tal vez el tribunal *Elieo* de que habla Harpocracion, compuesto de 1000 jueces, si se reunian en la plaza Eliea ó del Sol los dos tribunales, ó de 1500, si los tres.

do comprenderia á mas de los jueces á los que asistieron al juicio como espectadores, cuales se ven mencionados en las oraciones de Esquines, Demóstenes y otros.

206. Hemos hablado de los diez oradores atenienses señalados por los gramáticos alejandrinos. Parece que quedaria incompleta la historia de la literatura griega, sino se dijese algo de otros, que alcanzaron fama de grandes oradores, y que vivieron en el mismo siglo 4.°, aunque no se hayan conservado sus discursos.

DÉMADES.

M. en 319 antes de J. C.—435 de R.

207. Para justificar lo que se acaba de decir baste citar á Quintiliano que habla de DÉMADES en los siguientes términos: *Neque enim orationes scribere est ausus, ut eum multum valuisse in dicendo sciamus.* Inst. orat. 2, 17, 13. Y en el lib. 12, 10, 49: *Ideoque in agendo clarissimos quosdam nihil posteritati mansurisque mox litteris reliquisse, ut Periclem, ut Demadem.* No obstante en las colecciones de los oradores atenienses se encuentra un trozo de una oracion que se ha atribuido á Démades, porque su autor lleva el mismo nombre, habla de sí mismo, y lo que dice conviene con lo que han escrito todos los que se han ocupado del nuestro. Pero esto no seria razon suficiente, pues nada impide el que otro haya tomado su nombre, y haya puesto lo que correspondia á aquel. A mas de la autoridad de Ciceron y Quintiliano, que afirman no haber él escrito nada, observan los críticos que ciertas palabras que se leen en aquel trozo no se usaron en su tiempo; que no tiene el gusto ático propio del mismo, ni aquel chiste que tanto encarecen en él los antiguos, ni aquella rotundidad de frases que se admira en los de la misma época. Por lo demás nuestro Démades ateniense, de la tribu Eneida, y pueblo Laciade, hijo de un marinero, segun Demóstenes en la *Olint.* 3.ª, sin haber hecho estudio alguno que se sepa, llegó á competir con los mas grandes oradores, y á gobernar el pueblo de Atenas dirigiéndole á su an-

tojo solo con la fuerza de su palabra. Preguntado cuál habia sido su maestro, respondió, βῆμα, el tribunal, ó la tribuna, esto es, la misma esperiencia de los negocios y el ejercicio de hablar. No puede negarse que estaba dotado de un gran talento y mucha viveza. Así los gramáticos antiguos recogieron muchas de sus sentencias ó respuestas agudas, algunas de las cuales tal vez no le pertenezcan.

208. Démades fué una mezcla de bueno y de malo; y sin duda lo último prevaleció en él. Era partidario de Macedonia no por convencimiento, sino por egoismo, no por algun principio de política tal vez disimulable en otros, como en Esquines y Focion, sino por ligereza é interés. Era el que hacia constantemente la oposicion á Demóstenes, de modo que no se comprende como no esperimentó alguna vez las iras del pueblo. En la batalla de Queronea no huyó como aquel, sino que se dejó hacer prisionero [1]. Entonces prestó un gran servicio á su patria, pues como Filipo, ebrio con la victoria, en los primeros momentos parecia que iba á ensañarse con los vencidos, é insultaba á los que habian sucumbido gloriosamente, Démades le recordó, que habiéndole la fortuna deparado el papel de Agamenon, no debia rebajarse hasta representar el del bufon Tersites; con cuyas palabras volvió en si, y recobró los sentimientos generosos que le eran propios. Preguntándole aquel rey, ¿qué habia sido del valor tan afamado de los atenienses? le contestó: *lo hubieras visto, si los hubieras mandado tú, y Cares á los macedonios.* Convidándole el mismo á su mesa, le recitó los versos de Homero [2], que dicen, que Ulises no probará bocado, ni beberá, en tanto que no vea libres á sus compañeros. Filipo soltó inmediatamente á los prisioneros atenienses en número de dos ó tres mil sin exigir ningun rescate, y prometió firmar la paz con Atenas. Cuando Alejandro amenazaba penetrar en el territorio de Ática despues de la destruccion de Tebas, si no se le entregaban los oradores que él designaba, Démades intercedió por ellos, y consiguió que

[1] Polieucto en la oracion contra Démades decia que en Queronea este arrojó el escudo.
[2] Odis. X. 383.

se dejase á la misma república el castigarlos, aunque suponen que recibió por esta buena obra 5 mil duros [1].

209. Pero este mismo Démades despues de la victoria de Antipatro en Cranon, en que quedó arruinada para siempre la nacionalidad griega, cometió la avilantez de proponer el decreto de muerte contra Demóstenes, Hipérides y otros mas notables por su patriotismo y odio á los macedonios. Accion execrable que cubrirá para siempre de infamia á este traidor. Con esto está dicho todo lo de que era capaz. Hombre de sentimientos bajos, recibia dinero para hablar y para callar. Antipatro decia que tenia dos amigos en Atenas, á Démades y á Focion; y que á este nunca pudo ganarle con dádivas, y que al otro nunca podia saciarle con ellas. Al mismo tiempo que se decia amigo de Alejandro, aceptó dinero de Harpalo, que comprometió gravemente á Atenas, á la que amenazó aquel con la guerra, si no se le entregaban. Acusado públicamente por este hecho, no se avergonzó de confesarle, y de decir que habia recibido y que recibiria dinero de cualquiera mano que viniese. Sin embargo no pareció en juicio. Contaria sin duda con la proteccion del mismo Alejandro, cuya vanidad halagaba por otra parte, proponiendo un decreto para que se le declarase dios de los de primer órden, ocupando el lugar 13.° Los atenienses léjos de condescender con esta impiedad, condenaron á su autor á 100 talentos de multa, por lo que les dijo: *Cuenta que mientras mirais tanto por el cielo, no perdais el suelo.*

210. Cuando la estrella de Antígono parecia que brillaba mas en el Asia, quiso ser su satélite, como lo habia sido de

[1] Los atenienses mostraron su agradecimiento consintiendo en que se le levantase una estátua de bronce. Polieucto se opuso diciendo que era contrario á la ley, porque Démades no merecia este honor; y entre muchas otras cosas decia: «¿Qué figura dareis á la estátua? ¿Tendrá acaso un escudo hácia adelante? pero este le arrojó en la batalla de Queronea. ¿Tendrá el pico de una nave? ¿pero de cuál? ¿de su padre? ¿Tendrá por ventura un pliego en que habrá escritas sus denuncias? Antes al contrario, por Júpiter, estará en pié rogando á los dioses, pero sirviendo á los enemigos, y mal intencionado contra la ciudad, pedirá que sobrevengan á todos nosotros toda especie de calamidades.» No obstante se levantó la estátua.

Filipo, de Alejandro y de Antipatro. Creyendo que aquel general se haria superior á los demás, entró en mala hora en correspondencia con él, y fué interceptada una de sus cartas, en que le invitaba á ir á Grecia, y apoderarse de ella, pues que no se sostenia mas que por un hilo viejo y podrido, indicando á Antipatro. Poco despues deseando los atenienses librarse de la guarnicion que este habia puesto en Muniquia, pensaron en mandarle una embajada para que la quitase. Cabalmente habia caido enfermo de su última enfermedad, y Casandro despachaba ya todos los negocios, cuando llegó á Macedonia Démades que se habia ofrecido á desempeñarla. Iba acompañado de su hijo. Casandro al verle no pudo contener su cólera: mandó dar muerte al hijo en presencia de su padre, que quedó salpicado con su sangre; y habiéndole despues afeado su doblez y vileza acabó tambien con él. Demóstenes le habia predicho este término fatal, diciéndole: *el traidor se vende á sí primero.*

211. Tenia Démades mucha facilidad en improvisar: por esto se cuenta que varias veces sacó de apuros á Demóstenes saliendo en su ayuda; cosa que no se cuenta de este respecto de Démades, el cual decia de él, que no solo hablaba, sino que componia *al agua*, indicando el tiempo, que se media con un reloj de agua. Comparaba á los atenienses con las flautas, las cuales quitada la lengüeta no sirven para nada. Este pensamiento tal vez no es nuevo en Démades, pues Esquines dice lo mismo de Demóstenes. Como este quisiese enmendarle la plana, le contestó: *el puerco á Minerva;* á lo que replicó Demóstenes: *pero esta Minerva ha sido cogida en adulterio hace poco*, aludiendo al dinero con que se dejaba corromper Démades. Preguntado Teofrasto sobre Demóstenes y Démades como oradores, dijo, que aquel era digno de la ciudad, este sobre la ciudad ὑπὲρ τὴν πόλιν, con cuyas palabras parece que quiso declararle superior al mérito de la ciudad, lo que no se comprende, si no usa de alguna anfibologia; aunque Plutarco, que es quien lo refiere en la vida de Demóstenes, añade casi á renglon seguido, que «todos confiesan que Démades debió á la naturaleza ser un orador invencible, y que sus improvisaciones aventajaban al estudio y trabajo de aquel.»

CALISTRATO.

370 ant. de J. C. — 384 de R.

212. De CALISTRATO Afidnense hace mencion Aristóteles *Rhet.* III, 17, citando una oracion suya titulada *Meseniaca*, pronunciada en Atenas con motivo del restablecimiento de Mesenia por Epaminondas, ó de alguna embajada de Mesenia ó de Lacedemonia pidiendo ausilio á los atenienses. Cornelio Nepote en la vida de Epaminondas cuenta, que hallándose en Arcadia este y Calistrato orador ateniense, el mas famoso de aquel tiempo, diputado por su república, con el objeto de atraerse ambos la amistad y alianza, el uno en favor de Tebas y los argivos, el otro en favor de Atenas; á las muchas razones añadió el ateniense una, que le pareció la mas convincente, y fué decir á los árcades que para conocer qué alianza les era mas ventajosa, no habia sino mirar que hombres habian producido ambos estados, con lo que podrian juzgar de lo demás; que Orestes y Alcmeon, asesinos de sus madres, habian sido argivos, y que Edipo que habia muerto á su padre, y se habia casado con su propia madre, habia sido tebano. Epaminondas contestó á todo, y cuando llegó á este punto dijo, «que no podia menos de admirar la torpeza del orador ateniense, que no hubiese advertido que habiendo aquellos nacido inocentes en su patria, y habiendo sido espulsados despues de cometido el delito, fueron acogidos por los atenienses.» Lo mismo en menos palabras cuenta Plutarco, *Mor.* Tal embajada parece que tuvo lugar en el año 367 antes de J. C. cuando los árcades unidos antes á los tebanos no quisieron aceptar las condiciones de paz propuestas por el rey de Persia por medio de estos, y manifestaban querer aliarse con Atenas.

213. Rollin, *Hist. antigua*, lib. XIII, § 6, escribe que despues de haber ausiliado los atenienses á los tebanos con un ejército mandado por Cabrias, cometieron estos la vileza de quitarles la ciudad de Oropo fronteriza; y que como recayese alguna sospecha contra el mismo Cabrias, se le intentó una causa, y

fué nombrado Calistrato para presentar la acusacion. Cita á Demóstenes en su oracion *contra Midias*. En la edicion de Didot *in Midiam*, pág. 64, no se encuentra este nombre sino el de Filostrato Colonense. En la de Reiske de los oradores atenienses donde se hace una especie de reseña de ellos, se lee que Calistrato, oido por Demóstenes en la causa de Oropo, produjo en él el mismo efecto en cuanto á la elocuencia, que habia producido en Tucídides respecto de la historia la lectura hecha por Herodoto de la suya.

214. Plutarco en su vida entre las de los Diez oradores dice con referencia á Hegesias Magnes, que pidió á su ayo que le dejase oir á Calistrato grande orador, que habia sido comandante de caballería, que habia dedicado un altar á Mercurio forense ó de la plaza, y que debia perorar delante del pueblo; y que habiéndole tomado la pasion por la elocuencia, fué su discípulo por poco tiempo mientras permaneció aquel en Atenas: pero habiendo salido desterrado para Tracia, acudió á las escuelas de Isócrates y de Platon. Zosimo Ascalonita tambien nombra á Calistrato orador, como uno de los que inflamaron á Demóstenes en el amor á la elocuencia. La dificultad está en saber si el que pleiteó la causa de Oropo fué Calistrato Afidnense ó Filostrato Colonense, porque en cuanto á haber oido Demóstenes á aquel convienen todos; como acusador en la causa de Oropo se opone él mismo *in Mid.* como se ha dicho. Se saca un argumento aunque negativo en contra de Calistrato de no mencionarse su oracion de Oropo en Didot donde se citan las otras.

215. Otra equivocacion, no habiendo sido el acusador de Cabrias, parece encontrarse en Rollin, pues dice que los tebanos fueron ingratos hácia los atenienses. No se hace cargo el autor francés de que estos fueron primeramente aliados de Tebas hasta la batalla de Leuctra (a. 371); despues se aliaron (a. 363) con Esparta, y pelearon juntos en la batalla de Mantinea (a. 362). Ya en el 370 enviaron á Ificrates en ausilio de los lacedemonios, y despues Cabrias rechazó las invasiones de Epaminondas en el Peloponeso. Así no es estraño que los tebanos se apoderasen de Oropo en 366. En este año pone Schoell el discurso de Calistrato sobre Oropo. Esto supuesto,

no parece que Demóstenes que ya contaba 19 tuviese necesidad de pedir á su ayo permiso para ir á oirle como dice Plutarco ó el autor de las Diez vidas, si es cierto que á los 17 acusó á sus tutores, y él mismo pronunció los discursos.

216. La solucion de la dificultad sobre Calistrato en cuanto á la causa de Oropo, parece que está en las siguientes palabras de Aristóteles *Rhet*. l. 7, 8: «Leodamas acusando á Calistrato dijo, que el que habia dado el consejo habia faltado mas que el que le habia ejecutado; porque no se habria ejecutado, si no se hubiese aconsejado. Por otra parte acusando á Cabrias dijo, que el que habia obrado, mas que el que habia aconsejado; porque no hubiera aconsejado, si no hubiese quien obrase; pues para esto se aconseja el mal para que se haga.» Resulta de esto que Leodamas acusó á Calistrato y á Cabrias sin duda por lo relativo á la ciudad de Oropo. Los dos pues se vieron envueltos en la misma sospecha de traicion, y contra ellos se nombraron acusadores públicos, ó como ahora se dice fiscales, entre los cuales fué uno Leodamas, y otro Filostrato citado por Demóstenes. Pero Leodamas segun Aristóteles acusó á los dos. Así se ve el error de Rollin haciendo á Calistrato acusador, siendo el acusado; y se confirma lo demás que se ha dicho de Demóstenes, porque Calistrato se defenderia, y siendo tal la importancia de la causa y la fama de los acusados, no es estraño que quisiese asistir al juicio. El resultado de este fué salir desterrado, y como hubiese vuelto á Atenas sin esperar el perdon de su condena fué ejecutado. Ulpiano en sus escritos sobre Demóstenes dice, que preguntado cuál de los dos era el mejor orador, contestó: «yo para ser leido, Calistrato para ser oido.»

IFICRATES.

370 ant. de J. C. — 384 de R.

217. En la historia griega aparece como general famoso, que no carecia de talento oratorio. En el año 371 ajustada la paz con Lacedemonia, alguno propuso conceder grandes honores á IFICRATES como mediador que habia sido; pero

un tal Harmodio descendiente del libertador de Atenas del tiempo de los hijos de Pisistrato se opuso, alegando que esto era contrario á la ley. Ificrates defendió al autor del decreto, lo mismo que Demóstenes á Ctesifon, y parece haber ganado la causa, segun este mismo en la or. *pro Ctesif.* Algunos dijeron que Lisias habia escrito el discurso, pero Dionisio de Halicarnaso que le tenia á la vista, y estaba dotado de un criterio especial para conocer las obras de dicho orador, le atribuye al mismo Ificrates, fundándose en que poseia cualidades oratorias muy regulares, en que el estilo es severo, y en que muestra no tanto los rodeos y artificios oratorios, como cierto orgullo y jactancia propia de los militares. Por las mismas razones le hace autor de otro, tambien atribuido equivocadamente á Lisias, en que se defiende del crímen de traicion, de que un tal Aristofon le acusó á él y á otros jefes sus compañeros por la derrota de Bizancio en la guerra social. Se citan estas palabras célebres. Pregunta Ificrates: «¿hubieras tú sido capaz de vender la flota? No: pues lo que tú, Aristofon, no hubieras hecho, yo Ificrates, ¿lo habré hecho?» De la oracion contra Harmodio se citan las siguientes. Harmodio echaba en cara á Ificrates la bajeza de su orígen, pues su padre era zapatero; á lo que replicó: «Sabe que la nobleza de tu linaje acaba en ti, y la del mio empieza en mí.» La razon mas convincente y mas á nuestro alcance de que Lisias no escribió tales discursos, es la de que habia muerto en 378; y el de Harmodio se pronunció en 371, y el de la guerra social en 359 ó 358. Además se menciona otro contra Timoteo en las *Vidas de los diez oradores*, como escrito por Lisias para Ificrates; pero hay muchas dificultades para admitirle como auténtico: mas bien seria una declamacion de escuela. Aristóteles hace mencion del pronunciado por este mismo contra Nausicrates. Finalmente se citan varios dichos agudos de este general orador.

ISÓCRATES APOLONIATA.

360 ant. de J. C. — 394 de R.

218. Segun Suidas este ISÓCRATES fué hijo de Amiclas filó-

sofo, natural de Apolonia en el Ponto, ó como dice Calistrato, de Heraclea, orador, discípulo y sucesor del grande Isócrates, y discípulo tambien de Platon. En las exequias de Mausolo rey de Halicarnaso, compitió en elocuencia con Teodectes orador y poeta trágico, con Teopompo de Chio, y con Naucrates Eritreo. Cinco son sus oraciones, la *Anfictiónica*, una *exhortacion* que no ha de levantarse un sepulcro á Filipo, *de la emigracion*, y *de sus consejos á la república*. Harpocracion le atribuye el discurso ó consejos dirigidos á Demónico, que está entre los del otro Isócrates. Puede verse á Plutarco *in Isocr.*, pues Rollin lib. XIII, §. III, *Hist. ant.* dice que este fué el competidor de Teopompo en el panegírico de Mausolo.

FOCION.

N. en 400. M. en 318 ant. de J. C. — 436 de R.

219. Aunque el objeto de un tratado de literatura es hablar solamente de escritores, en especial de aquellos cuyas obras se han conservado, no debiendo por lo mismo ocuparse de hombres que fueron célebres en su tiempo y en su país bajo otros conceptos; no obstante, FOCION, si bien no dejó ningun escrito, y es contado antes entre los militares y políticos famosos que entre los oradores, merece que se diga algo de él. Demóstenes le llamaba el hacha que destruia todo el efecto de sus discursos; con cuyas palabras daba á entender que usaba de una elocuencia mas vigorosa é irresistible; pues asi como al hacha por ser de acero cede aun la robusta encina, así el pueblo ateniense movido ya por los argumentos de Demóstenes, mudaba de parecer y se adheria á las razones mas poderosas y enérgicas de Focion[1]. Habia sido discípulo de Platon y de Jenócrates: el primero le habia enseñado á pensar, el otro la sencillez ó desprecio de toda superfluidad. Todos los actos de su vida llevan impreso este carácter. Si debia hablar

[1] Polieucto decia que Demóstenes era un grandisimo orador; pero que Focion aventajaba á todos en la fuerza del decir, porque en poquisimas palabras abrazaba muchos conceptos. Plut. *Mor.*

delante del pueblo, pensaba mucho lo que habia de decir, y cómo podria decirlo en menos palabras. En cierta ocasion tocándole el turno de subir á la tribuna, se estaba parado y como enajenado de si, y preguntándole qué le sucedia: ***estaba pensando*, dijo, *cómo podria quitar alguna palabra á lo que voy á decir.*** Cuando iba al frente de sus tropas á alguna espedicion, no cuidaba de abrigar su cuerpo con el traje de invierno en la estacion fria, y si alguna vez le veian los soldados envuelto en su capa, decian: ***de seguro es invierno frio, cuando Focion lleva ese abrigo.***

220. Lo que se ha dicho respecto de Demóstenes, no debe entenderse en el sentido de que Focion le hiciese una oposicion sistemática, como Démades por ejemplo; ni que en la cuestion politica que traia entonces divididos los ánimos, se inclinase al partido de Macedonia. Cuando Plutarco de Eretria pidió ausilio á Atenas en favor de la isla de Eubea, de la cual Filipo iba apoderándose, parte con inteligencias, parte con sus soldados, Focion fué el encargado de aquella espedicion, en la que no tuvo poco que sufrir del mismo Plutarco que volvió las armas contra él; pero á pesar de todo arrojó á los macedonios, y volvió las cosas al mismo estado, conforme á las instrucciones recibidas de su gobierno. Cuando Filipo puso sitio á Bizancio, queriendo apoderarse de todo el Querson eso, Focion fué á desalojarle, dejando entonces y siempre en buen lugar las armas atenienses, y adquiriendo para si el nombre de general valiente, entendido y leal. No era pues su falta de patriotismo ni de fidelidad, ni el orgullo ó espíritu quisquilloso lo que le impelia á oponerse á los demás oradores, sino cierta prudencia y prevision que le hacia contener en los debidos límites, y que era enemiga de resoluciones precipitadas. Por ejemplo, asi que cundió la noticia de la muerte de Alejandro, los demagogos iban desatentados por las calles de Atenas, repitiendo la noticia, y escitando al pueblo á la revuelta. Tal fué la escitacion y el alboroto, que reunido el pueblo en junta, todos gritaban: ***Alejandro ha muerto, guerra á la Macedonia.*** Cuando se apaciguó algun tanto la vocería, Focion probó de calmar los ánimos, diciendo: ***No precipitarse: si Alejandro ha muerto, lo será hoy, mañana y siempre:***

tendreis tiempo para resolver lo que convenga. Leostenes, jefe militar, no cesaba de enardecer y empujar al pueblo hácia la guerra, á la cual era siempre propenso, y mas en aquellas circunstancias. Focion volviéndose á él, le dijo: «Jóven militar, tus palabras son como el ciprés, árbol muy alto, pero que no lleva fruto.» Hipérides en aquella misma junta, viendo la resistencia que oponia Focion á que fuese declarada la guerra, le preguntó, ¿cuándo, por fin, seria de este parecer? «Cuando veré, dijo, á los jóvenes dispuestos á observar una disciplina exacta en el ejército, á los ricos contribuir á los gastos públicos segun su haber, y á los oradores no robar los fondos del estado.» Prevaleció no obstante el entusiasmo general, y fué declarada la guerra. Antipatro no pudo resistir á las fuerzas de toda la Grecia á escepcion de Tebas, y tuvo que sujetarse á la capitulacion humillante de Lamia. Llegaban entre tanto unos correos tras otros á Atenas anunciando los triunfos de sus ejércitos. A cada noticia de estas los enemigos de Focion no dejaban de mortificarle, comunicándosela con aire burlon y de desprecio, hasta que algo apurado, dijo: *¿cuándo cesarán esos triunfos?* queriendo dar á entender que los sentia, porque cuanto mas propicia se mostraba entonces la fortuna á los griegos, mas crecia su ardimiento, y este no servia para otra cosa sino para hacer despues mas completa su ruina, como así sucedió. Si se le hubiese confiado el mando de las tropas en la batalla de Queronea, ó en la guerra llamada Lamiaca, se hubiera retirado con tiempo y con prudencia, ó no hubiera esperimentado una derrota tan desastrosa como fué la de Cranon, pues en las 45 veces que se le encargó el mando siempre salió con honor.

221. Esto y los consejos saludables que daba en la tribuna, el celo por el bien público y su desinterés, le acarrearon la reputacion de ser uno de los hombres mas probos y mas útiles al estado. Filipo le habia tentado varias veces, ofreciéndole ricos presentes y dinero para atraerle á su partido, pero siempre en vano. Le hizo decir por sus emisarios, que siquiera recibiese el dinero para sus hijos, á quienes dejaria pobres de bienes de fortuna; á lo que contestó, «que si se parecian á él, las pocas tierras que le habian bastado para vivir

con decencia, y elevarse á la gloria de que le hablaban, les bastarian tambien á ellos; y que de todos modos no queria contribuir con sus riquezas á aumentar su lujo.» Alejandro le mandó una vez cien talentos, y preguntando por qué se los mandaba, le dijo el encargado; *porque le ha parecido que eras el hombre mas de bien de Atenas.—Pues por esto mismo,* replicó, *no puedo admitirlos, porque quiero no solo parecer, sino ser hombre de bien.* Harpalo llegó á Atenas cuando Focion tenia allí mucha autoridad; le convenia pues mucho ganarle para sí, y con esta mira le ofreció la enorme suma de setecientos talentos ó 700.000 duros. Mucho menos bastó para deslumbrar á los que blasonaban tanto de patriotas puros é incorruptibles, pero Focion desechó el ofrecimiento con desden y amenaza, como se ha dicho en el núm. 190. En el 209 hemos visto que Antipatro le contaba por uno de sus amigos á quien nunca habia podido obligar á aceptar una dádiva.

222. Estas palabras casi le harian sospechoso respecto á sus deberes de ciudadano, pues ¿cómo puede esplicarse su amistad con aquel jefe de Macedonia sin comprometer su patriotismo? Antipatro continuó la obra de Filipo y de Alejandro, y la llevó á cabo. Ya se sabe que la política de estos era reducir á la nulidad los varios estados de la Grecia, y hacerlos sumisos á la de Macedonia. Por tanto, ¿cómo podia un ateniense estar unido en amistad con el director de esta política sin ser partidario de ella? En Focion no cabe el decir que lo hacia por interés, como se ha visto, y como hemos tenido ocasion de decirlo de otros. Lo hacia pues por convencimiento, y en este caso no puede menos de tachársele de ciudadano mal avenido con las leyes y derechos de su patria, pues los posponia á los de una nacion estraña. Dos caminos hay para disculpar á Focion. 1.° Podia él estar en la persuasion de que era humanamente imposible resistir al poder de Macedonia, que era casi la razon que alegaba Demóstenes para sincerarse del mal éxito que habian tenido sus proyectos y propuestas hechas al pueblo, esto es, el haberlos contrariado una fuerza superior al alcance del hombre. En este caso podia con la mira de ser mas útil á su patria no desechar la amistad ofrecida de un enemigo, sin comprometer los derechos de ella, ni mancillar la re-

putacion propia haciendo interesada dicha amistad. 2.° Podia estar disgustado de la preponderancia que habia adquirido la plebe ó mas bien la chusma en el gobierno de Atenas, la cual no tenia aquella docilidad y rectitud de miras de los tiempos de Solon, sino que se dejaba arrastrar por los demagogos, ó mejor, que queria que los demagogos ú oradores se amoldasen á sus caprichos. Parece en efecto, que Focion deseaba descartar aquella turba de la direccion de los negocios del estado, y que veia con gusto que sin perjuicio de su independencia pudiese obrarse esta reforma por medio de un poder estranjero.

223. Cuando Atenas mandó una embajada á Antipatro para anunciarle que se abandonaba á su discrecion, iba al frente de ella Focion con quien se ajustó el convenio, que hubo de aprobar la ciudad mal de su grado. Uno de los artículos fué que se escluyesen de las votaciones y manejo de los negocios los que no tuviesen á lo menos seis mil reales de renta, con cuya medida quedaron unos doce mil ciudadanos sin participar de las obvenciones que les daba el derecho de asistir á las asambleas. Arrastraban despues una vida triste y miserable en Atenas: la mayor parte pidieron ser trasladados á una ciudad de Tracia, que les ofreció Antipatro con las tierras correspondientes. Los demás quedaron allí. El gobierno estaba en manos de los ricos, especialmente de Focion. Así continuaron las cosas hasta la muerte de Antipatro acaecida en 319 antes de J. C. Habiendo designado, contra lo que habia lugar á esperar, á Polyspercon regente del reino de Alejandro y tutor de los príncipes; su hijo Casandro, antes que se publicase la muerte de su padre, envió de gobernador de Muniquia, fuerte en la península de este nombre, que defendia el Pireo y otros puertos de Atenas, á Nicanor, con el cual tuvo muchas conferencias Focion, como era natural, y en quien se confió tal vez demasiado. Al cabo de pocos meses se presentó Polyspercon con una fuerza considerable delante de los muros de Atenas, diciendo que iba á librar á aquella ciudad de la opresion de Nicanor y á devolverle sus derechos; pero su intencion era apoderarse de ella, si podia. Entre tanto se tuvo una asamblea tumultuosa, en que fué acusado Focion de crímen

de traicion [1]. A los primeros síntomas se refugió en el cuartel general de Polyspercon; pero este para hacerse grato al pueblo se le remitió para que le juzgase. Todos los hombres de mayor nombradía se habian retirado de Atenas: no habian quedado mas que los proletarios, los encausados, los estranjeros y los esclavos. De todos estos estaba compuesta la asamblea que sin ninguna forma de juicio condenó á Focion á beber la cicuta. Entre ellos habia hombres de bien, que no pudiendo impedir que se cometiese tan grande injusticia se cubrieron el rostro y derramaron abundantes lágrimas por ella. Mientras era conducido á la cárcel, un hombre del populacho le escupió á la cara; y Focion se contentó con decir á los ministros de justicia: *¿no habrá alguno que impida á ese el cometer cosas tan indignas?* Sufrió con resignacion la muerte, y dejó encargado á su hijo que no se acordase de esta injusticia de los atenienses. Le privaron tambien estos de los honores del sepulcro, pero una dama de Megara recogió religiosamente sus huesos para depositarlos en el de sus mayores, cuando los atenienses volviesen en sí.

ÉPOCA ALEJANDRINA.

De 336 á 146 ant. de J. C.

DEMETRIO FALEREO.

Nac. en 350. M. en 283 ant. de J. C —469 de R.

224. Falero llamado ahora *Porto*, era el puerto militar de Atenas antes de construirse el Pireo. Allí nació DEMETRIO que para distinguirle de otros del mismo nombre ha conservado el de su patria. Aunque de oscuro origen, pues se está en duda si nació libre, ya que su padre Fanostrato habia sido es-

[1] Hagnónides orador fué uno de los acusadores. Plutarco en *Focion* habla tambien de un discurso de Glaucipo hijo de Hipérides, en que estaban reunidos todos los dicterios é infamias contra aquel personaje.

clavo de Timoteo y de Conon, y no se sabe si al nacerle este hijo habia conseguido la libertad; no obstante por su talento, por sus virtudes y prendas sociales supo elevarse hasta el punto de ser en Atenas el hombre mas distinguido de su tiempo. Habíanse apagado ya las grandes lumbreras de la elocuencia: la de Dinarco despedia los últimos fulgores. No consta que se hiciese notar en la tribuna en vida de Demóstenes. Mientras se estaba balanceando la libertad en Atenas entre los que querian conservarla pura cual la habian recibido de sus mayores, y los que deseaban ponerle un dique arrimándola al poder de Macedonia, Demetrio se formaba en la escuela de Teofrasto. Allí aprendia la teoría de los gobiernos, y aquellos altos principios de política que despues habia de emplear en beneficio de su patria. Seria ya un hombre muy notable por su saber y por su influencia en los negocios públicos, cuando tuvo que huir de Atenas con muchos otros durante las azarosas circunstancias en que fué condenado á muerte y ejecutado el célebre Focion. Retiradas las tropas de Polyspercon que habian causado aquella catástrofe, y estando apoderado de los principales fuertes Casandro, como se ha dicho en los números **201** y **223**, el pueblo tuvo que someterse á las condiciones que le impuso. Una de ellas fué que quedase al frente de la direccion de los negocios con el título de arconte ó cualquier otro, Demetrio de Falero, que fué aceptado con general aplauso, en términos que durante su gobierno los atenienses hicieron con él una cosa que no habian hecho con ningun otro, á saber, le erigieron 360 estatuas, número igual al de los dias del año segun el computo ateniense.

225. ¿Quién creyera que en ese gran número de estatuas se columbra la decadencia, no solo de la república de Atenas, sino tambien de la elocuencia? ¿Dónde están aquellos tiempos en que, como dice Esquines en su oracion contra Demóstenes *sobre la Corona*, se recompensaban los mas altos servicios hechos al Estado con una corona de olivo, ó con una pintura? Ese lujo de estatuas, al paso que prueba el lujo en todo lo demás, y por consiguiente es un síntoma de la desorganizacion social, prueba tambien un esceso de adulacion, un apocamiento inconcebible, una enervacion de las fuerzas en otro

tiempo tan varoniles; prueba el convencimiento en los ciudadanos de Atenas de hallarse reducidos á la nulidad, y de no esperar mas que de otro su propia salvacion. Otra prueba del estado decadente de Atenas. Refiere Ateneo, que un tal Adimanto de Lamsaco, que seria uno de los aduladores de Demetrio, mandó construir á dos leguas de dicha ciudad en un terreno llamado Tria, un templo para consagrarle á una mujer por nombre Fila, que segun aquel escritor era la madre de Demetrio, pero segun el que impuso á la estatua que la representaba, es mas probable que fuese su esposa ó querida, pues la llamó Fila Afrodita, esto es, Vénus [1]. Y aunque no espresa Ateneo si este Demetrio era el Falereo, ó el Poliorcetes, como los dos fueron contemporáneos, es igual para nuestro intento. Se saca de todo esto y de muchas otras cosas que pudieran añadirse, que los atenienses que decretaron las estatuas, y que toleraron el hecho de Adimanto, habian caido en el mas abyecto servilismo; pues no hacia muchos años que habian condenado á una crecida multa al autor de un decreto para que se declarase la divinidad de Alejandro. No hay duda que las virtudes morales y cívicas y las fuertes convicciones alimentan la llama de la elocuencia, y que cuando aquellas faltan esta se estingue.

226. No es estraño pues que en Demetrio se encuentren las primeras señales de que empieza á oscurecerse su brillo. Ciceron *de Orat.* II, dice con respecto á esto lo siguiente: ***Posteaquam extinctis his, omnis eorum memoria sensim obscurata est et evanuit, alia quædam dicendi molliora ac remissiora genera viguerunt: inde Demochares... tum Phalereus ille Demetrius omnium istorum mea sententia, politissimus, aliique eorum similes exstiterunt.*** «Despues que muertos estos (oradores) fué poco á poco perdiéndose y desvaneciéndose su memoria, se introdujo otra nueva manera de decir mas blanda y mas floja: entonces florecieron Demócares... y aquel Demetrio Falereo, en mi concepto el mas instruido y culto de todos, y otros semejantes á estos.» En el §. 38 *de cl. orat.* dice tambien: ***Phalereus successit***

[1] Una de las mujeres de Demetrio Poliorcetes era Fila hija de Antipatro de Macedonia y hermana de Casandro.

eis senibus adolescens, eruditissimus ille quidem horum omnium, sed non tam armis institutus quam palæstra. Itaque delectabat magis Athenienses quam inflammabat... Hic primus inflexit orationem et eam mollem teneramque reddidit, et suavis, sicut fuit, videri maluit quam gravis: sed suavitate ea qua perfunderet animos, non qua perstringeret; tantum ut memoriam concinnitatis suæ non, quemadmodum de Pericle scripsit Eupolis, cum delectatione aculeos etiam relinqueret in animis eorum a quibus esset auditus. «Sucedió á estos ya viejos Falereo, jóven sin duda mas instruido que todos ellos, pero no tanto formado con el ejercicio de las armas, como con el de la escuela. Así deleitaba á los atenienses mas bien que los enardecia... Este fué el primero que debilitó la elocuencia, y la hizo afeminada y muelle, y prefirió parecer suave como era, á ser grave; la suavidad que la dió complacia sí á los corazones, pero no los movia, dejando en ellos una grata memoria de su elegancia, pero no aquellos aguijones que segun escribió Eupolis de Pericles, espoleaban con cierto deleite el ánimo de los que le habian oido.»

227. Ciceron cita en este pasaje á Pericles con mucha oportunidad á nuestro modo de ver; porque él y Demetrio vivieron en dos épocas iguales bajo un concepto, y opuestas bajo otro, de lo que inferimos, que la elocuencia debia ser en ellos igual y opuesta. Los dos vivieron en épocas de transicion: hé aquí la igualdad: la transicion de la una era hácia la constitucion definitiva del estado [1]; la de la otra era hácia su disolucion: hé aquí la antitesis. Los atenienses vivian bajo la tirantez de las leyes de Solon aunque modificadas algun tanto por Clistenes; leyes sabias, justas, que enseñaban la sobriedad y demás virtudes. Pericles soltó un poco la tirantez: acostumbró los atenienses á los placeres dándoles medios para satisfacer esta inclinacion natural, pues hizo que se distribuyese á los ciuda-

[1] Solon dotó de leyes á Atenas. Pericles estableció una especie de derecho internacional, segun el cual esta ciudad era no solo la primera de Grecia, sino que con la magnificencia de sus obras, y proteccion dada á las artes y ciencias le adquirió además el derecho de ser considerada la primera del mundo; derecho que conservó por muchos siglos.

danos cierta cantidad de óbolos para poder disfrutar de las representaciones teatrales; hizo tambien que se diese una retribucion á los que asistiesen á las asambleas y á los tribunales como jueces. Estas disposiciones añadidas á una elocuencia persuasiva le hicieron muy popular, de modo que por espacio de 40 años pudo regir los destinos de aquel estado, con muy poca oposicion durante algunos cortos intervalos. Por cierto todo su tino y prudencia no hubieran bastado para conservarle en el poder, si no hubiese poseido soberanamente el don de la palabra, con la cual halagaba al pueblo, cuando era necesario, le aconsejaba, le disuadia, le reprendia, le inflamaba, le movia por fin hácia donde y cuanto creia conveniente. En todos sus discursos brillaba el mas acendrado patriotismo, lo que los hacia vigorosos: no trataba de mermar sus derechos, sino solo de guiarle. Por esto mismo el pueblo le secundaba en todo, y léjos de temer bajo tal direccion la pérdida ó menoscabo de su independencia ó soberanía, tuvo que contener en cierto modo su ímpetu patriótico, cuando le llevó á la declaracion de la guerra del Peloponeso, en que se trataba de la supremacía entre todos los estados de la Grecia.

228. Demetrio se vió al frente de los negocios en ocasion en que estos se hallaban enteramente postrados. Los dominadores de Grecia habian dejado á Atenas una sombra de libertad; pues creian que era mas político no anonadar del todo el espíritu nacional de los atenienses. Segun los diversos dominadores era ella mayor ó menor, y cada cambio se manifestaba regularmente con una esplosion. Demetrio debia tener muy presente que á la llegada de Polyspercon ó de su hijo prometiéndoles libertad, el pueblo que nunca sabe contenerse en los debidos límites se vengó de los que creia sus enemigos, y sacrificó á Focion. Casandro le hizo entender que no toleraria una turba desenfrenada, y le señaló por jefe á Demetrio. Pero este comprendia que podian variar las circunstancias, como en efecto variaron. Tenia que complacer al pueblo proponiéndole cosas que le fuesen agradables, y haciendo que él mismo las votase. Al mismo tiempo debia seguir el gusto del que le habia nombrado gobernador de aquella ciudad, y así léjos de llevarla á la independencia debia inocularle los principios de

sumision ó á lo menos de resignacion. Demetrio pues se hallaba en una posicion anómala: era bastante patriota para no prescindir del todo de la voluntad del pueblo; pero no era bastante independiente para condescender en todo á sus caprichos. Su elocuencia por lo mismo debia tener un temple particular. Prescindiendo de que con los principios de la escuela, naturalmente seria metódica, y no se permitiria aquellos arranques que tanto distinguen á los oradores populares, parece que no encontraria mucha oposicion en sus proyectos, ya por lo que se ha dicho del estado de los atenienses, ya por el carácter oficial que representaba. Por otra parte no queria gobernar autoritativamente sino con el beneplácito del pueblo. Debia pues predisponerle, hablarle muchas veces, acariciarle, y lograr mas bien con buenas palabras que con amenazas y rasgos fuertes, que sancionase sus actos. Por lo que sus discursos debian ser en cierto modo acompasados, y así no podian ser elocuentes. Es posible tambien que entrase en el autor un poco de vanidad, como sucedió en Séneca, que viendo su manera aplaudida, la continuó, la propagó, y la hizo de moda.

229. Nosotros no podemos juzgar á Demetrio Falereo por sus escritos, pues no se han conservado: solo podemos decir que Quintiliano le llama casi el último de los atenienses, y que es reputado como el primero en hacer decaer la elocuencia de aquella majestad y brio en que la hemos visto hasta ahora. Por lo demás Diógenes Laercio dice que escribió libros de *retórica, políticos, una serie de los arcontes*, y *sobre embajadas*. Se citan títulos que mas bien serian de declamaciones, que de verdaderos discursos; por ejemplo, una defensa de Sócrates, de que hablan el mismo Diógenes y Plutarco. Los gramáticos proponen algunos ejemplos de figuras sacados de obras inciertas. Se le atribuye una coleccion de fábulas de Esopo, de sentencias de los siete sabios, y un tratado de la elocucion. Este último se conserva, pero en concepto de los críticos no le pertenece.

230. Demetrio Falereo despues de diez años de un gobierno suave esperimentó la veleidad de los atenienses; pues al acercarse las tropas de Demetrio Poliorcetes declarándolos

enteramente libres (201), echaron abajo las 360 estatuas, y condenaron á muerte al que representaban. Fué á refugiarse primeramente á Tebas, despues al lado de Casandro, y últimamente á la corte de Tolomeo Soter en Egipto. Dicen que le consultó este monarca queriendo abdicar el trono sobre á cual de los hijos nombraria para sucederle, y que Demetrio le designó á Tolomeo hijo de Euridice que era el primogénito; y como no fuese nombrado, el sucesor que fué Tolomeo Filadelfo hijo de Berenice, le mandó desterrado á una provincia lejana, donde murió mordido de un áspid. Otros dicen que no salió de la corte en los 20 años que vivió en Egipto, y que fué el encargado de formar la biblioteca que fué despues tan célebre.

231. Con él puede decirse que quedó estinguida la elocuencia en Atenas, pues en la historia de la literatura no se encuentran otros oradores, si no es alguno que otro demagogo que no merece un lugar entre ellos. La caida de las 360 estatuas fué como la señal de alarma para las musas, que parece convinieron en abandonar aquella ciudad para trasladarse á otro pais mas favorable. Así la que habia sido madre de la elocuencia no tuvo el dolor de verla degenerar y perecer dentro de sus muros. Alejandría, corte de Tolomeo hijo de Lago, y capital de Egipto y demas provincias, que en la division del vasto territorio comprendido en el imperio de Alejandro se le señalaron, vino á ser como la ciudad de refugio de todos los desgraciados, particularmente hombres de letras. Aquel príncipe habia tenido siempre aficion á ellas, y se habia declarado su protector, luego que los negocios del estado le permitieron gozar de alguna tranquilidad y asiento. Habia escrito la vida de Alejandro, que era muy apreciada por los antiguos; pero no se ha conservado. Uno de los primeros pasos que dió en beneficio de las letras fué rodearse de hombres verdaderamente sabios, y que tuviesen acreditada su sabiduría con las obras que hubiesen publicado, ó con la fama legítimamente adquirida (P. 279). Demetrio Falereo se hallaba en este caso, y era sin disputa el mas eminente de su tiempo. Parece que fué su amigo, su privado, su secretario, su consejero íntimo, pues que Demetrio reunia á la teoría de la ciencia una gran-

de esperiencia, y no habia nada en política que se le ocultase.

232. Valiéndose pues del favor y confianza de que gozaba en aquella corte, propuso á Tolomeo que se formase en Alejandría una Academia, como la llamamos nosotros, esto es, una sociedad á la que no pudiesen ser admitidos sino los hombres recomendables por su saber, los cuales se reuniesen periódicamente para comunicarse los propios conocimientos, y contribuir de este modo al adelantamiento de las ciencias. El edificio en que se celebraban las sesiones se llamó Museo, como si se quisiese dar á entender templo de las musas. A él se agregó luego una biblioteca, para la cual hacia ya tiempo que Tolomeo procuraba juntar todos los libros de algun mérito, gastando en esto sumas enormes: cuando no querian los dueños desprenderse del ejemplar, mandaba sacar una copia, y esta era para la biblioteca, á no ser que el ejemplar perteneciese á algun súbdito suyo, porque entonces este quedaba en la biblioteca, y la copia se daba al dueño.

233. A mas de la del Museo hubo como una hijuela en el templo de Serapis, en donde se colocaron con el tiempo los libros que ya no cabian en la primera; y de ahí vino llamarse á esta nueva biblioteca Serapeo. La que fué incendiada durante el ataque de Julio César contra la ciudad de Alejandría, parece que fué la primera, que contenia, dicen, unos 400 mil volúmenes: la otra llegó á reunir 300 mil, los cuales segun unos se conservaron hasta el emperador Teodosio, que los mandó trasladar á Constantinopla; segun otros hasta el año 642 de nuestra era, en que el califa Omar mandó quemarlos á Amrou-Ben-Alas que se interesaba por ellos, á causa de Juan el Gramático, diciendo, que si contenian lo mismo que el Alcoran, no eran necesarios, y que si se oponian á él, por esto mismo debian destruirse. El autor de quien se saca esta noticia añade, que estos libros bastaron para calentar por espacio de seis meses los baños de Alejandria. No se comprende como podia haber quedado tan gran número si ya Teodosio los habia mandado quitar.

234. Tambien se atribuye á Demetrio Falereo el haber aconsejado á Tolomeo I ó á su hijo el procurarse una traduccion en

griego de los libros santos de los judíos. Sobre esto andan diferentes versiones. Hasta el siglo 16.° nadie habia dudado de la relacion hecha por Aristeas conocida desde los primeros de la Iglesia. Segun ella el mismo Aristeas fué uno de los enviados por Tolomeo á Jerusalen para recabar del gran pontífice Eleazar copias auténticas en hebreo de los libros canónicos, y un cierto número de hombres inteligentes en su lengua y en la griega, para que yendo á Alejandría hiciesen una traduccion griega. Seis fueron los escogidos de cada tribu, los cuales fueron mandados á la isla de Faros para ocuparse en ella. Estos 72 sabios habiendo conferenciado entre sí sobre el método que debian guardar en su trabajo, le dieron cima en 72 dias, habiendo resultado iguales las 72 traducciones que fueron leidas á Demetrio Falereo, y aprobadas por el mismo. Otros suponen que no hubo necesidad de mandar á Jerusalen para obtener una copia de las Sagradas Escrituras, puesto que en Egipto habia una colonia de judíos, como lo prueba el principio del libro 2.° de los *Macabeos*, en que se dice que los de Jerusalen escribieron á los de Egipto, para que celebrasen la fiesta de la fábrica del templo, y otras cosas que allí pueden leerse. Tendrian pues sus libros con que practicar sus ritos, uno de los cuales era leer todos los sábados algun capítulo del Pentateuco. Esto supuesto, era mas natural que se pidiese á los mismos del país el ejemplar que se deseaba para traducirle en griego, operacion que se encargaria á los mismos judíos, que debian conocer la lengua griega que era la dominante en Egipto. Hecha la traduccion por alguno ó algunos reputados los mas sabios, seria leida al Sinedrin y cotejada con el original. ¿Y qué impide el suponer que el Sinedrin se componia de 70 ancianos, de donde le vino á la traduccion llamarse de los 70? A esta hipótesis puede objetarse que estando entonces la Palestina sujeta á Tolomeo, tan fácil le era obtener los libros de que hablamos de Jerusalen, como de los judíos establecidos en Egipto; y que siendo aquella ciudad el centro de la religion judía, y la única en que podia celebrarse el culto legal, en donde por lo mismo debian conservarse con mas cuidado los libros sagrados, si la idea de la traduccion fué sugerida por Demetrio Falereo, no escapa-

ria á su penetracion como buen crítico que era, el procurar obtener antes de Jerusalen que de Egipto los libros cuya version al griego se deseaba. Y así no hay necesidad de apartarnos de la primera, antigua y constante tradicion, admitida por los SS. Padres de la Iglesia, y por los mismos judíos, como puede verse en Josefo *Antig. jud.* y en Filon *Vida de Moisés.* La traduccion al griego de los libros hebreos del Antiguo Testamento fué un riquisimo tesoro añadido á la literatura griega, no solo considerado como monumento histórico, sino tambien literario, y además es de los pocos en prosa que han quedado de la época Alejandrina.

235. Se ha dicho que Demetrio Falereo es el único orador digno de notarse en ella: los demas fueron los llamados asiáticos, que segun Quintiliano [1] trajeron su orígen de la escuela de Rodas fundada por Esquines. La elocuencia arrojada de la tribuna y del foro por los sucesores de Alejandro el Grande se refugió en las escuelas, donde los maestros hacian componer á los alumnos sobre asuntos históricos ó imaginarios, encargándoles que á falta de importancia en estos la diesen á los discursos por medio de la amplificacion, una diccion ampulosa y frases altisonantes. El que se distinguió mas en este género, y que por esto se considera como el inventor, fué HEGESIAS *de Magnesia* historiador de dicho príncipe y orador.

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

De 146 ant. de J. C. á 306 de J. C.

236. En esta época estuvieron de moda las lecturas públicas, y asi á la elocuencia de las escuelas hay que añadir la de las tertulias ó reuniones bastante numerosas algunas veces, pues los oradores ó escritores no hallando mejor medio para lucir y adquirir prontamente reputacion, invitaban á sus amigos y á todos cuantos literatos ó no literatos podian disponer de su tiempo á oir la lectura de sus composiciones. Esto

[1] *Inst. Orat.* XII, 10.

se llamaba mas comunmente elocuencia *epidictica* ó de aparato, porque sus autores hacian como parada de ella. Segun el objeto que se proponian daban á sus discursos distintos nombres, que seria largo é inútil referir. Hé aquí los principales oradores de esta especie, que se llamaban tambien sofistas, pero no en sentido odioso, como se llamaron despues de Sócrates ciertos oradores y filósofos.

LESBONAX.

A. 20 de J. C.

237. LESBONAX segun Feller era un filósofo del primer siglo de la era cristiana, que enseñó con mucha reputacion la filosofía en Mitilene, su patria, la cual para darle una muestra de su aprecio hizo acuñar una medalla en su nombre, que fué dada á conocer al público por un miembro de la Academia de Marsella en 1744. Se perdieron todas sus obras á escepcion de un trozo que parece principio de una arenga dirigida al pueblo de Atenas para exhortarle á emprender la guerra contra los tebanos á fin de vengar entre otros agravios el de haber destruido recientemente la ciudad de Platea su aliada. Siguen dos discursos cortos dirigidos á las tropas atenienses para animarlas á la guerra contra los lacedemonios que habian invadido el Ática. Se sirve el autor de los motivos comunes que deben impulsar á los soldados á procurar la victoria. Estos trozos no pueden ser otra cosa que ejercicios, porque se refieren á hechos muy anteriores al tiempo del autor. Se hallan continuados en la edicion de Didot en el tomo correspondiente á los oradores atenienses. Se observa que hace terminar la tercera persona del imperativo presente en όντων: por ejemplo, en la última cláusula del primer trozo dice: «Juzgo pues que los que os apartaban de esta opinion, convienen ya conmigo, y que no desaprueban que se haga la guerra á los tebanos; si no es así, que muestren que en nada han faltado estos á vosotros:» εἰ δὲ μή, διδασκόντων ὡς οὐδὲν εἰς ὑμᾶς ἐξημαρτήκασιν.

DION CRISÓSTOMO

A. 80 de J. C.

238. Si alguna prueba necesitase la elocuencia de su utilidad y poder, no habria mas que citar á DION, llamado *Crisóstomo* ó *Boca de oro*, como el S. Padre de la Iglesia conocido mas con este nombre. Pero tambien si alguna prueba se necesitase para demostrar cuan raro es el verdadero talento oratorio, podria citarse al mismo Dion, el cual aparece solo en medio de la turba de declamadores de este siglo dotado de las prendas propias de un orador. Era natural de Prusia en Bitinia. Debia pertenecer á una familia bastante distinguida, pues que ocupó cargos concejiles. Seria ya conocido por su talento, cuando Vespasiano proclamado emperador le consultó lo que debia hacer. «Restablecer la república,» dijo. Aunque no siguió su parecer le invitó á ir á Roma. Trató allí á los filósofos estoicos, y abrazó decididamente sus principios. Como no dejaba de inculcar en sus discursos los deberes de un príncipe, Domiciano enemigo de todo hombre de bien, le persiguió, y le obligó á salir de aquella capital. Recorrió varios paises disfrazado, y ganando su subsistencia con el trabajo de sus manos. Hallábase en este estado ó de mendigo, cuando habiendo llegado la noticia del asesinato de aquel emperador, un cuerpo considerable de tropas acantonado en las orillas del Danubio queria rebelarse, y nombrar uno. Dion se dió á conocer, y arengando con fuerza á las tropas, les hizo comprender sus deberes, que eran esperar la resolucion del senado de Roma, y someterse al que este designase. Así lo hicieron evitando con su sumision nuevas turbulencias. Nerva que fué el elegido, y que solo reinó dos años, llamó á Roma á Dion, y le honró con su amistad. La misma mereció de su sucesor Trajano, de quien dicen que alguna vez le tomaba en su litera para oirle sobre materias filosóficas. Habiendo permanecido algunos años en aquella metrópoli, ya de edad avanzada volvió á su patria en donde murió.

239. Se conservan de Dion 80 discursos, muchos de los cua-

les son filosóficos ó de literatura. Algunos políticos ó morales fueron pronunciados en ciudades importantes de Asia para inducirlas á la concordia entre los mismos ciudadanos, ó á la paz con otras vecinas. Entre ellos hay diez ó doce pronunciados en su misma patria con diferentes motivos. Habia tomado por modelo á Platon y á Demóstenes, y los imita regularmente con mucha felicidad. Los exordios son naturales y fáciles por la mayor parte; otros parecen traidos con alguna violencia. Las muchas alusiones á hechos históricos ó mitológicos no generalmente conocidos, y la longitud ó tejido mismo de las cláusulas, causan alguna oscuridad. Por lo demás es uno de los oradores mas dignos de ser leidos, porque sus discursos tienen puntos de vista mas generales que los de los otros oradores, y prueban un talento superior, que le hubiera colocado entre los de primer órden, si hubiese nacido en mejores tiempos. Entre ellos se distinguen los cuatro sobre las *Virtudes de un Principe* dirigidos á Trajano. El mejor de todos ó su obra maestra es el que escribió para los rodios contra la costumbre que tenian de emplear una estatua antigua para honrar á algun ciudadano ilustre, poniéndole solamente una inscripcion nueva.

A. 130 de J. C.

240. ANTONIO POLEMON del tiempo de Adriano y de los Antoninos enseñó la retórica en Esmirna. Debió ser muy grande y vehemente su elocuencia, pues se le llamaba *Trompeta del Olimpo*. Disgustado de la vida por un fuerte dolor de gota que padecia, volvió á Laodicea su patria, se encerró en el sepulcro de su familia, mandando que le tapiasen allí, y murió. Hay de él dos declamaciones ó ejercicios oratorios, titulados, *Discursos fúnebres*, escritos con estilo vigoroso, pero faltos de elegancia.

HERODES ÁTICO.

A. 140 de J. C.

241. En la coleccion de Didot, despues de Lesbonax hay un discurso corto, que lleva el titulo, Ἡρώδου περὶ πολιτείας, que

parece dirigido á los tebanos para que se unan con los pueblos del Peloponeso contra Arquelao. Se queja de los males atroces que han sufrido de este, como la muerte de los maridos, de los hijos, de los ancianos, en presencia de las esposas, de las madres y de los hijos, la destruccion de las casas, las rapiñas, y lo que era mas deplorable, todo esto ejecutado por hombres de la misma tribu y participantes de los mismos sacrificios. «¿Quién dirá, añade, que no hemos de vengarnos, pudiendo, del autor de tantos males?» Mas abajo dice: «¿Quién no despreciará nuestro poder, si no podemos, teniendo por ausiliares á los griegos, vengarnos de nuestros enemigos? y lo que es mas importante, seremos culpables por segunda vez ante los griegos, ya que ni en la primera guerra médica, ni en la que actualmente se anuncia hemos ofrecido nuestro ausilio.» No es muy claro todo lo restante de la oracion. Será probablemente algun trabajo de escuela, y no del autor á quien se atribuye.

242. Fué Herodes natural de Maraton, de familia ilustre, inmensamente rico, maestro de los emperadores M. Aurelio y L. Vero. Tuvo en Atenas escuela pública de retórica ó elocuencia sofística muy concurrida. Aulo Gelio fué uno de sus discípulos. Segun este aventajó á todos los oradores de su tiempo por su afluencia y elegancia de diccion. Parece que escribió poco, y esto poco no se ha conservado.

243. ADRIANO DE TIRO discípulo del anterior, y secretario del emperador Cómodo, debe ser contado nada mas que entre los declamadores, como lo indican los pocos fragmentos que se han conservado de sus discursos.

A 160 de J. C.

244. De **ELIO ARÍSTIDES** natural de Hadriani en Bitinia, sacerdote de Júpiter, nos han llegado cincuenta y dos, contando por uno el himno á dicha divinidad, que es el primero. Prueban ellos que ejercia la misma profesion de declamador. Algunos sostienen el pro y el contra de lo mismo. Gozó de grande y justa fama, y para satisfacer su vanidad viajó mucho, dejando en todas partes apasionados admiradores de su talento

y elocuencia. Esmirna destruida por un terremoto en el año 178 le debió el ser restablecida por M. Aurelio, movido por una carta suya muy tierna que le escribió.

Se hallan en algunos de ellos indicios de magnetismo animal, de que se burlaron los antiguos, y que ha fijado la atencion de los modernos, que no se atreven á negarlo del todo, aunque no sepan esplicarlo.

Queda además un tratado en dos libros, *Sobre el estilo político y el sencillo.*

LUCIANO DE SAMOSATA.

A. 160 de J. C.

245. Este escritor, uno de los mas conocidos de la literatura griega, como lo es Cervantes en la española, estuvo pocos momentos en el taller de un tio suyo escultor para aprender el oficio [1]; pues el haber roto la primera piedra, y los latigazos que este le dió, le hicieron salir pronto de alli, y volverse á su casa. Despues estudió para la abogacía, que ejerció por algun tiempo en Antioquía con poco éxito. Ni el cincel, ni los pleitos fueron de su gusto. Tomó la carrera que era entonces de moda, esto es, la de sofista; se dedicó á la enseñanza en dicha ciudad, en la Jonia, en las Galias, en Roma; disertó segun costumbre de los sofistas, hasta que se entregó enteramente á la filosofía, dejando al parecer la enseñanza, y ocupándose solo de escribir.

246. En sus viajes, en sus estudios y en sus conversaciones procuró observar al hombre, y conocerle profundamente con el objeto de poder darle á conocer á los demás. Todos los poetas cómicos y muchos filósofos se habian propuesto lo mismo; pero pocos lo alcanzaron en el grado que LUCIANO, pues no basta poseer grandes conocimientos, sino que es preciso espresarlos bien y de una manera agradable. Aristófanes se burló con gracia de las ridiculeces de su tiempo, pero su sátira era personal y local en cierto sentido. Platon habia puesto en ridículo á los sofistas, pero en estilo demasiado

[1] Luc. *De Somnio.*

levantado, sutil y serio. No obstante puede creerse que estos dos escritores que tenia muy bien estudiados, si no le sugirieron, le facilitaron la ejecucion de su plan.

247. Luciano se hallaba en condiciones mas favorables que ellos para criticar, no las costumbres públicas, que caen bajo la censura en todos tiempos, sino la religion y la filosofía, que fueron los principales puntos de mira de sus sátiras, pues podia usar de mas libertad. ¿Cómo se hubiera tolerado en Grecia durante su independencia escribir de intento diálogos en que los dioses hablan entre si en aire burlon de sus travesuras, cuando Anaxágoras fué condenado en Atenas por haber dicho que debia tomarse en sentido alegórico lo que Homero afirma de los mismos? cuando á Sócrates por haber adelantado algo sobre la unidad de Dios, se le obligó á beber la cicuta? En cuanto á los filósofos no hubiera sido tampoco tan fácil entonces fuera del teatro destrozar su reputacion, como hizo Luciano, porque tenian muchos prosélitos, y estaba bastante mezclada la filosofía con la política. Pero en tiempo de los Antoninos se dejaba discutir sobre todo. Roma no tenia el fanatismo que habia tenido la Grecia. Admitia en su seno á todas las religiones con tal que no atacasen á las reconocidas. Tal vez la cristiana ya bastante generalizada habia modificado las ideas aun con respecto á los gentiles para tolerarse que un escritor contribuyese al desprecio de sus dioses presentándolos bajo el lado ridículo. Los filósofos de ciertas sectas habian dado mucho que hablar, y no se entendian entre sí en la esplicacion de los puntos mas importantes de moral ó de física, cuyo conocimiento se atribuian, estando por lo mismo los demás en derecho de preguntarles, y de ponerles en ridículo si no contestaban.

248. Aunque escribió Luciano sobre otros asuntos, se tienen por principales los diálogos en que se ridiculizan los dioses, ó los filósofos. Hé aquí algunos títulos:

Nigrino contra las costumbres pervertidas de Roma.

Timon ó el Misántropo contra los falsos filósofos.

Prometeo ó el Cáucaso, contra la mitología griega.

Diálogos de los dioses en número de 26.

Diálogos de los muertos en número de 30.

Almoneda de vidas, se entiende de los filósofos.

El Pescador, ó Los resucitados: es una especie de palinodia del diálogo anterior, y uno de los mejores.

Se hallan tambien entre sus obras algunas que no están en diálogo, por ejemplo: *De la Diosa Syria. El hijo echado de la casa paterna. El primero y segundo Fálaris. Alejandro ó el falso profeta*, etc.

249. No se conoce otro escritor que haya manejado tan bien el diálogo como Luciano: él mismo lo da á entender, cuando dice, que estaba el diálogo desterrado de este mundo, y que fué á buscarle al Empireo. Tampoco hay otro, si esceptuamos á Aristófanes, que haya sabido emplear tanta sal ática. No parece que haya vivido en la época de decadencia: su diccion es pura, propia, precisa como la de los clásicos. Se le nota no obstante un cierto gusto por las palabras compuestas, y por dar á algunas un sentido diferente del que les dieron aquellos. Además se le critica porque la sátira degenera alguna vez en licencia; porque alguna citas de los antiguos poetas ó historiadores están como pegadas al contexto de la frase, y la hacen algo oscura, y por la obscenidad de algunos diálogos.

El Sueño de Luciano se halla traducido al español por el Licenciado D. Casimiro Florez Canseco, Catedrático de Lengua griega en los Estudios Reales de Madrid, é impreso juntamente con la *Tabla de Cebes*, traducida por Pedro Simon Abril, en dicha corte en 1778. El Licenciado D. Francisco Herrera Maldonado, Canónigo de Arbas de Leon, tradujo ocho diálogos, á saber: *el Cinico, el Gallo, el Filopseudes, el Aqueronte, el Ícaro Menipo, el Toxaris, la Virtud diosa, el Hércules Menipo*. Ed. de Madrid 1796.

250. De MÁXIMO DE TIRO contemporáneo de Luciano, y que vivia en Roma reinando los Antoninos, se conservan 41 disertaciones filosóficas elegantes, en que se tratan asuntos de moral y de literatura mas ó menos importantes.

A. 190 de J. C.

251. FILOSTRATO DE LEMNOS tenido en su tiempo por

grande orador y profesor de retórica es mas conocido por haber escrito la *Vida de Apolonio de Tiana*, filósofo neopitagórico del siglo anterior, de quien se habló en la seccion de los *Filósofos* núm. 80. La emperatriz Julia Domma esposa de Septimio Severo, aficionada á la literatura y muy adicta al gentilismo, le proporcionó unos códices en que se contenian algunas noticias tocantes á aquel personaje, y en que se suponia que un tal Damis de Nínive su compañero y discípulo los habia redactado. Otros dos desconocidos habian tambien escrito la vida de aquel célebre embaucador. Con semejantes materiales arregló Filostrato su biografía, en la que le atribuye milagros, el don de profecía, el anuncio de su nacimiento por Proteo, y otros mil embustes con que pretende parodiar al Divino Fundador de nuestra santa religion. Este escrito mal zurcido, lleno de falsedades y anacronismos, ha sido duramente tratado por Lactancio, por Focio, por Luis Vives, por José Escaligero, por Vosio, Casaubon, Justo Lipsio, á mas de los escritores eclesiásticos modernos. Focio no obstante le alaba por el estilo.

Las demás obras de Filostrato son: *Historia de 21 héroes de la guerra de Troya*, con el título *Heróicas*. *Las Vidas* de 26 sofistas filósofos y 33 retóricos, en que se ve el estado de decadencia de la literatura por los malos medios que empleaban los literatos para acreditarse.

252. Un sobrino del mismo, llamado tambien **FILOSTRATO** con la añadidura *el Jóven* para distinguirle, escribió una obrita titulada Εἰκόνες, imágenes, cuadros, retratos, pues se refiere á pinturas.

ATENEO.

A. 200 de J. C.

253. La proteccion que dieron los Antoninos y sus inmediatos sucesores á las letras, particularmente griegas, atrajo á Roma un sinnúmero de literatos de todos los países en que se hablaba ó se cultivaba el griego. Entre ellos debe contarse **ATENEO** natural de Naucratis en Egipto, que vivió á fines del siglo 2.° y principios del 3.°, muy conocido en la república literaria por su *Banquete de los Sabios*. Algunos otros tanto griegos

como latinos escribieron obras semejantes; pero la de Ateneo es de las mas famosas. Supone él que se celebraron varios banquetes en casa de un rico propietario de Roma llamado Lorenzo, en que se reunieron hasta el número de 21 hombres de letras pertenecientes á varias facultades, como médicos, filósofos, abogados, poetas, sofistas; y que durante la comida se discutieron diferentes puntos tocantes á literatura, ciencias, antigüedades, usos, costumbres, etc. Y como para mostrar erudicion ó probar lo que afirmaban era preciso citar alguna autoridad, los interlocutores menudeaban citas y textos de autores, que para nosotros serian desconocidos. Se hallan citados unos 700, y mas de 2500 obras, cuya mayor parte por supuesto no ha llegado á nosotros. Solo en comedias de la segunda época llamada media, dice Ateneo que habia hecho el estracto de unas 800. Se ve con esto que era infatigable, que debia estar dotado de gran memoria y paciencia, y disponer de grandes medios para procurarse tantos libros, tan costosos en aquellos tiempos, si no es que se sirviese de los que se custodiaban en las bibliotecas de Roma.

254. La obra de Ateneo es de una utilidad inmensa; así es que se halla citada por todos los escritores que tratan algo de literatura griega. Consta de 15 libros: los dos primeros se perdieron, y solo queda un resúmen ó estracto de ellos hecho dos ó tres siglos despues. Falta tambien una parte del tercero y del último. Puede perdonársele un poco de maledicencia, y algunas palabras no muy honestas que usan los convidados, pues, como dice Marcial en un epigrama dedicado á Plinio, cuando las copas van de un lado á otro de la mesa aun los hombres mas graves se permiten ciertas licencias. El estilo no es siempre castizo, ni igual, lo que no es de estrañar en un escritor de tan vasta lectura. La forma dramática ó dialogada de la obra y la gran variedad de noticias le dan muchísimo interés.

ÉPOCA BIZANTINA.

De 336 á 1453 de J. C.

255. Asi como un edificio sólido y bien construido se conserva muchos años entero y firme, y solo con el transcurso de algunos siglos deja ver algunas señales de deterioro; asi como un árbol de profundas raices y de escelentes frutos se mantiene lozano aun en su vejez, y de cuando en cuando los produce sabrosos y sazonados; así la lengua griega se conservó durante muchos siglos esplendorosa y robusta, y cuando llegó al período de decadencia no dejó de producir un número bastante considerable de escritores de mérito, que contribuyeron á mantenerla viva en medio de la competencia que debia sostener con la latina dominante en gran parte del imperio romano. Hemos visto los poetas, filósofos y oradores de las dos épocas últimas; vamos á ver los principales de estos en la actual.

A. 350.

256. TEMISTIO DE PAFLAGONIA, país del Asia menor, llamado *Eufrades*, buen hablista, tuvo el talento necesario para ser uno de los primeros oradores de la antigüedad; pero el siglo en que vivió que fué el 4.° de la era cristiana no daba lugar á la elocuencia política, que es la que los hace eminentes. La suya debió ser algo rastrera, como que la empleó la mayor parte de las veces en elogio de los principes, ó en acciones de gracias por beneficios que habia recibido, ó en complacer á alguna ó algunas personas deseosas de oirle. A pesar de esto se le reconoció y se le reconoce en las 33 oraciones que se han conservado mucha dignidad y energía. A su mérito debió el haber ocupado altos destinos en el imperio de Oriente, y haberle dispensado su confianza y amistad los emperadores Constancio y demás hasta Teodosio el Grande, que reinaron desde 337 á 395. Dos veces fué prefecto de Constantinopla, desempeñó varias embajadas y comisiones del Senado, del cual era uno de los miembros mas distinguidos. Se dedi-

caba tambien á la enseñanza de la filosofía y literatura con grande aprovechamiento y contento de sus discípulos. Fué en cierta ocasion á Roma donde se detuvo algun tiempo que empleó en dar lecciones públicas. El emperador de Occidente queria retenerle ofreciéndole una brillante posicion, pero no quiso aceptarla persuadido de que Roma era solo la segunda ciudad del imperio. Aunque profesaba el gentilismo no fué hostil á la religion cristiana, y en una de sus oraciones procura apartar á Valente de la persecucion que ejercia contra los católicos, citándole las divisiones interminables que reinaban entre los gentiles en materias religiosas, sin que por esto un partido pretendiese molestar ni mucho menos destruir al otro. San Gregorio Nacianceno estuvo en correspondencia amistosa con él: en una carta le llama rey de la elocuencia.

257. A mas de las oraciones escribió comentarios sobre Platon y Aristóteles: los de este se han conservado. En filosofía siguió las opiniones de ambos y las de Pitágoras, bien que no estaba conforme con alguna de Platon que combatió en un discurso. Su estilo está calcado sobre el del mismo, pero con las formas mas oratorias: es claro, florido y elegante [1]. Se le cuenta tambien entre los filósofos de esta época.

258. **LIBANIO** nació en Antioquía en 314, y llegó á una edad muy avanzada, pues se cree que murió á fines del siglo 4.°. Estudió la retórica en Atenas y en Constantinopla. El haber salido triunfante de su mismo maestro llamado Bemarquio en un certámen literario le acarreó muchos disgustos y persecuciones. Por lo que se vió obligado á abandonar aquella capital. Volvió á su patria, donde continuó hasta el fin de su vida [2], no habiendo querido aceptar una cátedra en Atenas, ni empleos honoríficos y lucrativos que le ofreció el emperador Juliano su admirador y amigo. Tuvo por discipulos entre otros personajes ilustres en la Iglesia y en el estado á S. Juan Crisóstomo y á S. Basilio. Decia del primero que le hubiera querido sucesor suyo en la cátedra, si la religion cristiana no se lo hubiese arrebatado. Era gentil fervoroso, por cuyo motivo fué muy

[1] Phot. *Biblioth.*
[2] Eunap. *Vita Liban.*

adicto á Juliano, que queria restablecer el gentilismo. La muerte prematura de este emperador le quitó toda esperanza.

259. Pasa por el mas célebre orador bizantino. Realmente poseia cualidades de orador, pero se le nota mucho amaneramiento. Su elocuencia no es espontánea, sino artificial: conocia perfectamente las reglas y las observaba por lo comun, aunque se dejaba llevar demasiado del prurito de lucir su erudicion, como lo prueban sus constantes alusiones á las antigüedades griegas, y las citas de Homero. Lo prueban tambien las muchas declamaciones que escribió, esto es, discursos sobre asuntos imaginarios, pues á falta de los reales queria hacer ostentacion de esta elocuencia superficial. El gran conocimiento que tenia de la literatura griega, la necesidad de repetir en sus lecciones muchos trozos de sus escritores le daban una facilidad estraordinaria, y se los ponian como entre manos en todo lo que componia.

260. Las obras que se han conservado son: los *Progymnasmas*, ó ejemplos de varias especies de composiciones, como, fábulas, elogios, vituperios, comparaciones, etopeyas, descripciones, modelos de cartas, etc.: mas de 60 discursos, entre los cuales algunos están dirigidos á emperadores, otros son morales, otros personales del autor: 45 declamaciones, mas de dos mil cartas, y los argumentos de las arengas de Demóstenes. No todos estos escritos están impresos.

261. HIMERIO DE PRUSIA en Bitinia para hacer alarde de su elocuencia y ganar dinero recorrió, como hacian los sofistas de aquellos tiempos, varias ciudades. Se le dió la cátedra de retórica en Atenas á la cual concurrieron alumnos de todos los paises en donde se hablaba el griego. San Basilio y San Gregorio Nacianceno fueron de este número. El emperador Juliano quiso oirle en Antioquía, y le invitó á que le acompañase en la espedicion de Persia. Escribió mas de 70 arengas ó declamaciones de las que se han perdido mas de la mitad. En las 33 que se han conservado se nota mucha ampulosidad y erudicion. Existen además en la Biblioteca de Focio los estractos de 37, algunos de los cuales corresponden á las conservadas. Hay una buena edicion de Himerio hecha en Gœttinga en el año 1790, acompañada de una traduccion latina y de

notas, que prueban la paciencia y laboriosidad de los alemanes.

262. JULIANO llamado el *Apóstata*, sobrino de Constantino el Grande, reinó en Oriente desde 360 á 363. En una espedicion contra los persas murió atravesado de una flecha á la edad de 32 años. Fué un príncipe de grandes cualidades políticas, literarias y guerreras, las que echó á perder miserablemente por haberse metido en la cabeza el restablecer el paganismo y anonadar la religion cristiana, por cuyo motivo se le da en la historia el referido dictado. Los filósofos neoplatónicos, particularmente Máximo de Éfeso, le pervirtieron, y los sofistas Libanio, Temistio y otros le alentaron. Dejando esta cuestion, y limitándonos á la parte literaria, no podemos menos de reconocer en este príncipe gran talento, buenos estudios de la antigüedad clásica, y mucha laboriosidad. Fruto de ella fueron algunas arengas, sátiras y cartas. Entre las primeras hay un elogio del emperador Constancio su primo, principal autor de los asesinatos de su familia, en que debió valerse de toda su habilidad, y hacer un grande esfuerzo para presentar como digno de alabanza al que á sus ojos debia ser un monstruo. En otras se dirige á las divinidades paganas haciendo ya ver su apostasía.

263. La obra mas conocida, mas célebre y mas ingeniosa de Juliano es el *Banquete ó los Césares*. Supone que Quirino ó Rómulo en su morada celestial, donde es contado entre los dioses, celebró en las fiestas saturnales un banquete, al que fueron invitados todos ellos, y los emperadores romanos. La mesa de los primeros estaba en lo mas alto del cielo, y la de los segundos en un sitio inmediato á la luna. A medida que iban entrando en la sala del festin, Sileno ayo de Baco y gran burlon, decia algo adecuado á cada uno. En esto está el mérito principal del escrito, en que en pocas palabras se caracteriza cada personaje manifestándose su principal virtud, talento, ó defecto. Al fin del convite se quiso formar un juicio comparativo de los mas distinguidos entre los presentes. A propuesta de Hércules fué introducido tambien Alejandro aunque griego á fin de competir sobre la preeminencia con Julio César, Augusto, Trajano, M. Aurelio y Constantino. Habiendo

hablado todos y ponderado sus grandes hechos, el congreso de los dioses se abstuvo de fallar en favor de alguno; solo dijo que cada cual de los competidores se arrimase á aquella divinidad que habia sido su especial protectora. Nó puede perdonarse á Juliano los dardos satíricos que lanza contra su tio Constantino, y las espresiones impías contra los sacramentos de nuestra santa religion, para lo que hace una suposicion necia y ridícula, á saber: que en aquella morada residian la *Molicie* y la *Disolucion*, á cuyo amparo se cobijaron Constantino y uno de sus hijos. Por lo demás el diálogo tiene chispa, y puede compararse con los de Luciano.

264. La sátira *sobre la barba* va dirigida contra los habitantes de Antioquía, que se burlaron de su traje filosófico. Hay en ella algunas noticias curiosas, pero se ve la precipitacion con que la escribió.

265. Las 90 *cartas* dan alguna luz sobre aquellos tiempos, y sobre el carácter de su autor. La 43 contiene el decreto privando á los cristianos de enseñar.

No hubo, á escepcion de los sagrados, otros escritores notables por su talento oratorio en esta época bizantina.

SECCION CUARTA.

HISTORIADORES.

PRIMEROS ESCRITOS EN PROSA.

1. Casi en todas las literaturas las composiciones mas antiguas están en verso; en cuanto á la griega no hay vestigios de prosa hasta fines del siglo 7.° ó principios del 6.° antes de nuestra era, á escepcion de algunas inscripciones, leyes, tratados de paz, y sentencias de tribunales. Todo lo demás, como libros de moral, de culto, tradiciones nacionales, oráculos, descubrimientos científicos y algunos códigos políticos, se sujetó al metro. Es probable sin embargo que los legisladores aun los mas antiguos prefiriesen en sus leyes el lenguaje libre, porque no se concretaban á mandar ó prohibir, sino que formaban en cierto modo la conciencia de sus súbditos inculcándoles los principios mas generales de sentido comun, y haciéndoles ver la utilidad de su observancia. Puede servir de ejemplo

2. **ZALEUCO** legislador de Locri en Italia, que algunos dicen haber vivido á principios del siglo 7.° antes de J. C.; otros que fué discípulo de Pitágoras, y por consiguiente de mediados del 6.° (F. 15.). Diodoro de Sicilia y Estobeo han conservado el preámbulo de su código de leyes: puede conjeturarse la sensatez con que estarian redactadas por los siguientes capítulos. Recomienda ante todas cosas la creencia en los dioses, y el respeto por ser los autores de todo lo que existe. La belleza y órden del universo prueban que no ha sido formado al acaso. El hombre debe procurar hacerse grato á la divinidad por sus buenas obras. No deben alimentarse odios. Los

magistrados no muestren arrogancia, ni parcialidad. Cuentan de este legislador que era tan rígido observador de sus leyes, que disponiendo una de ellas que se sacasen los ojos al adúltero, y habiendo su propio hijo cometido el crímen de adulterio, á pesar de las instancias del pueblo para que se le perdonase, prefirió que le quitasen á él un ojo, y otro al hijo á faltar á la ley. El preámbulo indicado es el mas antiguo escrito griego en prosa que se haya conservado.

ÉPOCA ATENIENSE.

De 600 á 336 ant. de J. C.

LOGÓGRAFOS.

3. Estos fueron de los primeros que la emplearon en los suyos. Llámanse así los compiladores de leyendas ó tradiciones nacionales ó particulares de algun país ó ciudad, con pretensiones de historiadores en cuanto se proponian espurgar la verdad de las ficciones poéticas. No lograron su intento, antes bien añadieron nuevas fábulas á las antiguas, ó las vistieron con nuevos arreos; pero crearon la prosa narrativa, y prepararon el camino á los grandes historiadores griegos, asi como los filósofos crearon la precision científica y la argumentacion filosófica. Estos primeros historiadores usaron el dialecto jónico, que quedó despues consagrado á los escritos de este género, y á la poesía narrativa y didáctica. Son los siguientes.

4. CADMO *de Mileto* de fines del siglo 7.° ant. de J. C. fué el primer escritor en prosa de una obra histórica ó sea coleccion de tradiciones fabulosas acerca de la fundacion de su patria Mileto.

5. ACUSILAO *de Argos* de principios del 6.° puso en prosa los sucesos relativos á la edad heróica, ó por mejor decir, segun san Clemente de Alejandría, quitó á Hesiodo la cadencia métrica.

6. HECATEO *de Mileto* de fines del 6.° se hizo célebre en la rebelion de los jonios contra Dario en el año 504. Esto le obli-

gó á viajar mucho, y se aprovechó de sus viajes, pues formó una descripcion de la tierra en dos partes, la una para la Europa, la otra para el Asia. Quedan algunos fragmentos de esta obra, titulada περίοδος γῆς, en dialecto jónico comun, y en estilo sencillo. Habia además escrito un libro de genealogías de algunas familias ilustres, acomodando á cada individuo de ellas los hechos verdaderos ó falsos que se le atribuian, sin que la magnitud ó lo estraordinario de los mismos le hiciese advertir en lo posible ó verosimil.

7. **FERÉCIDES** ***de Leros***, pequeña isla vecina de la costa de Jonia, por sobrenombre el ***Ateniense***, floreció en tiempo de las guerras médicas á principios del siglo 5.º antes de J. C. Vivió muchos años en Atenas, en donde recogió las tradiciones relativas á la historia de aquel país. Formó tambien genealogías á la manera de Hecateo: una de ellas ponia toda la línea desde Ayax hasta Milciades, y contaba el establecimiento de este en el Quersoneso de Tracia, y la espedicion de Darío contra los Escitas.

8. **CARONTE** ***de Lamsaco*** contemporáneo de Ferécides fué un escritor distinguido que citan Plutarco, Ateneo y Suidas. Continuó el trabajo de Hecateo sobre la descripcion de la tierra, pues á mas de la relacion de Lamsaco y su territorio describió en cuatro libros la Etiopia, la Libia, la Grecia y la Persia; además compuso una especie de crónicas sobre las guerras de Darío y Jerjes contra los griegos, que sin duda debieron ser de alguna utilidad á Herodoto, si no por el estilo, á lo menos por los hechos. En la coleccion de Creuzer se encuentran los fragmentos de este historiador.

9. **HELÁNICO** ***de Mitilene*** nació 11 años antes que Herodoto, esto es, en 495 antes de J. C. Escribió la ***Historia de los antiguos reyes del mundo, y de los primeros fundadores de ciudades***; un ***Catálogo*** de las sacerdotisas que desde la mas remota antigüedad se habian dedicado en Argos al culto de Juno, con una relacion de los acontecimientos mas notables de aquella ciudad en que habian tomado parte, y unos apuntes sobre la historia contemporánea ó las guerras médicas empezadas en 494, hasta la del Peloponeso empezada en 431. Esta última obra debia ser por su índole poco detallada, é interesante

para los venideros. Tucidides encuentra á este autor poco exacto en la cronología. Hay impresa en 1787 en Lipsia una coleccion con el título *Hellanici Lesbii fragmenta*, pero como ha habido varios Helánicos, es posible que se confundan trozos de uno con los de otro.

10. Estos son los logógrafos mas notables, de los cuales puede decirse respecto de la historia lo mismo que de los aedos respecto de la epopeya. Homero encontró la narracion épica dividida en varias partes, de las cuales formó un admirable conjunto. Herodoto recogió tambien las diferentes relaciones en un magnífico cuerpo de historia, dotándola de todas las cualidades propias de ella, y creando como por encanto un modelo perfecto de este género.

HERODOTO.

484 ant. de J. C.—270 de R.

11. Nació en este año el que es comunmente llamado padre de la historia, en la ciudad de Halicarnaso, capital del pequeño reino de Caria en el Asia menor, bajo el reinado de la famosa Artemisa hija de Ligdamis [1], la cual tanto se distinguió en el combate de Salamina ausiliando á Jerjes contra los griegos. Su familia era de la antigua nobleza dórica, y ocupaba un rango distinguido, que no cifraba sin embargo su lustre solamente en los blasones, sino tambien en el saber, como lo prueba, á mas de él, un tio suyo llamado Paniasis, que fué un escelente poeta [2]. Recorrió casi todas las provincias sujetas al rey de Persia, facilitándole mucho estos viajes el estar la Caria como tributaria bajo la dependencia de este rey. En Siria, en el Egipto, en la Libia, y sobre todo en Persia recogió los datos de que debia llenar su historia. Visitó tambien la Grecia, particularmente aquellos lugares que habian sido teatro de los grandes sucesos que queria narrar. En Samos se perfeccionó en el dialecto jónico, que era, como se ha dicho (núm. 3) el de la historia, conservando no obstante aquella

[1] Herod. VII. 99. Feller dice hija de Hecatomo.
[2] Véase su artículo. P. 77.

dignidad dórica tan propia de un historiador, que correspondia por otra parte á su nacimiento y á su patria formada de una colonia dórica.

12. De Samos volvió á su pais para libertarle de un tirano que le tenia sojuzgado, y que segun parece habia hecho morir injustamente á su tio Paniasis. Habiéndolo conseguido, no pudiendo entenderse entre sí sus compatriotas, y llamándole su aficion al estudio y su propósito de escribir una obra histórica superior á las anteriores á una vida mas sosegada y tranquila, abandonó su patria, y se trasladó á la nueva ciudad de Turio, que se levantaba en la Gran Grecia cerca de Síbaris, en donde probablemente terminó sus dias, aunque otros dicen que murió en Pella de Macedonia, otros en Atenas; pero sobre el lugar y el año de su muerte no hay datos positivos.

13. Tampoco los hay en cuanto al tiempo en que compuso su historia. Puede conjeturarse no obstante que despues de los primeros viajes empezó á poner en órden sus materiales, y que en darle la última mano empleó toda su vida; pues consta que añadió algunos hechos posteriores á su retirada á Turio. Se sabe tambien de una manera indudable que leyó una parte de ella en los juegos olímpicos celebrados en la Olimpíada 81, que corresponde al año 452 antes de J. C. 32 de su edad. Esta lectura produjo en el ánimo de Tucídides todavía mozo, que se hallaba en aquellos juegos, el mismo efecto que la vista de una estatua de Alejandro Magno en el de Julio César. Al ver HERODOTO un deseo tan precoz de gloria en aquel muchacho, aconsejó á su padre Oloro que le dedicase al estudio. En Atenas dió en la Olimpíada 83 nueva lectura, que mereció los mismos aplausos que la primera, y algunos añaden, una buena recompensa en dinero. Aunque acostumbrados á oir y apreciar solamente versos, dotados como estaban los griegos del instinto de la belleza, la encontraron desde luego en este nuevo género literario. Familiarizados sobre todo con la lectura de Homero, creyeron ver en Herodoto una nueva epopeya dividida en nueve cantos, número igual al de los libros, cuyo argumento era un suceso mas reciente; y sin duda por esto el mismo autor, ó como quieren otros, los griegos pusieron al frente de cada uno el nombre de una

musa que aun conserva. Con efecto quítese el órden cronológico, y añádase la medida del verso, aunque esto no es esencial, y se tendrá una epopeya cuyo título podria ser, ***Lucha del Asia con la Europa y triunfo de esta.*** El héroe en este caso no seria, como se ve, un individuo, sino un ser simbólico que representa una parte del mundo. Por lo demás allí se encuentran leyendas históricas y fabulosas, mitos, ofrendas, oráculos, genealogías, nombres famosos, fundaciones de ciudades, de reinos, intervencion de dioses, empresas grandes, dificultades al parecer insuperables, narracion animada y casi dramática, arengas elocuentes en boca de personajes importantes, luchas giganteseas, magníficos episodios, y desenlace inesperado.

14. Se dirá tal vez, ¿qué mérito hay en escribir una obra que sea lo que no ha de ser, ó que no sea lo que se propuso su autor, verificándose lo que dice Horacio en su *Arte poética* v. **22**, sobre salir un jarro tratándose de hacer una tinaja? La historia con los elementos que habia en tiempo de Herodoto, no podia ser otra cosa, y este autor dió un gran paso hácia la perfeccion, y casi la consiguió, separando bastante lo fabuloso de lo verdadero, usando de una crítica por lo comun muy sensata, escogiendo entre los muchos sucesos aquellos que convenian mas á su intento, acompañándolos á menudo y sin demasía de reflexiones oportunas, poniéndolos en un órden metódico y claro, usando un lenguaje castizo, y un estilo variado, ameno, sencillo y noble al mismo tiempo. Una observacion puede hacerse en la lectura de Herodoto, la que puede aplicarse á todas las obras literarias clásicas primitivas, á saber, que ella embarga la atencion sin permitir que se distraiga ó se entibie, á pesar de haberse leido ya los mismos hechos en Rollin, Anquetil y otros: se encuentra tal sabor, atractivo ó simpatía, que con dificultad se suelta el libro; tanto es lo que gusta aquel encadenamiento de ideas, aquel candor, aquel desembarazo de cláusulas, aquella animacion de caracteres, y aquella marcha metódica y de interés siempre creciente. El que no pueda leer el mismo original griego puede aprovecharse de la escelente traduccion hecha por el P. Bartolomé Pou jesuita, impresa en Madrid en **1846.**

15. Basta para dar una ligera idea del objeto de la obra el siguiente estracto. La discordia entre asiáticos y europeos data desde los raptos de Io, de Europa, de Medea, y de Helena. Los primeros capítulos pues de ella esponen las diferentes versiones sobre dichos raptos. El reino de Lidia confinante con la Caria es tambien objeto del primer libro. El capricho estravagante de Candaules hizo pasar el cetro de Caria de la familia de los Heráclidas á la de Creso. Visita de Solon á este rey, el cual le despide bruscamente por no haberle contado en el número de los felices, á pesar de sus grandes riquezas. Medita el mismo la guerra contra los persas, á cuyo fin consulta los oráculos, y prefiere la alianza de Esparta á la de Atenas. Historia de estos dos estados. Costumbres de los lidios. Origen del imperio de los medos. Aventuras de Ciro. Religion de los persas. Guerra de Ciro contra los jonios y asirios. Descripcion de Babilonia. Costumbres de los babilonios. Muerte de Ciro en el país de los masagetas. Antes de hablar de la conquista de Egipto hecha por Cambises describe el autor en el libro 2.° aquel pais. En el 3.° cuenta la espedicion de Cambises al Egipto y Etiopia, la rebelion de Esmerdis, el artificio de Darío para subir al trono de Persia, la rebelion de Babilonia, y concluye con la descripcion de la India y Arabia. En el 4.° hay las espediciones de Darío contra los escitas y la Libia, la historia de aquellos países, y una sucinta descripcion geográfica del mundo entonces conocido. En el 5.° trata de algunas conquistas hechas por los persas en la Tracia. Costumbres de los tracios. Sublevacion de los jonios, que piden ausilio á Atenas. Hipias espulsado de esta ciudad incita á los persas á atacar á Atenas. Los griegos coligados incendian á Sardes, capital de la Lidia. Darío jura vengarse. 6.° Histico instiga á los jonios contra los persas: la flota de estos que se dirige contra Atenas naufraga en Atos. El rey de Esparta quiere castigar á los eginetas vendidos á los persas. Batalla de Maraton en que triunfa Milcíades. 7.° Continua Jerjes los aprestos militares de su padre Darío contra Grecia. Un ejército innumerable la invade. Paso de las Termópilas. 8.° Armada griega en Artemisio. Jerjes se apodera de Atenas abandonada. Es derrotado en Salamina. 9.° Mardonio general persa se apodera se-

gunda vez de Atenas. Es derrotado en Platea, mientras que la flota de su nacion lo es en Micale. Los griegos se apoderan de muchas ciudades del litoral, y echan de casi todos los puntos de Grecia ó de sus colonias á los persas.

16. Hay demasiada palabrería en la contestacion dada por el oráculo de Delfos á las quejas de Creso, que pretendia haber sido engañado, cuando consultó sobre el resultado de la guerra que deseaba emprender contra Ciro. Tambien parece estremada la minuciosidad con que se esplican varias ofrendas del templo de Apolo en Delfos. Muchos de los prodigios que se cuentan y que son claramente ridículos, por ejemplo, Arion montado sobre un delfin, Creso puesto en la pira, rodeado de llamas y salvado por Apolo, etc., pasan sin correctivo. No es tampoco de buen gusto la recapitulacion que hace muy á menudo el autor de lo que acaba de referir, aunque el suceso sea muy breve. A esto alude tal vez Ciceron en su *Orator* cap. 55, cuando dice que Herodoto carece de ritmo y armonía, aunque otros críticos le han defendido sobre este punto.

Plutarco escribió un tratadito con este título: *De la malignidad de Herodoto*, que está entre sus obras. Véase núm. 101.

TUCÍDIDES.

471 ant. de J. C. — 283 de R.

17. Los griegos que derrotaron á los persas todas las veces que estos invadieron su territorio, y que obligaron al gran rey á acomodarse con ellos en tiempo de Cimon [1], debieron sus triunfos al sentimiento nacional que hacia de los diferentes estados de la Grecia un solo estado cuando se trataba del peligro comun. Los pueblos que se distinguieron mas en aquellas memorables hazañas fueron Atenas y Esparta; pero esto mismo los llenó de orgullo y rivalidad, y los llevó al borde del precipicio; pues asi como en un estado democrático es muy difícil que se sostenga un hombre de un gran mérito, aunque

[1] 449 antes de J. C.

haya prestado eminentes servicios á su patria sin escitar envidias y recelos, de lo que Atenas nos suministra muchos ejemplos; así en un país confederado, unido por los lazos de la religion, de la lengua, de costumbres, de intereses, y relaciones de familia, pero formado de estados independientes, el que quiera sobreponerse á los demás y dominarlos escitará su odio, que estallará por fin en una guerra abierta.

18. El gran Pericles aunque no queria el rompimiento con Esparta, deseaba el engrandecimiento y primacía de su patria. Las victorias de Maraton, Salamina y Platea, y sobre todo su preponderancia como potencia marítima, le daban á su parecer una superioridad indisputable sobre los demás estados. Estos mismos la habian reconocido en cierto modo dando á Atenas el derecho de recaudar y administrar todas las cuotas que los aliados pagasen para la defensa comun. Pero esta ciudad abusó de su ascendiente, y convirtió la docilidad de los demás en una especie de vasallaje. Eran ya casi generales las quejas y las sospechas, que se hicieron de todo punto ostensibles, cuando Pericles mandó unos veinte embajadores á todas las ciudades importantes del continente, á las islas y colonias griegas de Asia para invitarlas á enviar á Atenas diputados que formasen como un congreso nacional para tratar de los medios de reedificar los templos demolidos ó incendiados por los bárbaros, de poner en buen estado la marina y demás que pudiese interesar á la Grecia. Todas contestaron con el silencio, porque los lacedemonios se opusieron. Poco tiempo despues estos emprendieron la guerra llamada sagrada, y habiéndose apoderado del templo de Delfos, dieron su administracion á los habitantes de esta ciudad. Mas Pericles asi que ellos se retiraron entró en la Fócida con un ejército, y restableció las cosas en su antiguo estado dándola á los focenses. Cuando la revolucion de la Eubea, los lacedemonios aprovechándose de la ausencia del ejército ateniense se acercaron al Ática en ademan hostil, y obligaron á Pericles á volver prontamente á la defensa de su país, dejando por entonces á los de Eubea [1]. En la disputa entre Samos y Mileto por la ciudad

[1] 446 antes de J. C.

de Priena, los atenienses se declararon contra Samos á pesar de Esparta [1], del mismo modo que en la guerra de Corcira contra Corinto tomaron la defensa de Corcira. Los corintios despues de la derrota que sufrieron cerca de Potidea ciudad de Macedonia solicitaron á sus aliados para que juntos mandasen á Esparta embajadores á fin de quejarse de los atenienses como perturbadores de la paz entre los griegos, y pedirle que se pusiese al frente de una liga para abatir el orgullo de Atenas. Arquídamo prudente rey de Esparta procuró por todos los medios amansar la ira de su pueblo; pero no pudo impedir la declaracion de la guerra.

19. Hé aquí la parte de historia de Grecia que se llama *guerra del Peloponeso;* y hé aqui el asunto que trató TUCÍDIDES en su famosa obra que lleva por título *Historia de la guerra de los peloponesios y atenienses.* Duró ella veinte y siete años, á saber, desde 431 antes de J. C. hasta 404; peró Tucidides no escribió mas que los 21 años primeros, sin duda impedido por la muerte. Tenia 40 cuando estalló.

20. Esta obra ha merecido los elogios unánimes de los críticos, dejando aparte á Dionisio de Halicarnaso y otros pocos que le han reprendido algunos defectos. Es considerada como la mejor obra histórica escrita en griego: ella sirvió de modelo á Salustio y á Tácito. Se sabe que el gran Demóstenes la copió ocho ó diez veces para nutrirse digámoslo así de su estilo, y convertirle en sustancia propia (O. 188), pues que es el modelo mas acabado de lo que se llama estilo ático, esto es, la mayor precision unida con la mayor pureza y elegancia de lenguaje, y la correspondencia mas exacta entre el pensamiento y la espresion. No hay que buscar en Tucídides follaje inútil, ni sonoridad ó retumbancia de períodos, sino solo las frases necesarias para la idea; no hay que buscar colorido impertinente, sino el que basta para poner de realce los objetos y darles conveniente luz. Ciceron dice que las arengas de Tucídides no deben tomarse por modelo de estilo oratorio: sin duda, pues pocos tendrian el talento de producir grandes efectos con aquella concision que se aviene mal con la pompa que

[1] 440 antes de J. C.

es propia de la oratoria. Pero que se diga, si la descripcion de la peste de Atenas, por ejemplo, si la oracion que pone en boca de Pericles en honor de los soldados atenienses muertos en la primera campaña contra los lacedemonios, no son obras maestras dignas de ser imitadas por los que deseen sobresalir en el respectivo género. Lucrecio como buen naturalista y poeta le imitó en la descripcion de la peste. Los panegiristas fúnebres especialmente de hombres de guerra harán bien en leer la oracion que está en el libro 2.° capítulo 35 y siguientes, á la que sigue inmediatamente dicha descripcion. Es tambien modelo acabado el discurso que pronunció el mismo para animar al pueblo que murmuraba de él á causa de la guerra, mas bien por abatimiento en que le dejara la peste, que por razon alguna plausible. Vid. O. 5.

21. Herodoto habia dado á sus personajes una forma dramática, poniendo en su boca palabras que tal vez nunca profirieron, faltando de este modo á la verdad histórica, pero haciendo mas amena la obra, y acercándola bastante al rango de la epopeya, que de sí es una composicion narrativa. Sin embargo las arengas de Herodoto no son tan formales como las de Tucídides, el cual se sirve hábilmente de los suyos para esponer sus propias ideas y sentimientos, y manifestar las causas de los sucesos, y la política de aquel tiempo. Es tan perfecta la ilusion que causan tales arengas, que á pesar de advertir el autor al principio de su obra que era difícil retener en la memoria las palabras mismas ó discursos pronunciados, y que ha procurado trasladarlos lo mas verídicamente posible en el fondo, cree uno oir testualmente á los mismos personajes, los cuales parece que no podian hablar de otra manera atendidas todas las circunstancias. Léanse los dos que hace pronunciar delante del pueblo de Atenas, solicitando su alianza, á los diputados de Corcira y de Corinto con motivo de la guerra que se ha indicado antes, y se verá la maestría del escritor, el cual sabe hacer suyas las causas que patrocina ó por las que habla, é interesar al lector, mostrando sin embargo la debida imparcialidad. Este es otro de los caracteres que distinguen á Tucídides. Él tuvo parte en aquella guerra del Peloponeso: como buen patriota é hijo de una familia ilustre es-

tuvo encargado de un mando en la marina, hizo todo lo que pudo para salvar el honor de su pabellon; pero no pudo impedir que el general lacedemonio Brasidas se apoderase de Anfípolis á pesar de haber volado á su socorro; por lo que al octavo año de la guerra en que tuvo lugar este suceso fué destituido y mandado á destierro, á instancias principalmente del furibundo Cleon, contra quien sin embargo no se ensaña en su historia, sino que de él como de cualquier otro dice lo bueno y lo malo. En el primer libro declara las causas que prepararon el rompimiento de los dos estados mas importantes de la Grecia; y aunque era ateniense, nunca se inclina en favor de su patria en perjuicio de sus enemigos; se muestra enteramente neutral; cualquiera diria que es un estranjero el que describe aquellos hechos, ó á lo menos que el escritor ha vivido mas de doscientos años despues de ellos, por parecer imposible que un contemporáneo, y que ha sido actor, pueda despojarse enteramente de toda pasion ó afecto de patria.

22. Por lo que toca á la fidelidad es otra de las cualidades que hacen recomendable á Tucídides. Él mismo dice que no cuenta sino lo que vió, ó lo que oyó de personas las mas competentes, poniendo en esto el mayor cuidado, y procurando en la variedad de relaciones que se observa en las mismas cosas de actualidad, discernir entre lo verdadero, lo exagerado, lo apasionado y lo mal comprendido. Así es que en esto nadie le ha tachado, á escepcion de un autor anónimo de su vida, el cual sin fundamento al parecer dice que en varias arengas exagera los motivos de queja que tenian otras ciudades contra Atenas, resentido por el destierro que le impusieron sus conciudadanos. Tal vez podria criticársele por haber tomado el hilo de su historia demasiado léjos, pues siendo ella particular ó limitada á una sola guerra, aunque en concepto del autor la mas importante que hubiese sostenido la Grecia, y la que le causó mayores males que las invasiones de los bárbaros, no era necesario remontarse hasta el orígen de la nacion y formacion de varios estados. Tales noticias cuadraban mejor á los logógrafos Caronte de Lamsaco, por ejemplo, y Helánico de Mitilene, cuyas obras se ocupaban principalmente de antigüedades. Tambien se echa menos un poco de claridad: ge-

neralmente es comprensible, pero á fuerza de estudio y meditacion, por usar de bastante libertad en las construcciones, y por agrupar mucho las ideas valiéndose de la composicion de palabras, á que se presta maravillosamente la lengua griega, y oponiéndolas formando antítesis, quizá con demasiada frecuencia. Resulta á veces la oscuridad de que es muy listo en la narracion y en el cambio de escenas sin detenerse en consideraciones ni preámbulos: sirve no obstante de guia al lector el uso casi constante del epílogo muy breve ó transicion imperfecta, por ejemplo: «Así habló Pericles.» «Esto es lo que ocurrió en la peste,» fórmulas imitadas de Herodoto, y que llevan consigo cierta monotonía, como tambien la division en veranos é inviernos, esto es, temporadas de las operaciones militares, y de cuarteles de invierno.

23. A las ediciones de Tucídides suele acompañar una biografía que se dice sacada de un juicio sobre este autor, escrito en griego por Marcelino, que es el historiador latino Amiano Marcelino; pero mas parece aquella biografía una compilacion de varias noticias, que no siempre guardan consonancia entre sí. Hay además algunas líneas de Suidas, que repiten lo que dice Marcelino y el autor anónimo que se ha citado antes. De estos escritos se saca, que Tucídides era hijo de Oloro, aunque Marcelino dice que en la inscripcion que se puso en su sepulcro se leia Orolo Este Oloro ú Orolo segun unos habia venido de Tracia, y casó con una hermana ó nieta de Milcíades el héroe de Maraton, el cual, siendo sobrino de otro Milcíades, que en tiempo de Pisistrato estableció una colonia en el Quersoneso de Tracia, le sucedió en aquel gobierno por haber muerto sin hijos; pero en la invasion de los persas fué á refugiarse á Atenas en donde obtuvo el mando en jefe de los griegos que pelearon en aquella memorable jornada. Estaba casado con Hegesipyla hija de Oloro rey de Tracia. De lo espuesto resulta, que no debe ser cierto lo que comunmente se lee en las biografías de nuestro historiador, á saber: que su madre fuese esta Hegesipyla. Segun Herodoto dicha princesa despues de la muerte de Milcíades tuvo de un segundo marido á Oloro padre de Tucídides. Como advierte muy bien Marcelino él ha dado lugar á todas las dudas y opiniones dife-

rentes, porque no dice nada de su familia. Es muy fundada la conjetura de que pertenecia ella á la de Milcíades, porque su sepulcro estaba cerca de las puertas Melitidas en un terreno de Ática que se llamaba Cela, en donde habia los sepulcros llamados Cimonios, en que no podia sepultarse nadie que no fuese de la misma. Tuvo por maestros, de filosofía á Anaxágoras, y de retórica á Antifon [1], ambos célebres, de quienes se habla en el lugar correspondiente.

24. No ejerció Tucídides cargo alguno público: el autor anónimo no obstante dice que fué por poco tiempo magistrado supremo de Atenas: solo obtuvo el mando que se ha dicho en los siete primeros años de la guerra del Peloponeso. Cuando fué desterrado se retiró á Escaptesyla ciudad de Tracia, en donde su mujer heredera muy rica de aquel país poseia minas de oro. Pasó allí veinte, durante los cuales escribió su historia valiéndose de las notas que él mismo habia tomado mientras sirvió en la milicia, y pagando bien á varios comisionados que tenia en ambos partidos para que le trajesen las noticias mas verídicas que fuese posible de los sucesos. Concluida la guerra hubo amnistía para los desterrados, y unos dicen que se aprovechó de ella para volver á Atenas, en donde murió, otros que fué asesinado en Tracia y que sus restos fueron llevados á aquella ciudad y colocados en el lugar que se ha dicho [2]. Los seis años que faltan para completar la historia de la guerra del Peloponeso fueron continuados por Jenofonte y Teopompo.

La obra de Tucídides se halla traducida al castellano por Diego Gracian, é impresa en Salamanca por Juan de Canova en 1564.

[1] Filostrato *Vit. Sophist.* I, 9, dice que Gorgias Leontino, ya viejo causaba la admiracion de Atenas con su elocuencia, y opina que tenia colgados de sus labios á los mas doctos, como entre los jóvenes á Critias y Alcibíades, y entre los viejos á Tucídides y Pericles.

[2] Aristófanes en las *Avispas* dice de un perro llamado á juicio por haberse comido un pedazo de queso, que padecia la enfermedad de Tucídides desterrado, esto es, que estaba paralizado de las mandíbulas porque no hablaba.

JENOFONTE.

Nac. en 445 ant. de J. C. — 309 de R. — M. en 356. — 398 de R.

25. Catorce años tenia JENOFONTE cuando empezaron las primeras hostilidades entre Esparta y Atenas; por lo que se ve que la mejor parte de su vida se pasó entre el estruendo de las armas, habiendo durado aquella guerra 27, como se dijo en el número 19. En ella se portó como buen ciudadano, pues aunque tal vez no aprobaba que las dos repúblicas mas florecientes y mas poderosas de Grecia volviesen contra sí aquellas armas que habian empleado tan valerosa y tan dignamente contra los ejércitos estranjeros; no obstante en todas las batallas en que se halló dió muestras de gran valor y acendrado patriotismo. En la de Delio hallándose rendido de cansancio, y no pudiendo andar por sus piés, Sócrates su maestro que tambien embrazó el escudo, y peleó con heroismo, le tomó en hombros y le salvó. Concurrió á la escuela de aquel filósofo desde los 18 hasta los 30 años, y salió uno de sus mas aprovechados discípulos. El modo como entró en relaciones con Sócrates fué el siguiente. Se encontraron los dos en una callejuela en direccion opuesta, y al llegar cerca el uno del otro estendió este el baston que llevaba como para impedir á Jenofonte el paso. Obligado á detenerse, le preguntó el filósofo, si sabia donde se vendian las cosas necesarias á la vida. Contestada fácilmente esta pregunta, le dijo de nuevo, si sabia donde se formaban los hombres sabios y virtuosos; y como no supiese contestar, le dijo: ven y sigueme; y desde entonces fué constantemente su discípulo.

26. Sin duda su padre Grilo, que era un ciudadano distinguido de la tribu Arquiense, una de las de Atenas, habia muerto, cuando concluida ya la guerra del Peloponeso, Ciro el jóven, hermano de Artajerjes Mnemon, y uno de los príncipes mas apuestos de que nos hable la historia, pero al mismo tiempo dominado de una ambicion desmesurada, resolvió llevar adelante el plan mucho tiempo hacia concebido de destronar á su hermano. A cuyo fin á mas de su propio ejército

tomó un cuerpo de tropas griegas, que á la fama de su valor y disciplina, añadian entonces el estar aguerridas, y el haber formado de los combates como una necesidad ó segunda nanaturaleza. Podemos creer de aquellos soldados, que avezados á la vida militar no podian acostumbrarse á las dulzuras de la paz, y así prefirieron seguir una vida aventurera, poniéndose á sueldo de un príncipe estranjero, pero ignorando que iba á emplearlos contra Artajerjes. No fueron estos los motivos que guiaron á Jenofonte cuando pensó en ir tambien al Asia.

27. El mismo nos esplica en su *Anabasis* que Proxeno beocio su amigo y huésped le escribió desde Sardes, invitándole á que fuese á alistarse bajo las banderas de Ciro con la esperanza de que adelantaria mucho mas su fortuna que en Atenas. Aunque era ya hombre maduro no tomó por sí solo una resolucion, sino que lo consultó con su maestro Sócrates, el cual le dijo que fuese al oráculo de Delfos. La Pitia le contestó conforme á la pregunta, pero esta nada tenia que ver con la oportunidad ó inoportunidad del viaje; no obstante se resolvió á marchar. Pronto mereció la amistad y confianza de aquel príncipe, el cual le ocultó la intencion de emplear contra su hermano las tropas griegas. Con la muerte de Ciro, con la traicion del grueso del ejército bárbaro, con la felonía de Tisafernes que bajo apariencias de amistad atrajo á su tienda á Clearco y á los principales jefes griegos para asesinarlos, quedaron sobre unos 10,000 enteramente aislados en el centro del Asia, sin guias, sin provisiones y sin caudillos; pero Jenofonte movido, dice, por un sueño, convocó á los oficiales mas autorizados, y propuso los medios mas conducentes para salir de aquel apuro, y emprender la vuelta á su patria con ánimo de vencer á los enemigos que les obstruyesen el paso, ó morir. Todo se hizo segun sus consejos, y aquella retirada dirigida principalmente, y despues escrita por él, es uno de los hechos mas notables de la historia antigua, y uno de los documentos mas útiles á la ciencia militar. Figurémonos á un puñado de hombres en el centro del imperio entonces mas poderoso del mundo, rodeados de un ejército numeroso y vencedor, que debian abrirse paso con la punta de la espada en un espacio de

1,500 leguas de país enemigo, atravesar rios caudalosos y rápidos, montañas escarpadas, y procurarse víveres y direccion á una tan grande distancia de su patria, los cuales consiguieron salvarse con muy pocas pérdidas. El hecho en sí es magnífico, pero la narracion que hace de él Jenofonte le da si cabe mayores quilates. No se detiene en minuciosas descripciones del país recorrido, apuntando solo lo mas notable y algunas tradiciones dignas de mencionarse; pero no omite nada de lo que era objeto de su obra. No parece sino que la estaba escribiendo mientras se verificaban los sucesos. Empieza por la espedicion de Ciro, y acaba por la entrega que hizo de las tropas griegas á Timbron general lacedemonio.

28. Llegado á Grecia tuvo el disgusto de saber que Sócrates su amigo, su maestro y casi su padre, habia sido condenado por una sentencia que cubrirá siempre de infamia á la ciudad de Atenas. No pudiendo volverle á la vida, le procuró una especie de inmortalidad escribiendo una obra titulada Ἀπομνημονεύματα *Memorabilia*, en la que al paso que probó su inocencia, dió á conocer gran parte de su doctrina con mas sinceridad y naturalidad que Platon, el cual en varios de sus escritos á vueltas de los principios de su maestro publicó los suyos, ó á lo menos esplicó aquellos demasiado artificiosamente. Por esto la obra de Jenofonte hizo volver en sí á los atenienses, los cuales tenian el defecto de dejarse llevar demasiado de los encantos de la elocuencia y de la astucia de un orador osado; pero asi que otro sabia tocar suavemente las delicadas fibras de su corazon, y les mostraba la verdad, se arrepentian de su primer arrebato, y corregian si era posible el yerro. Conocieron entonces la injusticia de su fallo, y lloraron la muerte de Sócrates como la de un padre comun. En ella contesta á los tres cargos principales que dirigieron contra él sus acusadores. A cada uno opone aquellos dichos y hechos de Sócrates mas conducentes para desvanecerlos. En la titulada *Apologia* le defiende del de pertinaz y orgulloso, porque apoyado en su inocencia no habia querido ceder en nada de lo que le aconsejaban para su bien sus amigos, ni humillarse á implorar la clemencia de los jueces.

29. Sócrates habia previsto que no seria del agrado de los

atenienses que Jenofonte fuese á engrosar el partido de Ciro, porque se hallaban entonces en buena armonía con el rey de Persia, y porque Esparta su enemiga se habia comprometido á ayudar á aquel príncipe rebelde. Por lo que para salirse del compromiso le aconsejó que fuese á pedirlo á Apolo. No le valió esto para con sus conciudadanos, los cuales le condenaron á destierro. Desde entonces unió su suerte con la de los lacedemonios. Lleno de admiracion por las prendas que adornaban á Agesilao rey de Esparta, y deseando este tener á su lado á un general tan esperimentado y tan prudente cual era Jenofonte, le pidió que le acompañase en sus espediciones militares de Asia, en las que casi hizo bambolear el trono de Persia, y tal vez le hubiera derrumbado, si el oro de aquella nacion no hubiera corrompido los corazones viles de muchos griegos. Bajo el pretesto de que Esparta queria dominarlo todo, se formó una poderosa liga contra ella, que despues de algunas derrotas la obligó á llamar á Agesilao, el cual en medio de sus laureles voló al socorro de su patria. Parece que Jenofonte se halló en la batalla de Coronea, en que fueron derrotados los tebanos y sus aliados los atenienses. Algunos suponen que solo entonces y por este motivo se dictó contra él sentencia de destierro.

30. Como quiera que sea, y sin negar que Jenofonte fué uno de los hombres mas honrados de su tiempo, un buen patricio, y muy exacto en el cumplimiento de los deberes religiosos, de lo que se ven infinitas pruebas en sus obras, no puede menos de reprobarse su conducta en este caso, aun cuando ya antes se le hubiese impuesto el destierro. Él no debia por ningun estilo emplear las armas contra su patria. Es verdad que despues, cuando Lacedemonia hallándose muy apurada y casi al borde de su ruina, solicitó y obtuvo el ausilio de Atenas, Jenofonte mandó á sus dos hijos para que sirviesen en el ejército ateniense, de los cuales el mayor llamado Grilo dicen que dió en la batalla de Mantinea el golpe mortal á Epaminondas general de los tebanos y aliados, el mas hábil, mas sagaz y valiente de los de su tiempo, si esceptuamos á Agesilao que corre parejas con él. Otros dicen que fué Calicrates espartano quien le asestó aquel golpe. Grilo murió tambien en la refrie-

ga. Estaba su padre ofreciendo un sacrificio cuando le llegó la nueva de su muerte: por de pronto se quitó la corona, pero informado de que habia muerto como un valiente, la tomó de nuevo y dijo, *ya yo sabia que mi hijo era mortal*, y continuó el sacrificio. Los lacedemonios le habian dado unas tierras en Scilonte de Elide, pero con la entrada de los tebanos en el país de Lacedemonia, los eleos sacudieron el yugo de Esparta, y no hallándose Jenofonte seguro en su quinta, se retiró á Corinto en donde acabó sus dias á la edad de unos 90 años.

31. Mientras vivió en Scilonte se dedicó mucho á la caza á la que era muy aficionado, y con este motivo escribió un pequeño tratado titulado *Cynegético*, en el que hace el elogio de este ejercicio por los grandes hombres que se han dedicado á él: habla de las cualidades de los perros, del modo de adiestrarlos, de las redes, de los lugares mas propios para la caza, de varios animales que pueden ser objeto de ella; y finalmente de las ventajas que trae á la sociedad y al individuo un ejercicio que solo se mira como un pasatiempo muchas veces inútil y perjudicial. Aconseja á los jóvenes que se dediquen mas bien á la caza que á las vanas teorías de los sofistas. En lo que se ve que Jenofonte no pierde nunca de vista el objeto que se propuso en sus escritos, á saber, moralizar á los hombres, ó instruirlos para hacerlos mejores.

32. Entre los tratados de menos importancia se cuenta el *Hipárquico*, ó deberes de un general de caballería, principalmente en tiempo de guerra, en el que se le inculca al fin la confianza en los dioses, y la atencion á todo lo perteneciente á su culto por el gran peligro á que se ve espuesto un jefe por la astucia de sus enemigos, del que no puede librarse sin una especial proteccion de la divinidad. En otro titulado *Hippiki* ó de los caballos, habla del modo de conocer los buenos, de tratarlos, de montarlos, de enseñarlos, y de las armas propias para la caballería. En el *de los Tributos* se demuestran los medios de aumentar las rentas públicas en Atenas para no hacerse odiosa la república exigiendo dinero á los aliados y ciudadanos. En la *República de los atenienses* se pintan los amaños de que se valia el pueblo para conservar el gobierno popular, las injusticias que cometia, y las quejas fundadas de

los aliados contra Atenas. En la *República de los lacedemonios*, se pone á la vista toda la legislacion de Licurgo: en el capítulo penúltimo se habla de la alteracion que ella habia sufrido. En el *Symposium* ó banquete hablan varios interlocutores y entre ellos Sócrates, los cuales convidados por Callias hombre muy rico, se ocupan durante la comida y despues de ella, de asuntos poco importantes y al parecer poco dignos de la reputacion de aquel filósofo. El *Económico* es un tratado bastante largo en que se espone la doctrina del mismo sobre la economía doméstica. *Hieron* es un diálogo entre este rey de Siracusa y el poeta Simónides sobre la mayor ó menor felicidad de los reyes respecto de los particulares. *Agesilao* es un panegírico de este príncipe, como lo indican las primeras palabras del exordio, en el que pasa muy por alto sus defectos, mostrándose demasiado parcial.

33. Tucídides como se ha dicho (núm. 19), no pudo concluir su obra sobre *La guerra del Peloponeso*, de la cual solo escribió los 21 primeros años, y aun el último libro muestra bien que no habia recibido la última mano. Por esto no se publicó viviendo él: el único manuscrito que habia, dicen que fué á parar á manos de Jenofonte, el cual tuvo la delicadeza y buen juicio de publicarle en nombre del autor. Se da á esta accion un gran mérito por el poco escrúpulo que se hace generalmente de cometer estos plagios; y al parecer le era mucho mas fácil á Jenofonte que á otro atribuirse aquella obra, en cuanto habia sido testigo ocular de aquella guerra, habia tomado parte en ella, y lo que es mas, tenia aficion á los estudios históricos y filosóficos, que es lo que se necesita para una obra de esta clase. Sin embargo estaba dotado de demasiado buen criterio para conocer que para apropiarse el trabajo de Tucídides le era preciso destejer todo lo tejido y hacerlo de nuevo, lo que le hubiera fatigado mas que escribir la historia entera. ¿Cómo podia hacerse la ilusion de que no se conoceria el hurto cuando era tan diferente la estofa de Tucídides de la de Jenofonte? El uno siempre serio y ensimismado, el otro espansivo y corriente; el uno estrechándose para ocupar menos espacio, el otro dilatándose conforme al asunto; el uno pesando las palabras y labrándolas á su gusto, el otro

tomando las comunmente adoptadas; el uno reflexionando mucho y haciendo reflexionar, el otro deslizándose suavemente por las cosas que cuenta, y teniendo siempre agradablemente entretenido al lector; el uno en fin muy tupido, el otro claro, terso y limpio. Hizo pûes lo que debia hacer un hombre de bien; la publicó en nombre de su autor; pero él la continuó no solo hasta el combate naval de *Egos-potamos* (404 ant. de J. C.) en que terminó la lucha con la ruina de Atenas, sino que prosiguió la historia hasta la batalla de Mantinea (363 ant. de J. C.) en que se decidió la suerte de Esparta, que á su vez corrió gran peligro por la poderosa liga á cuyo frente estaba Tebas dirigida por el gran Epaminondas. La continuacion de Jenofonte abraza hechos de los mas importantes de la historia de Grecia, aunque verificados en no muy largo espacio de tiempo.

34. Se nota en este autor un poco de pasion por su patria adoptiva, pero que no llega hasta el punto de hacerle faltar á la verdad. Todos los que se han ocupado de la historia de Grecia, antiguos y modernos, han recurrido á Jenofonte para escribir lo perteneciente á la primera mitad del siglo 4.º antes de J. C., y lo han hecho con la confianza de que no queria engañarles. Escribia la historia contemporánea; lo hacia en conciencia; no se dejaba llevar de su imaginacion, y por esto sus obras no participan de la poesía que se halla en la de Herodoto, ni de la pasion, á lo menos de una manera muy decidida. Asi es que sus escritos se distinguen por la naturalidad; en ellos se ve aquella facilidad difícil de Horacio, aquella afluencia que encanta, y aquella lucidez tan apreciable en la historia y en general en toda composicion. En los diálogos es admirable; las preguntas son sencillas, las observaciones claras, las réplicas oportunas, la trabazon natural, y suma la familiaridad entre los interlocutores aunque de distinto rango, como entre Hieron y Simónides. No es estraño pues que se diese á Jenofonte el nombre de abeja y de musa ática por la dulzura de su estilo, por la acertada eleccion de las materias, y por la variedad.

35. Falta hablar de su última obra, la *Ciropedia*, que compuso ya viejo en su retiro de Scilonte ó Corinto, como varias

otras de las que hemos mencionado. Algunos la toman como una novela; ella parece ser la historia de la educacion de Ciro el Grande, el fundador del imperio de los persas, como indica el título. Dicha educacion se supone rígida y muy parecida á la de Esparta. No hay ninguna dificultad en admitir que en la Media se diese una educacion mas esmerada á los príncipes que al comun del pueblo, ni en que Jenofonte recogiese en Asia muchas tradiciones y cuentos que corrian para ensalzar á aquel rey. En algunas cosas no está conforme con Herodoto, ni con otros autores; pero nadie puede asegurar que Herodoto y estos autores no se han equivocado. Por ejemplo, el nacimiento de Ciro parece mucho mas verosímil en Jenofonte que en aquel historiador. Este hace morir á aquel príncipe de muerte violenta, Jenofonte de muerte natural. Por esto hay variedad entre los historiadores mas recientes segun que lo han tomado del uno ó del otro. De la *Ciropedia* puede decirse lo mismo que de la *República* de Platon, esto es, que es muy buena en teoría, pero que no puede reducirse á la práctica. Este filósofo pinta en su tratado *Sobre las leyes* con colores no tan favorables como Jenofonte el carácter de Ciro. No se sabe quien de los dos escribió primero su obra; como quiera que sea, de esto y de no mencionarse casi nunca el uno al otro en sus muchos escritos se infiere que habia alguna rivalidad entre estos dos ilustres discípulos de Sócrates.

36. De la traduccion al español de la mayor parte de las obras de Jenofonte hecha por el secretario Diego Gracian dedicada á Felipe II, hay varias ediciones: la mas antigua parece que es la de 1552 en Salamanca en la imprenta de Juan de Junta. La mas moderna la de 1781 en la de la Gaceta.

37. CTESIAS *de Gnido*, médico de la reina Parisatis, madre de Artajerjes Mnemon, escribió una historia de Asiria y Persia de que se conservan algunos fragmentos en Ateneo, Plutarco y Focio, y la de la India, cuyo estracto hecho por Focio, prueba que estaba llena de fábulas.

FILISTO.

M. en 360 antes de J. C. — 394 de R.

38. Nació en Siracusa en el tiempo intermedio entre Gelon y Dionisio el 1.° Era un ciudadano rico, y como tal de mucha influencia en los negocios, pero no tanta como él quisiera cuando aquella ciudad estaba gobernada por un partido que no era el suyo, ó por unas autoridades que no hacian bastante caso de él. Sucedió que Agrigento ciudad muy rica é importante de Sicilia fué tomada por los cartagineses, lo cual se atribuyó á incuria de parte de los siracusanos. Reunida la junta popular, que al parecer estaba amedrentada por los magistrados, nadie se atrevia á hablar, y mucho menos á inculparlos por la pérdida de Agrigento. Dionisio que ya de mucho tiempo revolvia en su mente proyectos ambiciosos, aunque pertenecia á la clase media, arengó con mucha fuerza contra los magistrados por lo de Agrigento. Estos le condenaron como sedicioso á una multa, que no pudo pagar; pero FILISTO salió fiador ó la pagó, y el orador continuó con tal acritud que logró que el pueblo depusiese á los magistrados, y nombrase otros, entre los cuales habia el mismo Dionisio. Desde entonces Filisto fué su amigo y confidente mas íntimo. Cuando aquel se hallaba en el apogeo de su poder quiso tambien sobresalir como escritor. Envió algunas piezas á Olimpia durante los juegos; pero no fueron premiadas, antes bien fueron recibidas con desprecio. Y como lo atribuyese á envidia de sus mismos cortesanos, algunos fueron muertos, otros desterrados. Del número de estos últimos fué Filisto, aunque otros dicen que lo fué por haber casado sin haber obtenido licencia, con una sobrina del mismo Dionisio, hija de Leptines su hermano. Retirado á Adria en Italia escribió las antigüedades de Sicilia en 7 libros, y la historia de Dionisio en 4, á los cuales despues añadió la de su hijo llamado *el jóven* en 2, todo lo cual venia comprendido en el título general de *Cosas Sicilianas*. La primera obra abrazaba ocho siglos, y llegaba hasta el año 446 antes de J. C. Nada ha quedado de estos trabajos, á escepcion de algunas citas de au-

tores, que se han procurado recoger, como las de la Grande Historia de Salustio.

39. Aunque Ciceron le llama el pequeño Tucidides *ep.* 13 *ad Quint.* y dice *de Orat.* 2, que le parece haberle imitado de una manera especial; no obstante segun Dionisio de Halicarnaso le imitó solo en lo malo, y en esto lo hizo peor que su modelo. Le parece á aquel crítico que le faltaba órden, que por esta razon era oscuro, que las palabras eran rebuscadas y no usuales, la relacion demasiado ceñida al asunto sin permitirse digresiones, ni descripciones, que animan y embellecen tanto la historia; que los discursos no eran proporcionados á los personajes, pues que siendo militares ú hombres de gobierno, en lugar de inspirarles valor en las empresas les infundian ó debian infundirles desaliento; que se veia demasiado á las claras la intencion del autor de adular á Dionisio, y así faltaba evidentemente á la imparcialidad y sinceridad que deben distinguir al historiador; finalmente que el todo de la composicion era desaliñado, pero con cierta suavidad en el decir de que estaba dotado naturalmente Filisto. Solo en la discusion de grandes asuntos le da ventaja sobre Tucídides.

40. Filisto fué tambien hombre de armas llevar cuando era necesario. Permaneció siempre adicto á la familia de Dionisio. Muerto este, le sucedió su hijo del mismo nombre, que no tuvó ninguna de las buenas cualidades que entre las malas adornaban á su padre. Se hizo tan odioso, sobre todo despues del injusto destierro de Dion, que este con un puñado de hombres que trajo de Grecia, uniéndosele á su llegada casi todos los siracusanos, le obligó á encerrarse en la ciudadela, á donde acudió á socorrerle con una pequeña flota Filisto, el cual fué derrotado, preso, y muerto.

TEOPOMPO.

330 antes de J. C. — 424 de R.

41. Aunque se sabe la época en que vivió este célebre escritor, no es fácil fijar el año de su nacimiento, ni el de su muerte. Feller le hace discípulo de Sócrates, á no ser que por

errata de imprenta se lea Sócrates en lugar de Isócrates. El mismo cita á Josefo, el cual en su *Historia de los Judios*, libro 12, capítulo 2, refiere que TEOPOMPO insertó en una de sus obras algo de los libros sagrados de los judios, y que esperimentó inmediatamente una turbacion de espiritu, de la cual no se libró, sino despues de haber quitado aquello, segun Demetrio Falereo en un discurso á Tolomeo Filadelfo. Como se dirá despues, Teopompo fué á la corte del padre de este príncipe. Ahora bien, se sabe el año en que murió Sócrates que fué el 399 antes de nuestra era: se sabe tambien el en que empezó á reinar Tolomeo 1.° *Soter*, que fué el 300. Hay demasiada distancia del uno al otro para hacer á Teopompo discípulo de Sócrates. Schoell le hace nacer hácia el año 360, lo que no se compadece con lo que generalmente se cree, á saber, que Teopompo ganó el premio ofrecido por Artemisa reina de Caria al que escribiese el mejor elogio de su difunto marido Mausolo. Este murió el año 353, y en el mismo, ó en el inmediato siguiente, pues la viuda le sobrevivió solo dos, tuvo lugar el certámen. No es posible que un niño de 8 años, ó estendiendo hasta el 370 el nacimiento, un jóven de 18 compitiese, segun unos, nada menos que con su propio maestro Isócrates, y segun otros, lo que parece mas probable, con otro del mismo nombre llamado Apoloniata para distinguirle de aquel, y los demás que se presentaron, y á todos venciese. Por otra parte no podemos retrotraer mucho la fecha del nacimiento, porque nos encontraríamos con el inconveniente notado antes. Así nos basta saber, que pertenece al siglo 4.° antes de J. C., ó sea á la mejor época de la literatura griega. Ojalá que se hubiesen salvado sus escritos, los cuales eran interesantes no solo por la materia, sino tambien por la forma, pues todos convienen en que á mas de la pureza de diccion propia de aquella época, su estilo tenia una magnificencia particular, y un encanto sorprendente.

42. La mayor parte de ellos fueron históricos, á saber, la continuacion de Tucídides hasta el fin de la guerra del Peloponeso; 58 libros que tituló *Filípicas*, ó historia de Filipo rey de Macedonia y padre de Alejandro el Grande; las *Helénicas*, ó historia de Grecia en 11 libros, y un resúmen de Herodoto en

dos. Este autor sirvió de modelo á Trogo Pompeyo historiador latino, que tambien en una obra voluminosa compendiada por Justino, se ocupaba principalmente de aquel rey, por cuya razon le dió el mismo título. Teopompo tenia muchas circunstancias para escribir una buena historia.

43. Nació en Chio, isla del Asia en el Archipiélago. Su padre Damasistrato le dió una educacion esmerada. En las discordias entre Tebas, Atenas y Esparta que produjeron las guerras del primer tercio del siglo 4.° antes de J. C. aquella familia se habia declarado en favor de Esparta contra la opinion general de su país; por lo que tuvo que abandonarle. Probablemente Atenas fué la ciudad escogida para su residencia; á lo menos se sabe que nuestro autor asistió allí á la escuela de Isócrates. Dicen que pudo volver á su patria por recomendacion de Alejandro, pero que á la muerte de este tuvo que emigrar otra vez; algunos años despues fué á Alejandría, en donde fué mal recibido por Tolomeo, el cual pensó en darle muerte como hombre turbulento é intrigante. Durante su residencia en Atenas reunió todos los materiales para las obras que meditaba, ó las dió á luz en parte. En sus viajes se informó de los lugares en donde se habian verificado los principales acontecimientos: contrajo amistad con personajes distinguidos por su clase ó instruccion: estudió las costumbres de los países, las afecciones de los hombres, y las causas de los sucesos. Dicen que su historia era muy maliciosa; pero maliciosa, porque desgarraba el veló de muchos hechos ocultos, penetraba las intenciones de los protagonistas, y señalaba las verdaderas causas de muchos sucesos, que encubiertos con el mentido manto del bien público habian sido solo efecto de miras particulares. No puede negarse á lo menos que era muy instructiva, porque esplicaba el orígen de muchas ciudades, las leyes de muchos estados, las costumbres de muchos pueblos: era tambien muy filosófica, por lo que se ha dicho antes, y porque contenia digresiones muy útiles sobre la virtud en general, ó algunas en particular, sobre la política, la economía, la religion: digresiones que la hacian estraordinariamente amena y provechosa.

44. No se sabe atinar la causa porque se perdieron unas

obras tan interesantes, mayormente si es cierto que en tiempo de Focio se conservaban aun 53 libros de las Filípicas. No puede atribuirse á otra cosa que á la manía que dió á los gramáticos de los primeros siglos de nuestra era de abreviar todas las obras, especialmente históricas, á cuya razon se atribuye tambien la pérdida de la citada latina de Trogo Pompeyo. Suponen que Filipo padre de Perseo, rey de Macedonia, ya habia mandado entresacar de la de Teopompo todo lo que fuese estraño al héroe principal, y que de este modo quedó reducida á 16 libros.

45. Segun Dionisio de Halicarnaso no solo fué un grande historiador, sino un orador sobresaliente, y uno de los discípulos que honraron mas la escuela de Isócrates: escribió muchos discursos de los géneros demostrativo y deliberativo. Y aun sin ellos mereceria ser contado entre los oradores mas ilustres, comparable en muchos trozos de sus historias con Demóstenes por la vehemencia en reprender los vicios, y en afear la conducta de algunos de sus personajes, y por la sublimidad con que alababa los actos brillantes de virtud ó de patriotismo. No obstante su estilo era algo amanerado: el deseo de aparecer dulce le hacia usar demasiadas vocales: las comparaciones segun el mismo Dionisio no eran siempre necesarias, ni venian al caso; daba finalmente crédito á ciertas fruslerías indignas de un historiador grave. Ciceron en su tratado de *Cl. orat.*, c. 17, dice hablando de Caton; «Hoy no gustan estos escritos, pero hace ya mucho tiempo que no se hace caso de Filisto de Siracusa, ni aun de Tucídides. Su estilo preciso y sentencioso, en que la sutileza del pensamiento y la brevedad de espresion perjudican alguna vez á la claridad, ha sido eclipsado por el tono pomposo y mas elevado de Teopompo.»

46. EFORO *de Cumas* contemporáneo de este fué el primero en componer una historia universal, que comprendia en 30 libros los sucesos principales desde la invasion de los Heráclidas en el Peloponeso (1190 ant. de J. C.) hasta el sitio de Perinto (340 ant. de la misma era). Los fragmentos fueron publicados en 1815 por Meier Marx. en Carlsruhe.

ÉPOCA ALEJANDRINA.

De 336 á 146 ant. de J. C.

47. Se dicen pertenecer á la época alejandrina los escritos que se publicaron dentro del período notado arriba, y que mas ó menos participan de la influencia de las escuelas establecidas en la ciudad de Alejandro. En cuanto á los históricos les corresponde de lleno aquella denominacion por ser la mayor parte de ellos relativos á los hechos de aquel conquistador. Casi todos se han perdido, sabiéndose solo su existencia por las citas de los escritores posteriores y por algunos restos mas ó menos importantes, los cuales prueban la tendencia de aquella época á exagerar las cosas y darles un aire de novela impropio de la historia. De esto pueden darse dos razones: 1.ª que casi todos los historiadores estaban á sueldo de aquel ilustre capitan, ó formaban parte de sus espediciones, siendo por lo mismo muy natural en ellos el deseo de complacerle, aumentando algo sus hechos, por la condicion del hombre que no se satisface con lo vulgar. Si Ciceron, filósofo tan sesudo, pedia no obstante á Lucceyo que escribiese su historia, aunque fuese desfigurándola un poco con alguna exageracion, ¿qué estrañeza que un jóven militar, emprendedor, asombro del mundo, amigo de aventuras estraordinarias, gustase de que se publicasen y ponderasen sus hechos? Sin embargo se cuenta de él, que leyéndole Aristóbulo de Casandria, ó segun otros Onesicrito de Egina, durante el viaje por el rio Hidaspe, la obra que uno de estos habia escrito sobre la batalla y derrota de Poro, enojado al oir los embustes y lisonjas de aquel libro, le arrebató de las manos del lector, y le tiró al rio. 2.ª razon. Aquellos hechos escedian á todo cuanto referian las historias de tiempos antiguos, y algunos aunque verdaderos eran mas propios de un héroe de novela que de un personaje histórico; así se prestaban mucho á la imaginacion. Hé aquí los nombres de algunos de estos historiadores.

48. ANAXIMENES *de Lamsaco* escribió una ***historia de la***

Grecia, y las *de Filipo y Alejandro.* CALISTENES *de Olinto*, que quedó al lado de este príncipe en lugar de su tio Aristóteles, era estremadamente orgulloso aunque filósofo, y desdeñó, como refiere Ateneo, en cierta ocasion beber de la copa del mismo, de que bebian por honor los demás convidados; y habiéndole uno de ellos preguntado el motivo, dijo, por no tener que beber la copa de Esculapio. El aire de franqueza ó de censura que habia tomado disgustó á todos los cortesanos y al mismo Alejandro, que permitió que se le presentasen como reo de conspiracion para quitarle la vida. A mas de la historia de la *guerra sagrada* ó de los focenses escribió la de *Persia* y la de *Alejandro.* GERÓNIMO *de Cardia* se ocupó de los sucesos posteriores á la muerte de aquel conquistador, esto es, de las guerras entre los generales, y la fundacion de varias monarquías.

49. Los que siguen escribieron sobre los mismos hechos abreviando, alargando ó corrigiendo las obras de los anteriores. HEGESIAS *de Magnesia* es uno de ellos, y dió una prueba de insulsez, de mal gusto y de desconocer enteramente los deberes de un historiador, cuando hablando del incendio del templo de Diana en Delfos, señaló como razon de él el haber aquella noche estado ocupada la diosa en el parto de Olimpias que dió á luz á Alejandro. Es reputado el padre de la elocuencia asiática. ERATÓSTENES, uno de los mas célebres literatos de esta época, escribió varias obras, entre las cuales *una historia de Alejandro*, en que se ceñia especialmente á hacer notar los errores de geografía cometidos por los que le habian precedido.

50. Otros compusieron historias de otros paises, ó de otros personajes. HECATEO *de Abdera* la escribió *sobre el pueblo judío;* BEROSO *Caldeo*, sacerdote de Belo, *sobre Babilonia ó de la Caldea;* ABIDENO *sobre la Asiria;* MANETON *de Diospolis* en Egipto *sobre este pais*; DIOCLES *de Pepareto sobre el orígen de Roma;* TIMEO *de Taormina sobre la Grecia*, *Italia y Sicilia.* Ciceron le cita como ejemplo de estilo asiático. Fué el primero que empezó á servirse de las olimpiadas para notar la fecha de los sucesos. Estas obras y otras que se omiten no se han conservado sino por fragmentos.

POLIBIO.

N. en 205 —M. en 122 ant. de J. C.—632 de R.

51. Los dos historiadores que acaban de mencionarse fueron los primeros que se ocuparon de las cosas de Italia. Hasta ahora los griegos habian tenido abundante materia en su propio país para no pensar en los demás. Despues de la pérdida de su libertad en tiempo de Alejandro estuvieron durante muchos años á merced de sus sucesores cambiando continuamente de dueños. Atenas y Esparta ya no existian como potencias formidables á los demás pueblos de Grecia. Macedonia habia continuado siendo gobernada por los reyes que se sucedieron unos á otros despues de Antipatro y Casandro. En el Peloponeso se formó una liga que se llamó Aquea, cuyo objeto era mantener sus libertades, destruir el poder de los tiranos, y echar de allí á los macedonios.

52. El historiador de que vamos á ocuparnos fué hijo de Licortas, uno de los últimos presidentes de esa liga, el cual y Filopemen la elevaron á un alto grado de poder. POLIBIO pues tuvo en su propia casa y patria grandes ejemplos de política y de ciencia militar en su padre, y en aquel general en jefe del ejército aqueo, hasta la edad de 20 años en que perdió á este ilustre caudillo, el cual hecho prisionero por los mesenios fué muerto en un calabozo. Él fué quien llevó en sus brazos la urna que contenia sus cenizas en la pompa fúnebre que mas parecia una marcha triunfal desde Mesenia á Megalópolis su comun patria. Su primera juventud se pasó toda en medio de las agitaciones y guerras, ya de los aqueos con Esparta, ya de los romanos contra Filipo y Perseo. Aunque no habian favorecido los aqueos á los macedonios en perjuicio de los romanos, no obstante se les obligó á enviar á Roma á todos los ciudadanos contra quienes recaia alguna sospecha, ó que habian sido denunciados. Uno de los mil que se hallaban en este caso fué Polibio, sin duda por ser hijo de Licortas que acababa de morir. Tenia entonces 37 años. En Roma encontró todo el favor y proteccion que merecian su nacimiento y sus grandes dotes personales. Particularmente se captó la bene-

volencia y amistad de P. Cornelio Escipion Emiliano, llamado tambien el Africano y el Numantino por haber destruido á Cartago y á Numancia. Este Escipion era hijo de Paulo Emilio el vencedor de Perseo, que habia sido adoptado por P. Cornelio Escipion, hijo del primer Africano. Polibio contribuyó mucho á su educacion inspirándole aquellas máximas de política tan saludables que campean en sus escritos, y de que dió muestras Escipion en varias ocasiones importantes de su brillante carrera. Era tal la intimidad que habia entre estos dos personajes que en las espediciones militares, en los campamentos, en las acciones de guerra no se separaban. Tal vez el buen éxito de muchas de ellas se debió á los sabios consejos de un amigo tan esperimentado. Así nos le muestra la historia acompañándole en la tercera guerra púnica y en la de Numancia.

53. Al mismo tiempo que unos ejércitos romanos asaltaban los muros de Cartago, echaban abajo aquel emporio del comercio, y destruian la antigua rival de Roma, otros hacian lo mismo con la hermosa Corinto, sede de las artes, morada del placer y gloria de Grecia. Polibio voló hacia su patria al saber el peligro que la amagaba: los aqueos se habian atrevido á esgrimir sus armas con los romanos; Acro-Corinto, ó sea, la ciudadela de Corinto, teatro de una de las mas bellas hazañas de Arato, no pudo resistir al empuje de sus legiones. A su llegada tremolaban ya sus pendones en aquella cima, que Filipo padre de Alejandro llamaba *las trabas* de la Grecia. No pudo hacer otra cosa mas que emplear el gran crédito que tenia con los romanos para suavizar la suerte de los vencidos en lo posible. Un acto que le honró mucho en aquella circunstancia fué la defensa jurídica que hizo en el tribunal de L. Mummio, cónsul romano que incendió á Corinto, de la memoria de Filopemen, contra cuyas estatuas se presentó una instancia formal para que fuesen derribadas, fundada en que aquel grande hombre habia sido desafecto á los romanos. Polibio le defendió con tantas razones y tanta elocuencia, que logró que el cónsul las dejase subsistir. Poco tiempo debió permanecer en Grecia, pues que le vemos otra vez en el campamento de Escipion en el ataque de Numancia, que tuvo

lugar cuatro años despues de la toma y destruccion de Cartago.

34. Muerto su ilustre alumno y amigo (en 127 ant. de J. C.), no siéndole ya agradable la morada de Roma, volvió á su patria, en donde murió de edad avanzada de resultas de una caida de caballo.

Las relaciones que tuvo con las principales familias de aquella capital le proporcionaron la entrada en los archivos públicos y privados, de donde tomó las noticias necesarias para la obra que meditaba. Sus viajes se puede decir que no tuvieron otro objeto: algunos hizo de intento solo para asegurarse de la topografía del pais, ó de las costumbres de sus habitantes, ó de la tradicion que se conservase sobre algun hecho importante. Pues una de las cualidades que recomiendan mas á Polibio es la veracidad, es el deseo de no engañarse y de no engañar. Pocos historiadores han estado en condiciones tan favorables como él, porque, dejando aparte que debió intervenir personalmente en algunos sucesos ó como militar, ó como embajador, ó agregado á una embajada, y que estaba dotado de un discernimiento fino y delicado, vivió muchos años en compañía de los personajes que fueron los principales agentes de los sucesos que cuenta, como es fácil comprender por el título y asuntos de sus obras.

35. Los títulos son los siguientes: *Memorias sobre la vida de Filopemen. Historia de la guerra de Numancia. Carta sobre la situacion de la Laconia. Táctica militar.* Todas estas se han perdido. La mas larga titulada *Historia universal* en 40 libros, la que funda toda su gloria, la que le hace considerar como el modelo de historiadores, se ha perdido tambien en su mayor parte; pero lo que queda basta para formar juicio de él, y para hacer mas sensible la pérdida de lo restante. Solo se han salvado los 5 primeros libros, y fragmentos bastante considerables, especialmente de los 12 siguientes, entre los cuales 23 capítulos del 6.° que tratan de la milicia romana, y los estractos que Constantino Porfirogeneto emperador de Constantinopla en el siglo 10.° mandó hacer, conocidos con el título de *Embajadas*, y *Virtudes y Vicios.*

36. El intento del autor era escribir una historia que pudie-

se servir de continuacion á las de Timeo, que comprendian entre otras cosas las guerras de Pirro y de Agatocles, que pertenecen á la mitad del siglo 3.° antes de J. C. La de Polibio contiene en los dos primeros libros un resúmen desde la entrada de los galos en Roma hasta la segunda guerra púnica. Los 38 siguientes abrazan un espacio de 53 años, esto es, desde el principio de la segunda guerra púnica (534 de R.) hasta la sumision de la Macedonia á los romanos en 587. El título *universal* se refiere mas bien á los lugares que á los agentes, pues casi todos los asuntos ó hechos pertenecen á los romanos. Las demás historias se limitaban á ciertos países ó hechos, como se ha visto en las de Tucídides, Jenofonte y otras que se han citado: la de Polibio comprende las grandes guerras que sostuvo Roma con los pueblos mas poderosos que habia entonces en el mundo, á saber, con los cartagineses, con Filipo y Perseo reyes de Macedonia, con Antíoco de Siria, y con los etolios, pueblos los mas belicosos de Grecia. En la segunda guerra púnica, Roma se habia visto en el borde del precipicio. La falange macedonia recordaba las proezas de Alejandro, y hacia temblar aun á los pueblos que habian sido dominados por ella. Antíoco se hacia acompañar de innumerables ejércitos: los etolios defendian con valor su independencia contra los demás griegos y contra los romanos.

57. Polibio antes de narrar estos hechos hizo un estudio profundo de la organizacion de la república romana [1], para poderse dar razon él mismo del engrandecimiento de un pueblo que de muy ruines principios llegó á dominar á todo el mundo entonces conocido. Y como la máquina llamada política no funciona por sí misma sino por medio de los que la manejan, estudió su carácter, sus tendencias, los medios que emplearon, en una palabra, las causas de los sucesos, haciendo despues reflexiones sobre los resultados, y demostrando el enlace entre estos y lo que los habia preparado. La historia, como dice Ciceron [2], debe comprender tres cosas, causas, efectos ó hechos, y resultados de estos hechos. El historia-

[1] Véase el lib. VI al principio.
[2] *De Orat.* 2.

dor no puede inventar estos, sino referirlos exactamente; pero puede ó debe indicar los antecedentes ó causas que los han preparado ó producido, y estenderse en consideraciones generales, por ejemplo, sobre legislacion, ó economía política, ó los destinos del linaje humano. Lo primero y lo tercero es su obra, y tanto mayor será su mérito cuanto mas talento haya mostrado en señalar una y otra cosa. Tucídides habia empezado á dar muestras de conocimientos estadísticos, y de saber unir las causas con los efectos, pero lo hizo de una manera indirecta, esto es, poniendo en boca de los mismos personajes discursos, en que se dilucidan los acontecimientos con razones en favor y en contra, por medio de las cuales ve el lector la marcha indeclinable que deben seguir.

58. Polibio raciocina él mismo é instruye al lector bajo los dos conceptos de narrador y de filósofo. Por esto repite varias veces que su historia es *pragmática* [1], ó como diríamos ahora práctica; y aunque todas las historias deben serlo necesariamente, porque no consisten meramente en teorías sobre lo que será ó lo que puede ser, sino en lo que es ó ha sido; no obstante la espresion de Polibio es adecuada, pues indica lo que dadas las mismas circunstancias será ó sucederá con el tiempo, y que puede prever y predecir el que la tenga bien leida. Así, ella es considerada como obra clásica, y como modelo de los historiadores posteriores. Dicen que T. Livio le copió libros enteros, y que el 21 es todo de Polibio. Los modernos le tienen en grande aprecio, porque no gustan del tono magistral ó *ex cathedra*, sino que se pruebe lo que se dice, que se discurra sobre ello, y que se haga ver por el enlace de los hechos con las causas, como se desenvuelve el hombre, física, intelectual y moralmente, y como la sociedad progresa, dando de este modo á la historia un carácter filosófico-científico.

59. ¡Ojalá que fuese tambien Polibio modelo de estilo! esto es lo que le falta. La lengua griega estaba ya bastante alterada; ya la hemos visto decaer en los escritores de esta época; no habia un centro de cultura, porque por todas partes invadian

[1] VI, cap. 5.

voces estrañas el terreno de la bella lengua griega. Para que no acabase de corromperse siquiera en los escritos, formaron los gramáticos alejandrinos un cánon de los mejores escritores, á quienes constituyeron como depositarios del lenguaje puro y correcto [1], imponiendo á todos la obligacion de someterse á ellos, ó de usar su lenguaje, si no querian pasar por corruptores del mismo. En Polibio á mas de esta razon general del mal gusto que iba introduciéndose, hay la especial de que vivió muchos años fuera de su país. La lengua latina se perfeccionaba de dia en dia á medida que la griega se deterioraba; y como es propio de los vencidos someterse á las leyes del vencedor, así parecia que esta iba tomando algo de aquella. Polibio usa algunas espresiones y frases que lo prueban: tambien las tomó de la escuela filosófica de Alejandría.

60. Aparte del defecto de estilo, la construccion de las cláusulas no siempre es la mejor: hay algunas lánguidas, otras embrolladas, otras pesadas. Falta aquella animacion que se observa en Herodoto, aquella variedad oportunamente distribuida que entretiene al lector, aquella especie de accion dramática que le recrea, pues que la historia participa algo del drama. Tal vez por estas razones, Dionisio de Halicarnaso, que juzgó con severidad á Tucídides, no perdona á Polibio, de quien dice que no puede sostenerse por mucho tiempo su lectura. (*De compos. verb.* c. 4.). Otros no obstante que no tendrán el gusto tan delicado, ó que consideran su mérito bajo otro respecto, encuentran en ella mucho atractivo.

61. Un cargo mucho mas grave se le hace, y es el de ser ateo. En el lib. 6.° cap. 56, ed. Didot, dice: que en ninguna cosa aventajaban mas los romanos á los demás pueblos, que en la opinion que tenian de los dioses; que la religion se empleaba allí para los negocios públicos y privados de una manera exorbitante; y que esto lo hicieron para contener á la multitud, pues «si todos los hombres fuesen sabios en un estado, añade, tal vez no habria necesidad de esto: por lo que no sin razon introdujeron los antiguos el temor religioso y la creencia en los castigos para despues de la muerte, como sin razon

[1] M. 50.

quitan esto los de ahora. Los romanos sacaron gran ventaja de sus ideas religiosas, pues era muy raro en ellos faltar á la fidelidad en el manejo de caudales públicos por solo el respeto al juramento, mientras que entre los griegos, ni con diez escribanos, otros tantos sellos y veinte veedores, habria seguridad para un solo talento.»

En el cap. 4 habia dicho: «En donde hay la costumbre de la patria de venerar á los dioses, honrar á los padres, respetar á los ancianos, obedecer á las leyes, es una sociedad que se llama gobierno popular, si prevalece la opinion de los mas.» Asi como supone la religion introducida por las leyes y costumbre, así parece que deriva de lo mismo la moralidad de las acciones, pues dice cap. 5 ad fin.: «Cuando se han formado los vínculos sociales y se ha establecido un principio de gobierno, entonces empieza á nacer en los ánimos la idea de lo justo y honesto, y de lo que les es contrario.»

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

De 146 ant. de J. C. á 305 de J. C.

62. Los historiadores que florecieron en esta época son de segundo órden. Los hechos romanos ocuparon la atencion de casi todos ellos, porque fué la mas fecunda y la mas gloriosa para Roma. Habia Polibio empezado á tratar de intento y estensamente la historia de los vencedores de su país; los que le siguieron hicieron lo mismo. Tambien hemos de lamentar la pérdida de la mayor parte de sus obras; por lo que no haremos mas que indicar los nombres de algunos, sin detenernos en examinar sino las de aquellos que se han conservado.

63. CASTOR *de Rodas* que fué llamado el amigo de los romanos, escribió sobre los que habian obtenido el dominio del mar, entendiendo á los mismos. TEOFANES *de Mitilene*, amigo y compañero de Pompeyo hasta su última desgracia, redactó unas *Memorias* sobre este personaje. POSIDONIO *de Apamea ó de Rodas* continuó la historia de Polibio en una obra que tenia mas de 50 libros. JUBA hijo del rey de Numi-

dia de este nombre, escribió la de Roma desde su orígen hasta la muerte de Sila. Todas estas se han perdido.

DIODORO DE SICILIA.

54 antes de J. C.—700 de R.

64. Es dificil escribir de un asunto sobre el cual otros han escrito, porque ó debe repetirse lo mismo, ó añadir otras cosas, que no siempre están á la mano, pues las mas fáciles y obvias han sido ya empleadas por los que han precedido. Así es necesario ó presentarle bajo aspectos diferentes, ó ensancharle, ó hacer nuevas reflexiones, ó señalar distintos resultados ú otras causas, siendo la obra histórica, ó á lo menos darle un nuevo realce con la belleza del estilo y lenguaje selecto. Hasta ahora, aunque se habian formado historias bastante generales, como las de Teopompo, Eforo y Polibio, ninguno habia abrazado la universalidad de la historia; pues estas se limitaban á ciertos países ó épocas; no obstante que la de Polibio lleva el título καθολική ó universal.

65. DIODORO llamado *de Sicilia* por haber nacido en Argira, hoy *San-Filippo d' Argirone* en aquella isla, que floreció en tiempo de Julio César y Augusto, llevó á cabo una obra, para la que le pareció poco el título *universal*. Le dió el de *Biblioteca histórica*, cuya palabra indica, que no es una obra, sino una compilacion de muchas. No debe atribuirse á vanidad del autor un título de tan vasta promesa, sino á su propósito de reunir todas las noticias posibles acerca de todos los países del mundo entonces conocido. El mismo dice que empleó treinta años en componerla, y que viajó mucho en Europa, Asia y Egipto para asegurarse de ciertos hechos. De esta obra que constaba de 40 libros no quedan enteros mas que los 5 primeros, y del 11 al 21, fragmentos de los demás, de los cuales algunos bastante considerables, y los estractos de Constantino Porfirogeneto sobre las *Embajadas*, y *Virtudes y Vicios*. El autor dice en el prólogo las materias de que va á ocuparse, á saber, en los 6 primeros de los sucesos verdaderos ó fabulosos anteriores á la guerra de Troya, destinando tres para los países di-

ferentes de Grecia, y tres para las antigüedades de ella. Los once siguientes comprenden la historia de todos los pueblos, especialmente de los Egipcios, Asirios, Medos, Persas, Griegos, Romanos, Cartagineses desde la guerra de Troya hasta la muerte de Alejandro el Grande inclusive. Los 23 restantes llegan hasta las espediciones de Julio César á las islas Británicas y á la orilla derecha del Rin despues de haber conquistado gran parte de las Galias.

66. En el 1.° trata del orígen del mundo, y del Egipto. En el 2.°, de Nino hasta Sardanápalo, reyes de Asiria, de los Medos, Indios, Escitas, Árabes. En el 3.°, de los Etíopes y Libios ó Africanos. En el 4.°, de la historia fabulosa de Grecia. En el 5.°, de la historia fabulosa de Sicilia y de las islas del Mediterráneo y Océano. Desde el 11 hasta el 17 inclusive de las guerras médicas hasta la muerte de Alejandro. En los 18, 19 y 20 de los sucesores de este y sus guerras hasta los preparativos de la batalla de Ipso. En estos 10 libros enlaza Diodoro los hechos de los romanos con los de los demás pueblos particularmente griegos, en los cuales se detiene mas que en los de los romanos.

67. No siguió la costumbre de los historiadores que le habian precedido, los cuales ponen en boca de los mismos personajes arengas mas ó menos largas segun la importancia de los asuntos y el gusto del escritor. Sin embargo una que otra vez trae alguna como las que pronunciaron dos oradores en Siracusa despues de la derrota de Nicias general ateniense, cuando se discutia en la junta popular sobre lo que se haria de los prisioneros atenienses. Pero si Diodoro no gustaba de arengas, gustaba de exordios. Casi cada libro empieza con uno: véase el del 12.°; pero especialmente el de toda la obra, del cual han dicho algunos que es una bella fachada que no corresponde al edificio. Prescindiendo de esto no puede negarse que es una hermosa introduccion á una obra histórica, mayormente general, y que como pieza suelta es notable. Héle aqui algo resumido.

68. «Los hombres tienen que agradecer mucho á los historiadores por la grande utilidad que con su trabajo les acarrean; pues habiendo costado tantas molestias y peligros á los

que hicieron la esperiencia para conocer lo que es conducente en cada cosa, nosotros nos instruimos por medio de la historia sin ninguna de estas molestias y peligros. Así se ha juzgado el mas sabio de los héroes aquel que con fortuna varia vió muchas ciudades y trató á muchos hombres. La historia general tiene además la ventaja de presentarlos á todos como unidos por un mismo vínculo, aunque hayan vivido en épocas y lugares diversos, imitando á la Providencia divina, que distribuye segun su sabiduría y bondad lo que conviene á cada una de las criaturas. Del mismo modo los que escriben la historia del linaje humano, como si fuese de una ciudad, forman como un depósito de los sucesos para la utilidad comun. Es pues cosa muy cómoda escarmentar en cabeza ajena, y no buscar lo que otros hicieron, sino imitar lo bueno que hicieron. Los consejos de los ancianos, á quienes una larga esperiencia ha hecho prudentes, son preferidos á los de los jóvenes: sin embargo los conocimientos adquiridos con la historia son superiores á los de los ancianos por la mayor copia de hechos que nos suministra. Su estudio anticipa á los jóvenes la prudencia de la edad senil; á esta se la aumenta; á los particulares los hace dignos de la administracion del estado; á los príncipes los estimula con la esperanza de una gloria inmortal á empresas arduas; hace á los guerreros mas valientes y mas decididos para sufrir cualquier peligro por la patria con la perspectiva de los elogios que les tributará la historia; aparta á los malvados de un proyecto criminal por la razon contraria. Finalmente á la fama que se alcanza por medio de ella se deben la fundacion de muchas ciudades, la promulgacion de algunos códigos de leyes, y la invencion y perfeccion de las artes y ciencias, etc.»

69. En el curso de la obra sigue Diodoro dos métodos, el etnográfico en los primeros libros, como se ha indicado, y el de analista en los restantes. Al empezar un año suele citar los cónsules romanos, y los arcontes de Atenas; y como aquellos entraban en el cargo en enero, y los arcontes á la mitad del año, causa esto alguna dificultad para la cronología. Por esta razon, y por haber sacado muchas noticias de autores antiguos no muy seguros en punto á fechas, no hay que con-

tar demasiado en los datos cronológicos de este historiador.

70. En cuanto á estilo usa generalmente el medio, que es el que corresponde á la historia. Solo cuando se ofrece algun hecho estraordinario toma calor, como cuando esplica la resistencia que hicieron los 300 hombres, apostados en el paso de las Termópilas, al ejército de Jerjes; cuando habla de los dioses se reviste tambien un poco del lenguaje poético. Los hechos no están presentados con la trabazon necesaria para la claridad, interés, é instruccion. Ciertos trozos parecen mas bien índices que relaciones históricas. Dista mucho de tener el encanto de Polibio, pues si bien de vez en cuando sazona su narracion con algunas reflexiones, por lo comun es seco y mero narrador. Muestra no obstante buen criterio cuando puede, esto es, cuando trata de sucesos que puede verificar; en cuanto á los antiguos ó fabulosos sigue á los demás.

«Todo bien pesado y examinado, dice Rollin, debe hacerse gran caso de las obras de Diodoro que han llegado á nosotros, y sentir mucho la pérdida de las otras, que hubieran derramado gran luz sobre toda la historia antigua.»

DIONISIO DE HALICARNASO.

20 antes de J. C. — 734 de R.

71. Siempre se cita á este autor con el nombre de su patria, de la cual se ha hablado en el capítulo de Herodoto. El mismo nos suministra las pocas noticias que tenemos de él en el prefacio de su obra *Antigüedades romanas*. Dice que era hijo de Alejandro de Halicarnaso; que fué á Roma al terminar las guerras civiles del tiempo de Augusto hácia la mitad de la Olimpiada 187, que corresponde al año 30 antes de J. C.; y que permaneció allí 22, ocupado en aprender la lengua latina, en procurarse relaciones con los sabios mas distinguidos, en conservar cuidadosamente todas las noticias que de sus conversaciones y de los autores antiguos recomendados por ellos iba reuniendo para escribir la obra citada. Nos informa tambien de los motivos que le impulsaron á emprenderla. Dejando aparte la grandeza del asunto, pues era la historia de los co-

mienzos del imperio mas grande y de mas duracion de cuantos habian existido, se proponia desimpresionar á los de su nacion sobre la equivocada idea que tenian de los romanos, á los cuales se figuraban descendientes de unos aventureros sin hogar, bárbaros, esclavos, que á fuerza de injusticias y violencias habian levantado el edificio de su vasto imperio; á los mismos que se quejaban de su mala suerte que habia hecho caer en manos de los peores de los bárbaros todo el poder, riquezas y gloria de los griegos. Dice que les hará ver, que esos tales aventureros eran nada menos que griegos, antiguos pobladores del Lacio, y que sus leyes estaban cimentadas en la justicia, y que no deben de llevar á mal el verse sujetos á un gobierno justo, ya que es una ley general dictada por la misma naturaleza, y que no se borrará nunca, que *los que valen mas manden á los que valen menos.*

72. Los muchos que habian escrito la historia del pueblo romano tanto griegos como latinos no la habian considerado bajo este punto de vista, ni se habian internado en sus antigüedades, tales como *Jerónimo Cardiano, Timeo de Sicilia, Antigono, Polibio, Sileno*, y otros innumerables entre los primeros, y *Q. Fabio* y *L. Cincio* entre los segundos, que escribieron tambien sus historias en griego. Creyó pues nuestro autor un deber el hacer conocer á sus compatriotas los altos hechos de virtud y heroismo, con que los primeros romanos ilustraron la historia de su patria, con lo que satisfacia además en parte á otro deber de gratitud por los buenos oficios que habia recibido de los habitantes de aquella capital del mundo. No puede culpársele de haber continuado en su obra ciertas tradiciones, que la sana crítica reconoce por fabulosas, pues en el mismo prefacio dice que empezará por las fábulas mas antiguas, que nadie antes de él ha tocado. Regularmente ya nota que lo que va á contar es una fábula, ó que tiene parte de fábula y de verdad, como la llegada de Hércules á Italia, y la aventura de Caco, la historia de Evandro, á quien hace hijo de Mercurio y de la ninfa Temis, que los romanos llaman Carmenta, la de Fauno, de Saturno, etc. Cuenta la de Eneas poco mas ó menos como Virgilio en su Eneida, pero añade las relaciones de otros autores, y echa sus puntas de crítico; la de

la loba con los gemelos Rómulo y Remo, y la de Numitor y Amulio, de donde lo han tomado los que han escrito posteriormente la historia romana.

73. No es posible recorrer toda esta obra: solamente diremos que muestra ella un gran trabajo de parte de su autor, y tanto mas notable cuanto que era un estranjero, que tuvo que empezar por aprender la lengua, y que se vió precisado á registrar y comparar entre sí tantos escritores griegos y latinos, informarse de las tradiciones orales, consultar los archivos, y preguntar á anticuarios y hombres sabios que por fortuna abundaban en aquel siglo. No podia prescindir de contar muchas cosas que aunque absurdas estaban autorizadas por monumentos públicos, que se conservaban religiosamente en su tiempo, como por ejemplo, la cueva en donde dicen que se escondió la loba ahuyentada por los pastores mientras tenia colgados de sus tetas á los dos niños; y unas figuras en bronce antiquisimas que representaban este hecho. La cualidad de estranjero le hacia mas independiente, y asi como los autores nacionales daban regularmente crédito sin titubear á todos esos cuentos, él advierte de quien saca la noticia, y cuando no le cita, no olvida la fórmula, *dicen*.

74. No siempre está de acuerdo con ellos; por ejemplo Tito Livio cuenta tomándolo de otros, que el apellido Escévola, que llevaba una ilustre familia romana, procedia de que uno de los ascendientes habia puesto su mano sobre las ascuas encendidas de un brasero hasta quemarla enteramente por haber errado el golpe matando al secretario de Porsena en lugar de este, y nuestro autor dice que fué Mucio Cordo el que quiso matar á Porsena, y no hace ninguna mencion de aquella barbaridad de la mano quemada. No solo ejerce una sana crítica en cuanto es posible para deslindar hechos tan remotos, sino que matiza su historia con reflexiones muy sensatas. Alaba la templanza y demás virtudes; admite y adora la Providencia á la que atribuye los sucesos prósperos de los romanos. Usa de una gravedad propia de historiador, y mas propia de un historiador romano: da á los personajes un lenguaje y costumbres correspondientes.

75. Promete llevar su historia hasta el principio de la pri-

mera guerra púnica, 264 años antes de J. C.: toda ella llenaba ó debia llenar 20 libros; ahora no quedan mas que once; unos dicen que se han perdido los nueve últimos; otros sospechan que no llegó á escribirlos, porque el que se titula undécimo parece mas bien una obra borroneada, que un escrito perfecto, presentando los caracteres de unos apuntes para ordenarlos despues. Llega hasta el año 312 de la fundacion de Roma, 442 antes de J. C. Faltan por consiguiente 178 años.

76. Escribió además un tratado muy completo *Sobre la coordinacion de las palabras*, de la que depende en gran parte lo bello y lo agradable, que quiere no olviden los escritores. Es notable un pasaje en que esplica la pronunciacion de las letras griegas, del que parece inferirse que algunas ni se pronunciaban como ahora pronuncian los griegos modernos, ni como enseñan los Erasmistas. Está dedicado á Rufo Melicio, que tal vez será Minucio Rufo, apellido romano.

77. Siguen á este unas *Reglas sobre varias composiciones literarias*, como panegíricos, oraciones fúnebres, epitalamios, natalicios, etc.; dos tratados *Sobre la oracion figurada*, entendiendo por esta palabra no un discurso lleno de formas ó figuras en el sentido en que nosotros las tomamos, sino un modo de decir oblicuo, por el cual el orador quiere conducir á los oyentes á un fin diferente del que presentan las palabras en su natural contestura y significado: así necesita esta oracion de un cierto artificio. Cita el ejemplo de Demóstenes en el discurso de la Corona en aquel pasaje en que aconseja el modo que han de guardar los embajadores que se manden á Tebas para solicitar su alianza. Cita tambien la apología de Sócrates escrita por Platon, que muestra ser una defensa de este filósofo, pero es indirectamente una invectiva contra los atenienses. Cita tantos otros ejemplos de oradores y poetas, que prueban cuan vasta era su erudicion, y cuanta su delicadeza en hacer las aplicaciones.

78. Dos trataditos *Sobre los vicios de la oracion*. Otro *Sobre la crítica de los escritos*, en los cuales dice que debemos atender á cuatro cosas para juzgarlos, á saber, á la naturaleza en general y en particular á la del asunto, al pensamiento, al arte, y á la diccion ó lenguaje.

79. *Juicio sobre los antiguos escritores griegos*, ó caracteres espresados en pocas palabras, á saber: de Homero, Hesiodo, Antímaco, Paniasis, Píndaro, Simónides, Estesícoro, Alceo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Herodoto, Tucídides, Filisto, Jenofonte, Teopompo, Platon, Aristóteles, Lisias, Isócrates, Licurgo, Demóstenes, Esquines, Hipérides.

80. A mas de estos caracteres escribió ó se propuso escribir una crítica estensa de los principales oradores é historiadores. Parece que no llevó á cabo este proyecto, ó que se habrán perdido algunos escritos; pues en el prefacio de los oradores dice que ha escogido los mejores, tres mas antiguos, Lisias, Isócrates é Iseo, y tres mas modernos, Demóstenes, Hipérides y Esquines. Quedan Lisias, Isócrates é Iseo juzgados magistralmente. En cuanto á Demóstenes trata la cuestion de si se aprovechó de los escritos retóricos de Aristóteles, y resuelve que no, porque aun no los habia dado á luz cuando Demóstenes era ya famoso orador. Dedica un estenso tratado para probar su admirable elocuencia, que es una obra maestra. V. núm. 75. O.

81. *Juicio sobre Dinarco.* Aunque parece que no entraba este en su plan, no obstante por haberle alabado muchos, y por haber escrito un crecido número de discursos, le dedicó un artículo, en que despues de emitir su opinion sobre su mérito, separa los apócrifos, esto es, que se le atribuian falsamente, de los legítimos. Es trabajo que prueba mucha instruccion y criterio, tratándose de un escritor ya bastante antiguo respecto de Dionisio. V. núm. 203. O.

Juicio de Tucídides, ó mas bien crítica, que aunque algo severa parece exacta. V. n. 20.

82. En dicho tratado *Sobre la elocuencia de Demóstenes* le compara con Tucídides, Lisias, Isócrates y Platon, para darle la preferencia. V. núm. 194. O. Y como Platon se habia granjeado el título de divino, de modo que se creia generalmente que no podia escribirse mejor de lo que él habia hecho, y por consiguiente que nadie podia aventajarle, un tal Cneo Pompeyo, que se cree seria un liberto de Pompeyo el Grande, hombre instruido, llevó á mal que se rebajase el mérito del filósofo, y así escribió una carta á DIONISIO, para que se es-

plicase, ó mejor corrigiese lo que habia adelantado respecto de Platon. Le contesta en otra muy atenta, diciéndole en sustancia, que si se hubiese propuesto publicar todos los defectos de Platon, como Zoilo, se le pudiera reprender justamente; pero que habiendo querido hacer ver la superioridad de Demóstenes como orador y escritor, debia ponerle frente á frente de aquellos que tenian la reputacion de ser los mejores; que hallándose en este caso Isócrates y Platon, la comparacion debia hacerse entre ellos; y que citándose los pasajes de unos y otros, y dándose las razones convenientes para demostrar la inferioridad ó superioridad, no hay mas que, dejando toda prevencion, juzgar sanamente. A mas de que otros del mismo tiempo de Platon, ó mas recientes, no creyeron hacerle injuria, reprobando algunas de sus opiniones, ó maneras de espresarse.

83. De Hipérides y de Esquines no hay ningun tratado aparte. O se han perdido, ó no los escribió. Tampoco existen los que ofreció sobre los principales historiadores, si no es un corto juicio de Herodoto, Tucídides (á mas del que se ha citado n. 81), Jenofonte, Filisto y Teopompo, que se encuentra en dicha carta á Cneo Pompeyo.

84. Tiene este escritor unos exordios muy adecuados: no le omite nunca aunque sea para un pequeño tratado. El estilo es correcto, pero no llega á la pureza de los clásicos: es claro por las palabras y por los pensamientos. Abunda en noticias históricas y literarias. Es en nuestro concepto uno de los que debe tener siempre entre manos para consultarle y estudiarle el que quiera adelantar en la literatura griega. Sin haber escrito un arte tan completo como Quintiliano puede considerársele como crítico tan útil para aquella, como á este preceptista para la latina.

85. NICOLAS *de Damasco*, uno de los hombres mas sabios del tiempo de Augusto, y amigo de este emperador, escribió una historia universal en 148 libros, de que quedan solo fragmentos, apreciables por haberla formado de trozos de autores ahora perdidos. En uno de ellos habla del diluvio, del arca de Noé y otros hechos relativos á la historia sagrada, y añade que el arca se detuvo en una montaña de la Armenia, en don-

de se conservaron por mucho tiempo los restos. Pudo haberlo leído en el Génesis, cap. 8, v. 4. Tambien escribió tragedias; de una de ellas, *Susana*, solo se ha conservado el título.

FLAVIO JOSEFO.

Nac. en 37. — M. en 93 de J. C

86. En el proemio de la *Guerra contra los judios* nos informa este escritor que fué hijo de Matatías, hebreo de linaje, sacerdote de Jerusalen, y que al principio de ella combatió contra los romanos, y despues forzado por la necesidad tuvo que acompañarlos y hallarse en todas las acciones. Desde muy niño habia mostrado gran talento é instruccion, de modo que á los 14 años era consultado por los Pontífices, y fué el principal ornamento de la secta de los fariseos á la que pertenecia. A las 26 hizo un viaje á Roma, siendo emperador Neron. Vió allí la disposicion de los ánimos enardecidos todos contra los judíos, porque eran el único pueblo de la tierra que no quisiese someterse á las leyes y prácticas romanas, con una obstinacion tan grande, que varias veces habian protestado antes perder sus haciendas y sus vidas que sujetarse á lo que se exigia de ellos, por ejemplo, admitir las estatuas de los emperadores. Aunque los romanos eran muy tolerantes con los vencidos, y les dejaban regularmente en el goce de sus privilegios y leyes particulares, no consentian que se menoscabase por nada ni por nadie la autoridad del emperador que era el símbolo del poder. Asi que la resistencia en admitir sus imágenes era mirada en Roma como un acto de rebeldia. Era pues inminente la guerra. JOSEFO que gozaba de gran crédito entre los suyos queria evitarla á toda costa, porque preveia que ella traeria la ruina de su nacion. Al volver á su patria habló en este sentido á sus compatriotas, y les ponderó el poder del imperio romano; pero ellos confiando en las divisiones intestinas que entonces le aquejaban, llenos de ambicion creyeron que no solo podrian resistir á los romanos y vencerlos, sino tambien hacerse dueños de Oriente. Josefo judío antes que todo, acató la voluntad nacional; aceptó el mando de

una division y el encargo de disputar palmo á palmo el terreno á los invasores mandados por Vespasiano que todavía no era emperador. Se vió obligado á encerrarse con su gente en una ciudad fortificada llamada Jotapat donde se defendió siete semanas contra sus legiones. Entrada la ciudad á sangre y fuego, Vespasiano perdonó á Josefo que se salvó milagrosamente de la muerte. Desde entonces siguió siempre á los romanos, mereciendo de Vespasiano el honor de la ciudadania y una pension, que le continuaron sus sucesores, dándole nuevas pruebas de su benevolencia.

87. Escribió en 7 libros la historia ya citada que mereció tal aceptacion de Tito hijo de Vespasiano, que mandó colocarla en la biblioteca pública despues de haberle impuesto su sello. Habiendo sido el autor testigo ocular, y no dejándose llevar de pasion alguna hácia los vencedores ni los vencidos, merece mucho crédito cuanto dice. La escribió en lengua de su país, esto es, siriaca; pero despues la puso en griego. En lo primero llevó la intencion de instruir á sus compatriotas que ignoraban muchas cosas de los romanos; y en lo segundo instruir á estos mismos y á los griegos sobre el estado y civilizacion de los judíos de que tenian pobrisimo concepto, considerándolos como fanáticos é ignorantes. La lectura de esta obra tiene mucho atractivo; inspira un interés aterrador hasta que llega la catástrofe. El estilo es claro, aunque alguna vez peca de redundante. Hay tambien alguna exageracion; por ejemplo, lo que dice en el lib. 3, cap. 9, á saber, que una piedra arrojada por el ariete no solo descabezó á uno que estaba junto al mismo Josefo, sino que arrojó la cabeza á tres estadios (125 pasos geométricos cada uno) de allí, como si hubiese sido arrojada por una honda. A una mujer preñada, herida con la misma máquina en el vientre, le sacó el feto, que fué á parar á medio estadio de distancia. Esta historia escrita por un judio, confirma en todas sus partes la prediccion de J. C. de que no quedaria piedra sobre piedra en Jerusalen ni en su famoso templo, pues por mas empeño que pusiera Tito, que era el que mandaba el sitio, en salvar la ciudad, los judíos parece que ponian otro tanto en que se verificara su ruina, como nota el mismo autor.

88. Escribió además las *Antigüedades del pueblo judío*, que son una especie de paráfrasis de los libros históricos de la Sagrada Escritura, completando la historia de 200 años que falta en ella desde la muerte de los Macabeos hasta la venida del Redentor. En esta obra descubre cierto cuidado en no desagradar á los gentiles con la relacion de algunos milagros obrados por Dios en favor de su pueblo; por ejemplo, nada habla de Aman curado de la lepra por Eliseo. A veces da mucha estension á lo que se dice compendiosamente en los libros sagrados, como puede verse en el lib. 4, cap. 8; ó añade hechos ó circunstancias que no tienen otro garante que su dicho; por ejemplo, varias cosas que cuenta de José en Egipto y de Salomon, y la correspondencia de este con Hiran. En lo que se ve mayormente dicho cuidado es, en que cuenta las cosas prodigiosas como mero narrador que no está convencido de la verdad de lo mismo que cuenta, y así deja á cada uno en libertad de creerlo ó no creerlo. Por esto es muy frecuente en él la fórmula: «pero sobre esto opine cada uno como quiera.» Lib. 2 ad fin. Tambien espone los oráculos divinos, como el sueño de Nabucodonosor, relativos al imperio romano, de modo que no pueda disgustar á los romanos. Para halagarlos mas cuenta los años, ó por las olimpíadas ó por los cónsules, y supone que la métrica hebrea es la misma que la griega y latina.

89. Los 20 libros de que consta esta obra llegan hasta el año 12 del reinado de Neron. En ella muestra igual nobleza de espresion, estilo sostenido, mucha imaginacion y sentimiento. Segun el parecer de S. Jerónimo, es de todos los historiadores griegos el que se acerca mas á T. Livio. Pero de todas sus obras puede decirse en general que escribió mas en buen político y egoista que en buen israelita. Lo que no puede perdonársele sobre todo, es el haber aplicado á Vespasiano los oráculos que se referian al Mesías, y el haber tomado una especie de aire de profeta. Así dice Suetonio Tranquilo *in Vesp.* c. 5, que Josefo, uno de los mas ilustres prisioneros de Vespasiano, le aseguró que pronto recobraria la libertad, y que cuando esto se verificase seria ya él emperador. Transcurrieron dos años: Vespasiano fué declarado emperador. Jo-

sefo obtuvo su libertad, y en agradecimiento á su bienhechor tomó el sobrenombre Flavio que era el de la familia de Vespasiano, y vivió en adelante siempre en la corte.

90. En el lib. 18, cap. 3, de esta obra hay un pasaje relativo á J. C. sobre el cual disputan mucho los críticos, pareciendo á unos que es auténtico, y á otros que fué añadido al texto. Puede verse sobre esta cuestion á Huet, *Mem. evang.* prop. 3, núm. 11.

Las demás obras son:

Dos libros contra Apion, gramático alejandrino, gran enemigo de los judíos, muy apreciables especialmente por ciertos trozos de historiadores antiguos, conservados en ellos.

Vida de Flavio Josefo, que forma el complemento de la guerra de la Judea.

De los Macabeos, ó del imperio de la razon. Se hace grande elogio de la elocuencia de este tratado que se halla en algunas ediciones de la Biblia como el libro 4.° de los Macabeos, pero se duda de su autenticidad.

91. Los siete libros *De las guerras de los judíos, y destruccion de Jerusalen y del templo*, fueron traducidos al castellano por Juan Martin Cordero. Se hallan impresos en Madrid por Gregorio Rodriguez, año de 1657.

El cronista Alfonso de Palencia tradujo todas las obras de Josefo, y las dedicó á la Reina Católica.

PLUTARCO.

Nac. en 50.—M. en 140 de J. C.

92. Nació en Queronea ciudad de Beocia, en donde desempeñó muchos años el sacerdocio de Apolo. No están muy acordes los autores en las noticias biográficas. Quien supone que estudió con Amonio la filosofía en Alejandría, quien en Atenas. Tal vez la estudió en ambas ciudades, pues Amonio se trasladó últimamente á Atenas. Unos le hacen preceptor de Trajano, otros de Adriano, otros de ninguno de estos dos emperadores. Suidas le da el consulado bajo el último, otros niegan que haya sido cónsul. Lo que al parecer no admite

duda es, que enseñó en Roma; que fué favorecido con alguna distincion de parte de algun emperador; que en su patria obtuvo los mas altos cargos; y que desempeñó varias comisiones en pro de la misma. Se le hace tambien viajar por el Egipto, á mas de la Grecia, para completar sus conocimientos. A estos viajes, á esta administracion de negocios, y á este trato de mundo se deben en gran parte aquel fondo de esperiencia, aquellas reflexiones tan oportunas y tan elevadas con que sazona sus escritos, aquella feliz union de la teoría con la vida práctica que agrada tanto á los lectores, aquel talento con que sabe aplicar los rasgos de los personajes históricos para delinear su fisonomía por medio de sus mismas acciones; finalmente aquel don de comparacion que le permite asociarlos entre sí, y separarlos señalando á cada uno su línea de demarcacion.

93. No se quiere decir que siempre haya acertado. Primeramente, se nota en él que no sabia mucho la lengua latina; así preferiria consultar para sus noticias á los autores griegos aun para hechos de los romanos. En segundo lugar, está muy preocupado por los de su país, lo que hace que se incline regularmente en su favor, faltando á la imparcialidad que debe guiar á todo crítico é historiador. En tercer lugar, no siempre usó de una sana crítica, dejándose arrastrar á veces solo del brillo de alguna anécdota no del todo segura y fundando en ella su juicio. Por ejemplo, entre otras muchas, cuenta en el tratado *del Silencio de los oráculos*, que un general queriendo ofrecer un sacrificio, y probar la veracidad del oráculo de Apolo Pitio, mandó á uno con un pliego cerrado en que se contenia la pregunta. La Pitonisa dijo al mensajero, que la ignoraba completamente, que pusiese en el sobre del pliego Μέλαν. Al ver el general la contestacion á lo que deseaba saber, esto es, si ofreceria un toro blanco ó negro, sin haberlo manifestado antes á nadie, creyó en la realidad del oráculo, y de tibio que era se volvió ferviente devoto de Apolo. Esta facilidad en creer ó en contar hechos de tal naturaleza, hace incurrir á PLUTARCO en la nota de supersticioso, no obstante que en un tratado especial ataca la supersticion. Se le tacha tambien de injusto para con los judíos, á quienes po-

ne en ridículo por abstenerse de la carne de cerdo. Es tanto menos escusable en esta parte, cuanto que hacia un siglo que se predicaba la religion cristiana, por la cual podia venir en conocimiento de la judía. Finalmente es difícil escusarle en el elogio que hace de ciertos personajes que califica de grandes héroes, y son monstruos de la naturaleza, como Bruto mandando y presenciando la ejecucion de sus hijos.

94. Esto pertenece á la sustancia de la historia. En cuanto al método no ha sido muy feliz, porque sus *Vidas paralelas*, por ejemplo, presentan una reunion de hechos, agradables y curiosos, si se quiere, pero sin órden, de modo que el lector los recuerda como piezas aisladas, no como formando parte de un conjunto bien dispuesto. En los tratados morales se observa la misma falta de órden, pues se proponen las cuestiones donde menos se piensa, como por ejemplo, en el citado *del Silencio de los oráculos*, se ventilan las de la naturaleza de los genios y de las funciones que ejercen, de la pluralidad de mundos, de las causas de la divinacion, etc. Es verdad què varios de ellos están en diálogo, lo que hace menos inverosímil el agitarse cuestiones en que al principio tal vez no pensaba Plutarco, porque las trae consigo la conversacion. Además no las trata profundamente, porque no era filósofo profundo.

95. Los defectos mencionados pueden perdonarse á un escritor que estuvo varias veces distraido en negocios públicos, y que vivió muchos años retirado en un rincon de la Grecia, cual era su patria, en donde al parecer compuso la mayor parte de sus escritos, y donde no podia ayudarse de bibliotecas, si no fuese la propia. Por lo que es de suponer en él una grande laboriosidad, y minuciosidad en notar lo que habia oido, visto y leido digno de mencionarse, pues todo lo pone á contribucion en sus obras, aun ciertas minucias que eran mas para calladas que para contadas. Ellas son como una enciclopedia en donde se encuentra pasto casi para todos los asuntos. Así son de las citadas con mas frecuencia. Lo que las hace sobre todo muy apreciables son las citas de autores que se han perdido, pues se saben siquiera sus nombres y las fuentes de donde ha tomado las noticias. Es prodigioso el número de ellas.

96. En las ediciones se distribuyen en dos clases, á saber, *morales* é *históricas;* pero entre las primeras hay algunas que mas bien pertenecen á la historia que á la moral, y otras que pertenecen á otros ramos, como se dirá despues. La que le ha dado mas celebridad entre las segundas es la titulada *Vidas paralelas.* Es una coleccion de biografías de los personajes griegos y romanos que figuran mas en la historia por su valor, ó ciencia, ó virtud. Las que quedan son 49, de las cuales las 44 son propiamente las paralelas, porque á un griego acompaña un romano con quien pareció á Plutarco haber muchos puntos de comparacion. Las otras cinco van sueltas. Hé aquí los nombres. 1.° Teseo y Rómulo. 2.° Licurgo y Numa. 3.° Solon y Valerio Publícola. 4.° Temístocles y Camilo. 5.° Pericles y Q. Fabio Máximo. 6.° Alcibíades y Coriolano. 7.° Timoleon y Paulo Emilio. 8.° Pelópidas y Marcelo. 9.° Arístides y Caton. 10. Filopemen y Flaminio. 11. Pirro y Mario. 12. Lisandro y Sila. 13. Cimon y Lúculo. 14. Nicias y Craso. 15. Eumenes y Sertorio. 16. Agesilao y Pompeyo. 17. Alejandro y César. 18. Focion y Caton de Útica. 19. Demóstenes y Ciceron. 20. Agis y Cleomenes, y Tiberio y C. Graco. 21. Demetrio Poliorcetes y Antonio. 22. Dion y Bruto.

Las vidas sueltas son las de Arato de Sicione, Artajerjes Mnemon, Galba, y Oton.

97. Las que se han perdido son la de Aristómenes general de los mesenios contra los espartanos, la de Epaminondas tebano, Escipion, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Neron, Vitelio, Hesiodo, Píndaro, Crates el cínico, Deifanto, Arato el poeta, segun el catálogo de todas las obras formado por Lamprias hijo del autor.

98. A la mayor parte de las biografías sigue lo que se llama propiamente un paralelo, ó comparacion entre el griego y el romano, cuya historia se ha descrito. Por ejemplo, despues de Nicias y Craso forma Plutarco como una síntesis de las cualidades que le parecen comunes á los dos, y de aquellas que los distinguen. Algunos le han criticado por este trabajo, no porque haya faltado en su ejecucion, sino porque parece que ha querido prevenir el juicio de los lectores de su tiempo, y mas particularménte el de la posteridad. Sin embargo otros

le consideran muy importante, de mucho mérito, y que debe ser muy del agrado de los lectores porque les ahorra el que debieran tomarse en hacer tal cotejo. ¿Quién ha negado á los historiadores la facultad de emitir sus juicios sobre los personajes ó los hechos que son objeto de su historia? Antes bien esta parte filosófica y crítica es lo que contribuye á hacerla mas apreciable, y la que prueba mas talento en ellos. No pretenden obligar á nadie á conformarse con sus juicios, al contrario se esponen á la crítica, y ya que no pueden inventar los hechos, sino á lo mas coordinarlos, queda únicamente en su poder el juzgarlos, mayormente cuando se refieren á personajes entre quienes quieren hallar ó manifestar mucha semejanza. Sirva de ejemplo el principio del cotejo entre Sertorio y Eumenes.

99. «Esto es lo que sabemos de Eumenes y de Sertorio, digno de mencion. Lo que hay de comun entre ellos es, que ambos fueron estranjeros y desterrados, y que mandaron á varios pueblos y á ejércitos numerosos y aguerridos. Se diferencian en que á Sertorio se dió el mando por consentimiento unánime de los aliados á causa de su mérito: Eumenes le obtuvo por sus hechos disputándoselo muchos. Al uno obedecieron porque querian un gobierno regular y justo; al otro porque no pudiendo ellos mandar se sujetaron por su utilidad. Pues siendo el uno romano mandó á los españoles y lusitanos; el otro siendo del Quersoneso mandó á los macedonios, que habian subyugado en otro tiempo á todos los hombres, mientras que los españoles hacia tiempo que servian á los romanos. Además Sertorio era personaje de cuenta por su dignidad senatoria y título de general; Eumenes era tenido en poco por haber ejercido antes el oficio de escribiente, y sin embargo ambos subieron á la suprema autoridad. Eumenes tuvo al principio muchas dificultades que vencer, y que se aumentaban á medida que crecia su poder, oponiéndosele muchos abiertamente, otros asechándole cautelosamente. A Sertorio nadie se opuso á las claras; despues unos pocos de entre los aliados se sublevaron ocultamente. Así en el uno el término de los peligros estuvo en vencer á los enemigos; en el otro despues de la victoria empezó el peligro de parte de los envidiosos, etc.»

100. Aunque los escritos de Plutarco pueden dividirse y se dividen comunmente en morales é históricos, como se ha dicho antes; no obstante es preferible la clasificacion que hace Ricard en la vida del mismo que precede á su traduccion al francés de *los Hombres ilustres*, á saber: 1.° en puramente morales como el tratado *de la educacion*, el *del progreso que se ha hecho en la virtud*, etc. 2.° Políticos, por ejemplo: *Preceptos políticos, sobre la nobleza*, de que queda solo un trozo, etc. 3.° De física y metafísica: *sobre el Destino*, *Cuestiones naturales: de la cara que presenta la luna, de la industria de los animales*, etc. Esta es la parte mas débil de Plutarco. 4.° Mitológicos: *de Isis y Osiris: ¿Por qué la Pitia no da ya sus oráculos en verso?* etc. 5.° De literatura. Hay 4 discursos: en el 1.° pretende probar que la grandeza de los romanos se debe mas bien á la fortuna que á su virtud. En los dos siguientes prueba al contrario, que Alejandro no debió como los romanos su gran poder á la fortuna, sino á su sola virtud. El 4.° es un paralelo entre los generales atenienses y los escritores de aquella ciudad, para hacer ver que su gloria y poder antes se debe á los primeros que á los segundos. Estos discursos huelen á declamacion, y á la poca edad del autor. Se supone que tomó tales argumentos solo por ejercitarse, y para manifestar la preponderancia de los griegos sobre los romanos, que era el tema obligado de aquellos, cuando se vieron vencidos por estos.

101. El tratado *sobre la malignidad de Herodoto* ha merecido justamente la censura de todos los críticos. Solo el amor patrio le hizo ver en el padre de la historia faltas que no tiene, ó que no pueden graduarse de maliciosas. La causa de la ira de Plutarco contra Herodoto es, porque dice que los beocios siguieron el partido de los persas, haciéndolos parecer mal á los ojos de toda la Grecia. *Comparacion de Aristófanes con Menandro. Sobre la música*, ó sea historia de este arte, y ventajas que pueden sacarse de ella aun con respecto á las costumbres haciendo un buen uso de la misma. Son muy curiosas las noticias sobre los primeros poetas músicos, y otras que difícilmente se hallarian en otra parte.

102. 6.° De usos y costumbres antiguas. A esta clase pertenecen dos tratados, *sobre los usos de los romanos*, y *sobre los de*

los griegos. 7.° Sobre varios asuntos ó Miscelánea, como los 9 libros de *conversaciones de mesa.* 8.° Puramente históricos. *Paralelos de historias griegas y romanas. Vidas de los diez mas antiguos oradores de Atenas.* Estas dos obras se creen apócrifas. 9.° Parte históricos, parte morales, como *del Espíritu familiar de Sócrates; del Amor.* 10. Coleccion de anécdotas y pensamientos agudos, como los *Apotegmas, ó palabras memorables de reyes y capitanes célebres. Apotegmas de los lacedemonios y de sus mujeres. Resúmen de las leyes de Esparta.* Son tambien apócrifos estos dos últimos tratados, segun algunos críticos.

Don Antonio Ranz Romanillos tradujo al español las *Vidas paralelas.* Edicion de Madrid 1830. Imprenta Real.

ARRIANO.

A. 130 de J. C.

103. En la de ARRIANO hecha en Amsterdam el año 1757 se leen con el título *Photii Eclogæ* los resúmenes ó estractos de dicho historiador formados por aquel célebre Patriarca, en que da algunas noticias biográficas del mismo, á saber, que nació en Nicomedia de Bitinia, que fué filósofo, amigo y discípulo de Epicteto estoico, que vivió bajo el reinado de los emperadores Adriano, Antonino Pio y Marco Aurelio, que desempeñó varios cargos públicos, y que llegó hasta el consulado.

104. En dicho tiempo era mas apreciada en Roma la literatura griega que la propia; así no es estraño que los que se distinguian en ella fuesen alentados y protegidos por los emperadores. Arriano habia publicado algunas obras que le dieron á conocer ventajosamente en Grecia y Roma, de modo que esta ciudad y Atenas le otorgaron el título de ciudadano. Parece que su profesion fué la de las armas, por cuya razon y la anterior Adriano le confió el gobierno de la provincia ó antiguo reino de Capadocia, en donde dió prueba de su talento militar rechazando una invasion formidable de alanos, que habian ocupado varias plazas del Asia menor.

105. La obra histórica mas conocida y que le ha dado mas celebridad es la *De las guerras de Alejandro el Grande,* con el

título siguiente: Ἀναβάσεως Ἀλεξάνδρου Βιβλία ἑπτά, parecido al de Jenofonte en su ***Espedicion de Ciro.*** Es verdad que Focio no la cita de este modo, sino, ***De las Hazañas de Alejandro*** en 7 libros, como Q. Curcio; pero en la edicion indicada está el título griego espresado. En opinion de los críticos no solo imitó á Jenofonte en el título, sino en todo lo demás, de modo que se le llamó el pequeño ó el nuevo Jenofonte. Por lo cual, y por el buen criterio que usó en la eleccion de las noticias, merece el concepto de uno de los primeros historiadores griegos. En cuanto á la historia de dicho príncipe entre la multitud de historiadores que tuvo es sin disputa el mejor y mas verídico. Él mismo dice en su prefacio que tomó de Tolomeo hijo de Lago, y de Aristóbulo, todo aquello en que estaban acordes, y con mucha razon, porque dos testigos autorizados, como fueron Tolomeo rey de Egipto, y Aristóbulo, compañeros de Alejandro en sus espediciones, merecen sin duda crédito. En aquello en que están discordes escogió lo que le pareció mas digno de contarse y mas verdadero. Lo que le movió tambien á preferirles fué porque escribieron despues de la muerte de aquel príncipe, de quien por consiguiente nada podian esperar.

106. Puede considerarse como el libro 8.° de las Guerras de Alejandro otra obra titulada ***Indica***, esto es, historia de la India, en que da preciosas noticias de las costumbres de aquellos pueblos. Por lo que en las ediciones de Arriano suele ponerse á continuacion de la primera. Sobre todo es apreciable el itinerario de Nearco almirante de Alejandro enviado para esplorar las costas de la Persia, conservado por este autor.

107. Tambien se han conservado el ***Periplo ó navegacion del Ponto-Euxino;*** el del ***Mar Rojo;*** una ***Táctica militar***, que formaba parte de una historia ***sobre los Alanos;*** y un tratado ***sobre la Caza.*** Asimismo el estracto de Focio de la ***Historia*** en **10** libros ***de los hechos posteriores á Alejandro:*** los de ***la de Bitinia***, y de ***la guerra de los romanos contra los partos*** en **17.** Finalmente algunos discursos filosóficos de Epicteto, que distingue Focio con el título de ***Disertaciones*** en **8** libros, y de ***Discursos*** en **12.** De otras obras solamente han quedado los títulos.

108. El estilo de Arriano es el que conviene á un historia-

dor, esto es, ni demasiado elevado, ni demasiado humilde. Coloca las palabras en el órden natural para que resulte la claridad: los períodos no son escesivamente largos, ni las palabras rebuscadas. Los hechos tambien se presentan con la debida sucesion y correlacion. Habiendo tomado por modelo á Jenofonte, no hay que decir que adoptó el dialecto ático. Sin embargo en la historia de la India y en la de Bitinia empleó el jónico, que ya nadie usaba en su tiempo.

109. En el *Exámen de los historiadores de Alejandro el Grande*, dice el Sr. Sainte-Croix entre otras cosas lo siguiente: «Arriano es bajo todos conceptos el primero entre los historiadores de Alejandro que han llegado hasta nosotros, y casi siempre su opinion debe prevalecer sobre la de ellos, cuando se trata de operaciones militares, las cuales no están completas sino en su obra, pues él solo ha sabido contarlas.»

FLEGON.

110. Vivió en el mismo tiempo que el anterior: fué liberto del emperador Adriano. Escribió unas *Crónicas*, siguiendo los años de las Olimpíadas. Solo se ha conservado en Focio la Olimpiada 176. Habla en esta obra del eclipse acaecido en el año 18 de Tiberio que es el de la muerte de J. C. Quedan además dos opúsculos poco interesantes. Focio decia que la lectura de este escritor era fastidiosa: para la literatura é historia hubiera sido no obstante un gran bien que se hubiesen salvado las Crónicas siquiera para la cronología.

APIANO.

A. 130 de J. C.

111. Asi como Alejandro el Grande habia llenado el mundo de su fama, y movido á muchos á escribir sus hechos; así el pueblo romano despues de las conquistas de los últimos años de la república y las de Augusto atraia las miradas de todos, y no pocos, aun de los vencidos, se esforzaban en halagarle escribiendo tambien su historia. Hemos visto á varios

griegos emplear sus plumas con esta mira. No se estrañe pues que en tiempo de Trajano y Adriano, en que la literatura griega era la dominante en Roma, como se ha dicho en el número 104, un griego de Alejandría llamado APIANO, de familia ilustre, abogado de profesion y empleado por los emperadores [1], dotado de talento y de gratitud hácia ellos, escribiese una historia general desde la llegada de Eneas á Italia hasta Trajano.

112. Parecerá tal vez á alguno supérflua esta obra despues de tantas y tan escelentes escritas en latin, como las de Trogo Pompeyo, T. Livio, Salustio, Veleyo Patérculo, etc. Pero ni para su tiempo debió parecer supérflua, puesto que se gustaba mas leer griego que latin, ni á nosotros debe parecerlo, porque se han perdido la mayor parte de las de dichos autores; y aunque tampoco se ha conservado entera la de Apiano, sin embargo queda una parte muy considerable, con la cual se suplen muchos vacíos que habria en la historia romana. Constaba ella de 24 libros de los cuales se han salvado solo diez.

113. Hé aqui las materias de cada uno.

1.° *Historia de los 7 reyes de Roma.* 2.°, 3.°, 4.° y 5.° *De las guerras de Italia.* Quedan algunos fragmentos reunidos en la edicion de Didot de 1850.

6.° *De las guerras de España* [2]. 7.° *De la de Anibal.* 8.° *De las púnicas.* Salvados.

9.° *De las guerras de Macedonia.* Quedan solo fragmentos. 10. *Guerras de Grecia y del Asia menor.* Perdido.

11. *Guerras de Siria.* Salvado. Id. *contra los partos.* Perdido.

12. *Guerras de Mitrídates.* Salvado. Del 13 al 21. *Guerras civiles desde Mario y Sila hasta la batalla de Accio y conquista de Egipto.* Salvados los 5 primeros.

22. *De los primeros cien años de la dominacion de los Césares.* Solo queda el prefacio.

23. *Guerras de Iliria.* Salvado. 24. Id. *de Arabia.* Perdido.

[1] Pref. *Hist. Rom.* ad fin.

[2] Fueron traducidas al español por el Sr. Cortés, canónigo de Valencia, y publicadas en 1852.

Didot no sigue exactamente esta division. Se acomoda mas al intento del autor, que distingue como obras separadas muchas que aqui aparecen como partes de una sola. Tampoco se halla en dicho editor el prefacio de la historia de los cien primeros Césares romanos.

114. Hay que notar en Apiano que no observa un órden cronológico, cual suele seguirse en una historia general, sino el etnográfico; esto es, empieza la relacion de los sucesos de un país ó nacion, y no los abandona hasta llegar al fin. Para nosotros ha sido una ventaja que siguiese este método, porque nos han llegado mas completas las partes que se han salvado; pero no parece que sea el mejor, porque tratándose de la historia de una gran nacion cual era la romana, los hechos necesariamente debian estar enlazados, y no pueden conocerse á fondo las causas que los produjeron presentándolos de esta manera aislada.

115. Aunque su obra se tome solo por una compilacion, es muy interesante para nosotros, porque no podemos ya consultar muchos de los originales de donde tomó las noticias. Muestra además mucho discernimiento y pericia en contar las acciones de guerra, aunque deja ver bastante parcialidad. No se crea que sea una mera copia de sus predecesores, pues se formó un estilo propio y una manera particular de narracion. Imitó mucho á Polibio, pero le queda muy inferior. Se hace bastante aprecio de los 5 libros de las guerras civiles, de modo que se hallan traducidos en italiano y en francés, y quizás en otras lenguas. Se ve en ellos la corrupcion á que habian llegado los romanos; que la libertad no existia mas que de nombre; y la razon que tiene Montesquieu para decir: «La república debia necesariamente perecer, y no se trataba ya sino de saber cómo y por quién debia ser destruida.»

DION CASIO.

Nac. en 155, M. de 230 á 240 de J. C.

116. Está tan enlazada la literatura griega con la latina, y es tan importante su estudio, que no podemos menos de aplaudir la disposicion del Gobierno que obliga á un mismo

profesor á enseñarlas ambas, y á aprenderlas los alumnos de varias Facultades. Se dice esto, porque en el capítulo de Séneca se cita el autor que encabeza el presente por razon de ciertos cargos que se hacen contra la moralidad de aquel filósofo, á los cuales se contesta entre otras cosas, que la época en que vivió DION está demasiado distante de la de Séneca, para que deba darse crédito á sus afirmaciones, mayormente debiéndose estas á su compendiador Juan Jifilino, monje del siglo 11.°

117. Nació Dion en Nicea de Bitinia, probablemente de familia romana, á lo menos por parte de padre que fué Casio Aproniano senador, llamándose él Casio Cocceyano, á cuyos nombres añadió el de Dion, por descender por parte de madre de Dion Crisóstomo. Durante los reinados de Cómodo, Antonino, Pertinax y siguientes hasta Alejandro Severo, desempeñó varios cargos públicos, gobiernos de provincias y dos veces el consulado, empleando los intervalos en recoger materiales para la historia romana que meditaba, en lo que ocupó diez años, y retirándose alguna vez á Capua para trabajar con mas sosiego y comodidad. Habiendo obtenido permiso de Alejandro Severo para ir á pasar los últimos años de su vida en su patria, allí completó, corrigió y publicó su obra, que es

118. Una *Historia romana* en 80 libros. De los 35 primeros solo quedan fragmentos. Los 25 siguientes están casi enteros á escepcion del 36 y 55 que tienen muchas lagunas. Del 61 al 80 no hay mas que algunos trozos. El citado Juan Jifilino por órden del emperador Miguel Ducas hizo un resúmen de toda la obra de Dion, del cual se ha conservado desde el libro 35 hasta el fin. Con él y con los fragmentos llamados *Valesianos*, *Peirescianos* y *Orsinianos* se ha completado en lo posible. Conforme á ellos está la version italiana impresa en Roma el año 1790. Llámanse fragmentos *Valesianos* los recogidos de varios autores por Enrique de Valois: *Peirescianos* los del manuscrito de Peiresc, que contiene muchos estractos de Dion sacados de los formados por Constantino Porfirogeneto en la seccion *de las Virtudes y Vicios*: *Orsinianos*, los sacados de un manuscrito de los mismos en la seccion *de las Embajadas*, que poseia

Fulvio Orsini. Comprende toda la obra desde Eneas hasta el año 229 de J. C. que corresponde al 8.° del imperio de Alejandro Severo.

119. Tambien este historiador imitó á Polibio, pero quedando á mucha distancia, pues no tiene su penetracion ni discernimiento. A Focio parece que tomó por modelo á Tucídides sobre todo en las arengas, que su estilo es magnífico, que tiene cierto sabor de antigüedad, y que le aventaja en ser mas claro. Los escritores de esta época, que como se ve, abundaban, querian todos parecer áticos, y asi escrupulizaban mucho en las palabras que no se hallasen en los del siglo de oro; pero no podian dejar de componer en lo que se llamaba lengua helenística. (Intr. 37.)

120. Lipsio y Vosio reprueban con razon el haberse este ensañado con algunos de los hombres mas respetables de Roma, como Ciceron, Bruto, Casio y Séneca, sin motivo plausible, lo que casi indica cierta malignidad é indiscrecion indignas de un historiador. Léanse el cap. 1.° del libro 46, y el principio del 2.° en que se verá la manera con que habla ó hace hablar de Ciceron en un discurso larguisimo que no cuadra bien á una historia general, manifestando con esto la intencion de perjudicarle en su reputacion. «Le trata, dice Schoell, con una severidad que va hasta la injusticia.»

121. Aparte este defecto, es muy útil la lectura de este historiador para conocer á fondo aquel gran pueblo, cuyas leyes, costumbres y hechos principales habia estudiado con una sagacidad y criterio que dan á su obra un gran valor. La seguridad con que habla de los contemporáneos prueba que los habia observado bien, y es un garante de los demás que no estuvo en su mano conocer exactamente ó por la distancia de los tiempos ó por la discrepancia de los autores.

HERODIANO.

N. poco mas ó menos en 170. M. en 240 de J. C.

122. De HERODIANO natural de Alejandría, solo se sabe que fué hijo de un retórico llamado Apolonio ***Discolo* ó** el ***Dificil*;**

que tomó parte en la administracion del estado por nombramiento de los emperadores romanos; y que dedicó los últimos años de su vida á escribir la historia contemporánea. Comprende ella desde la muerte de M. Aurelio en 180 hasta la subida al poder de Gordiano 3.° en 239, por consiguiente un espacio de 59 años, en que reinaron quince emperadores ó solos ó asociados á otros, algunos buenos, la mayor parte malos. Difícil tarea por lo mismo tomó Herodiano debiendo hablar de hechos recientes y de personas constituidas en el supremo poder. Sin embargo todos los críticos convienen en que supo mantenerse á la altura de un buen historiador, respetando siempre la verdad. Por lo que, y por las demás dotes, como un estilo templado, narracion clara [1], locucion propia y castiza, cierto cuidado en el aliño y eleccion de palabras sin afectacion, nada de redundancia, con razon dice Focio, que Herodiano á muy pocos queda inferior en las cualidades que deben adornar á un buen historiador. Así el trozo de historia que escribió en 8 libros es de grande importancia por la escasez de autores que se ocuparon de esta época, y porque los pocos que escribieron se han perdido. Solo hay que perdonarle algunos errores de cronologia y geografía.

123. Julio Capitolino, uno de los escritores de la Historia Augusta, casi no hace mas que copiarle. La traduccion latina de Angel Policiano de fines del siglo 15.° es muy celebrada mas por la elegancia y pureza de diccion que por la exactitud. Así que salió á luz se hicieron tres ediciones, una en Roma y dos en Bolonia en poco tiempo.

A. 210 de J. C.

124. DIOGENES LAERCIO de Cilicia es muy conocido entre los literatos y filósofos por sus *Vidas de los filósofos* y esposicion de su doctrina. Tiene algunas inexactitudes y poca crítica, pero su obra no deja de ser muy apreciable. Se le perdona el haber querido ser poeta. Se muestra epicúreo.

[1] Léase por ejemplo la del asesinato de Cómodo en el libro 1.°.

ELIANO.

A. 230 de J. C.

125. Aunque nacido en Preneste, hoy Palestrina, ciudad del Lacio, aprendió tan bien el griego, que segun Filostrato, podia competir con el mas puro aticista, mereciendo, segun Suidas, que se le apellidase *Meliphthongo ó voz de miel.* Enseñó la retórica en Roma, pero disgustado de este ejercicio se dió á componer obras. Era un hombre de una lectura inmensa. Tal vez la mas conocida con el título de *Historias varias* en 14 libros no estaba destinada á ver la luz pública, pues contiene sin órden alguno varias anécdotas ó hechos aislados, tomados de diferentes autores, ó mejor, arreglados por él mismo del fondo de otros. Por esto presumen algunos, que serian como unos ejercicios de composicion en lengua griega, pues si se hubiese propuesto formar unos estractos, hubiera tomado las mismas espresiones de los originales y seguido el mismo órden; y que el que quedó dueño del manuscrito le publicó como una obra interesante, no siendo á lo mas sino una compilacion arreglada como se ha dicho. Lo que nos interesa á nosotros es que de este modo se han salvado ciertas noticias de que careceríamos, por haberse perdido los autores de donde se sacaron; pero seria preferible que los trozos fuesen originales. No da este muestra de un cabal discernimiento, cuando entre las varias cosas que cuenta admite algunas ridículas y hasta absurdas, por ejemplo, que los cochinos fueron los inventores de la agricultura.

126. Tiene otra obra en 17 libros titulada *Historia de los animales*, en la cual deja ver tambien mucha erudicion, y una mezcla de sério y ridículo; es decir, que en medio de observaciones muy juiciosas y verdaderas se hallan otras fútiles y falsas. Se equivoca muchas veces como Plinio, porque la historia natural estaba en su infancia, pero este á lo menos sabe revestir un error con las galas de la imaginacion, y consigue que se le perdone fácilmente.

Dicen que publicó un escrito contra las locuras de Heliogábalo, pero sin nombrarle.

ÉPOCA BIZANTINA.

De 306 á 1453 de J. C.

127. Entre la lengua latina y griega hay algunas diferencias en cuanto á su nacimiento, crecimiento, edad perfecta, decrepitud y muerte. Aquella, como fruto de una preñez y parto laboriosos, necesitó de seis siglos para robustecerse y perfeccionarse; esta nació á lo menos para nosotros ya dotada de todas las galas que la constituyen la mas hermosa del universo. Aquella cual magnolia echó su capullo y su brillante flor por poco tiempo; esta cual rosal de todo el año permaneció unos 600 sin sufrir notable alteracion; y cuanto mas profundas estaban sus raices, tanto mas necesitó para su muerte, que aun debió ser á mano airada. Necesitó tanto cuanto habia transcurrido para la formacion, apogeo y decadencia de la latina, esto es, toda la época bizantina que duró mas de mil años. Sin embargo no pudo librarse de la condicion de las demás cosas humanas, á pesar de los esfuerzos que hicieron para mantenerla en pié los gobernantes, una parte del público, y los hombres de letras. (Intr. 37.)

128. Es cierto que en el transcurso de tantos siglos hubo emperadores que se interesaron poco por la conservacion de la literatura griega, pero una gran parte fueron muy decididos protectores. Otros se fijaron mas en cuestiones religiosas: otros tuvieron bastante que hacer con las guerras y divisiones intestinas. Hubo un tiempo, dice un autor [1], en que el deseo de conservar puro el lenguaje llegó á una especie de fanatismo, pues las señoras de Constantinopla evitaban hallarse con estranjeros y con las clases bajas ó poco instruidas de la sociedad, y hacian gala de hablar entre sí con la misma pureza, correccion y elegancia que Aristófanes, Eurípides, Platon y Aristóteles.

129. Las escuelas tan famosas de Atenas fueron mantenidas á espensas del estado hasta el siglo 6.°; las de Berito, Alejan-

[1] Vide *Hodius de Gr. illustr*. L. 1.

dría y Constantinopla siguieron hasta la ocupacion de los turcos. En los conventos del monte Atos se copiaban continuamente libros griegos, y á ellos debemos la conservacion de los que han quedado.

Pero en fin tuvo que consumarse la pérdida del bello idioma griego, que habia esperimentado ya las sacudidas de los bárbaros, y despues recibió el golpe de gracia de la falange musulmana. Por esta razon no pueden interesar mucho los historiadores de esta época, y asi los recorreremos rápidamente.

A 325 de J. C.

130. El primero que se presenta es **EUSEBIO** obispo de Cesarea, sobre el cual véasè su artículo en la seccion *de los SS. PP.*

El 2.° es **PRAXAGORAS** ateniense que vivia hácia el año 345, y escribió á la edad de 19 la *Historia de los reyes de Atenas*, y á la de 22 la de Alejandro el Grande, y la *Vida de Constantino el Grande*, en que le alababa mucho, segun Focio, de quien tenemos un pequeño estracto de esta última obra habiéndose perdido la original, como tambien las otras. Estaban en dialecto jónico.

A. 380.

131. EUNAPIO *de Sardes*, sofista, médico é historiador vivió en tiempo de Valentiniano, Valente y Graciano. En los *Estractos de las Embajadas* y en Suidas se encuentran algunos fragmentos de la *Historia de los Césares* que habia escrito en 14 libros, y que comprendia desde Claudio 2.° (268 de J. C.) hasta el 407. Quedan tambien las *Vidas de los filósofos y sofistas de su tiempo*, escritas en mal estilo, y con poco conocimiento de las materias que debia tratar. Aunque era gentil se le critica con razon por las prevenciones contra el cristianismo que manifiesta en dicha obra, y por sus supersticiones. No obstante ella es el principal monumento para la historia de los neoplatónicos. La de los Césares fué continuada por **OLIMPIODORO** *de Tebas* en Egipto desde el 407 al 425, segun Focio en su *Biblioteca*.

A. 440.

132. ZOSIMO abogado fiscal que fué de Constantinopla en tiempo de Teodosio *el Jóven* trabajó una *Historia* sobre las de Deuxipo, Eunapio y Olimpiodoro, que puede llamarse compilacion ó resúmen de las mismas. El objeto que se propuso no podia dispensarle de tocar la historia de los emperadores, y así de valerse de aquellos que la habian espuesto mejor á su juicio. Fué el hacer ver las causas que habian preparado y llevado á cabo la ruina del imperio romano, imitando á Polibio aunque en sentido inverso, pues este quiso mostrar las que le habian engrandecido. Pero el imitador se queda muy atrás no solo por el estilo, sino tambien por la falta de discernimiento. Las dos causas que señala de la decadencia pueden no ser verdaderas, á saber, el cambio de gobierno de republicano en monárquico, y el de la religion gentil por la cristiana, pues es necesario que entre la causa y el efecto haya una relacion tan inmediata, que dada ella deba seguirse el efecto. Sin embargo segun principios de buena crítica no era consiguiente que el imperio caminase á su ruina por haberse uno solo investido de todos los poderes [1], y mucho menos por haber triunfado el cristianismo del paganismo. Esta acusacion era ya vieja, y estaba concluyentemente contestada por los apologistas.

133. La libertad con que habla de los emperadores, mayormente cristianos y casi de su tiempo, hace suponer que se publicó su obra despues de su muerte. Consta de 6 libros: los 5 primeros están enteros, menos la parte relativa á Diocleciano: del 6.° no hay mas que el principio. Empieza por Augusto y llega hasta Teodosio *el Jóven.* Se detiene poco en los primeros emperadores que ocupan el primer libro hasta Probo. De los demás, especialmente de Teodosio y sus hijos, habla estensamente en los cinco restantes.

Se ha disputado mucho sobre el crédito que merece este escritor gentil, y que está tan preocupado contra el cristianismo. La falta grave que cometió fué el haber confundido la

[1] Q. Curt. lib. X.

religion con el hombre: aquella es pura y sin mancilla, y el hombre practicándola mal la desacredita. Tal vez podria decirse que quitando mucho de esa prevencion y exageracion, y un poco del celo quizás escesivo de ciertos escritores, hallaríamos la verdad en algunos hechos.

A. 415.

134. SÓCRATES llamado el *Escolástico* ó abogado, nació en Constantinopla hácia el año 380. Tuvo por maestros de gramática á dos famosos profesores gentiles, Amonio y Heladio. Se dedicó á la historia eclesiástica, y se propuso continuar la de Eusebio de Cesarea, empezando en el 306, y llegando hasta 439; por consiguiente comprendió 133 años que están distribuidos en 7 libros. El estilo es el de su tiempo, esto es, humilde, nada elegante. Estaba como seglar poco versado en materias eclesiásticas, y segun muchos autores trata con demasiada indulgencia á los novacianos. Por lo mismo debe leerse con algun cuidado. Véase Tillemont.

135. SOZOMENO llamado tambien el *Escolástico*, natural de Salamina en Chipre, vivió en el mismo tiempo que Sócrates, y escribió como él la historia eclesiástica contemporánea, esto es, desde el año 324 á 439. Siendo algo mas jóven, pudo aprovecharse de la de Sócrates. La mayor parte de las cosas están contadas en los dos, pero Sozomeno tiene mejor estilo, pues imitó á Jenofonte; se estendió mas alguna vez, y mostró mucha aficion á los anacoretas. Tiene algunos anacronismos notables. La obra está dividida en 9 libros, de los cuales el último pertenece mas á la política que á la religion.

136. Sobre TEODORETO, otro historiador eclesiástico, véase su artículo en la seccion *de SS. PP.*

A. 550.

137. PROCOPIO, famoso historiador griego, nació en Cesarea de Palestina, donde enseñó muchos años la retórica. Habiendo ido á Constantinopla, supo merecer la confianza de Belisario, quien obtuvo fácilmente del emperador Justino, que le

hiciese su secretario para las espediciones que iba á emprender al Asia, al África y á Italia. Justiniano le honró con el título de *ilustre*, y le nombró prefecto de aquella capital. Murió de edad avanzada hácia el fin del reinado de este príncipe.

138. Tenemos de él una historia en 8 libros. Los dos primeros tratan de la guerra de los persas desde el fin del reinado de Arcadio (a. 407) hasta el 23 del de Justiniano (a. 550). Los dos siguientes de la de los vándalos desde su invasion al África (a. 428) hasta el 534, en que quedaron enteramente sometidos á los romanos. En los cuatro últimos se cuentan las guerras de Italia contra los ostrogodos desde la espedicion de Teodorico en 488 hasta la muerte de su último rey Tejas y la paz consiguiente en 553 [1]. Es muy útil esta obra para conocer el carácter de las naciones bárbaras que invadieron el imperio romano, y merece crédito porque su autor fué testigo de muchisimas cosas que cuenta, y porque tenia bastante perspicacia para distinguir lo verdadero de lo falso. Debe no obstante leerse con recelo todo lo perteneciente á Justiniano, Teodora, y Belisario, porque el mismo escribió poco antes de su muerte, segun parece, un opúsculo en 30 capítulos titulado 'Ανέκδοτα (cosas inéditas), ó Historia secreta, en que revela muchisimas acerca de aquellos personajes y de Antonina esposa de Belisario, que destruyen el buen concepto que se habia formado de ellos en la primera historia. Marmontel ha negado que le pertenezca esta obra, pero sus pruebas no han persuadido á nadie. Su estilo es claro, alguna vez enérgico, otras prolijo. No puede dudarse de que Procopio fué cristiano leyendo otro escrito suyo sobre las obras públicas mandadas ejecutar por Justiniano; es él interesante porque contiene muchos pormenores acerca de la administracion interior del imperio.

HISTORIADORES BIZANTINOS.

139. Se designan con este nombre unos escritores que se ocuparon de historia en esta época, y que por la mayor parte ó nacieron ó vivieron en Constantinopla, y trataron de los he-

[1] Agath. *Hist. Præf.*

chos relativos á los emperadores, ó al imperio romano de Oriente. Se dividen en tres grupos: al 1.° pertenecen los historiadores propiamente dichos; al 2.° los cronistas; y al 3.° los biógrafos. La decadencia de la literatura griega fué precipitándose con la traslacion de la sede del imperio á aquella ciudad (P. 324). Sin embargo no se hizo sentir notablemente hasta algun tiempo despues: en prueba de lo cual el siglo de oro de la sagrada fué el 4.° y parte del 5.°, del mismo modo que la mejor época de la jurisprudencia romana fué la de decadencia de la literatura latina. La hemos visto en los últimos escritores. Todos fueron imitadores de los grandes modelos; ninguno fué original. El que en esta época escribiesen algunos bien su lengua, lo debieron al talento, al estudio, y á la fina educacion que recibian en las escuelas. Pero no se aprecian, por ejemplo, los historiadores como modelos de estilo, sino por habernos conservado la serie de sucesos que ocurrieron en aquellos siglos.

140. Los de que hemos hablado hasta ahora pertenecen siquiera á los de 2.° órden; pero los de que vamos á ocuparnos, ni por el estilo, ni por la manera de narrarlos, ni por el criterio merecieran alguna consideracion, si no fuera por la necesidad de recurrir á ellos para sacar noticias. Pueden compararse á un archivo mal arreglado, en donde no obstante se contiene y guarda todo lo que se necesita, pero sin órden. Así tales historiadores refieren las cosas sin juzgarlas; las toman del primero que se las proporciona sin citar la fuente de donde las han tomado; cambian las espresiones del autor original, y se apropian la narracion. Algunas están repetidas en el mismo compilador, ó en otros. No ejerce ninguno de ellos crítica alguna sobre la verosimilitud del suceso: les basta llenar con él una página. Se dejan llevar por lo comun de sus afecciones, y así no hay la debida imparcialidad. Mezclan lo sagrado con lo profano: no separan bastante á veces los dos poderes; y lo que es peor, azuzan los ánimos contra el del jefe supremo de la Iglesia el Pontífice Romano, y enaltecen demasiado el del Patriarca de Constantinopla, á quien y á los emperadores adulan servilmente. No obstante dice el Sr. Sainte-Croix, *Exam. de los hist. de Alejandro el Grande*, que hay co-

sas preciosas en ellos, que pasadas por el crisol de la crítica pueden servir mucho, sobre todo para los sucesores de Constantino.

141. Los que se libraron mas de los defectos que acabamos de indicar, pero no del todo, fueron *Agatias, Constantino Porfirogeneto, Zonaras, Nicéforo Brienne, Ana Comneno, y Juan Cinnamo.*

A 1100.

142. Pertenecen al primer grupo: *Zonaras, Nicetas Acominato, Nicéforo Gregoras, y Laonico Calcondilo,* los cuales abrazan la historia desde Constantino el Grande hasta la toma de Constantinopla por los turcos, sucediéndose los unos á los otros, y continuando alli donde habia cesado el anterior.

143. ZONARAS obtuvo altos empleos en la corte. Disgustado del mundo se retiró á un monasterio de Basilios en el monte Atos en donde murió antes de la mitad del siglo **12.°**. Allí escribió unos *Anales* ó historia universal desde la creacion del mnndo hasta la muerte de Alejo Comneno en **1118**. Esta obra es muy indigesta. Copia á menudo de Dion Casio, y de otros que se han perdido; no añade nada suyo, en lo que hizo bien, porque lo hubiera echado á perder. Así su estilo es muy desigual. Cuando refiere hechos de su tiempo procura ser imparcial.

A. 1200.

144. NICETAS ACOMINATO, natural de Chone ó Coloso en Frigia, desempeñó tambien empleos considerables en la corte de Andrónico, de Isaac Angelo y de Musuflo. En la guerra contra los cruzados defendió á Filipópolis; pero no pudo resistir á Barbaroja. En la toma de Constantinopla por los latinos debió la vida á un mercader veneciano. Se salvó en Nicea; pero su mujer murió en camino, por lo que casó en segundas nupcias con la hija de un senador á la que habia podido librar de la brutalidad de la soldadesca. Escribió **21** libros de historia empezando en **1118**, y acabando en **1206**. La divide en diez obras diferentes, cada una de las cuales contiene uno ó mas reinados desde Juan Comneno ó Calo-Juan,

hasta el de Balduino inclusive. Se le perdona la acritud con que habla contra los latinos por los grandes escesos que cometieron los franceses en Constantinopla. Su estilo es amanerado, casi poético algunas veces, y poco claro. Pero interesa su lectura, porque se descubre en él talento, criterio, exactitud y gusto.

A. 1330.

145. NICÉFORO GREGORAS bibliotecario de la iglesia de Constantinopla continuó la obra de Nicetas desde **1204** hasta **1341**, distribuyendo estos **137** años en **38** libros. Está lleno de inexactitudes: su estilo es insoportable por las figuras é hipérboles que emplea á menudo, por lo bárbaro, y por las repeticiones.

A. 1450.

146. LAONICO CALCONDILO de Atenas es el último que completa la historia del imperio oriental hasta su caida. Su ***Historia de los Turcos*** en **10** libros va desde **1298** hasta **1462.** Es útil para saber el orígen y progresos del poder otomano, y la decadencia y ruina del romano. Algunos hechos necesitan de exámen, porque se muestra el autor muy crédulo.

CRONISTAS.

147. Llámanse cronistas los recopiladores de hechos sin darles trabazon, observando solo el órden riguroso de tiempo. Aunque Zonaras hizo remontar su obra hasta la creacion del mundo pareciéndose á un cronista, sin embargo la parte principal que es la de su tiempo la trató históricamente. Los que llamamos cronistas casi todos suben hasta el padre Adan, ó continuan las crónicas de sus predecesores desde donde las dejaron. Hé aqui los principales.

De 700 á 1300.

148. JORGE SYNCELO que murió hácia el año **800** escribió una crónica desde la creacion del mundo, que debia llegar hasta su tiempo, pero impedido por la muerte no pasó del reinado de Diocleciano. Es útil esta obra para la cronología, que

la mayor parte de escritores griegos y latinos descuidaron. Tomó este mucho de la crónica de Eusebio. Falta de crítica. Se daba el nombre de *Syncelo* al coadjutor del Patriarca de Constantinopla.

149. TEÓFANES ISAURO contemporáneo del anterior, pues murió en **817**, continuó su crónica desde **285** hasta **813**. Reina mucha confusion en las tablas cronológicas que están al frente de cada año, de modo que ó no las puso el mismo autor, ó han sido interpoladas.

150. Teófanes tuvo tambien su continuador llamado **JUAN SCYLITZA**, que es conocido con varios nombres correspondientes á las varias dignidades que desempeñó, á saber: ***Tracesio*** por haber sido gobernador del Asia menor; ***Protovestiarius,*** jefe de los empleados en los ornamentos sagrados; ***Drungarius Vigiliæ,*** capitan de guardias del Emperador; ***Curopalata,*** encargado de los palacios del mismo. Prueban estos nombres cuan adulterada estaba la lengua griega en la misma corte. Compuso un ***Compendio histórico,*** que comprende desde **811** hasta **1081** en cuyo tiempo vivia.

151. Merecen citarse los siguientes. **JUAN** ***de Antioquía,*** llamado **MALALAS**, del siglo 9.° que escribió una crónica desde Adan hasta **566**.

152. SAN NICÉFORO, patriarca de Constantinopla en **806**. Su crónica va desde Adan hasta **828** en que murió. Un ***Breviario histórico*** del mismo comprende desde **602** á **770**. Es uno de los mejores trozos de la coleccion bizantina.

153. SIMEON METAFRASTE, llamado así por haber escrito y parafraseado las vidas de varios santos, escribió tambien una crónica bastante apreciable que llega hasta **963** en cuyo año ocupó el trono Constantino Ducas.

154. El último cronista es un tal **JOEL** que compuso un compendio de historia, en que pasa rápidamente de un suceso á otro, y pone la série de príncipes desde el origen del mundo hasta la toma de Constantinopla por los latinos en **1204**.

BIÓGRAFOS.

155. No debe tomarse en rigor esta palabra, pues con ella

queremos designar no solo á los escritores de vidas ajenas, sino á los autores de memorias, genealogías y monografías, esto es, á los que se dedicaron á una sola época, ó corto periodo de tiempo, ó á algun hecho aislado, pero notable, ó á alguna familia ilustre.

A. 580.

156. AGATIAS *de Mirina* en Eolida, llamado *Esmirneo* en la traduccion latina de Persona por haber residido en Esmirna ejerciendo la abogacía, y contado entre los recopiladores de epigramas, escribió la historia de seis años del reinado de Justiniano, esto es, desde el 553 al 559, tomándola en la muerte de Tejas rey de los ostrogodos, en que termina Procopio. Algunos le juzgan con severidad respecto al estilo, que ya es difuso, ya ligero, ya poético, ya incorrecto, ya hinchado. Su difusion es de grande utilidad para nosotros, porque nos informa de las costumbres de los francos, de los godos, de la genealogía de los reyes de Persia, y varias otras cosas que solo en su obra se encuentran, y que para los de su tiempo podian escusarse. Se le perdona el estilo poético, porque se habia dedicado mucho á la poesía, y era difícil que abandonase el lenguaje propio de ella.

A. 590.

157. MENANDRO *de Constantinopla*, guardia de corps ó *Protector* como se les llamaba, continuó la historia de Agatias hasta el año 582. Pero no existen mas que fragmentos en la coleccion mandada formar por Constantino Porfirogeneto.

A. 630.

158. TEOFILACTO SIMOCATTA es autor de una historia que tituló universal, que comprende solamente desde la muerte de Tiberio 2.° (año 582) hasta el asesinato de Mauricio y sus hijos en 602 por Focas. Se hallan en los 5 primeros libros los sucesos relativos á la guerra contra los persas; en los tres restantes se habla de las de los avaros, eslavos, y de la muerte trágica de Mauricio. No carece de elegancia este escritor, sobre todo en las arengas. Es tal vez demasiado sentencioso.

A. 940.

159. **CONSTANTINO VI PORFIROGENETO** que reinó desde **911** hasta **959** fué muy aficionado á las letras, y gran protector de los literatos. Entre otras obras escribió la *Vida de su abuelo Basilio el Macedonio* jefe de su dinastía, ó sea, la historia de su reinado, que duró desde **867** á **886**, en estilo mas bien oratorio que histórico, pero que no deja de tener mérito atendido el tiempo en que fué escrita. La mas conocida, es la que se ha citado ya algunas veces con el título *Estractos de Virtudes y Vicios*, y *de las Embajadas*, que formaba parte de una gran Coleccion por órden de materias sacada de varios autores. De los **53** libros ó secciones en que estaba dividida solo se han salvado el 27 y el 50, que son los espresados. Teodosio el Pequeño fué el encargado de ordenarla.

A. 940.

160. **GENESIO** y **LEONCIO** *el Jóven* por encargo de Constantino escribieron los reinados anteriores, de Leon el Armenio, Miguel 2.°, Teófilo, y Miguel 3.°, esto es, el intervalo desde **813** á **867**.

161. Un anónimo añadió á las biografías de Constantino las de Leon 6.° hijo de Basilio el Macedonio, de Alejandro su hermano, del mismo Constantino, y de Romano 2.° su hijo, que comprenden desde **886** á **963**.

A. 990.

162. **LEON** *el Diácono* escribió en **10** libros los reinados de Romano 2.°, Nicéforo Focas, y Juan Zimisces, esto es, desde 959 á 975. Su estilo es difuso, desigual y bárbaro, pues en medio de bellísimas frases tomadas de Demóstenes ó Tucidides mezcla palabras latinas grecisadas. Es exacto en todo aquello que vió por sus ojos, pero en lo que pasó léjos de Constantinopla se muestra torpemente ignorante.

A. 1100.

163. **NICÉFORO BRIENNE**, hijo de un general del mismo nombre que por haber atentado al imperio fué condenado á

perder la vista, casó con Ana Comneno hija del emperador Alejo 1.°. A la muerte de este, por intrigas de palacio y de su propia mujer debia ocupar el trono en perjuicio de Juan su cuñado; pero no quiso aceptarle, ó no obró con energía para que el plan tuviese éxito. Con esta ocasion dijo Ana que la naturaleza se habia equivocado, haciéndola á ella mujer, y á su marido hombre. Escribió unas *Memorias* sobre la familia Comneno empezando en Isaac Comneno primer príncipe de ella, que solo reinó dos años desde 1057 á 1059. No continuó la misma en el trono; pero en 1081 Alejo 1.° sobrino de Isaac le ocupó, y le transmitió á su hijo. Nicéforo sin duda impedido por la muerte no pasa mas allá del advenimiento de su suegro. Comprende por lo tanto esta obra desde 1057 á 1081, ó los reinados de Isaac Comneno, Constantino Ducas, Romano Diógenes, Miguel Ducas, y Nicéforo Botoniata. Es fácil que el autor se haya preocupado algun tanto en favor de la familia con la cual se habia enlazado, pero se ve que tenia á su disposicion buenos documentos, y se acredita por su diccion castiza y cierta nobleza de estilo.

A. 1100.

164. ANA COMNENO esposa del anterior escribió en 15 libros la vida de su padre Alejo, y la tituló *Alexiada*, nombre que corresponde mas bien á una epopeya que á una historia, como nota muy bien un autor moderno. Estaba dicha princesa dotada de talento, y á una educacion esmerada añadió una aplicacion constante y buen gusto. El placer mas agradable para ella era hablar con personas instruidas. Pero su rango y sus prendas la llenaron de una presuncion por no decir orgullo que se transparenta en su escrito. Nada tiene de estraño que una hija presente á un padre querido bajo el mejor aspecto posible, y que disimule sus faltas. Pero no era necesario que usase de un estilo casi poético, que se detuviese sin necesidad en ciertas narraciones, y en sembrar flores solo con el objeto de adornarlas, y que mostrase una erudicion intempestiva. No obstante esta obra que puede considerarse una historia desde 1069 á 1118, no carece de mérito. Habla con bastante desprecio de los cruzados y del Pontífice Romano. Es

verdad que de aquellos no podia hablar muy bien porque causaron mucho daño á los griegos, los cuales dicen que fué todo maldad de los latinos; y estos que fué por la mala fe de Alejo 1.°.

A. 1170.

165. JUAN CINNAMO, secretario en la corte de Manuel Comneno, escribió la vida de este, y la de su padre Juan, sucesor de Alejo 1.° Comprende esta obra distribuida en 6 libros desde 1118 á 1176, y con las dos anteriores forma una historia completa de un siglo de las cruzadas. Para formar un juicio exacto ó para equivocarse menos es menester ver lo que dicen los latinos, pues la imparcialidad no es la cualidad mas recomendable de los griegos en esta materia. Este autor procuró imitar á Jenofonte, y alguna vez lo consigue bastante bien.

A. 1260.

166. JORGE ACROPOLITA emparentado con la familia imperial esperimentó varios reveses de fortuna en el desempeño de sus cargos en aquellos tiempos tan aciagos para los griegos. Habiendo Miguel Paleólogo subido al trono de Nicea en 1260, y habiéndose en 1261 apoderado de Constantinopla, echando de allí á los latinos, le confió varias comisiones importantes, una de las cuales fué representarle en el Concilio de Lion convocado por Gregorio X para tratar de la union de la iglesia griega con la romana, y abjurar en su nombre el cisma. Escribió una Crónica de su tiempo desde 1204, en que los latinos se apoderaron de aquella capital, hasta 1261 en que fueron espulsados. Falta de método, y el estilo es poco claro.

A. 1290.

167. JORGE PACHYMERO distinguido por las altas dignidades que ejerció en la Iglesia y en el Estado en tiempo de los Paleólogos escribió los sucesos ocurridos desde 1258 á 1308, siendo por consiguiente su obra que tituló *Historia Bizantina* una continuacion de la del anterior. Falta de gusto y de crítica, pero se conoce que su autor buscaba la verdad.

A. 1350.

168. JUAN CANTACUCENO ofrece por sí solo materia para una historia que tiene el aire de novela. Fué ministro y favorito de Andrónico Paleólogo *el Jóven*, tutor de sus dos hijos, regente del imperio, emperador viviendo el legítimo, y monge en el monte Atos. En el retiro de su celda compuso una *Historia del imperio de Oriente* desde 1320 á 1357 en 4 libros que comprenden los reinados turbulentos de parte de Andrónico 2.°, Andrónico 3.°, de él mismo, y del principio del de Juan 1.° Paleólogo. El estilo es el de la época, pero afecta el autor alguna elegancia en ciertos discursos, y se recomienda mucho por los servicios prestados al Estado. Tal vez no será del todo imparcial contando sus propios hechos. En materia de religion, dice un escritor moderno, fué un comediante. Se le reprende justamente por haber entregado una de sus hijas por esposa á un sultan de los turcos.

A. 1450.

169. JUAN DUCAS era de la familia que dió algunos emperadores al trono de los griegos. Fué testigo de la toma de Constantinopla por los turcos, y de la isla de Lesbos á donde se habia retirado. Escribió una especie de crónica desde el orígen del mundo, pero se detiene poco en los tiempos que precedieron al año 1341, pues su objeto era consignar los contemporáneos. Así trata con la amplitud conveniente lo ocurrido desde dicho año, en que Juan Cantacuceno fué proclamado tutor del jóven Paleólogo, hasta 1462, en que los turcos se apoderaron de dicha isla. Es pues un continuador de Cantacuceno. Su estilo es bárbaro, pero la obra bastante útil, porque discurre el autor sobre las causas de los acontecimientos.

170. El último biógrafo es **JORGE PHRANZA** que escribió la historia de los Paleólogos, que comprende desde 1260 á 1477, llena de muchas digresiones impertinentes.

171. Hay una magnífica edicion de los Historiadores Bizantinos hecha en el Louvre por órden de Luis XIV rey de Francia.

SECCION QUINTA.

SS. PADRES,

Y

ESCRITORES ECLESIÁSTICOS.

1. Ciceron decia en su defensa del poeta Arquias: *græca leguntur in omnibus fere gentibus.* Los triunfos de Alejandro habian estendido el poder y la lengua de los griegos casi hasta los últimos confines de la tierra. Con su muerte se estrecharon los límites de su imperio; sus sucesores sin embargo conservaron durante tres siglos vastisimas provincias en el Asia, Egipto, Grecia, Macedonia y Tracia. La lengua griega fué la oficial, y casi la del pueblo en todos aquellos países. Por lo que al predicarse la religion cristiana, de ella se sirvieron principalmente los apóstoles y sus sucesores en Oriente, mientras que la latina era la dominante en Occidente. No pertenece á una obra de literatura hablar de los discursos con que los primeros delegados del Redentor del linaje humano procuraron convertir el mundo, pues deben considerarse mas bien fruto de la inspiracion que del genio, mas bien dictados por el fervor ó entusiasmo de la gracia, que por la fria reflexion de la ciencia. ¿De qué sirven las reglas allí donde Dios habla? El crítico no tiene nada que hacer, sino adorar al autor de las palabras. Esta observacion solo puede aplicarse á los escritos de los apóstoles, no á los de sus inmediatos sucesores. Pocos son los que existen de los últimos, y aun cuando

existiesen no debiera ocuparse tampoco de ellos la crítica, porque no podrian considerarse como producciones literarias en el sentido en que se toma esta palabra. Solo á mitad del siglo 2.° empiezan á encontrarse algunas que caen bajo el dominio de la literatura. Antes de tratar de ellas téngase presente que los escritores religiosos griegos tuvieron algunas ventajas sobre los latinos.

2. Primeramente, la lengua griega siendo mas rica, mas filosófica, y mas flexible que la latina, pudo acomodarse mas fácilmente á manifestar las nuevas ideas introducidas por la religion cristiana. El principio fundamental de esta es el amor de Dios y del prójimo. Con él están enlazadas todas las virtudes, que por lo comun envuelven una idea abstracta. Lo mas difícil de un idioma es espresar las abstracciones, puesto que los objetos materiales llevan cada uno su nombre, como las personas, con que se distinguen unos de otros, y no necesitan de otra cosa que de memoria; pero para las ideas abstractas se necesita raciocinio, y por esto aquella lengua que tenga mayor número de estas será la mas rica y la mas filosófica. En este caso se halla la griega, la cual debe tal riqueza y abundáncia principalmente á los filósofos. Los escritores pues que la usaron pudieron manifestar y desarrollar desde luego todo cuanto de mas elevado y abstracto encerraba la doctrina del cristianismo.

3. La segunda ventaja está en los estudios prévios de tales escritores. Mientras que la lengua latina empezó á decaer despues del imperio de Augusto, la griega considerada como clásica por los mismos latinos, sostenida por los muchos sabios que no dejaron de florecer aun despues de vencida la Grecia por las armas romanas, protegida por el gobierno, vuelta otra vez al rango de oficial despues de la traslacion de la corte á Constantinopla, continuada por el uso del pueblo, como se ha dicho en otros lugares de esta obra, no esperimentó tan notable decadencia en los primeros siglos del cristianismo como la latina. En Atenas, en Rodas y en Alejandría hubo famosas escuelas de elocuencia y de filosofía, en las cuales se instruyeron los Padres griegos. La doctrina de Platon pareció que era la que se alejaba menos de la cristiana,

y aun en muchas cosas estaba perfectamente de acuerdo con ella. Así la fraseología platónica á lo menos pasó á la escuela cristiana, á mas de algunos principios que se creyó podian servir para aclararla ó metodizarla. Los estudios filosóficos iban acompañados con los de los grandes oradores del siglo 4.° antes de J. C. No es estraño pues que bajo la pluma de los Padres griegos se viesen casi reproducidas aquellas obras inmortales, y que su elocuencia en el púlpito recordase la de los mejores tiempos de la Grecia libre. Segun esto la religion cristiana añadió otro floron á la literatura griega: es necesario por tanto detenerse en él, si se quiere que el estudio de la misma sea de todo punto provechoso y completo.

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

De 146 antes de J. C. á 306 de J. C.

S. JUSTINO.

N. en 103. M. en 168 de J. C.

1. S. JUSTINO contemporáneo del emperador Antonino Pio, (140 de J. C.) y filósofo como él, es el primero de los Padres de la Iglesia griega despues de los apóstoles y sus inmediatos sucesores llamados apostólicos. Nacido en Nápoles de Palestina, colonia romana ó la antigua Siquem, de una familia distinguida recibió una escelente educacion; y llevado desde su juventud del deseo de conocer la verdad no perdonó medio alguno para obtenerla. Él mismo nos dice en su *Diálogo con Trifon*, que primeramente fué discípulo de un estoico, despues de un peripatético, luego de un pitagórico, finalmente de un platónico. Con este perseveró mas tiempo hasta que un misterioso anciano de agradable presencia á quien encontró en la orilla del mar le aconsejó que leyese los libros de los profetas, con cuya lectura y la de los demás de la Sagrada Escritura pudo hacer un paralelo entre la santidad de doctrina que esta enseña, y lo absurdo y feo del paganismo. Con-

vertido á la religion cristiana no abandonó el manto filosófico que le parecia acomodado á la sencillez y pobreza de ella. Por otra parte le daba mas libertad para presentarse en público, y enseñar las nuevas máximas como otra secta cualquiera, pero con aquel ardor y confianza que inspira el convencimiento de la verdad. No se contentó con instruir á sus paisanos, viajó por el Oriente anunciando en todas partes la santa nueva, hasta que vino á parar á Roma de donde las luces esparcidas se difundian por todo el mundo.

5. Antonino Pio no podia condenar las teorías cristianas por parecerle muy conformes á la razon; pero reprobaba la resistencia sistemática de los cristianos á toda discusion que tuviese por base el hacer cuestionables las verdades religiosas. S. Justino le presentó una apología de la religion, que se cree la primera, y léjos de ocultarse, se la dirigió á él, al senado, y al pueblo romano, con su nombre, el de su padre, de su patria, y todo cuanto pudiese darle á conocer. La justa fama que se habia adquirido el emperador reinante, y las fundadas esperanzas de rectitud y humanidad que hacian concebir M. Aurelio y L. Vero sus presuntos sucesores le dieron ánimo para dirigirse tambien denodadamente á estos príncipes poniendo en juego sus mismas virtudes para que las empleasen en favor de los cristianos tan injustamente perseguidos. No olvidó el autor el hacer patentes las santas costumbres que en general los adornaban, y los vicios de sus contrarios, ó mejor las ridiculeces y monstruosidades á que conducia el culto pagano, y esplicar los cuentos que habian forjado los gentiles contra ellos por razon de sus ceremonias. Esta apología segun Orosio escritor del siglo 5.º hizo mucha impresion en el ánimo del emperador, que envió edictos para que dejasen de ser perseguidos los cristianos, y no se admitiesen denuncias que tuviesen por objeto solo la religion. Pero era tal el encono de los infieles, que á pesar de las órdenes y recomendaciones imperiales continuó en algunas partes la persecucion.

6. En tiempo de M. Aurelio sucesor de Antonino escribió Justino su segunda apología que produjo mucho menos efecto que la primera. Se han conservado las dos, una parte de su

tratado titulado *La Monarquia, ó de la unidad de Dios*, dos *discursos á los gentiles*, y el importante *Diálogo* citado antes *con el judio Trifon*. Esplica con mucha exactitud nuestros santos misterios, pero se equivocó en cuanto al reino del Mesías que supone de mil años, y en la naturaleza de los ángeles buenos y malos. En el misterio de la Santisima Trinidad usó tambien de espresiones singulares. Desdeña los adornos, y quiere parecer mas bien filósofo que orador. Es á veces bastante oscuro por ciertas digresiones é interrupciones que dificilmente se esplican.

7. TACIANO discípulo de Justino escribió una oracion contra los gentiles, por la que se le cuenta entre los apologistas.

TITO FLAV. CLEMENTE, LLAMADO DE ALEJANDRÍA.

M. en 217 de J. C.

8. Algunos le hacen natural de dicha ciudad, otros creen que se le llama Alejandrino por haber residido muchos años en ella, otros le hacen ateniense. Nació de padres gentiles á mediados del siglo 2.° de nuestra era. Aficionado á la filosofía y elocuencia, hizo notables progresos en ambas. Su deseo de saber le llevó á estudiar la religion cristiana, oyendo á los hombres que creyó mas instruidos en ella, á cuyo fin emprendió el viaje de Grecia, Italia, Palestina, Egipto y casi todo el Oriente. No tardó en conocer la escelencia de dicha religion, sobre todo despues de haber oido á S. Panteno, que tenia á su cargo la escuela de Alejandría, tan célebre por la enseñanza de la doctrina cristiana que se daba allí desde el tiempo de S. Marcos. Por lo que no solo la abrazó, sino que resolvió fijarse en aquella ciudad, mereciendo que S. Panteno le designase para suplirle mientras que él movido por el celo de la conversion de los idólatras fué á predicar la fe á los del Asia, y hasta las Indias orientales. Vuelto á Alejandría se encargó de nuevo de la escuela catequistica; pero á su muerte la tomó en seguida CLEMENTE, el cual enseñó muchos años con gran fama, tuvo muchos discípulos, y escribió varias obras.

9. Estaba dotado de una gran facilidad adquirida con el es-

tudio, con la enseñanza y con el ejercicio. No aspiraba á la gloria de elocuente, ni el carácter de sus escritos lo permitia; solo procuraba la utilidad de los lectores y oyentes, combatir los errores dominantes en su época, y proporcionar la pura doctrina sacada de los libros santos. Su inmensa erudicion, su afan por convencer á los gentiles le hacian olvidar los adornos que por su facilidad y talento hubiera podido derramar á manos llenas, pero que hubieran sido intempestivos. Su método filosófico tambien los hubiera resistido. Es siempre grave, sustancioso, lleno; no se deja arrebatar por su imaginacion; atiende mas á la instruccion que á la mocion de afectos. Sin embargo no desecha las imágenes agradables, episodios no traidos de léjos, algunas figuras fuertes, y rasgos chistosos que no comprometen su ordinaria gravedad. Asi como no se afana por limar su estilo, ni por agradar, tampoco se deja arrebatar de la cólera contra los descreidos, ni se permite espresiones sarcásticas contra nadie, sino que á todos trata con la debida consideracion.

10. Su principal obra es la *Exhortacion á los gentiles*, en que procura apartarlos del falso culto de los dioses paganos. Emplea tales argumentos que parece era suficiente ella para derribar el paganismo, pues todos sus delirios y estravagancias se ponen de manifiesto, y obligan á la razon á condenarlos. Hace ver el horror de las consecuencias prácticas á que conducia aquella religion abominable. Sin duda para atraerse á los lectores procura en la misma mas que en las otras la elegancia, y cita muchos versos de los poetas gentiles, que por regla general no corresponden á una obra didáctica ú oratoria, cuando son en gran número.

11. El *Pedagogo* es un resúmen de moral conforme á las lecciones que diera al pueblo de Alejandria ó á sus discipulos. El estilo es familiar y llano como conviene á una obra semejante. Se ha considerado ella de tanta utilidad para arreglar la conducta de los cristianos, que han dicho algunos ser la mas provechosa despues de los libros sagrados.

12. El título *Estromas* dado á otra significa *alfombras*, con las cuales tiene de comun la variedad de asuntos, asi como ellas tienen diferentes figuras y dibujos. No se sabe la inten-

cion que tuvo el autor al escribirla. Se presume que reunió sin método ni órden algunos pensamientos tocantes á religion para tenerlos como depositados allí, y recrearse con su lectura ó repaso. Tambien se cree que de intento los presentó con cierta oscuridad, que siempre es el resultado de la falta de método, por no esplicar con demasiada claridad los misterios de la fe, y esponerlos asi á los sarcasmos de los idólatras ignorantes. Los *Estromas* fueron muy apreciados en los primeros siglos de la Iglesia, de modo que se hallaban en manos de todos.

13. La obra, *¿Qué rico se salvará?* estuvo perdida ó fué desconocida durante muchos siglos, hasta que Miguel Guislerio la puso entre las de *Orígenes*, pero despues mejor estudiada se vió que no pertenecía á este sino á Clemente, segun el testimonio de Eusebio de Cesarea. Es alabada por su estilo y elocuencia.

14. De los ocho libros de *Hypotiposis* solo quedan fragmentos. San Jerónimo habla de ellos con mucho elogio. Se sabe que escribió tambien sobre *la continencia, el matrimonio, el ayuno, el alma, providencia*, etc.; pero no queda nada de estas obras.

ORÍGENES.

Nac. en 185 M. en 254 de J. C.

15. Deben distinguirse tres clases de escritores eclesiásticos: SS. Padres, Doctores de la Iglesia, y simplemente escritores. Los primeros son aquellos hombres sabios y virtuosos, que han instruido con sus escritos eminentes, y edificado la Iglesia con sus grandes ejemplos en los doce primeros siglos de la era cristiana. Los Doctores son los que han ilustrado las materias religiosas con sabios y numerosos escritos, no correspondiendo en todos la virtud á su ciencia. En este número se cuentan Tertuliano entre los latinos, y ORÍGENES entre los griegos. Los simples escritores son todos los demás que se ocupan de religion.

16. Leónidas padre del último le infundió desde los mas tiernos años un gran celo por la religion cristiana, y un es-

traordinario deseo de instruirse. Asistió á las lecciones de Clemente de Alejandría su patria, y á las de los mas famosos profesores de filosofía, en todas las cuales salió aventajadisimo. En prueba de esto á los 18 años se le confió la escuela catequística de dicha ciudad, la que siendo ya tan acreditada por los antiguos maestros, recibió un nuevo lustre con su enseñanza, y se vió concurrida por un gran número de personas de ambos sexos, atraidas por la admirable sabiduría y encantadora elocuencia del jóven profesor. Habiendo dado lugar esto á algun dicho poco favorable á su reputacion, sin que hubiese habido de su parte el mas leve motivo, para quitar en adelante todo pretesto de crítica, y tomando á la letra ciertas palabras del Evangelio, se hizo eunuco. El hecho quedó por entonces oculto.

17. Algun tiempo despues fué á Palestina, en donde la celebridad de su nombre hizo que los obispos le encargasen la esplicacion pública de la doctrina de la Iglesia. Esto no debió de gustar á Demetrio obispo de Alejandría, ó tal vez su permanencia fuera de su diócesis; pues se quejó á aquellos obispos de que permitiesen á un seglar hablar públicamente y en tono de predicador sobre cosas de religion. Mediaron contestaciones algun tanto agrias, por las cuales ó por otros motivos, ni Orígenes volvió á Alejandría, ni cesó en sus instrucciones, antes bien recibió el sacerdocio de manos del obispo de Cesarea de Palestina. Entonces estalló una persecucion decidida de parte de Demetrio, que no terminó sino con su muerte. Publicó el delito de haberse hecho eunuco; le acusó de haberse ordenado sin licencia de su obispo; le delató á un concilio de enseñar doctrinas contrarias á la fe, como entre otras que el diablo puede salvarse. No se sabe que Orígenes se escediese en su defensa contra Demetrio; antes parece que la animosidad de este no impidió el que varios obispos le tuviesen muchisima consideracion, y le pidiesen como un favor especial el que fuese á sus diócesis para asuntos de la religion y en bien de ella, como lo hizo con unos de la Arabia. Murió poco tiempo despues de la atroz persecucion de Decio, en la que se vió en la cárcel atado de piés y manos, con muchas amenazas de darle muerte á fuego lento.

18. No ha habido tal vez hombre que haya tenido mas admiradores, y mas enemigos en vida y en muerte. La admiracion procedia de su talento eminentemente superior y precoz, de su laboriosidad infatigable, que le hizo llamar *adamantino*, como diríamos de *hierro*, de sus innumerables y escelentes escritos, y de su admirable facundia. Lo que le honra aun mas es que todo el talento, trabajo, escritos y elocuencia lo dedicó á la defensa de la religion, ó al esclarecimiento de su doctrina. Estando íntimamente persuadido de que la ocupacion mas importante del hombre en esta vida es conocerla para arreglar conforme á ella su conducta, y lograr de este modo el fin de su creacion; y de que no puede él con sus escasas luces saber el culto debido á la Divinidad, ni lo que debe creer acerca de su esencia soberana, si el mismo Dios no se digna manifestárselo; y en fin de que esta manifestacion ó revelacion se hizo en varias épocas á un pueblo privilegiado, y últimamente por el Hijo de Dios á todo el linaje humano por su misma boca y predicacion; empleó todos sus esfuerzos en buscar la palabra divina contenida en los libros de los hebreos, y posteriormente en el Evangelio y escritos de los apóstoles. Para lo cual reunió los ejemplares mas acreditados, y formó una coleccion que llamó *exaplas*, ó en seis columnas, de las cuales la 1.ª contenia el texto hebreo con caracteres hebreos; la 2.ª el mismo con caracteres griegos para los que entendian el hebreo, pero no sabian leerle; la 3.ª la version al griego de Aquila; la 4.ª la de Símaco; la 5.ª la de los Setenta; y la 6.ª la de Teodocion. *Octaplas* llamó á otra edicion que contenia dos otras versiones griegas de autor desconocido.

19. Escribió además un sinnúmero de comentarios, de notas, de tratados sobre la Sagrada Escritura. Tenia empleados continuamente siete amanuenses para escribir ó poner en limpio lo que habia dictado, ó debia copiarse de otra parte. Los sermones ó instrucciones públicas nunca las escribió; pero se publicaron mas de mil que se habian copiado en el acto de hablar por un método taquigráfico ahora desconocido. La obra *de los Principios, ó lugares teológicos*, esto es, preliminares para la ciencia teológica, no se ha conservado sino por la tra-

duccion latina de Rufino. En ella se cree encontrar uno de los puntos de la doctrina de Platoñ sobre que todas las penas son medicinales.

20. **CELSO** filósofo académico segun unos, y epicúreo segun otros, escribió bajo el reinado de Adriano (117 de J. C.) un libro que tituló ***Discurso verdadero,*** que mejor pudiera titularse ***libelo infamatorio*** contra la religion cristiana. Habia nacido en la gentil, y ya fuese curiosidad, ya deseo de iniciarse en los misterios cristianos para poder atacarlos con conocimiento de causa, se presentó como candidato del bautismo, y no habiéndosele admitido á los grados superiores tan pronto como esperaba, se vengó de este que creyó desaire publicando dicha obra, en la que se veia mas el despecho que la reflexion, mas el deseo de ultrajar, que el de cuestionar. Ella no se ha conservado, pero por la contestacion de Orígenes se conocen todas sus tendencias. Ataca á los judíos por haberse hecho cristianos, y á estos por haberse dividido en varias sectas. Sobre la Providencia no tiene principios fijos, no exige que se tribute el culto debido al Criador de todo, sino á los genios. Admite el fatalismo, que los brutos son superiores al hombre, los oráculos, los prodigios del paganismo, y en cuanto á los ídolos ya los admite ya los rechaza. Esta obra es un tejido de contradicciones. A fin de hacer mas imponente el ataque hizo del cristianismo cuestion política, queriendo demostrar que era incompatible con la existencia de los poderes entonces constituidos. No parece que Adriano se alarmase mucho con el peligro denunciado por Celso, pues no revocó el edicto en favor de los cristianos, que se halla despues de la apología de San Justino.

21. Orígenes contestó ampliamente á todos los capítulos de cargos, y como el adversario los repetia hasta la saciedad, el defensor del cristianismo por no dejar nada sin contestar aun á trueque de parecer mal escritor los remacha de nuevo. Es la apología mejor que se ha escrito en favor de la religion, ya se atienda al estilo, ya á la fuerza de las pruebas, ya á la destreza con que resiste á los ataques. Enemigos y amigos en los tiempos modernos han podido acudir á ella, y procurarse los unos sofismas, y los otros réplicas, renovando los enemigos

el triste espectáculo de la apostasía de Celso, y los otros el brillante de los apologistas antiguos.

22. Dice un teólogo moderno hablando ascéticamente, que Dios permitió la caida de Orígenes en algunos errores en pena de haberse enorgullecido algun tanto por su talento, por las deferencias de que era objeto de parte de los obispos, y por la admiracion que causaban su profundo saber y elocuencia. Los principales que se le imputan versan sobre la Santisima Trinidad, en el sentido de los arrianos, que por esto se apoyaban en él, sobre los ángeles, las almas, y las penas de la otra vida. Parte de estos errores están tomados de la filosofía de Platon, á saber, que las almas creadas todas á un tiempo iguales, habiendo la mayor parte de ellas pecado, fueron encerradas en pena en diferentes cuerpos no solo humanos, sino tambien de bestias; que los ángeles tienen unos cuerpos muy sutiles, que los astros son animados, y que Dios esencialmente bondadoso ha destinado sus castigos para espiacion de las faltas y enmienda de los delincuentes, pero no para una venganza atroz y eterna.

23. Se cree que no se mantuvo tenaz en sus opiniones, y á Berault Bercastel y otros parece que no le impidieron ellas salvarse. Sin embargo despues de su muerte se desencadenó contra él una furiosa tempestad, que arreció mas ó menos segun las disposiciones de los que mandaban, y que duró hasta el siglo 6.° Escritores particulares, obispos, concilios, papas, emperadores se declararon contra lo que se llamaba *origenismo*. Tuvo no obstante Orígenes sus defensores, entre los cuales se cuentan S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, y S. Juan Crisóstomo. Los modernos están tambien divididos, pues mientras Tillemont, y Baronio le defienden, Pagi, Petavio, y Huet piensan de muy diferente manera.

24. Existe una edicion completa de las obras que se han conservado de Orígenes en 4 volúmenes en folio hecha en París bajo la direccion de los PP. Benedictinos de la Rue tio y sobrino y concluida en 1759.

Pocos mas escritores sagrados griegos se mencionan en este siglo, á saber:

AMMONIO SACCAS que escribió una concordancia de los

cuatro Evangelios segun el texto de los mismos, sin añadir ni omitir una sola palabra.

SAN DIONISIO *de Alejandria*, de cuyos escritos no se ha conservado mas que su carta á Basílides sobre varios puntos de disciplina.

SAN GREGORIO TAUMATURGO, que escribió una epístola canónica de grande autoridad, y un panegírico muy elocuente de Orígenes, etc.

ÉPOCA BIZANTINA.

De 306 á 1453 de J. C.

EUSEBIO DE CESAREA.

M. en 338.

25. Es llamado *padre de la historia eclesiástica*, no solo por ser el mas antiguo historiador en este género, sino tambien por el gran mérito de su obra *Historia de la Iglesia* [1]. Fué obispo de Cesarea en Palestina, y por esto se le cita con el nombre de esta ciudad para distinguirle de otros Eusebios. Escribió además la *Preparacion y Demostracion evangélica*, en cuya 1.ª parte prueba á los judíos y á los paganos, que los que se sujetaron á la fe no lo hicieron sino despues de un firme convencimiento, resultado de un serio exámen, y basado en las mas sólidas razones. Refuta la teología gentil, y sobre todo á los filósofos, que para evitar la ridiculez y monstruosidad del culto pagano, esplicaban las fábulas poéticas en sentido alegórico. Manifiesta la pureza de la moral evangélica, y justifica á los cristianos por haberla preferido á la de los gentiles. La 2.ª parte que es la *Demostracion*, va dirigida mas particularmente contra los judíos. De los 20 libros de que constaba ella, se han perdido los 10 últimos. Las demás obras son:

26. Una *Crónica*, que tradujo al latin S. Jerónimo. *Vida del*

[1] Está traducida al español por un religioso de Santo Domingo, é impresa en Lisboa en 1541.

emperador Constantino; la del mártir Pamfilio, que habia sido su maestro. *Historia* de los mártires de su tiempo. *Comentarios* sobre la Escritura y varios tratados polémicos.

27. Este autor mostró mucha erudicion y solidez, y mereció ser tenido por el mas sabio de su tiempo. En cuanto á estilo, dice Focio, que es poco elevado, y que carece de aquella gracia ática que distingue á los escritores de los mejores tiempos de la literatura griega que adoptaron el dialecto ático. Pero nosotros no podemos fácilmente saborear dicha gracia, y por lo mismo no podemos echarla menos donde no existe. Se nota á Eusebio por sus relaciones con Arrio, tanto mas reprensibles, cuanto que un tan claro talento no podia dejar de conocer los fatales resultados de la doctrina de aquel heresiarca. Muchos han procurado justificarle, pero es mas probable que se dejó inficionar con ella, sin que conste haberla abandonado. No obstante en el Concilio de Nicea se adhirió á la formula de fe propuesta por Osio y adoptada por todos los buenos católicos; pero como la firmaron otros decididos arrianos solo por librarse de las penas impuestas á los refractarios, no puede sacarse de ahí nada en su favor. Lo cierto es que continuó despues siendo considerado como del partido.

S. ATANASIO.

M. en 373.

28. El cristianismo sufrió á principios del siglo 4.° la mas recia tormenta que jamás hubiese sufrido, y que no ha tenido igual en los siguientes. Las persecuciones de los gentiles aumentaban el número de santos, y de la sangre de los mártires brotaban nuevos cristianos. Pero la herejía de Arrio destruia el cimiento de la religion, y hacia de los santos apóstatas. Era Arrio un presbítero de Alejandría que negaba la divinidad de J. C., y que con un aire hipócrita y elocuencia seductora, se hizo un partido numeroso y temible, al que se afiliaron no solo simples fieles y personas ignorantes, sino un gran número de eclesiásticos y obispos, hombres condecorados con altas dignidades del estado, y algunos reputados

por su talento y escritos. El veneno cundió hasta la corte, de modo que algunos emperadores cristianos dieron por este motivo tanto que sentir á la Iglesia, como le habian dado los infieles. Dios dispuso que del mismo lugar de donde habia salido el mal, saliese el remedio.

29. SAN ATANASIO presbítero y despues obispo de dicha ciudad de Alejandría, tuvo la mision de combatir á los arrianos y sostener la fe vacilante. Ya á la edad de 30 años siendo solamente diácono, acompañó al patriarca S. Alejandro al Concilio de Nicea, reunido con el fin principalmente de condenar aquel error. San Atanasio sostuvo con vigor el palenque, y fué considerado como el principal antagonista del arrianismo. Este fué condenado como no podia menos de ser, siendo aquel un Concilio legítimo, y tratándose del dogma principal de la religion. Los arrianos le juraron un odio mortal: le persiguieron á todo trance; inventaron contra él las mas negras calumnias; le acusaron ante concilios, lograron su deposicion; interesaron al poder temporal. Y S. Atanasio en tan deshecha tormenta no podia hacer otra cosa que ocultarse, mudar de sitios, orar y escribir. Su ánimo se mantuvo impertérrito, y ni las cárceles, ni los malos tratamientos, ni las injurias, ni el hambre, ni el encierro en cisternas, en sepulcros, ni la necesidad de esconderse en el fondo de los bosques pudieron quebrantar aquella alma varonil y apostólica. Los que deseen mas noticias sobre las turbulencias escitadas en la Iglesia por la herejía arriana, y la defensa heróica de S. Atanasio, pueden leer á los autores eclesiásticos, particularmente á los padres de S. Mauro en la edicion de sus obras.

30. De ellas vamos á ocuparnos brevemente. San Atanasio estaba dotado de un gran talento, de una erudicion sólida, y sobre todo de un admirable celo por la religion. Habia leido los buenos modelos griegos, estaba familiarizado con ellos, pero mas aun con los libros santos. Los argumentos que estos le prestaron le dieron solidez, el conocimiento de aquellos le proporcionó galas, variedad y amenidad. Pues tratándose de una cuestion tan importante, lo que menos le ocupaba era la brillantez de las armas, lo que procuraba era su buen temple y fuerza. Por esto su elocuencia es varonil, no afeminada; es

robusta, no adornada: pero la severidad de sus maneras no escluye siempre la belleza de las formas y un cierto atractivo que embelesa al lector; atractivo que debia ser muy poderoso cuando peroraba, atendidos los efectos que producia en el auditorio su discurso, segun se lee en su Apología á Constancio, y en su Historia de los arrianos ó cartas á los Monjes. Convienen casi todos los críticos en darle una suma vehemencia y energía, tanto mas apreciable, cuanto que es natural y casi despojada de todo arte. En esto hacen consistir la diferencia entre el estilo de S. Atanasio, y el de S. Gregorio Nacianceno y S. Basilio.

31. Sus obras consisten en *cartas*, *discursos*, *apologías*, *la vida de S. Antonio Abad*, *y escritos contra Apolinar*. Entre las primeras se distinguen la que trata del parecer de Dionisio, las dirigidas á Draconcio, á los Monjes, á Epicteto, á los obispos de Egipto y Libia, al emperador Joviano, á Paladio, etc. Entre sus oraciones son notables la que ataca á los gentiles, en la que principalmente da una muestra brillante de sus conocimientos en literatura profana, y las cuatro que escribió contra los arrianos, que contienen todo lo mejor y mas sólido contra esta herejía. Las apologías son dos: en la primera se defiende por su huida. La segunda está dirigida á Constancio. en cuya presencia parece que debió leerla. Así puede creerse que emplearia en ella todo su talento y habilidad. Le habian acusado de haber escrito unas cartas al rebelde Magnencio y de estar en relaciones con él. Se defiende pues de esta calumnia, y lo hace con un vigor, que se parece mucho á la elocuencia de Demóstenes. Comparan el juramento que hace en esta apología con el que en el discurso *de la Corona* hizo dicho orador.

S. BASILIO EL GRANDE.

N. en 329. — M. en 379.

32. Este ilustre escritor natural de Cesarea en Capadocia, fué de los mas sobresalientes en el siglo 4.° de la era cristiana, en que, como se sabe, brilló mas la elocuencia sagrada.

No sin razon se le dió el título de *grande*, pues lo fué por su talento, por su virtud, por sus austeridades, y por sus escritos. Apenas habia empezado á concurrir á las clases en su patria, cuando se le consideraba ya mas semejante al maestro que al discípulo. Su familia era noble y rica; por lo que fué mandado muy jóven á Constantinopla que era ya la capital del imperio romano. Enseñaba á la sazon allí retórica el famoso Libanio. Fueron tales los progresos que hizo en aquel arte al lado de tan buen maestro, que en poco tiempo brilló como un prodigio de ingenio. Libanio á pesar de ser gentil tuvo en tanto aprecio á su discípulo, que conservó estrechas relaciones con él toda su vida. Fué últimamente á Atenas donde le habia precedido ya la fama de su nombre. Allí trabó estrecha amistad con Gregorio que despues fué obispo de Nacianzo su patria, y santo. El tenor de vida de estos dos jóvenes era estudiar mucho, orar, y no salir de casa sino para las clases ó iglesias. Se hallaba entonces en la misma ciudad Juliano llamado despues el Apóstata, desterrado de la corte por Constanzo. San Gregorio al ver sus maneras y su porte poco conformes con la nobleza de su nacimiento decia á su amigo BASILIO: «*¡qué monstruo cria el imperio romano!* ¡Quiera el cielo que sea yo un mal profeta!»

33. Terminados sus estudios volvió á Cesarea en ocasion en que por muerte del obispo Dianeo fué nombrado en su lugar Eusebio, que no reunia toda la ciencia necesaria á aquella dignidad. La mucha que tenia Basilio y la prudencia en el manejo de los negocios le dieron prontamente entrada en los consejos de Eusebio; pero su misma capacidad y la fama que esta le acarreaba fueron causa de que el obispo le mirase con cierta aversion por estar persuadido de que su mérito ofuscaba el suyo. Formábanse partidos en la ciudad y entre los monjes, por cuyo motivo el sacerdote Basilio prefirió abandonar su puesto, y retirarse en compañía de su amigo Gregorio al Ponto para ejercitarse en la vida ascética. Allí permaneció hasta que el mismo Gregorio le persuadió que volviese á Cesarea, en donde corria peligro la causa de la religion por las tentativas y correrías que hacia el emperador Valente arriano en aquella parte del imperio. Se ofreció él

mismo á acompañarle y tomar parte en sus trabajos. La presencia de estos dos sabios y santos sacerdotes fué muy útil á aquella iglesia, que era una de las principales de Oriente. Eusebio léjos de mostrarse indiferente á la llegada de ellos, los acarició y les dió gran parte en la direccion de los negocios.

34. Basilio se portó con tal prudencia y humildad, que debiéndose siempre á su iniciativa todas las grandes resoluciones, las atribuia al obispo. Habiendo este fallecido, fué nombrado en su lugar no obstante la oposicion de los herejes, y de algunos que se dejaban llevar mas por miras particulares que por el bien de la Iglesia. Su celo no conocia límites; donde quiera que viese una necesidad acudia ó personalmente ó con sus escritos. El emperador Valente arriano decidido creia que no podria hacer nada en favor de esta secta, si no procuraba ganar á Basilio. No hubo medio que no emplease, pero le encontró siempre firme en su propósito. Los delegados de aquel emperador le amenazaban con destierros, cárceles, confiscaciones y hasta con la muerte. Nada de esto podia turbar aquel pecho varonil. Fueron necesarios milagros para que dejase aquel de perseguirle, pues por tres veces se rompió la pluma en sus manos al ir á firmar la sentencia de su destierro. San Atanasio y él fueron los dos mas acérrimos defensores de la fe de Nicea.

35. Dedicaba todo su saber y elocuencia á la defensa de la verdad; y como esta se hallaba en su tiempo tan combatida, debió ejercitar mucho ambas cosas. Pero tenia una facilidad asombrosa en espresarse. No ha faltado quien ha dicho que sus mejores discursos fueron improvisados. Se cita como prueba de esta facilidad el que pronunciando en la iglesia uno, que es el 21, cuando estaba para concluir, llegó la noticia de un gran incendio que ocurria en la ciudad. Al punto empieza á hablar de esta catástrofe en términos tan sentidos y elocuentes, que nadie hubiese dicho que no lo tenia preparado de antemano. Las palabras salian siempre de su boca dulces como la miel: aunque hablaba despacio corria su oracion como una fuente perenne. Era poco para él predicar dos veces al dia, y esto en medio de sus mayores abstinencias que le te-

nian reducido á un esqueleto, y de sus grandes ocupaciones, pues que ó disputaba con los herejes, ó alentaba á los débiles, ó se oponia á las pretensiones injustas de los poderosos del siglo, ó escribia tratados ó cartas.

36. El carácter de sus escritos es la fluidez, la claridad, la erudicion, la piedad, la uncion, y un atractivo que arrebata. Dice muy bien Erasmo que á su parecer reune todas las cualidades que deben adornar á un orador ó escritor cristiano, y para resumir en pocas palabras su elogio añade, que si alguno tuviese la ciencia sagrada de S. Jerónimo, y la facundia y elegancia de Lactancio, este daria una idea de S. Basilio. El grande estudio que habia hecho en la filosofía griega, particularmente en la de Platon, campea en sus obras. Conocia tambien bastante las otras ciencias para no hacer un papel desairado en las materias que tienen roce con ellas. En un prefacio ó carta que escribió el citado crítico al frente de una edicion de este S. Padre le compara con los principales oradores griegos no solo eclesiásticos, sino tambien profanos, y en todos halla algo que criticar. Solamente él está en su concepto libre de toda crítica.

37. La obra que se celebra mas es la *de la Creacion en seis dias*, ó comentario de los primeros capítulos del Génesis en 9 homilías, en que segun S. Gregorio Nacianceno parece oirse la voz de Dios que esplica su obra á las criaturas. Tambien son celebrados *su prefacio* á los salmos; sus libros *contra Eunomio*, en que se admira la sutileza metafísica juntamente con la facilidad y claridad; *las homilías* sobre asuntos morales que en nada desdicen de las citadas sobre la obra de la creacion, con pocas escepciones, y un discurso dirigido á la juventud sobre la utilidad que puede sacarse de la lectura de los escritores profanos aunque sean gentiles. Sobre todo son notables *los panegíricos*, de modo que alguno ha dicho que son su obra maestra. Una obrita *sobre el Espíritu Santo* muestra su talento, pero no da lugar al ejercicio de la elocuencia. Dos libros *de materias ascéticas* son escelentes para escitar la piedad, pero no para formar el estilo, porque no se proponia esto su autor. Lo mismo podemos decir de un tratado *sobre la virginidad. Las cartas* que son en gran número son muy útiles para conocer

la historia de aquellos tiempos, sobre todo por lo tocante á disputas religiosas. Pueden servir de modelo de estilo epistolar, en especial las dirigidas á Libanio y á S. Gregorio Nacianceno.

DIDIMO EL CIEGO.

N. en 312.—M. en 395.

38. Ocupa DIDIMO un lugar no despreciable entre los escritores eclesiásticos á pesar de su falta de vista. La perdió á la edad de 4 años; pero se dedicó no obstante á la gramática, retórica, filosofía, lógica y matemáticas. Prefirió la doctrina de Platon y de Aristóteles á las demás sectas filosóficas. Todos estos estudios los encaminó á la ciencia religiosa, en la que salió muy instruido. No solo conocia toda la Sagrada Escritura, sino tambien los mejores comentarios sobre ella, especialmente los de Orígenes, á cuyos escritos era muy aficionado. Su memoria era como una tabla rasa, en que quedaba impreso y duraba todo lo que se escribia en ella, esto es, todo lo que oia. Por esta admirable disposicion, por su saber estraordinario y por sus virtudes se le confió la escuela catequistica de Alejandría. Publicó varias obras, como un tratado *del Espíritu Santo* contra los macedonianos, traducido al latin por S. Jerónimo; un *comentario sobre las epístolas canónicas*, y un libro *contra los maniqueos*. Estas son las que se han conservado, pues escribió otras. El concilio general 5.° las condenó como conteniendo la doctrina de Orígenes. San Jerónimo su discípulo á vueltas de los elogios que le tributa no disimula que era muy adicto á ella. Sin embargo su reputacion queda á salvo, porque esta condenacion fué despues de su muerte, y así no pudo haber obstinacion en él, que es lo que en materia de creencias constituye el delito eclesiástico.

S. CIRILO DE JERUSALEN.

N. en 315.—M. en 386.

39. Pertenece á este mismo siglo S. CIRILO llamado *de Jerusalen*, porque fué obispo de aquella ciudad, mereciendo por

su adhesion á la fe católica el ser perseguido por los arrianos. Varias veces se vió espulsado de su silla, y restituido á ella. Quedan de este S. Padre 23 catequeses ó esplicaciones sobre la doctrina cristiana, las cuales le han valido el título de uno de los mejores espositores doctrinales antiguos. Las 18 son una esplicacion del símbolo; las 5 restantes contienen la de los tres sacramentos, que recibia el recien bautizado. Entre otros muchos documentos que se sacan de tales instrucciones sobre puntos doctrinales, hay en la 4.ª el notabilisimo sobre la fe en la transubstanciacion ó conversion de las especies de pan y vino en el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Están en estilo sencillo y claro, cual corresponde á estas composiciones.

S. GREGORIO NACIANCENO.

N. en 328.—M. en 389.

40. Este S. Padre es llamado *el Nacianceno* de Nacianzo ciudad de Capadocia, aunque nació en Arianzo pueblo de la provincia, porque pasó una parte de su vida en dicha ciudad con motivo de ser obispo de ella su propio padre que la gobernó por espacio de 45 años. Ya se ha visto en el articulo de S. Basilio la estrecha amistad, que mediaba entre los dos. Cuando él fué consagrado obispo de Cesarea, quiso tener por compañero en el órden episcopal á su amigo GREGORIO, á quien consagró obispo de Sacimo, iglesia sufragánea de Cesarea. Pero Gregorio amaba con pasion la soledad y la abstraccion de los negocios. Asi que despues de algun tiempo dejó su iglesia confiada á otro obispo, y se fué á su amado retiro. Entre tanto su padre se habia puesto casi incapaz de seguir en el gobierno de su diócesis por razon de su avanzada edad, y suplicaba á su hijo que tomase el título de obispo de la misma. Pero él nunca quiso aceptarle, ni aun despues de su muerte, á pesar de las muchas instancias que se le hicieron. Bajo el reinado de Teodosio el Grande fué llamado á Constantinopla, cuya iglesia estaba lastimosamente dividida por las facciones introducidas en los reinados ante-

riores. Los católicos recibieron bien y apoyaron á S. Gregorio. El emperador estaba tambien de su parte; pero ciertas discordias entre los obispos con motivo de un cisma que hacia ya algunos años que duraba en Antioquía, y el no haber podido hacerles aceptar sus consejos para cortarle, le decidieron á hacer dimision y retirarse, diciendo: «si soy para vosotros ocasion de disturbio, echadme al mar para calmar la tempestad, aunque yo no la haya escitado.» Volvió pues á su retiro en donde pasó los últimos años de su vida orando, estudiando y escribiendo.

41. En su juventud habia concurrido á las principales escuelas de Cesarea, Alejandría y Atenas, dejando en todas gran nombre por su aplicacion y por su talento. Aunque su lengua era la griega, la estudió y la poseyó de una manera particular. Era naturalmente poeta, y esta disposicion se ve en todos sus escritos. Aspiró á la gloria de orador, y la alcanzó en términos que algunos le ponen en primer lugar entre los de su siglo. Al talento natural unió el arte y el trabajo, y de este modo consiguió casi la perfeccion. Sin embargo tiene algunos pensamientos rebuscados, antítesis, paréntesis, y alusiones que hacen bastante oscuro el sentido de algunas cláusulas. Aparte de esto el órden de ideas es el mas natural; por medio de la amplificacion é interrogacion da toda la importancia que se merecen los asuntos; comunica á los lectores el convencimiento en que está de las verdades que enseña; mueve su corazon á la práctica de la virtud, le derrite en actos de amor de Dios, y en fin produce todos los efectos de una sana y sólida elocuencia. Es vivo, enérgico, contundente. Toma un texto de la Sagrada Escritura, por ejemplo [1]: ***Filii hominum, usquequo gravi corde, ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium? Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo estará empedernido vuestro corazon? ¿por qué amais la vanidad, y buscais la mentira?*** Es de ver como le comenta, que reflexiones hace tan al caso, con que energía combate el amor de las cosas visibles, y eleva el alma á la contemplacion y deseo de las espirituales. Cuando le parece que su elocuencia ha producido el efecto que apetecia, se para, y no insiste mas.

[1] Ps. 4.

42. El conocimiento que tenia de su propia lengua, el estudio prévio de las materias que trataba, y su gran comprension le hacian ser preciso y exacto en sus espresiones. Casi es el único de los PP. en que no se note siquiera una, no diremos errónea, pero ni dudosa ó sospechosa de contener alguna idea contraria á la doctrina de la Iglesia. Durante su permanencia en Constantinopla compuso y recitó en público aquellas famosas oraciones en que trata de la naturaleza de Dios y de la Trinidad adorable para asentar la verdadera doctrina católica contra los errores de varios herejes de aquellos tiempos; y siendo la materia tan delicada y tan superior á la inteligencia humana, no obstante la esplica con toda la claridad posible, y sin comprometer en nada el dogma, abismándose, digámoslo así, en aquel piélago inconmensurable de la esencia divina. Por dichas oraciones principalmente mereció ser comparado con el Apóstol querido del Señor, que por haber remontado su vuelo mas que los otros al hablar del orígen del Verbo mereció el primero el nombre de teólogo. Asi es como se llama tambien comunmente al Nacianceno.

43. A tres clases se reducen sus escritos, á saber, *discursos, cartas y poesías*. Los discursos son, ó panegíricos, ó morales, ó apologéticos, ó dogmáticos. Entre los primeros se distingue el *de S. Basilio*, en el que, como dicen los críticos erigió, á su amigo el monumento mas magnífico, mas digno de su mérito, y mas á propósito para perpetuar su gloria. Se citan como ejemplos de elocuencia airada y vehemente las *dos invectivas contra Juliano* despues de su desgraciada muerte. Entre los dogmáticos se ponen en primer lugar los nunca bastante ponderados cinco discursos sobre la naturaleza divina de que se ha hablado antes. Todos los que han quedado son en número de 55, pequeña parte de los muchos que pronunció. Estos serán los mas trabajados, de que dicen algunos críticos que huelen á aceite; pues como improvisaba á menudo, y era grande el concepto que tenia de buen orador, en las iglesias ó en los lugares en donde hablaba, varios taquígrafos copiaban sus palabras. Las cartas son 235, la mayor parte muy interesantes. En una contestacion le dice S. Basilio: «Hace poco que he recibido una carta tuya, verdaderamente tuya, no tanto por el ca-

rácter de tu letra, como por el estilo, pues en pocas palabras espresas muchas cosas.» Este juicio puede formarse de las demás y en general de los escritos de este autor con las salvedades propias de cada género. Las poesías son 158 en varios metros, muy dignas de ser leidas por la importancia de los asuntos en gran parte morales, y por la facilidad, soltura y gracia con que están tratados. Se le atribuye un poema titulado Χριστὸς πάσχων, en que con versos de Eurípides se representan los dolores de la Santísima Vírgen con un patético comparable á veces con el de aquel poeta. No es propiamente un drama, sino un diálogo continuado sin actos, ni divisiones de ninguna especie. Véase sobre esta obra el *Journal des Savants* enero y mayo de 1849, pág. 12 y 275 sig., en que M. Magnin hace un análisis, y refiere las opiniones de los críticos sobre ella.

S. GREGORIO NISENO.

N. en 331. M. en 396.

44. Era hermano de S. Basilio. Se ha dicho núm. 32 que su familia era noble y rica; pero los mejores timbres de su nobleza fueron las virtudes que adornaron á sus individuos, pues á mas de Basilio y Gregorio venera la Iglesia como santos á Eumelia su madre, y á otros dos hermanos, Pedro obispo de Sebaste, y Macrina. GREGORIO nació en Sebaste. Se dedicó mucho en su juventud á las bellas letras á las que tenia una aficion particular, y no contento con haberlas aprendido en grado superior quiso comunicar sus conocimientos por medio de la enseñanza. Estaba tan embebido en ellas que su amigo S. Gregorio Nacianceno hubo de reprenderle, porque se abandonaba enteramente á unos estudios, si no frívolos, á lo menos mundanos, y dejaba de un lado otros mas serios, y sobre todo mas importantes para la salud del alma, cuales son los religiosos. Tal vez por esa advertencia, ó por especial llamamiento del cielo, hizo un trueque tan serio y tan positivo, que despues no gustaba de otra lectura que de las Santas Escrituras y de sus espositores ú obras tocantes á religion. Sin embargo no le fueron inútiles los progresos que habia hecho en la retóri-

ca, pues así como á los primeros toques se conoce á un escelente pintor y se le distingue de un principiante, así se distinguia S. Gregorio en todas las ocasiones en que debia hablar en público ó escribir.

45. En aquel tiempo necesitaba la Iglesia de hombres eminentes por su virtud, como siempre los necesita, pero tambien por su saber y facundia, porque fué uno de los en que se vió mas asaltada por todos lados con toda especie de errores. San Gregorio reunia estas cualidades, por las que mereció ser nombrado obispo de Nisa. Tal debia ser su concepto de orador, que se le buscaba para las grandes ocasiones. Murieron la emperatriz Placila, y Pulqueria, esposa aquella, é hija la segunda del emperador Teodosio el Grande. Gregorio pronunció su panegírico. Durante el concilio de Constantinopla llamado ecuménico 2.° murió Melecio patriarca de Antioquía que era su presidente. Fué nombrado Gregorio para panegirizar sus virtudes. Se trató de celebrar y perpetuar la memoria de S. Efren diácono de Edesa. Gregorio fué el encargado de hacerlo. Las basílicas eran pequeñas para contener el número de sus oyentes: algunos no pudiendo penetrar en el templo se contentaban con ver sus ademanes en el púlpito desde el atrio. No pudiendo en cierta ocasion su voz sonora dominar el ruido producido por la multitud, tuvo que suspender su sermon.

46. Pero no siempre la gran concurrencia para oir á un orador y los aplausos de la misma prueban que está él exento de defectos. Antes bien estos mismos son los que atraen algunas veces y producen el agrado. Los sexcentistas con sus frases conceptuosas y cultas, con sus retruécanos, con sus alusiones y con sus aplicaciones estrafalarias de la Sagrada Escritura hacian furor, como vulgarmente se dice; pero este furor solo probaba el mal gusto de los oyentes. San Gregorio sin pecar por todos estos estremos usaba sin embargo con demasiada frecuencia de metáforas y alegorías, y algunas traidas de muy léjos, y por lo mismo casi incomprensibles. Sus alusiones oscurecen tambien á veces el sentido. No obstante preponderan sus buenas cualidades. Su diccion es siempre pura, la espresion enérgica cuando es necesario, las formas del pensamiento exactas, el estilo adornado convenientemente. No usa de

palabras supérfluas: habla como retórico y razona como filósofo. Alguna vez permite á la imaginacion avivar la materia, como en el discurso del dia de Navidad en el pasaje sobre la muerte de los Inocentes.

47. Los escritos de S. Gregorio son: ***Sobre la obra de la creacion en 6 dias***, que puede considerarse como continuacion del de su hermano S. Basilio acerca del mismo asunto. ***De la creacion del hombre. Vida de Moisés. Comentarios sobre varios libros de la Sagrada Escritura.*** Entre las obras polémicas es notable la que escribió ***contra Eunomio.*** Este era un maestro de instruccion primaria en Constantinopla que llevó aun mas léjos que el mismo Arrio su doctrina falsa sobre la divinidad de J. C.; y que no obstante fué promovido á la dignidad de obispo por la proteccion del patriarca de dicha ciudad, arriano tambien. Viviendo S. Basilio publicó una obra que contenia sus errores; pero temiendo á aquel valeroso y sabio atleta de la fe, la publicacion fué por decirlo así, clandestina, esto es, se limitó á muy pocas personas. Muerto S. Basilio, le pareció que no hallaria ningun contradictor capaz de contestar á sus sofismas, y así dió mas publicidad á su escrito. Pero quedaba su hermano S. Gregorio, quien le rebatió con tanto vigor y acierto, que redujo al silencio á su autor, mereciendo los mayores elogios de los católicos, y que un Concilio le llamase Padre de los Padres.

48. Entre sus obras morales se cuentan los tratados ***de la virginidad, de la vida del hombre, de la profesion del cristiano.*** Los mejores panegíricos son el ***de S. Gregorio Taumaturgo, de San Estéban, de la emperatriz Placila, y el de S. Efren.*** Se citan como escelentes algunas de sus cartas. En algunos discursos se le ha notado alguna proposicion de las reprobadas en Orígenes; como en el de la muerte, la espiacion general que se atribuye á los origenistas. No obstante creen muchos que esto y otras cosas fueron añadidas por los enemigos de la fe, y atribuidas á este S. Padre. Se recomiendan como tratados filosóficos, uno ***sobre el alma***, y dos diálogos sobre ***la inmortalidad*** de la misma, y ***contra el Destino.***

S. EFREN.

M. en 379.

49. Aunque se señala este año como el de la muerte de SAN EFREN, no hay datos ciertos. Solo se presume que murió poco despues de S. Basilio. Tampoco los hay para fijar el de su nacimiento. Nació de padres pobres en el territorio de Nisibe en la Mesopotamia. Pasó algunos de sus primeros años entregado á la vida licenciosa; pero luego que sintió en su alma la voz divina que le llamaba á sí, se sepultó en un desierto para hacer penitencia aumentando el número de los muchos anacoretas que vivian en aquel país enteramente apartados de las cosas del mundo. Sin duda contribuyó á tomar esta resolucion el santo obispo de Nisibe llamado Santiago, con quien estuvo despues en estrechas relaciones, y que probablemente cuidó de cultivar su espíritu, pues no se sabe que Efren recibiese ninguna instruccion. Esto hace mas apreciables y admirables sus escritos, porque revelan una espontaneidad y naturalidad poco comunes. Escribia lo mismo en prosa que en verso; pero en la prosa se observa tambien aquel gusto oriental tan propio de la poesía, que consiste en el uso frecuente y variado de las imágenes. Usó su lengua que era la siriaca; pero sus obras se tradujeron al griego, y de este al latin, y algunas se han traducido á varias lenguas modernas. A pesar de lo que pierde el original trasladado á otro idioma, las de S. Efren conservan siempre un sabor oriental muy marcado. Sus himnos y en general sus poesías formaban las delicias de los cristianos de Siria y Mesopotamia. Tuvo el raro don de espresar los pensamientos mas sublimes con una delicadeza y uncion inesplicables. La mocion religiosa rara vez se acompaña con las gracias, porque estas son risueñas, y á aquella nos la figuramos con semblante compungido y lloron. Sin embargo ambas cosas se armonizan bajo la pluma de este escritor.

50. Lo que se cuenta de él con respecto á S. Basilio prueba que recibia de lo alto sus inspiraciones. Se le hizo entender de un modo misterioso que fuese á encontrarle, y habiéndolo verificado, despues de haberle oido hablar al pueblo, hizo en

el mismo templo un elogio del santo obispo. Maravillado el auditorio de oir á aquel estranjero elogiar en el lugar santo á su obispo, creyó que habia en esto alguna mira interesada. Pero pronto quedaron todos convencidos de la santidad de uno y otro, cuando declaró el diácono de Edesa, que es el título que se da á S. Efren, que mientras hablaba Basilio habia visto sobre su hombro una paloma mas blanca que el armiño, que al parecer le dictaba lo que iba diciendo.

51. Aunque S. Efren no pertenece propiamente á la literatura griega, no obstante como sus obras se tradujeron al griego en tiempo en que esta lengua era la dominante en Oriente, y en que brillaron tan escelentes escritores, de quienes fué muy apreciado, ha parecido no fuera de propósito continuarle entre los demás. Se hizo una bellísima edicion de ellas en latin, griego y siriaco en Roma desde el año 1732 á 1746 bajo los auspicios del cardenal Quirini. Consisten en ***tratados contra los herejes, Sabelio, Arrio, Apolinar, y los maniqueos, varias homilías ó sermones, libros ascéticos*** y ***poesías***. San Gregorio Niseno, que como se dijo en su lugar, hizo su panegírico, le llama ***maestro del universo;*** Teodoreto, ***la lira del Espíritu Santo.***

S. JUAN CRISÓSTOMO.

N. en 344. M. en 407.

52. Ciceron y Quintiliano trazaron el plan del orador perfecto solo para la tribuna y el foro, pues no se conocia entonces la elocuencia sagrada. Dieron reglas para formarle, pero no se lisonjeaban de que alguno con el tiempo llegase á la perfeccion que ellos exigian, y dudaban de que alguno de los antiguos la hubiese alcanzado conforme á la idea que tenian concebida. Lo que aquellos grandes preceptistas y críticos creian imposible ó muy difícil en lo profano se ha conseguido en lo sagrado, especialmente en la persona de S. JUAN CRISÓSTOMO, bien que en la elocuencia profana no hay dificultad en decir que se consiguió tambien en Demóstenes y en el mismo Ciceron. ¿Qué se necesita para llamar perfecto á un orador sagrado? Supuestas las dotes naturales de gran talento,

imaginacion brillante, memoria tenaz, gallarda presencia, buen tono de voz, y gesto correspondiente, se necesitan santidad de vida, celo, estudio, fuertes convicciones, conocimiento y práctica de mundo, y circunstancias oportunas. Todas estas cualidades favorecieron á nuestro orador y escritor.

53. Nacido de una familia ilustre y rica de Antioquía recibió una educacion esmeradisima á pesar de haber quedado muy jóven huérfano de padre. Dirigió sus estudios para la carrera del foro en el cual brilló por poco tiempo. No se cuenta de Juan que diese en su juventud ningun paso falso que le obligara al arrepentimiento. Naturalmente bueno y formado con los ejemplos domésticos practicaba la virtud sin ostentacion; pero su gran talento ausiliado de los consejos de un amigo suyo muy íntimo llamado Basilio le hizo pronto comprender la vanidad de las cosas mundanas, y la verdadera importancia de las eternas. Pensó pues en darse enteramente á la contemplacion y adquisicion de estas, y abandonar aquellas, retirándose á un desierto. En vano su madre le hacia presente su viudez, su juventud, su incapacidad de administrar el patrimonio, los cuidados que habia empleado en su infancia, y el cariño que le merecia. No creyó deber atender á estos motivos carnales, sino obedecer á la gracia que le llamaba á mayor perfeccion. Pasó dos años entregado á los ejercicios de la mas áspera penitencia, y al estudio de las divinas letras. Fruto de este retiro fué una magnífica obra *Sobre los deberes del sacerdocio y del obispado*. Habiéndose alterado notablemente su salud por la falta de sueño y por el frio de las noches, tuvo que volver á su casa; y entonces recibió algunas órdenes de mano del patriarca S. Melecio.

54. Pocos años despues se le confió la predicacion, en la que sobresalió de manera que ni antes se habia oido un orador igual, ni despues se ha oido con las mismas condiciones. ¿Cómo espresar su elocuencia, sino diciendo que era la elocuencia misma? pues se entiende por ella aquel efecto producido en el ánimo y corazon del oyente, que le decide no solo á pensar y creer lo que piensa y cree el orador, sino tambien á obrar conforme á lo que piensa y cree. Es un poder que asalta el espíritu, lucha con él, le vence y le domina, doble-

ga el corazon, rinde las pasiones mas rebeldes y las sujeta al albedrío del que le habla. Tal poder ejercia el Crisóstomo en la gran ciudad de Antioquía, y no entre pocos y contados oyentes, sino en una muchedumbre inmensa en cuanto eran capaces los vastos templos de la misma, llegando alguna vez á tener hasta 100 mil.

55. Habia cometido ella un gran crímen contra el emperador Teodosio, que la habia favorecido mucho, derribando sus estatuas y las de su santa esposa Flaccila, arrastrándolas por el fango, y haciéndolas pedazos con motivo de un impuesto nuevo para acudir á los gastos de la guerra contra Máximo. Al delito siguió luego el arrepentimiento y el temor del castigo, sabiendo que el emperador aunque muy bueno apenas podia contener los primeros arrebatos de la cólera. El mismo temor les exageraba el peligro, y les hacia suponer noticias fatales llegadas de la corte. Las personas acomodadas abandonaron la ciudad; los filósofos, que eran en gran número, olvidando por entonces las máximas filosóficas, tambien se alejaron; algunos del pueblo fueron á esconderse en las grutas de los montes, mientras que nuestro orador no cesaba de arengarle para animarle y decidirle á no abandonarla esperando en la clemencia imperial. No solo logró con su elocuencia detener á la multitud, sino que le inspiró tales sentimientos de confianza y resignacion, que recobró la tranquilidad perdida sujetándose de buena voluntad á los designios de la Providencia.

56. Entre tanto el obispo de la ciudad Flaviano se dirigia á toda prisa á Constantinopla para llegar antes que la noticia de la revuelta, y prevenir el ánimo del emperador. Llevaba muy bien aprendido de memoria un discurso compuesto por el Crisóstomo, que debia decir delante de él en la primera audiencia. Llega á palacio, y se detiene en el umbral de la sala con los ojos bajos como si él fuese el delincuente. Se adelanta Teodosio ya informado del hecho y de la llegada del obispo. Empieza con tono amargo á quejarse de la ingratitud de los antioquenos, y en especial de la injuria hecha á su santa esposa ya difunta. Entonces Flaviano sollozando habla en estos términos:

57. «Señor, estamos penetrados de confusion á vista de tantas pruebas de benevolencia que habeis dispensado á nuestra patria, y nuestro mayor dolor es el conocimiento de nuestra indignidad. Destruid, quemad, haced correr rios de sangre, y todavía no nos castigareis como merecemos. Peor es el mal que nosotros hemos hecho, que todo el que se nos puede hacer: porque ¿qué cosa mas amarga que ser mirados en todo el mundo como monstruos de ingratitud?» Dice el orador que están ya arrepentidos, y añade: «Acordaos de las cartas de gracia que enviasteis en otro tiempo para poner en libertad á los prisioneros en la víspera de las fiestas que se acercan. No correspondiendo el beneficio sino imperfectamente á vuestro corazon generoso, añadisteis en aquel memorable rescripto: *¡Ojalá que pudiera yo tambien resucitar á los muertos!* Pues, Señor, ved aquí el momento de obrar este milagro, y de sacar de los horrores de la tumba, sin peligro y sin esfuerzo, no á un muerto ni á dos, sino á un pueblo innumerable. Una sola palabra, un rasgo de pluma dictado por la caridad cristiana tornará la vida á millares de muertos ó moribundos... Ved aquí lo que honra no solo al emperador, sino al imperio, al mundo y al cristianismo. Si perdonais, dirán todos llenos de admiracion: ¡Qué grande es el Dios de los cristianos, pues á sus adoradores los eleva tanto sobre la humanidad! ¡Qué santa y qué digna del Ser Supremo es una religion que contiene de este modo á un hombre mas poderoso por sí solo que todos los demás juntos! ... Mi confianza iguala á vuestra bondad; y me atrevo á pedir á vuestro corazon paternal que conceda un remedio pronto al dolor escesivo de vuestros hijos... Qué triunfo para nosotros y para el Dios á quien servimos, cuando se diga por todas partes: *Una gran ciudad habia provocado la indignacion de su soberano: merecia el mayor castigo: todos sus ciudadanos estaban sumidos en el dolor y en la desesperacion: ningun oficial ni magistrado osaba desplegar los labios en su defensa; pero un viejo débil, revestido del ministerio pacífico de los altares, conmovió al príncipe á primera vista...* Vengo pues no tanto en nombre de un pueblo infeliz, cuanto en el del Arbitro supremo de los soberanos y de los súbditos, y os anuncio de su parte, que, si perdo-

nais la falta cometida contra Vos, el terrible Juez de vivos y muertos os perdonará todas las vuestras... Os suplico que no os propongais otro modelo que el del Divino Maestro, que ultrajado de contínuo por tantos ingratos no cesa de hacerles bien. Este es el fundamento de mis esperanzas, y si estas se me frustran, sabed, príncipe, que al momento renuncio á mi funesta patria. No: nunca Flaviano tornará á ver una ciudad, que el mas humano de todos los soberanos haya juzgado indigna de su gracia [1].» Este discurso, del que se presenta solo una pequeña parte, produjo todo el efecto apetecido. El emperador no solo perdonó á Antioquia, sino que instó al obispo para que fuese inmediatamente á comunicar esta buena nueva á los ciudadanos consternados.

58. Despues de la muerte de Nectario patriarca de Constantinopla fué nombrado el Crisóstomo en su lugar. Nectario sin ser mal obispo no poseia aquella firmeza propia del carácter episcopal, ni la ciencia y celo correspondientes. Teodosio al nombrarle habia atendido mas bien á sus cualidades de gobierno en lo político: era en una palabra mas cortesano que obispo. Era pues delicada la mision del Crisóstomo, porque debia estirpar muchos abusos que se habian introducido, ya á la sombra de los príncipes y obispos arrianos, ya por la tolerancia ó indulgencia de Nectario. El clero debia mejorar sus costumbres, las altas clases disminuir el lujo y ostentacion; y el pueblo renunciar á ciertos pasatiempos poco conformes con la religion. El nuevo obispo conoció inmediatamente con su penetracion y práctica de mundo cuales eran las necesidades de su grey, y se aprestó á acudir á ellas. Previó que iban á declararse contra él primeramente una parte del clero, y luego las personas de mejor posicion social. Pero su celo prevaleció, y guiado siempre por la prudencia cristiana empleó aquella arma que él sabia manejar tan bien, y á la que nada resistia, la palabra. El poder de esta y sus virtudes conquistaron en poco tiempo á la multitud. En prueba del ascendiente que llegó á tener sobre ella puede citarse el hecho siguiente.

59. Eutropio eunuco se habia apoderado enteramente del

[1] Hom. 20 *ad pop. Ant.* trad. de Berault Bercastel.

ánimo del emperador Arcadio, y hacia ya tiempo que gobernaba todo el imperio; pero habiéndose atrevido á amenazar á la emperatriz Eudoxia que le debia su elevacion al trono, esta se unió con otros descontentos, y juntos derribaron al favorito. Fué á refugiarse á una iglesia, y el pueblo vivamente indignado queria arrancarle á la fuerza de aquel asilo sagrado. Se presenta el Crisóstomo; habla al pueblo, y le hace desistir de su intento; pues uno de los caracteres de su elocuencia, aunque se ha espresado ya antes en general, era el ser comunicativa, esto es, impresionar al oyente con los mismos sentimientos que esperimentaba el orador, interesado siempre en favor de aquellos á quienes se dirigia, y ajeno de toda mira personal. Por esta razon no podian menos sus arengas de producir su efecto, porque los oyentes no veian mas que la palabra desnuda ó la verdad despojada de toda personalidad, que obraba en ellos por simpatía de sentimientos.

60. Es tambien una prueba del poder que ejercia sobre sus oyentes y el amor que estos le tenian el que, cuando fué desterrado por haberle depuesto injustamente el conciliábulo llamado de la *Encina*, fué necesaria la fuerza armada para conducirle fuera de la iglesia, porque estaba rodeado de un pueblo inmenso. No es de este lugar esplicar las lágrimas de este mismo pueblo que le acompañaba, los gritos lamentables de los monjes y vírgenes, y las voces lastimeras que se repetian en todas partes. «¡Ay! mejor seria quitarle al sol el resplandor de su luz, que condenar al silencio la boca de Juan.» Baste decir que cuando volvió de su destierro que fué al dia siguiente, la gran mayoría de la ciudad de Constantinopla creyó haber recobrado á su padre recobrando á su obispo. Pero á los ocho meses de su vuelta aumentó el furor de sus enemigos, que no se calmó hasta que le vieron otra vez desterrado, y entregado á una soldadesca brutal que le hizo sufrir mucho en el camino. El lugar de su destierro era Cucusa en Armenia confinante con Cilicia. De allí fué trasladado algun tiempo despues á Pitionta lugar desierto sobre las costas septentrionales del Ponto Euxino, á donde no pudo llegar, muriendo en camino á la edad de 63 años.

61. Sus obras acreditan el honroso título con que le hemos

nombrado hasta ahora, y que se le dió ya desde su tiempo. Boca de oro era la suya, pues sus palabras eran de oro ó preciosas como este metal. Bien que nosotros no podemos juzgarle sino á medias; porque ni oimos al orador, ni sentimos toda la fuerza de la espresion griega, pues no comprendemos este idioma, como le comprendian sus oyentes. Sin embargo al leerle uno que le sepa medianamente encuentra tal sonoridad en sus cláusulas, tal pompa, tal riqueza, tal variedad, que naturalmente se le presenta á la memoria Ciceron, y le compara con él. Realmente mucho mas se parece al orador romano que á Demóstenes. La misma claridad, la misma abundancia, los mismos afectos, la misma sublimidad, la misma facilidad en usar los diferentes estilos, el mismo talento en aprovecharse de los adjuntos ó circunstancias, y en acomodarse á la capacidad, inclinaciones y necesidades de sus oyentes se ven en el uno que en el otro. Pero el griego aventaja al latino en que teniendo que tratar asuntos superiores á la inteligencia humana, lo hace con una capacidad y facilidad tales, que logra sensibilizar y hacer comprender las cosas mas ajenas de los sentidos y mas incomprensibles.

62. Ciertos pasajes de las Sagradas Escrituras, que á otros SS. PP. ofrecieron grandes dificultades dándoles ocasion de suscitar y resolver varias cuestiones, se hallan esplicados con una facilidad y naturalidad admirables. No busca dificultades donde no las hay, ni promueve disputas impertinentes en que se pavonea á veces el talento del orador; pero no rehuye las que naturalmente se ofrecen, procurando en este caso no detener mucho al auditorio y dejarle satisfecho. En los tratados contra los herejes se estiende todo lo necesario para que aparezca en todo su punto la objecion ó el error, á fin de poder combatirle y contestarle satisfactoriamente. Aqui es donde se ve mas su agudeza en hacerse cargo de los argumentos y en destruirlos. Véase si no sus tratados contra los anomeos, los judíos y otros herejes.

63. En las homilías ó sermones sigue un método constante: se distinguen en ellas tres partes: la 1.ª es un exordio ó preparacion en que muestra una habilidad rara en captarse la benevolencia y la atencion del auditorio, variando casi infini-

tamente los medios de que se vale, y esto sin ningun esfuerzo. La 2.ª se ocupa de la esposicion de algun texto ó pasaje de la Sagrada Escritura: y aquí deja ver la lucidez de su entendimiento y sus meditaciones profundas. Y como esta parte doctrinal suele ser la mas pesada para oyentes por la mayor parte ignorantes, procura de cuando en cuando avivar su atencion ya preguntándose á sí mismo, ya dirigiéndose al auditorio, ya haciendo ciertas observaciones, ya en fin valiéndose de medios sencillos y muy al caso, que solo él conocia, y que alejaban todo disgusto por larga que fuese la arenga. La 3.ª es la moral que inculca á los oyentes de una manera á veces patética.

64. Es imposible dar una idea de todas las obras de este Santo Padre. Baste saber que de las tres mejores ediciones, la de Savil de 1613 consta de 8 tomos en fólio todo texto griego; la de Camelino y Fronton del Duque en griego y en latin consta de 10 vol. tambien fol.: la de Monfalcon hecha desde 1718 á 1734 de 13 fol. en griego y en latin. La traduccion latina es la del P. Fronton, menos algunas obras no traducidas por este Jesuita. Es escelente traduccion. La edicion que hay en la Biblioteca de la Universidad de Bolonia hecha en Venecia, es magnífica cuanto cabe.

65. Las principales son: *contra los impugnadores de la vida monástica. Libro de la virginidad: dos á una viuda jóven. Libros del sacerdocio. Comparacion de un rey y de un monje*, etc. Los libros del sacerdocio son reputados su principal obra. Gran número de *cartas* y de *homilias*. Algunas de estas pueden pasar por comentarios á pasajes ó libros de la Sagrada Escritura, como sobre el Génesis, los salmos de David, Saul, Isaías, sobre S. Mateo y en especial sobre S. Pablo, etc.

66. Weissenbach en su obra *De eloquentia Patrum*, se detiene mas que en los otros en S. Juan Crisóstomo: cita, como acostumbra, varios autores que han hablado de él. Todos sin escepcion le alaban, y pocos le notan algun defecto, que en todo caso solo se refiere á las arengas que casi improvisaba, y que fueron copiadas sin su conocimiento. Al recorrer los escritos de este Padre, casi no sabe á cual dar la preferencia. Tan grande es el mérito de cada uno. Ellos forman una biblio-

teca, y aun se presume que no ha llegado á nosotros mas que la tercera parte. De S. Juan Crisóstomo puede decirse lo que Quintiliano decia de Ciceron, á saber: *ille se profecisse sciat cui Cicero valde placebit.* «Entienda el que guste de este S. Padre que su lectura le aprovechará mucho para aprender la lengua griega, y formarse para la elocuencia, pero sobre todo para aprender las cosas de la religion.» Es sin disputa el mas elocuente de los Padres de la Iglesia.

El P. Felipe Scio de S. Miguel de las Escuelas Pias, publicó una traduccion al castellano de los 6 libros *del Sacerdocio* con el texto griego en Madrid impr. de Marin 1773, y en 1776 sin el texto.

S. EPIFANIO.

N. en 310. M. en 403.

67. Desde muy jóven fué S. EPIFANIO dado á la vida monástica: despues de haber pasado algunos años entre los ascetas ó solitarios, fundó un monasterio. Sus virtudes y su saber le elevaron á la silla de Salamina, capital de la isla de Chipre. Habiendo sido llamados á Roma algunos obispos de Oriente con motivo del cisma de la iglesia de Antioquía, originado de la eleccion simultánea y al parecer canónica de dos obispos para la misma ciudad, S. Epifanio fué alojado en casa de Santa Paula, ilustre por su nacimiento, por sus riquezas, por su posicion social, pero mas por sus virtudes y desprecio de las cosas temporales. Nuestro Epifanio se mostró muy rígido con los origenistas: tal vez se dejó preocupar por un celo exagerado, que le hizo cometer algunas imprudencias, cual fué la pretension de que S. Juan Crisóstomo suscribiese á los decretos de un Concilio particular en que se condenaba á Orígenes, no teniendo nada que ver dicho Concilio con el patriarca de Constantinopla. Pero mas imprudente fué el paso que dió yendo á dicha capital para obligar en cierto modo á aquel prelado á que espulsase de ella á unos monjes llamados los grandes hermanos como sospechosos de origenismo. Y mas imprudente hubiera sido si hubiese llevado á cabo el proyecto

que habia formado de presentarse en una iglesia de Constantinopla, y leer allí la condenacion no solamente de la doctrina de Orígenes, sino tambien de sus fautores, entre los cuales contaba á S. Juan Crisóstomo. Desistió de esto porque se le hizo entender que siendo este tan querido de su pueblo, podria aquel hecho producir un escándalo y un tumulto del cual seria víctima el mismo que le hubiese provocado. Se volvió pues á su isla sin hacer nada.

68. Se puede decir de este Santo que no obraba con malicia; que tenia poco conocimiento del mundo; que se dejaba llevar de un celo indiscreto, y que no pesaba bien las cosas antes de emprenderlas. Por lo demás su virtud y sus austeridades le ponen á salvo de todo espíritu de partido. Se marchó de Constantinopla con el presentimiento y tal vez revelacion de su muerte próxima, pues dijo á los obispos que le acompañaban para despedirle: «Quedaos con vuestra ciudad, con vuestra corte, con vuestro mundo, que no es mas que un teatro; pues á mí me aprietan mucho.» Efectivamente murió antes de poder llegar á su isla, despues de haber gobernado su diócesis por espacio de 36 años, á los 93 de su edad.

69. Tuvo un gran prestigio en su tiempo por su santidad, por su talento y por sus escritos. Estos muestran que habia leido mucho, por consiguiente mucha erudicion. Tal vez puede considerarse S. Epifanio mas como compilador que como escritor original. En cuanto á estilo dista mucho del de San Basilio, S. Juan Crisóstomo y demás que van historiados. Es oscuro, cortado, descuidado, y enteramente ajeno de aquella gracia ática que distingue á todos los mencionados. Su crítica es poco exacta, porque se muestra demasiado crédulo. No obstante sus obras son útiles, porque se hallan en ellas muchos trozos de autores que no conoceríamos sin esto, y tambien por lo tocante á historia eclesiástica.

70. De las que nos quedan, las mas conocidas son el *Panario* ó alacena para todos los remedios, esto es, esposicion de las verdades principales de la religion, y refutacion de los errores opuestos á ella. *Áncora*, que sirve para fijar la fe de los fieles. *Tratado de pesos y medidas*, que contiene muchas noticias. Libro *de las doce piedras preciosas* que habia en el racional del

gran sacerdote hebreo. La mejor edicion es la del P. Petavio en 2 vol. fol. de 1622 en griego y latin.

71. En este siglo florecieron otros escritores menos conocidos, pero de no escaso mérito, cuyas obras se han conservado. Entre ellos debe mencionarse S. MACARIO, célebre solitario que pasó 60 años en el monasterio de la montaña de Sceté. Se le atribuyen 50 homilías que se hallan impresas con las obras de S. Gregorio Taumaturgo, ed. de París de 1626. Contienen todo lo principal de la teología ascética, y son muy apreciadas. Murió en 390, á la edad de 90 años.

72. ASTERIO, obispo de Amasa en el Ponto, vivió en tiempo de Juliano el *Apóstata*. Habia estudiado mucho la retórica antes de ser obispo bajo la direccion de un tal Scita, que no obstante de ser esclavo pudo instruirse muy bien, porque se lo permitió su amo viendo su gran talento y aplicacion, y dedicarse despues á la enseñanza. Asterio siguió algun tiempo la carrera del foro, y tomó por modelo á Demóstenes. La brillante descripcion que tenemos de Santa Eufemia, prueba que no le eran desconocidas las musas. Varios autores hablan de él con mucho elogio llamándole escritor elegantisimo. Tiene un estilo claro y sostenido, la diccion pura: sin remontarse mucho no carece de esplendidez y agrado. El principal medio de que se vale para interesar y mover son las descripciones ó lo que se llama en retórica *hypotiposis*, y la *etopeya*. En la edicion de las homilías de este orador hay muchas de cuya autenticidad dudan los críticos: las 14 primeras están admitidas por todos. Entre ellas se distingue la que versa sobre Daniel y Susana que pasa por una obra maestra. Es notable tambien la que tiene por asunto S. Pedro y S. Pablo. En todas se descubre gran penetracion é imaginacion fecunda.

Siglo 5.°

73. SINESIO natural de Cirene, obispo de Tolemaida, es uno de los escritores elegantes de principios del siglo 5.° Deseoso de aprender fué primeramente á Atenas, en donde parece que no halló lo que deseaba, por lo que se trasladó á Alejandría, en cuya ciudad enseñaba entonces con grandisimo aplauso Hi-

patia, hija de Teon, matemático esclarecido, de quien se habló en el núm. 101 *Fil.* En su escuela y en la de otros sabios maestros se perfeccionó en la filosofía, retórica y poética. Siendo de linaje muy ilustre, muy famoso por su saber y apreciado por su virtud, fué nombrado obispo, aunque con mucha repugnancia de su parte. Antes habia sido comisionado por sus conciudadanos para ir á ofrecer al emperador Arcadio una corona de oro y gestionar ciertos negocios del país.

74 Durante muchos siglos habian sido desconocidas las obras de Sinesio, pues solo se habian publicado algunas traducidas al latin, hasta que Petavio publicó las que pudo encontrar en griego y en latin. Los que hablan de él, á mas de las cualidades generales que corresponden á un buen escritor, le dan cierta sublimidad de estilo que se acerca mucho á la poesía: le dan tambien los honores de gran filósofo. Quedan varios discursos de este autor, entre los cuales se distingue el que dijo á Arcadio sobre la potestad real, algunas poesías y 155 cartas. Todas estas obras son dignas de ser leidas, aunque se notan en ellas algunos errores de la filosofía pagana.

75. SAN ISIDORO llamado *Pelusiota*, porque vivió muchos años en un monasterio ó desierto cerca de Pelusio ó Damieta, era natural de Alejandría. Tuvo la dicha de ser enseñado por S. Juan Crisóstomo, y este la de formar un discípulo que se le pareció mucho por sus virtudes y por su gusto literario. Toda su vida quedó agradecido á los buenos oficios de su maestro. Cuando Teófilo patriarca de Alejandría, hombre de un natural violento, rompió con el Crisóstomo por haber este admitido á la comunion eclesiástica á unos monjes acusados de origenistas y espulsados por aquel del territorio de su jurisdiccion, despues de haberse asegurado de que no profesaban ninguno de los errores condenados, siendo esto causa de que fuese depuesto aunque injustamente por un Concilio presidido por el mismo Teófilo, y de mucha perturbacion en la iglesia de Oriente; el Pelusiota habló y escribió siempre en favor de su maestro. Tal es el tema de muchas de sus cartas, que es la obra principal que tenemos de este autor. En las demás esplica ó comenta textos de la Escritura, resuelve cuestiones

de moral, contesta á las dudas que se le proponian, aconseja la práctica de la virtud, reprende el vicio, y enseña el camino de la perfeccion. Algunos hacen subir hasta diez mil el número de ellas, pero solo se ha conservado la tercera parte, que forma una coleccion de cinco libros, y son muy apreciadas por la pureza de lenguaje, conveniencia de estilo, bondad de la doctrina, y un laconismo agradable. Este laconismo muy propio de la forma epistolar, no impide sin embargo que en ciertos pasajes se muestre orador, y se estienda segun la importancia del asunto, ó la que él queria darle, pues el Pelusiota se acuerda alguna vez de que habia sido discípulo del elegantisimo y copiosisimo Crisóstomo.

76. SAN NILO abad del monte Sinaí, habia pasado los años mas florecientes de su vida en el mundo en medio de la brillante sociedad de la corte de Constantinopla. Rico, noble, muy instruido, dotado de mucha capacidad y manejo, fué buscado en tiempo de Arcadio para desempeñar uno de los mas altos cargos, cual era la prefectura de dicha capital. Felizmente para él alcanzó aquellos años en que S. Juan Crisóstomo como arzobispo y patriarca de ella tronaba con su elocuencia contra los vicios entonces dominantes, y atraia con su dulzura á la práctica de la virtud y perfeccion evangélica. Sea por efecto de su predicacion ó por un especial llamamiento de la gracia, Nilo resolvió abandonar este mundo engañador, y retirarse á una soledad. Convino con su mujer en que se llevaria de los dos hijos que tenian, él el varon, y ella la hembra, con la cual iria á encerrarse en un monasterio de Egipto, como así lo verificó, yendo él al monte Sinaí donde habia muchos anacoretas que vivian en celdas ó casi grutas separadas unas de otras, y entregados á una áspera penitencia.

77. Despues de algunos años, unos sarracenos invadieron aquellos santos lugares, se llevaron cautivos á muchos solitarios, de los cuales á unos dieron muerte, á otros vendieron como esclavos. Uno de estos fué Teodulo el hijo de Nilo, que pudo salvarse milagrosamente, pues nadie queria comprarle, y él á fuerza de lágrimas consiguió que uno le tomase, con lo que se libró de la muerte que se daba á los que no podian ser vendidos. Fué á parar al poder del obispo de Eleusis ciudad

marítima del África, quien le exigió que se ordenase de sacerdote, como tambien á su padre que habia ido á buscarle.

78. Las obras mas apreciadas de S. Nilo son las *cartas*, de las que se ha conservado un gran número: el *tratado de la vida monástica*, y *las exhortaciones á la vida espiritual*. Asi como en la literatura española ocupan un lugar distinguido los escritores ascéticos; así tambien deben ocuparle en la griega S. Isidoro Pelusiota y S. Nilo. Se diferencian de los nuestros en que su estilo es mas cortado, y son mas lacónicos. [1] Aunque S. Nilo habia sido discípulo de S. Juan Crisóstomo, no tomó de él aquella abundancia que le caracteriza, porque las obras en que mas se ejercitó no lo consentian tanto. Por otra parte acostumbrado al lenguaje de corte prefirió la frase lacónica que es propia de los que viven en ella, mientras que el Crisóstomo se acostumbró en un principio á los debates forenses que exigen un estilo copioso. El de nuestro autor es muy agradable y muy correcto, aunque alguna vez oscuro por su estremado laconismo, y porque van insertados varios textos de la Escritura, cuyo sentido y aplicacion no se perciben desde luego.

TEODORETO.

N. en 386. M. en 457.

79. Mucho han hablado sobre TEODORETO los historiadores eclesiásticos y los teólogos, lo que prueba que no es él un escritor indiferente ó de poco mérito. Los unos le han atacado, los otros defendido. No se hace caso de uno mediano que profese tal ó cual opinion, que haya tenido tales ó cuales relaciones, y escrito en este ó aquel sentido; pero sí importa averiguarlo y asegurarse, cuando el hombre en cuestion ha

[1] Esto puede decirse en general de todos los ascéticos griegos, como S. Efren en sus *Conferencias*, S. Basilio en sus *Obras ascéticas*, Juan Carpacio en sus *Preceptos á los monjes de la India*, S. Diadoco, S. Máximo confesor, Marco ermitaño, Hesiquio presbítero en sus *Capítulos*, S. Doroteo en sus *Parenéticas*, S. Teodoro Estudita en sus *Catequeses*, y otros muchísimos que pueden verse en Sirmondo en las Notas al Capitular de Teodulfo obispo de Orleans.

tenido mucho talento, ha escrito mucho y bien, y ha figurado notablemente en el siglo en que ha vivido. En este caso se halla Teodoreto. Nació en Antioquía: su nacimiento fué sin duda providencial, porque se atribuye á los ruegos de un santo anacoreta llamado Macedonio, que interpuso su mediacion con Dios para que concediese un hijo á un matrimonio estéril por espacio de 13 años. Por esto se le dió el nombre de Teodoreto, compuesto de dos palabras griegas que significan dado ó regalado por Dios, ó como decimos en español, Diosdado. A los siete años le encerraron sus padres en un monasterio situado en uno de los arrabales de Antioquía [1], en donde profesó la vida monástica juntamente con Juan de Antioquía y Nestorio que fué un célebre heresiarca. Esplicaba allí Juan Mopsuesteno que con el otro Juan se hicieron muy sospechosos de herejía. Tal compañía influyó mucho en lo restante de la vida de Teodoreto, porque con dificultad se separó de la amistad de Nestorio, defendiéndole aun en perjuicio de su propia reputacion, hasta que comprendió el falso terreno en que se habia colocado, como puede verse mas estensamente en los autores eclesiásticos.

80. Fué nombrado obispo de Ciro ciudad de Siria hácia la parte occidental del Eufrates. La diócesis era muy estensa, y contenia muchisimos herejes; pero Teodoreto con su virtud y elocuencia tuvo la satisfaccion de volverlos á todos al catolicismo, aunque con gran trabajo y peligros.

81. Desde los primeros siglos, la filosofía griega habia esparcido muchos errores en el campo de la Iglesia. El lenguaje tan sencillo del Hombre Dios, y tan accesible á cualquiera inteligencia, habia sido interpretado de mil maneras y por fin adulterado. No tiene nada de estraño que los discípulos de aquella filosofía forcejasen el sentido de una doctrina bajada del cielo, cuando sus maestros no habian podido ponerse de acuerdo en las verdades mas comunes y mas triviales. El orgullo del hombre, el abuso de la ciencia, no la filosofía bien entendida, que es una cosa santa y venerable,

[1] Berti, *Hist. ecles.* Otros dicen en un monasterio cerca de Apamea ó Haman en Siria.

fueron la causa de tanto desvarío en lo moral, político y religioso. El siglo 4.° y principios del 5.° produjeron grandes caviladores, que despues pasaron á ser herejes por su tenacidad en no sujetarse á las decisiones de la Iglesia; pero produjeron tambien grandes sabios, porque no hay ningun novador, particularmente en cosas importantes, como son las religiosas, que carezca de talento y de habilidad en insinuarse, pues de otro modo no podria hacer prosélitos. Así los que quieran ó deban oponérseles han de presentarles armas iguales si no quieren verse derrotados. Tal oposicion formó en gran parte á los Santos Padres del siglo de oro, que es el 4.° y parte del 5.°; porque los pastores celosos no tanto debian procurar apacentar sus rebaños por las praderas fértiles y risueñas de la Iglesia, como ahuyentar á los lobos que con insistencia pretendian hacer presa de las mismas. Pero ¡ó prodigio y secretos inescrutables de Dios! algunas veces los pastores se convertian en lobos, y esto fué lo mas deplorable.

82. Nuestro Teodoreto que con tanto celo purgó su obispado de toda especie de herejes, se dejó prender por algun tiempo en los lazos de la herejía, escribiendo contra los que habian condenado á Nestorio hereje, á saber, S. Cirilo de Alejandría y el Concilio general de Éfeso. La animosidad llegó hasta el punto de insultar á su memoria despues de muerto en una carta, que, aunque contradecida por algunos, es admitida como auténtica por los mas. Considerémos ya á Teodoreto como escritor.

83. En las principales bibliotecas pueden leerse sus obras, que fueron reunidas en 4 volúmenes en folio y traducidas al latin por Sirmondo: á los 4 volúmenes añadió el 5.° el P. Garnier. Todos admiran la diccion castiza, la elegancia, el método, la facilidad, abundancia, y cuidado que pone este escritor en evitar las palabras ambiguas, y las digresiones. Tiene pues en nuestro concepto las cualidades que requiere un buen estilo. Añádase la fuerza ó energía de la espresion, una imaginacion feliz, y ciencia correspondiente, con lo que se habrá delineado además un buen orador. Lo era sin duda Teodoreto: su elocuencia atraia un número increible de oyentes cuando predicaba. No eran los simples fieles los que le daban

muestras de su aprobacion, agrado y veneracion; pues los sacerdotes le besaban la frente, las manos, las rodillas, cuando bajaba del púlpito. Juan patriarca de Antioquía su antiguo condiscípulo no podia, oyéndole, dejar de mostrar su contento, levantándose de la silla, y aplaudiendo con las manos. Su elocuencia triunfó de la fuerza bruta en cierta ocasion en que se presentó en un pueblo de su diócesis, cuyos habitantes todos herejes se pusieron sobre las armas é iban á emplearlas contra un inofensivo obispo. Su palabra penetró en sus corazones, y les hizo no solamente deponerlas, sino tambien el error en que estaban.

84. Los diez discursos sobre la ***Providencia*** son de lo mejor y mas elocuente que se haya escrito sobre esta materia. Se vale de todos los argumentos que su rica imaginacion le sugiere; ya recorre las esferas celestes, ya considera los elementos, ya al mismo hombre con sus partes, para inferir la armonía del conjunto y la sabiduría del supremo hacedor; ya examina las artes en donde resplandece mas el ingenio humano; ya se muestra filósofo, ya naturalista. Ya ataca á los enemigos de la Providencia, y los reduce al silencio quitándoles todo medio de defenderse, porque no solamente los aterra con sus armas, sino que les quita de sus manos las suyas para hundirlos y anonadarlos.

85. En los ***comentarios*** sobre muchos libros sagrados mostró grande erudicion. No tenia la pretension de haber sido en ellos original; al contrario confiesa haberse aprovechado para dicho trabajo de los estudios de otros; pero se compara con las mujeres hebreas que no pudiendo ofrecer oro, ni otras materias de valor para la construccion del templo, recogian de otros telas para coser, ó hilo para tejer, y presentaban la ofrenda de sus manos.

86. La ***Historia eclesiástica*** es una continuacion de la de Eusebio desde el año 324 al 429. El ***Filoteo*** es una historia ó biografía de algunos monjes de su tiempo. En otra obra esplica las fábulas de los herejes. El ***Eranista***, el ***Polimorfo***, el ***Esporacio***, los ***Diálogos*** y otros libros son refutaciones de los arrianos, macedonianos, apolinaristas, etc. De las 500 y tantas cartas solo se han conservado 146, en que se hallan todas las dotes de un

buen estilo epistolar. Los 12 libros ó discursos *para curar las preocupaciones de los gentiles* son una obra escelente que puede oponerse á los deistas modernos, pues fué escrita para contrarestar la de Juliano el Apóstata en que pretendia introducir una religion enteramente filosófica. San Cirilo escribió tambien sobre este asunto, pero Teodoreto le aventaja sin duda por el estilo, por la erudicion inmensa, y por el método. En todas estas obras se muestra generalmente buen escritor: solo se le notan algunas metáforas traidas de léjos, y ciertas formas que admiran en un autor que posee tan bien la lengua griega, y que habia leido á todos los clásicos. Del *Pentálogo*, obra escrita contra S. Cirilo, no quedan mas que fragmentos.

S. CIRILO ALEJANDRINO.

M. en 444.

87. Las disputas religiosas afilaron la pluma de S. CIRILO, como afilaron las de otros SS. Padres y escritores de este siglo y del anterior. Nestorio patriarca de Constantinopla sembró el error de las dos personas en J. C. pretendiendo que asi como reconocemos en él dos naturalezas, debemos admitir dos personalidades, la una divina, la otra humana, con cuya distincion que parece solo de palabras, se destruye el principal dogma cristiano de la redencion del linaje humano por la persona adorable del Verbo. San Cirilo patriarca de Alejandría fué el mas denodado defensor de la verdad católica, y del glorioso título de Madre de Dios que aquel novador arrebataba á la Santisima Virgen. Era Cirilo sobrino de Teófilo tambien patriarca de Alejandría á quien sucedió despues de su muerte ocurrida en el año 412. Se ha hablado ya de Teófilo como perseguidor encarnizado de S. Juan Crisóstomo, pero no se ha dicho que hizo penitencia por lo mal que se habia portado con él. Cirilo siguió algun tiempo las mismas ideas que su tio, pero tambien vió la injusticia de su proceder, y dió todas las satisfacciones posibles á la memoria del espresado Santo que ya habia muerto.

88. El celo que mostró despues en defender la verdad es un

garante de la rectitud de sus intenciones, que pudieron estraviarse por algun tiempo, sobre todo con el ejemplo de su tio. El mismo celo le hizo blanco de algunas calumnias. Sócrates en su historia eclesiástica cuenta que Cirilo promovia disturbios en Alejandría, y escitaba los ánimos de los cristianos contra los judíos, y que de estas escitaciones resultó el ser estos arrojados de dicha ciudad, y asesinada bárbaramente Hipatia, aquella célebre profesora de que se habló en el capítulo de Sinesio y en el núm. 101 F. Pues como ella tuviese mucha intimidad con Orestes prefecto de Alejandría, que parecia mas dispuesto á favorecer á los judíos y otros enemigos de la religion cristiana, que á los cristianos; en un alboroto popular un tal Pedro clérigo al frente de una turba furiosa se apoderó de dicha Hipatia que casualmente iba á su escuela conducida en una litera, y llevada á una iglesia fué inhumanamente sacrificada. Además unos monjes en número de 500 se presentaron á dicho gobernador ó prefecto, y le insultaron llamándole pagano, y uno de ellos le hirió en la cabeza con una pedrada.

89. Sin duda movido de todo esto Teodoreto escribió aquella carta tan insultante cuando supo la muerte de Cirilo, diciendo que debia ponérsele encima de su tumba una gruesa piedra para que no pudiese levantarse otra vez, y cometer asesinatos, y turbar el órden público. Lo que movió á Teodoreto á escribir en estos términos fué resentimiento, porque Cirilo habia hecho condenar á Nestorio antes de creerle aquel hereje. Lo que afirma Sócrates no merece crédito, porque estaba apasionado contra Cirilo, como novaciano que era. Pueden no obstante admitirse los hechos, pero declinando de Cirilo la responsabilidad, porque ni él llamó á los monjes, ni armó el brazo del apedreador, ni del asesino, ni pudo impedir nada de todo cuanto ocurrió en aquella capital. Tal vez no hay un obispo que tenga en su favor tantos elogios y tan autorizados como S. Cirilo, como puede verse en las ediciones de sus obras, señaladamente en la de Ingolstad del año 1607. Pero dejando esto para los historiadores, veamos cuales son los escritos que le hacen colocar en el número de los SS. PP. mas ilustres.

90. Pueden ellos llenar, y llenan con efecto seis ó siete volúmenes en folio. Son: *Comentarios* escelentes sobre el Géne-

sis, el Levítico, Isaías, los profetas menores y el Evangelio de S. Juan. *Libro contra los judíos.* Treinta y nueve *cartas.* Diez *homilías. Apología dirigida al emperador Teodosio. Aclaracion de los 12 anatemas contra Nestorio,* pronunciados por el Concilio de Éfeso presidido por S. Cirilo á nombre del Papa S. Celestino. *Libro apologético contra la impugnacion de Teodoreto,* obispo de Ciro. *Esposicion del símbolo de Nicea.* 12 *cartas sinodales. Impugnacion de los errores de Nestorio. Tesoro,* ó sea, *de la consubstancialidad del Hijo y Espíritu Santo con Dios Padre* contra los herejes. *Diálogos sobre la Trinidad. Contra Juliano el Apóstata. Contra los antropomorfitas,* etc. Algunos de estos tratados constan de varios libros.

91. Debemos á la refutacion de S. Cirilo saber algo de la obra de Juliano contra el cristianismo, pues se ha perdido. Ella constaba de 7 libros ó capítulos no muy largos. Los tres primeros tenian este título Ἀναστροφὴ τῶν Εὐαγγελίων, *Destruccion de los Evangelios.* Estos son los refutados por S. Cirilo. Gustaba este escritor de las formas periódicas y de cierta pompa, y sobre todo de empedrar su estilo de textos sagrados. Se le conoce mucha erudicion y facilidad; pero no tiene en nuestro concepto la elegancia y claridad de S. Juan Crisóstomo; al contrario su estilo es poco natural, oscuro, sutil y difuso. Sirva de ejemplo la primera cláusula de dicha refutacion. «Así como los que tienen virtud y talento admiran para sí la belleza de la verdad, y pueden entender el significado de toda palabra aunque oscura y los dichos y enigmas de los sabios, y se aplican con tanto cuidado y respeto á las Sagradas Escrituras, que no solo llenan sus almas de una luz divina, y dan una muestra admirable de su piedad y observancia de las leyes en su tenor de vida, sino que acarrean á otros mucha utilidad, pues que está escrito (Prov. 9): *Hijo, si fueres bueno, sélo para tí mismo y para el prójimo:* así los que son de perverso corazon y de voluntad indomable no participando de la luz divina, se oponen á los dogmas religiosos, y con audacia y temeridad se levantan contra la gloria inefable, y vomitando blasfemias, hablan injustamente contra el Escelso, segun lo que se escribe en los salmos.»

92. La mejor edicion de las obras de S. Cirilo es la de Juan

Aubert canónigo de Laon de 1638 en 6 volúmenes que se encuadernan en 7.

S. PROCLO.

M. en 447.

93. Desconocido es casi este nombre generalmente, y mucho mas en literatura, pues se oyen ó se leen con frecuencia citados los Crisóstomos, los Basilios, los Gregorios Naciancenos, pero raras veces ó ninguna el nombre de PROCLO. El P. Ricardi romano que hizo una buena edicion de este autor en 1630 dejó pasar mucho tiempo sin publicarla, acobardado, digámoslo así, por la misma ignorancia en que se estaba de él. Sin embargo es digno de contarse entre los demás escritores eclesiásticos de los buenos tiempos de la literatura sagrada. Fué paje y amanuense de S. Juan Crisóstomo, y testigo de la presencia de S. Pablo dictando á este los comentarios sobre sus epístolas. No se estrañe pues la adhesion á su persona en medio de la atroz persecucion que sufrieron sus adictos, ni el grande amor que se granjeó del pueblo de Constantinopla por esto, y por su mérito distinguido.

94. Nombrado obispo de Cizica no pudo residir en esta ciudad y desempeñar las funciones de tal, porque sus habitantes segun el método de eleccion que habia entonces, habian nombrado á otro. Continuó Proclo viviendo en la capital dedicado con celo al ministerio de la predicacion. Tres veces en la vacante de aquella silla fué pedido para ocuparla por una gran mayoría de fieles; pero la corte se decidia por otro. Sucedió entre tanto el advenimiento al trono pontifical de Nestorio, monje nada conocido en aquella poblacion, salido del monasterio de Antioquía, de que se ha hablado en el capítulo de Teodoreto. Empezó á difundir su perversa doctrina sobre las dos personas en Cristo y á negar á la Vírgen el título de Madre de Dios. Salió inmediatamente S. Proclo á la defensa de la profesada por la Iglesia. La de Nestorio habia escandalizado estraordinariamente, la de S. Proclo fué apoyada con entusiasmo. Pronto la disputa, si así puede llamarse, salió de los muros de la capital.

95. Los nestorianos trabajaron con ahinco en hacer prosélitos particularmente entre los monjes de Egipto, que eran muchos. Esto llega á oidos de S. Cirilo arzobispo de Alejandría, el cual ve desde luego el peligro que amenazaba á la religion: publica algunos escritos para afianzar y conservar la buena doctrina. Entera al Papa S. Celestino. Este manda la celebracion de un Concilio que condena la herejía de Nestorio. El primero pues que dió el grito de alarma fué S. Proclo, á quien no arredró el poder estraordinario de que se hallaban revestidos los Patriarcas de Constantinopla, ni el estar el heresiarca sostenido por la corte.

96. Los discursos que pronunció sobre los principales misterios del Señor, y algunas cartas, entre ellas la dirigida á los armenios *sobre la fe*, le hacen colocar en el número de los SS. Padres griegos de no inferior nota. Mucho debió aprender con tan buen maestro como era S. Juan Crisóstomo, siquiera la pureza de la espresion, si no la rotundidad de la frase y la pompa del estilo. El de S. Proclo es sencillo, didáctico, y conforme á su caracter. Bondadoso y pacato se levanta no obstante con firmeza contra el error, pero no con aquella vehemencia y fuego que distinguen á los grandes oradores. Algo de conceptuoso y antitético oscurece alguna vez sus cláusulas. Lo que queda de él publicado por dicho Ricardi es lo siguiente:

Tres *Elogios de la Virgen Maria*. Dos discursos *sobre la Encarnacion de N. S. J. C.* Id. sobre la *Natividad*, la *Teofania* ó aparicion de Dios, la *Transfiguracion*, el *Domingo de Ramos*, el *Jueves Santo*, el *Viernes* ó la *Pasion*, la *Resurreccion*, la *Pascua*, la *Pentecostés*.

Dos *Elogios de S. Estéban Protomártir*. Uno *de S. Pablo Apóstol*. Id. *de S. Andrés*. Id. *de S. Juan Crisóstomo*. Tratado sobre *la tradicion de la Misa* muy corto. *Algunas cartas*. *Homilías* cortas sin el griego, conservadas por algunos escritores latinos.

A. 450.

97. S. BASILIO arzobispo de Seleucia metrópoli de Isauria fué, segun Focio en su *Biblioteca*, el amigo de infancia de San Juan Crisóstomo, quien le introduce como interlocutor en el

tratado ó diálogo *de Sacerdotio.* Consta de la historia eclesiástica que este Basilio se halló en el Concilio de Éfeso llamado *latrocinio*, celebrado en el año 449, en que prevaleció la causa de Eutiques; y en el de Calcedonia, en el que fué juzgado y depuesto de la dignidad de obispo, juntamente con otros por haber autorizado aquel Concilio con su presencia. Pero el emperador Marciano interpuso sus buenos oficios con los Padres, á fin de que examinasen otra vez los antecedentes, y si no se oponian las leyes de la Iglesia, tratasen con indulgencia á Basilio. Así lo hicieron, y con grande aprobacion de todos revocaron la primera sentencia, y permitieron sentarse otra vez en el Concilio, no solamente á él, sino á los demás que habian sido escluidos por dicho motivo. Sucedia esto en el año 451, esto es, 44 despues de la muerte de S. Juan Crisóstomo. Habiendo este muerto á la edad de 63, lo que dice Focio sobre haber sido su amigo de infancia, y el figurar como interlocutor en dicho diálogo le supone la de mas de 100 años.

98. Tal vez el nombre de Basilio el Grande ha ofuscado á este, pues pocos le conocen, y aun sus obras andan impresas con las de S. Gregorio Taumaturgo en muchas ediciones, á pesar de ser mas en número y estension, é iguales por lo menos en mérito. En ellas se muestra sabio y orador. Obsérvese como pinta el estado de admiracion en que se halló la Santisima Vírgen despues del nacimiento de su Divino Hijo en la homilía 39, y como comenta aquellas palabras del Evangelio de San Lucas c. 2 v. 19, *conferens in corde suo*, reflexionando en su interior. «Asi que vió al niño divino, llena de reverencia, creo que iba diciendo entre sí: ¿Qué nombre te daré, ó hijo, que pueda convenirte? ¿Te llamaré hombre? pero tú concepcion ha sido divina. ¿Te llamaré Dios? pero tu vistes carne humana. ¿Qué he de hacer pues contigo? ¿te amamantaré con mi pecho, ó te trataré como á Dios¿ ¿Te cuidaré como madre, ó te adoraré como sierva? ¿Te abrazaré como hijo, ó te adoraré como Dios? ¿Te daré mi leche, ó te ofreceré incienso? ¿Qué gran portento ha sido este, y cuán imposible de espresarlo con palabras?» Tambien es notable la homilía 24 sobre el texto: *Di que se sienten estos dos hijos mios, el uno á tu derecha, y el otro á tu izquierda*, Math. 20; sobre todo la manera

sutil é ingeniosa con que esplica la demanda impertinente de la madre de los hijos del Zebedeo. Podrian citarse muchisimos ejemplos de las 40 y tantas homilías de este S. Basilio por las que se veria que es él muy digno de ser leido, particularmente por los que se dedican al ministerio de la predicacion.

99. Focio le concede la claridad á pesar de que le reprende el uso escesivo de tropos y figuras. Parece que tiene algo de S. Juan Crisóstomo en los exordios que muestran si no estudio, á lo menos cierta preparacion, y en la vehemencia con que ataca á los herejes, ó los vicios, ó exhorta á la virtud. Así le consideramos muy digno de que ocupe un lugar en este tratado de los escritores sagrados griegos. A mas de las homilías ó arengas escribió dos libros *de la vida y milagros de la protomártir Santa Tecla*. Es buena edicion la de París de 1621 que contiene en un tomo en fol. las obras de S. Gregorio Taumaturgo, las de S. Macario, y las de este S. Basilio.

S. JUAN DAMASCENO.

M. en 780.

100. Es grande la incertidumbre que reina acerca de este Doctor de la Iglesia, no obstante lo mucho que se ha escrito sobre él. No puede fijarse el año de su nacimiento, ni el de su muerte, pues unos le hacen morir en 760, otros en 780, otros en 806. Su patria la lleva en su nombre. Damasco estaba ocupada por los mahometanos cuando nació. Su familia era cristiana y de las principales de la ciudad. Léjos de ser molestada por los nuevos dominadores, el padre de nuestro escritor obtuvo un destino muy importante cerca del Califa. Se cuenta [1] que habiendo los sarracenos llevado á Damasco un cierto número de cristianos cautivos, habia entre ellos un monje italiano llamado Cosme, que puesto en venta fué comprado por el padre de Juan, con el fin de que se encargase de su

[1] Vida de S. Juan Damasceno escrita por Juan patriarca de Jerusalen, que parece vivió 200 años despues, esto es, en tiempo de Nicéforo Focas emperador de los griegos.

educacion, pues conoció luego que era muy instruido en matemáticas, en astronomía, filosofía, teología y música. En todos estos ramos salió Juan estraordinariamente aprovechado junto con un hermano adoptivo llamado tambien Cosme, que con el tiempo fué obispo. Habiendo completado el monje la instruccion de estos dos jóvenes con entera satisfaccion del padre, pidió permiso á este para retirarse á un monasterio, y seguir su primera vocacion. Poco tiempo despues murió el padre de Juan, y este fué á ocupar su puesto en la corte del Califa, quien le favoreció aun con mayor confianza, dándole una especie de ministerio universal.

101. Entre tanto el emperador de Constantinopla Leon Isáurico se habia declarado contra las imágenes, causando grandes turbulencias en toda la iglesia de Oriente. JUAN DAMASCENO escribió unas cartas que circularon con profusion en favor de la doctrina católica sobre el culto que debe prestarse á las sagradas imágenes. Ellas estaban escritas en un estilo muy claro y con mucha solidez, de modo que fueron de grande utilidad para sostener la fe de los débiles, y oponer un dique al escándalo que daban el gobierno y algunos obispos. Cuanto mayor fué el efecto que produjeron, tanto mas viva fué la cólera del jefe de los iconoclastas, que es el nombre que se dió á los destructores de las imágenes. Dicen que su despecho llegó hasta el punto de degradar la majestad del trono tomando el papel de calumniador y falsario. Mandó que se buscase al que mejor supiese imitar los caracteres de otro para fingir una carta, que supondria haber escrito Juan al mismo emperador, dándole parte de que la ciudad de Damasco estaba muy desprovista de tropas, y que le seria muy fácil apoderarse de ella. Para asegurarse de la semejanza, se procuró un escrito de letra y puño de Juan. Conseguido esto y la imitacion perfecta de su escritura, envió el emperador la supuesta carta al Califa con una acompañatoria en que le decia, que la buena correspondencia y el deseo de conservar la paz entre los vecinos le obligaban á manifestarle el peligro que corria por haber depositado su confianza en un sugeto que tan mal correspondia á sus favores.

102. El Califa á la vista de esta carta llamó á su ministro, y

le preguntó si era suya aquella letra. Parecida es, dijo, pero no es mia; ella es la prueba de una intriga infernal, y de un odio atroz de quien quiere perderme. Al Califa no parecieron buenas estas razones, y dejándose llevar de su cólera mandó que le cortasen la mano con que á su parecer habia escrito aquello. Verificada esta cruel operacion, pidió Juan en medio de sus atroces dolores, que á lo menos le fuese entregada la mano cortada. A la noche siguiente prosternándose delante de una imágen de la Vírgen la dirigió la mas humilde y patética plegaria, en la que le hacia presente que por defender sus imágenes, las de su Hijo, y las de los santos, habia sufrido aquella amputacion, que le privaria de emplearse en adelante en su obsequio. La Santisima Vírgen no se mostró sorda á sus ruegos, le pegó al brazo la mano cortada, y le inspiró un vehemente deseo de abandonar el mundo, y dedicarse enteramente á la práctica de la virtud, á la oracion, retiro y soledad. El Califa se convenció de la inocencia de Juan viendo aquel prodigio. Le ofreció mayores ventajas si queria continuar sirviéndole, pero Juan fué inexorable. Se retiró al monasterio de S. Sabas cerca de Jerusalen, en donde escribió las obras de que vamos á tratar.

103. Ellas son doctrinales, oratorias, y algunas poesías. En las primeras se distingue por la claridad y el método. En las segundas se remonta como conviene á un orador, y en las terceras ostenta una imaginacion brillante. En todas tiene pureza de lenguaje, pues estaba muy familiarizado con los escritos de los Padres del siglo de oro de la elocuencia sagrada. No dejaba de sus manos á S. Juan Crisóstomo, ó á S. Basilio, ó á Teodoreto, ó á S. Cirilo de Alejandria, y sobre todo á S. Gregorio Nacianceno. La Sagrada Escritura la tenia en sus dedos, como se dice.

104. La obra de la *Fe ortodoxa* es una de las clásicas para las escuelas, porque fué la primera en que se adoptó el método de la dialéctica de Aristóteles, y la que en pequeño volúmen derramó mayor luz y copia de conocimientos que se hallaban diseminados en muchos volúmenes. Así ella fué para los orientales lo que los escritos de S. Anselmo y despues el libro de las Sentencias de Pedro Lombardo fueron para los occidenta-

les. Es verdad que se abusó de este método escolástico, porque se hizo prevalecer la dialéctica seca á la autoridad, pero él en sí es bueno y casi único para tratar con ciertos adversarios. Los 4 libros de la *Fe ortodoxa* son un compendio escelente de teología escrito con buen estilo, no con las formas áridas de los escolásticos.

105. Siguen varios tratados contra los herejes de aquellos tiempos. Como piezas oratorias pueden citarse cuatro discursos, de los cuales tres *sobre el tránsito de la Santísima Virgen*, el otro *sobre su nacimiento*. El de la *Transfiguracion* y el de *Santa Bárbara* han merecido tambien los elogios de los críticos. El panegírico de S. *Juan Crisóstomo* y otros son dignos del orador que mereció ser llamado *Xrysorroas*, esto es, rio de oro, para indicar su patria cerca de la cual corria uno de dicho nombre, ó mas principalmente para indicar su elocuencia, que á manera de rio corria de su boca. Han tenido mucha celebridad en Oriente sus poesías. El oficio divino griego se compone en gran parte de sus himnos. Suidas afirma que ni antes se habia escrito en verso con mas uncion y estro, ni despues se escribirá. Por esto algunos han designado á S. Juan Damasceno [1] con el título de poeta.

106. Estos son los principales Padres y escritores eclesiásticos griegos de que ha parecido conveniente tratar mas ó menos estensamente en esta Seccion. En cuanto á los demás, baste citar los nombres, á saber:

San Dionisio Areopagita, —Anfiloquio, —Eneas de Gaza, — Sofronio, — Andrés de Creta, — Teodoro Estudita, — German y — Nicéforo patriarcas, — Focio, — Metafraste, — Teofanes Cerameo.

De algunos de ellos se habla en otros lugares de esta obra.

[1] Cuenta este escritor que el Trisagio *Santo Dios*, *Santo Fuerte*, *Santo Inmortal* empezó en Constantinopla en tiempo de S. Proclo patriarca de aquella ciudad, cuando hallándose esta amenazada de una gran tempestad y el pueblo en oracion, un niño remontándose en los aires aprendió de los ángeles aquella invocacion, que repetida por la multitud, hizo cesar el peligro. En el Concilio de Calcedonia, que fué el cuarto general, se cantó, segun el mismo, dicho Trisagio. *De la Fe ortodoxa*, lib. 3, cap. 10.

SECCION SEXTA.

MISCELÁNEA.

1. Escribir la historia de la literatura griega es escribir la de todos los principios del saber humano. Por lo que van á indicarse en esta última Seccion aquellos escritores, á quienes deben su orígen diferentes ramos, no comprendidos en las anteriores.

GÉNERO EPISTOLAR.

2. Existen algunas colecciones de cartas de hombres célebres de la época ateniense, de las cuales algunas tal vez son auténticas, pero la mayor parte se cree que fueron compuestas muy posteriormente solo para ejercicio de los alumnos. Son las siguientes.

3. Cuarenta y ocho de Fálaris tirano de Agrigento en 570 años antes de J. C. Con motivo de ellas publicó el inglés Bentley unas magníficas disertaciones en que se esfuerza en probar la falsedad de dichas cartas, de las atribuidas á Temístocles, de otras á Sócrates, á Eurípides, de las fábulas de Esopo, etc.

4. Tres de Pitágoras. Siete de Theano su mujer. Una de Myla su hija. Veinte y una de Temistocles. Cuarenta y una llamadas socráticas, de las cuales unas se atribuyen á unos filósofos, otras á otros, á mas de Sócrates.

5. Siete de Heráclito de Éfeso, y dos de Darío rey de Persia. Cinco de Eurípides. Veinte de Hipócrates. Diez de Isócrates, que parecen auténticas. Diez y siete de Chion de Heraclea. Seis de Demóstenes, que son auténticas. De las doce atribuidas á Esquines solo nueve están admitidas por Focio.

6. A estas colecciones pueden añadirse las de la era cristiana, cuya mayor parte pertenecen á los SS. PP. San Basilio, San Gregorio Nacianceno, el Niseno, S. Juan Crisóstomo, S. Isidoro Pelusiota, Teodoreto, S. Cirilo Alejandrino, S. Proclo, etc., como se ha visto en sus respectivos lugares. Las de Libanio gentil son en gran número.

GEOGRAFÍA.

7. Uno de los primeros geógrafos fué HECATEO *de Mileto*, que se cuenta entre los logógrafos. Hay unas colecciones llamadas *de pequeños geógrafos* para distinguirlos de los grandes *Estrabon*, *Pausanias*, *Tolomeo*, y *Estéban de Bizancio*. En ellas se encuentran los restos de varias obras geográficas, que se titulan *periplos* ó *navegaciones en torno*. La mas antigua es la de HANON general cartaginés que vivió mas de 500 años antes de J. C. y que escribió su viaje por las costas occidentales de África, de la cual se ha conservado una traduccion griega.

8. SCILAX *de Carianda* recogió varios itinerarios de su tiempo, esto es, de la guerra del Peloponeso.

9. PYTEAS *de Marsella* siguió las costas de España, de Portugal, de las islas Británicas, y llegó hasta Tule, que se cree ser un país de la Noruega. En otro viaje penetró por el mar Báltico hasta la embocadura del Vistula que llamó Tanais. Publicó la descripcion de estos viajes, de que se conserva algo en Estrabon y Plinio.

ÉPOCA ALEJANDRINA.

10. Las espediciones de Alejandro abrieron un vasto campo

á la geografía. NEARCO su almirante recorrió las costas de Persia, y escribió el itinerario conservado por Arriano.

11. **MEGASTENES** enviado por Seleuco Nicator rey de Siria á la India, publicó una relacion de lo que habia visto y oido acerca de los países inmediatos al Ganges.

12. **ERATÓSTENES** se aprovechó de los trabajos de estos y de otros para elevar la geografía al rango de ciencia en su obra titulada *Descripcion de la tierra.* Reconoció que ella es casi esférica. Usó de varios procedimientos y cálculos para medir su latitud y longitud, siendo todos ellos muy defectuosos. Sin embargo sirvieron para sus sucesores que los perfeccionaron.

13. **ARISTARCO** *de Samos* (260 antes de J. C.) enseñó la inmovilidad de las estrellas fijas, y que la tierra gira al rededor del sol y de su propio eje, formando una órbita oblícua.

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

14. **HIPARCO** *de Nicea* muerto hácia el año 125 antes de J. C. es llamado el padre de lá astronomia.

15. **ESTRABON** nació en Amasea en Capadocia hácia el año 60 antes de J. C. Aunque pocos autores antiguos le citan, infiriéndose de esto que no se hacia mucho caso de sus escritos, despues tuvo tal reputacion particularmente en los siglos medios que se le llamaba *el Geógrafo* por antonomasia. Se la dió su obra en 17 libros que se ha conservado entera, á escepcion del 7.º que está algo defectuoso. «Ella contiene toda la historia de la ciencia desde Homero hasta el siglo de Augusto; trata del origen de los pueblos, de sus emigraciones, de la fundacion de las ciudades, del establecimiento de los imperios y de las repúblicas, de los personajes mas célebres; y cuenta muchisimos hechos que en vano se buscarian en otra parte. [1]» Los dos primeros libros se ocupan de la tierra en general; en los 15 siguientes hay la descripcion de cada país en particular: 8 están destinados á la Europa, 6 al Asia y 1 al África. Muchos de los países que describe este autor fueron vistos y examina-

[1] Pref. de la trad. francesa.

dos por él mismo: para los demás se sirvió de las relaciones de otros.

16. **PAUSANIAS** del tiempo de los Antoninos es el primer escritor en regla de un viaje. Recorrió toda la Grecia, la Macedonia, gran parte del Asia y de Egipto. Escribió despues una obra en 10 libros, en que comprende solo los países de Grecia, como el Ática, la Megárida, Corinto, Sicione, Flionte, la Argólida, la Laconia, la Mesenia, la Élida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. Se limita casi á los edificios públicos y monumentos, cuyo orígen y objeto esplica, siendo por lo mismo su obra muy útil para los anticuarios. El estilo no es muy bueno.

17. El mas célebre geógrafo y astrónomo de la antigüedad es **TOLOMEO**, cuya patria se ignora. Vivió mas de 40 años en Canope cerca de Alejandría donde hizo sus observaciones astronómicas. Floreció en tiempo de Adriano y M. Aurelio (138 de J. C.). Su *Sistema del mundo* y mapas celestes y terrestres han sido adoptados durante muchos siglos. Segun él la tierra está en el centro del universo. Señaló 1022 estrellas fijas con su longitud y latitud y movimiento por el centro de la eclíptica. Su *Geografía* es necesaria para conocer el mundo antiguo. La obra principal de astronomía de Tolomeo es conocida con el título *Almagesto* que le dieron los árabes.

18. **COSMAS** de Egipto, comerciante, despues monje que murió hácia el año 550, viajó mucho en la Etiopia y en la India. Pareciéndole que el sistema de Tolomeo era contrario á la Sagrada Escritura, escribió una obra que tituló *Topografía cristiana*, ó como dice Focio, *Libro de los cristianos*, en que rechaza la esfericidad de la tierra, é inventa uno del todo absurdo para esplicar la salida y puesta del sol, y supone la tierra habitable plana, formando un paralelógramo. Es el geógrafo mas notable de la época bizantina, y su obra la mas estensa que se haya conservado.

MATEMÁTICAS.

19. Se hallan algunos vestigios de matemáticas en **TALES** *de Mileto*, y sobre todo en **PITÁGORAS**, que fundaba en gran par-

te su sistema en los números. **ARQUITAS** *de Tarento* (**380** antes de J. C.) resolvió un problema, y construyó varias máquinas, lo que no hubiera podido ejecutar sin el ausilio de las matemáticas.

ÉPOCA ALEJANDRINA.

20. El que las elevó al rango de ciencia fué **EUCLIDES** que las enseñaba en Alejandría en tiempo de Tolomeo I (**310** antes de J. C.) Este mismo príncipe fué su discípulo; pero pronto se disgustó de las demostraciones abstractas de la geometría, y pidiéndole si habia algun medio mas fácil para aprenderla, le contestó Euclides: «No hay ningun camino especial para los reyes.»

21. La obra en **15** libros titulada *Elementos de matemáticas puras* es una série de teoremas encadenados, y demostrados por los primeros principios, y por lo mismo incontestables. Es la mas importante por la claridad y el método, que nos ha transmitido la antigüedad sobre esta materia, y la que ha servido para su estudio durante muchos siglos. Hay cuatro traducciones al español, á saber, de Zamorano, Sevilla **1576**. De Carduchi, Alcalá **1637**. Del P. Kresa, Bruselas **1689**. Del P. Alua, Madrid **1739**.

22. Escribió además **85** *teoremas geométricos*, de que Newton hacia mucho caso, y los *Principios de astronomía*.

23. **ARQUÍMEDES** muy conocido en la historia nació en Siracusa hácia el año **287** antes de J. C. Se le considera como el creador de la Estática. Fué el primero que conoció el principio de que un cuerpo metido en el agua pierde una cantidad de peso igual á la del volúmen de agua removido. Se ofrecia á levantar toda la tierra con tal que se le diese un punto de apoyo para su palanca. En la defensa de Siracusa contra los romanos inventó muchas máquinas y baterías que les hicieron mucho daño, y les impidieron apoderarse de la plaza por un tiempo considerable. Se ha dicho que por medio de espejos logró incendiar la flota romana, lo que Bufon cree posible. Discurrió un procedimiento para descubrir la mezcla de los metales. To-

do esto supone grandes conocimientos en matemáticas, como tambien el *Planetario* ó esfera que representa todos los movimientos de los cuerpos celestes.

24. Tenemos de este famoso matemático algunos teoremas traducidos al español por el P. Andrés Tacquet, impresos en Bruselas juntamente con los *Elementos* de Euclides. Además los tratados siguientes:

De la Esfera y del Cilindro.—Sobre la medida del círculo.—Sobre los centros de gravedad de las líneas y de los planos.— De las Espirales.— De las Esferoides y de las Conoides. — De los cuerpos introducidos en un flúido.— Arenario ó posibilidad de calcular el número de arenas etc. etc.

25. APOLONIO *de Perga* en Panfilia, discípulo de Eubúlides, que lo habia sido de Euclides, es uno de los cuatro creadores de las ciencias matemáticas de quienes las han aprendido los modernos. Los demás son Euclides, Arquímedes y Diofante. Merece esta calificacion por su obra en 8 libros sobre las *Secciones cónicas*, en que adelanta mucho sobre sus predecesores, y usa los nombres de elipse, hipérbole, parábola que han quedado despues en geometría. Florecia hácia el año 224 ant. de J. C.

26. Es muy incierto el tiempo en que vivió DIOFANTE. La diferencia es de unos 500 años, pues lo mas temprano que puede haber vivido es 200 ant. de J. C., y lo mas tarde 400 despues, porque cita un autor que corresponde á la primera época, y él mismo es citado por otros que son de principios del siglo 5.° de nuestra era. Tenemos solo 6 libros de 13 de que se componia su *Aritmética*. Vemos en ellos las primeras nociones de Algebra, de que puede llamarse inventor mas bien que el árabe Geber de quien tomó el nombre esta ciencia. Muestra mucho talento en la solucion de los problemas difíciles que propone. Esta obra es aun ahora de alguna utilidad. Tiene otra sobre los *Números polígonos*.

MEDICINA.

27. Pretenden los griegos que un príncipe de Tesalia por

nombre *Asclepios* ó *Esculapio* hijo de Apolo y de Coronide llevó á Grecia las primeras nociones de medicina, por lo cual se le adoró como su inventor en Epidauro, y que sus descendientes, llamados de él Asclepiades, continuaron en el ejercicio de esta facultad tan útil á los hombres. Con el tiempo se dividieron estos en dos escuelas, en la de Gnido, y en la de Cos. De la última salió el afamado padre de la Medicina

HIPÓCRATES.

A. 460 ant. de J. C.—294 de R.

28. Nació en la misma pequeña isla de Cos, ahora Lango, en el Archipiélago ó mar Egeo cerca del continente de Caria, siendo sus padres Asclepiades y Praxitea. [1] En Cos habia un Asclepion, templo y gimnasio al mismo tiempo, en donde su padre, como descendiente que pretendia ser de Esculapio, se dedicaba á curar á los enfermos. Habia tambien tablas votivas como en Gnido y en Rodas. Por esta razon se indica muchas veces nuestro HIPÓCRATES con el nombre de Asclepiades ó hijo de los Asclepiades. Despues de haber recibido en su propia casa y patria las primeras lecciones de medicina fué á tomarlas de un famoso médico de Selimbria en Tracia, y de Herodico y Gorgias de Atenas, en cuya ciudad prestó señalados servicios como médico.

29. Algunos lo ponen en duda, fundándose en que no hace mencion de esto en ninguno de sus escritos; en que Galeno partidario decidido de Hipócrates, dice que el barrio mas pequeño de Roma era mas grande que la poblacion mayor en que él ejerció la medicina; y en que Tucídides, que hizo una descripcion tan hermosa de la peste que sufrió Atenas en el segundo año de la guerra del Peloponeso (430 antes de la era vulgar), no nombra á dicho médico, de quien afirman muchos que le debió aquella ciudad el verse aliviada de aquel azote, de modo que no acabase de destruir á sus habitantes. Sin embargo se cita el libro 3, § 3, *de las Epidemias*, obra del mismo Hipócrates, en que hace tambien una descripcion de

[1] Otros dicen Fenareta.

aquella peste tan magnífica bajo el punto de vista médico, como lo es en poesía la de Lucrecio. Se añade que Artajerjes Longimano le ofreció grandes premios para que fuese á Persia cuando fué invadida por aquella calamidad, pero que no quiso abandonar á sus paisanos para ir á curar á estranjeros. Dicen además que los atenienses agradecidos le otorgaron muchas distinciones, que se estendieron hasta á los mismos naturales de Cos, solo por ser la patria del célebre médico.

30. No se limitó al Ática en sus escursiones médicas, pues viajó por la Tebaida, Macedonia, Tracia y Escitia. Estos viajes le proporcionaron un gran número de conocimientos prácticos, que le sirvieron para asentar las bases del edificio científico de la medicina. Hasta su tiempo procedian los médicos sin norte ni guia por el método hipotético ó rutinario. Los médicos y sacerdotes al mismo tiempo de los Asclepiones transmitian de unos á otros ciertos datos empíricos, que aplicaban á un gran número de enfermedades, y que daban celebridad á ciertos lugares en donde se creia encontrar mas directamente la proteccion del dios de la medicina.

31. Hipócrates amaestrado con el método de Sócrates, le aplicó á ella, esto es, hizo preceder la observacion de los casos particulares, y de induccion en induccion vino á fijar los sólidos y eternos principios del arte de curar. En este sentido se considera como el padre de la medicina, no porque se pretenda hallar en sus obras todo el desarrollo que en fisiología, en terapéutica y en anatomía se le ha dado en los tiempos posteriores, sino porque los principios formulados por él han servido y sirven de punto de partida para todos los adelantos, en términos que cuando el espíritu de novedad, que ha invadido todos los terrenos, ha querido apoderarse del de la medicina, y prescindir de las máximas hipocráticas, esta ciencia ha vuelto al caos de incertidumbre y de division, ni mas ni menos que en materias religiosas despues que muchos abolieron ó desestimaron el principio de autoridad.

32. ¿Quién no se admira de que hombres encanecidos en la enseñanza y en el ejercicio de la misma presenten como una grande objecion el haber señalado Hipócrates á las en-

fermedades ciertos dias críticos y una marcha necesaria en consonancia con los números pitagóricos, y una lucha entre el ser naturaleza y el ser enfermedad? Aun en nuestros tiempos la esperiencia acredita la verdad de estos asertos en muchos casos, y sin admitir la correspondencia pitagórica ni la infalibilidad de los dias críticos, puede afirmarse que las enfermedades tienen sus períodos ascendentes y descendentes, y que los remedios bien aplicados ayudan á la naturaleza en su instinto de conservacion á combatir el desórden de los humores que tiende á su destruccion.

33. Basta para un libro de literatura lo dicho acerca del gran médico de Cos. En la coleccion hipocrática hay muchas obras, de las cuales algunas le pertenecen ciertamente, como los *Pronósticos y Aforismos: de los Aires, aguas y lugares: Régimen de las enfermedades agudas: de la Medicina antigua; y de las Epidemias*; otras se atribuyen á Polibio su yerno, otras son dudosas.

34. Escribió en dialecto jónico: su estilo es regularmente sencillo como conviene á escritos didácticos; algunas veces sin embargo toma un tono casi poético, como al hablar de los deberes del médico, en el retrato del moribundo que dejó trazado tan al vivo que de él ha quedado el nombre de *cara hipocrática*, y en su célebre fórmula de juramento, que parece un himno religioso, concebido en estos terminos:

35. «Juro por Apolo médico, por Esculapio, por Higia y Panacea; pongo por testigos á todos los dioses y diosas, de que cumpliré fielmente, en cuanto esté de mi parte y yo entienda, este juramento y obligacion que formulo por escrito, de mirar como á mi padre al que me ha enseñado este arte, de procurar su subsistencia, de atender generosamente á sus necesidades, de considerar á sus hijos como mis propios hermanos, de enseñarles esta facultad sin retribucion, ni pacto alguno, si quieren aprenderla... Conservaré mi vida pura y sin mancha como mi facultad... Si cumplo fielmente este juramento, si no falto á él, que los dioses me concedan dias felices, que recoja los frutos de mi arte, que viva honrado de todos los hombres y de la mas remota posteridad; pero si le quebranto, si soy perjuro, que me suceda todo lo contrario.»

36. La obra maestra de Hipócrates es la *de los Aires, aguas y lugares.* Murió este médico de 85, ó segun otros de mas de 100 años en un pueblo cerca de Larisa en Tesalia, habiendo dejado escrita esta gran máxima: *el arte es largo, la vida corta.*

Las obras de Hipócrates traducidas al castellano son los *Aforismos* por D. Alonso Manuel Sedeño de Mesa, Madrid, imprenta de Gonzalez 1789. *Obras mas selectas* por D. Andrés Piquer, 2.ª edicion, Madrid, imprenta de Ibarra 1769.

37. Los hijos de Hipócrates fundaron lo que se llama *escuela dogmática* antigua, esto es, que une las especulaciones de la filosofía con los principios sentados por él.

38. DIOCLES *de Eubea* y PRAXÁGORAS *de Cos* fueron famosos médicos dogmáticos. Este último derivaba todas las enfermedades de los humores.

39. HERÓFILO y ERASISTRATO del tiempo de los Tolomeos y de la escuela de Alejandría fueron escelentes anatomistas, pues con la proteccion de los reyes de Egipto pudieron dedicarse á la diseccion del cuerpo humano, lo que no se habia permitido hasta entonces, y era mirado con grande horror.

40. FILINO *de Cos* discípulo de Herófilo, y SERAPION *de Alejandría,* fueron los jefes del empirismo, esto es, enseñaron á preferir los conocimientos sacados de la observacion á todas las especulaciones ó noticias á priori.

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

41. DIOSCÓRIDES *de Anazarbo* en Cilicia del tiempo de Augusto ó de Neron fué de la escuela de los empíricos, y el mas célebre botánico de la antigüedad. En el espacio de 16 ó 17 siglos no se publicó ninguna obra superior á la suya en 5 libros sobre *Materia medical.* Fué traducida al español por el doctor Laguna en tiempo de Felipe II, anotada é ilustrada por el mismo y por Francisco Suarez de Ribera, é impresa en Madrid año 1733.

42. Mientras los médicos se dividian en varias sectas, siendo unos dogmáticos, otros empíricos, otros metodistas, y otros

pneumáticos, nació el célebre CLAUDIO GALENO en Pérgamo el año 131 de nuestra era. Su padre hábil arquitecto le proporcionó una escelente educacion. El gusto que manifestó por la medicina le decidió á ir á las mas famosas escuelas donde se enseñaba, á saber, á Esmirna y á Alejandria. Fué á parar últimamente á Roma, en cuya capital se hizo admirar prontamente. Los médicos atribuian sus curaciones á la magia, pero esta magia era el detenido estudio que habia hecho de las obras de Hipócrates y de la naturaleza. El emperador M. Aurelio tenia una confianza ilimitada en él, de modo que habiéndose marchado de Roma, al año siguiente le escribió una carta muy atenta rogándole que volviese á aquella capital, lo que verificó. A la muerte de dicho emperador se volvió definitivamente á Pérgamo, en donde murió de edad de mas de 80 años.

43. Daba en Roma lecciones públicas, y se dedicaba á la anatomía; pero no le permitian las leyes hacer disecciones en los cadáveres humanos. Las hacia en los monos, y sacaba todo el partido posible. Sus teorías estaban basadas sobre las de Hipócrates, y sobre los principios filosóficos de Platon y Aristóteles. Volvió á la observacion que habian abandonado los médicos para entregarse á sus teorías. Señaló tres fuerzas en el cuerpo humano, unas que residen en el cerebro, otras en el corazon, y otras en el higado. Admitió los cuatro humores de Hipócrates.

44. Fué Galeno un escritor fecundo: se cuentan á centenáres sus obras; pero no han llegado todas á nosotros, pues se perdieron muchas en vida del autor en un incendio que hubo en Roma. De las que existen hay un cierto número inéditas; y de las publicadas, algunas son dudosas. No obstante quedan como suyas y están impresas 82. En tan gran número no puede menos de haber muchas repeticiones y trozos prolijos. Se le critica por la estremada sutileza. No obstante, él ha sido por espacio de 13 siglos el oráculo de los médicos.

45. Ha tenido muchisimos comentadores y traductores. Su lectura, dejando aparte la sutileza en algunos pasajes, es amena y agradable. No se limita solo á la medicina, sino que hace frecuentes escursiones al campo de la filosofia, cuyos

sistemas conocia perfectamente; á veces cita versos de autores que se han perdido: tambien es orador, crítico, gramático; de modo que el médico, filósofo, crítico y humanista pueden aprovecharse igualmente de sus escritos, que están por otra parte en lenguaje correcto.

46. Hé aqui algunos títulos: *Operaciones anatómicas* en 15 libros. — *De las venas y arterias.* — *De los huesos.* — *De los nervios.* — *De las causas de la respiracion.* — Se considera como la principal la titulada: *Del uso de las partes del cuerpo humano* en 17 libros. Tambien se aprecian mucho la *De las partes enfermas* en 6, y el *Arte de Medicina* que ha servido de libro de texto en las escuelas durante muchos siglos, porque encierra un compendio completo de la terapéutica de este escritor.

47. La época Bizantina no produjo médicos notables: los mejores se limitaron á comentar ó resumir las obras de los grandes maestros, sin añadir cosa particular: sin embargo sus escritos son útiles para la historia de la medicina, y para aclarar algunos pasajes oscuros, por ejemplo, los de ORIBASE *de Pérgamo*, que vivió en tiempo de Juliano y Valentiniano.

GRAMÁTICOS.

ÉPOCA ALEJANDRINA.

48. Esta palabra griega significaba el hombre de letras, el que se dedicaba á ellas, el que hacia un estudio especial de alguna lengua. No se entendia pues por gramático el que enseñaba sus reglas y que se llamaba gramatista, sino el que la conocia perfectamente, y la analizaba, y la esplicaba, y daba á conocer á los escritores, los comentaba, interpretaba sus pasajes oscuros, los ilustraba con el ausilio de la historia, de la crítica, de la filosofía, de las antigüedades, de textos de otros, y de todas las ciencias segun lo exigia la materia. Este era el gramático griego y latino, cuando se hizo un arte de la filologia, que es el nombre que se da ahora á este género de estudios. En los mejores tiempos de la literatura no era

conocido, ni se necesitaba. Es preciso buscar su orígen en la época en que empezó á asomar la decadencia por dos razones: 1.ª por la falta de originalidad que habia entonces, pues era muy dificil escribir bien sobre asuntos nuevos, despues de tantos y tan escelentes escritores; y así la ocupacion de la mayor parte de los hombres de letras consistia en estudiarlos y hacer observaciones sobre ellos: 2.ª para contener la misma decadencia era preciso fijar reglas de buen estilo autorizadas con ejemplos de los mejores. Y como el juicio acerca del mérito de unos respecto de otros es vario segun el gusto ó capricho de cada uno, pareció que debia distinguirse entre escritores y escritores, y señalar los que pudiesen servir de norma á los demás. La formacion de la biblioteca de Alejandría debió tambien influir en esto por la necesidad de escoger entre muchos. Entonces fué cuando se redactaron los llamados cánones de autores clásicos.

A. 280 ant. de J. C.

49. ZENODOTO *de Éfeso* fué el primero que se dedicó á los estudios filológicos, y el primer encargado de dicha biblioteca que se estaba formando por órden de Tolomeo I y II. Dió una edicion de Homero permitiéndose algunas correcciones, y tuvo una escuela de gramática.

A. 240 ant. de J. C.

50. ARISTÓFANES *de Bizancio* discípulo del anterior continuó el mismo trabajo sobre Homero, y la edicion que dió obtuvo una merecida reputacion. No se limitó á dicho poeta, sino que revisó tambien á Hesiodo, Alceo, Pindaro y Aristófanes. Se le atribuye el haber introducido los acentos y la puntuacion para la mayor claridad de los escritos, para la armonía, y para distinguir ciertas palabras que tienen las mismas letras. Fué además el que tuvo la feliz ocurrencia de clasificar á los escritores, y proponer como modelos á los mejores, distinguiéndolos por materias de este modo.

51. Poetas épicos. *Homero, Hesiodo, Pisandro, Paniasis, Antimaco.*

Yámbicos. *Arquíloco, Simónides, Hiponax.*

Líricos. *Alcman, Alceo, Safo, Estesícoro, Píndaro, Baquílides, Ibico, Anacreonte, Simónides.*

Elegíacos. *Calino, Mimnermo, Filetas, Calímaco.*

Trágicos: 1.ª clase. *Esquilo, Sófocles, Eurípides, Ion, Aqueo, Agaton.*

2.ª clase, ó Pleyada trágica. *Alejandro el Etolio, Filisco de Corcira, Sositeo, Homero el jóven, Eantides, Sosifanes ó Sosicles, Licofron.*

52. Cómicos. Comedia antigua. *Epicarmo, Cratino, Eupolis, Aristófanes, Ferecrates, Platon.*

Media. *Antifanes, Alexis.*

Nueva. *Menandro, Filipides, Difilo, Filemon, Apolodoro.*

Historiadores. *Herodoto, Tucidides, Jenofonte, Teopompo, Eforo, Filisto, Anaximenes, Calistenes.*

Oradores. Los diez áticos.

Filósofos. *Platon, Jenofonte, Esquines, Aristóteles, Teofrasto.*

Pléyada poética. *Apolonio de Rodas, Arato, Filisco, Licofron, Nicandro, Teócrito.*

53. Estos fueron añadidos últimamente, pues la lista sufrió varias alteraciones, y fué causa de que se perdiesen algunas obras de mérito, porque no viéndolas comprendidas en ella, no se hacia caso de las mismas, y dejaron de sacarse copias.

A. 170 antes de J. C.

54. ARISTARCO *de Samotracia* es el mas conocido de todos los gramáticos ó filólogos. Fué preceptor de los hijos de Tolomeo VI Filometor. Echado de Egipto por Evergetes II con los demás literatos, fué á morir á Chipre de edad avanzada. Su nombre indica aun hoy dia el de un censor ó crítico severo, pero ilustrado, por la severidad ó escrupulosidad con que procedió en el exámen de las obras de Homero, del cual dió una edicion, que fué la base del texto cual le tenemos. Escribió notas sobre el mismo y varios otros poetas, que no se han conservado.

55. En el mismo tiempo floreció en Pérgamo CRATES *de Males*, rival de Aristarco, y que trabajó mucho sobre Homero, me-

reciendo llamársele *Homérico*. Este fué el que mandado á Roma por su rey para desempeñar una comision, dió el primero á los romanos una idea de los estudios filológicos, pues habiéndose roto una pierna entretenia el tiempo de su convalecencia en dar lecciones sobre los escritores griegos, particularmente Homero á un numeroso auditorio, que se reunia en su casa. Ningun escrito suyo ha llegado á nosotros.

56. Discípulo de Aristarco fué **DIONISIO** *de Tracia*, célebre por haber sido el primero que escribió un *Arte de gramática*, adoptado en todas las escuelas y comentado por muchos.

57. Por no interrumpir á los comentadores y admiradores de Homero se ha dejado para este lugar á **ZOILO**, que vivió unos 100 años antes que Aristarco. Habla de él Suidas en estos términos:

58. «Zoilo natural de Anfípolis en Macedonia que antes se llamaba *Nueve caminos*, es conocido por el dictado de *azote de Homero*, porque censuraba á este poeta. Por lo que persiguiéndole los habitantes de Olimpia le precipitaron de las rocas Seironias. Era retórico y filósofo: escribió algunas cosas tocantes á *gramática; contra las obras de Homero* 9 libros: 3 *desde la Teogonia hasta la muerte de Filipo: de Anfipolis; contra Isócrates orador*, y otras muchisimas obras entre las cuales *un elogio de Polifemo*, otro de *los de Tenedos, una retórica*, y *una invectiva contra Homero*.» De esta última dudan algunos, creyendo que bastaba y sobraba lo que habia escrito en los 9 libros citados. Por ella mereció ser contado por Dionisio de Halicarnaso entre los escritores dotados de facultades oratorias.

59. Dicen que de Macedonia fué á Alejandría, y que allí dió á conocer su crítica de Homero á Tolomeo, el cual le contestó poco mas ó menos como Hieron á Jenófanes, que tambien se habia metido á criticon de aquel poeta, á saber, «que este despues de mil años que habia muerto mantenia á millares de personas, y que él con todo su talento, que debia ser superior al del poeta, ya que le criticaba, tenia bastante que hacer para mantenerse á sí.» En cuanto á su muerte, unos cuentan que Tolomeo le hizo poner en cruz, otros que murió apedreado, otros que fué quemado vivo en Esmirna. De todos modos no merecia un castigo tan severo un crítico de una obra

literaria, que podia equivocarse en sus juicios, pero que no era por esto un criminal. Ha quedado su nombre para designar á los críticos mordaces ó malignos y por supuesto injustos. Aunque en esto hay tambien su manera de ver, y domina mucho el partido ó la prevencion.

60. Asi como los filólogos esplican las palabras, los anticuarios derraman luz sobre hechos ó tradiciones antiguas, que por lo mismo suelen ser oscuras. Por esto, y por haberse conservado su obra merece mencionarse **PALEFATES**, que pertenece á esta época, el cual escribió sobre *Mitologia*, haciendo ver el origen de ciertas fábulas, y que muchas le deben á hechos históricos, pero desfigurados por el vulgo y por los poetas. Sirve por lo tanto su obra para conocer la filosofía de las mismas. En prueba de su utilidad y aprecio, baste decir que se han hecho muchas ediciones, y algunas bastante recientes.

61. Por la misma razon debe citarse **APOLODORO** discípulo de Aristarco, que entre muchas obras perdidas tiene una titulada *Biblioteca*, ó coleccion de fábulas antiguas, que forma casi una mitologia completa.

RETÓRICOS.

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

62. Deben contarse entre los retóricos **DIONISIO** *de Halicarnaso*, de quien se habló en la *Seccion de Historiadores*: **GORGIAS** *de Atenas*, maestro del hijo de Ciceron, de quien se conserva una traduccion latina de un tratado de figuras hecha por Publio Rutilio Lupo: **APOLODORO** *de Pérgamo*, **TEODORO** *de Gadara*, del tiempo de Augusto, y **HERMÓGENES** *de Tarso*. Este es de los mas célebres de la antigüedad despues de Aristóteles. A los 15 años esplicaba retórica con grande admiracion de todos. M. Aurelio no se desdeñó de oirle. A los 25 perdió enteramente la memoria, y no pudo seguir en la enseñanza. Escribió una obra de retórica bastante voluminosa dividida en

cinco partes, que sirvió en las escuelas griegas durante muchos siglos. La primera titulada *Progimnasmas*, ó ejercicios oratorios, fué traducida al latin por Prisciano.

63. Con el mismo título escribió AFTONIO otra en que tomó mucho de la de Hermógenes, añadiendo no obstante alguna cosa. Ella fué muy apreciada en Alemania en el siglo XVI, y adoptada en las universidades y colegios donde se enseñaba á componer Chrias, como se las llamaba, segun el método de dicho retórico. Pedro Simon Abril en el proemio de su gramática griega dice haber traducido al latin y al castellano los *Ejercicios de retórica* de Aftonio, pero no se sabe si llegó á imprimirlos.

A. 260 de J. C.

64. De todos los retóricos mencionados hasta aqui ninguno hay tan conocido y tan justamente celebrado como LONGINO, cuyo pequeño tratado *De lo Sublime* le coloca en el mismo rango que á Horacio su *Arte poética*. No se sabe de él sino que de profesor de retórica de Atenas pasó á la corte de Zenobia, reina de Palmira, que hacia aprecio de los sabios. Fué su ministro, y cuando aquella ciudad fué sitiada por Aureliano, pidiendo este en una carta á la reina, que se rindiese con condiciones decorosas, dicen que Longino le puso una contestacion muy altanera, que no hizo mas que irritar á aquel emperador, y empeñarle mas en el sitio hasta que se apoderó de ella. Aureliano se desacreditó mandando dar muerte á aquel sabio (año 273), y Zenobia entregándoselo.

65. Se citan muchas obras de él, entre las cuales algunas de filosofía, como *los comentarios sobre el Fedon y el Timeo* de Platon. No estuvo siempre de acuerdo con su condiscípulo Plotino, ni con Amelio. Decia aquel que Longino era filólogo, pero no filósofo. Realmente su principal estudio segun los títulos de la mayor parte de ellas parece que habia sido el de la literatura griega ó filologia, pues escribió *tratados sobre Homero; una coleccion de locuciones áticas, una retórica*, etc. Desgraciadamente todas se han perdido, á escepcion de algunos fragmentos de una de mas de 20 libros *sobre los autores clásicos antiguos*, que

se hallan en Olimpiano y Proclo. Tambien se han conservado los *Prolegómenos sobre el retórico Hefestion*, que fué uno de los maestros de Elio Vero, y que por consiguiente floreció á mediados del siglo 2.°

66. El tratado *De lo Sublime*, que tal vez formaba parte de alguna de las obras indicadas, parece que no nos ha llegado entero. Se conoce bien el talento de un filósofo en este escrito, y el buen gusto que le guió en la eleccion de los ejemplos. No se deja preocupar por reputaciones, sino que ensalza lo que merece alabanza, y rechaza lo contrario. No debe tomarse lo sublime de Longino en sentido riguroso, sino en el de magnificencia de estilo, ya sea en las palabras, ya en los pensamientos. Sin embargo cita algunos ejemplos de verdadero sublime, como el *Fiat lux, et facta est lux.* [1]

67. Eunapio, autor de las vidas de varios filósofos neoplatónicos, dice de él lo siguiente: «Era una especie de biblioteca viviente, y un museo ambulante, á quien se permitia juzgar á los antiguos. Aventaja á todos sus contemporáneos... y si alguno criticaba á un autor antiguo, no se daba valor á esta crítica, si no la aprobaba Longino.»

68. El que quiera tener una idea de los refranes griegos puede leer la coleccion formada por **ZENOBIO** ó **ZENODOTO** del tiempo del emperador Adriano (año 130), la cual contiene 552, y fué impresa por Aldo en la de los fabulistas.

LEXICÓGRAFOS Y GLOSADORES.

69. Pertenecen muy especialmente á la clase de filólogos no solo los colectores de refranes, sino tambien los de voces ó lexicógrafos, ó autores de diccionarios y de glosarios. Tales son **APOLONIO** *el Sofista* que formó uno de las voces de Homero; **HEROTIANO** que escribió otro de las de Hipócrates; **JULIO POLUX**, autor de una obra titulada *Onomasticon* en 9 libros, en cada uno de los cuales comprende las voces relativas á ciertas

[1] Está próxima á publicarse en esta imprenta la traduccion al castellano del tratado *de lo Sublime* hecha por D. Hemeterio Suaña catedrático del Instituto de S. Isidro de Madrid.

séries ó clases que establece; por ejemplo, en el **1.°** de los dioses, de los reyes, del comercio, artes mecánicas, tiempos, estaciones, navíos, cosas de guerra, etc. Se ha impreso varias veces. **HARPOCRACION** *de Alejandría* reunió las de los **10** oradores áticos. Es muy útil este diccionario.

70. Es tambien notable una *Coleccion de nombres y verbos áticos* hecha por un tal **FRINICO**, árabe establecido en Bitinia, é impresa últimamente en Lipsia en **1820**.

71. Como gran glosador merece citarse **DIDIMO** *de Alejandría*, que segun dicen escribió cuatro mil volúmenes. La mayor parte eran comentarios ó glosas sobre autores antiguos de que se ha conservado poca cosa.

72. **APION** discípulo del anterior, gran entusiasta de Homero formó un diccionario de las voces de este poeta, y escribió glosas sobre el mismo.

73. **APOLONIO** *Dyscolo* de Alejandría sistematizó el estudio de la gramática. Fué contemporáneo de Didimo, pues vivió á mediados del siglo **2.°** de J. C. Quedan de él cuatro tratados: **1.°** *Sintáxis de las partes de la oracion* en **4** libros: **2.°** *del Pronombre*: **3.°** *de las Conjunciones*: **4.°** *de los Adverbios*.

74. De **HERODIANO** hijo del anterior se han publicado un gran número, que versan tambien sobre puntos gramaticales. Fué además historiador. Véase su artículo **H. 122**.

ÉPOCA BIZANTINA.

75. Hecha Constantinopla la capital del imperio, mandó Constantino construir un edificio octágono donde se diese toda especie de enseñanza. Por lo cual los profesores que eran quince se llamaban *ecuménicos*, esto es, universales, de donde vino sin duda el llamarse universidades los establecimientos de esta clase. La circunstancia de ser aquella ciudad la capital, y el haber sido dispersados de Alejandría en tiempo de Aureliano los sabios que tanto lustre le habian dado, fueron causa del que tomó prontamente la nueva universidad. Se le agregó una biblioteca, que llegó á ser considerable.

76. La enseñanza gramatical quedó estacionaria, como to-

das las demás; porque aquellos profesores, que vivian en comunidad, y eran religiosos, dirigian los estudios principalmente para la ciencia eclesiástica. Adoptaron la gramática de Dionisio de Tracia, y siguieron siempre en ella sin permitir discusiones literarias como los de Alejándria que estaban divididos en sectas. Leon III, furioso perseguidor de las imágenes, dicen que mandó en 730 pegar fuego á la universidad y biblioteca con los 15 profesores y su jefe que vivian allí. Desde entonces el estudio de la gramática quedó suelto de aquella especie de trabas en que estaba aprisionado por el sistema seguido en aquel establecimiento. Se hicieron varias publicaciones, sobre todo de comentarios á la espresada gramática de Dionisio, y de tratados gramaticales. Algunos se han impreso: otros quedan inéditos.

77. No puede dejar de citarse el Glosario de **HESIQUIO**, escritor al parecer del siglo 4.°, obra digna de consultarse para el conocimiento de la lengua griega, no menos que las de Focio y Zonaras con el mismo título.

78. **JUAN ESTOBEO** de Estobi ciudad de Macedonia, á quien se cita muchas veces en esta obra, se cree que vivió á fines del siglo 5.° ó principios del 6.°, pues que el último filósofo que nombra es Hierocles de Alejandría, que floreció en el 5.° Para instruccion de su hijo formó unos estractos de mas de 500 autores, poetas y prosistas, perdidos ahora casi todos, los cuales pertenecen á la física, á la dialéctica y á la moral. Una parte de la obra contiene discursos. En estos y en los estractos hay muchos versos de poetas dramáticos, particularmente de Eurípides que no se leen en otra parte, pasajes de historiadores, oradores, filósofos, médicos, cuya memoria hubiera perecido enteramente, y una esposicion de las opiniones de muchos otros. Así es que esta recopilacion es muy interesante para la historia de la literatura griega.

79. **FOCIO** patriarca de Constantinopla en el siglo 9.°, gran revolucionario de la Iglesia, pues que fué el iniciador del cisma que divide aun la griega de la latina, se distinguió por sus estraordinarios conocimientos en política, en historia, en teología y en literatura. Merece un lugar entre los lexicógrafos por el citado *Glosario* que no nos ha llegado completo, y por

su *Bibliomirion* ó Biblioteca en que da noticia de 279 escritores, cuyas obras por la mayor parte no existen, y en que copia trozos considerables de ellas. Es el modelo mas perfecto de un libro de este género, en que han sobresalido los modernos, escribiendo Biografías universales ó particulares. No solo nos informa de la personalidad de los escritores, sino que los juzga como tales haciendo una crítica sensata y muy precisa de sus escritos, de modo que es aceptada regularmente por los que se ocupan de los mismos. No observó ningun órden de tiempos ni de materias.

80. Es útil para la mitología principalmente el *Violario* ó jardin de violetas escrito por **EUDOXIA** esposa de Constantino Ducas emperador desde **1059** á **1067.** Encerrada en un convento por su hijo Miguel VII *Parapinacio*, compuso dicha obra que contiene muchas noticias sobre las genealogías de los dioses y de los héroes, sobre sus metamórfosis, y muchas anécdotas sobre los escritores antiguos.

81. Entre los escoliastas, ó intérpretes de los mismos es muy famoso **EUSTACIO**, arzobispo de Tesalónica de fines del siglo **12.°** de quien se conserva un *Comentario* de Homero lleno de erudicion y muy apreciado por los sabios. Es una coleccion de los mejores comentarios antiguos que se han perdido casi enteramente. Otro se ha conservado tambien sobre *Dionisio el Periegeta*, que no es tan importante.

82. De **TZETZÉS**, otro célebre escoliasta, se ha hablado en el artículo de Licofron, y al fin de la Seccion de *Poëtas*. Están impresos sus escolios sobre Homero, Hesiodo y Licofron.

83. SUIDAS se cree que vivió bajo el reinado de Alejo Comneno, por consiguiente á fines del siglo **11.°** y principios del **12.°** Es algo anterior á Eustacio, pues que este le cita. No se tiene ninguna noticia acerca de dicho escritor. Es muy conocido un Diccionario en que á mas de esplicar un sinnúmero de voces griegas habla de muchisimos autores que se han perdido, y de quienes cita algunos pasajes. Espone tambien la biografía de los mismos y de varios príncipes. Se ve que se aprovechó de los trabajos de otros, particularmente de Hesiquio de Mileto, como lo dice él mismo en su artículo, y que no puso mas que la redaccion ó arreglo que no siempre es el

mejor, ni prueba gran criterio. Adolece esta compilacion de otros defectos que se atribuyen en parte á las añadiduras que se le han hecho. No obstante es muy útil para el filólogo y para el historiador por los trozos indicados y por las muchas noticias que contiene.

84. **MÁXIMO PLANUDES** monje del siglo 14.° tradujo al griego *la Guerra de las Galias de César*, las *Metamórfosis*, y *Heroidas de Ovidio;* los *Dísticos de Caton*, y el pasaje *sobre la memoria* que se lee en el libro 3.° de la *Retórica á Herenio* atribuida á Ciceron. Estas traducciones son bastante elegantes y exactas, y están impresas. Hay otras inéditas del mismo, que no es necesario mentar. Se le ha atribuido falsamente una biografía de Esopo. Se habló de él como colector de epigramas.

NOVELAS.

ÉPOCA GRECO-ROMANA.

85. Tambien debemos buscar en Grecia el orígen de la novela. Las hay de varias especies, á saber, hechos aislados fingidos, como los *Cuentos Milesios; Viajes románticos* ó imaginarios; *Historias amorosas*, y *cartas amatorias*.

86. Los Cuentos Milesios se llaman así de **ARISTIDES** *de Mileto*, que formó una coleccion de ellos, no se sabe en qué época, pero ciertamente antes de la era cristiana, pues que es citada por Ovidio [1]. Sus palabras indican que no debian ser cosa muy decente.

87. Se disputa cual de los dos, **LUCIO** *de Patras*, ó **LUCIANO** *de Samosata*, es el autor del primer viaje fingido. Focio que cita las obras de ambos no sabe decidirse; pues los dos suponen un Lucio convertido por arte mágica en asno viajando, y es difícil decir si el de Samosata abrevió al de Patras, ó si este dió mas estension al cuento de aquel, ya que segun dicho escritor la obra de Lucio tenia 3 libros, y la de Luciano no tiene

[1] *Fast.* II, v. 412 y 443.

mas que uno. Pero como solo existe la de este último, no hay inconveniente en llamarle el primero de quien hayan podido tomar la idea los modernos.

88. El segundo es **ANTONIO DIOGENES** que fingió un viaje á la isla de Tule.

89. Novelas propiamente dichas, aunque no escritas con el sentimentalismo y finura de nuestros tiempos, son los *Amores de Ródano y Sinonis* de **JAMBLICO** *el Sirio* del tiempo de Trajano: y las *Efesiacas* ó *Historia de Abrocomo y Antia* escrita por **JENOFONTE** *de Éfeso* del de los Antoninos segun unos, segun otros del 4.° ó 5.° siglo.

90. Hay una coleccion de cartas amatorias escritas por **ALCIFRON**, autor poco conocido, que afecta mucha elegancia de estilo y aticismo puro. No se sabe en qué siglo vivió, pero se supone que no pasa del 4.° de nuestra era.

ÉPOCA BIZANTINA.

91. *Teagenes y Cariclea ó las Etiópicas*, es la mejor novela de esta época. Su autor **ELIODORO** *de Emesa* en Fenicia fué obispo de Tricca en Tesalia á fines del siglo 4.°

92. **AQUILES TACIO** de mediados del 5.° escribió los *Amores de Leucipa y Clitofon*, que algunos prefieren á *las Etiópicas*; pero la mayor parte de críticos dan á estas la preferencia.

93. *Dafnis y Cloe* es una novela de pastores, que se atribuye á **LONGO**, de quien no se tiene noticia alguna. Parece que sirvió de modelo al autor de Pablo y Virginia, quien aventajó mucho al griego por la mejor direccion de la intriga, y sobre todo por la mayor decencia.

94. *Los amores de Chereas y de Callinoe*, fueron obra de **CARITON** *de Afrodisia*, que se cree un nombre supuesto. Véase sobre esto y sobre el mérito de la novela la edicion de Beck de Lipsia de 1783, que forma un grueso volúmen en 8.°

95. La última novela en prosa es *Ismenias é Ismene* de **EUSTATIO ó EUMATIO**, pues con estos dos nombres se encuentra en los manuscritos. Dice de ella el sabio Huet, para resumir-

lo en pocas palabras, que no vale nada. Obsérvese el título que se da al autor, mitad griego y mitad latino, πρωτονοβιλίσσιμος, é infiérase el estado de decadencia de la lengua griega en el tiempo en que fué escrita esta novela; pues no hay cosa que afee mas un idioma que la mezcla de voces estrañas, cuando él tiene de si suficiente caudal para espresarlo todo. Es muy comun hallar en la época bizantina estas palabras híbridas, sobre todo en los títulos de los empleos de la corte.

96. Para completar esta lista basta citar á ARISTENETA, bajo cuyo nombre está impresa una coleccion de *cartas amatorias* en estilo declamatorio, y faltas de naturalidad y de gusto. No se sabe si Aristeneta es el amigo de Libanio que murió en el terremoto de Nicomedia en 358, ó si es nombre supuesto, lo que parece mas probable.

97. Quedan finalmente dos ó tres novelas en verso, una de las cuales es *Hero y Leandro* de Museo, de que se habló P. 333.

JURISPRUDENCIA.

98. Los primeros principios de legislacion se importaron de Grecia á Roma, cuando los romanos pensaron en formar un código de leyes: á cuyo fin el año 300 de su fundacion mandaron á dicho país y á las ciudades griegas de Italia, una solemne embajada compuesta de tres individuos del senado para recoger las mejores, escritas y no escritas, que pudiesen convenir á la nacion romana. Aparte de esto no tuvo Grecia otra intervencion en la jurisprudencia, en la que sobresalieron tanto los romanos. Atenas que abundaba en escuelas para todas las artes y ciencias, no pensó en hacer de ella una facultad particular. Por lo mismo no hay que buscar en Grecia grandes jurisconsultos ni escritores legales. Los únicos que pueden citarse entre los antiguos son los diez oradores áticos, pero solo como oradores forenses, no como escritores eminentes en derecho.

99. Sin embargo bajo el imperio griego se formaron las famosas colecciones que han servido de base para la legislacion

de toda la Europa, y que han mantenido viva la romana. Las dos primeras fueron redactadas por dos particulares, á saber, por **GREGORIO** y **HERMÓGENES**, y comprendian las leyes y decretos imperiales desde Adriano hasta Constantino. La primera coleccion oficial fué hecha por **TEODOSIO** *el Jóven*, y promulgada en 438 de J. C. Comprendia las constituciones, como se llamaba á las leyes imperiales, publicadas desde Constantino hasta dicho año. Los primeros se llamaban *Código Gregoriano* y *Hermogeniano:* el tercero *Teodosiano*.

100. **JUSTINIANO** valiéndose de *Triboniano* y otros diez sabios en derecho coleccionó de nuevo las leyes desde Adriano hasta su tiempo, y promulgó en 529 el *Código Justinianeo*, quedando derogados los anteriores. Y como en los tribunales se citaban con mucha autoridad las opiniones de los jurisconsultos que se habian distinguido tanto en Roma, particularmente en tiempo de Adriano y Alejandro Severo, de modo que formaban ya casi jurisprudencia, mandó el mismo emperador que Triboniano ausiliado de diez y seis colegas las recogiese, segun constasen en sus escritos, y que de ellas formase una gran coleccion, siguiendo el órden de materias del Edicto perpetuo. Así lo ejecutó empleando tres años, despues de los cuales se publicó en 533 el gran volúmen que se llamó *Digesto*, porque las materias están puestas por órden, y *Pandectas* de πᾶν y δέχομαι, porque lo recibe todo.

101. Al mismo tiempo **TRIBONIANO**, **TEÓFILO** y **DOROTEO** escribieron unos elementos de todo el derecho romano, tomando por base los que habia escrito **CAYO** jurisconsulto del tiempo de Adriano, y llamaron á esta obra elemental *Instituta*, que sirve aun hoy dia en las clases de derecho romano.

102. En 534 publicó Justiniano otro Código que llamó *Repetitæ prælectionis*, que comprende además las constituciones que salieron despues del primero que quedó derogado. Finalmente durante su reinado publicó el mismo muchas otras llamadas *Novelas* con el fin de dirimir varias cuestiones que resultaban del diferente modo de opinar de los antiguos jurisconsultos. Todo esto forma el *Cuerpo de derecho romano*, y aunque fué redactado en latin, á escepcion de algunas Novelas, pertenece en cierto modo al tesoro de la literatura griega,

porque lo fué en la capital de aquel imperio, en que se hablaba el griego, y toda la literatura era griega.

103. Varios jurisconsultos de la famosa escuela de Bérito en Siria, comentaron algunas partes de dicha coleccion, de los cuales se conservan algunos fragmentos en griego.

104. JUAN *de Antioquia*, llamado el *escolástico*, porque era abogado, formó á mediados del siglo 6.° la primera coleccion de derecho canónico.

105 Cuanto mas se iba reduciendo el imperio de Oriente á sus provincias griegas, y aislándose de las de Occidente que ya no le pertenecian, tanto mas se sentia la necesidad de tener un código en lengua del pais. Era por otra parte urgente enmendar los muchos errores que se habian introducido en las traducciones griegas del romano, y en las infinitas copias que se habian sacado de él, reunir tambien las leyes posteriores, y uniformar en lo posible la jurisprudencia separándola de las interpretaciones diversas que habian dado los jurisconsultos. Esta grande empresa acometió BASILIO el MACEDONIO que reinó desde 867 á 886, pero no pudo llevarse á cabo hasta su inmediato sucesor LEON VI, llamado *el Filósofo*, que publicó un código con el título Βασιλικαὶ διατάξεις, *Ordenanzas reales ó Basilicas*, cuya palabra puede tambien referirse á Basilio, primer autor de la coleccion. El hijo de Leon VI, CONSTANTINO VI *Porfirogeneto*, hizo una revision de ella, y le añadió los nuevos decretos ó leyes que se habian dado en los 25 años transcurridos, y promulgó con el título, τῶν Βασιλικῶν ἀνακάθαρσις, *Enmienda de las Basilicas*, una obra en seis volúmenes distribuida en 60 libros, que son un estracto en griego del derecho romano contenido en la Instituta, Pandectas, Códigos, Novelas de Justiniano, y leyes posteriores, respuestas de los jurisconsultos mas célebres, y cánones de los Concilios.

106. A pesar de haber sido formada esta compilacion por órden de Leon VI y de Constantino VI no obtuvo la sancion imperial, continuando por lo mismo los códigos de Justiniano siendo el derecho comun del imperio. Es ella muy útil para conocer bien el romano, pues contiene muchas cosas que no se hallan en la de este emperador, y aclara varias

dificultades. Puede consultarse la edicion de Fabrot hecha en París en 1647 en 7 vol. Faltan algunos libros de las Basílicas, que suplió el editor con lo que habia en un compendio de las mismas, y con los escoliastas, pues el manuscrito que tenia á su disposicion estaba mutilado.

107. Separadamente de este código, Leon VI el filósofo publicó muchas *Constituciones* muy celebradas por los inteligentes, y un compendio de derecho á manera de la Instituta de Justiniano para servir de libro de texto en las clases.

FIN.

ÍNDICE

DE AUTORES, DE MATERIAS, DE CIUDADES Y LUGARES

MAS IMPORTANTES DE GRECIA.

ESPLICACION DE LAS ABREVIATURAS. — Los números corresponden no á las páginas, sino á los de las respectivas Secciones.

Intr. Introduccion. *P.* Poetas. *F.* Filósofos. *O.* Oradores. *H.* Historiadores. *SS. PP.* Santos Padres. *M.* Miscelánea. *c.* ciudad. *f.* fuente. *i.* isla. *m.* monte. *p.* puerto. *v.* valle.

F.

Q.

R.

S.

ERRATAS.

TOMO SEGUNDO.

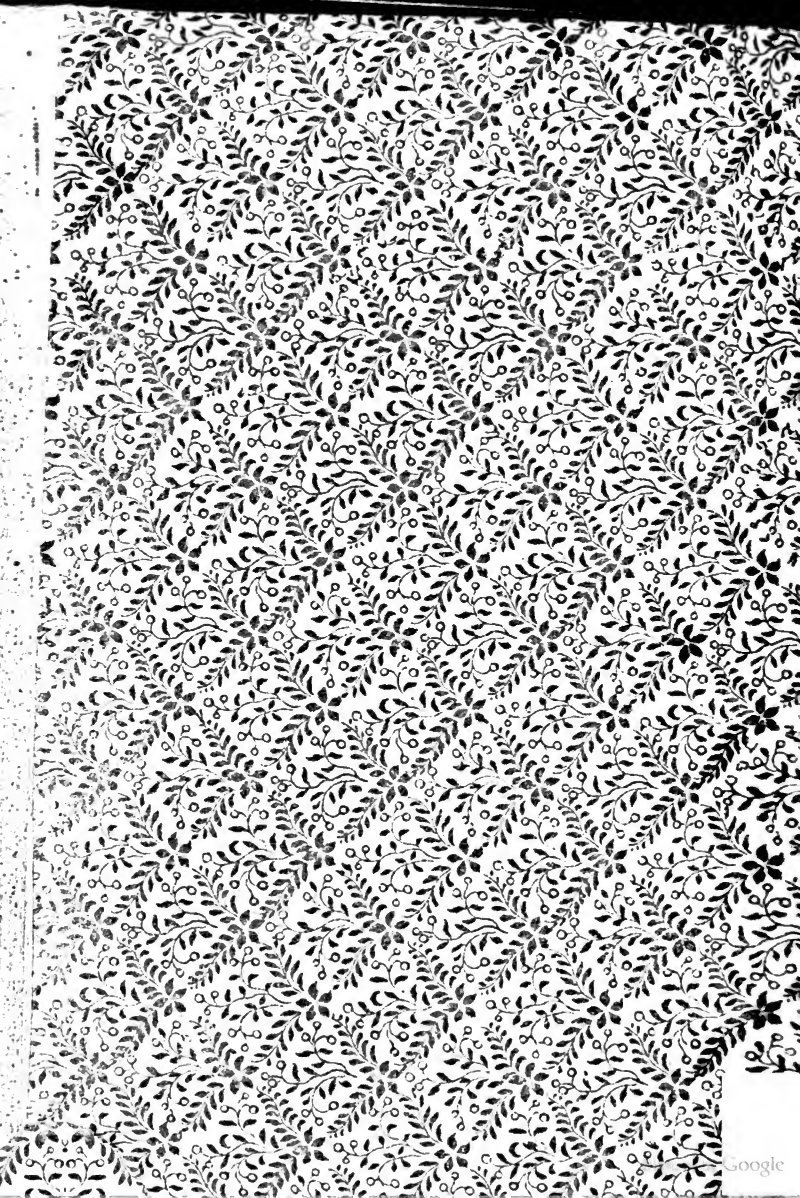
PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
27	8	él	el
63	26	en.... en	con.... con
65	18	en	con
91	15	δικαςάς	δικαστὰς
159	13	sus	tus
174	13	lo	la
311	29	ella	
315	15	Nacianzo su patria	Sacimo ciudad de su provincia.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Compendio histórico-crítico de Literatura latina dividido en lecciones. . . . . 1 tomo.

Tratado sobre la pronunciacion griega. . . . . 1 »

Diálogos sobre la Literatura latina con trozos de los mejores autores. . . . . 1 »




DE CATALUNYA
38
38

